This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3980.4

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

RECUERDOS HISTÓRICOS

DE LA CIUDAD DE

VERACRUZ Y COSTA DE SOTAVENTO

DEL ESTADO

DURANTE LAS CAMPAÑAS DE

"TRES AÑOS," "LA INTERVENCIÓN" Y EL "IMPERIO,"

Por el Mayor de Infantería

SEBASTIÁN I. CAMPOS.

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente, 51.)

1895

SA 3780.4

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
Oct. 27, 1923

AL SR. GENERAL DE DIVISION

PORFIRIO DÍAZ

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPUBLICA.

SEÑOR:

A nadie mejor que á V. puedo y debo dedicar el presente ensayo.

General en Jefe de todas las fuerzas que en Oriente defendian el territorio nacional después del memorable y glorioso «sitio de Puebla,» era V. sabedor, por lo mismo, de los hechos de armas que tenian lugar en la Costa de Sotavento, y puede, por lo tanto, apreciar la exactitud de los que ahora reseño. Actor en los que tuvieron lugar en Veracruz, durante una parte de la «Guerra de Tres Años,» la condecoración que luce sobre su pecho atestigua la parte que tomó en ellos.

Mi General: el tiempo pasa; y aun cuando las canas blanqueen nuestra cabeza, el corazón se rejuvenece y late de orgullo al volver nuestro pensamiento á ese pasado que nos transporta á la época en que, jóvenes y llenos de entusiasmo por la causa que defendiamos, y de fe en el porvenir, luchábamos sin tregua ni descanso por la libertad del pueblo, y por el afianzamiento de la Independencia Nacional.

Sírvase V., aceptar mi General, este pobre trabajo con la benevolencia que lo caracteriza, y que siempre ha tenido para quien se repite de V. respetuoso subordinado que sinceramente lo aprecia.

Mayor de Infantería,

S. I. CAMPOS.

Orizaba, Marzo de 1893.

Porfirio Diaz saluda afectuosamente á su estimado amigo el Sr. Mayor D. Sebastián Campos, y le da las gracias más expresivas por su bondadoso obsequio, manifestándole que es de tal manera verídica la obra que ha escrito, que, si le parece bien, la mandará imprimir en alguna de las Imprentas del Gobierno, tomando solamente algunos ejemplares para las Bibliotecas Públicas, y remitiéndole el resto.

México, Octubre 2 *de* 1893.

PRÓLOGO.

MAYORES servicios ha prestado Alejandro Dumas á la historia de Francia, que Michelet, y mayores también son los que se deben en España á Pérez Galdós, que al laborioso D. Modesto de la Fuente. Hablo en el sentido de la difusión de los conocimientos, pues nadie duda de que el eminente novelista francés fué el gran propagador de la historia de Francia, durante cerca de medio siglo, aunque falsificando á menudo los hechos y modificando los caracteres de los personajes; pero dando vida y movimento á unos y otros, haciéndonos confidentes íntimos de reyes y señores, y presentándonos algo más que las grandes líneas á que se circunscriben los historiadores, para entrar en detalles que los otros desdeñan por nimios, y que á veces son los verdaderos orígenes de los acontecimientos más pasmosos que registran los anales de la humanidad.

Esta clase de trabajos por su forma ligera y agradable, que engalana arideces y allana asperezas, son más aceptados por la generalidad, que las obras de índole seria y de profundas miras, lo que fácilmente se comprende al considerar que las primeras tienen por objeto inmediato proporcionar deleite al ánimo desocupado, mientras que las segundas van encaminadas á instruir y á convencer, pues á veces tras el historiador se oculta el apóstol ó el sectario fanático.

Mi amigo el Sr. D. Sebastián I. Campos viene á aumentar la lista, ya notablemente crecida, de recitadores de episodios nacionales, siendo el servicio que presta más meritorio de lo que él mismo supone, pues se ocupa en una parte de la historia contemporánea que está aún poco conocida, por hallarse esparcidos los documentos de importancia secundaria, y sólo haberse recogido los principales, cosa que no basta para dar idea exacta de los acontecimientos ni del carácter de los individuos que tomaron parte en ellos.

El Estado de Veracruz representó un papel notable durante la guerra de la Intervención y del Imperio, sin que se le hayan reconocido por historiador alguno los grandes méritos que alcanzó para la noble causa de la Independencia.

La Costa de Sotavento fué teatro de grandes hazañas, si se miden por el heroísmo espartano de sus defensores. En ese rincón de la República ondeó incesantemente el pabellón de la libertad y de la independencia, sin que los cañones de la marina francesa, las bayonetas de los egipcios ni el sable de los traidores lograran jamás hacer que se arriara.

Los defensores de la causa nacional en la Costa de Sotavento se sentían abandonados, aislados por completo. No tenían en perspectiva el aplauso y la admiración del país, cuyos ojos estaban fijos en Juárez que se retiraba, y en Maximiliano que extendía y afirmaba su poder. Para nuestros humildes héroes no había más que las penalidades de un clima ardiente é inhospitalario, la falta de todos recursos, la lucha contra el invasor, la muerte sin prestigio. Ni ascensos, ni riqueza, ni gloria.

Y, sin embargo, allí se mantuvieron firmes, luchando siempre, rechazando los ataques del enemigo, despreciando sus ofertas y su oro, con la fe santa é inquebrantable de la religión más sublime, la de la patria; aspirando á la recompensa más gloriosa, la de la propia satisfacción por el cumplimiento del deber.

Pocos saben cuánto se hizo en esa costa, en esa fracción de la República que tuvo por Capital á Tlacotálpam, nido de águilas que en las cortas temporadas que fué ocupado por el invasor, lo fué de una manera precaria, porque allí hasta las piedras parecían protestar contra el extranjero y el exótico gobierno que nos imponía.

Larragoiti, Juan Enríquez, Juan García, Pedro Baranda, Rafael Benavides, Francisco Zérega, José Villalobos, Francisco Carrión, José Lili, Eulalio Vela, Juan Zamudio, Joaquín Jiménez, y muy principalmente *Mariano Lazcano* y *Alejandro García*, fueron los principales personajes de esa epopeya brillante y poco conocida.

El Capitán X.... tras cuya incógnita se encuentra

el autor de este libro, fué uno de los colaboradores más constantes de los que reconstituyen la patria por aquel rumbo. El Capitán X.... hijo de un patriota de fe inquebrantable, que alcanzó gran popularidad en Veracruz, empezó á servir á la patria en las filas de la Guardia Nacional, estando siempre del lado del progreso y del buen derecho. Cuando Miramón lanzaba sus homicidas bombas contra la ciudad heroica, último baluarte de la libertad, allí estaba el Capitán X.... desafiando el peligro, y dando su contingente de vida á la noble causa de la reforma. Cuando el invasor puso la planta en nuestro suelo, el Capitán X.... volvió á empuñar las armas para no deponerlas hasta que volvió á entrar triunfante en Veracruz el esforzado ejército de Sotavento. Después volvió á la vida civil aquel que sólo fué soldado en el momento del peligro y del sacrificio. Ese es el Capitán X.... Mejor dicho, el Mayor X....

Hablemos un poco del libro.

Estas narraciones están escritas sin pretensión de ninguna especie. Las primeras que se publicaron, las produjo el autor *para llenar*. Después en vista del interés que despertaron, y de las instancias que hicimos algunos amigos del Capitán X.... continuó dando forma á sus recuerdos; y por último, recoge los artículos publicados para formar con ellos este libro.

El estilo es sencillo, concreto, á veces un tanto rudo, á veces elegante, siempre sincero y espontáneo, como compete á un soldado leal que hace una confesión ó rinde un parte. Jamás trata de aumentar el prestigio de sus héroes, ni de aminorar la gloria del enemi-

go. Llama á las cosas por su nombre, y cuando ha visto el miedo no lo oculta. Si calla es cuando debiera darnos cuenta de algún hecho personal plausible del asendereado Capitán X.... sin que por eso escatime un ápice de mérito á ninguno de sus compañeros.

La obra recrea é instruye. Es la novela de la defensa de Veracruz, esa Termópila donde Leonidas no sucumbió, y de la guerra de intervención en Sotavento, esa Esparta de la que no triunfó Alejandro jamás. Bajo la forma sencilla y modesta que afecta, es un documento importante que debe tener presente quien quiera escribir con alguna prolijidad la historia de esa época aciaga para nuestro país.

Mis felicitaciones al Mayor X....

R. DE ZAYAS ENRÍQUEZ.

AL LECTOR.

NO una vana pretensión, ni menos aún el deseo de aparecer como historiador, me han inducido á escribir y publicar los "Recuerdos" que hoy tengo el gusto de ofrecer á mis lectores.

La circunstancia de haber notado que en la monumental obra "México á través de los Siglos," apenas si se esbozan los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad de Veracruz durante los días más aciagos de la "Guerra de Tres Años," y en la Costa de Sotavento del Estado en la terrible época de la Intervención y del Imperio, fué la que hizo nacer en mí la idea de dar á conocer los principales episodios de ambas épocas: la buena acogida que tuvieron desde el primero que publiqué como por vía de ensayo en "El Pensamiento Libre," periódico netamente liberal que bajo mi dirección se publicó en esta ciudad en los años de 90 á 91, me sirvió de estímulo para continuar publicándolos ya corregidos y adicionados en los demás números de dicho semanario. A ese fin me encaminé cuando cada uno de ellos lo he dedicado á alguno de

los actores ó testigos que aún viven y tomaron participio en su acción, pues fácil es de comprender, que sin apuntes ni notas á que referirme, sin más guía que la memoria, pero con los antecedentes de haber sido yo uno de los que tomaron parte en todos los episodios que se refieren, sin embargo posible era cometer omisiones, sufrir errores, ó atribuir hechos á personas extrañas á los sucesos, después de más de veinte años de transcurridos.

La prueba salió bien, dándome resultados satisfactorios, pues en algunos, pocos por cierto, he sido advertido por cartas particulares de los mismos á quienes hice la dedicatoria, de faltas que, sin afectar en nada á la verdad histórica, dejaban vacíos en la relación de los mismos hechos.

Que éstos tuvieron lugar en un apartado rincón del territorio nacional, no importa: no por eso dejaron de contribuir al *gran todo* que forma la historia de la época, y de darle páginas brillantes, desconocidas por la generalidad de los mexicanos. Es innegable que el asalto de Tlacotálpam del 10 de Agosto nunca podrá ponerse en parangón con el del 2 de Abril en Puebla, ni que la defensa de "Conejo" estará nunca á la altura del más insignificante combate dado en Oaxaca, ó que la acción de "Cosoleacaque" pueda compararse á la de "La Carbonera," ó de los muchos que tuvieron lugar en otros puntos del país, como tampoco podría ser comparable nuestro pequeño cuerpo de ejército con el del Norte ó el del Centro; pero mexicanos eran todos los combatientes; republicanos todos los que aquí y allá derramaban su sangre en defensa de las liberta-

des patrias; y por mezquinos que aparezcan los hechos llevados á cabo, y pequeñas las pruebas de valor y de heroicidad que entre esos humildes combatientes llamaron la atención de los habitantes de aquellas comarcas, fuerza es confesar que no por eso fueron ni menos meritorios, ni menos auxiliares, ni menos eficaces á la consumación de la segunda Independencia Nacional.

Cinco lustros ó poco más han transcurrido desde el triunfo y la restauración de la República, y no sería por lo mismo extraño que ahora hubiera quien dudara de la veracidad de alguno de los episodios que reseño, máxime si se atiende á que el funesto partido que vendió á la patria, quedando después aniquilado entre las ruinas de Querétaro, y los ensangrentados escombros del oprobioso Imperio, pretende levantarse de nuevo, desfigurando la historia y empañando sus más gloriosas páginas; pero si no fuera suficiente garantía la palabra de un hombre que en punto á honor ha sabido mantener ileso el suyo propio, apelo á la respetabilidad de los Jefes que le otorgaron espontáneamente certificados militares; certificados que si atestiguan servicios prestados, atestiguan más la probidad y buena fe de quien los posee.

Como dije al principio, no fué la vanidad la que me guió al hacer la presente publicación: es el deseo de que un día se haga justicia á los defensores de la República y de las libertades patrias en la Costa de Sotavento del Estado de Veracruz.

Orizaba, Agosto 31 de 1891.

Mayor de infantería,
S. I. Campos.

CERTIFICADOS.

NÚMERO 1.

El C. Francisco de P. Milán, General de Brigada del Ejército Mexicano, Certifico: que el C. Sebastián I. Campos sirvió en el batallón de infantería Guardia Nacional de Veracruz, desde el día 15 de Agosto de 1855 que se dió de alta como Subteniente de Cazadores, concurriendo durante el tiempo de sus servicios, á la defensa de esta plaza en Febrero de 1856 cuando Salcedo se pronunció en la fortaleza de Ulúa, por cuyo motivo fué condecorado con el diploma y la cruz de "La Paz:" que fué ascendido á Teniente de la 6ª Compañía en Febrero de 1858, siendo Comandante accidental de ella, y mandando como tal el fuerte "1er Gemelo," durante el amago y ataque á esta plaza por las fuerzas reaccionarias en 1859, habiendo ascendido á Capitán en Febrero de 1860, habiéndosele confiado el fuerte "La Gola" durante el sitio y bombardeo de Marzo del propio año, y obtenido la Cruz decretada por el Supremo Gobierno, y el diploma de "Constancia" de tres años, retirándose del servicio en Junio de este año, por licencia limitada que obtuvo del Gobierno del Estado para dedicarse á sus negocios particulares.—Certifico también que el día 8 de Diciembre de 1861, que llegó la escuadra española que comenzó la guerra de Intervención, volvió nuevamente al servicio, presentándose al efecto, hasta los "Preliminares de la Soledad," que obtuvo licen-

cia por dos meses, como todos los oficiales del expresado batallón, y que, transcurrido ese tiempo, pasó por disposición del Gobernador y Comandante Militar del Estado, C. General Ignacio de la Llave, á continuar sus servicios en la Costa de Sotavento del mismo Estado.—Asimismo certifico que durante los seis años que el referido C. Sebastián I. Campos sirvió á mis inmediatas órdenes, no sufrió arresto ni castigo de ninguna especie, pues siempre fué exacto y puntual en el servicio de las armas.—Y para constancia del interesado le libro el presente en Veracruz, á diez y nueve de Octubre de mil ochocientos sesenta y siete.—*F. de P. Milán.*—Una rúbrica.

Es copia que certifico. Orizaba, Noviembre 30 de 1890.—*Luis C. Echagaray.*—Una rúbrica.

Número 2.

El C. Mariano Lazcano, Coronel de Ejército: Certifico: que en Septiembre de 1862 en que me hice cargo del mando de la Costa de Sotavento, por orden del C. General Ignacio de la Llave, Gobernador y Comandante Militar del Estado, formaba parte de la guarnición de Alvarado, como fiscal de causas de la Sección de Sotavento, el C. Capitán Sebastián I. Campos, á quien en el cambio que efectué, y por recomendación que de él me hizo el C. General Llave, lo nombré ayudante del personal de la Comandancia de la línea, y Secretario de Campaña del que subscribe.—Que como tal ayudante fué enviado á principios de Octubre para contribuir á la sofocación del movimiento revolucionario iniciado en Acayucan contra las autoridades locales, cuya causa instruyó por mi orden y se presentó al Cuartel General de Alvarado, cuya villa se desocupó en 19 de Noviembre del mismo año.—Que dicho C. Capitán, sin separarse un momento de sus deberes, contribuyó al establecimiento de los Campamentos de "Conejo" y "Buena Vista," y á la formación de los cuerpos "Zaragoza" y "Ortega," hoy "Fijo de Veracruz," siendo instructor del primero de dichos cuerpos en los ratos que sus deberes de Ayudante y Secretario le dejaban desocupado; cuya instrucción hizo extensiva

á la oficialidad del mismo cuerpo, durante la permanencia del campamento de "Buena Vista," á inmediaciones de Minatitlán.—Asimismo certifico que en el mes de Abril de 1863, teniendo la Comandancia de la línea necesidad de tratar un asunto delicado del servicio con el Gobernador del Estado, C. Francisco de P. Milán, que residia en Jalapa, designé al expresado Capitán C. Sebastián I. Campos para esta comisión, quien, á pesar de lo arriesgada que era la travesía del camino real, desempeñó su cometido á satisfacción del que subscribe, arreglando hasta donde le fué posible el negocio que se le encomendó, y trayendo los documentos justificativos que le dió el expresado C. Gobernador; debiendo hacer constar que los meses de Diciembre de 1862, y Enero, Febrero y Marzo de 63, que tenía de su particular algunos medios para su subsistencia, y vistos los pocos recursos que había para cubrir el presupuesto de la brigada, cedió el haber que le correspondía para ayudar á cubrir dicho presupuesto, así como también cedió en favor de la brigada la parte que le pertenecía como uno de los salvadores del bergantín español "El Pablito," que naufragó en la costa de "Los Fierros" el 6 de Febrero de 1863.—Y para constancia del interesado, y para los usos que le convengan, le libro el presente en Veracruz, á dos de Agosto de mil ochocientos sesenta y siete.—*Mariano Lazcano.*—Una rúbrica.

Es copia, etc., etc.

NÚMERO 3.

El C. Alejandro García, General de División del Ejército mexicano, certifico: Que en el mes de Junio de 1863 que me recibí, por orden del Gobierno del Estado, del mando de la Costa de Sotavento, estaba ya prestando sus servicios en ella el Capitán de Infantería C. Sebastián I. Campos como ayudante de mi antecesor el C. Coronel Mariano Lazcano, quien me dió los mejores informes de él: que tanto por esto, como por serme personalmente conocido, y constarme su firmeza de principios y servicios prestados á la causa nacional desde la guerra de "Tres Años," le encomendé el mando político y militar del Cantón de los Tuxtlas, que

desempeñó satisfactoriamente, secundando con el envío de reemplazos, armamento y víveres, la formación de la Sección de Operaciones sobre Acayucan y Minatitlán, y el sostenimiento de las fuerzas de "Conejo."—Que en el mes de Marzo de 1864 lo hice trasladarse al Cuartel General de Tlacotálpam, donde permaneció á mi lado como ayudante de mi persona, desempeñando la Mesa de guerra en la Comandancia de la Línea, y como sustituto del Secretario de Gobierno en las ausencias temporales de éste. —Que como tal ayudante le confié diversas comisiones del servicio durante la campaña de 1864, cuando el jefe francés Maréchal ocupó á Tlacotálpam, situándome yo con las fuerzas en el pueblo de Amatlán, en cuyo punto, y siendo el único oficial que allí se encontraba el día 30 de Julio en que Maréchal incendió las haciendas de "San Jerónimo," "San Antonio" y otras, y se aproximó á tres leguas de Amatlán, hallándome yo revisando los puntos de la Línea Militar, contuvo el desorden que se introdujo entre los habitantes y pocos empleados que allí se encontraban, impidiendo se abandonara el punto hasta la llegada del Comandante Militar C. Joaquín Jiménez, dándome parte de lo ocurrido.—Que en 1º de Diciembre del mismo año le dí el empleo de Comandante de batallón efectivo, por considerarlo acreedor á él, con la orden de pasar á los Tuxtlas para formar é instruir el batallón Guardia Nacional de ese Cantón, lo que no tuvo efecto por considerar más necesarios sus servicios á mi lado, desempeñando en la Comandancia de la Línea las labores que le tenía encomendadas.—Y por último, certifico que durante mi ausencia del Cuartel General, por haberme trasladado al Estado de Tabasco, por asuntos del servicio, le dejé al lado del Coronel, hoy General, C. Faustino V. Aldana, que quedó por mi orden encargado del mando político y militar del de Veracruz, como Jefe de su Estado Mayor y Secretario de Gobierno, habiéndome dado el referido Jefe los mejores informes de sus conocimientos, servicios y comportamiento.—Y para constancia del interesado le expido el presente en Veracruz, á quince de Noviembre de mil ochocientos sesenta y siete.—*Alejandro García.*—Una rúbrica.

Es copia, etc. etc.

NÚMERO 4.

El C. Faustino V. Aldana, Coronel de Estado Mayor General, Gobernador político y militar interino del Estado de Veracruz: —En atención á que el Comandante de batallón C. Sebastián I. Campos ha desempeñado á satisfacción del que subscribe la Secretaría General del Gobierno político y militar del Estado de Veracruz que interinamente ha estado á su cargo;—Y para su satisfacción, le libro el presente certificado en Cosamaloápam, á treinta de Junio de mil ochocientos sesenta y cinco.—*F. Vázquez Aldana.*—Una rúbrica.

Es copia de su original que certifico. Orizaba, Noviembre 30 de 1890.—*Luis C. Echagaray.*—Una rúbrica.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

De Orizaba á México, Febrero 7 de 1891.—Al Sr. D. Guillermo Prieto.—Muy querido y respetable Maestro:—¿Se acuerda Vd. del *Jarocho?* Estoy seguro que sí, porque siempre le reservó Vd. un lugar en su cariño.

Era yo menos que un joven, apenas un adolescente cuando, pupilo del Sr. Cumplido, me contaba entre los aprendices y medio-oficiales que *paraban* y *tiraban El Siglo XIX*, allá por el año de 1849. ¿Cómo no he de haber salido liberalesco y anti-romanista, si educado por mi padre que pertenecía á los *puros*, tuve después á la vista, y por decirlo así, *me codeaba* en la imprenta de la calle de los *Rebeldes* con hombres como Vd., D. José María Lafragua, D. Mariano Otero, D. José María Iglesias, el Lic. Conejo, Don Francisco Zarco, D. Ignacio Ramírez el Nigromante, y otros de la misma madera que entonces redactaban el que hoy es decano de la Prensa Mexicana? Yo era quien *componía* el Editorial, y por consiguiente iba á corregir de *primera prueba* con el autor, y desde entonces, Vd. me dispensó y me distinguió con su cariño, y me puso las *andaderas* para escribir en los periódicos, y yo le correspondí con el mismo que ahora le profeso, aumentado por el respeto que siempre me infundió su firmeza de principios y su saber.

Después, cuando Vd. viajaba de *orden suprema*, poco antes que Pepe Ituarte fuera á pagar su antisantanismo á Tabasco, el mis-

mo Pepe nos puso en contacto otra vez, en Veracruz; Vd. marchó á los Tuxtlas, y yo permanecí en mi tierra, con el alma en un hilo, entre la ley *del sorteo* que preparó el advenimiento del *Plan de Ayutla*, y la comedia sangrienta del *Sí* ó el *No* que precipitó su consumación.

Después.... después vinieron los acontecimientos que registra la historia de nuestra patria, por la que tanto hemos luchado, con la espada unos, y con la pluma otros, y muchos con ambas armas; acontecimientos que, quizás por parecer insignificantes, han quedado en el olvido, en la indiferencia, en la nada: ignorados, proscritos para las nuevas generaciones, arrinconados en la antesala de la muerte de esas épocas que no queremos volver á encontrar, pero que sin ellas, el México de hoy no existiría, ó tendríamos aún el México de Santa Anna, de Márquez, de Miramón, y mucho sería que no fuera en lo absoluto el del Padre Miranda.

Yo me he propuesto resucitar el recuerdo de esos acontecimientos, cuando ya poco me falta para ir á reunirme con mis compañeros de entonces que han desaparecido de sobre la faz de la tierra; y cuando medito para escribir, y escribo para no olvidar, renazco á la vida de entonces. Cada artículo, cada *Recuerdo*, lo dedico á un amigo de los que presenciaron los hechos ó tomaron parte activa en ellos: y hago, por decirlo así, mi confesión general ante la rejilla de un confesionario, del confesionario de la verdad, tomando por confesor á nuestro Dios, no al que destila odio y sangre contra los hombres, porque éste es hechura de los fanáticos, sino al que juzga nuestras acciones, las regula, y nos condena ó absuelve: la conciencia.

Pero.... ¡cuántos han muerto, á quienes dedicaría mis pobres elucubraciones históricas, y que darían fe de los hechos! Apenas si se arrastran en este pecaminoso mundo, en este valle de lágrimas que nadie quiere abandonar por su voluntad; Vd. en primer lugar; el venerable Pizarro Suárez, mi compañero en los paseos á las ruinas de *Malibrán*, cuya leyenda tradicional, la de Dª Beatriz del Real, le agradó tanto, que después, en su bonita novela *La Coqueta*, la hizo figurar en dos ó tres capítulos en los cuales colaboré: nuestro General Palafox que reside en Puebla; Foster, que vive la vida del campo; y Juan Galindo que, á pesar de sus seten-

ta y pico de abriles, conserva su buen humor y jovialidad de entonces: quizás Joaquín Ruiz, y tal vez Rayito, entre los *señores mayores;* entre aquellos á quienes dábamos el *Don*, porque nos consideraban *muchachos:* Juan Arias, Pancho Zendejas, Pancho Zérega, Chavero, Iglesias, Gutiérrez Zamora, Llave, Talavera, Partearroyo, D. Melchor; Mora, el anciano Ampudia, el inmortal Juárez, ya han desaparecido: de *mi Batallón* apenas si quedan Ricardo Suárez, Bartolo López, Guadalupe Cuadra, Carlos Pasquel y yo: de los de Oaxaca, el actual Presidente de la República, Tío Nacho, Loaiza, Terán: del *Fijo*.... ¡nadie! Del 2º *Mixto*.... ¡nadie!.... Todos han pagado su tributo á la naturaleza, precediéndonos en el camino que más tarde ó más temprano habremos de recorrer.

Cuando haya terminado la serie de *Recuerdos Históricos* haré un tiro especial; entretanto, me he permitido dedicar á Vd. el que sale en el número de *El Pensamiento Libre* de hoy, referente al más hermoso de los que conserva mi ciudad natal, Veracruz: el de la llegada á ese puerto de D. Benito, el día 4 de Mayo de 1858.

¿Será Vd. tan bueno que lo acepte? Así, al menos, lo espera de su benevolencia y del cariño que siempre le ha prodigado,—El Jarocho.

Sr. D. Sebastián I. Campos.—Tacuba, Febrero 16 de 1891.—Muy querido amigo:—¡Y cómo sí recuerdo á todos Vdes! ¿Qué no sabe Vd. que los cuadros risueños de los viejos sólo los velan cuando andan para atrás como los cangrejos de la canción?

Veracruz es el baluarte olímpico de la Reforma, y Vdes. los hospedadores espléndidos del derecho herido por los que se durmieron mochos y amanecieron traidores.

Yo que he admirado y me he complacido con el fidelísimo cuadro de Vd., siento que no lo hubiera animado con las figuras de Gutiérrez Zamora, de Ortiz de Zárate, de Iglesias, de Vila, de Vélez, Jorge de la Serna, y de todo ese Veracruz generoso, digno y patriota, como no había yo visto jamás.

Ya escribiré á V. más largo.

Concluyo con darle mil gracias por sus bondades, y me repito afmo. S. S. Q. S. M. B.—Guillermo Prieto.

De Puebla á Orizaba.—Sr. Director de *El Pensamiento Lbire.* —Respetable señor de mi alta estimación:—Con profunda gratitud y con una satisfacción quizá mezclada de orgullo, he leído el hermoso artículo que, en su primer número, se ha servido dedicarme el periódico de que es Vd. muy digno director.

Y en verdad, no sé qué elogiar más; si lo correcto del estilo, la exactitud de la narración, ó las bellas ideas que en él campean. Fijándome más en lo segundo, me convenzo de que el autor del artículo presenció los acontecimientos, y esto me induce á creer que es Vd. mismo quien lo escribió, pues recuerdo que tiene la gloria de ser uno de los valientes y desinteresados patriotas que concurrieron á la heroica defensa de la plaza, en la ocasión á que se hace referencia.

Doy á Vd. ó á la persona que hubiere escrito el artículo, mi más cumplido parabién; y por lo que respecta á la dedicatoria, le presento, con toda la efusión de mi alma, los votos de mi profunda gratitud; y me permito suplicarle se sirva anotarme en el número de los suscritores á la ilustrada publicación que Vd., antiguo y buen liberal, dirige con acierto.

Soy, con respetuoso aprecio, de Vd. muy atento servidor.—J. DE LA LUZ PALAFOX.

S. C., Agosto 6 de 1890.—Sr. Sebastián I. Campos, Director de *El Pensamiento Libre.*—Presente.—Mi querido Capitán: Nunca creí que pasados unos treinta años, y cuando probablemente no quedamos de esa época y de los que estuvimos en la fortaleza de "La Gola" sino Vd., el Teniente López y yo, hubiera persona que relatara los hechos de armas con que tuvimos la gloria de defender las instituciones que actualmente nos rigen: hechos que tuvieron lugar cuando nos encontrábamos aislados en uno de los puertos de la República, único que no sucumbió, y que con razón la historia patria le llama tres veces heroico, así como no sucumbió Paso del Norte; lugares que deben ocupar y ocupan la página más gloriosa de nuestra historia. En Veracruz se salvaron las instituciones, y en Paso del Norte la República: en una y otra parte

estuvo al frente del peligro el Benemérito de las Américas, C. Benito Juárez.

Por lo que toca á mi humilde persona, quisiera no se ocuparan de ella, porque en el sitio de Veracruz no hice más que cumplir con los deberes que me imponían mis convicciones, y por eso fuí uno de los veinte que con el Teniente López á la cabeza, salimos fuera de la fortaleza de "La Gola," acercándonos de tal manera al enemigo que, como Vd. dice en su escrito, logramos hacer prisionero á uno de los centinelas de avanzada, llevándolo á la fortaleza y entregándolo al jefe de las armas.

Mi Capitán: al leer su bien escrito artículo, he traído á mi memoria hechos que más de una vez, y con gusto, he relatado á mi familia, porque he creído haber contribuído con mi grano de arena al establecimiento de las instituciones bajo cuya sombra disfrutamos paz, y se ha abierto ancho campo al progreso, al verdadero progreso, que hace grandes y felices á las naciones que lo poseen.

El cielo de nuestra querida patria creo que nunca volverá á nublarse con el polvo de la revolución; si desgraciadamente llegara á suceder, siempre estaré á su lado como lo estuve en la fortaleza de "La Gola."

En fin, perdone Vd. que le dé el tratamiento de Capitán aunque alcanzó mayor grado: si me permito darle ese tratamiento, es porque me parece estar en aquellos momentos que fueron de tanta gloria para nosotros.

Réstame, por último, dar á Vd. las más cumplidas gracias por el bien escrito artículo de "Variedades" que me dedica, y que como un subordinado, no he creído merecer.

Sabe Vd. que, como siempre, lo aprecia su afectísimo S. S.—J. G. Cuadra.

México, Febrero de 1891.—Señor Mayor D. Sebastián I. Campos.—Orizaba.—Querido amigo y paisano: .....
.....
.....

Recibí y he leído con gusto los seis números de *El Pensamiento Libre* que tuvo Vd. la bondad de mandarme, siendo más bonda-

dosa aún la dedicatoría que me hace del "Recuerdo Histórico" que en ellos se publicó.

Testigo presencial de los hechos que se relatan, pues como dice Vd. formaba yo parte del Estado Mayor de nuestro antiguo jefe el Coronel Francisco Milán, puedo apreciar la exactitud y verdad con que está referido el hecho principal: el del ataque del "Camarón." Me parecía ver, siguiendo la lectura, altivo y lleno de vigor al respetable anciano D. Antonio Molina, tan vilmente asesinado, y pasar con nuestros valientes y sufridos soldados aquellos montes tan espesos como pintorescos, tan propios para la guerra que entonces hacíamos, como perjudiciales para el enemigo, que muchas veces fué víctima de nuestros guerrilleros, como Maximino, ó jefes de caballería como Joaquín Jiménez.

Tengo la conciencia de que presta Vd. un servicio á la Historia dando á conocer con tanta verdad hechos que por su pequeñez relativa permanecen ignorados, pero que no deben desconocer nuestros compatriotas, muy particularmente los que, como Vd. y yo, hemos nacido en el territorio veracruzano.

Ruégole me remita completa la colección, desde el primer número, y me despido su amigo y paisano.—R. B. Suárez.

PRIMERA PARTE.

GUERRA DE TRES AÑOS.

VERACRUZ.

Llegada del Presidente Constitucional, C. Benito Juárez.

I

EL día 4 de Mayo de 1858, la buena ciudad de Veracruz se había despertado al suave calor de los primeros rayos de un sol hermoso y puro: el mar, suavemente rizado á impulsos de una fresca brisa, enviaba sus blancas y poco elevadas olas á saludar las finas arenas de sus playas, besándolas con imperceptible murmurio; y en todo lo que la vista alcanzaba, distinguíanse al Norte y al Sur los botes de los pescadores que, cual gaviotas meciéndose sobre la superficie de las aguas, se deslizaban al empuje de sus níveas velas para reconducir en la tarde el fruto que recogieran sus tripulantes.

En el interior de la ciudad, que revestía un aspecto medio civil y medio militar, adecuado á las anormales circunstancias por que atravesaba el país entero, las gentes, sin detener el agitado paso, peculiar á los hijos del puerto, se cruzaban atendiendo cada cual al negocio que llevaba entre manos; pero no era extraño oirse, como una pregunta á la que no esperaban contestación, esta frase indicativa:

—Hoy debe llegar el "Mississippi"..... ¿Vendrá?

¿Qué cosa era el Mississippi? ¿A quién parecía como que esperaban los vecinos de la ciudad, ya dos veces heroica entonces?

El "Mississippi" era uno de los vapores mercantes de la Mala Americana que hacían viajes periódicos entre Veracruz y Nueva Orleans; y se creía que en él llegaría el Presidente Constitucional de la República, el C. Benito Juárez, único Jefe legal de los Estados Unidos Mexicanos.

Hé ahí la respuesta á la pregunta que las gentes se hacían en las calles.

II

Los buenos, los alegres veracruzanos, cuyo carácter está, cualesquiera que sean las circunstancias, siempre dispuesto á la broma que no á la tristeza, habían reído á más y mejor con lo que, meses antes, se dió en llamar "el sitio de Echagaray;" sitio ridículo y grotesco, durante el cual, y para *reducir al orden* á los defensores de la plaza, las tropas sitiadoras no asomaron siquiera las narices en cinco leguas á la redonda; y después, cuando colgaron de la percha ó de algún clavo los arreos militares para convertirse nuevamente en laboriosos paisanos, se entregaron de nuevo á sus tareas cuotidianas. Mitad soldados, mitad paisanos, lo mismo atendían á sus labores que se ocupaban de la política: artesanos en el taller, empleados en las oficinas, ó comerciantes en sus tiendas ó escritorios, todos eran *guardias nacionales* en los cuarteles: y los que en el día manejaban el escoplo, la pluma ó la plomada, en la noche, cruzado el pecho con el *correaje*, ó portando á la izquierda luciente espada, lo mismo hacían su *cuarto de centinela* en los puestos de guardia, si eran *tropa*, como daban patrullas; ó recorrían el *recinto*, estando de ronda ó de vigilancia, si eran oficiales; compartiendo así, con los viejos veteranos del ejército permanente, el servio de las armas.

El Coronel Gutiérrez Zamora y el General Iglesias, Gobernador del Estado el primero, y Comandante militar el segun-

do, eran los hombres prominentes de la ciudad; y veteranos y guardias nacionales se tenían mutuo cariño y confianza, sobre todo, desde que ambos jefes, volviendo sobre sus pasos, y sostenidos por las fuerzas que fuera de la ciudad comandaba el General Llave, desconocieron el orden de cosas creado por el "Golpe de Estado" que imprudente é inconsideradamente dió el Presidente Comonfort, entregando la capital de la República á las huestes reaccionarias que la guarnecían, y una gran parte del país á los restos del ejército de Santa Anna, y á los aventureros que se enseñorearon de él, unidos á frailes y curas que, cambiando el hisopo y la naveta por el trabuco y el puñal, se hicieron guerrilleros para aniquilarlo, bajo el pretexto de que defendían una "religión" que autorizaba el robo y el asesinato, y ciertos "fueros" que convertían al hombre libre en vil esclavo.

La derrota de las tropas constitucionales en Salamanca; la nefanda traición del Coronel Landa; los movimientos reaccionarios en Puebla, en Jalapa y en Orizaba; el sitio de Perote, el pronunciamiento de Negrete en Corral Falso; nada de esto hizo decaer el ánimo de los veracruzanos, dispuestos siempre á sostener con las armas y á costa de su sangre si era preciso, que Veracruz, á la que se tituló desde la época de la Independencia "Cuna de la Libertad," no sólo mantendría sus derechos, sino que conservaría á todo trance tan noble título, á menos de ser arrasada hasta en sus cimientos, y sepultados sus hijos bajo sus ruinas, por aquellos que pretendían convertir á la República en un país de "siervos y esclavos."

Y entiéndase que este sentimiento patrio no era exclusivo á sólo los hombres: niños, jóvenes y ancianos; la mujer del jornalero y la dama de alto rango participaban también de él, sintiendo arder en su pecho el sagrado fuego de la libertad; y hasta los extranjeros que de años atrás se consideraban como hijos de la heroica ciudad, se alistaban bajo la bandera constitucional para auxiliar á sus amigos y hermanos.

La noticia de la prisión de Juárez y su Gabinete en Guadalajara, debida á la inicua traición del jefe militar á cuya lealtad y honor se había confiado, exaltó los ánimos en Veracruz; y lo que hasta entonces sólo fué desprecio á la reacción, se convirtió en odio; odio que, á través de los años, se profesa aún hoy contra todo aquel que se declara enemigo de la libertad. Pero cuando se supo que debido á la elocuente palabra de Guillermo Prieto, al valor cívico de Ocampo, y á la valentía temeraria del Coronel Iniestra, pudo escapar á la ferocidad del enemigo, sólo un pensamiento germinó entre el vecindario todo: que fuera á ampararse de Veracruz.

El patriota Gobernador y el leal jefe de las armas federales sabían que otro jefe, no menos leal, patriota y valiente, el Coronel Vicario, que había estado de incógnito en la ciudad para conferenciar con ellos, se ocupaba de hacer llegar hasta Juárez la idea de establecer su residencia dentro de la invicta ciudad, y confiar la salvación de la bandera constitucional al patriotismo de sus hijos; y cuando por su conducto tuvieron la certeza de que el ilustre indígena llegaría al fin, para plantar sobre firme baluarte la enseña liberal, lo hicieron saber al pueblo, y el pueblo, lleno de justo orgullo y de satisfacción, se dispuso, sin distinción de clases ni sexos, á celebrar dignamente tan fausto acontecimiento.

Al efecto, todo se preparó anticipadamente. Palacio, oficinas, servicio particular..... Sólo se esperaba su llegada.

III

Más de medio día había transcurrido, y en vano curiosas miradas habían consultado á cada momento el telégrafo de señales montado en el "Caballero Alto" de la fortaleza de Ulúa.

El "Mississippi" se hacía esperar demasiado, y no aparecía ni como un punto apenas en la vasta extensión que podía interrogar el poderoso telescopio del vigía: menos aún la "Cor-

neta" que, puesta al tope del palo mayor, debía anunciar "Jefe de alta graduación á bordo."

Eran las tres de la tarde y el mar continuaba desierto.

IV

Los cuerpos de la guarnición, perdida toda esperanza, pasaban á esa misma hora revista de Comisario, en sus cuarteles unos, y otros en la Plaza de Armas, ó de La Constitución, como reza la lápida conmemorativa que se ostenta en el frontis del Palacio Municipal.

Una *señal* aparece de repente en el tope y costado Sur del telégrafo: las ondas armónicas conducen hasta la ciudad el toque de "vela," que se hace oir en la fortaleza y repite presurosa la plaza; y cuando la duda de si sería ó no el buque señalado, el que con tanto afán se esperaba, comenzaba á preocupar los ánimos, un cañonazo disparado desde el "Caballero Alto," anunció con su potente voz:

—¡Ahí está Juárez!

Las gentes corren presurosas á ataviarse con sus mejores galas, llevando pintados en el rostro el contento y la alegría; y —¡Ahí está Juárez!— repiten á cuantos encuentran en su marcha.

La ciudad sale de su letargo: el *práctico* se lanza al mar para dar entrada al venturoso buque; el comercio cierra sus tiendas y almacenes; sus talleres los artesanos; se suspenden las obras públicas; las oficinas despiden á sus empleados; y en tanto que las señoras coronan las azotes, provistas de excelentes anteojos, y los extranjeros con los que no son soldados, corren al muelle para ser los primeros en saludar al ilustre huésped, los cuerpos de la guarnición vuelven á sus cuarteles para vestir de gran uniforme, distinguiéndose ya las lanchas que conducían las tropas francas de Ulúa.

V

Todos deseaban conocer á Juárez, la encarnación del patriotismo: todos querían ser los primeros en saludarlo: todos experimentaban una sensación de placer, porque venía á ponerse bajo el amparo de Veracruz el Primer Magistrado de la Nación. Las fachadas de las casas quedaron revestidas como para una fiesta nacional en pocos momentos; y en balcones y ventanas se ostentaban lujosos cortinajes, elegantes colgaduras.

Las tropas fueron llegando al son de sus marciales músicas que llenaban el aire con sus alegres ecos; y cuando todas estuvieron reunidas, comenzó el desfile para formar la "valla" desde la Punta del Muelle hasta la Iglesia Parroquial, y desde aquí hasta el improvisado Palacio de Gobierno, instalado anticipadamente en una hermosa casa de la calle de Puerta Nueva. Los batallones de infantería Guardia Nacional, Fijo de Veracruz y 2º Mixto, todos en alta fuerza, á las órdenes del Coronel de artillería C. Francisco Paz, Jefe de la columna, cubrieron el trayecto que debía recorrer la comitiva oficial: el batallón de artillería Guardia Nacional con dos baterías, y una compañía de la "Permanente" con su dotación correspondiente, se situaron en la Plazuela del Muelle para hacer el saludo de Ordenanza, á la vez que en Ulúa y en los baluartes de la plaza, al poner el pie en territorio veracruzano el Primer Magistrado de la Nación, con tanta ansia esperado.

El "Mississippi" avanzaba entretanto velozmente, apurando la fuerza de su máquina: distinguíanse ya las cascadas que improvisaban sus enormes ruedas, al azotar poderosas la superficie de las aguas: la "Corneta" flotaba gallardamente como para convencer á los espectadores de que no era una ilusión la esperanza que dentro de breve espacio verían realizada; y luego, cuando entró al canal del Norte, atenuó su marcha

para llegar á la bahía, grave, majestuoso, reposado, como era el hombre que con orgullo conducía á su bordo.

Multitud de embarcaciones menores fueron á su encuentro, conduciendo á cuantos podían contener; y á la cabeza, con doble dotación de vigorosos bogas, las falúas de la Capitanía del puerto y de la Comandancia del Resguardo, la bandera nacional á popa, donde iban las autoridades superiores civiles y militares del Estado y de la ciudad.

Cuando fondeó el "Missisippi," cuando sus pesadas ondas levantaron al caer al mar una inmensa cascada de blanca espuma que azotó sus costados, un estrepitoso clamor de alegría, cuyo eco llegó hasta el muelle, indicó á los espectadores que, más felices aquellos, habían saludado al fin al nuevo redentor del pueblo mexicano!

.....

Juárez posó su planta en la escalinata que da acceso al muelle, y las baterías de la plaza, las de Ulúa y las de la columna de honor lo saludaron en nombre de la ciudad. El clarín de órdenes hizo oir un punto de "atención," y la poderosa voz del jefe que mandaba ordenó presentar las armas, batiendo marcha las bandas, y tocando el "Himno Nacional" las músicas de los batallones, á la vez que en el interior de la ciudad un repique á vuelo en todas las iglesias mezclaba su sonora voz á la potente de los cañones.

Juárez estaba conmovido, y no procuraba ocultar su emoción: su venerable frente se inclinó por un momento, como agoviado por triste recuerdo; y cuando la alzó, radiante la mirada, un tanto velada por rebelde lágrima que vino á poner de manifiesto su agradecimiento, lució para los veracruzanos una promesa de fé, que acogieron con frenéticos aplausos, acompañados de los gritos de ¡viva México! ¡viva Juárez! ¡viva la Libertad!

Grave y majestuoso era su continente; confiada y firme su mirada, cuando con paso lento y reposado recorrió el trayecto que mediaba entre el muelle y el templo parroquial. Ro-

deado de sus ministros que con él compartían los aplausos de que era objeto, Zamora é Iglesias iban á su lado, acompañados de sus oficiales de Estado Mayor; y los soldados al pasar á su frente, presentaban altivos el arma que portaban, confirmando así un juramento de fidelidad.

.....

Llegó al templo.

Aún no estaba separada la Iglesia del Estado, y un venerable sacerdote honra y prez de su clase, que siempre permaneció fiel á sus principios y deberes como sacerdote y como mexicano, el Rev. Fr. Cristóbal Noriega, capellán del batallón Guardia Nacional de Infantería, entonó el "Te-Deum laudamus," que era á la vez el *de profundis* de la reacción.

Ya en palacio, cuya guardia de honor fué confiada á la compañía de "Cazadores" del batallón de Veracruz, el Gobernador Gutiérrez Zamora le dió la bienvenida en nombre de la ciudad y de la guarnición en cortas pero sentidas y expresivas frases que podían reasumirse en sólo esta:

"Veracruz os recibe con unánime aplauso, con orgullo y con placer, porque sois el portador del arca santa que encierra nuestras libertades. Triunfaremos porque aquí no cabe la deslealtad, ni jamás ha encontrado eco la traición."

VI

A las doce de la noche, la ciudad profusamente iluminada desde las primeras horas, dormía tranquila y regocijada; y el primer Magistrado de la Nación, así como sus Ministros, descansaban también de las fatigas de largos y penosos viajes emprendidos para llegar al puerto de salvación.

Sólo se oía, á distancia, el marcial ¡alerta! de los numerosos centinelas que velaban el tranquilo sueño de la ciudad.

VERACRUZ.

Permanencia del C. Benito Juárez.—Primero y segundo sitio de Miramón.—Llegada del batallón "Guarda-Costa" de Tampico.—Aproximación del vapor "México" á la ciudad.—Estado de defensa de la plaza.—Captura de la excuadrilla al mando de D. Tomás Marín.—Reconocimientos y ataques del enemigo.—Retirada del ejército reaccionario.

I

LA presencia del Presidente Juárez y su Gabinete en Veracruz, imprimió un nuevo aspecto á la ciudad, aparte de la importancia política que le dió y que la hizo el punto objetivo de los usurpadores que se habían enseñoreado, no sólo de la Capital de la República, sino también de todas las principales ciudades del Interior.

Fácil era prever que Miramón, Márquez, Robles y demás prohombres de la reacción, intentarían apoderarse del puerto, como se habían apoderado de Jalapa, de Córdoba y de Orizaba en el Estado; pero había dos obstáculos difíciles de superar: la incontrastable firmeza del Gobernador Zamora y la indisputable lealtad de los veracruzanos.

Dos escollos contra los cuales debían estrellarse siempre los defensores de "Religión y Fueros."

Y á fe que había razón.

Veracruz, cuna de la libertad, nunca consintió la supremacía del "fuero," y de ello dió pruebas constantes durante el último gobierno del General Santa Anna; y en cuanto á

"religión," preciso es convenir que nunca ha tomado á lo serio las cuestiones dogmáticas de la Iglesia.

Hay *beatos* y *devotos:* no faltan hipócritas por aquello de que "en todas partes cuecen habas:" pero tratándose de lo que pueda afectar al buen nombre y al honor de la ciudad natal, son veracruzanos que tanto sirven para un *barrido* como para un *fregado.*

Como era natural, el entusiasmo patriótico se exaltó en los veracruzanos; y puesto que habían de ser los defensores de su ciudad natal, unidos á los buenos liberales que de distintos puntos de la República llegaban á presentarse al Gobierno, desde luego se dedicaron al ejercicio de las armas, lo mismo que los demás batallones que de Oaxaca y Tampico llegaron á reforzar la guarnición. La ciudad, pues, tuvo dos vidas: la civil y la militar.

El comercio cerraba sus tiendas y almacenes á las tres de la tarde, á cuya hora las bandas de los cuerpos daban el último toque de *llamada;* y desde esa hora hasta las siete de la noche que se relevaban las guardias, los ciudadanos todos abandonaban sus tareas ordinarias, se convertían en soldados; y mientras los reclutas comenzaban á recibir la instrucción militar, las tropas de infantería maniobraban en el campo y los artilleros en los baluartes; y de unos y otros, quiénes se ejercitaban en el tiro al blanco, quiénes trabajaban como zapadores en las obras de fortificación. A la línea natural de fuertes que poseía la ciudad, se adelantó otra de fortines que completaban el sistema de defensa adoptado por los ingenieros con aprobación de la Secretaría de Guerra; y bajo la inmediata dirección de Foster, Paz, Mora y Zérega, al terminar el año de 1859, un foso bastante profundo circundaba la ciudad; y "La Calavera," "La Gola" y "La Noria," al Sur y al Este, y "Los Gemelos" y las "Dos Flechas" hacia el Norte y al Oeste se alzaban airados mostrando sus cañones dispuestos á lanzar la muerte al audaz que intentara tocarlos.

La Maestranza no cesaba de trabajar diariamente: doscientos hombres se ocupaban en la elaboración de parque: y mientras que en la ciudad y en Ulúa se disponía todo para una defensa vigorosa y tenaz; en los astilleros de Alvarado, bajo la dirección del primero de los jefes citados, se terminaba la construcción de las lanchas cañoneras "Hidalgo," "Morelos," "Bravo," "Mina," "Galeana" y "Santa María," que en los primeros días de Enero del siguiente año llegaron á la bahía para recibir el armamento y la tripulación de guerra. Pocos días después cada una montaba un bombero de á sesenta y ocho, quedando útiles para todo servicio.

II

Por esta época se supo en Veracruz que el general Miramón con un brillante cuerpo de ejército comandado por los jefes más valerosos de la reacción, marcharía para sitiarla y ocuparla por la fuerza de las armas.

No hubo tal.

Fué sólo un paseo militar el que hizo, anunciado con mucho bombo por parte de sus paniaguados, que se figuraron que, moderno César, regresaría para decirles: "llegué, ví, y vencí." Los jefes de la plaza no debían, sin embargo, ver con desdén la aproximación del enemigo, y las *líneas* fueron ocupadas militarmente. El futuro presidente reaccionario llegó hasta Medellín, pero no se dió gran importancia al suceso, pues nuestros agentes en aquel pueblo dieron aviso de que el *brillante cuerpo* se reducía á dos ó tres batallones, un escuadrón de coraceros y unos pocos artilleros; pero que nada indicaba un sitio en regla. Así, pues, el día 19 de Marzo que tuvo la humorada de acercarse á la plaza, apareciendo en los médanos con la caballería entre 9 y 10 de la mañana, bastó que desde «Santa Gertrudis,» el «Primer Gemelo,» «Santa Bárbara» y "La Noria," se le dispararan cuatro granadas, una por cada fuerte, para que desaparecieran del frente de la plaza pri-

mero, y al siguiente día de su cuartel general de Medellín. Una batallón hizo una visita á Boca del Río, de donde se llevaron algunos víveres, y otro fué á Alvarado, donde no pudo entrar porque lo recibieron á balazos en "Barra Vieja."

Cuatro días más tarde, lunes santo, las tropas se retiraron á sus cuarteles; y como no se celebraron las fiestas del carnaval por estar la plaza declarada en sitio, el pueblo pidió permiso para celebrarlo á partir del sábado de gloria: no hubo inconveniente en concederlo, y fué un Carnaval espléndido. La oficialidad de la guarnición, á escote, costeó la construcción de cinco enormes *Judas* que se quemaron en la plazuela de la Carnicería, frente al cuartel de la Guardia Nacional de Infantería, haciendo una verdadera fiesta á la cual concurrieron las principales familias de la ciudad. El gran *Judas* estaba representado por el padre Miranda, á quien acompañaban Miramón, Márquez, Robles Pezuela y Cuevas: á las diez de la noche en punto, todos *tronaron.*

III

Hubo dos episodios dignos de mencionarse, acaecidos pocos días antes de la llegada de Miramón. El uno porque demuestra la valentía y decisión de los que llegaban en auxilio de la plaza amagada, y el otro porque llenó de consternación á los habitantes de la ciudad.

El vigía de Ulúa señaló desde muy temprano "vapor mercante á la vista," y como se esperaba de un momento á otro el batallón Guardacosta de Tampico, se creyó que fuera el que lo conducía. El viento del Norte soplaba entonces con poca fuerza; pero una hora después arreció y los prácticos manifestaron que era imposible ir á darle entrada, agregando que el referido vapor corría riesgo de naufragar.

En efecto, á eso de las cuatro de la tarde ya podía notarse y distinguirse que el "Mosquito" venía muy recargado de tropa, sin funcionar la máquina y haciendo uso del velamen:

su capitán maniobraba hábilmente y al fin tomó el canal del Sur para hacer su entrada en bahía. No pudo verificarlo: el viento lo empujaba con toda su fuerza; pasó á Sotavento de la "Lavandera," y poniendo la proa al baluarte de "Santiago," vino á embarrancar á más de cien brazas de la playa. El general Juan José de la Garza, jefe del Cuerpo, dirigió á sus soldados una corta arenga, y él el primero se lanzó al mar, nadando vigorosamente hacia la ciudad. Un ruidoso aplauso resonó entre la multitud de gente que se encontraba en la playa; aplauso que á pesar del ruido de las olas al chocarse entre sí y estrellarse en tierra, llegó hasta á bordo, y no hubo un solo oficial ni soldado que no imitara á su valiente jefe, llevando el fusil ó la espada á la espalda: hijos todos de puerto de mar, arribaron con toda felicidad.

A las seis de la tarde, calados de agua hasta los huesos, pero orgullosos porque llegaban á tiempo para auxiliar á sus camaradas, se alojaron en el "Hospital Militar," Cuartel General de la Tercera Línea, al mando del bravo y sereno Coronel C. Alberto López.

IV

Relataré el otro á grandes rasgos.

Hacia mediados del año, apareció repentinamente en las aguas del puerto, pero fuera de tiro de cañón, como á las diez de la mañana, el vapor nacional de guerra "México" que llevaba antes el nombre de "Santa Ana" en la última época que gobernó el dictador de este nombre. Este vapor, al servicio del gobierno republicano, fué enviado á Tampico dos meses antes llevando á bordo armamento, municiones y pertrechos de guerra, y una fuerte suma de dinero; y ya en alta mar, se pronunció proclamando "Religión y fueros," tomando su mando el exjefe de Escuadra D. Tomás Marín.

Su presencia en las aguas del puerto causó curiosidad, que no alarma alguna; pero como media hora después de su apa-

rición, una horrible detonación se hizo oír en toda la ciudad, y todos creyeron que el "México" empotrando la colisa de popa, había disparado sobre la población.

Pronto se salió del error.

La negra y espesa humareda que se dejó ver hacia la Puerta de la Merced, cubriendo la atmósfera hasta la del Rastrillo, y baluarte de Santiago, y las voces que comenzaban á circular entre las gentes que corrian al lugar indicado, dieron á conocer la horrible catástrofe. La sala de Mixtos, establecida en la Escuela Práctica de Artillería había volado.

Más de cien hombres de los que allí trabajaban en la elaboración de parque, preparación de bombas, granadas, etc. etc., quedaron sepultados entre las humeantes ruinas del edificio que había volado, sin saberse nunca la causa de tan espantoso siniestro; y muchos restos de cuerpos humanos, y piezas de herraje de la armadura del edificio, fueron á caer á largas distancias sobre balcones y azoteas, llenando más de horror á la consternada población. No quedó en la ciudad un cristal que no se hiciera pedazos, y la mayor parte de las puertas de las casas se abrieron al impulso de la columna de aire caliente que desalojaron los gases inflamados de los proyectiles y pólvora que se incendiaron.

La ciudad en masa corrió al lugar del siniestro para prestar sus auxilios á las infelices victimas, y los hospitales se llenaron con los cadáveres y los heridos que se pudieron sacar de entre las encendidas ruinas, de dentro de los cuales salian quejidos lastimosos que laceraban el corazón, denunciando al desgraciado que pedía auxilio.

El cuadro era imponente y conmovedor, pues aumentaba la tristeza al ver á los deudos de aquellos trabajadores buscar entre los escombros al padre, hermano ó esposo, que allí les proporcionaba el sustento del día.

El "México" desapareció para reaparecer al siguiente día domingo, como á las dos de la tarde; pero á las cuatro, salieron las cañoneras para darle caza y volvió á desaparecer sin

que se tuviera noticia de él, sino hasta el siguiente año, que formó parte de la expedición que en auxilio de las tropas sitiadoras salió de la Habana, como se verá más adelante.

***

Un tercer episodio, muy ajeno á la cuestión política, un suceso de familia, vino también á llenar de duelo á todas las clases sociales: el suicidio del opulento comerciante D. José Gutiérrez Zamora, hermano del Gobernador del Estado. Era D. José, como su hermano D. Manuel, el tipo del perfecto caballero, amado y respetado de todos, por las brillantes cualidades que le adornaban; de mayor edad que aquél, de un juicio y criterio poco comunes, de grande estima dentro y fuera del país y de una probidad y honradez intachables, era no sólo su socio como comerciante, sino su íntimo y prudente consejero como político, y liberal y desinteresado hizo suya la causa de su hermano D. Manuel, y en más de una vez los fondos de su caja particular hicieron anticipos de consideración á las arcas del Estado y Federal.

Hasta el día, se ignoran las causas determinantes de la terrible determinación que tomó, suicidándose de un pistoletazo, tres días antes de que Miramón se retirará de Medellín. Tuvo lugar el suceso como á las tres y media de la tarde y luego cundió la noticia con la rapidez del rayo, entristeciendo profundamente á cuantos iban siendo sabedores del funesto suceso: hombre de carácter pacífico y tranquilo, que jamás había disparado una arma de fuego, imposible era sospechar siquiera el triste fin que pondría á su existencia. Apenas se supo tan inesperada catástrofe su casa fué invadida por las multitudes, que á la vez que deploraban el suceso, se presentaban á ofrecer sus respetos al acongojado hermano, quien, sobreponiéndose al justo dolor que le agobiaba, para no desatender sus deberes como gobernante en aquellos momentos en que el enemigo amagaba la plaza, hizo que el cadáver de

su infortunado hermano fuera trasladado á Ulúa, donde fué sepultado, después de haberlo inyectado los principales médicos de la Ciudad.

Lo notablemente particular de este infausto acontecimiento fué, que personas que momentos antes del suicidio habían estado hablando con él, entre otros su cajero D. José María Barberi, pudieron notar nada que ni en su carácter, ni en sus costumbres y hábitos hubiera variado la vida regular y metódica que siempre observaba.

V

La retirada de Miramón, las amenazas que desde luego comenzaron á proferir los periódicos de México á cuyo frente estaba el más precoz é insolente de todos, "El Pájaro Verde," anagrama ridículo de la estulta frase "Arde plebe roja," y antecesor de la hoy "Voz de México;" la ferocidad que comenzó á desplegar el bando reaccionario, iniciado en Tacubaya el 11 de Abril del mismo año, asesinando á los médicos y estudiantes de medicina en los momentos que impartían los auxilios de la ciencia á los heridos de ambos bandos combatientes; los trabajos que se hacían en las maestranzas de la misma Capital; las numerosas guerrillas de forajidos de aquende y allende los mares, *bendecidas* por obispos y arzobispos, y comandadas por curas y frailes, que aparecieron en la zona militar desde México al Estado de Veracruz, y la *leva* que sin compasión se hacía en todas las poblaciones que ocupaban los defensores de "Religión y Fueros, eran motivos más que suficientes para comprender que Miramón abriría una nueva campaña contra Veracruz durante el próximo invierno, y que en esta vez no bastarían seis granadas para que volviera la espalda á sus defensores. En consecuencia, se redobló la elaboración de parque, se adiestraron más y más artilleros é infantes en el tiro al blanco, se estudió profundamente la extensión de éste, dado que el enemigo no podía situar sus baterías sino

á la falda de los médanos denominados de "El Perro," y de "El Encanto," y se activaron prodigiosamente las operaciones de armamento, fortificación y defensa de la plaza.

Veamos cómo se encontraba ésta en los primeros días del mes de Febrero de 1860, y con qué fuerzas contaba para defenderse; teniendo presente que se habían destruído los pequeños médanos próximos al caserío, la estación del ferrocarril Mexicano, y todas las casas que impedían jugar libremente á la artillería.

Al pie de la muralla, el ancho y profundo foso que ya existía desde el sitio anterior; y á partir de la contra escarpa formada con la tierra extraída, revestida de césped, una tela de alambre de diez metros de ancho por medio metro en su parte más baja, y uno en la más alta, formando una jaula cruzada angularmente en todas direcciones: luego, un espacio de doble anchura, enteramente libre: en seguida otra tela exactamente igual á la primera, otro espacio como el segundo; y por último, otra tela del mismo ancho formada con *nopaleras*, á toda su altura. En el claro que había entre ésta y la segunda jaula, diez y seis minas cargadas cada una con un quintal de pólvora de cañón, y una tonelada de guijarros, balas viejas, bayonetas inservibles, &c., &c., y cuyos eléctricos conductoreses correspondían á cada uno de los fuertes. Las telas tenían por objeto impedir que las columnas de asalto pudieran conservar su formación y unidad, y que, aun desorganizadas, los soldados pudieran franquearlas sino con grandísima dificultad, siempre en pie y empleando un tiempo más que suficiente para resistir el fuego de los sitiados; y aun dado que el enemigo hubiera destruído antes con su artillería las fuertes estacas que sostenían el alambre, el resultado habría sido el mismo, por la dificultad de conservar su unidad de acción.

En el interior de la población, las bocacalles inmediatas á la muralla estaban atrincheradas y defendidas por una pieza de artillería cada una, seis en el Muelle, y además, el "Indianola" y las seis cañoneras ya mencionadas.

Aparte esto, los fuertes montaban:

Santiago	piezas	10
San José	„	3
La Calavera	„	3
San Fernando	„	4
La Gola	„	9
Santa Bárbara	„	3
La Noria	„	7
Santa Gertrudis	„	3
Primer Gemelo	„	3
Segundo Gemelo	„	3
San Javier	„	3
San Juan	„	3
San Mateo	„	3
Primera Flecha	„	3
Segunda Flecha	„	3
La Concepción	„	12
Maestranza, Batería de Morteros de á 14.	„	6
La Noria, ídem á "provetas"	„	6
Hospital Militar, rayada	„	1
Ulúa y Caballero Alto	„	35
Bocascalles, Muelle y Buques	„	25
Total		148

bocas de fuego, de los calibres 24, 36, 68 y 80, perfectamente provistas y servidas, más la batería de Artilleros de Oaxaca y reclutas de la misma plaza.

Las fuerzas destinadas á la defensa de la Ciudad y de la fortaleza de San Juan de Ulúa, la componían:

Infantería..	Batallón "Guardia Nacional de Veracruz," Coronel Manuel Gutiérrez Zamora	plazas	800
	"Fijo" de Veracruz, Coronel F. Osorio	„	600
	2º "Mixto," Coronel Francisco Ortiz de Zárate	„	400
	Al frente	plazas	1,800

	Del frente.....	plazas	1,800
Infantería..	1º y 2º de Oaxaca, Coronel Ignacio Mejía.....	„	800
	"Reforma," formado con piquetes de la Guarda Nacional de Huatusco, Córdoba y Orizaba, Coronel Rafael González Paez.....	„	400
	"Batallón de Túxpam," Coronel Manuel Macario Gutiérrez.....	„	200
	"Compañía de Exceptuados" para el servicio de escoltas, ambulancias.....	„	150
Artillería...	Batallón Guardia Nacional de Veracruz, Teniente Coronel Rafael Gutiérrez Zamora.....	plazas	400
	"Matrícula," Coronel Juan Foster.....	„	150
	Baterías permanentes de Veracruz, Teniente Coronel José Juan García.....	„	200
	Batería de Oaxaca, Capitán Luis Mier y Terán.....	„	50
Caballería.	Escuadrón "Reforma," Comandante J. Subikuski.....	plazas	100
	Total.....		4,250

hombres, de los cuales estaban en Ulúa 400 infantes y 100 artilleros. Además, las guerrillas Prieto, Domínguez y Rojas, y la Columna volante del Comandante Rafael Estrada, todos á las órdenes del General La Llave, cubrían los caminos desde Vergara, la Antigua y San Carlos, vigilando el de Córdoba y Orizaba además del de Jalapa.

Mandaba en Jefe el General D. Ramón Iglesias, teniendo por segundo al Gobernador Zamora, y por Mayor de órdenes al Coronel de Caballería D. Juan Díaz: la artillería, el Coronel D. Francisco Paz; Maestranza, parque y luz eléctrica, General D. Francisco Zérega; Aprovisionamiento de repuestos, fogatas, etc., General D. José María de Mora; Jefe del Cuerpo Médico-Militar, Coronel D. Macario Ahumada: Gobernador de Ulúa, General D. Francisco Ortiz de Zárate; 1ª

batería de morteros, Capitán permanente D. Guillermo Palomino, y de la 2ª el del mismo empleo, de Guardia Nacional, D. Alejandro del Paso y Medina.

El mando inmediato de las líneas fué confiado á los Coroneles, Osorio, Gutiérrez, Flores y Mejía, siendo sus segundos los Tenientes Coroneles Zamora Rafael, García José Juan, Foster y Quiroga; y Mayores de órdenes los Comandantes Gorordo, García Terán, Berna y Díaz Aragón. Las reservas generales, el Teniente Coronel Sánchez y el Comandante Milán: la de artillería, el Capitán Mier y Terán, y las particulares de "La Gola" los Capitanes Carbó y Galindo Manuel.

El día 26 del referido mes de Febrero, á las cinco de la tarde, quedaron cubiertas las líneas, y el 27 el aspecto que presentaba la ciudad era verdaderamente imponente, sin que esto impidiera que sus defensores tuvieran el aire de contento y alegría de que siempre parecieron animados.

VI

El día 4 de Marzo, entre una y dos de la tarde, hizo su aparición el enemigo, que había llegado á Medellín desde cinco días ántes, conduciendo en sus carros y bagajes los útiles y artillería para establecer sus baterías; la cortina núm. 5 de "la Gola" lo saludó con una granada de á 68, aceptando el reto que se hacía á la plaza. Durante la noche y el día siguiente acabaron de llegar los pertrechos, y el día 7, al amanecer, una línea blanquizca de un metro ó poco menos de elevación, á la falda de los médanos ya dichos, determinó la posición de las baterías enemigas, resguardadas por una trinchera de sacos á tierra.

Los fuertes que las enfilaban comenzaron á disparar, y media hora después la línea de saquillos había desaparecido por completo. Estaban, pues, bien ajustadas las punterías. En la mañana siguiente se repitió la misma escena: la línea era algo más elevada, y la plaza, rectificando el tiro, la destrozó

enteramente; y por último, al tercer día, protegida por los fuegos de los morteros de á 14 que enviaban las bombas hasta más allá de "Casa Mata," hizo una salida la caballería, regresando luego con un crecido número de saquillos de buena manta, un pisón, algunas palas y picos, dos escalas y dos zapadores prisioneros: colocadas las escalas de asalto dentro del foso, se vió que apenas alcanzaban á su borde: eran, pues, inútiles, y el enemigo no llegaría con ellas á escalar la muralla.

La Plaza recibió órden de no destruir las trincheras que levantaba el enemigo, á fin de que montara su artillería: era el mejor medio para terminar, tratando de destruirla también, aun cuando era bien triste, pero necesario, arrebatar la vida á los que la sirvieran. El día 8 se tocó "parlamento" en el campo contrario: la ciudad lo contestó. Se trataba de un arreglo, de un convenio, y se nombraron los comisionados *ad hoc*, siendo por parte del enemigo el General Robles Pezuela, y por la del Gobierno el General D. Santos Degollado. Se reunieron en la casilla núm. 3 del guarda camino del ferrocarril sin llegar á ponerse de acuerdo: aquello no fué sino una fórmula que bien pudo haberse omitido, pues las pretensiones de los reccionarios no podían ser ni más absurdas, ni más ridículas: la entrega de la plaza, ofreciendo respetar la vida de los que estaban dentro. Como era natural, Degollado los mandó en hora mala con muy buenas palabras; en realidad lo que querían era ganar tiempo, como lo comprobaron los hechos posteriores; sólo que supusieron que en pláticas y arreglos pasarían algunos días más, cuando todo quedó terminado en ménos de una hora: y como aún no estaban bien preparados, ni concluídos los trabajos de sitio, no obstante que la plaza abrió sus fuegos luego que regresó el comisionado, se contentaron con aguantar en silencio el chubasco de fierro que les cayó encima.

VII

A eso de las diez de la mañana del día 9, el vigía de Ulúa anunció "Escuadrilla al Sur," y dos horas más tarde, dos grandes buques de transporte, convoyados por otros de guerra, pasaban fuera de tiro de cañón de la fortaleza, haciendo rumbo á Anton Lizardo. El Caballero Alto pidió bandera, disparando dos tiros, de los cuales el primero fué sin bala; pero ni los unos ni los otros izaron la de la nación á que pertenecían, aun cuando nadie ignoraba que procedían de la Habana, cuyo Capitán General, de acuerdo con D. Tomás Marín comprometía al Gobierno español que allí representaba, pres, tando auxilio á uno de los bandos políticos de México.

VIII

La llegaba de esta escuadrilla, no era, pues, ni un misterio ni un secreto para el Gobierno liberal: agentes particulares le habían hecho saber desde la Habana los criminales trabajos emprendidos sobre este particular entre el Capitán General Serrano y el ex-Jefe de Escuadra reaccionario D. Tomás Marín; pero esto no era óbice para proceder como el caso lo requería. Así, pues, luego que el Gabinete dictó el acuerdo respectivo, el Ministro de la Guerra, General D. José Gil Partearroyo, convocó una Junta de Guerra, á la que asistieron los Jefes de Marina, el Comandante de la "Saratoga" y el Asesor del Ejército, Coronel D. Angel del Campo.

La cuestión quedó resuelta tras cortas discusiones, teniendo á la vista para deliberar con conocimiento de causa, las leyes del derecho internacional y demás necesarias; y se convino en que, puesto que aquellos buques no dieron bandera haciéndose sospechosos, y se acercaban á una plaza declarada en estado de sitio, debía considerárseles como de piratas, y tratarlos como á tales. A las seis de la tarde, una orden

extraordinaria del Cuartel General pidió al Coronel del batallón de infantería Guardia Nacional de Veracruz cien hombres escogidos con su dotación de oficiales, y á las ocho de la noche recibía en el muelle esa fuerza el Comandante D. Daniel Traconis, á cuyo mando se encomendó. Las guarniciones de "La Gola" y de "La Noria," y las reservas cubrieron el contingente. El General D. Ignacio de la Llave tomó el mando superior embarcándose á bordo del vapor nacional "Indianola," y á las nueve, aprovechando un ligero viento del Norte que auxilió la marcha de la cañonera, salió nuestra escuadrilla, acompañada de la "Saratoga," cuyo comandante se creyó en el deber de tomar parte en la expedición.

Las cañoneras, de poco calado, y ciñendo el viento, navegaron á sotavento, acercándose lo más que pudieron á la playa, para impedir el desembarque en tierra de los piratas y de los pertrechos y artillería que conducían, en tanto que el "Indianola" y la "Saratoga," á media máquina, tomaban el barlovento para evitar que, una vez descubiertos por el enemigo, se hiciera al mar é intentara escapar. La brigada Casanova, que al obscurecer había ocupado el pueblecillo de Boca del Río, se encontraba en terreno propio para proteger el desembarque; y la cañonera "Santa María," que fué la primera en llegar, se acoderó á distancia conveniente, y rompió el fuego sobre la referida brigada.

Sucesivamente fueron entrando en línea las demás cañoneras, y en tanto que la "Galeana" y la "Mina" secundaban los fuegos de la "Santa María," las otras tres abrieron los suyos contra los buques piratas: éstos prevenidos de antemano, respondieron al instante; pero como á la vez tomaban el barlovento y abrían los suyos el "Indianola" y la "Saratoga," se hicieron generales; y, cuestión de poco tiempo, los buques sospechosos fueron apresados, pasando á su bordo el General Llave, ligeramente herido, y el Comandante americano. Algunos cadáveres yacían sobre cubierta; y el primero, como Comandante en Jefe de la expedición, ordenó que fueran

ahorcados en las entenas de sus propios buques, los malos mexicanos que allí se encontraban, y los oficiales y tripulantes que quedaban vivos. El Comandante de la "Saratoga" interpuso la buena amistad del Gobierno que representaba para salvarles la vida, y el General Llave accedió, sin perjuicio de lo que dispusiera el Gobierno Constitucional. La "María Concepción" fué remolcada al puerto, y los demás quedaron en la Isla de Sacrificios, en espera de la resolución del Gobierno mexicano.

IX

La noche estaba obscura: gruesos nubarrones comenzaban á correrse de Norte á Sur, y el viento tendía á arreciar más. En los fuertes, en las azoteas, en las torres, se destacaban las siluetas de multitud de espectadores que sólo veían los relámpagos de los disparos y escuchaban el estampido de los cañones. Esperaban el término de aquel pequeño combate naval, cuyo resultado favorable para nadie podía ser dudoso; y nadie, absolutamente nadie, se ocupaba del enemigo que estaba al frente de la plaza. De repente, eran las diez y media, un nutrido fuego de fusilería cae sobre los puestos avanzados, extendiéndose en cercana y prolongada línea, desde el frente de "San José" tras la capilla del Cristo del Buen Viaje, hasta rebosar de la "Noria." Los puestos amagados, quedan en silencio por breves instantes; pero en seguida se iluminan con vivísimo resplandor, y la metralla silva rugiente, mezclándose su estridente silbido con el de las balas de fusil. Diez ó quince minutos fueron suficientes para hacer que los imprudentes que habían intentado provocar la lucha se retiraran á su campo en el más espantoso desorden.

Fué que Miramón, aprovechando los momentos en que suponía que la atención de los defensores de Veracruz estaría entretenida con el ataque que en esos momentos tenía lugar en el mar, quiso hacer un reconocimiento formando un cuer-

po especial con las *clases* y gente escogida de todos sus batallones, al frente del cual puso jefes y oficiales escogidos también; y tan violento y sigiloso fué su avance, que nuestros *escuchas* apenas tuvieron tiempo para replegarse bajo el puente del Tenoya y del de la Alameda.

Al terminar este incidente, cinco desertores del enemigo pidieron entrar á la plaza.

X

Nada ocurrió de particular durante los días del 10 al 13. El enemigo seguía perfeccionando sus obras de sitio, y en la plaza se publicó un bando por el cual se hacía salir de la población á todos los extranjeros y á todos los mexicanos que no tomaban parte en la defensa: se les consideraba *bocas inútiles*, y se les designó como lugar de su residencia durante el tiempo que durara el sitio, la fortaleza de Ulúa y los buques que estaban en la bahía, donde había lo suficiente para su subsistencia, sin tocar los víveres destinados á la guarnición.

El fuerte norte que sopló durante el día 11 hizo concebir y llevar á efecto á la guarnición de "La Gola," con permiso de los Jefes de la ciudad, el proyecto de enviar al campamenenemigo "proclamas" impresas, en las cuales se hacía comprender á aquellos pobres soldados que eran víctimas de un engaño. Al efecto, los cabos Torres (á) *brocha*, y Cuadro, el sargento Jiménez y el Teniente López, auxiliados de algunos soldados, construyeron un enorme *papelote* de tres varas, cuya *cola*, en lugar de trapos, llevaba perfectamente dobladas las proclamas que, *gratis*, se habían tirado en la imprenta del patriota D. Rafael de Zayas; y cuando se remontó lo suficiente, teniendo necesidad de enrollar el hilo en el cascabel de un cañón para resistir la fuerza y violencia del viento, lo *cortaron* desde "Santa Bárbara," teniendo el gusto los autores del proyecto, de ver caer el *papelote* precisamente enmedio del campo enemigo.

El día 12, entre cinco y seis de la tarde, una fuerte columna de los sitiadores ocupó el Cementerio General; pero las cañoneras "Hidalgo" y "Morelos," auxiliadas de "La Gola," hicieron que lo desocuparan violentamente. Esa misma tarde, el batallón "Fijo de Veracruz" salió por la poterna de "Santa Gertrudis" para probar el nuevo armamento "Enfield" que en la mañana había recibido; y como avanzó demasiado, observado esto por el enemigo, inició un movimiento envolvente para cortar dicha fuerza, destacando de su campo dos pequeñas columnas de infantería. La plaza notó el movimiento, y ordenó al capitán de artillería Del Paso Alejandro, una salida con su batería de "provetas" para proteger la retirada; el referido oficial ejecutó la orden con tanto valor como oportunidad, asegurando el éxito de la operación que se le encomendó. Apenas estuvo á distancia conveniente, las pequeñas bombas de sus "provetas" hicieron retroceder al enemigo.

Nuevos desertores de las filas contrarias se presentaron en la plaza en la madrugada del día 13, y las declaraciones que prestaron ante las autoridades superiores causaron gran indignación, pues además de haber manifestado que al caer el *papelote* con las proclamas en el campamento y haberse avalanzado los soldados á recogerlas fueron *cintareados* por los oficiales; dijeron también, que en la orden de ese día se hizo saber á los cuerpos *que si la artillería de la plaza estaba tan admirablemente servida, era porque había desembarcado un cuerpo de artilleros americanos con ese objeto:* y que esa noticia que todos la dieron por cierta, *la habían llevado al campo dos señores que llegaron de Jalapa la noche anterior.*

También por la orden del día se hizo saber esto á la guarnición de Veracruz, para que todos conocieran hasta dónde llegaba la infamia de los jefes enemigos que nos acusaban de traidores, cuando apenas habían pasado tres días después de haberles hecho pagar cara su verdadera traición.

XI

El día 14 á las seis de la mañana tronó por fin el primer cañonazo sobre la heroica Veracruz, yendo á reventar la primera bomba dentro de una casa de altos de la 7ª calle de las Damas, cuyo segundo piso quedó destruído: el balcón y las puertas de la sala volaron á la calle: otra cayó en el foso de la "Gola," sin causar más daño que unas ligeras contusiones á dos soldados de la 6ª compañía del batallón de Veracruz, y á un artillero permanente; y desde ese día hasta el 18, los fuegos se repitieron durante tres horas en la mañana y dos en la tarde hasta la puesta del sol. Mujeres, niños, ancianos, gente del pueblo, fueron las víctimas, y el Escribano público D. José M. Valay que pereció dentro de su propia casa. Los proyectiles eran dirigidos de preferencia á la Casa-palacio del Presidente Juárez, al Hospital de sangre establecido en la iglesia de San Francisco y en la capilla de la Tercera Orden, y á la iglesia de San Agustín donde estaba el depósito general del parque. Sin embargo, ninguno de esos edificios fué tocado, pero el resto de la ciudad, desde la Parroquia hasta la Puerta de la Merced, el caserío sufrió horriblemente.

El día 16, en vista de los acontecimientos de la noche anterior, una Junta de Guerra, presidida por el Ministro del ramo, dispuso que se retirara á Ulúa el Presidente, quien resistió al principio tal determinación, aconsejada por la prudencia y por el deber; y como si el enemigo tuviera noticia de lo que pasaba, cuando se efectuaba el embarque en el muelle, los fuegos de mortero fueron dirigidos en esa dirección. Una bomba cayó sobre el pavimento, muy cerca del grupo en que se encontraba el Gobernador del Estado, rodeado en esos momentos, como lo estuvo siempre á la hora del peligro, de sus fieles amigos y consejeros, los patriotas D. Angel Mª Vélez, D. Jorge de la Serna, D. José de Emparan y D. Ramón Vicente Vila, quienes como él, habían acompañado al Presi-

dente para su traslación á la fortaleza. Todos cuantos se encontraban en el muelle se echaron pecho á tierra; pero el valiente Gobernador permaneció en pie; y cuando comenzó á disiparse el humo que produjera la terrible explosión, pudo vérsele sereno y tranquilo, que con el pañuelo se limpiaba el polvo de que estaba cubierto. Otra bomba estalla sobre la falúa que conducía al Presidente Juárez y su Gabinete, pero más cerca de las lanchas que, ya cargadas con gentes, se disponían á dirigirse á la bahía ó la fortaleza; y al pasar el estupor que produjo en cuantos presenciaron aquello, por el inminente peligro que corrió el Primer Magistrado de la Nación, pudo verse que el timonel de una de las lanchas, y dos mujeres, estaban espirando, bañados en sangre.

El fuego era nutrido, pero no certero; disparaban ya sin precisar las punterías; y como la distancia era superior al calibre de sus cañones, para punterías rectas, tiraban de rebote, procurando sólo que sus proyectiles penetraran en la ciudad, sin cuidarse de dónde iban á dar. Se trataba simplemente de saciar la sed de venganza que tenían, destruyendo cuanto más pudieran, y haciendo el mayor mal posible.

El día 17, una bomba que cayó al pie de la escala plana del baluarte de "Santa Bárbara," hirió ligeramente con una astilla arrancada al garitón del centinela del cuartel del "Fijo," al Capitán D. José Rodríguez Ayala; y otra, que penetró en una tienda de abarrotes situada en la contraesquina demismo cuartel, lanzó al propietario del establecimiento, conl fundido entre los sacos de maíz que rodaban deshechos hasta el medio de la calle, atolondrado y totalmente cubierto con el polvo del maíz; pero ni en los fuertes, ni en las reservas, ni en los repuestos hubo mayores desgracias que lamentar, notándose que los fuegos eran, si no más lentos, sí menos nutridos.

La noche pasó tránquila, y después del toque de "diana" el 19, se oyó distintamente el de "misa," dado en el campamento enemigo. A las seis y media la guarnición de la "Go-

la," en su mayor parte sin armas, hizo una fajina, yendo hasta la "Fábrica del Gas;" y mientras los oficiales, puestos de centinelas sobre el gasómetro, presenciaban la ceremonia que en la llanura de "Los Cocos" tenía lugar, la tropa recogía leña y botijos de alquitrancillo para preparar las fogatas de esa noche. Cuando en el campo contrario se hizo oir el "Sanctus," indicado por el toque de "marcha," la plaza tocó "retirada" á los de la "Gola," pues era seguro que, terminada la misa, tronarían los cañones sobre la ciudad.

Y así fué en efecto.

Apenas comenzaban á formar para regresar al fuerte, cuando una verdadera lluvia de balas y de bombás caía sobre la "Fábrica" y sobre los fortines y baluartes de la primera, segunda y parte de la tercera línea, que no pudieron contestar desde luego, porque habrían sido cogidos entre dos fuegos los bravos guardias que se retiraban: éstos se corrieron sobre su derecha para dirigirse y guarecerse tras "la Huaca," y penetrar al foso de "Santiago," y desde allí á su punto de partida; pero notado el movimiento por el enemigo, desprendió una columna de infantería y de caballería, con ánimo de cortarlos, dirigiéndose á paso veloz hacia el Cementerio. La plaza envió en su auxilio á los Granaderos de "Túxpam" al mando de su capitán D. Manuel Galindo, y á los Cazadores del 2º de Oaxaca al de D. Guillermo Carbó, que formaban la reserva de la "Gola," cuyas compañías emprendieron su marcha á la carrera; y luego que llegaron á la altura de la casa conocida con el nombre de "Martínez," al final de la calle de la Alameda, desplegaron en batalla y rompieron un fuego de filas sobre la cabeza de la columna contraria que en esos momentos desembocaba á la pequeña llanura que existe entre la Laguna de los Cocos y el Cementerio General.

Nuestras baterías de la segunda línea eran ineficaces por sí solas para proteger la retirada de los guardias; pero unidos sus fuegos á los de las dos baterías de morteros, poderosamente secundados por los bomberos de Ulúa, comenzaron á

bombardear alternativamente á la columna, que se había detenido ante los fuegos de las reservas, á las dos baterías del campamento y á la "Casa Mata," donde estaba Miramón y su Estado Mayor, con los demás Jefes principales que componían el Cuartel General. A las nueve de la mañana se incorporaban á sus compañeros los expedicionarios de la "Gola," cargados con la leña y alquitrancillo que habían ido á recoger, y en el resto del día no hubo novedad alguna, si no fueron los derrumbes de edificios y algunos muertos más de entre el vecindario, ocasionados por el fuego de la mañana.

Durante la tarde no dispararon un solo tiro; pero cerca del obscurecer notóse cierto movimiento sospechoso, y la plaza redobló su vigilancia.

Las fogatas se mantuvieron vivas toda la noche, y el General Zérega conservó iluminada la campiña por medio del aparato de luz eléctrica. Los comandantes de las líneas, los de los fuertes, y los de las infanterías no cesaban de explorar el campo con sus gemelos; y los sargentos encargados de incendiar las minas no se apartaron de sus puestos.

Veamos por qué.

XII

Contra la costumbre que habían adoptado los sitiadores desde el principio, lejos de comenzar á tirar á la caída del sol, dieron indicios como de querer levantar el campo durante la noche. Al efecto, abatieron las tiendas de campaña y retiraron las piezas de artillería de las baterías, cual si se tratara de desmontarlas: carros de transporte, perfectamente cubiertos, aparecieron por el rumbo de "Casa Mata," y las infanterías, escalonadas como para una retirada, estaban formadas á retaguardia de las trincheras.

¿Intentaban realmente emprenderla, dado el fracaso de la escuadrilla de Marín? Tal vez; era más fácil suponer un falso movimiento para librar un ataque general y decisivo, simu-

lando antes una retirada, con objeto de caer sobre la plaza, suponiéndola confiada.

A todo evento, una orden extraordinaria previno que la artillería de todos los fuertes estuviera cargada á metralla, y que no se hiciera fuego en tanto que el Cuartel General no lo ordenara: al efecto, éste se trasladó al Hospital Militar, punto el más céntrico y elevado, y luego que cerró la noche se reforzó el número y se adelantó la distancia de los "escuchas;" las fogatas se establecieron también lo más avanzadas posible hácia el campo contrario; el aparato eléctrico comenzó á funcionar, y los Comandantes Subikuski y Obregón, y Tenientes Coroneles Robleda y Camacho, con los Capitanes Güido, Vázquez, Hernández y Llave, Jefes de vigilancia en sus líneas respectivas, salvaron las obras de defensa por las poternas que para la comunicación con la plaza había en cada línea.

XIII

A las once de la noche, tras un silencio profundo que no era del mejor agüero, á la vez que los Jefes de vigilancia se retiraban á la plaza seguidos de los escuchas para prevenir la mayor atención á los Comandantes de los fuertes, el enemigo abrió el fuego más espantoso que hasta entonces había dirigido á la plaza. Oblicuando á derecha é izquierda los de las trincheras, y más extendidos los de sus morteros, los proyectiles invadieron á todos los puntos de la ciudad; pero como de costumbre, fueron muy ráros los que caían en las fortificaciones. Un cañón desmontado en la "Noria," otro embalado en "Santa Gertrudis," un tercero desmuñonado en "Santa Bárbara," cuyos tres fuertes con el de la "Gola" era el punto principal de sus tiros: dos artilleros aplastados, otros dos heridos, no pocas estacas del alumbrado destrozadas, bastantes desperfectos en los revestimentos de estos tres fuertes y en las almenas de los cuarteles, y un centinela desarmado

en la "Calavera," fué lo de importancia que sufrieron los fuertes. El centinela, cuyo fusil quedó deshecho entre sus manos, por un casco de bomba, pidió su relevo con clara y sonora voz.

—¡Cabo cuarto!—gritó.—¡Mi relevo, estoy desarmado!

Y el relevo se verificó en medio del espantoso fuego.

Tanto por los escuchas como por los Jefes de vigilancia, se supo que cuatro columnas en alta fuerza marchando paralelas se acercaban á la plaza, en tanto que otra quedaba de reserva amparada de la "Fábrica del Gas." La primera, desprendiéndose del Cementerio, tomó por punto objetivo la "Escuela Práctica" para penetrar en la ciudad: la segunda, dirigiéndose por la calle del Cristo debía embestir la Puerta de la Merced; la tercera, la principal, marchó de frente hacia la Alameda, para asaltar la "Gola," y, ganando la poterna, salir á la calle de las Damas; y la cuarta, avanzando desde la espalda de la "Fábrica del Gas," por el camino que conducía á la "Quinta de Robles," debía atacar el punto de la "Noria," para inutilizar los fuegos de "Santa Gertrudis" y del "Primer Gemelo," y ganar la poterna del primero de estos fuertes.

A pesar de que el cañoneo era terrible, la plaza no contestó. Infantes y artilleros permanecieron en sus puestos en espera del toque de corneta que debía dar la señal en el Cuartel General.

Nuestras fogatas se apagan de repente, al paso de las columnas enemigas; cesan el estampido del cañón, el silbido de las bombas rasgando el aire al describir su inmensa parábola, y el estridente fragor de las balas sólidas y huecas. Entonces, ¡momento supremo! el aparato eléctrico funciona en todo su poder; la campiña, en una vasta extensión, se ilumina con una luz viva y brillantísima que deja ver al enemigo, quien se detiene un momento al encontrarse descubierto, á menos de medio tiro de fusil, delante de las obras de defensa, y la obscuridad se vuelve á hacer en los momentos que la primera y

cuarta columnas desplegaban una línea de tiradores en batalla á su frente. Ya no hace falta; se sabía la dirección precisa de las columnas, y eran los fogonazos de la artillería los que debían reemplazar á la momentánea luz que señaló el punto en blanco.

Los raquíticos cañones de la segunda y tercera columnas, como en los días 9 y 15, disparan á metralla sobre los defensores de la "Gola," "San Fernando" y "Santa Bárbara;" avanzan las columnas; se hace oir el toque de "fuego artillería é infantería," y..... más de cuarenta piezas cruzan sus fuegos contra los temerarios que no han calculado para empresa de tal magnitud, ni los elementos que necesitaban, ni el sistema de fortificación empleado, ni el número de soldados que les era indispensable llevar al asalto, para dejar tendidos por tierra dos terceras partes al menos, antes de poder tocar el foso de la muralla. Y al par que la artillería disparaba contra aquellos valientes que marchaban al asalto, la infantería inclinaba sus punterías para impedir que pudieran llegar los que audazmente quisieran penetrar por bajo el alumbrado.

"La línea de fuego que se veía desde bahía —decía uno de los extranjeros que fueron á ampararse de los buques surtos en el puerto— simulaba una enorme serpiente, que ora se extendía, ora se replegaba, para lanzarse con más furor, pero sin amortiguar nunca su fuerza: momentos hubo en que, á la luz que de ella se desprendía, se hubiese podido leer una carta."

En efecto el espectáculo era magnífico é imponente, y los fuegos del enemigo apenas si se notaban, empalidecidos y pobres por los de la plaza, sobre todo, cuando la reserva de la tercera línea, escalando el andamio para entrar en línea, rompió un vivo fuego de filas contra la cuarta columna, y las de la "Gola," ocupando las azoteas de los cuarteles, reforzó los de este punto.

El enemigo, preciso es hacerle justicia, porque era un ene-

migo digno de medir sus armas con los defensores de la ciudad, recibió valientemente el fuego, para dar lugar á que la tercera y cuarta columnas verificaran el despliegue comenzado, amagando así la tercera y la cuarta línea que, en efecto, eran las más débiles; pero la "Noria" y "Santa Gertrudis," secundados por los "Gemelos," y por dos piezas de "San Javier," impidieron el movimiento, en tanto que los granaderos y los cazadores del batallón de Veracruz, como queda dicho, entraban en línea al grito de ¡Viva la libertad!

En la "Gola" la música del batallón de infantería Guardia Nacional, como en la noche del 15, tocaba los "Cangrejos," mientras que un sargento del propio cuerpo caía privado de sentido por el miedo, y un dragón del escuadrón "Reforma" huía cobardemente hacia el interior de la ciudad. El primero fué dado de baja en el acto y expulsado del fuerte, y el segundo paseado ignominiosamente por las calles al dia siguiente, montado en un asno, y ataviado por sus compañeros con un vestido de mujer.

El enemigo comenzó á batirse en retirada continuando luego en silencio, y la plaza suspendió sus fuegos; y cuando poco antes del amanecer la guarnición de la "Gola" hizo una salida para reconocer el campo, sólo encontró charcas de sangre, tierra removida por la rodada de los carros de ambulancia, plantas y arbustos triturados con los dientes y las uñas de los desgraciados que arrastrándose moribundos y sangrientos se amparaban de sus tallos hasta que eran recogidos por sus compañeros, y armas rotas y prendas de vestuario que quedaron abandonadas. Diez y ocho prisioneros del 6º de infantería bajo el arco del puente de Tenoya, dos escalas de asalto en buen estado, fragmentos de otras, destruídos y ensangrentados, y un carro de ambulancia al que faltaba una rueda, á cien pasos de la tala de nopales.

XIV

Tal fué el postrer esfuerzo que hicieron los que se proponían en breves días "almorzar ricos mariscos en Ulúa:" palabras textuales que algunos jefes y oficiales de los sitiadores dejaron escritas en las ruinosas paredes de "Malibrán," el día de las conferencias entre los generales Robles y Degollado.

El día 20, ni la plaza ni el enemigo hicieron fuego: de una y otra parte se dió descanso á la tropa. En la madrugada del 21, todos los fuertes de la ciudad saludaron el natalicio del Presidente Juárez, arrojando sobre el campo contrario multitud de bombas y granadas; y cuando los primeros rayos del sol rasgaron la neblina que lo ocultaba, pudo verse claramente que todo había concluído.

El toque de "diana" apuntado en el Cuartel General, fué repetido en todas las líneas y puestos, recorriendo las músicas las calles de la ciudad.

En el transcurso de la noche habían levantado el sitio, regresando todos á Medellín.[1]

Este paso no llamó la atención á los defensores de la plaza: era natural que sucediera.

Sólo un orgullo mal entendido ó una fatuidad imperdonable, pudieron presidir á la apertura de una campaña, para la cual, ni aun dejando desguarnecidas las principales ciudades comprendidas entre México y Veracruz, la capital inclusive, podían reunir las tropas suficientes para emprenderla. No contaban tampoco con artillería, ni capaz por su alcance y su

1 En un banquete que con motivo de una mejora en las "Obras del puerto" tuvo recientemente lugar en el campamento de dichas obras, el Sr. José Rosell, haciendo alusión á la época á que me refiero en este "Recuerdo," dijo "*Que en los momentos que Miramón se retiraba del frente de Vera-cruz, los defensores de la ciudad se disponían á entregar la plaza por serles imposible continuar la defensa.*" El Sr. Rosell vino al país diez años después de los sucesos: y quien le dió tales informes seguramente quiso chancearse con él.

calibre, ni por su número, para un sitio formal; y sabido es que la pieza más poderosa que tenían era una culebrina de bronce, la cual, por irrisión seguramente, tenía por nombre: "El gran poder de Dios."

Los americanos, en 1847, prefirieron rendir la plaza por hambre, á pesar de sus once fortines y sus catorce mil hombres.

Los recursos pecuniarios comenzaban á faltar, porque el clero se mostraba bastante retraído hacía algunos meses, quizás porque preveía el desenlace y quería estar prevenido para cuando le llegara la vez de abandonar el país. Además, no era sólo con el enemigo material con quien tenían que combatir aquellos soldados, originarios los más de climas fríos ó templados: la estación de calores se aproximaba, y el clima de la tierra caliente era otro adversario no menos terrible, cuanto era imposible de derrotar.

¿Qué eran, en efecto, para sitiar á Veracruz, dados los elementos de defensa con que contaba, los siete ú ocho mil hombres que llevaba Miramón, y las doce piezas de artillería y los cuatro morteros con que apenas contaba, para encerrar la ciudad en círculo de hierro y fuego que la hicieran sucumbir? Nada: que las tropas sitiadoras eran aguerridas y valientes, y entendidos los jefes y oficiales que las mandaban, nadie puede negarlo sin faltar á la verdad y á la justicia; pero, ¿eran menos aguerridas y valientes las que defendían la plaza; menos inteligentes sus jefes y oficiales, y menos capaces los que llevaban la dirección de los negocios en la guerra?

Los resultados dan la prueba más elocuente. Dos años constantes de trabajo y de lucha, habían convertido á aquellos guardias nacionales, á aquellos leales oaxaqueños, á aquella gente de mar, que puede llamarse *gente de hierro*, en bizarros infantes y experimentados artilleros; y como además tenían por auxiliares cuerpos veteranos de gran reputación militar, el estímulo entre unos y otros hacía que todos rivalizaran en valor y entusiasmo patrio. Por otra parte, allí no había un

solo traidor: el pensamiento era sólo uno, y una sola la idea que todos tenían: la de vencer ó morir, puesto que no sólo la nación, sino el mundo entero, tenía fija la mirada en la *única plaza* fuerte, y aun puede decirse, la única población de importancia, con que contaba el Gobierno Constitucional para su sostenimiento, y cuya pérdida habría sido quizás el triunfo de la reacción en todo el país.

El orgullo de los veracruzanos (y para este caso, todos los que se encontraban dentro de los muros de la ciudad heroica se tenían como tales) estaba comprometido, y no se rendirían á un enemigo al cual, si le concedían igual valor, lo estimaban menos como hombres faltos de patriotismo y de lealtad.

XV

La lucha, pues, debía ser y fué encarnizada, manifestándose con tal carácter desde que comenzaron á aproximarse las tropas sitiadoras, como lo prueba el siguiente hecho totalmente aislado, y desconocido por parte de las autoridades del puerto, á cuyo conocimiento llegó por haberlo referido uno de los primeros desertores del enemigo: hecho que no sólo pudo ser fatal para Miramón personalmente, sino que pudo haber determinado la conclusión de la guerra civil en un tiempo más temprano que el que le marcó la derrota de Calpulálpam.

Algunos rancheros de las cercanías de Veracruz se encontraban en la ciudad durante los días en que se terminaron las fortificaciones, y testigos presenciales del establecimiento de las *minas*, establecieron una por su cuenta en el puente de la "Calera," por donde precisamente debía pasar la mayor parte del ejército expedicionario, no destinada á destruir á éste, sino á su Jefe el Presidente reaccionario y usurpador. Sin reglas ni conocimientos de ninguna especie, enterraron bajo el puentecillo una barrica de pólvora, y bajo tierra, dentro de un carrizo, una mecha común de algunos metros de lon-

gitud; preparando y llevando á efecto estos trabajos con el mayor sigilo, la víspera del día en que debía pasar el General Miramón. Atentos á su paso desde el escondite que escogieron, luego que los caballos que conducían el carruaje donde iba aquél pisaron la cabeza del puente, dieron fuego á la mecha: el fuego dilató en comunicarse á la improvisada mina lo suficiente para que el coche pasara, escapando los que iban dentro de una manera casual verdaderamente; pero no sucedió lo mismo al Jefe de la escolta y algunos *plateados* de los que la componían, quienes al pasar al trote largo, volaron hechos pedazos por la explosión de la barrica de pólvora y los pedruscos con que la habían cubierto.

La intentona no dió el resultado que se proponían los autores de ella, pero demuestra el espíritu hostil de que estaban animados contra los defensores de "Religión y Fueros."

***

Los sitiadores desplegaron un verdadero lujo de ferocidad para ver de lograr su intento, y los defensores de la ciudad no fueron menos terribles para defenderla.

Durante el bombardeo, los proyectiles enemigos inutilizaron algunas piezas de artillería en la "Noria," en "Santa Gertrudis," en "Santa Bárbara" y en "San Fernando," pero fueron reemplazadas inmediatamente. La plaza desmontó los mejores cañones del enemigo, embaló uno de sus morteros é inutilizó otro, haciéndole añicos un muñón; y en cuanto á la pobre tropa, veces hubo en que algunas piezas permanecieron en silencio á largos intervalos, porque las granadas y bombas, que nunca bajaron de veinte á la vez, al estallar sobre las baterías, dejaban tendidas en tierra dotaciones completas de artilleros, al grado que después del tercer día, hubieron de emplearse, para servirlas, á los zapadores. No sufrieron menos las infanterías, pues las bombas de la plaza, Ulúa y las cañoneras, barrían todo el terreno, desde el en que estaba es-

tablecido el campamento, propiamente dicho, hasta mucho más adelante de "Casa Mata;" y si en su temeraria empresa hubieran forzado el paso de la tala de nopales, durante los ataques del 15 y 19, las minas, sobre las cuales tenían que pasar necesariamente, hubieran aniquilado horriblemente las columnas. Si el enemigo hubiera llevado diez mil hombres al menos para emprender un ataque simultáneo sobre todas las líneas, habría dejado la mitad antes de llegar al foso, y quizá con la otra mitad no hubiera podido asaltar la muralla, sin dejar una tercera parte más en tierra, para tropezar con la tercera línea de defensa dispuesta en el interior de la ciudad, y con los fuegos de Ulúa y de la escuadrilla en el caso de ocuparla, según estaba dispuesto.

XVI

Cuando en la tarde del día 21 se levantó el campo enemigo, el aspecto que presentaba era horroroso: hombres, mujeres y niños que allí concurrieron como á un paseo, daban muestras de compasión al ver aquí y allí, diseminados profusamente, cadáveres á medio enterrar en la floja arena, ó en las ruinas de "Malibrán," mutilados por los coyotes muchos de ellos. Armas rotas, cañones, negras aún las bocas, tirados al pie de las trincheras; prendas de vestuario ensangrentadas, escalas abandonadas; los espaldones materialmente deshechos; "Casa Mata" agujereadas las paredes y desplomados los techos; los árboles inmediatos desgajados ó tronchados á distintas alturas; y, lo más terrible y que denunciaba, sin embargo, la excelencia de los artilleros de la plaza, el terreno sobre que estaba levantado el campamento, el camino cubierto, y más todavía el lugar de las baterías, *literalmente empedrados*, permítaseme la frase, *con los cascos de las granadas y bombas, y con las balas* que durante diez días consecutivos estuvo arrojando la plaza en las horas que abría sus fuegos.

Una anciana, arrodillada delante de un montón de tierra

bajo el cual estaba sepultado su hijo, de cuyo cadáver sólo se veía el muñón de la mano izquierda, descubriendo el uniforme de la artillería, lloraba y plañía hasta partir el corazón; y un desertor que recorría el campo cual si buscara á alguien, inspiraba respeto y compasión.

Todavía en los momentos que se levantaba el campo, una nueva desgracia vino á aumentar la pena á cuantos allí se encontraban. Dos soldados de la 6ª compañía del batallón Guardia Nacional de infantería de Veracruz, que habían combatido en la guarnición de la "Gola," al intentar descargar una bomba que estaba al lado del mortero desmuñonado, fueron víctimas de su torpeza y falta de conocimientos. Rompieron la espoleta é introdujeron la punta de una bayoneta para vaciarla: el roce del metal hubo de producir algún calor y la bomba estalló, causando no poca sorpresa la explosión.

Cuando pasado el peligro, acudieron algunos de sus compañeros al lugar de la catástrofe, los infelices guardias estaban completamente destrozados desde el pecho á la cabeza.

Fueron las dos últimas víctimas del segundo sitio de Miramón.

XVII

Un episodio vino á poner de manifiesto que los veracruzanos, aun en medio de la efervescencia de las pasiones políticas, no pierden su carácter caballeroso y humanitario.

En la tarde del día 17, la caballería del terrible Capitán Rojas, que recorría la playa Norte desde Vergara á San Carlos, hizo prisioneros á dos caballeros que, en un coche, regresaban á Jalapa: dió parte á la plaza, y el General en Jefe dispuso que los remitiera con toda seguridad, sin que sufrieran daño alguno.

Antes de media noche penetraron en la ciudad, pie á tierra, por la poterna de "Concepción," y fueron conducidos al Cuartel General. Ambos eran conocidos, de antiguas y dis-

tinguidas familias, de Jalapa el uno, que vive aún, y el otro, que hace tiempo murió, de Veracruz.

Eran los mismos que, según noticia, habían propalado la voz en el campamento enemigo, de que la artillería de la plaza estaba servida por americanos. El primero fué remitido al fuerte de la "Noria" y el segundo á la "Gola," con orden á sus respectivos Comandantes de que, *guardándoles todas las consideraciones debidas y cuidando de que no corrieran peligro alguno*, tan luego como el enemigo rompiera los fuegos se les colocara en lugar apropiado y conveniente para que pudieran atestiguar que allí no había ningún americano, y que los artilleros eran todos mexicanos, guardias nacionales en su mayor parte. Protestaron contra la especie; pero habiéndolos reconocido el desertor que dío el aviso, la orden fué cumplida en ambos fuertes; y aquellos hombres presenciaron el cañoneo más terrible, el de los días 18 y 19. Luego, un Ayudante los recondujo á la presencia del Gobernador, quien los proveyó de un salvo conducto para que pudieran pasar nuestras líneas, é ir á Jalapa á referir lo que habían presenciado.

Esa misma noche salieron de la ciudad.

***

Otro incidente.

El día 19, un oficial superior de la marina de guerra francesa, perteneciente á un buque surto en "Sacrificios," pidió permiso á la plaza para bajar á tierra y pasar á los fuertes de la ciudad, á fin de ver maniobrar la artillería, pues tanto á él como á sus compañeros les había llamado la atención la exactitud y precisión de las punterías sobre el campo contrario, cuya observación habían hecho desde á bordo. El permiso le fué concedido, y escogió la "Gola," á donde lo condujo un Ayudante del Cuartel General, situándose en la cortina número 5, cuyo bombero de á 68 mandaba el Subteniente de Guardia Nacional D. Domingo Gutiérrez. No se separó de su lado, y aun se subió sobre el merlón en los momentos del

fuego, para observar mejor, corriendo no poco peligro, rodeado de algunos oficiales del fuerte. Cuando la plaza hizo suspender los fuegos, el referido marino felicitó calurosamente al Subteniente Gutiérrez en particular por la precisión con que rectificaba las punterías, y á todos los artilleros de la pequeña guarnición.

XVIII

Las tropas se retiraron á sus cuarteles el día 23, y el mismo día la columna de operaciones, compuesta del 1º y 2º de Oaxaca, Reforma y Túxpam, al mando del anciano General D. Pedro Ampudia, salió de Veracruz, precedida de la caballería de Subikuski; para ocupar Córdoba, Jalapa y Orizaba, prosiguiendo su marcha sin perder de vista al enemigo, ya muy desmoralizado; á la vez que por mar la emprendía Degollado y Lamadrid, con buenos cuadros de oficiales, para levantar fuerzas en el Interior, y abrir una nueva campaña de acuerdo con González Ortega. Llevaban armamento y parque en abundancia, y dinero suficiente para los primeros gastos, proporcionado por el comercio, dirigiéndose á Túxpam y Tampico con las cañoneras y el vapor "Indianola."

La ciudad recobró luego su tranquilidad habitual: los ejercicios militares se suspendieron del diario, dejándolos sólo para los domingos: el Gobierno premió á los jefes y oficiales que más se distinguieron en el sitio, y casi al concluir el mes de Diciembre, estando en el teatro el Presidente Juárez y su familia, el Gobernador Zamora y una nnmerosa y escogida concurrencia, llegó la noticia, por extraordinario violento, de la derrota de Calpulálpam.

El efecto no se hizo esperar. La función teatral se suspendió; el Primer Magistrado de la Nación, de pie, con voz conmovida pero clara y serena, dió lectura al parte: la orquesta tocó diana, el público contestó con ¡vivas! entusiastas, y todos, gobernantes, músicos, actores, público, se lanzaron á las

calles, aplaudiendo frenéticos el feliz suceso que prevenía la conclusión de la guerra civil.

La ciudad se iluminó como por encanto: las cantinas y restaurants fueron invadidos para libar y pronunciar brindis llenos de patriótica exaltación: los que estaban en sus casas se lanzaron á las calles también, tomando parte en el regocijo general, y la luz del nuevo día sorprendió á todos entregados al placer y á la alegría, recibiendo luego Juárez las diversas Comisiones que fueron á felicitarlo en nombre de la libertad.

XIX

Pocos días después, el 1º de Enero de 1861, el ilustre huésped, con todo el personal de su Gabinete, empleados y demás personas de la comitiva oficial, y seguido de una fuerte escolta, se dirigió á la capital de la República, dejando entre los veracruzanos afectos de tierna gratitud, y llevando por su parte gratos recuerdos de su permanencia entre ellos.

Esto, y la promulgación y expedición de las "Leyes de Reforma," dentro de sus muros, formaron la página más brillante de la historia de Veracruz, á la que se concedió el título de "Tres veces heróica."

***

Miramón, la espada más bien templada de la Reacción, y el tristemente célebre Padre Miranda, la cabeza más bien organizada del partido conservador, penetraron á Veracruz á la caída de una tarde, bien disfrazados como obreros del ferrocarril inglés, como entonces se le llamaba, en una pequeña plataforma que conducía al pagador de la empresa, para embarcarse clandestinamente, abandonando el país. Por bien disfrazados que fueran, hubo de sobra quienes los conocieran, y tanto el Gobernador como el Jefe político del Cantón, sabían que el primero se encontraba alojado en un cuarto entre-

suelo del "Hotel de Diligencias," y que el segundo lo estaba en una habitación del piso alto de "La Luisiana." Ni uno ni otro fueron molestados por nadie: eran enemigos vencidos que huían; no eran contrarios arrogantes que peleaban; y en Veracruz que se sabe llegar al sacrificio por el honor, jamás se desciende á la infamia por la delación.

VERACRUZ.

Ocupación de las líneas militares.—Aspecto de la población.

I

SI en la tarde del día 26 de Febrero de 1860, algún extraño á la población de Veracruz hubiera penetrado al interior de su recinto, habría presenciado un espectáculo á la vez que curioso, grave é imponente. Al habitual bullicio que allí se nota siempre, debido al constante y laborioso movimiento mercantil, había sucedido otro movimiento no menos bullicioso, si bien, por decirlo así, de un carácter serio y grave. Por do quiera se oía el redoblar de los tambores, los ecos armoniosos y marciales de las músicas militares y el belicoso sonido de los clarines: algunos oficiales cruzaban las calles á escape, ginetes en briosos corceles, y la pequeña batería situada en la azotea del Hospital Militar había disparado un cañonazo en señal de alarma.

Y en balcones y azoteas, en puertas bajas y ventanas, damas, niños y ancianos, en cuyos rostros se pintaba la alegría, pareciendo como que esperaban algo nuevo y extraordinario que viniera á romper la monotonía del trabajo habitual de aquel pueblo entregado siempre á las faenas propias del comercio, de las ciencias ó de las artes. Empero entre los curiosos no se notaban semblantes compungidos, ni miradas de espanto, ni lágrimas de dolor; muy al contrario, batían palmas de contento, y las palabras que al vuelo se cruzaban con

los transeuntes que solos ó en pequeños grupos, llevando sobre sí los arreos del soldado, se dirigían á paso precipitado á determinados puntos de la ciudad, indicaban desde luego que así curiosos como transeuntes se sentían satisfechos, porque hubieran visto realizada una esperanza de tiempo atrás concebida.

Todo ello se reducía á que una hora ántes, las *avanzadas* habían regresado de sus puestos de observación, y dado parte al Cuartel General, de que el histórico pueblecillo de San Miguel de Medellín, célebre por sus antecedentes durante la época de la *insurgencia*, había sido ocupado por las huestes reaccionarias por tanto tiempo esperadas, y que, desprendiéndose de México y de Puebla, de Jalapa y de Orizaba, iban á reducir á cenizas para castigar su osadía, á la ciudad tres veces heroica, único baluarte en esos momentos donde flameara orgullosa la bandera de la libertad, defendida por un puñado de patriotas, compuesto de noveles guardias nacionales y de viejos veteranos, que habían jurado morir, si era preciso, antes que rendirse á las sanguinarias legiones del retroceso y del obscurantismo, cuyos principales jefes habían jurado también por su parte, libar el vinò con que celebraran el triunfo, en las calaveras de sus defensores..... ¡Quimérica ilusión y sangrienta esperanza en perfecta armonía, sin embargo, con las doctrinas prácticas de la religión en cuyo nombre talaban campos é incendiaban pueblos, y que iba á desvanecerse como el humo, y entre el humo de los proyectiles que, lanzados por las baterías liberales, debían ponerles bien pronto en vergonzosa fuga, para ir á saciar su sed de venganza en ciudadanos indefensos, y ocultar su despecho en la futura metrópoli de un ridículo Imperio, que implantado y sostenido por ellos, les marcaría la frente con el indeleble sello de la traición.

Dos circunstancias fortalecían la fe de aquellos hombres dispuestos al sacrificio: la conciencia de que defendían una buena causa, la causa del derecho, de la razón y de la justi-

cia, y la presencia, entre ellos, del Primer Magistrado de la Nación.

En efecto, allí estaba Juárez.

Allí, en la *herética* ciudad que iba á ser sitiada, bombardeada, reducida á escombros y arrasada, se encontraba el ilustre patricio que recogió y compaginó los fragmentos de nuestra Carta Magna, en mala hora rota, ultrajada, escarnecida y pisoteada por el mismo que la había jurado, mostrándola al pueblo mexicano como el lábaro santo que lo conduciría al puerto de salvación: allí estaba el tenaz patriota, que para salvar el depósito sagrado confiado á su patriotismo, emprendió una larga peregrinación llena de peligros y asechanzas: allí el honrado ciudadano que había escapado á la traición durante la penosa travesía que hizo en unión de sus fieles Ministros, hasta pisar las playas veracruzanas para plantar en el primer puerto de la República la bandera de la legalidad, confiándola al valor de sus hijos y al de los que, concurriendo á rodearla y defenderla también desde lejanos lugares, habían de llevarla triunfante para fijarla definitivamente en el antiguo palacio de la capital del Anáhuac.

¡Allí estaba Juárez! Es decir, la ley suprema, el derecho, la legalidad.

¡Allí sus defensores! Esto es, los que proclamaron los primeros las "Leyes de Reforma," rompiendo con el pasado, fundando un nuevo presente, y echando los cimientos de un bello porvenir.

Todo esto significaba el inusitado movimiento que se notaba en la ciudad de Veracruz en las primeras horas de la tarde del día 26 de Febrero de 1860. ¡Los veracruzanos iban, al fin, á medir sus armas con las del renombrado ejército de la Reacción!

II

Se había tocado "generala" en los cuarteles, y una hora después las plazuelas de Loreto, del Muelle, de la Caleta y de

Santiago, y la plaza de la Constitución, quedaron convertidas en pequeños campamentos, donde se establecieron las reservas que debían auxiliar, en caso necesario, á las *líneas de defensa* en que había sido dividida la ciudad. En la "Escuela Práctica" la batería de morteros de á 14, esas horribles *bocas de fuego*, de forma monstruosa, antipática y maciza, de construcción correcta, pero sin elegancia alguna; cuyo pesado proyectil se remonta hasta perderse de vista como para mejor acechar su presa, describiendo la elegante curva con que desciende en medio de silbidos estridentes, que sobrecogen y aterran, y que al caer hunden techos, bóvedas y cuanto se opone á su formidable paso, estallando después de girar un momento sobre sí misma y de levantarse trepidante, como para lanzar la muerte á mayor distancia por medio de los innumerables fragmentos en que se descompone; y la de *provetas*, edición reducida de los morteros, entre la "Noria" y "Santa Gertrudis," estaban dispuestos para abrir sus fuegos á la aproximación del enemigo; y en los baluartes, desde "Concepción" hasta "Santiago," y desde la "Calavera" hasta la "Segunda Flecha," artilleros é infantes ocupaban sus puestos, decididos y valerosos sin fanfarronería, para rechazar los anunciados ataques y asaltos con que se les amenazaba. Ulúa y la flotilla de cañoneros vigilaban y defendían las costas Sur y Norte, y la caballería recorría los alrededores, ya para evitar una sorpresa, ya para proteger la introducción de víveres que traían á la plaza los rancheros más cercanos, que no querían verse expuestos á la rapacidad de los que venían proclamando "Religión y Fueros." Damas y caballeros, así nacionales como extranjeros, niños y ancianos, ataviados todos cual si se tratase de un festival visitaban los *puestos*, entusiasmando con palabras de cariño ó frases de estimación y de respeto, á aquellos hombres que de antemano habían hecho el sacrificio de su vida en aras de la libertad.

En las altas horas de la noche, el Presidente Juárez, rodeado de sus Ministros y Ayudantes, y seguido de una mul-

titud que lo admiraba y bendecía, recorría las líneas también, infundiendo confianza con su presencia, y manifestando el deseo de ocupar un puesto entre los defensores; y si no se le vitoreaba ni se le hacían los honores debidos por lo avanzado de la hora, en cambio podía oir á cada quince minutos de distancia, el sordo rumor del golpe que los centinelas daban sobre la cartuchera, para indicar que velaban, corriendo así "la palabra," en lugar del "alerta" de Ordenanza.

III

Veinte días han transcurrido, y durante este tiempo una parte de la ciudad se halla convertida en humeantes ruinas, debido á la ferocidad del enemigo, que, desesperando del éxito que se prometía, lanzaba proyectiles con profusión, guarecido tras sus trincheras, para introducir el espanto y la muerte.

Ha hecho víctimas, pero á nadie ha espantado.

La sangre ha corrido en abundancia, pero nadie ha temblado ante la muerte.

Mas..... ¡ved los cadáveres!..... Ancianos, mujeres, niños..... todos dentro de los escombros de sus propias casas, bajo los blindajes de seguridad, ó en medio de las calles. Así os daréis razón de cómo entendían la guerra aquellas *tribus berberiscas*, cuyos jefes, sin embargo, habían visto la luz primera bajo el hermoso cielo de México. Verdad es que el brillo y el honor del *uniforme* quedaban obscurecidos por el siniestro reflejo de las *sotanas*, y que las *reliquias* que ocultaban bajo la casaca militar les prometían un pedazo de paraíso destruyendo liberales.

Habían calumniado á los defensores de la ciudad, pretendiendo manchar su honra, y la infamia, el desprecio y el anatema habían caído sobre ellos mismos.

Y como para justificar que venían en nombre de una religión toda de amor, toda de paz y caridad, muchos de sus proyectiles huecos estaban cargados con pequeñas *cruces* de

hierro, que, al estallar aquellos, se convertían en mensajeros de la muerte, transformándolas en enseña de la más refinada hipocresía y del fanatismo mas feroz.[1]

Pero, ¿qué se había hecho de tantas bravatas, de tantos propósitos de ataques á viva fuerza, y de tantos asaltos, en los que se había decretado que no habría cuartel para el vencido; de aquellas formidables baterías, donde pieza había que ostentaba el nombre de "El gran poder Dios," y que durante ocho días estuvieron tronando sobre la ciudad sitiada? ¿Qué de aquellos renombrados batallones, flor y nata del ejército sostenido piadosamente por el clero con dineros de la Iglesia, y bendecidos y exhortados á la matanza por ministros del altar, para que el triunfo fuera seguro? ¿Qué de aquella escuadrilla vergonzante y raquítica, de procedencia extranjera que conducía los elementos necesarios para consumar la obra de exterminio, de sangre y de desolación? ¿Dónde estaban aquellos jefes orgullosos y altivos que antes de emprender la marcha, á cien leguas de distancia aún de la ciudad maldita, habían diagnosticado su agonía hasta el momento de hacer presa en ella, en medio de repiques y *Te Deum*, de himnos y de dianas, de flores, de coronas y de arcos triunfales?

IV

¡Nada existía! ¡Todo había desaparecido de una manera vergonzosa y terrible.

La plaza sitiada había devuelto con usura los proyectiles que recibía, y arrasaba con sus bombas y granadas cuanto en el campamento encontraba, sembrando el pánico más espantoso entre los que escapaban á la muerte de que eran mensajeros. Los reconocimientos y ataques que entre las sombras

1 En el convento de la Merced cayó una bomba cargada con estas cruces, y otra en la bodega de una casa particular, convertidos uno y otra en asilo de familias desvalidas, matando ese nuevo proyectil á no pocas personas en ambos lugares.

de la noche intentaron rudamente, es cierto, fueron rechazados con valor y bizarría, pero casi sin mayor esfuerzo, porque los defensores de la ciudad, siempre en vela, abrumaban á los asaltantes con una lluvia de balas y metralla tal, que no les permitió siquiera tocar las obras avanzadas de defensa; y momentos hubo en que podía leerse una carta á la viva luz que brotaba de las baterías que sostenían el choque. Aquella escuadrilla, declarada como de piratas porque no teniendo bandera propia no debía reconocérsele nacionalidad alguna, fué apresada y reducida á la impotencia. [1]

Y rotas sus bocas de fuego, desmanteladas, trituradas, deshechas sus fortificaciones, muertos ó heridos una gran parte de sus defensores, los que quedaban en pie, sus jefes inclusive, emprendieron la fuga á las primeras horas del día onomástico del Primer Magistrado de la Nación, á quien la plaza, con todas sus baterías, hizo el saludo de Ordenanza, enviando los últimos proyectiles al ejército sitiador.

El honor de la bandera y el de la ciudad estaban á cubierto: sus defensores les habían dado el triunfo, á la vez que humillaron el insultante orgullo del bando conservador.

V

Medellín fué de nuevo el punto de reunión de los restos desmoralizados de aquellas falanjes altivas y rencorosas; y desde allí regresaron á sus antiguos acantonamientos, que no pudieron conservar acosados por las tropas liberales que en su persecución salieron de Veracruz para lanzarlos fuera del Estado, hasta que ocho meses más tarde desaparecieron en totalidad, al empuje de sus armas, en los campos sangrientos de Calpulálpam.

1 Al siguiente día de apresada esta escuadrilla, se canturriaban en la ciudad unas redondillas, cuyo estribillo final decía: "Esta es la escuadra de Papachín—dos guitarras y un violín."

VERACRUZ.

LA GOLA.

I

CUANDO á través de los años que pasan inflexibles agostando y acreciendo generaciones, la mente se engolfa en el recuerdo de aquellos acontecimientos que forman, por decirlo así, parte de nuestra propia existencia, si cerramos los ojos, ó la evocación la hacemos en el silencio y la obscuridad de la noche, parécenos ver desfilar en fúnebre cortejo esos acontecimientos con todos sus detalles y pormenores, con todos los personajes que en ellos han figurado, con todo el lujo escénico con que fueron exornados, llámese este lujo de un esplendor irreprochable, llámesele de una crueldad horrible. Sin orden cronológico, sin hilación ni conexión entre sí, sin más aviso que la misma evocación, ni otro anuncio que su repentino aparecimiento en la fantasmagórica escena, pasan lenta y silenciosamente, y hasta pudiera creerse que, retrocediendo á los tiempos de su existencia real y verdadera, asistimos á la primera representación de ellos.

Yo he sido testigo presencial, ocular, de muchos, y actor en no pocos; y á pesar de que desde los últimos que tuvieron lugar, no los menos sangrientos por cierto, ni los menos gloriosos tampoco para empañar ó abrillantar las páginas de la historia, han transcurrido más de cinco lustros, cuando evoco su recuerdo me parece que me rejuvenezco, que retrocedo á

aquellas épocas de constante batallar en medio de continuas revoluciones; épocas tristes, terribles, luctuosas para la patria, que había confiado á sus buenos hijos la defensa de su honra y de su autonomía, pero llenas también de patrióticas aspiraciones, de nobles deseos, de altivas ambiciones por parte de los que sostenían y defendían sus propios derechos en favor de lo integridad del territorio nacional, y para hacer triunfar la bandera constitucional villanamente ultrajada, desconocida é insultada por aquellos que, á su amparo, juraron la ruina de la República, entregándola en manos del invasor.

Y naturalmente, al recordar los sucesos, vienen á mi mente, y me parece palpar á los hombres que en ellos tomaron parte: y distingo perfectamente los lugares donde se verificaron; pero ¡ay! la ilusión desaparece, y la realidad toca la fibra sensible del sentimiento que se alberga en el corazón, y la diestra mano queda inútilmente tendida en espera de estrechar cordialmente la del amigo, y los brazos inútilmente abiertos, deseosos de estrechar entre ellos al hermano, al compañero, arrebatado ya por la implacable muerte, á mejor vida quizá.

II

Recuerdo con grata fruición, con un sentimiento de orgullo que me complazco en referir, la noche del 15 al 16 de Marzo de 1860; y conmigo la recordará también, si llegare á leer estos apuntes el amigo fiel á quien los dedico, porque en esa noche triste y fatal para el ejército que sitiaba á Veracruz, pero de fecundos y brillantes resultados para sus defensores, recibí una prueba, un testimonio de cariño de los valientes guardias que defendían el fuerte á nosotros confiado.

Permitidme que os refiera brevemente lo que pasó; pero os suplico que no hagáis caso de mi personalidad, que si figura es solamente para realzar más la generosidad de aquellos buenos camaradas á quienes me cupo la honra de mandar.

Ya rotos los fuegos por parte del enemigo contra el fuerte, noté cierta vacilación entre los infantes que cubrían la pieza de artillería de la cortina núm. 3, debido á que el sargento se había ocultado cobarde y vergonzosamente; y queriendo animarlos con mi presencia y con la voz, salté desde la banqueta al parapeto. La densidad del humo no me permitió calcular bien la distancia, y pisé en falso sobre el borde del parapeto, cayendo de espaldas y escapándoseme la espada de entre las manos.

Cien bocas prorrumpieron en un grito de rabia y de dolor, y veinte hombres corrieron á levantarme, creyendo que había sido herido ó muerto; pero al verme en pie sano y salvo, y lanzarme de nuevo al parapeto para ponerme al lado del Jefe del punto, el Coronel José Juan García, un hurra de alegría se confundió con el estampido del cañón y el silbido de los proyectiles que lanzaban furiosos sobre los soldados de la Reacción, los defensores de la "Gola."

Pero, ¿sabéis lo que era la "Gola?"

No: lo ignoráis porque pertenecéis en gran parte, mis queridos lectores, á una generación que ha nacido, crecido y desarrolládose en medio de la paz y de la tranquilidad que hoy se gozan, debidas á los esfuerzos de los que pertenecemos á la época turbulenta cuyos recuerdos evoco.

Pero brevemente os lo diré.

Era un reducto, un fuerte avanzado de la ciudad que la defendía en el punto más accesible para ser atacada con éxito: la fuerza que la cubría era la primera que debía resistir el choque de cualquier ataque, sin tener más que esta terrible pero honorífica disyuntiva: "vencer ó morir." Cierto es que no estaba aislada: cubrían sus flancos, cerrados sobre los altos muros de los cuarteles, "La Calavera," pequeño fortín de tres piezas, sostenido por "San Fernando" y "San José," y "Santa Bárbara," baluarte que, formando ángulo con las cortinas de la muralla, cruzaba sus fuegos con la '¡Gola" y con la "Noria."

Así pues, la "Gola" era el centinela más avanzado, el punto objetivo que el enemigo tenía que atacar y vencer de preferencia para poder penetrar al corazón de la ciudad, de la cual, estratégicamente hablando, era la clave de su defensa: era el único fuerte que no tenía comunicación con la plaza sino por medio de una poterna, angosta y pequeña, que apenas daba paso á un hombre con el fusil inclinado hacia abajo, y el cuerpo replegado sobre sí mismo.

No había retirada posible, y sobre sus muros bien pudo haberse escrito la histórica frase que sobre un poste hizo fijar el General Bonaparte en la batería que mandó situar al frente de las de Tolon: "Batería de los hombres sin miedo."

Y á fe que en la "Gola" nadie lo tenía.

En sus nueve "cortinas" reposaban arrogantes, majestuosos é imponentes nueve bomberos de á 68 y de á 80: nueve leones dormidos, cuyo despertar sería terrible y funesto para los asaltantes. Ochenta artilleros los servían, y doscientos infantes los guardaban, amén de las compañías de Granaderos de "Túxpam," y Cazadores de "Oaxaca," que formaban la reserva; total: cuatrocientos combatientes próximamente, dispuestos á sacrificarse para que sus compañeros pudieran vencer. ¡Ah! la muerte que apenas hizo presa en cuatro ó cinco defensores de la "Gola" durante el bombardeo, ha casi aniquilado sus filas en el transcurso de poco tiempo. José Juan García, Gorordo, García Terán, sus Jefes principales: José María y Manuel Saenz, Bertely, José Miguel Zamora, Baturoni, Carbó, Manuel Galindo, Zafari y otros oficiales subalternos entonces, que más de una vez fueron saludados por los Jefes de la plaza con el dictado de valientes, allí, sobre la trinchera, han desaparecido de entre nosotros, bajando á la tumba arrebatados del seno de la familia, después de haber sobrevivido á más de un combate, en que fueron respetados por las balas enemigas. [1]

1 El C. José Guadalupe Cuadra, cabo de la 6ª compañía del batallón Guardia Nacional de infantería de Veracruz, á quien fué dedicado este "Recuer-

III

Tocóme la honra de ser designado por el Cuartel General para el mando superior de la infantería que guarnecía la "Gola," quedando al frente de la 5ª y 6ª compañías del batallón de Veracruz que definitivamente debía defender el punto. Y á fe que si la oficialidad era brillante, jóvenes casi todos los que la formaban, las *clases* nada dejaban que desèar: hombres de edad madura, aquellos cabos y sargentos inspiraban toda la confianza debida: porque es de advertir, que los cabos y sargentos son, por decirlo así, la base principal sobre que descansan el buen servicio y la disciplina de un batallón. Allí, entre los primeros, estaban Guadalupe Cuadra, siempre grave y vigilante; Félix Torres (á) *Brocha*, el más altivo y orgulloso de los cabos pasados, presentes y futuros; Manuel Castro, apellidado el Chato, sin duda alguna el más quisquilloso y *jaranero;* y entre los segundos, el caballeroso y circunspecto Francisco Jiménez (á) "San José;" el sereno y valeroso Jesús Lepe, y el testarudo Manuel Porragas, todos los cuales, en su oportunidad, dieron pruebas inequívocas de lo que valían.

IV

La noche del 15 de Marzo, noche bien obscura por cierto, en la que una sola estrella no brillaba en el cielo, la "Gola," lo mismo que la ciudad entera, lo mismo que las baterías y el campamento enemigo, guardaban el más profundo silencio: las fogatas, preparadas pero no encendidas, no iluminaban la campiña: ni una luz, ni el más leve rumor se escuchaba, é imposible era creer que dentro de la una y tras las otras, algunos millares de hombres, escuchándose, espiándose, midién-

do," y que formó parte de los veinte hombres que hicieron el reconocimiento del campo enemigo que aquí se refiere, falleció en Orizaba hace pocos meses querido y apreciado de cuantos lo trataron.

dose en medio de la obscuridad, esperaban un momento dado, una señal tan sólo, para embestirse y destrozarse mutuamente, con toda la ferocidad, con todo el rencor, con toda la zaña que engendran los odios políticos. Y, sin embargo, el sacrificio era preciso.

De un parte, el derecho, la razón, la justicia, el patriotismo y la dignidad lo exigían.

De la otra, el fanatismo, la ambición, la sed de venganza, el orgullo también lo demandaban.

A las once, se presentó en la "Gola" el Ministro de la Guerra, acompañado del General en Jefe; momentos antes se había escuchado á lo lejos el eco de un clarín con sordina, que tocó "misa," cuyo toque fué repetido simultáneamente en tres puntos distintos del campo enemigo.

Era una contraseña sin duda.

El General en Jefe conferenció breves instantes con el Comandante del fuerte.

—¡Veinte hombres decididos!—dijo con voz clara y tranquila,—con un oficial que los mande, para desempeñar una comisión de peligro.

Al punto fueron tomados entre infantes y artilleros los veinte soldados que estaban más cercanos: no había necesidad de escoger: todos podían desempeñar la comisión por peligrosa que fuera.

—¡Teniente López!—agregó aquél, después de haber hablado con el Jefe de la infantería,—acérquese vd.

Inmediatamente se presentó un joven oficial de aventajada y arrogante estatura y de simpático y sereno continente, pero cuyo rostro denunciaba que era dado más á la chanza que á lo serio. Luego saludó militarmente.

El General Iglesias dió sus órdenes reservadas al oficial designado, pasó revista á aquella pequeña fuerza, y el resto de la guarnición sólo pudo oir estas palabras, que se cruzaron como una despedida entre el superior y el subalterno:

—Necesitamos una prueba de que vd. y sus soldados han

llegado al punto designado para observar los movimientos del enemigo.—Dijo el primero.

—Está bien, mi General,—contestó el segundo.

Y sin vacilación alguna, sin despedirse de sus compañeros, oficiales y soldados descendieron al foso, pasaron la contraescarpa, salvaron las obras exteriores y desaparecieron entre las sombras de la noche, divididos en dos pelotones que avanzaron por distintos puntos en dirección al campamento enemigo, sin que apenas se percibiera el rumor de sus pasos. [1]

Aquel grupo de valientes había ido á observar de cerca el movimiento de avance que operaba el ejército reaccionario, y que había sido denunciado por los ecos del clarín que tocó "misa."

V

La guarnición de la "Gola" cubrió sus puntos tras de las cortinas, y las compañías de reserva penetraron al fuerte, formando en batalla á retaguardia y descansando sobre las armas.

El silencio acrecía, y la espectativa era general en toda la línea.

Veinte minutos transcurrieron sin que nada indicara ni el avance del enemigo, ni el resultado de la exploración emprendida.

De repente un pequeño punto luminoso primero, una lengua de fuego después, y el incendio de una casa en seguida, iluminó intensamente gran parte del campamento: disparos de fusil atronaron el espacio casi al instante convergiendo sus fuegos al punto incendiado, y algunas bombas y granadas pe-

1 No me es posible recordar los nombres de todos los que concurrieron á ese peligroso reconocimiento, sobre todo el del sargento y artilleros permanentes que tomaron parte en él; pero de los guardias nacionales de infantería, conservo en la memoria los de Guadalupe Cuadra, José Valdesí, Julio Urriola, Arcadio Jiménez, Manuel Bertely, Manuel Rosso, José María Lagos, Guadalupe Cadena, Juan Bello y José María Centeno.

netraron á la ciudad. Luego se hizo claro y distinto el paso acompasado de una pequeña fuerza que se dirigía á la "Gola," y á poco apareció el Teniente López con su gente, quienes, después de reconocidos, penetraron á la fortificación.

Ni uno de sus hombres faltaba.

El General en Jefe les salió al encuentro, y dos soldados depositaron en tierra una pesada cañería de fierro que habían extraído de la "Fábrica del Gas," á doscientos metros de la primera columna de ataque, y á trescientos del campamento, y el oficial le presentó un "escucha" del enemigo, avanzado, á quien había hecho prisionero; y como si todo esto no fuera ya una prueba evidente de que habían cumplido fielmente su comisión, él y el sargento habían avanzado unos cincuenta metros más, y allí en las narices de los contrarios, pusieron fuego á la miserable y derruída choza que servía de albergue al único morador por entonces de la "Laguna de los Cocos." [1]

VI

El ataque no se hizo esperar.

Media hora después, la artillería que avanzaron sobre la "Huaca," "El Cristo," la "Alameda" "El Cañón del Fraile" y la vía férrea, abrió sus fuegos á metralla, sostenidos por los de la infantería que la cubría, en medio de un vocerío infernal con que se insultaba á los defensores de la plaza, dirigiéndoles las palabras más soeces y obscenas. Por toda respuesta la "Gola," punto principal del ataque, disparo sus enormes bomberos, entre los ecos de "Los Cangrejos" que en el foso

1 Era un hombre de edad avanzada que cuidaba la canoa que servía á los cazadores para recorrer la laguna en la época de la cacería de los "patos buzos" ó "cunates," á fin de recoger los que mataban. Al aproximarse el enemigo se retiró á la ciudad, ofreciendo sus servicios que fueron aceptados, incorporándose á los "Exceptuados y Rebajados," que daban el servicio de guardia en el Hospital de Sangre. Esta choza, como las demás construcciones que se mandaron demoler para dejar libre el tiro de la artillería, fué pagada por el Erario federal, luego que terminó el sitio de la plaza.

tocaba la música del batallón Guardia Nacional de Veracruz. Los fuegos se corrieron bien pronto desde la primera línea hasta parte de la tercera; y aquellas columnas ametralladas y fusiladas por el frente y flancos, y alcanzada su retaguardia por las bombas y granadas que disparaban el Caballero Alto y las cañoneras, presentaban un aspecto magnífico en medio del movimiento retrógrado que emprendían para regresar á sus atrincheramientos.

Menos de treinta minutos bastaron para probarles su impotencia, debiendo manifestar que, según noticias posteriores, aquello sólo fué un reconocimiento más formal que el del día 10, y en el que sólo tomaron parte dos columnas de las cuatro que estaban formadas, por si era posible dar un ataque general.

A la una de la mañana, después de levantado el campo, y llevados á la ciudad algunos prisioneros, el silencio era completo en la "Gola," y sólo en los grupos que los soldados formaban al pie de las piezas, se oía referir y comentar en voz baja los incidentes del ataque, y la cobardía del sargento Gutiérrez, y la bravura del Teniente López, de la 6ª Compañía.

Para terminar este "Recuerdo" haré presente, que tanto el Ministro de la Guerra, como el General en Jefe y otros oficiales superiores que les acompañaban, felicitaron calurosamente tanto á López como á sus compañeros, por el hecho que acababan de llevar á cabo: y que por disposición del primero, se hizo mención honorífica de él, en la orden de la plaza del siguiente día.

VERACRUZ.

Fallecimiento del Gobernador del Estado y Coronel del Batallón de Infantería Guardia Nacional de Veracruz, C. Manuel Gutiérrez Zamora.—Mirada retrospectiva.—Llegada de los Obispos desterrados.—Rasgos característicos del Gobernador.—Su muerte.--Aspecto de la ciudad.—Funerales.

I

LA reacción estaba aniquilada, vencida, humillada.

Después del gran desastre de Calpulálpam, de sus jefes principales unos huyeron á ocultar su vergüenza á lejanos lugares dentro del país, y otros marcharon al extranjero á promover la venta de la Nación para satisfacer su venganza, importándoles muy poco marcar su frente con el estigma del traidor, para dejar sobre su huella un nuevo rastro de sangre.

Algunas partidas diseminadas, de bandoleros, capitaneadas por forajidos de la estofa de los Cobos, los Cajigas y los Márquez, buscaron abrigo entre las fieras sus congéneres en los intrincados bosques, ó entre las asperezas de las montañas, y espiaban el momento oportuno para asaltar, robar é incendiar pequeñas poblaciones ó aldeas indefensas, asesinando á sus moradores; ó buscaban la oportunidad para vengarse, en nombre de la religión, de ilustres patriotas que habían sido el alma, por decirlo así, de ese gran movimiento nacional que se conoce en la historia con el título de "Guerra de Tres Años," ó de "Reforma."

El ilustre patricio Melchor Ocampo y los beneméritos generales Santos Degollado y Leandro Valle, fueron víctimas de esa escoria de la sociedad que no vaciló en satisfacer sus feroces instintos, derramando infamente, á sangre fría, la sangre de un anciano venerable, sólo porque en la tribuna anatematizó siempre sus inicuos hechos, y de dos jefes del partido liberal, ante los cuales temblaban, porque eran la encarnación de los principios que con las armas sostuvieron. Cajigas y Cobos, eterna deshonra del nombre español, fueron los héroes de las jornadas, parapetados tras el sanguinario y rencoroso Márquez, cuyo nombre mancha la historia patria.

El mismo Gutiérrez Zamora, debió haber sido, un año antes, víctima de un crimen de los que en todas épocas ha sido pródigo en perpetrar el partido conservador, preparado y dispuesto en extranjera tierra.

Los asesinos llegaron á Veracruz en el vapor inglés "Clyde," y se alojaron en el hotel de D. José María Misas, honrado valenciano que tenía en grande estima al Sr. Zamora, y cuyo establecimiento, por su situación, se prestaba á la perpetración del nefando crimen: el aposento en que se les alojó tenía el balcón precisamente frente por frente del del dormitorio del Gobernador, quien acostumbraba en las altas horas de la noche, cuando se retiraba á su casa, salir á tomar el fresco, al balcón, antes de acostarse. Se ve bien que estaba estudiado el plan.

La casualidad hizo que Misas se hallara en el aposento contiguo cuando los recién llegados, en dialecto valenciano, que le era familiar á aquél, hablaran á media voz del modo de llevar á cabo la sangrienta empresa que traían entre manos. Misas, sin hacer ruido alguno, abandonó el aposento y corrió á dar aviso al mismo Zamora, quien en el acto hizo aprehender á los presuntos asesinos; y ya á solas con ellos, después de afearles su conducta, y echarles en cara el crimen que iban á cometer, los hizo reembarcar en el mismo buque

que los condujo, custudiados y vigilados á bordo por D. José Conrado Altamirano, D. José Gregorio Carrión y D. Miguel Márquez Márquez; empleado particular suyo el primero, y del Resguardo marítimo los otros dos, y hombres de toda su confianza. Allí permanecieron hasta que el vapor salió al mar, regresando en la falúa del práctico que lo acompañó fuera del puerto.

Dentro del equipaje de aquellos miserables se encontrarón notas anónimas que indicaban que los instigadores del crimen, en la Habana, estaban perfectamente al tanto de los hábitos y costumbres de la vida pública y privada del Gobernador, sospechándose con fundamento de alguno á quien Zamora tendía, no sólo la mano de amigo y era su compañero de mesa, su comensal diario, antes de que las cuestiones políticas los separaran, sino de quien fué protector en la época en que llegó al país.

El Padre Miranda, la única *cabeza* capaz del bando retrógrado, había traspasado el Océano; y Miramón, la primera y más valiente espada con que pudo vivir ese bando, asolando los pueblos; disfrazado éste de obrero del ferrocarril y aquél colgando los sangrientos hábitos, penetraron á Veracruz, permaneciendo ocultos en un entresuelo del hotel de Diligencias el primero, y en el de la "Luisiana" el segundo, para emprender la fuga por mar, embarcándose para el extranjero á la incierta luz del naciente día.

Y nada más fácil que haber aprehendido á uno y otro, pues el Gobernador Zamora tuvo oportunas noticias de la llegada de ambos. Antes que el belicoso sacerdote hubiera tomado alojamiento en el hotel de frente al Muelle, ya había habido quien lo conociera; y cuando el disfrazado militar, mezclado entre obreros del ferrocarril que llegaban en un armón á la ciudad, pasaba frente á la "Fábrica de Gas," dos oficiales de la guarnición que paseaban por la vía férrea, lo reconocieron perfectamente.

Empero en Veracruz ni halla cabida la delación, ni hay

un solo hijo del puerto que manche su nombre con el feo epíteto de denunciante; y sobra nobleza para dejar que el enemigo que huye busque refugio aun entre aquellos que lo han vencido.

II

Los obispos desterrados del territorio nacional, también pasaron por la ciudad que más de una vez habían anatematizado; y si hubo mal aconsejados que los apedrearan al entrar por la "Puerta de la Merced," debióse al cinismo de uno de ellos que se atrevió á sacar fuera del ventanillo del coche, la mano, tinta aún con la sangre mexicana que por su causa se había derramado, para *bendecir* hipócritamente á aquellos á quienes odiaban de la manera más cristiana, pero que tomaban en lo que valían las tales bendiciones, y que de mejor gana habían recibido las bombas y granadas que un año antes se les arrojara en su nombre.

Y sin embargo, el mismo Gobernador Zamora, el intransigente demócrata, el gran republicano, enfermo al grado de tener que abandonar el lecho para correr á la defensa de sus enemigos, fué quien los salvó, evitando tal vez que aquello que tenía apariencias de sainete, concluyera con los horrores de una tragedia. Se trataba de salvarlos, es cierto, pero se cuidaba más del buen nombre de Veracruz.

En efecto, el día que los obispos desterrados llegaron á la ciudad, entre tres y cuatro de la tarde, hacía ya varios que él Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora guardaba cama, aquejado de una dolencia que poco á poco, lentamente, iba minando su existencia, tan querida para los veracruzanos, como útil á la patria y al partido nacional.

III

Desde que cesó la lucha fratricida y el país comenzó á reponerse de los males sin cuento que lo habían agobiado durante tantos años, el patriota funcionario, libre ya de los

asuntos de la guerra y buen hijo del Estado, se dispuso para realizar grandes obras que redundaran en beneficio de sus principales poblaciones. Un palacio episcopal en Veracruz ó en Jalapa, la Penitenciaría en Perote, la Escuela de Artes y Oficios en Orizaba, la de Agricultura en Córdoba, eran las concepciones que lo preocupaban; y mientras se estudiaban estos proyectos, dedicó su atención á la obra del "Hospicio" y al hermoseamiento de la Parroquia, cuya torre, tan irregular como imperfecta, afeaba el templo y la parte ornamental de la ciudad. El ensanche y comodidad del puerto, haciéndolo á la vez que seguro, defendible por mar, era otro de sus sueños dorados; y sin desatender en lo más mínimo las primeras obras, promovió y comenzó la construcción del camino de fierro de Veracruz á Medellín, en cuyo histórico pueblo quería establecer el despacho de los Poderes del Estado, para entregarse, así aislado y sin interrupción, á los trabajos que demandaba su reconstrucción.

Ninguna de las obras comenzadas bajo su protector gobierno pudo ver concluídas, si bien las dejó muy adelantadas. La muerte vino á cortar su existencia, llenando de profundo pesar á los buenos hijos del Estado Veracruzano, siendo de advertir, que el mismo día que quedó abierta la "brecha" para levantar el terraplen y tirar los rieles de la nueva vía férrea, al regresar de Medellín, donde fueron obsequiados él y los numerosos amigos que le acompañaban á la pequeña fiesta, con un modesto desayuno, comenzó á sentirse enfermo del mal que un mes después debía conducirlo á la tumba, llenando de duelo á la heroica ciudad; y ¡extraña coincidencia! sólo veinticuatro horas le precedía en el camino de la eternidad el gran reformista Miguel Lerdo de Tejada.

IV

La enfermedad, á la que él mismo al principio no dió importancia alguna, fué acrecentando más y más: al terminar la primera quincena del mes de Marzo, la ciencia médica se

había declarado impotente para detenerla, y todos temían la aproximación de un desenlace fatal. Do quiera se oía esta fatídica frase:

"Don Manuel no tiene remedio."

Y en su casa y en el despacho, en los talleres y en los escritorios, en los cuarteles y en los establecimientos públicos, todos se hacían estas preguntas, llenos de honda preocupación:

—¿Cómo sigue el gobernador?

—¿Ha mejorado el Coronel?

La terrible catástrofe llegó al fin.

Desde la noche anterior al día 20 de Marzo, notábase inusitado movimiento en la casa-palacio, residencia del gobernador del Estado. Multitud de gentes de todas clases y condiciones, llegaban presurosas, pero en silencio y llenas de recogimiento hasta el zaguán, y allí, empleados ó amigos del ilustre paciente transmitían la triste noticia de que la muerte se aproximaba á gran prisa. Algunos espiaban desde la acera de enfrente á través de las vidrieras, y los que llegaron á la media noche supieron que había entrado ya en agonía.

Tres horas después, aquella multitud, esparciéndose dolorida y acongojada por la ciudad, comunicaba á los que se dirijían al palacio esta noticia aterradora:

—¡Acaba de morir!

Y las lágrimas surcaban las mejillas, y los sollozos se escapaban del pecho.

.....

V

El día amaneció espléndido, hermoso; el sol naciente anunciaba con sus radiantes rayos la llegada de la primavera; pero la ciudad permanecía mustia y silenciosa, é indiferente del todo á las galas de la naturaleza.

—¡Ya murió!

Era la única frase que se oía en todas partes; y rostros

compungidos, y ojos llorosos, atestiguaban que sobre los veracruzanos pesaba un gran dolor.

El duelo comenzaba.

Un cañonazo disparado en el fuerte de Santiago, y cuyo eco resonó lúgubre en todos los ámbitos de la ciudad, repercutiendo en las ondas del mar, anunció que se tributaban los últimos homenajes al preclaro ciudadano que hasta ese momento fué el gobernador del Estado. En la misma hora, y por declaración solemne del Poder Legislativo, se hizo cargo del Gobierno con el carácter de interino el Lic. D. Fernando de Jesús Corona, Presidente del H. Tribunal Superior de Justicia.

El Ayuntamiento, lo mismo qué la Legislatura, se habían declarado en sesión permanente, desde que los facultativos habían manifestado la aproximación de la hora suprema, y á cada instante recibían noticias de lo peligroso de la enfermedad, transmitiéndolos por el telégrafo al Presidente de la República y á las Cámaras Federales. Luego que de una manera oficial tuvieron conocimiento de haber fallecido, lo comunicaron á México, y en tanto que el Cuerpo Municipal y la Legislatura se hacían cargo en la parte civil de la inhumación del cadáver, el Jefe de las armas, por orden telegráfica del Ministerio de la Guerra, dictaba sus órdenes por lo que tocaba al servicio militar.

El comercio permaneció cerrado, lo mismo que los talleres y las oficinas públicas: en éstas y en los cuarteles, la bandera nacional estaba á media asta, y de todos los ámbitos de la ciudad, la concurrencia convergía á un solo punto: á la casa-palacio del finado, porque todos querían contemplar por última vez al hombre que supo hacerse querer aun de sus mismos enemigos.

El ascenso á la casa-palacio era libre para todos.

El aspecto que presentaba el salón de honor convertido en cámara ardiente, era majestuoso é imponente; lo lúgubre aparecía grave, y todo predisponía al más profundo respeto.

Los granaderos del Batallón de Guardia Nacional, del que era Coronel, daban la guardia de honor con la bandera dentro de su funda, y cubierta el águila de la moharra con negro crespón; y desde la puerta del zaguán hasta la del salón donde estaba tendido el cadáver una doble fila de centinelas, colocados á muy corta distancia, mudos, é inmóviles cual si fueran estatuas, formaban valla á los numerosos visitantes. Sobre una elegante y lujosa cama de bruñido bronce, toda tendida de negro, lo mismo que las paredes de la cámara, reposaba el ilustre difunto, portando sobre su noble pecho las condecoraciones militares que patentizaban sus servicios á la patria. Algo desfigurado, dejaba ver sin embargo, en su rostro, los rasgos, las líneas típicas que le caracterizaban en vida, no obstante estar velado por el sueño de la muerte aquella mirada que imponía, que subyugaba.

Cuatro gastadores en los cuatro ángulos del salón, y cuatro capitanes, espada en mano, de gran uniforme y con las insignias de luto, uno al pie de cada columna del túmulo, velaban el precioso cadáver, en tanto que los empleados civiles, los funcionarios públicos, los concejales y los amigos íntimos, relevándose de hora en hora, hacían los honores de la casa á cuantos llegaban. La rojiza luz de los enormes cirios, confundiéndose con la que penetraba arrancándose del astro rey, daban el tono más patético al cuadro que la muerte había trazado.

En la ciudad, el luto era general.

Casas de alto y accesorias, todas estaban colgadas con blancos cortinajes prendidos con negros crespones, y el silencio era, puede decirse, absoluto.

A las cuatro de la tarde comenzó á reunirse el fúnebre cortejo para concurrir á la inhumación, siendo los primeros en llegar los empleados y trabajadores del ferrocarril de Medellín, los del Hospicio y los de la Iglesia Parroquial. La calle donde estaba situada la casa-palacio y las adyacentes, quedaron henchidas de gentes de todas condiciones, todas vestidas

de negro; y desde la esquina de la Parroquia, prolongando la línea de batalla por la calle de María Andrea, hasta la Puerta Nueva, estaban tendidos los cuerpos de la guarnición: los viejos soldados del Fijo, á la cabeza de la columna, la infantería Guardia Nacional y el 2º Mixto, presentaban un aspecto imponente y conmovedor. Todos aquellos antiguos camaradas del finado, patentizaban su tristeza y su pesar; y la artillería, situada en la Plaza de Armas, esperaba su turno para incorporarse á su vez en la columna en marcha. Los cañones iban enlutados, y las cornetas, enlutadas también, lo mismo que los tambores, iban á la sordina.

VI

A las cinco y cuarto comenzó el desfile.

Cuatro oficiales de su batallón cargaban el féretro, y dos munícipes y dos diputados ó funcionarios públicos llevaban las bandas, relevándose durante la carrera seguida: la escuadra de gastadores cerraba los costados, y el Presidente del Tribunal Superior de Justicia, con el de la Legislatura y el Municipal, y el Jefe de las armas, presidían el duelo. Tras la comitiva se formó la columna militar mandada por el General Coronel D. Francisco Paz; y luego que aquella muchedumbre comenzó á marchar, siguiendo al féretro, las músicas de los batallones rasgaron los aires con los melancólicos ecos de marchas expresamente compuestas para el lúgubre y triste acto. [1]

El cortejo siguió las calles de la Pescadería y la Alhón-

1 Un joven de apellido Thompson, había llegado de México pocos días antes del fallecimiento del Sr. Zamora, para curarse de una penosa enfermedad que lo aquejaba. Durante su permanencia en el hotel de Diligencias, donde se hospedó, continuamente oía hablar de aquél, y pudo conocer el grado de alto aprecio y estimación en que se le tenía. El referido joven demostró gran pesar cuando supo su muerte; y desde el balcón de su aposento presenció el desfile de la comitiva que seguía al cadáver de Zamora, derramando lágrimas. Cuando la música del batallón de infantería Guardia Nacional hizo oir los pri-

diga hasta la Parroquia, y desde allí toda la Principal, Santo Domingo, y la Merced, hasta salir á extramuros por la puerta de este nombre; y ya en el campo, la muchedumbre, que apenas cabía en las aceras y calles, se dispersó por ambos lados hasta llegar al Cementerio. En los balcones, en las puertas, ventanas y azoteas, todas coronadas de espectadores, no había quien no derramara lágrimas de dolor: lágrimas que, silenciosas, surcaban también los rostros de los viejos veteranos y de los aguerridos guardias nacionales.

Al llegar á la entrada de la Alameda, mientras el cortejo seguía esta calle, la columna militar cambió de dirección para llegar oportunamente frente al Cementerio, y formar en batalla; y cuando el féretro llegó á la altura de las últimas filas, la tropa presentó las armas. Luego, paso á paso se recorrió el frente, haciendo que nuevamente se redoblara el dolor de aquellos valientes que habían acompañado al bravo caudillo de la Reforma para defender la ciudad en los aciagos días de la guerra; y penetrando al interior del Cementerio los asistentes depositaron su preciosa carga para que manos menos amigas, pero no menos cariñosas, bajaran á la fosa, á la entrada de la capilla, los restos del que en vida se llamó Manuel Gutiérrez Zamora.

Veintiún cañonazos inofensivos, de duelo, y una inmensa descarga cerrada se hicieron escuchar hacia afuera.

Eran los últimos honores que sus antiguos compañeros de armas tributaban á aquel grande hombre, hijo del Estado de Veracruz, que fué uno de los esforzados campeones cuya firmeza, honradez y lealtad contribuyeron en mucha parte á reivindicar los derechos del pueblo mexicano.

Juárez perdió uno de sus amigos más adictos y sinceros;

meros acordes de la marcha fúnebre, que expresamente compuso para ese acto el Jefe de la banda, D. Marcos Ramírez, el joven Thompson, como herido por el rayo, cayó sin sentido, presa de un violento ataque de nervios que puso en grave peligro su vida. El joven Thompson pertenecía á lo más granado del partido conservador.

Veracruz uno de sus hijos predilectos; la Nación á un esclarecido patriota de gran porvenir para su total reorganización.

VII

Todo había concluído.

Despojos que reclamaba y se devolvían á la tierra era cuanto quedaba de aquel valiente ciudadano cuya vida respetaron no sólo las balas americanas, como defensor de Veracruz ó como simple guerrillero,[1] y las de la reacción desde que comenzó la tremenda lucha, sino que escapó providencialmente al puñal de mercenarios asesinos.

Despojos que acusaban el no ser, la nada, del integérrimo patricio, afable, bondadoso y lleno de acendrado cariño en la vida íntima, en la vida del hogar, en la intimidad de los amigos; pero terrible ante el enemigo y sereno ante la desgracia, y cuyo lema, que llevaba grabado en el anillo que le servía de sello —"sufro, callo, estallo,"— pintaba su carácter en significativas, elocuentes y concisas palabras.

Despojos, última manifestación de la vida humana, del severo, á la vez que recto y honrado gobernante,[2] que sabía premiar el mérito donde quiera que lo encontraba, y castigaba el crimen, cualquiera que fuese el que lo cometiera.

Despojos, en fin, era cuanto quedaba de aquel hombre que se hizo estimar no sólo de sus enemigos políticos y de cuantos le conocieron, sino también fuera de su patria[3] por su

1 Era Mayor del batallón Guardia Nacional de Veracruz, y con las compañías de preferencia formó parte de la columna que salió á observar los movimientos del enemigo estableciéndose en el Cementerio. No quiso capitular y se dirigió á Medellín, donde con varios jóvenes veracruzanos formó parte de la famosa guerrilla que mandó el Padre Jarauta.

2 Ha sido el único Gobernador que durante su administración *saldó la deuda* del Estado, no debiéndosele un centavo *á nadie*, al tiempo de morir. Véase la Memoria que presentó á la Legislatura.

3 Un viejo Capitán del regimiento de Cazadores de Baylén, que estuvo en Veracruz durante la ocupación de esta ciudad en 1861 á 1862, por el Cuerpo expedicionario Intervencionista, notando en el estrado de la casa donde estu-

dignidad, altivez, lealtad y firmeza de principios que nadie se atrevería jamás á negar, concretadas en una sola frase, con que respondió á cierto emisario del partido conservador, que en lo más crítico de la situación política, y cuando siendo el único que inspiraba temor á los contrarios, fué á proponerle que pidiera licencia por dos meses para separarse del Gobierno, trasladándose á Europa, después de *fijar él mismo la suma que quisiera se le situara en algún banco, para sus gastos.*

—Decid á los que os han enviado—contestó altivo y lleno de majestuosa dignidad al Jefe enviado,—que MANUEL GUTIÉRREZ ZAMORA LES DA EL DOBLE CON TAL DE QUE NO SE LE MANDEN HACER SEMEJANTES PROPOSICIONES.

Y en seguida puso en manos del aturdido comisionado un salvo conducto que le permitiera atravesar, sin peligro alguno, toda la zona de su mando, para que fuera á México á dar cuenta de su comisión.

.....

La losa funeraria se cerró sobre aquellos restos mortales para que durmieran el sueño eterno, olvidados por muchos años de sus conciudadanos. Las logias masónicas de Vera-

vo alojado una pequeña fotografía iluminada que representaba un Jefe militar, dijo al dueño de la casa:

—¿Es de la familia de vd. ese militar?

—No señor,—contestó aquel;—ese retrato es el del Coronel Zamora.

—¡El Coronel Zamora!—exclamó el capitán, acercándose más para ver mejor la fotografía.—¡El Gobernador Zamora! ¡El defensor de Veracruz durante la última guerra civil!

—El mismo.—Afirmó el interpelado.

—Entonces—prosiguió el primero descolgándo el retrato—permítame vd., amigo mío, que me lo tome y guarde como un recuerdo cariñoso y como una reliquia sagrada. Soy catalán, y como tal, soy liberal; y este hombre, á quien hubiera deseado conocer personalmente y á cuyas órdenes me hubiera honrado de servir, *tuvo siempre todas mis simpatías.*

El retrato era de mi propiedad, y la escena pasó en mi casa, cuando yo estaba en el campamento de la 1ª División, entre el expresado Capitán y mi padre, quien me lo refirió en Medellín á mi regreso durante la licencia obtenida con motivo de los "Tratados de la Soledad."

cruz proyectaron y llevaron á cabo últimamente la idea de erigir un monumento en la Alameda de su ciudad natal, digno de la memoria del bravo caudillo de la Reforma.

VIII

Un episodio para terminar este triste recuerdo.

Cuando el fúnebre cortejo pasaba frente á una casa de la 3ª calle de la Merced, una anciana, una octogenaria, que lloraba amargamente, se arrodilló toda trémula y afectada, exclamando con dolorido acento, que entrecortaban los sollozos:

—¡Para qué la procesión del Viernes Santo, después de presenciar el entierro de *Manuel!*

.....

Acababan, por dedirlo así, de ponerse en vigor las "Leyes de Reforma" que prohiben el culto externo.

Aquella anciana, que era comadrona, había llevado á la fuente bautismal *tres generaciones*, y *entre sus hijos*, como cariñosamente llamaba á sus ahijados, era su predilecto *su hijo* Manuel.

Era reaccionaria la triste anciana, y su llanto y su dolor, y las significativas palabras que pronunció fueron el mejor elogio á la memoria del ilustre gobernante.

SEGUNDA PARTE.

LA INTERVENCIÓN.

VERACRUZ.

Llegada de la Escuadra española.—Aspecto de la población.—Incendio de la "María Concepción."—Traición de un súbdito español.—Llegada de los Comisionados del Gobierno de España.—Resultado.—Obsequio del comercio á los oficiales de la guarnición.—Entusiasmo para salir á la campaña.—Abandono de la ciudad y de la fortaleza de Ulúa por las tropas del Gobierno.—Ocupación de las mismas por los españoles.—Los primeros traidores.

I

VAMOS á trazar el último cuadro relativo á nuestra querida Veracruz: á imprimir la postrera plumada de esa grandiosa época de incesante lucha, que cavó el sepulcro al partido clérico-conservador, aplazando para cinco años más tarde colocar la lápida mortuoria que debía cerrarlo para siempre, é inscribiendo sobre ella, con caracteres de sangre, este terrible pero merecido epitafio que compendia toda su historia:

"*Fratricida y traidor.*"

Vamos, en fin, siquiera á rápidos bosquejos, á presentar al pueblo veracruzano bajo otro aspecto que no lo honra menos que cuantos han señalado su vida pública: bajo el punto de vista del verdadero patriotismo, probando que, así como liberal combatió contra la reacción, lamentándose de tener que luchar en guerra fratricida, y como mexicano combatió como

bueno en 1838 y 1847 contra las fuerzas de la Francia de Luis Felipe, y contra las huestes del General Scott, en 1861, cuando la Nación vió venírsele encima la más injustificable y punible guerra de parte de tres potencias á las que siempre trató como amigas, y con dolorido acento llamó en su auxilio á sus buenos hijos, supo abandonar sin pena ni dolor, con abnegación y entusiasmo, familia, hogar, comodidades, bienestar, fortuna, porvenir; todo, en fin, lo que para el hombre importa una afección, para cumplir lejos del suelo natal los deberes de hombres libres y de patriotas ciudadanos.

La traición y la codicia, y la venganza de hechos imaginarios unos, é inmotivados otros; la sed de conquistas imposibles en el siglo XIX; y sobre todo el derecho de la fuerza bruta llamaban airadas é insultantes á las puertas del territorio mexicano; y el patriotismo, la lealtad y el honor respondieron al llamamiento: se nos arrojaba la manopla de hierro de la Edad Media, y la recogíamos sin altanería pero con orgullo, para lanzárselas al rostro y abofetearlas hasta sacarles los colores de la vergüenza.

Comencemos el relato del primer paso dado por el autócrata francés para realizar la última empresa soñada por su delirante fantasía, de pretender que "en sus dominios no se pusiera el sol," cuando el sol de su impotente grandeza comenzaba á declinar hacia su ocaso, toda vez que, al lanzar su cetro contra Juárez en México, fué á despedazarse entre las manos de Guillermo I en Sedan.

II

La ciudad de Veracrúz, llena ya de vida y animación después que la campaña contra los defensores del "derecho divino" había terminado, presentaba el día 8 de Diciembse de 1861 un aspecto triste, luctuoso; parecía que sus moradores presentían algo inesperado, algo extraordinario que los preocupaba. Desde luego podía asegurarse que en esa intranqui-

lidad que se revelaba en todos, no tomaba parte el fuerte viento del Norte que soplaba desde dos días antes acompañado de incesante y tupida lluvia: el furor de los vientos y la bravura del mar son familiares á los veracruzanos, y lejos de consternarse con los mugidos del uno ó el encrespamiento del otro, les sirve de distracción. Hacen poco aprecio del sulfuramiento de Neptuno ó de las embestidas de Noto ó de Eolo, de Bóreas ó de Aquilón, porque todos ellos han mecido su cuna durante la niñez.

El cielo, sin embargo, se había despejado algo hacia las once de la mañana, aun cuando negros nubarrones presagiaban que la titánica lucha sólo estaba aplazada; pero así y todo, á eso de las doce, un sol amarillento y como avergonzado, vino á caer sobre los edificios, iluminando la ciudad y diafanizando un tanto el horizonte, lo suficiente para que la vista se extendiera hasta perderse en su propia inmensidad.

Poco más de media hora habría transcurrido, cuando el telégrafo de señales de Ulúa marcó sucesivamente una, dos, tres, cuatro y hasta ocho velas, al Sur, comenzando á destacarse como desfomados dibujos, á lo lejos, á donde apenas la vista natural podía alcanzar, otros tantos buques que poco á poco fueron tomando sus proporciones naturales: entonces pudo reconocerse clara y distintamente que eran de guerra; y aunque todavía no daban bandera, los inteligentes que habían ido al muelle seguidos de innumerable gente del pueblo, declararon que pertenecían á las fuerzas marítimas de España. Los buques hacían rumbo á Antón Lizardo, y pasaron cerca de la vetusta fortaleza, la cual no pudo reconocerlos antes á causa del pluvioso velo que se interponía entre ella y los inesperados huéspedes, quienes después de más de trescientos años, venían, insensatos, en busca de las huellas, borradas por una reñida lucha de once años, que marcó en suelo mexicano el paso de D. Hernando el Conquistador.

Las campanas del muelle y del Palacio Municipal repitieron el toque de *vela*, señalando "escuadra á la vista," y la

multitud se lanzó á las calles y á las azoteas á pesar del viento y de la lluvia, porque el acontecimiento era tan inesperado, como desconocido su origen, y deseaba adquirir noticias sobre el particular. Sobre todo, la circunstancia de saberse que la escuadra era española, violentó los ánimos, reviviendo odios y rencores suscitados por los peninsulares, que durante la guerra de Reforma habían tomado una parte tan activa como funesta del lado de la Reacción; siendo aventureros la mayor parte, otros comerciantes quebrados, fraudulentamente convertidos en guerrilleros á las órdenes de frailes ó de curas carlistas, fueron feroces soldados en las filas de Zumalacarregui ó de Cabrera, y reservaron el último tiro de sus carabinas para venir á México á dispararlo contra la libertad de los que odiaban la cruz que mata y la hostia que envenena; ó bien hacerse jefes de bandoleros que campeaban por su cuenta á la sombra de la religión, habiendo sido extraídos de cárceles y galeras, aquende y allende los mares.

No es, pues, de extrañarse que entre los españoles, antiguos vecinos de Veracruz, hubiera cierta ansiedad al ver llegar una escuadra inesperada que portaba el pabellón ibero; y aunque no faltaron entre ellos bastantes que con tal motivo se permitieran ver á los mexicanos con cierto desprecio irritante, siendo pagados con la misma moneda, también hubo muchos que, honrados y justicieros, tuvieron á mal aquella presunta agresión que hasta cierto punto los comprometía terriblemente. Vivían felices y tranquilos al amparo de nuestras leyes, poseían familia mexicana, y á la vez que honraban la patria de sus esposas é hijos, honraban también á la madre patria, á la patria de sus antepasados. Así se explica que mexicanos y españoles, después de la llegada de la escuadra, conservaran una actitud de reserva no exenta de desconfianza, que sin embargo á todos admiró, porque en aquellas circunstancias, esa agresión escandalosa, ese atentado inaudito, ese acto de filibusterismo procedente de una nación ilustra-

da, pudo determinar un conflicto que hubiera sido desastroso para unos y para otros.

El pueblo que ya sospechaba algo desde que días antes, y por órden del Gobierno había comenzado á desartillarse la fortaleza de Ulúa y los baluartes de la ciudad, internando los cañones para fortificar violentamente las formidables crestas del "Chiquihuite" y del "Puente Nacional" en los caminos de Jalapa y Orizaba, creyó firmemente confirmar sus sospechas con el gran acontecimiento del día, y se retiró á sus hogares después de haber visto desaparecer tras el promontorio de los "Hornos" el tope del mástil del último bnque que se abrigó en la rada de "Antón Lizardo," haciendo comentarios, y persuadiéndose de que quizás no estaba lejano el día en que nuevamente correría la sangre de mexicanos y españoles en el mismo territorio donde medio siglo antes combatieron tenaz y valientemente, para sostener cada uno los derechos que creían tener. Los veracruzanos se aprestaban ahora, como en aquella época lo habían hecho sus antepasados, para luchar por la Independencia y por la Libertad de la patria; y para probar á monarcas insolentes cuán difícil es imponer el yugo de los tiranos á los pueblos verdaderamente libres.

III

En efecto, sólo muy pocas personas podían apreciar en su verdadero valor la llegada de aquella escuadra.

El Gobierno Constitucional, á raíz del triunfo de Calpulálpam, revivió en todas las ciudades de importancia la antigua sociedad de "Amigos del País," cuyo título nos releva de hacer detallada historia de su objeto.

En la de Veracruz, de la cual era presidente el Jefe político del Cantón, D. Albino Carballo y Ortegat, figuraban como miembros de ella honorables comerciantes extranjeros, excepción hecha de los de origen español, que no aceptaron

el encargo porque en su mayor parte se manifestaban hostiles á la causa de la Constitución y de la Reforma.

En el último tercio del mes de Noviembre anterior había anclado en "Sacrificios" un buque de alto borde, perteneciente á la marina de guerra inglesa, á lo cual nadie dió importancia, por ser esto muy frecuente en los puertos en todas épocas; y menos importancia se le dió á que en el siguiente día el Comandante de dicho buque pasara á la ciudad é hiciera una visita al Sr. H....., rico comerciante inglés, con más de veinticinco ó treinta años de vecindad en Veracruz, donde era muy querido por las relevantes prendas que lo adornaban y por las repetidas pruebas de amor y deferencia hacia México, en más de una vez demostrados.

El Sr. H..... era uno de los miembros de la sociedad de "Amigos del País," y tres días más tarde, cuando la fragata de guerra se había hecho al mar, solicitó del Presidente de ella que tuviera lugar una sesión extraordinaria: el Sr. Carballo citó en efecto, y la sesión tuvo lugar esa misma noche. Lo que el Sr. H..... comunicó bajo confianza se puede deducir, si se tiene en cuenta que al día siguiente un miembro de la asociación partió para México, por acuerdo de la Junta, en comisión cerca del Gobierno; y que éste dispuso que en el acto se desartillara la fortaleza de Ulúa y la plaza, confiándose la operación á los Jefes de artillería Paz y García José Juan, á la vez que los Comandantes Díaz Aragón y Berna, y los Capitanes del Paso y Palomino, de la propia arma, marchaban para el "Chiquihuite" y el "Puente Nacional" seguidos de una parte del presidio militar escoltado por los granaderos del batallón Guardia Nacional de infantería de Veracruz, comenzando desde luego á fortificar las terribles gargantas que defienden los caminos de Jalapa y de Orizaba.

Más aún: el General Llave, electo Gobernador del Estado por la muerte del Coronel Zamora, se trasladó á Veracruz en los últimos días de Noviembre, y el 7 de Diciembre, es decir, veinticuatro horas antes de la llegada de la escuadra es-

pañola, llegó también al puerto el General D. José López Uraga, seguido de su brillante Estado Mayor, nombrado por el Supremo Gobierno Jefe del Ejército de Oriente.

IV

El aspecto que la ciudad presentaba después del día 8, era por cierto bien distinto del de los días anteriores: ya no más preguntas curiosas, ni inciertas contestaciones: las gentes, en las primeras horas de la mañana, volvieron á ocupar torres, miradores y azoteas para ver desde lejos los buques de guerra, á pesar del norte que continuaba soplando algo más suave que la víspera, y luego, ya en las calles, ya dentro del hogar doméstico, seguían los comentarios.

La incógnita estaba despejada.

La historia de la "Convención Tripartita" se refería en público, y todos sabían á qué atenerse.

Ibamos á tener guerra, y guerra con tres poderosas naciones del viejo continente. Nuestras armas se medirían con las de los soldados de Africa, de Inkerman y de Sebastopol, y presidirían el desigual duelo el león de Castilla, el leopardo británico y el águila de Francia.

Había, pues, lo suficiente para estar orgullosos, porque el águila mexicana que en 1821 y en 1838, en Veracruz y en Ulúa, se había sobrepuesto á las flores de lis de Luis Felipe y al león castellano, iba á hacer frente, después de muchos años, á los vencedores de las tribus marroquíes y de los soldados del Czar de las Rusias.

En los cuarteles, en los baluartes, en el muelle, en la fortaleza, lo mismo que en las oficinas del Gobierno y del Estado, el movimiento era extraordinario. A cada momento partidas de paisanos, riendo, cantando, alegres y contentos, bajo el mando de algún oficial, se veían transitar en dirección á la Comisaría, y regresar momentos después más alegres y más contentos á este ó al otro cuartel, y á poco rato aparecer cruzado el pecho por el correaje y con un fusil en la mano, yen-

do á su casa para limpiar el arma y disponer los arreos que la Nación le daba para ir á combatir por su integridad é independencia.

Eran los *voluntarios* que se daban de *alta* en los cuerpos de la guarnición, y que habían ido á la Comisaría para ser *pasados por cajas.*

Las hojalaterías y las talabarterías no cesaban de trabajar día y noche; y enormes *calderos* para el rancho, ó *platos* y *carmañolas* para la tropa, obstruían el despacho de las primeras, en tanto que en las segundas, sillas, albardones, correas, guarniciones, portafusiles, fajillas, etc., etc., se despachaban sin trega, ya á Ulúa, ya á los depósitos de la plaza, para ser repartidos oportunamente. En las mercerías se notaba movimiento inusitado: todos y cada uno se proveían de lo que pudiera hacerles falta para *salir;* y en el Palacio, residencia del Gobernador La Llave y del General en Jefe Uraga, las oficinas no descansaban comunicando órdenes, despachando correos ó inventariando archivos, para estar expeditos para cuando *llegara la hora.* La distancia entre la plaza y la fortaleza era recorrida incesantemente por embarcaciones que, ó conducían reemplazos á los cuerpos que allí había ó traían las enormes piezas de artillería para, en unión de las que se habían desmontado en los baluartes y los pertrechos de guerra que á toda prisa se enfardelaban en la Maestranza y en los repuestos, remitirlas al "Puente Nacional," y al "Chiquihuite," á "Corral Firme," á Jalapa, y á Perote, para comenzar á levantar las fortificaciones que debían determinar los campamentos de la 1ª y 2ª Divisiones del Ejército de Oriente.

No eran las mujeres las menos entusiastas, y se disponían á seguir á sus *hombres* para correr con ellos la suerte que tuvieran; y las familias acomodadas comenzaron desde luego á abandonar la plaza para establecerse en Jalapa, porque, dignas hijas de Veracruz, no querían presenciar la profanación del suelo que las vió nacer, asentando su atrevida planta el invasor extranjero.

Las partidas de carros, las recuas, los hatajos que accidentalmente se encontraban en la ciudad ó en sus cercanías, fueron embargados para sacar todo el material con oportunidad, y los trenes del ferrocarril de Medellín y de la línea inglesa fueron apercibidos de estar dispuestos á primera orden para conducir las tropas hasta el lugar donde llegaban en sus viajes periódicos.

Los oficiales que estaban gozando licencia se incorporaron á sus cuerpos, y se redobló la vigilancia durante las noches, no obstante que el viento norte hacía casi imposible una sorpresa á la plaza, por cuya razón se había dejado en los baluartes de "Santiago" y de "Concepción," lo mismo que en Ulúa, los cañones necesarios que se sacarían á última hora.

Muchos jóvenes, antiguos oficiales de Guardia Nacional que no estaban ya en servicio, y otros que habían servido en la Reacción, pero que al llamamiento del enemigo se acordaron que antes que todo eran veracruzanos, yendo al frente de ellos el Coronel Juan Noriega, el Teniente Coronel Rafael González Páez y el Mayor Francisco Redonet, se presentaron á los Generales Uraga y Llave pidiendo el permiso para formar un nuevo batallón de infantería; y como no era posible negar tan patriótica petición, concedida que les fué, comenzaron á reunir voluntarios para "Rifleros del Estado," cuyo primer sargento fué el artesano D. Bibiano Urdapilleta, honrado y laborioso carpintero, entusiasta y patriota, que alcanzó el grado de Teniente de infantería para cortar su carrera militar con la pérdida de su vida en el asalto de Túxpam, tres años después, siempre cumpliendo con su deber.

Aún quedan restos de ese cuerpo que tanto se distinguió en el sitio de Puebla en 1863; y de aquellos jóvenes oficiales viven todavía José B. Cueto, Joaquín Llave, Francisco Avellaneda, Guillermo y Julio Vélez, Juan Miguelena, Gabriel Cotera, y quizás algún otro que, si lee estas páginas, recordará con gusto aquellos tiempos en que en Veracruz todos se

alistaban con frenesí bajo la bandera de la República para combatir por la Independencia y la Libertad.

El comercio extranjero veía esto impasible y observador: sentía la vergüenza en el rostro, porque allí eran considerados como mexicanos, y la agresión que á éstos se hacía venía envuelta en un principio de filibusterismo que deshonraba su nacionalidad. Aun los mismos españoles, en su mayor parte, se mostraban disgustados, y de su amor á los veracruzanos unos y otros dieron inequívocas pruebas el día que se abrió la campaña.

Un incidente que tuvo lugar el día 8 en la noche, el incendio de la barca "María Concepción," alarmó á la plaza un tanto; pero cuando se conocieron los detalles, la tranquilidad volvió á reinar en la ciudad, triste porque no podía defenderse por mar.

Otro suceso, acaecido dos días después, también vino á excitar los sentimientos de repulsión contra algunos españoles: el espionaje que ejercía, á la sombra de la buena amistad, un comerciante en tabacos, á quien se conocía por el apodo de "Manitas."

V

Como se recordará, la "María Concepción" perteneció á los buques capturados en la noche del 9 al 10 de Marzo de 1860: era uno de los que venían convoyados por la escuadrilla española conduciendo municiones, armamento y pertrechos á las tropas reaccionarias que sitiaban á Veracruz en esos días; y luego que se la ancló al pie del castillo de Ulúa, al costado Sur, se procedió á desarbolarla, convirtiéndola propiamente en "pontón."

No habían transcurrido dos horas desde que la escuadra se guareció en la rada de Antón Lizardo, cuando ya siniestros rumores, partidos de no se sabe dónde, circulaban por la ciudad asegurando que apenas llegada la noche, la "María Concepción" sería reconquistada por las fuerzas navales que aca-

baban de llegar; y tales rumores, seguramente infundados, exaltaron un tanto los ánimos.

La autoridad militar, sin hacer aprecio de estas aseveraciones, dispuso, sin embargo, que la referida embarción fuera destruída, pues no sabiendo á punto fijo cuándo se romperían las hostilidades entre México y las naciones aliadas, bien pudiera suceder que intentara algo el enemigo que teníamos á la vista, luego que el norte le permitiera aproximarse al puerto; y como primer acto de hostilidad tratara de apoderarse de la nave referida. En consecuencia, el Comandante de Marina, Capitán de Fragata, D. Juan E. Foster, recibió la orden de incendiar la referida embarcación.

La circunstancia de haber aflojado un tanto el viento, haciendo practicable con poco peligro la navegación, favoreció el cumplimiento de aquella orden, y entre ocho y ocho y media de la noche la "María Concepción" fué remolcada hasta que varó cerca del baluarte de "Santiago:" allí se le embreó suficientemente, bajo el puente, á proa y á popa: se le colocaron grandes rollos de estopa alquitranada, humedeciéndolos con aguarrás, y á las nueve una inmensa llama que alumbraba de una manera siniestra tanto el mar como la ciudad, llevó la alarma á los habitantes, que en su mayor parte ignoraban de dónde procedía el terrible incendio.

Las gentes corrían, los abarroteros cerraban precipitada y estrepitosamente las puertas de los establecimientos, las tropas se pusieron sobre las armas para prevenir cualquier desorden que pudiese suscitarse, y las piezas del "Caballero Alto" y de "Santiago" se cargaron con proyectiles sólidos para el caso de que el enemigo intentara aproximarse. La "María Concepción" quedó completamente destruída, acallándose los rumores que habían precedido á su destrucción.

VI

El otro incidente fué de un orden muy distinto, y acaeció dos días después, esto es, el 10 de Diciembre.

De tiempo atrás residía en Veracruz un español, hombre de alguna edad, pacífico, tranquilo, de trato amigable y benévolo, que sólo se ocupaba de su comercio de tabacos, á cuyo efecto tenía un "estanquillo" en el Portal de las Flores, ya casi al salir para la plazuela del Muelle. Este individuo, que se había captado la voluntad y el aprecio de todo el mundo, era, sin embargo, un espía.

Con anuencia de las autoridades, siempre que algún buque de su nación arribaba á la "Isla de Sacrificios," hacía viajes periódicos para llevar á su equipaje víveres frescos, legumbres, aves, etc., etc. El día 9, aunque el viento era un tanto pesado, pidió permiso para llevar alguna venta á bordo, y como quiera que por este medio se podría tener alguna noticia, se le dió el permiso, haciendo el viaje con toda felicidad. El día 10 el mar estaba algo más picado, y á pesar de esto intentó un segundo viaje; pero al desatracar el bote, una ola bastante gruesa lo hizo chocar contra la escalinata de piedra volcando los cestos y huacales de víveres, y haciendo saltar una cajita de tabacos que se hizo pedazos contra el pavimento. El patrón del bote notó que de dentro de la referida caja cayó un papel escrito, y al momento se apoderó de él y de "Manitas," entregándolo al Comandante de Marina.

Era una noticia bastante exacta de las fuerzas que había en la plaza, los nombres de los Jefes y oficiales que las mandaban, apreciaciones sobre sus ideas políticas, etc., etc.; era, en fin, el resultado de su espionaje infame, que cometía prevalido del aprecio que se le tenía y de las simpatías de que gozaba. Fué reducido á prisión, juzgado y sentenciado á muerte, cuya sentencia no se verificó porque los sucesos se precipitaron el día 14, día en que debía ser fusilado.

Se le condujo á Perote con el resto del presidio militar el día que se abrió la campaña, y murió en la escandalosa asonada promovida en dicha fortaleza por el Coronel reaccionario Figuerero, dos meses después.

VII

La limpidez del cielo al ocultarse el sol el día 13, y algunas estrellas que empezaron á tachonarlo apenas comenzó la noche, eran claros indicios de que el tiempo había cambiado definitivamente, y que debía esperarse un día magnífico al siguiente. Así fué, en efecto: al amanecer el 14 el mar estaba tranquilo y sosegado, el más ligero soplo no rizaba su superficie, y los rayos del sol naciente, al herirla descomponiéndola en refulgentes prismas, diafanizaban las aguas hasta ver claro su fondo arenoso y límpido.

El movimiento entre la plaza y el fuerte era más activo: desde antes de las primeras horas de la mañana, lanchas, botes y "cachuchas" conducían del segundo á la primera cuanto en él había perteneciente al gobierno; y sólo los soldados esperaban su turno para despedirse de aquellos baluartes, de aquellos reductos, de aquel gigante de granito, fierro y bronce, entre cuyos muros habían corrido durante más de dos centurias, lágrimas de arrepentimiento, ó de impotente rabia, y habían escuchado el melancólico cántico del soldado durante las noches de *servicio*, ó los hondos ayes de desesperación de los sentenciados que allí iban á *cumplir* la condena de la pena que les fuera impuesta por la justicia humana.

En el interior de la ciudad el movimiento era menos activo ya: habíase desnudado su traje de guerra, y los baluartes y los cuarteles aparecían como desiertos: en los primeros no se notaba un solo centinela: en los segundos, la tropa permanecía en las *cuadras*, el fusil en pabellones, al pie de ellos las mochilas: las guardias de prevención con todos los arreos de marcha, y los vigilantes paseándose pausada y silenciosamente al frente de las puertas.

Muchas casas enteramente cerradas, y la escasez de gentes en las calles, demostraban que no pocas familias habían levantado el campo; y bastantes mujeres, ancianos y niños, conduciendo pequeños envoltorios de ropa, ó muebles de uso, hacia el Hospicio, San Agustín, la Escuela Nacional y el patio del "Buen Manejo," indicaban que eran esos los asilos destinados á las familias de los soldados, que no pudiendo acompañarlos quedarían bajo la salvaguardia de la autoridad municipal, hasta tanto se les proporcionaran los medios para abandonarla á su vez.

El Ayuntamiento continuaba en sesión permanente desde hacía dos días, y el Gobernador del Estado y el General en Jefe permanecían en Palacio.

VIII

Como á las diez de la mañana se inició un movimiento repentino, que arrastraba á las gentes en dirección al muelle. El vigía de Ulúa había señalado una embarcación menor que hacía rumbo al puerto, y dos Ayudantes de la plaza se dirigieron á la Comandancia de Marina para dar aviso exacto de lo que ocurriera. Efectivamente, en la dirección indicada veíase una hermosa canoa que venía de Anton Lizardo, llevando á popa el papellón de España y la bandera blanca de "parlamento" á proa. El baluarte de "Santiago" disparó su último cañonazo, y en la fortaleza y en la plaza, y en todos los edificios del Gobierno se izó el pabellón nacional. El General en Jefe envió al muelle dos oficiales de graduación para recibir á los parlamentarios, y acompañarlos, con las formalidades de estilo, al salón donde el Ayuntamiento permanecía en sesión.

Dos apuestos y arrogantes oficiales españoles, de riguroso uniforme, saltaron ligeramente á tierra luego que la canoa atracó al muelle, pidiendo hablar al Jefe de la plaza. Los Jefes mexicanos los colocaron al centro, y escoltados por una multitud de gentes de todas clases, nacionalidades y condi-

ciones, que marchaban en medio del más profundo silencio, los condujeron al Palacio Municipal. La multitud, acrecentada con nuevos curiosos que llegaban de todos los puntos de la ciudad, esperó en la Plaza de Armas, sin osar levantar la voz, pero haciendo comentarios en voz baja: esta actitud de la población debió impresionar favorablemente á los parlamentarios, porque no podían esperarse tal respeto, tantas consideraciones de parte de un pueblo que, allende los mares, era tenido en el concepto de un pueblo incivil y bárbaro.

La conferencia duró pocos minutos, menos de quince: y cuando comenzaron á descender la escalera de Palacio, siempre acompañados de los Ayudantes de la plaza, el pueblo ya no los siguió, sino que, agrupándose más y más al frente del edificio, esperó que se le daría cuenta de lo que había pasado.

Y así sucedió.

Los Generales Uraga y Llave, rodeados de los Generales Osorio, Mora, Ortiz de Zarate y Landero, aparecieron en el balcón del Palacio, y con voz firme y segura, pero que no podía ocultar la emoción que lo dominaba, el Gobernador del Estados manifestó, poco más ó menos, "que aquellos comisionados habían pedido en nombre de España, de Inglaterra y de Francia, la entrega de la plaza, la cual sería bombardeada en caso de resistencia: que en nombre del Gobierno y del pueblo mexicano había protestado contra el incalificable atentado que se cometía contra una nación á la cual no se había declarado previamente la guerra, ni había dado motivo para que se la ultrajara con tamaña agresión;" y por último, que les hizo presente "que no teniendo la plaza ni la fortaleza los elementos necesarios para una defensa vigorosa, las abandonaban sus defensores, no en virtud de la intimación que se le hacía, sino en la de órdenes recibidas anticipadamente del Supremo Gobierno Nacional, único á quien se obedecía, haciendo responsables de los males que acarreara tan extraño procedimiento, á las potencias en cuyo nombre se

habían presentado, respetándolos el pueblo veracruzano porque comprendía que ninguna responsabilidad recaía sobre ellos."

Al concluir, el General Uraga, irguiendo su imponente talla, pronunció estas breves palabras con severa y firme entonación, que eran una promesa para el porvenir: "Ahora, compatriotas, cumplamos cada uno con nuestro deber." Palabras que olvidó tres años después para aliarse al invasor, desmoralizando la lucida y valiente División que tenía á sus órdenes.

El entusiasmo no conoció límites entonces: el pueblo se esparció por calles y plazas prorrumpiendo en atronadores ¡vivas! á la República, *sin que hubiera un solo* MUERA *para los súbditos de aquellas naciones en cuyo nombre se iniciaba el cobarde atentado que las deshonraba, y que se registra en el presente siglo, contra la autonomía de una nación, pobre, sí, pero no abyecta ni envilecida, como se la juzgaba en el extranjero.*

Las bandas de todos los cuerpos, y las músicas del "Fijo" y de la Guardia Nacional de infantería recorrieron la ciudad, tocando *generala* las primeras, y marciales himnos las segundas, y un cuarto de hora después se *pasaba lista* en los cuarteles.....

¡Nadie faltaba! Al contrario, inválidos que se creían útiles, niños que se sentían hombres, y ancianos que, ¡sublimes ilusos! se decían robustos y fuertes, llegaban presurosos para pedir un fusil é ir á defender la patria, allí donde fuera necesario; y multitud de mujeres con semblante airado, que no triste, y en traje de viaje, esperaban afuera el momento del desfile, para marchar ellas también.

¡Oh! ¡Era hermoso, era imponente el espectáculo que la ciudad presentada en aquella hora! ¡Aquellas mujeres acostumbradas á las comodidades de la vida tranquila, siempre alegres y siempre dispuestas á la hospitalidad, no titubeaban un momento en abandonarlo todo: hogar, tranquilidad, porvenir.....! ¡Eran mexicanas, eran veracruzanas, y no podían

ser menos que sus hijos ó hermanos, sus esposos ó sus padres! ¡Patriotas! ¡Eran, en fin, las mismas que en 1860, en medio del bombardeo de los sitiadores, visitaban el recinto para alentar con una sonrisa el entusiasmo de los sitiados!

IX

Casi al reembarcarse los comisionados españoles, apareció en muchas calles de la ciudad un aviso manuscrito, que decía, poco más ó menos, así:

"Los señores jefes y oficiales que no tengan caballos para marchar, pueden concurrir á la Plaza de Armas á las doce del día, y allí se les proveerá de ellos sin retribución alguna."

¿Quién ó quiénes fueron los autores de este patriótico anuncio? No se supo jamás; pero es lo cierto que á la hora citada se encontraban en el lugar indicado más de cuarenta caballos, algunos de alto precio, convenientemente enjaezados, propiedad de comerciantes y de particulares, que hacían este valioso donativo, generoso y espontáneo, á los oficiales de la guarnición.

Todos fueron aceptados.

X

La orden general extraordinaria de la plaza, la última que en ella había de darse hasta cinco años después, previno que á las seis de la tarde comenzaría la salida de las tropas, abriéndola el Batallón de Infantería Guardia Nacional de Veracruz, al que seguirían sucesivamente la artillería de la propia clase, la permanente, el Fijo, los Rifleros y los Matriculados, cerrándola el 2º Mixto y el Batallón de Túxpam. El resto del presidio militar con su jefe el Comandante de Batallón D. Juan Galindo Silva, marcharía escoltado por los Cazadores del primer Cuerpo, así como las mujeres de la tropa y algunas piezas de artillería de sitio y plaza que se reservaron hasta última hora.

Desde ese momento, los asistentes de los jefes y oficiales se dirigieron á San Juan de Instancia, conduciendo los caballos y equipo de aquellos: el menaje de los Cuerpos, en los trenes de la vía férrea, debiendo quedar terminada esta operación antes de las seis, para que la tropa pudiera ser transportada á su vez.

A las tres se dió el primer toque de marcha, el segundo á las cuatro y el último poco antes de partir. La ciudad presentaba un nuevo aspecto: hallábase casi desierta. La gente que había quedado libre de servicio militar, y los extranjeros, acudían á los cuarteles para presenciar el desfile de las tropas, las cuales, formadas al frente, se despedían de ellos, para siempre quizás.

En los de la Guardia Nacional, las puertas estaban ya cerradas; y entre aquellos valientes había muchos que dejaban correr las lágrimas, pero notándose en todos la resolución del ciudadano satisfecho de sí mismo, porque cumplía con su deber.

Esa augusta ceremonia militar que impone y conmueve cada vez que se verifica la salida de la bandera para tomar su puesto en el Batallón, fué ahora más augusta y solemne, si cabe. Al aparecer en la puerta del cuartel la del Batallón Guardia Nacional de Infantería para ser recibida por la escolta, flameando su paño al impulso de la suave brisa que soplaba, arrancó un estrepitoso saludo de todos los espectadores, seguido de un profundo silencio: no hubo uno que no se descubriera la cabeza; y al presentarle las armas la tropa, batiendo marcha los tambores y cornetas, y tocando la música el Himno nacional, cada guardia clavó en ella ardiente y tierna mirada, cual si quisiera preservarla de la mirada codiciosa del extranjero invasor.

Aquella bandera llena de gloria durante la campaña de 1847, y durante la Guerra de Reforma, se aprestaba ahora á conquistar nuevos laureles que agregar á su ya brillante historia.

XI

A las seis en punto un cañonazo dió la señal para que se arriara el pabellón de la República.

La voz de mando del Coronel Milán se hizo oir, ordenando formar "por mitades á retaguardia, columna á la derecha;" y ejecutado el movimiento con regularidad y precisión, el corneta de órdenes tocó "izquierda," y el cuerpo emprendió la marcha al bélico sonido de "Los Cangrejos," que ejecutaba su magnífica banda militar. Recorrió las calles de "La Playa" hasta la de "Nava," y de ésta toda la "Principal," "Parroquia," "Santo Domingo" y de la "Merced," para salir por la puerta de este nombre, en cuya puerta se agolpaba la multitud, compacta, en espera de sus deudos ó amigos, para darles el último adios.

Durante su tránsito por las calles que recorrió, las señoras salían á los balcones para despedirse á su vez, y centenares de pañuelos se agitaban en el aire hasta perder de vista á los patriotas expedicionarios; siendo más notables estas demostraciones de afecto al atravesar la calle Principal hasta la de la Merced, donde el comercio todo, los españoles los primeros, salían á las puertas de sus establecimientos para obsequiar con víveres, dinero, puros ó cigarros á soldados y oficiales, entre los cuales contaban numerosos amigos.

La salida á extramuros fué muy difícil: allí hubo abrazos, apretones de manos, sollozos comprimidos del padre ó de la madre, del esposo, de la hija ó del hermano; y cuando las compañías ocuparon los coches de los trenes, cuando el silbato de las locomotoras anunció la salida, y negros y espesos penachos de denso humo coronaron sus chimeneas, haciéndose oir el estridente fragor de las calderas, un ¡viva! inmenso, patriótico, rugiente, pudiera decirse hasta amenazador, partió de los trenes, no sin ser contestado por los que la necesidad ó el imposible obligaban á permanecer en la ciudad para

presenciar lo más duro, doloroso y terrible para todo buen mexicano: la entrega de la plaza á un enemigo asaz orgulloso, que hacía alarde de la fuerza que le daba ventaja y superioridad por el mar.

La Compañía de Cazadores hizo alto y acampó en la Alameda, y puestos los fusiles en pabellones con sus vigilantes respectivos, esperó el regreso de los trenes para otra vez decir adios y abandonar la ciudad querida, escoltando á la artillería y al presidio que debían trasladarse á marchas dobles hasta "Corral Falso," donde se había comenzado ya á levantar el campo retrincherado de la primera División del Ejército de Oriente.

XII

Durante toda la noche y el siguiente día, 15, los trenes no cesaron de conducir el resto de las tropas; quedando desocupada la plaza y la fortaleza ese mismo día.

El Ayuntamiento quedó en su puesto para hacer la entrega, como lo verificó el 18, retirándose casi todos sus miembros á Jalapa para presentarse al Gobierno del Estado, á fin de continuar utilizando sus servicios como lo tuviera por conveniente.

Así pues, el día 18, en las primeras horas de la mañana, tomó posesión de la plaza el Brigadier español Gazzett, cuyo segundo, de apellido Rubalcaba, era de origen mexicano, en nombre de las potencias aliadas, siendo su primera diligencia la de formar un ayuntamiento con gentes á propósito para que las auxiliara en sus liberticidas planes.

A su frente se puso D. Manuel María Serrano, de antigua y distinguida familia de Veracruz, perfecto caballero, pero cuyas ideas se asimilaban perfectamente con las de los que fueron á Europa á vender al mejor postor la independencia de México.

El Brigadier Gazzett, al notar la escasez de hombres, preguntó al presidente de la nueva Corporación Municipal:

—¿No hay sino viejos y muchachos en esta ciudad?

—Señor,—contestó aquel, rojo de vergüenza,—muchas mujeres, los hombres y los jóvenes se han marchado á la campaña.....

¡Triste principio de un nuevo orden de cosas en el que, entre los hombres que figuraban de alguna manera en la ciudad, se contaban *un presidiario cumplido, un traidor* y *un lenón!*

XIII

Tal fué el primer episodio de la guerra de Intervención, cuyos agentes en México, después de enarbolar al lado de la bandera del tercer Napoleón, la que en Zaragoza humilló al Gran Emperador, y la que en Waterloo hundió al primer Imperio, se pusieron en perfecto desacuerdo, abandonando dos de ellos la temeraria empresa, porque no podían alternar, sin deshonrarse, con el representante de aquella Francia que sin pudor ninguno pisoteaba la firma con que había signado los "Tratados de la Soledad," cuando aun quería engañar á sus colegas haciéndolos cómplices de los insensatos designios del hombre más funesto á los destinos de la caduca Europa.

CAMPAMENTOS.

Permanencia de la 1ª División en los Campamentos de "Dos Ríos," "Corral Falso" y "Puente Nacional."—Llegan refuerzos de México.—El General en Jefe del Ejército de Oriente los visita.—Falsa alarma para juzgar la aptitud de las tropas.—Entusiasmo de las tropas.—Fusilamiento de dos Cornetas de Artillería.—Disgusto que produce.—Conatos de rebelión.—Deserción.—Efecto que produce la noticia de la "Convención de la Soledad."—Retirada á Jalapa.—Licencias.—El Gobernador español Menduiña.

I

EN la primera quincena del mes de Enero de 1862, el Campamento de la 1ª División del Ejército de Oriente estaba ya perfectamente cerrado; y desde "Corral Falso," donde estaba la artillería, hasta "Pajaritos," donde acampaba la 4ª Brigada, era un vasto puesto militar cuya guarnición quedaba en espera de los acontecimientos. En el "Puente Nacional" existía otro pequeño campamento á las órdenes de los Tenientes Coroneles D. Rafael Estrada y D. Jacinto Robleda, compuesto de los artilleros de la Guardia Nacional de Veracruz, el cual servía de gran guardia para resistir el primer empuje del enemigo; pero la demás fuerza, como queda dicho, acampaba en la extensión comprendida entre los lugares designados. En Jalapa, el Hospital Militar, instalado con los elementos que se sacaron de Veracruz, fué puesto en buen estado de servicio debido al patriotismo de algún jalapeño; y los Doctores Ahumada, Huidobro, Casas, y como ayudante D. Estéban

Morales, dispuesto para el desempeño de su honrosa y humanitaria misión.

Los Cuerpos que habían salido de la plaza abandonada pernoctaron, con una jornada de intervalo, en "Paso de Ovejas," "Puente Nacional," "Cerro Gordo," "Plan del Río" y "Corral Falso," donde se estableció toda la Artillería y el Batallón de Túxpam, y la Compañía de Cazadores de Veracruz, para sostenerla. En el Encero el "Fijo," y el "2º Mixto;" en "Dos Ríos" el Batallón de Guardia Nacional de Veracruz; entre éste y aquel punto, los tres Cuerpos de Morelia; en "Pajaritos," "Rifleros del Estado;" y el "1er Activo de México" y el "Escuadrón de Cuernavaca," á la derecha de los Rifleros, extendiéndose hacia las "Animas" El Cuartel General, en un pequeño y pintoresco caserío de la propiedad de los Señores Gods, poco más arriba de "Dos Ríos," y la Mayoría de Ordenes en otra casa situada en la parte alta del camino vecinal que conduce al Encero. A los lados del camino, en toda esta vasta extensión, alineadas perfectamente y formando calles, infinidad de barracas donde se abrigaban las mujeres, y donde multitud de comerciantes ambulantes llegados de los alrededores, establecieron sus ventas de cuanto se podía necesitar, excepto licores embriagantes, cuyo artículo estaba expresamente prohibido vender. La *vela del Santísimo*, de Jalapa, se hizo conducir al Campamento, y con ella se improvisaron tiendas de campaña para los cuerpos que estaban á campo raso.

A las tropas que salieron de Veracruz se reunieron luego las que el Supremo Gobierno envió para completar la 1ª División; no incorporándose á ella la Guardia Nacional de Jalapa, porque hasta esa fecha aún no había podido organizarse á pesar de las órdenes del Gobierno del Estado, lo mismo que un escuadrón que solicitaron formar los jóvenes *decentes* (histórico) bajo el raro título de "Mineros á caballo," que nunca contó con más fuerza que la que representaban los pocos individuos que hicieron la solicitud para ello.

La verdad es que la sociedad jalapeña, sobre pocas y honrosas excepciones, no se puso á la altura de su deber: bajo la influencia todavía de las ideas de partido, que durante la reacción imperaron poderosamente en favor de ésta, se mostró poco patriótica y aun inhospitalaria al principio, dando una prueba de ello con la mala acogida que hizo á las Batallones que llegaban de Veracruz, y con los actos de hostilidad que cometieron algunos individuos contra la tropa y la oficialidad, causando esto algunas desgracias personales.[1]

II

El Campamento de "Dos Ríos," era meramente provisional, de residencia ó reserva; el lugar de combate, llegado el caso, era en "Corral Falso," dispuesto para hacer frente al enemigo y derrotarlo antes de llegar á él.

Mandaba la División el General Llave, teniendo por segun-

1 El Batallón Guardia Nacional de Veracruz, cuya oficialidad era en su mayor parte compuesta de jóvenes de las mejores familias de la ciudad, llegó á Jalapa el día 23 de Diciembre, á las seis de la tarde, en medio de una lluvia bastante copiosa y molesta; y á pesar de haberse dado las órdenes convenientes, tuvo que esperar más de media hora frente al cuartel de «San José,» mientras que se medio aseaba y disponía para que pudiera alojarse. No había una luz para alumbrar las cuadras.

Cuando el Batallón referido llegó á la «garita de Veracruz,» con excepción de algunas pocas familias liberales, los demás que fueron á recibirlo, á pesar del mal tiempo, eran los que habían llegado del puerto pocos días antes. Las casas estaban cerradas, como si se tratara de la aproximación de una cuadrilla de bandoleros.

Los soldados francos que al siguiente día salieron á recorrer la ciudad, enteramente desconocida para todos ellos, fueron agredidos de tal manera, que habiendo llegado á noticias de la Comandancia Militar, dispuso por la órden de la plaza que ningún soldado saliera sino portando la bayoneta, pues estaban en campaña.

El Teniente D. Bartolo López fué sorprendido pocas noches después, por cuatro individuos al atravesar un callejón para dirigirse al cuartel, infiriéndole una puñalada que puso en peligro su vida, escapando debido á la habilidad y eficacia del Dr. D. Miguel Huidobro.

do al del mismo empleo, D. Felipe Berriozábal: Jefe de Estado Mayor el Coronel D. Pedro Rodríguez; Mayor General Coronel D. Prisciliano Flores, y asesor, al Teniente Coronel D. Rafael González Paez. La 1ª Brigada, Batallones "Fijo" y "Túxpam," el General Coronel D. Francisco Osorio; la 2ª, Batallones de "Veracruz" y "2º Mixto," el General D. José María de Mora; la 3ª, Batallones de Morelia, el General D. Francisco Zérega, y la 4ª Batallones de "México y "Rifleros" y Escuadrón de Cuernavaca, el General D. Ignacio Echagaray; teniendo por segundos, respectivamente, á los coroneles D. Manuel Sánchez, D. Francisco P. Milán, D. José Rojo y D. Juan Noriega. Era prevoste de este Campamento el 2º Ayudante D. Vicente Güido, á quien todos estimaban merecidamente por su carácter afable y comunicativo.

El Campamento de Artillería en "Corral Falso" la mandaba el Coronel del arma D. Alejandro García, teniendo como segundo al del propio empleo D. Manuel Macario Gutiérrez; Mayor de Ordenes, el Teniente Coronel D. Roque Hernández, conocido con el sobrenombre de *Don Roaceque*, y Jefe de la Artillería, el Teniente Coronel D. Rafael Gutiérrez Zamora. La Sección de Ingenieros estaba á las órdenes del Coronel D. José Durán, teniendo como segundo al Capitán 1º D. Antonio Arellano.

El servicio del campamento, detallado desde el primer día de su instalación, quedó del todo reglamentado luego que las fuerzas que se incorporaron á la División totalizaron su efectivo.

A las tres de la mañana reunidas las bandas de todos los cuerpos en la plaza de Armas, daban el toque de "levantarse," y desde esa hora hasta las cinco, permanecían sobre las armas, las tropas en el interior de sus alojamientos: en seguida se tomaba el primer "rancho" y luego que el Cuartel General daba la señal de marcha, al Batallón que le correspondía hacer jornada de movilización la emprendía al lugar ó punto que por la orden del día anterior se le había designado.

Entretanto los demás Cuerpos salían al campo para hacer "ejercicio," haciéndose en el campamento la más completa policía de aseo: á las diez regresaban á sus puestos y tiendas, donde permanecían dando "badanazo" á sus fusiles hasta las once que se les permitía salir á paseo ó al baño, en el río inmediato. A las doce, se tomaba el segundo "rancho," á la una se daba el primer toque para volver al "ejercicio," á las dos el segundo, y á las tres salían de nuevo á las llanuras cercanas los batallones para maniobrar, bien por cuerpos aislados ó bien por brigadas, hasta las seis que se retiraban marchando á sus alojamientos para tomar el último rancho: se relevaba el servicio de guardias, se tocaba "retreta" á las siete, y "silencio" á las ocho, se apagaban los fuegos, y todo el mundo se recogía hasta el día siguiente que se repetía lo mismo.

Las grandes guardias, una compañía del cuerpo que estaba de "fatiga," salían del campamento á las seis de la tarde para establecerse una legua á vanguardia ó á retaguardia, y á la misma hora se situaban los centinelas avanzados, y comenzaba el servicio del *Jefe de día*, regresesando las primeras después de las cinco de la mañana, previo el reconocimiento de Ordenanza.

La mayor armonía reinaba entre todos los soldados: allí no había rencillas ni se conocían diferencias de cuerpo á cuerpo, lo mismo entre la tropa que entre los oficiales, y sobre todo entre los jefes: si más tarde hubo alguna deserción, poca relativamente, sobre todo en la artillería, debióse al mal trato que recibía la tropa del Mayor de Ordenes, mal hombre, mal soldado, mal ciudadano y hasta mal esposo. Rencoroso é implacable, no perdonaba jamás, y su gloria era siempre hacer el mayor daño posible.

El entusiasmo era creciente cada día: la alegría y el contento corrían parejas con el deseo de perfeccionarse en el manejo de las armas; y si una vez llegó á faltar la primera, fué

porque hubo *ejecuciones* de desertores aprehendidos;[1] y el acto de privar á un hombre de la vida es siempre tan solemne como imponente, tan lúgubre como conmovedor.

En tanto que la infantería se consagraba á la instrucción, en el campamento de "Dos Ríos," en el de "Corral Falso" se trabajaba día y noche en la fortificación, no sólo del campo, sino de sus alrededores que servían de avanzadas. Los indígenas de "Ojuelos," "El Chico," "Las Animas," "Las Trancas," "Paso del Toro," "El Encero," etc., etc., concurrían á prestar sus servicios, auxiliando poderosamente al presidio; y era de verse, al despuntar el día, ó al caer el sol, largas caravanas de estos humildes trabajadores llegar de sus pueblos ó regresar á ellos, riendo y charlando, después de ocho ó nueve horas de un trabajo ímprobo, cansado y penoso. Los Jefes de ingenieros los alentaban con su presencia; los artilleros francos, que también tomaban participio en las faenas, se mostraban afables con ellos; y hasta los mismos forzados, que ninguna esperanza podían abrigar de que esos servicios minoraran el tiempo de su condena, los trataban con deferencia y cariño.

III

No es de extrañarse, pues, que hacia fines de la quincena aquel terreno, que antes no tenía más aspecto que el muy triste que le daban las montañas que lo circundan á lo lejos, presentara ahora otro completamente diverso.

A cien metros fuera del lugar avanzando hacia el camino carretero, y cortándolo por el centro, un vasto semicírculo determinaba la fortificación, compuesta de reductos ligados por medio de espaldones, donde estaban montadas más de cuarenta piezas de artillería de grueso calibre: los montículos que á derecha é izquierda podían flanquearla, fueron conver-

1 Dos soldados del batallón de "Rifleros," pertenecientes á la compañía que mandaba el Capitán Avellaneda.

tidos en otros tantos fortines, bien artillados, que resguardaban el campamento; y á retaguardia de la línea principal, sobre lo ancho del camino, una batería de morteros de á 14 cerraba la entrada, con los parapetos necesarios para que pudieran defenderlos doscientos infantes. Estos parapetos se extendían hasta los fortines para que pudiera entrar en fuego la infantería necesaria, y en el centro de la plaza de armas la artillería de batalla y las reservas estaban prontas y á la mano para ocupar sus puntos, llegado el momento decisivo. Entre el tercero y cuarto morteros, algo avanzado, un elevado mástil servía de asta al pabellón nacional que durante las horas del día hasta la puesta del sol, flameaba orgulloso dando sombra á sus defensores, y desafiando arrogante á los aventureros que habían profanado el territorio mexicano para reconquistarlo ó para cambiar la forma de su gobierno.

Luego que el General Uraga recibió el parte oficial de haber quedado perfeccionado el campamento de "Dos Ríos," se puso en marcha desde la Soledad, lugar de su residencia entonces, para pasar revista á las tropas que lo guarnecían. Un cañonazo disparado en el Puente Nacional y repetido en Corral Falso, debía anunciar la salida del segundo de estos puntos. En los primeros días de Febrero, y á muy temprana hora, se hizo oir la señal indicada, y todos los batallones, artillería de batalla y cuerpos de caballería, formaron á lo largo del camino en orden de batalla. Serían las doce del día cuando llegó, pasando en seguida la revista con la mayor atención y minuciosidad; y quedó tan satisfecho y contento que así lo manifestó en voz alta al General Llave, disponiendo que se hiciera constar así por la orden del día; y como era tan cuidadoso como vigilante de que al soldado nada le faltara y estuviera bien atendido, á la hora que la tropa iba á tomar rancho, se acercó á la compañía de cazadores de Veracruz, pidió su plato al primer guardia que estaba más inmediato, y acercándolo al *ranchero* le dijo en tono serio á la vez que afable:

—Yo también soy soldado; sírveme mi ración.

El ranchero, hombre serio y soldado también, alzó la vista, se cuadró correctamente, y tomando el *bombillo* le sirvió, cual si se tratara de algúno de sus compañeros.

Uraga tomó el rancho, y cuando hubo concluído:

—Está muy bueno, cabo,—le dijo, devolviendo el plato á su dueño,—y bien se puede venir á comerlo todos los días.

Luego se retiró con aquella imponente gravedad que lo caracterizaba, seguido de sus Ayudantes y de los Jefes del campamento, dirigiéndose hacia el Cuartel General.

Coincidió la llegada del General Uraga con la que en las primeras horas de ese mismo día verificó la famosa "Barragana," la cual, ataviada con vistoso traje de "charro," se presentó ginete sobre brioso corcel que manejaba á la perfección. Acompañábanla cuatro dragones que formaban su escolta particular, y pidió se le concediera prestar sus servicios, así como á sus compañeros, en la 1ª División.

IV

Todo fué inútil, sin embargo, y tantos trabajos y tantos sufrimiento quedaron sin recompensa.

Los "Tratados de la Soledad" y la felonía de un Ministro tan insolente como cobarde, tan miserable como rastrero, dieron por resultado que todo aquello se desvaneciera como el humo, y que las esperanzas concebidas de dar al enemigo una lección terrible que lo escarmentara, hubieron de morir al soplo de la diplomacia y de una generosidad mal entendida.

En efecto, seis días después de celebrados los famosos "Convenios," una orden general del Ministro de la Guerra dispuso que los guardias nacionales de Veracruz, tanto artilleros como infantes, *regresaran á sus casas con licencia de dos meses, dejando sus armas*, para economizar esos haberes por motivo de la pobreza en que se encontraba el Erario federal. [1]

1 El Erario nacional sólo pagó haberes á la Guardia Nacional de infantería, del 1º al 18 de Marzo de 1862. Desde el 14 de Diciembre de 1861 hasta 28

Aquellos hombres recibieron la orden con el duelo en el corazón, porque presentían que se les imposibilitaba para continuar la campaña, toda vez que los privaban de recursos para regresar. Descepcionados en su mayor parte, los que quedaron al servicio según lo dispuesto por la orden, vieron alejarse á sus compañeros llenos de pesar; y de los que se marcharon pocos volvieron á agruparse á su bandera, mientras que otros marcharon á incorporarse á las fuerzas que operaban en la costa de Sotavento. Muchos tomaron la tal orden como una venganza del Ministro Doblado, quien no podía perdonar á los veracruzanos el recibimiento que le hicieron cuando arribó á Veracruz después de hacerse derrotar por las fuerzas reaccionarias, tres años antes, destruyendo una de las mejores divisiones que servían de apoyo al Gobierno Constitucional. ¡Oh! ¡Si entonces hubieran vivido aún Zamora y Lerdo, Ocampo, Valle y Degollado, quizás no habríamos tenido la vergüenza de ver ocupar impunemente nuestras terribles posiciones por un enemigo que no supo comprender lo que es el verdadero honor del soldado! Los "Tratados de la Soledad" abrieron la puerta á la felonía y á la traición, y privaron á la defensa del país de cerca de mil quinientos patriotas valientes: aguerridos y entusiastas, cuya presencia en Puebla habría quizás cambiado la faz de los acontecimientos, al terminar la gloriosa jornada del día 5 de Mayo de 1862!

V

Un episodio triste vino á llenar de pena y duelo á las tropas de la 1ª División, durante su corta permanencia en el campamento de "Dos Ríos."

Al salir de Veracruz el día 14 de Diciembre de 1861, dos jóvenes menores de veinte años, carpintero el uno y sastre el

de Febrero esos haberes fueron cubiertos por la *Caja particular del cuerpo*, habiendo cubierto además, como regalo de año nuevo, el de los demás cuerpos de infantería los del día 1º de Enero de ese año.

otro, siguieron al batallón Guardia Nacional de artillería; y en San Juan de Instancia pidieron darse de *alta* para contribuir á la defensa de la patria: la circunstancia de estar íntimamente ligados por lazos de amistad, y tocar los dos el corneta pistón, hizo que se les agregara como clarines á la banda de dicho cuerpo.

La ninguna costumbre de hacer largas jornadas á pie, dormir á la intemperie, asolearse, recibir chubascos, etc., etc., contribuyeron á quebrantar su salud á los pocos días; y una vez en el campamento, fueron remitidos en los últimos días de Enero al Hospital Militar de Jalapa, donde permanecieron dos semanas curándose. Como el hospital tenía poca capacidad, y en el campamento las enfermedades comenzaban á causar algunas *bajas*, se hacía indispensable que, apenas en convalecencia los enfermos de poca consideración se les diera de alta para que otros ocuparan su puesto. Nuestros jóvenes voluntarios salieron del hospital no del todo repuestos; y no conocedores de las leyes militares, creyeron que podían pasear en Jalapa uno ó dos días antes de regresar al campamento.

Así lo hicieron, pero tuvieron la desgracia de que al ir á almorzar á un figoncillo situado frente á la antigua iglesia de San Francisco, se encontraron allí con un oficial de su batería en completo estado de embriaguez, quien habiéndolos interrogado por qué no se habían reincorporado á sus filas, y oído la respuesta que aquellos le dieran, los hizo aprehender por la fuerza de policía, encerrándolos en la cárcel pública, de donde fueron llevados al día signiente con algunos vagabundos y malhechores, al campamento. Ya el oficial había dado parte de la aprehensión al Mayor General, como *desertores en campaña;* y como el tal Jefe era un malvado, como ya he dicho antes, sin más averiguación los hizo juzgar con arreglo á las leyes militares, tan terribles y tirantes en estos casos, ratificando el parte dado de *deserción consumada.*

En vano los infelices jóvenes protestaron de su inocencia,

y más aún contra el feo cargo que se les hacía; en vano el mismo oficial aprehensor, ya libre de los vapores del alcohol, quiso intervenir en favor de los desgraciados: inútil fué que la tropa se mostrara airada y ofendida por aquel acto que se intentaba, y que á todas luces era criminal; inútil, por último, que en los jurados, tanto el Jefe del cuerpo y sus oficiales, como los de Túxpam, rogaran en lo confidencial. El Mayor General no cedía de su feroz empeño: la ley lo autorizaba, y el miserable quería derramar sangre en nombre de la ley.

Fueron sentenciados á la última pena. Se recurrió al indulto, pero el General en Jefe, único que podía concederlo, se encontraba á más de cincuenta leguas de distancia, y en lo económico del servicio la sentencia había sido confirmada por el Coronel García, Jefe de aquel campamento. La noticia llegó al de "Dos Ríos," y fué preciso que los jefes de *todos* los Cuerpos interpusieran su valimiento y emplearan toda su energía para sofocar los conatos de insurrección que se comenzaban á notar entre la tropa, para ir á salvar á aquellos patriotas, víctimas del profundo odio que Hernández profesaba á los guardias nacionales.

La sentencia se llevó á cabo, habiéndose negado redondamente á formar el *cuadro* los batallones de artillería y de Túxpam, así como las *imaginarias* del campamento de "Dos Ríos," á los cuales se creyó prudente no obligar á concurrir; y para fusilar á dos míseros cornetas, *se volvieron los cañones, abocándolos al pequeño cuadro que se formó* con la artillería permanente y la de Morelia.

Entonces comenzó la deserción.

La tropa había visto ya fusilar á dos desertores de "Rifleros," verdaderos desertores, acreedores, desgraciadamente, á la dura pero necesaria ley militar: había asistido á la ejecución, y los había compadecido, pero no acusado á nadie, sino á ellos mismos, del triste fin que tuvieron; mas cuando comprendieron también que en nombre de esa ley podía asesinarse, bastando para ello el odio ó la malquerencia de algún

superior vicioso ó feroz, preferían abandonar las filas á que se habían incorporado para buscar una muerte gloriosa ante el enemigo, no para caer asesinados en afrentoso patíbulo.

.....

El oficial denunciante, el beodo criminal, murió de una manera violenta y cruel, atacado por una enfermedad asquerosa, un mes después de los sucesos, sin que ninguno de sus compañeros lo acompañara en el lecho del dolor, después de haberle negado la palabra á causa de su infame conducta.

En cuanto al Mayor General Hernández, se pasó á las filas imperialistas al concluir el sitio de Puebla en 1863, al cual asistió relegado á un puesto insignificante, porque era mal visto y mal querido entre los heroicos defensores que tan alto pusieron el nombre de la ciudad en 1862, humillando las águilas de Inkerman, de Sadowa y de Magenta. Ultimamente era sacristán de la iglesia de "La Compañía" en el mismo Puebla; viejo, demacrado y siempre repulsivo, pero más hipócrita aún, se puso en el lugar donde sus instintos le llamaban de tiempo atrás, sirviendo á los enemigos jurados del principio democrático.

Se encuentra en su elemento.

VI

No terminaré este "Recuerdo" sin referir dos hechos de distinta naturaleza el uno del otro, pero que corresponden á este lugar. El primero para dar una idea del estado que guardaba la 1ª División respecto á disciplina, subordinación y entusiasmo, y el segundo, para demostrar la opinión que algunos jefes del ejército tripartita tenían del resultado que darían los "Convenios de la Soledad."

***

Ya perfeccionados los trabajos de los campamentos, el General Llave concibió y llevó á cabo la idea de experimentar prácticamente el estado que guardaban las tropas para entrar

en campaña. Al efecto, y de acuerdo con su Jefe de Estado Mayor, un día, en los momentos en que todos los cuerpos se disponían á tomar el rancho de doce, el Teniente Coronel Villavicencio, y los Ayudantes, Capitanes Peña y Hernández, penetraron en el campamento, camino arriba, á toda la carrera de sus caballos, gritando:

—¡El enemigo avanza por Paso de Ovejas! ¡A las armas! ¡A las armas!

Al instante, y como una respuesta, los soldados arrojaron el contenido de sus platos, y corrieron á sus alojamientos poniéndose sobre las armas. El Cuartel General hizo oir el toque de marcha, que repitieron los cuerpos particularmente, y diez minutos después estaba la 1ª División formada en batalla en el magnífico llano de "Los Miradores," ocupando su puesto la artillería rodada y la caballería, los pagadores de los cuerpos, rancheros, etc., etc. El General Llave, arrogante en su magnífico caballo, se presentó entonces con todo su Estado Mayor, su escolta particular y sus guías á caballo, saludándolo la tropa con un estruendoso "¡viva México!" "¡viva la República!" que era una amenaza para el enemigo.

Dió la voz de mando para formar en columna, y ya en marcha, hizo que toda la división desplegara en batalla á su frente para pasarle revista: terminada ésta, y después de hacer varias evoluciones por brigadas, las tropas todas, que ya habían penetrado la idea del General en Jefe, regresaron á sus campamentos, contentos porque el referido Jefe había quedado satisfecho de ellas, pero contrariados por no haber sido una realidad la estratagema empleada para probar su buena disposición y disciplina.

***

A causa de los "Convenios de la Soledad," no sólo parte de la tropa, sino también algunos jefes y oficiales de la Guardia Nacional que tenían familia en Veracruz, obtuvieron licencia para ir allí á visitarla, entre otros, el Mayor Ramos

Jiménez, y los Capitanes Somohano, Ruiz, Migoni y Frías, y Suárez, único que sobrevive á los compañeros, y el que esto escribe, obtuvieron licencia por un mes; y como según informes, las puertas de la ciudad permanecían abiertas durante la noche, arreglamos la salida del campamento de manera que el viaje se hiciera en un solo día, puesto que se podía aprovechar el plenilunio para caminar durante la noche.

Así se hizo, en efecto; pero al llegar á Tejería, el Comandante del destacamento de zuavos que allí se encontraba nos manifestó que precisamente desde el día anterior se había dado orden para que las puertas de la ciudad se cerraran á las seis de la tarde: esto, que nos contrarió algo, no fué sin embargo motivo para que suspendiéramos el viaje, á pesar de los ruegos del oficial francés que demostraba empeño en que nos quedáramos con él, quizás por la circunstancia de que, hablando su propio idioma la mayor parte de nosotros, encontraba placer en que le hiciéramos compañía. Nos despedimos de él después de tomar una copa de excelente cognac con que nos obsequió, y á las once estábamos hospedados en la casa de un amigo nuestro, extramuros de la ciudad. A las ocho de la mañana hicimos nuestra entrada, causándonos verdadero dolor ver las puertas guardadas por soldados ingleses, graves y severos, como lo son todos ellos; y en los alrededores y en las calles, rostros desconocidos, extranjeros en su mayor parte.

El Oficial de la guardia nos hizo saber que tenía la orden de enviarnos á la presencia del Gobernador, acompañados de dos gendarmes; por mi parte, y no teniendo á quien ver en Veracruz, quise retroceder, ante tamaña vejación; pero los compañeros me rogaron que los acompañara, y accedí por mera curiosidad de conocer al titulado Gobernador.

Dos gendarmes de los de nueva creación, *intervencionistas*, se pusieron al lado de nuestras cabalgaduras: el dolor se trocó en indignación al notar que uno de ellos era de los desertores que habíamos tenido en el campamento: no pudo con-

tenerse uno de nosotros, y azotó cruelmente el rostro de aquel bellaco con el fuete que llevaba en la mano. El oficial se informó de qué procedía aquella agresión, y dadas las razones, lanzó un puntapié al gendarme, quien se retiró todo corrido, dirigiéndonos miradas de odio y de rencor.

Emprendimos solos la marcha, y al llegar á la esquina de la Parroquia, el centinela que estaba en Palacio avisó nuestra llegada, y desde luego la guardia se formó, desprendiéndose de ella cuatro ó cinco soldados para tomarnos los caballos. El Oficial de la guardia nos hizo conducir hasta el antiguo salón de sesiones del Ayuntamiento, donde el nuevo Gobernador había establecido sus oficinas civiles y militares.

Un joven Capitán de artillería nos recibió con cierta indiferencia, manifestándonos que *Su Señoría* aún no se había levantado; pero casi al instante oímos una voz que desde la pieza contigua preguntó *quiénes eran.*

—Son unos oficiales mexicanos, contestó el joven Capitán.

—Capitán Burgos,—respondieron desde adentro,—tenga vd. entendido que para los señores oficiales mexicanos siempre—y recalcó esta palabra,—siempre estoy visible; perdonadme, señores, un minuto—continuó la voz—soy con vdes. dentro de breves instantes.

Así fué, en efecto.

Cinco minutos después, se presentó á la entrada del salón el señor Gobernador español, Coronel de caballería D. Ramón de Menduiña, quien se acercó á nosotros con aire de benévola confianza y satisfacción. Nosotros nos pusimos de pie y nos descubrimos por respeto y por deber.

—Señores,—prosiguió el Gobernador—habréis extrañado que se os heya molestado haciéndoos venir hasta aquí; pero ese extrañamiento desaparecerá cuando sepáis que he creído necesario tomar tal determinación, puesto que no teniendo el gusto de conocer á los oficiales del país, bien pudiera suceder que amparados del uniforme se introdujeran á la población individuos sospechosos y aun malvados.

Le dimos las gracias por su deferencia en darnos esa satisfacción, y nos pusimos á sus órdenes, pidiéndole permiso para retirarnos, después de indicarle nuestros domicilios.

Sea por lo que fuere, y luego de manifestarnos el deseo que tenía de que permaneciéramos á su lado siquiera un momento, á lo cual accedimos, la verdad es que, si bien dirigió la palabra en lo general, nos marcaba con sobrada deferencia á Suárez y á mí: departimos durante un corto espacio de tiempo, y entonces yo, en nombre de los demás, le pedí permiso de nuevo para retirarnos, pretextando que lo distraíamos de sus atenciones.

—De ninguna manera—contestó sonriendo—pero concibo que á unos oficiales mexicanos, y oficiales tan jóvenes como vdes., no les ha de ser grata la compañía de un *gachupín*, —y acentuó la pronunciación de la palabra,—á quien tienen por enemigo.

Nosotros protestamos contra ese pensamiento.

—¡Bien! ¡Bien, amigos míos! Podéis retiraros, pero antes os ruego que me acompañéis al balcón, pues en estos momentos va llegando el regimiento de "Isabel II" y quiero que presenciemos su desfile para oir vuestra opinión.

Lo hicimos como lo deseaba, absteniéndonos de dar opinión alguna.

Luego que el regimiento formó en la Plaza de armas, el Coronel Menduiña nos acompañó hasta el primer peldaño de la escalera; y allí, con voz risueña y tono festivo, nos dijo, poniendo una de sus manos en el hombro de Suárez y la otra en el mío:

—¡Ah! Ya me parece que os oigo decir: "¡Maldito gachupín, mejor te quisiéramos ver frente á frente en campo raso que no aquí, haciéndonos cumplimientos!" No; no será así, prosiguió con tono sincero, y despidiéndose de cada uno de nosotros:—no, no derramaréis sangre de *gachupines*, estad tranquilos. Sangre habrá; sangre se derramará, pero no de los que son para vosotros verdaderos hermanos bajo todos as-

pectos. Id, mis buenos amigos; tiempo tendréis para batiros, pero no contra nosotros, que quisiéramos poder ponernos de vuestro lado. Adiós otra vez, y recordad que en tanto que permanezcáis en la ciudad, tendré verdadero placer en veros. Adiós.

—¡Ah!—agregó á media voz cuando comenzábamos á bajar la escalera:—os recomiendo la mayor prudencia: hay aquí antiguos oficiales mexicanos que sirvieron en las filas contrarias en la última guerra civil y ahora se han aliado á nosotros, y juzgo que su vista os ha de causar indignación. [1]

Cuando nos encontramos en la calle, convenimos todos en que el Señor Coronel Menduiña era, como soldado, un arrogante y simpático militar, y como particular, el tipo del perfecto caballero.

Por mi parte confieso que siempre le guardé cariño y respeto á aquel anciano, por la deferencia que tuvo para conmigo en dos ó tres veces que lo traté, y por las proféticas palabras que pronunció al despedirse de nosotros en el Palacio Municipal de Veracruz.

1 A pesar de esta recomendación, el Capitán Roiz abofeteó al siguiente día á un ex-oficial de apellido Ferro, y el que esto escribe dió una paliza á otro que vería en un cuerpo de traidores que estaba levantando un tal López que se decía ser Coronel.

ALVARADO.

Formación y permanencia de un cuerpo de tropas.—Llegada de algunos oficiales de la 1ª y 2ª División.—Trátase de establecer un campo de observación en Medellín.—Acepta la idea el Coronel en Jefe Larragoiti.—Se ponen los medios para llevarla á cabo.—Uno de los encargados hace traición.—Acontecimientos posteriores.—Traición del capitán Aldana.—Sublevaciones.—Arribo y fallecimiento del comandante Militar de Tlalixcóyam.—Situación difícil de las tropas en Alvarado.—Deserciones en masa.—Relevo del Teniente Coronel Larragoiti por el Coronel Mariano Lazcano.—Noticias alarmantes.—Defección de la Guardia Nacional de Alvarado.—Abandono de esta plaza por las tropas del Gobierno.—La ocupan los intervencionistas.

I

EL día 5 de Octubre de 1862, en las primeras horas de la mañana, cuando el sol deja apenas adivinar sus rayos en Oriente, en una habitación de la casa á espaldas de la conocida con el nombre de "la Máquina," en Alvarado, un oficial, un Capitán, lo diremos de una vez, sostenía animada conversación con una mujer, al parecer sirvienta, que de pie delante de una mesa donde aplanchaba ropa, sin dejar su quehacer, escuchaba atenta lo que aquel la decía.

—Bueno, Marciala:—concluyó el Capitán como última expresión de su discurso—ya sabes que no tengo más que dos camisas blancas útiles para el servicio; la que traigo encima y la que tú tienes lavando: así, pues, te encargo mucho que me la alistes temprano lo mismo que el pantalón, pues aun-

que al *embalse* y al *encierro* iré de medio uniforme, lo que es al baile quiero asistir de *paisano.*

La nombrada Marciala se contentó con hacer un movimiento de hombros por toda contestación, como quien dice "allá veremos," y el Capitán dió media vuelta para entrarse á la sala.

—Mi Capitán,—le dijo un hombrachón medio soldado, medio paisano, que desempeñaba las funciones de *asistente*—ahí está el Comandante Güido que trae un pliego para vd.

—Pues que éntre luego, seo necio: no ha debido esperar un momento.

El titulado Comandante entró y entregando al Capitán un pliego cerrado:

—Del Coronel:—dijo—lee su contenido y ponte inmediatamente en marcha.

El Comandante Güido desempeñaba las funciones de Jefe del Estado Mayor.

—¿En marcha?—interrogó el primero, haciendo un movimiento mitad de sorpresa, mitad de desagrado, como si presintiera que aquel pliego lo alejaba absolutamente del baile de que había hablado á Marciala.—¿Pues qué ha pasado de anoche acá? Paréceme que el *nuevo jefe* viene á que desquitemos en marchas y aperreos el tiempo que hemos tenido de verdadera holganza.

—Tal creo, chico:—respondió el segundo con la mayor calma—sólo te diré que hace dos horas llegaron de incógnito dos personajes del rumbo de Acayúcam, que se encerraron con *el tío;* que luego hizo que me despertaran, y ¡zas! á escribir como si fuera medio día; y, por último, al entregarme ese pliego para tí, me dijo que te avisara que ya estaba una falúa en el embarcadero esperándote, y que no demoraras más tiempo que el necesario para embarcar tu equipo y montura. Así, pues, abre el pliego para que salgas de dudas. —¡Ah!—continuó tras una breve pausa—se me figura que los que han venido á *meter la mosca,* vienen de escape.

El capitán abrió el pliego de una manera violenta, arrugó el entrecejo después de haberlo leído, y clavó la mirada en otro pliego que le acompañaban, perfectamente cerrado y lacrado, como si quisiera adivinar su contenido á través de la cubierta. Ahogó un suspiro de melancolía, y exclamó con voz segura:

—¡Toma! ¡Pues me gusta! ¡Se me figura que voy á tener una vida divertida! ¡En fin..... es igual! Me disponía á bailar esta noche, y ahora salimos con que estoy de viaje, sin saber cuál sea el punto final de mi destino.

—De momento, á Tlacotálpam.....

—¿Y de ahí? Esto es lo que no sabré hasta que me presente al Comandante Militar de ese punto. ¡Vaya en gracia y venga más!—agregó después de doblar el primer pliego y guardarse ambos en el bolsillo de la chaqueta.—¡Eh, Prudencio! ¡Mi maletín y la montura! Avisa al tío Ramón que lo abandono no sé por cuanto tiempo, y lleva todo al embarcadero.

—¿Y los caballos, mi Capitán?

—Allá nos los darán.

El *tío* Ramón era un viejo español, antiguo vecino de Alvarado, y casado con una hija de la población, tan rudo de palabras como fino y benévolo en sus hechos: tenía alojados en su casa á varios oficiales de la Sección de Sotavento, á quienes estimaba con todas veras, llevando su cariño hacia ellos hasta el grado de no cobrarles sino lo estrictamente necesario por todo gasto diario: atendidas las circunstancias por que atravesaban, la cuota de cada uno era la de cincuenta centavos por todo gasto.

Prudencio desapareció inmediatamente. El capitán registró con toda escrupulosidad los bolsillos de sus pantalones, chaleco y chaqueta, y dirigiéndose al Comandante con un movimiento de dedos muy significativo:

—¿Y no te dijo nada de recursos, de dineros?—preguntó seriamente.—Lo que es yo sólo tengo en estos momentos diez reales.....

—¡No!—contestó lacónicamente el interrogado sin dejar que concluyera la pregunta su interlocutor.

Y ambos se dirigieron al río después de haber dado sus instrucciones á Marciala el contrariado Capitán.

En efecto, á estribor del pailebot "Huracán," y atracado al muelle, se balanceaba suavemente una esbelta falúa ya entoldada, y dispuestos los bogas á salir del río. Nuestro Capitán saltó ligeramente adentro, yendo á empuñar la caña del timón, y tras él Prudencio que tomó un remo que estaba en la *dama*, esperando quien se hiciera cargo de él.

—¡Buenos días, muchachos!—dijo con tono festivo á los bogas.—Para nosotros no hay fiesta. ¡Ea, Cuello, desatraca, y en marcha para la perla del Papaloápam, que tan inesperadamente voy á conocer!

Se ejecutó la maniobra: la falúa se deslizó á lo largo del bauprés del "Huracán," ganó terreno, y corrido á babor, pronto comenzó á surcar las tranquilas aguas de ese magnífico río que, bifurcándose en dos majestuosos canales, va á regar las márgenes de las poblaciones y rancherías que en todo su curso se extienden y toman asiento.

—¡Joaquín!—vociferó el Capitán ya á bastante distancia para poder ser oído.—¡Si hay *reparto*, guárdame lo que me toca!

El Comandante oyó ó no oyó la recomendación, pero hubo de adivinarla seguramente, puesto que al internarse en las calle murmuró entre dientes:

—Se me figura que respecto de alcances, no hay mus.....

II

Retrocedamos ántes de proseguir nuestra relación.

Los ecos de las dianas con que fueron saludados los vencedores en la memorable jornada del 5 de Mayo de 1862 repercutieron más allá de las fronteras de la República, y si en todos los ámbitos de ésta llenaron de regocijo y de contento á sus

habitantes, dentro del palacio de las Tullerías, en Paris, causó una profunda sorpresa de dolor y de indignación tal, que de momento se trató de guardar el más sigiloso secreto.

Y era natural que así sucediera.

En México la dignidad nacional estaba satisfecha.

En Francia el orgullo de la Nación estaba herido.

Los hijos de México, los buenos hijos de la República, confiando en su valor, en su patriotismo, y sobre todo, en la santa causa que defendían, esperaban, si no triunfar en los muros de Puebla, sí contener el avance del enemigo, ó hacer que éste pasara sobre sus cadáveres antes de llegar á la capital, donde nuevos adalides de la libertad, quizás fueran más felices que ellos. Ni los intimidó el justo renombre que en Europa habían conquistado sus terribles adversarios, ni ménos dudaron ya del éxito, después del primer asalto, en el que, fuerza es decirlo, el enemigo volvió la espalda, derrotado más que material, moralmente.

Era, pues, justo el regocijo.

El autócrata francés, el que tenía dominados pero no contentos á los descendientes de aquellos hombres que fueron el asombro y la admiración del mundo entero: el que por satisfacer su ambición fué perjuro á la patria y no vaciló en derramar sangre inocente el día 2 de Diciembre: el que arrebató la libertad á sus conciudadanos oprimiéndolos, deportándolos y ejerciendo toda clase de iniquidades en ellos: el que restringió la libertad del pensamiento al encadenar la prensa independiente: el que corrompió las costumbres hasta hacer de una Francia republicana una Francia imperial prostituída, sujeta á sus caprichos, á los de su digna consorte y á los de prelados y cortesanos abyectos y envilecidos, preparando así la vergüenza de Sedan, la traición de Metz y los estériles sacrificios de Paris: ese hombre, repito, tuvo un momento de espanto al recibir la fatal noticia, y en su reacción, el odio, la venganza, el despecho y todas las pasiones innobles que cabían en aquel corazón de lodo, vinieron á determinar la

sentencia de muerte de la República Mexicana, víctima escogida para saciar la sed de poderío que vino á apagar poco después la burlona sonrisa del Rey Guillermo, al presentársele como humilde prisionero que le entregaba su espada.

Entre los aplausos de serviles instrumentos del monarca, que sofocaban el patriótico acento de Julio Favre y de Thiers, de Gambeta, de Ferry y de Jules Simon, obtuvo de la Representación, por sarcasmo llamada Nacional, que un nuevo cuerpo de ejército viniera, no á vengar la afrenta recibida, sino á recibir el castigo á su desmedida ambición. Y esa bandera, en un tiempo símbolo de la redención de los pueblos oprimidos; llegaba como enseña para aherrojar á un pueblo libre, soberano é independiente; más libre, más soberano é independiente entonces, que el oprimido pueblo francés; y con esa bandera llegaban también los verdugos que debían establecer las funestas *Cortes marciales*, y los asesinos de la talla de Dupin.

Así lo comprendió el Gobierno; así lo comprendieron los representantes del pueblo; así lo comprendieron también muchos de los que tres años antes combatían contra las instituciones democráticas, y que al escuchar los clarines del extranjero invasor, prefirieron al grito de "Religión y Fueros" el de "Patria y libertad."

El Gobierno modificó sus anteriores disposiciones: los Gobernadores de los Estados secundaron patrióticamente sus nobles fines, y en breve tiempo, de Norte á Sur, de Oriente á Poniente, la República toda se había transformado en un vasto campamento militar, donde jóvenes y ancianos se entregaban al ejercicio de las armas para defender el territorio nacional.

III

La entonces villla de Alvarado, sobre la costa Sur del Estado de Veracruz, que entre sus glorias cuenta la de haber puesto en fuga á la escuadrilla norteamericana en 1847, y al

primer traidor que á principios del de 62 intentó someterla á la Intervención francesa, fué señalada como Cuartel General de las tropas que habían de levantarse para defender esa parte del territorio veracruzano; y á ella ingresaron por orden superior algunos de los jefes y oficiales de la tierra caliente que militaban en el ejército de Oriente. Hijos del propio territorio, fácil les fué propagar el entusiasmo patrio; y bien pronto el festivo ganadero, el sencillo agricultor y el pacífico caletero, abandonaron el remo, el arado ó la garrocha, para empuñar el fusil del patriota y tomar participio en la gran lucha que se preparaba, hasta morir ó vencer: para ser libres y vivir cabe la ergástula del esclavo.

Minatitlán, Acayúcam, los Tuxtlas, Cosamaloápam, el mismo Alvarado y Tlacotálpam allegaron su contingente de sangre; y al comenzar el mes de Julio, en la espaciosa Plaza de Armas, gentes de todas clases y condiciones presenciaban la primera *Revista de Comisario* que pasaban los noveles guardias nacionales allí reunidos: todos fraternizaban y un solo deseo tenían todos: que llegara el momento de medir sus fuerzas con las del enemigo invasor.....

Desgraciadamente tan patriótico deseo no pudo realizarse, y la ocupación de Alvarado por los franceses fué debida, si no á la traición sí al indiferentismo de la mayor parte de la población, cuyo entusiasmo se apagó al contacto de acontecimientos que no era fácil prever.

Veamos lo que aconteció.

IV

La elección de los jefes á quienes se encomendara la organización militar y la defensa de ese vasto territorio fué tan inconveniente como antipolítica, y sólo debida á falsos informes ó á sugestiones interesadas pudo el Gobierno designarlos para ocupar tan delicado puesto. Los jefes nombrados, sobre ser de un valor dudoso, y generalmente mal queridos

en toda la costa, eran completamente ineptos para mando tan importante como distinguido; profanos en materia de hacienda, los recursos de las aduanas interiores, única fuente de riqueza con que allí se contaba, se agotaban de una manera escandalosa, sin que se atendiera á lo más indispensable para proporcionar al soldado los medios de defensa; y si á esto se agrega sus ningunas disposiciones para organizar nada, el abandono con que todo lo veían, y la vida disipada á que estaban entregados, se comprenderá fácilmente por qué ya en los primeros días de Septiembre había decaído tanto el ánimo y la actitud belicosa de las pocas tropas que por entonces guarnecían á Alvarado.

Los jefes y oficiales procedentes del ejército de Oriente se avenían mal en aquel servicio desordenado, con aquel desbarajuste hacendario y económico que llegaba al escándalo: obedecían porque eran subordinados, y el deber les imponía la más severa disciplina; pero conocían que sus esfuerzos para mantener el espíritu público eran inútiles, y que en la tropa comenzaba á propagarse la insubordinación. No había pertrechos de guerra suficientes, ni recursos pecuniarios para comprarlos: la confianza en los jefes estaba perdida, y apenas nn mal hospital esperaba al pobre soldado que cayera herido. De ahí que la tropa comenzara á decepcionarse, y de ahí también que la masa de la población comenzara á desconfiar y á hacer causa común con los descontentos, viniendo luego la deserción, que llegó á ser escandalosa. Guardias enteras abandonaban el puesto, perdiéndose armas y soldados, protegidos por los malos hijos de Alvarado, que deseaban verse libres de la presión gubernativa que tanto detestaban; y el mismo batallón de infantería formado en la población, llegó á inspirar desconfianza.

Un suceso inesperado y verdaderamente atentatorio vino á agravar más y más la situación de los que, fieles á su bandera y á su deber, procuraban por todos los medios posibles mantener allí el sagrado fuego de la libertad.

Desde que ingresaron al Cuartel General de Alvarado los jefes y oficiales procedentes del ejército de Oriente, queriendo aprovechar el entusiasmo que reinaba en todo el territorio de Sotavento, indicaron al Jefe de esta línea militar lo fácil y conveniente que era ocupar el pueblo de Medellín, á cinco leguas al Sur de Veracruz, como base de operaciones. El Teniente Coronel Larragoiti no dió importancia alguna á este proyecto; pero los iniciadores de la idea, con ánimo de ponerle de manifiesto las ventajas que podían obtenerse, se habían puesto en relaciones con el guerrillero Luis Domínguez y algunas personas influentes de aquel pueblo y con un comerciante español de Veracruz, D. Francisco Dozal, enteramente adicto á la causa de México, leal y verdaderamente patriota.

De nuevo, y ya de una manera seria, los referidos jefes y oficiales expusieron su plan, haciendo notar á Larragoiti que Medellín reunía las condiciones de seguridad para puesto avanzado; y que dado el caso de tener que emprender una retirada hacia el interior de la costa, no podía menos de ser fatal para las fuerzas que los persiguieran, toda vez que tenían que atravesar por terrenos donde podían ser batidos en detall ventajosamente antes de llegar á "Barra Vieja," donde indudablemente acabarían de ser derrotadas. Además, desde Medellín, tendrían siempre en jaque al enemigo, y en observación y constante alarma á la guarnición de Veracruz, dando lugar á que nuestros guerrilleros extendieran su radio de operaciones, reconociendo como centro el Cuartel de Medellín; y en último caso, de acuerdo con los patriotas de Córdoba, intentar un ataque sobre esta población para aislar á la de Orizaba, que servía de punto de reunión á los franceses. Celebróse una junta reservada para estudiar el proyecto, y debido al influjo que ejercía el entonces Secretario de la Comandancia Principal D. Esteban E. Morales, al fin hubo de aprobarse.

La empresa era tanto más segura de llevarse á cabo, cuan-

to que por entonces no había ni el más remoto temor de que el enemigo intentara ningún movimiento en la costa, ni por mar ni por tierra, porque carecía de fuerzas suficientes para guarnecer debidamente las pocas plazas que ocupaba. La derrota del 5 de Mayo lo había desmoralizado y los sucesos de "Barranca Seca" y del "Borrego" en nada podían aumentar su fuerza material. Además, el fiasco ridículo del titulado Coronel Sánchez Facio en Alvarado y Tlacotálpam, había influído poderosamente en su ánimo, y no se expondría por segunda vez á ser arrojado á pedradas y con unos cuantos tiros de fusil, como sucedió á aquel traidor en las poblaciones mencionadas cuando intentó ocuparlas en nombre del improvisado Gobierno de Almonte, proclamado por un lenón, un presidiario y un jugador, que eran los que primero aparecían en el acta que se levantó para proclamarlo Jefe Supremo de la Nación.

Tropezóse desde luego con la falta de recursos, la escasez de buen armamento, de municiones y de pertrechos, etc., etc.; pero el patriotismo de algunos ricos de Alvarado, á quienes se puso al tanto de lo que se intentaba, hizo que anticiparan los recursos pecuniarios, entre ellos D. Francisco Tejeda y D. José M. Zamudio, quienes siempre fueron fieles á la causa de la República.

Inmediatamente, y con el mayor sigilo, se comenzó á poner en planta la realización de la idea. Dictáronse con el carácter de urgentes las órdenes necesarias á los Comandantes militares de los centros principales para que movilizaran sus fuerzas, y como queda dicho ya, oportunamente llegaron al Cuartel General las compañías de infantería de los Tuxtlas, Tesistepec y Cosamaloápam, mandadas por los Capitanes D. Rafael Carrero, D. José Limón y D. Francisco Basualdo, los artilleros de Tlacotálpam al mando del Teniente D. Valente Cruz, y los lanceros de San Juan Evangelista, de cuyo Jefe no recuerdo el nombre.

***

Sólo una compañía de la Guardia Nacional de infantería de Tlacotálpam se resistió á concurrir al llamamiento del Cuartel General, mal aconsejada por el sargento primero, quien gozaba reputación de *valiente*, y al cual veían sus compañeros con cierto temor y recelo.

Larragoiti, con algunos de sus ayudantes, había marchado á Tlacotálpam para hacer que se cumplieran sus órdenes; y aun cuando la compañía disidente llegó á formar á la orilla del río, donde estaban ya dispuestas las embarcaciones que debían transportarla, se negó redondamente á embarcarse, instigada de nuevo por el referido sargento. Uno de los ayudantes, Capitán de caballería, de apellido Solís, enviado por Larragoiti para hacerse obedecer, no obtuvo mejor resultado.

Entónces marchó á su vez el Capitán X..... con ordenes terminantes para hacer que se embarcara á todo trance la compañía insurreccionada, porque aquel acto de rebeldía ponía en ridículo á la vez que rebajaba la autoridad del Jefe de la línea.

El referido Capitán llegó frente á la compañía, la cual se estaba *haciendo olas* delante de sus oficiales y del Jefe del cuerpo, todos noveles en el servicio de las armas é ignorantes de las leyes disciplinarias del ejército, y de multitud de gentes del pueblo que presenciaban aquello como quien asiste á un espectáculo público; y dando con segura entonación la voz de "firmes," esperó á que se restableciera el orden en las filas, como sucedió.

—¡Sargento H.....!—dijo dirigiéndose al promotor del escándalo.—¡Tres pasos al frente!

El sargento terció su arma marcialmente, dió los tres pasos, hizo alto, y tocó el portafusil. Era un hombre de arrogante continente que apenas contaría treinta y cinco años de edad.

—Vd. ha servido en varios cuerpos veteranos según sé,—le dijo el Capitán.

—Es cierto, mi Capitán—contestó aquél.

—Sargento primero en el último en que sirvió,—prosiguió el Ayudante.

—Es cierto, mi Capitán,—volvió á contestar H.

—Debe vd. haber montado muchas guardias de plaza, y leídole á la tropa las leyes penales.

—Sí, señor.

—Así, pues, conoce vd. esas leyes.

—Sí, señor.

—Muy bien. ¡Media vuelta y á su puesto!—ordenó entonces el Capitán.

El sargento giró correctamente sobre sus talones, y ocupó de nuevo su puesto.

Entonces, poniéndose á su lado, á la cabeza de la compañía, que había presenciado aquello en el más absoluto silencio, y montando sin afectación una pistola que sacó del carcax:

—¡Tercien, arm!—gritó con voz potente.—¡Flanco derecho! ¡hileras á la izquierda! ¡March!

La compañía emprendió la marcha siguiendo el movimiento ordenado, haciendo luego rumbo á Alvarado.

***

A la vez que se organizaba la columna expedicionaria en Alvarado, y se reforzaban las guarniciones de todos los pueblos, se habían comprado en Minatitlán por medio del Dr. Smith, Cónsul americano en aquel puerto, dos pequeñas piezas de artillería en un buque mercante de su nación; y trasladadas al Cuartel General, muy pronto quedaron montadas para el servicio de campaña, bajo la dirección del Capitán de artillería Aldana, del Primer Ayudante de la misma arma, Redondo, y del sargento Aranda, disperso en la fatal jornada

del "Cerro del Borrego" que pasó á prestar sus servicios á Alvarado. Con las referidas piezas llegaron también algunos quintales de pólvora á granel y plomo en lingotes, que pronto fueron convertidos en parque de artillería é infantería por el inteligente Capitán D. Francisco Muñoz Panes, encargado de este ramo y del de Maestranza.

Quedaba por resolver lo más interesante y difícil: la provisión de armamento y de dinero para comprarlo.

Esto quedó á cargo del comerciante español Dozal, de Veracruz, y de nuestro agente en Medellín, el C. Pablo Campos, quienes resolvieron el problema de una manera segura y satisfactoria.

En Veracruz había tal escasez de ganado para el abasto público, que el poco que podía introducirse alcanzaba un precio fabuloso; pero era muy difícil hacer esas introducciones por la vigilancia que ejercían las guerrillas de Medellín y de Boca del Río. En el caso de que se trataba, caso enteramente excepcional, había necesidad de obrar con mucho sigilo, tino y prudencia suma para no faltar á las leyes vigentes en este particular; y en la junta que los comisionados, así de Dozal y Campos, como de los Jefes de la línea, celebraron, quedó aprobado y resuelto lo siguiente:

1º Que hombres de confianza, bajo la dirección de un Jefe inteligente y discreto, contratarían con los ganaderos de las haciendas inmediatas, hasta trescientas reses que entregarían á puerta de corral á los comisionados, para ser pagadas diez días después, quedando responsable el mismo encargado de la operación.

2º Que dichas reses serían conducidas á Veracruz de noche, por el rumbo de Boca del Río, hasta los corrales del "Matadero," en cuyo punto debía recibirlas Dozal.

3º Que á efecto de dejar libre el tránsito, se daría orden á la guerrilla de García, residente en Boca del Río, para que pasara al camino de Veracruz, á fin de que desde allí exten-

diera su vigilancia al de Córdoba, unida á las de Medellín, al mando de Luis Domínguez.

4º Que Dozal compraría con el producto de las reses hasta 400 barricas de harina que haría llegar á Alvarado quince días después; conteniendo dentro, rifles desarmados, pistolas, parque elaborado y cápsules, tanto como fuera posible, pagando además el rescate del guerrillero José Mª Hernández, antiguo insurgente, de gran valor, popularidad y conocimientos prácticos del terreno, y á cuya pericia debía quedar encargada la conducción del armamento.

Veinticuatro horas después todo estaba listo: el ganado recibido, los que debían conducirlo ocupando sus puestos, las guerrillas retiradas á sitio distante para dejar libre el camino que aquel debía atravesar y recorrer. Dos días más tarde se tuvo noticia de la felicidad con que marchaba todo, y comunicaciones verbales de Dozal y de Campos hicieron saber que el armamento y municiones llegarían al Cuartel General con toda seguridad: el regocijo fué grande porque se tocaba la realidad de los deseos que todos sentían. La reventa de las harinas al comercio de la costa, con el que ya estaban contratadas, proporcionaría, además, algunos recursos pecuniarios de consideración, después de cubiertos el valor y gastos del ganado.

Un acontecimiento inaudito, infame é incomprensible en un principio, echó por tierra todo este vasto proyecto, desvaneciendo dolorosamente nuestras esperanzas, y poniendo en gran peligro la vida de los que en Veracruz estaban mezclados en el negocio.

Lo que aconteció fué una traición, más infame aún que la que habían llevado á cabo los que fueron al mercado europeo á poner en subasta pública nuestra patria querida; y los acontecimientos que de ella se derivaron, de fatales consecuencias para la defensa de la costa de Sotavento.

Debo advertir que si me son tan conocidos todos los detalles que he referido y todo lo relativo á este escandaloso asunto, es-

porque sucesos anteriores, cuyas consecuencias se relacionaron más tarde con los sucesos que funestamente complicaron la situación, hicieron que cesara en las funciones de Mayor de órdenes que desempeñaba, para encargarme de la Fiscalía de causas. La traición de un correo que conducía pliegos de importancia para el General Llave, y los cuales fué á entregar al enemigo en Veracruz, y la llegada de una partida de mulas quitadas á los franceses á tiro de fusil de los baluartes de esa ciudad, determinaron mi nuevo modo de ser en el Cuartel General.

V

La ambición, la codicia, la felonía, el dolo y la venganza en fatal combinación, fueron los móviles para lo comisión de hechos vergonzosos y punibles, que tornaron en triste y difícil la situación á que quedaron reducidos en Alvarado los defensores de la Independencia Nacional, según he referido ya al principio de este "Recuerdo" que aún hoy me contrista á la vez que me indigna.

En la madrugada del quinto día, cuando todos los que estaban en el secreto creían que el ganado estaría ya en Veracruz, uno de los conductores llegó á todo escape, anunciando que la partida había sido capturada y sorprendida por una de nuestras guerrillas y reconducida al Cuartel General. Un rayo que hubiera estallado sobre nuestra cabeza, ó el abismo abriéndose repentinamente á nuestros pies, no nos hubiera causado mayor espanto en aquellos momentos, y la palabra *traición* y la idea de quién fuera el traidor, comenzó á introducirse entre nosotros. Todos estábamos interesados en el buen éxito del negocio; y de fracasar, sólo dos podían recibir beneficio. Sobre estos hombres recayeron nuestras sospechas.

El ganado y la guerrilla que lo había aprendido no se hicieron esperar mucho tiempo, y entónces pudimos ver que era la que mandaba García; la misma á la cual se le habían comunicado órdenes para trasladarse al camino de Córdoba, y

que aparecía sobre el de Medellín á Veracruz. El aire de triunfo con que entraron á Alvarado, la insolencia que se retrataba en la vulgar y antipática fisonomía de uno de los conductores, los diversos y amenazadores comentarios que en los grupos de gentes que se habían formado se hacían, todo predecía y atestiguaba el descontento del pueblo, que murmuraba y nos veía de reojo luego que cuchicheaban con guardianes y guerrilleros.

Preciso era no darse por entendido á fin de que la tropa, que permanecía impasible y ajena á todo en sus cuarteles, no llegara á sospechar nada de lo que pasaba, ni se pusiera en contacto con el pueblo; y el mismo Larragoiti, que aparentaba la mayor calma y tranquilidad, dictó las órdenes conducentes al depósito del ganado, prisión de los que aparecían como contraventores á la ley, é instrucción de la causa correspondiente *en averiguación de hechos*, cual si cumpliera lealmente con sus deberes por ignorar de lo que se trataba.

Todos estábamos preocupados y profundamente conmovidos, pues la traición cometida podía costar la vida á nuestros amigos de Veracruz y de Medellín.

La causa se inició, y en pocos días estuvo ya bastante adelantada para comprender lo que había pasado, y para sentirse lastimado de servir á las órdenes de hombres sin honor, sin fe y sin patriotismo; pero se podía comprender la realidad á través de declaraciones ambiguas, encubiertas y mal intencionadas, para hacer recaer la culpa y la enormidad de una falta imaginaria sobre los que eran del todo inocentes: sobre los vendedores del ganado.

Lo diré en breves palabras.

El mismo Jefe que al principio no quiso admitir el proyecto; el mismo que después pareció que lo acogía con entusiasmo; el mismo que presidió las reuniones secretas, que nos alentaba y predecía una serie de triunfos para nuestras tropas; el mismo, en fin, que para facilitar el paso del ganado había dado órdenes de carácter oficial al guerrillero García,

ese mismo nos traicionó, dando aviso secreto por medio de uno de los conductores, hombre de malos antecedentes y pésima conducta, según se averiguó después, al mencionado guerrillero, "*de que tenía noticia del paso de una partida de reses con dirección á Veracruz.....*"

Ya se comprenderá lo que sucedió conforme al tenor de este aviso secreto; resultado de una infamia para cometer un robo, premeditado quizás durante las discusiones que se promovían en las juntas en que se trataba de asegurar el buen éxito del asunto.

En efecto, aprehendido el ganado, y declarado *buena presa*, conforme á las leyes de la materia, los que aparecieran culpables serían castigados con todo el rigor de las leyes, y el importe de la venta, en pública subasta, destribuída entre los aprehensores, el fisco y el Jefe de la jurisdicción militar. Es decir, que en este caso, y dados los antecedentes, se trataba de sacrificar á unos desgraciados cuya única culpa era haberse prestado á servir lealmente los intereses de la patria, en beneficio de intereses bastardos, de origen puramente personal.

Terminado el expediente, bastante voluminoso, y en el cual figuraban *cartas* y *notas* particulares, proporcionadas por algunos de los declarantes, que no dejaban de comprometer al referido Jefe, el Cuartel General lo pidió de oficio al fiscal para *remitirlo á la superioridad*, y como aquél no podía rehusar la entrega porque se trataba de *una consulta* de asesor, y allí no existía ninguno que asumiera tal carácter, lo entregó diligenciado con todas las formalidades debidas, exigiendo el recibo correspondiente. Este recibo lo agregó á una copia certificada por dos oficiales de graduación, cuya copia había sacado trabajando durante las noches, porque preveía lo que iba á suceder.

El expediente, acompañado de su oficio de remisión, fué cerrado, lacrado y sellado, y para mayor seguridad se nombró al Capitán Aldana para que personalmente lo condujera

á Jalapa, residencia de los Poderes civil y militar del Estado.

El referido Capitán partió, y dos días después circuló la noticia, vaga primero, y confirmada en seguida, de que, conductor y pliego habían extraviado el camino, dirigiéndose á Veracruz..... Agregábase que á su salida de Alvarado, Aldana iba ya comprometido con el Jefe principal para no llegar á Jalapa, y no faltó quien asegurara que el expediente había quedado en poder del referido Jefe.

La traición estaba consumada, y sólo faltaba proceder al despojo.

VI

Los alvaradeños, en lo general, presentan un tipo especial, característico: un tipo *propio de ellos*, permítaseme la figura: violentos y bruscos, como el elemento á que viven consagrados desde la niñez, parece que se han asimilado con él, y como él tienen un fondo que es preciso sondear para comprender sus bellezas. Francos, altivos, de ruidoso hablar, enérgicos para expresarse, rápidos en sus actos y movimientos, vehementes en sus pasiones; como el mar, fácilmente se enfurecen, y fácilmente también se apaciguan; y así como aquél en sus borrascas es terrible, y en calma un niño sobre frágil barquilla lo domina, así éstos en sus furores llegan hasta la ferocidad, y en su vida normal son serviciales, dadivosos y leales. El alvaradeño es esencialmente susceptible y parco en prodigar su amistad; pero el que una vez tiende á alguno la mano de amigo, este alguien puede decir que cuenta con nn amigo incondicional á vida y á muerte.

Es localista hasta la exageración, todos forman una y estrechamente unida familia; y si entre ellos se atraviesa una rencilla cualquiera, esta desaparece desde el momento que uno de los adversarios se vea atacado en su honor, en su persona ó en su familia por un extraño. La ofensa que se haga á un hijo de Alvarado, la siente y recibe por suya la pobla-

ción entera. Dados estos antecedentes, fácilmente se podrá juzgar la impresión que les causarían los acontecimientos enarrados. Alvaradeños eran los propietarios del ganado de que se les quería despojar; alvaradeños los individuos presos; alvaradeño el correo que precisamente debía ser fusilado como traidor; y alvaradeño, por último, el bravo guerrillero, que habiendo quitado al enemigo una buena partida de mulas, se hallaba encarcelado injustamente por orden del segundo en Jefe, que saciaba en él una ruin venganza por cuestiones personales.

La tormenta, pues, comenzaba á rugir sorda y amenazadora en el corazón de todos aquellos hombres que se sentían heridos en su exagerado localismo, y que, sin tener conocimiento exacto de los hechos, escandalosos, es cierto, que habían tenido lugar, y sin tener en cuenta que todo movimiento hostil y á mano armada contra las autoridades legales era punible, sobre todo en las circunstancias por que el país atravesaba, sólo veían que se aprisionaba, que se juzgaba militarmente y que se debía fusilar, quizás, á uno ó á varios hijos del pueblo.

Miradas hoscas, murmuraciones ofensivas y calumniosas para toda la oficialidad, amenazas encubiertas, fueron los primeros síntomas de la tempestad que se venía anunciando aun á la vista de los más indiferentes ó menos avisados; y se comprenderá perfectamente que sólo faltaba un pretexto cualquiera para que estallara.

El pretexto no se hizo esperar.

La orden de ponerse en venta, al mejor postor, el ganado aprehendido, determinó la situación é hizo estallar la mina; y como si la tal orden no fuera bastante para aumentar el peligro que todos teníamos encima , como si ella no fuera suficiente para exacerbar la cólera de un enemigo que daba señales de no retroceder ante ningún obstáculo, una disposición de la Comandancia Principal, tan torpe como absurda, tan inconveniente como falta de oportunidad, vino á ponernos en

otro peligro mayor: el de poder ser sorprendidos y destrozados por el enemigo común, sin siquiera podernos defender.

VII

En las primeras horas de la tarde del día 16 de Agosto, pasó revista de inspección en la Plaza de Armas el resto de la caballería de San Juan Evangelista, que había llegado la víspera: se le pertrechó y municionó convenientemente, y poco después salió para el Llano á reunirse con la fuerza de la misma arma que estaba como de observación en la hacienda de Mondinga. Aquella gente no demostraba ni entusiasmo ni ardor patrio: su aspecto era el de la más completa indiferencia.

Luego que hubo partido, el nuevo Mayor de Ordenes, Comandante D. Eusebio Allier, dispuso que *se recogiera el parque á toda la guarnición*, según la orden que había recibido, á pretexto de que habiendo escasez de él *debía conservarse;* que sólo la guardia del Camposanto estuviera municionada con dos cartuchos por plaza, inclusive el con que tenía cargadas sus armas, y que se suprimieran los puestos de guardia que hasta el día anterior habían cubierto la Casa Mata y algún otro punto que se había creído de importancia. Es de advertir que la guardia del Camposanto estaba confiada al batallón de Alvarado. Recogido y encajonado el parque se depositó todo en los bajos de la torre del Relox, lugar de antemano escogido con tal objeto, entregándose la llave del improvisado almacén al Guarda-parque, Teniente D. José M. Valdés.

La oficialidad toda, aunque sin hacer demostración de ninguna especie, protestó ante el Mayor de Ordenes contra estas medidas altamente maliciosas y comprometedoras: y algunos jefes y oficiales resolvieron presentarse al siguiente día al Comandante principal para pedir su pase y reingresar al Ejército de Oriente.

El disgusto era general; se presentía algo inesperado; y los

mismos jefes y oficiales, en vista del poco tino y circunspección de los superiores, ejercieron un turno de vigilancia extraordinario, sin haber encontrado motivo alguno de desconfianza hasta las dos de la mañana del 17, á cuya hora se retiraron los últimos, que recorrieron todos los puntos militares, inclusive el fortín de Santa Teresa.

Los revoltosos procedían con toda cautela para asegurar el éxito del atentado que meditaban.

Entre cuatro y cinco de la mañana del mismo día 17, toda la caballería que debía estar en el Llano reapareció en las calles de Alvarado, uniéndose á ella la guardia del Camposanto, algunos grupos del pueblo y gran parte de la Guardia Nacional; y con tal sigilo y prudencia procedieron todos, que á las seis estaba consumado el crimen de lesa-nación, pues aunque no proclamaban plan político alguno, desconocieron á los jefes, y los aprisionaron, poniendo en libertad á los presos que se encontraban en la cárcel pública, así políticos como del orden común, dando creces á un verdadero motín;[1] y para mayor vergüenza de ese pueblo que antes se jactaba, y con justicia, de ser *patriota*, al frente de aquellos trastornadores del orden público que comprometían el honor de su ciudad natal, aparecieron como jefes absolutos el correo traidor, el conductor denunciante, el guerrillero encausado, y un perdulario de pésimos antecedentes, vergüenza de una familia pobre pero honrada.

Larragoiti, Morales, Enríquez y Güido, fueron aprehendidos en su propio alojamiento: otros oficiales lo fueron en las calles al salir para informarse de lo que ocurría, y al segundo en Jefe tras la cama donde dormía, y donde se había refugiado hasta poder ponerse en salvo: en cuanto á mí fuí reducido á prisión por tres de á caballo en los corredores de la

1 Entre los presos del orden común se hallaba un tal Camilo Castro á quien se juzgaba por sospechas de robo. Al ser notificado por los revoltosos que quedaba en libertad, los apostrofó duramente, y permaneció en la prisión á disposición de sus jueces legales.

Comandancia Principal adonde me había dirigido para inquirir la verdad de lo que pasaba.

A las diez de la mañana, y ya bajo la influencia del alcohol, los jefes principales y el Secretario de Gobierno fueron conducidos á la cárcel pública, atados codo con codo, cual si fueran unos criminales; y esto, después de haber sostenido Larragoiti una lucha desesperada con sus contrarios, para no dejarse arrancar las presillas que portaba sobre los hombros: lucha en la cual hubiera sucumbido indudablemente á no ser por el arrojo y heroica actitud que tomó la Sra. Dª Juana Tejeda de Gastañaga, dueña de la casa donde se había encerrado provisionalmente á los prisioneros principales á quienes se intentaba asesinar en aquellos momentos. La Sra. Tejeda de Gastañaga, á la vez que con varonil acento apostrofaba al feroz cabecilla que pretendía herir con el machete á Larragoiti, procuraba defenderlo interponiéndose entre los dos. Esto pasaba en el corredor, en tanto que su esposo, allí mismo donde fué hallado, se veía amagado por el guerrillero Guzmán, quien si no le disparó á boca de jarro la carabina que empuñaba, fué debido á un grito que á tiempo le dí.

—¡Los que han combatido contra la Reacción defendiendo la plaza de Veracruz á las órdenes del Coronel Zamora,—le dije acercándomele—no proceden nunca como asesinos!

—¡Es verdad, mi Capitán!—rugió Guzmán, trémulo de ira y centelleante la mirada.

Y arrojó el arma contra el suelo, á riesgo de ocasionar una desgracia, ordenando en seguida la prisión de Gastañaga.

Guzmán, en efecto, había servido en la clase de sargento 2º de granaderos del batallón de infantería Guardia Nacional de Veracruz, y justo es decirlo, siempre observó la mejor conducta.

Allí, en la cárcel, deberían permanecer cual si se tratara de unos facinerosos *hasta que* (palabras textuales) *cayera el sol para conducirnos á todos al "Llano Grande," donde seríamos juzgados y castigados.*

El Comandante Enríquez y yo quedamos presos en una habitación de la misma Comandancia Principal, y nada sabíamos respecto de las compañías de Tlacotálpam, Cosamaloápam y "Reemplazos," ni menos aún de lo qne pudiera haber sucedido en el fortín de Santa Teresa: sospechábamos que las primeras no habrían tomado participio alguno en aquella escandalosa asonada, pero sabíamos también que *no tenían parque.*

Tal fué la primera parte de la jornada del día 17 de Agosto de 1862 en Alvarado.

VIII

Cuando en medio de los insultos, improperios y denuestos más groseros, fueron conducidos á la cárcel pública los jefes de que he hecho mención; cuando ya enteramente solos Enríquez y yo pudimos darnos cuenta de nuestra situación y apreciarla en su verdadero valor, recordamos las últimas recomendaciones que el más feroz de los cabecillas que fungían como jefes de aquella turba enfurecida hizo al centinela de vista que dejó custodiándonos á la puerta de la habitación que nos servía de cárcel:

—Si se mueven,—le dijo todo airado—*tírales:* respondes de ellos con tu cabeza.

Nuestro centinela ó vigilante era un hombrón de aspecto temible, armado con una mala escopeta de un solo cañón, es cierto, pero todo él revelaba una fuerza muscular que en caso dado podía sustituir á aquella mala arma, toda vez que nosotros estábamos desarmados, podía combatir ventajosamente contra los dos y vencernos, á no dudarlo. Paseábase arrogante y dándose todo el aire de matón á lo largo del corredor de la casa, dirigiéndonos furibundas miradas cada vez que pasaba cerca de nosotros; y si nos hacíamos los desentendidos, no por eso dejábamos de observarlo. La calle, bastante apartada del centro, estaba enteramente solitaria; todo el movimiento se había concentrado en la Plaza de Armas; pero hasta

nosotros comenzaron á llegar los ecos del vocerío y desórdenes que allí había. Aquel hombre era una amenaza peligrosa para nosotros, puesto que estábamos á su disposición.

En Enríquez y en mí dominaba la misma idea.

—No estoy dispuesto á dejarme asesinar por ese bandido, —me dijo el Comandante á media voz, en una de las veces que el centinela estaba algo alejado, siguiendo su constante paseo.

—Ni yo tampoco,—le contesté aprovechando la misma circunstancia.

Hablamos un momento para ponernos de acuerdo acerca del modo de fugarnos, y nos acercamos á la puerta de la calle, aparentando la mayor indiferencia.

El centinela pasó, nos hicimos una seña, y al volvernos nuevamente la espalda, nos arrojamos rápidamente sobre él, impidiendo que pudiera gritar ni hacer uso de la escopeta. Los tres rodamos por tierra. El Comandante lo desarmó aunque con bastante trabajo, pues se debatía furiosamente, en tanto que yo lo sujetaba contra el suelo oprimiéndole con todas mis fuerzas la garganta para que no gritara: un soberbio y bien aplicado culatazo en la cabeza, lo dejó como muerto, y después de romper la escopeta contra una piedra, Enríquez se dirigió por calles extraviadas á su cuartel, en tanto que yo hice rumbo hacia Santa Teresa. Serían las diez de la mañana, y nos dimos cita para las doce, avisándonos el punto de reunión por medio de un emisario que él ó yo nos enviaríamos. El no creía que sus soldados, pocos pero buenos, hubiesen defeccionado; y por mi parte tenía plena confianza en la guarnición del fortín, á donde me dirigía á toda carrera y sin volver la cara atrás, sin sentirme sofocado por los ardores del sol, cuyos rayos caían á plomo sobre el médano que tuve que atravesar.

No nos habíamos engañado.

La poca fuerza de infantería que estaba en sus cuarteles permanecía fiel aunque impotente, á causa de no disponer de

un solo cartucho, debido á la disposición que sobre este particular se había dictado el día anterior, dando por resultado que los pronunciados se habían apoderado del depósito del parque, estableciendo en él fuerte guardia y encerrando dentro al Comandante Güido: en cuanto á los artilleros, tanto de Veracruz como de Alvarado, que guarnecían el fuerte de Santa Teresa, apenas me divisaron comenzaron á vitorear al Gobierno y á la República.

***

Por fin, podíamos pensar en deshacer aquel tumulto, empleando todos los medios que fueran necesarios, aun los más desesperados. Desde luego dispuse que las cuatro piezas de artillería que montaba el fortín se volvieran en dirección á la plaza y se cargaran con proyectiles sólidos, y envié un comisionado, el teniente D. Pedro Flores, acompañado del sargento "Peregil," para hacer saber al Comandante Enríquez la buena situación en que me encontraba, pidiéndole noticias suyas; y á su regreso me las trajo satisfactorias, pues ciudadanos honrados y verdaderamente patriotas, como D. Francisco Tejeda, D. José Ruiz Parra, D. José Sánchez, D. José Mª y D. Donaciano Zamudio, y algunos más que ahora no recuerdo, habían afeado su conducta, de una manera enérgica, á aquellos mal aconsejados hombres que ponían en conflicto á la población entera, exponiéndola además á mil peligros. Al mismo tiempo, el guerrillero Guzmán me enviaba un recado para que nos apersonáramos en las "Pesquerías," á la entrada de la población, pues quería hablar conmigo.

Mi apóstrofe, en los momentos que iba á disparar sobre Gastañaga, lo había impresionado.

Inmediatamente me puse en camino, y á mi llegada ya estaba esperándome acompañado de otro de los facciosos, antiguo condiscípulo y paisano mío.

De nuestra entrevista resultó que entráramos juntos á la

población, y que se citara para una junta á la que concurrieron los jefes y oficiales puestos ya en libertad, á excepción de los principales, que continuaban en la cárcel con el Secretario de Gobierno, algunos empleados y funcionarios públicos, y varios particulares, personas de valimiento en aquella sociedad. En ésa junta se convino en que los pronunciados se retirarían en el acto al "Médano Pelón," y que á las tres de la tarde enviarían comisionados *ad hoc* para tratar con los que nombrara la plaza, á fin de hacer que cesara aquella situación desesperada para unos y difícil para todos.

Como se comprenderá, con este paso, que desde luego parecerá extraño, sólo quisimos ganar tiempo para disponer libremente lo que fuera más conveniente hacer. Los pronunciados se retiraron, y pudimos observar entonces que se habían separado de ellos muchos de los que cuatro horas antes los habían acompañado para llevar á cabo un golpe de mano tan audaz como punible.

.....

Lo que pasó después fué verdaderamente inesperado, imprevisto; y aquella asonada que iba tomando carácter de un drama cuyo desenlace se escribiría con la sangre de algunos de los prisioneros, terminó como un sainete ridículo, sin que hubiera ninguna desgracia personal que lamentar.

IX

Lo primero que hicimos luego que nos vimos libres de la presencia de los amotinados, fué forzar las puertas de la cárcel, poniendo en libertad á los jefes principales, y luego romper las del depósito de parque, municionando abundantemente á las compañías de infantería que habían permanecido fieles á su deber. Larragoiti y Gastañaga, completamente abatidos y desmoralizados, se retiraron á sus respectivos alojamientos, delegando sus facultades al jefe del Estado Mayor, cuya primera providencia fué dar de baja al Comandante Alier, que

ya no podía inspirar confianza por la conducta que observara respecto á los pronunciados; á un Teniente de apellido Pérez, que habiendo sido nombrado para una comisión, desertó, yéndose á esconder á un casucho lejano; y á un Capitán Bonilla, á quien habiéndole ordenado antes de mi aprisionamiento que tomara veinte hombres de su compañía y fuera á reconocer la posición de los sublevados, cuando se encontraba todavía á dos cuadras de distancia de la Comandancia Principal, arrojó la espada, se deshizo de la chaqueta, y abandonando la fuerza, echó á correr hacia el muelle, embarcándose atropelladamente en el pailebot "Juanita" que en esos momentos se disponía para hacerse al mar. El patrón Sandiel lo tomó por los hombros y lo lanzó al muelle entre las risotadas de todos los tripulantes..

En seguida se procedió á formar un plan para poder dar término á aquel ascándalo.

Este plan era tan sencillo como seguro en sus resultados.

Se cerraron las bocacalles que desembocan á la plaza con secciones de infantería, cada una al mando de un Capitán, dejando descubierta la que por las "Pesquerías" sale á la playa del río, enteramente enfilada por la batería de "Santa Teresa," y en las dos que determinan los costados de las Casas Consistoriales y la Parroquia, se situaron á retaguardia las dos pequeñas piezas de artillería de que he hablado al principio, y de las cuales no tenían noticia los sublevados, *enmascarándolas* la sección de infantería que las cubría.

Claro es que no tratábamos de medir nuestras fuerzas con aquella chusma, sino tenderles un lazo para que pagaran su atentado aquellos hombres que habían abusado cobardemente de la confianza en ellos depositada. Dejar llegar á los comisionados, y una vez encerrados en aquel cuadro, fusilarlos; y cuando sus camaradas se apercibieran de ello y corrieran á vengarlos, descubrir las piezas para recibirlos á metralla: los que escaparan buscarían la salvación por el único punto que adrede habíamos dejado descubierto, para que una vez en la

playa los cañones de "Santa Teresa" dieran buena cuenta de ellos. El procedimiento quizás no fuera de buena ley, pero había que tratarlos como merecían: además, en la guerra, todo ardid es permitido.

Algunos grupos del pueblo que aún permanecían cerca de nosotros con cierta actitud hostil, al ver tomar estas disposiciones y que se habían situado centinelas avanzadas para que nadie pasara al campo enemigo, se fueron retirando silenciosamente; y media hora después no se veía un solo hombre en las calles y éramos dueños de la situación.

Una imprudencia del Jefe del Cuerpo Médico, hombre vicioso, de mal carácter y peores antecedentes, vino á resolver esta situación de una manera muy distinta á la que nosotros esperábamos.

Durante el tiempo que permanecimos combinando el plan de operaciones contra los insurrectos, el referido médico se encontraba en la pieza contigua á la en que deliberábamos, y cuya puerta de comunicación estaba cerrada: ese individuo ignoraba cuanto había pasado, pues dormía profundamente la *mona* de la noche anterior á la hora de los acontecimientos, y fué al recordar cuando oyó nuestra conversación quedando impuesto de todo. Entonces, en medio del aturdimiento y del sopor de la *crudeza*, y bajo la influencia de los últimos vapores alcohólicos, concibió el proyecto tan contraproducente para nosotros como peligroso para él, de ir á retar á los jefes del motín, haciendo alarde de un valor del que en su estado normal carecía en realidad, y poniéndolo en práctica sin que nadie se apercibiera de ello.

Nuestra sorpresa fué, pues, grande, cuando el vigilante que teníamos apostado en la torre de la iglesia dió la voz de alarma, anunciando que el enemigo se desprendía en masa del médano, y á media rienda se dirigía á la población. Nadie podía atinar á qué se debía atribuir aquella especie de sorpresa que se nos quería dar, pues aún no había terminado el plazo de la tregua; pero, á todo evento, la tropa se puso so-

bre lar armas ocupando las posiciones que se le habían señalado, enmascarándose á la vez las dos piezas de artillería.

Una polvareda inmensa nos anunció la aproximación de los rebeldes, y pronto aparecieron por la derecha de nuestro frente, avanzando resueltamente con sus jefes á la cabeza, pero en desorden. Cuando las primeras filas llegaron á unos cuarenta metros, se desenmascaró la pieza que mandaba el sargento Aranda. La turba se contuvo haciéndose remolinos, y Guzmán avanzó casi hasta tocarla.

—¡En nombre del pueblo!—gritó con voz clara y fuerte—¡que se nos entregue esa pieza!

—Si el pueblo la quiere,—contestó el sargento—que venga á tomarla.

Guzmán alzó la rienda á su caballo para avanzar.

—¡Fuego!—mandó el oficial que permanecía á retaguardia, al lado del pelotón de artilleros.

Brilló el lanza-fuegos al acercarlo al estopín, el cual comenzó á chisporrotear, y..... el tiro no salió.

Empero la aparición inesperada de una pieza de artillería, la voz de mando fuertemente pronuciada y distintamente oída por los insurrectos, y el chisporroteo del estopín, produjeron su efecto: aquellos hombres huyeron atropellándose los unos á los otros, acobardados hasta el pánico; y si se hubiera mandado hacer fuego á la infantería el destrozo habría sido espantoso. La amilanada turba traspuso el médano á toda carrera, dispersándose después rumbo á la llanura, sin poderla perseguir porque no teníamos caballería de que disponer.

Así terminó aquella intentona que pudo haber costado serios trastornos á los mismos que mal aconsejados la llevaron á cabo, posponiendo la honra de la patria á resentimientos meramente personales. Sin embargo fué el origen de la tirante situación que desde entonces comenzamos á experimentar.

X

Todo había concluído.

El Jefe de Estado Mayor, de acuerdo con el nuevo Mayor de Ordenes, dispuso que se cubrieran todos los puestos de guardia que se habían abandonado dos días antes: los oficiales francos dieron un servicio extraordinario de ronda; la mitad de la fuerza disponible se estableció en los corredores de las casas que encuadran la Plaza de Armas, y se situaron vigilantes avanzados; todo para evitar una sorpresa posible durante la noche.

Esta se pasó tranquila, pero se respiraba una atmósfera sofocante, pesada: había un malestar general, y se presentía desde esa noche la pérdida de la plaza.

Al siguiente día dispuso Larragoiti que el despacho se hiciera en la Mayoría de Ordenes, y Gastañaga se trasladó á un rancho inmediato, de su propiedad, nombrado "El Mosquitero."

En cuanto al Comandante Zamudio, hombre leal, honrado y pundonoroso, avergonzado del triste papel que se le había querido hacer representar, pidió una licencia de dos meses para emprender un viaje á Campeche, á fin de introducir á la costa algunos artículos de comercio que escaseaban, forzando el bloqueo, que aunque de una manera irregular, habían establecido los franceses fuera del alcance de la batería de Santa Teresa.

Todo había concluído, es cierto, pero nos habíamos concitado la mala voluntad del pueblo; y un robo perpetrado la noche que la tropa estuvo alojada en el Palacio, descerrajando la carpeta del Secretario y llevándose algunos dineros, sin que se hubiera podido encontrar al autor del robo, hizo que á todos se nos tuviera por ladrones, en el concepto de la gente vulgar.

La asonada había abortado, es verdad, pero quedaba sembrada la semilla de la indisciplina y de la insubordinación, de

lo cual tuvimos la prueba más triste y patente dos días después, que se notaron síntomas muy serios y alarmantes de una sublevación en el cuartel de las compañías de Tlacotálpam, á las cuales fué preciso reducir al orden por medio de un alarde de fuerza, situando á la puerta de entrada las dos piezas de montaña cargadas á metralla, al mando del Teniente D. Valente Cruz, y hacerlas regresar, después de desarmarlas, al punto de su procedencia, en las altas horas de la noche.

Los resultados de esta asonada tuvieron aún más tristes consecuencias. El entusiasmo decayó por completo, cundiendo rápidamente en todo el territorio ese malestar que en Alvarado se sentía, y notándose por todas partes movimientos muy significativos contra la conservación del orden y la obediencia al Gobierno de la República. La deserción en todos los centros principales aumentaba día á día, y en Alvarado apenas teníamos poco más de cien hombres en quienes se pudiera tener confianza.

Entonces resolvimos elevar una exposición de hechos á la Superioridad, y el Capitán de caballería D. Luis Oropeza fué el comisionado para conducirla á Jalapa, partiendo en los primeros días de Septiembre en que le fué concedido el *pase* para regresar á la 1ª División del ejército de Oriente.

***

Bajo tales y tan poco halagüeños auspicios fué como llegó á relevar á Larragoiti el Coronel de caballería D. Mariano Lazcano, antiguo veterano del ejército de la República y hombre de toda la confianza de los Generales Zaragoza y Llave, que conocía palmo á palmo todo el territorio de Sotavento, en el que había prestado eminentes servicios durante la campaña de "Tres años." Lazcano llegaba investido con el carácter de "Jefe de la línea militar de Sotavento," y desde luego se ocupó de reorganizar todos los ramos de la administración pública, para lo cual poseía facultades y aptitudes poco co-

munes. De edad madura, de aspecto simpático, de un trato afable y correctamente cortés, se hacía querer de cuantos le conocían: á todos trataba con exquisita finura, y era muy conocido y estaba perfectamente relacionado, sobre todo en los Tuxtlas y Acayúcam: sólo era intransigente é inflexible en los asuntos del servicio público: tardío para tomar una resolución, porque siempre la hacía preceder de un estudio profundo, una vez tomada no era fácil que retrocediera.

Sus trabajos de reorganización fueron bruscamente interrumpidos, pues apenas comenzada tan laboriosa tarea, tres noches después se le presentaron D. Francisco Cabrera, Diputado á la Legislatura del Estado; D. Mariano Aguirre, Administrador de Rentas del Cantón de Acayúcam, y D. Cipriano García y D. Luis Rorete, acomodados agricultores de esa población, para participarle que tanto el Cantón de donde procedían como parte del de Minatitlán, habían alzado el estandarte de la rebelión, aprisionando y encarcelando al Comandante Militar D. Manuel Guerrero, impuesto por Larragoiti, á quien creían encontrar en Alvarado, pues hasta aquellos lugares aún no había llegado la noticia de su relevo. El movimiento tenía el carácter de local, y estaba capitaneado por un tal Sagredo, hombre de un valor á toda prueba, de antecedentes poco favorables, al decir de los recién llegados, é instrumento de personas influentes quisquillosas y turbulentas, mal avenidas siempre con todo principio de autoridad de cuya comunión estuvieran excluídos.

Preciso era restablecer el orden en aquellos puntos apartados del centro, de preferencia á todo lo demás que hubiera querido emprender, y á ese fin se encaminaron sus disposiciones, siendo la primera hacer marchar hacia allá al Capitán X..... cuya partida es el exordio de este "Recuerdo."

Conforme á las instrucciones reservadas de que era portador, Lazcano invitó á Larragoiti para que marchara al mismo Acayúcam, en cuya población residía su familia, despojado de todo mando en la línea de Sotavento; y en cuanto á Gas-

tañaga y á Allier, fueron dados de baja en el servicio, notificándosele al segundo que salía desterrado de la jurisdicción, bien apercibido de que, si veinticuatro horas después de notificado se le encontraba dentro de sus límites, sería pasado por las armas.[1]

XII

Dos días después del en que hubo marchado para Tlacotálpam el Capitán X..... y ya reorganizado el servicio militar y hacendario en Alvarado, emprendió su marcha el nuevo Jefe de la línea de Sotavento con dirección á San Andrés Tuxtla, desde cuyo punto se prometía dirigir las operaciones contra los revoltosos de Acayúcam y de Minatitlán. El mando de la plaza quedó confiado al patriota y entusiasta Comandante de batallón D. José María Villalobos, á quien todos llamábamos por cariño *el tío Villa*, y como Mayor de Ordenes el del mismo empleo D. Joaquín G. Güido.

El enfriamento patrio de los alvaradeños continuó tomando creces, y la deserción aumentaba, haciéndose más visible, por decirlo así, el descontento que allí reinaba exclusivamen-

1 Gastañaga volvió al servicio llamado por el General García, de quien era amigo y paisano, y tuvo un fin trágico; pues en un viaje que hizo con el referido General á la Barra de Goatzacoalcos por asuntos del servicio, se empeñó tenazmente en ir á reconocer un buque que entraba en el río en momentos qne el norte soplaba con verdadera furia. A pesar de que tanto García, empleando su autoridad, como los que lo acompañaban, hicieron todo empeño por que desistiera de tan descabellada idea, saltó á un *bengo*, y ya al llegar cerca del buque perdió el equilibrio y cayó al agua, sin que se supiera más de él.

Allier, respecto del cual circularon rumores de haberse unido al enemigo pocos días después de su destierro, apareció más tarde figurando su nombre en la lista de los condecorados con la "Cruz de 1ª clase," creada por el Congreso de la Nación, para los que combatieron sin descanso contra la Intervención y el Imperio. No sé en qué cuerpo de ejército serviría, pero es indudable que aquellos rumores fueron calumniosos, toda vez que fué distinguido con tan honrosa condecoración.

te en el pueblo, y la mala voluntad con que se prestaba á los pocos servicios que se le exigían.

En este estado de una tirantez irritante transcurrió el mes de Octubre y los primeros días de Noviembre; pero ya después del 8, cuando se tuvieron noticias exactas de que los franceses proyectaban una expedición por mar y tierra sobre la costa, las noticias alarmantes que circulaban á cada hora, determinaron una situación difícil y embarazosa para los defensores de las libertades patrias, y para los pocos hijos de Alvarado que con ellos habían hecho causa común.

El Comandante Villalobos carecía de instrucciones para este caso: los correos que enviaba de continuo al Coronel Lazcano no llegaban seguramente, puesto que no tenía noticias de él; y aunque los pliegos se enviaban por "cordillera," no se podía hacer responsable al individuo que los recibía en Alvarado: rumores á cual más siniestros venían á excitar más la atención pública, y como nunca se sabía de dónde nacían tales rumores, por más esfuerzos que la autoridad hacía para investigarlo, no era fácil apaciguar los ánimos, ni menos todavía apreciar la verdad de ellos.

El día 17 á eso de las seis de la tarde regresó de su expedición el Capitán X..... trayendo noticias satisfactorias del resultado de las operaciones contra los Cantones sublevados, é instrucciones reservadas para el Jefe de la plaza, dictadas *á priori* por el Coronel Lazcano, por lo que pudiera acontecer durante su ausencia, motivada por la necesidad que tenía de permanecer en los Tuxtlas, como el punto más céntrico y á propósito para atender al afianzamiento de la paz en los Cantones que acababan de ser sometidos por la fuerza de las armas.

No pudo desde luego comenzar á poner en práctica las instrucciones que traía, porque momentos antes que él había llegado el Comandante Carrau, autoridad militar de Tlalixcóyam, gravemente enfermo, en estado del todo desesperado de salvarlo, quien, por disposición de los oficiales que vivían

en el mismo alojamiento que el Capitán fué trasladado á él para atenderlo mejor. Desgraciadamente el Comandante Carrau falleció tres horas después de su arribo; y esto, y la fatiga y el cansancio de cuatro días con sus noches de viaje por el río, hicieron que por su parte también se retirara á descansar, velando á su amigo que acababa de morir.

El Comandante Villalobos, luego que supo su llegada, se apresuró á pasar á verlo; y tras la lectura de un pliego que le entregó:

—Cuando vd. guste, compañero,—le dijo con tono afable—podemos avisar á los Comandantes Güido y Enríquez, comprendidos en la disposión del señor Coronel, para determinar lo más conveniente; y cuanto antes, mejor, pues aquí estamos mal. Si nos arroja de hecho,—prosiguió con acento de cólera mal reprimida—lo estamos ya moralmente, pues nadie se presta ya para nada. Ni siquiera quieren vendernos pasturas para los caballos.

—Bien,—contestó el Capitán—mañana sepultaremos á nuestro amigo y compañero con todos los honores correspondientes á su empleo, y después del entierro, que será á las nueve de la mañana, según lo dispuesto por los facultativos, nos reuniremos en la Comandancia Militar. Entretanto,—continuó bajando la voz—al primero que propale una noticia alarmante, lo hará vd. reducir á prisión, dándome aviso. Es preciso desplegar mucha energía, pues á juzgar por lo que se me ha contado, las circunstancias son en extremo críticas. No dudo que el enemigo intente algo sobre Alvarado, como la llave de la costa; pero cuando sea un hecho, lo sabremos de una manera segura: recuerde vd. que tenemos agentes leales en Veracruz y en Medellín.

XIII

La muerte del Comandante Carrau fué muy sentida por sus compañeros de armas, en su mayor parte amigos y paisanos suyos.

Descendiente de una de las más antiguas y honorables familias de Veracruz, asuntos muy particulares lo llevaron á Tlalixcóyam, jurisdicción de Alvarado, donde vivió algunos años entregado á las labores del campo, dándose á querer de todos por su carácter, aunque serio y reservado, jovial dentro de los límites de la más perfecta caballerosidad. Joven, de elevada estatura, siempre correcto en el vestir, era altamente simpático por su figura, por sus modales y por su esmerada educación. A la sazón que la escuadra española iniciaba los efectos de la Intervención tripartita, Carrau desempeñaba las funciones de Presidente del Ayuntamiento de Tlalixcóyam; y ya por esta causa, ya guiado por su patriotismo como mexicano, luego que la ocupación de Veracruz fué un hecho, excitó el amor patrio de los bravos tlalixcoyanos, quienes empuñaron las armas para defender el suelo que los vió nacer, con el mismo entusiasmo que sus antepasados abrazaron en masa la causa de la insurgencia para librarla de la dominación ibera.[1]

Luego, cuando por las circunstancias se *militarizó* el país, Carrau fué investido con el carácter de Comandante militar de toda aquella región, que desempeñaba de una manera satisfactoria. Una penosa enfermedad se apoderó de él, y puesto en manos de uno de tantos charlatanes que ejercen la me-

1 Fueron tlalixcoyanos los héroes de la famosa jornada del 29 de Junio de 1812, librada á la vista de Veracruz entre las tropas realistas y las independientes, y en la cual quedaron prisioneros todos los soldados españoles y los *chaqnetones*, que escaparon al furor de los segundos. Según refiere la leyenda, nn copioso aguacero que cayó al terminar esta jornada, hizo que corrieran en abundancia las mezquinas aguas dé "El Caño del Fraile" tintas de la sangre de los que allí encontraron la muerte. Los insurgentes estaban mandados por los temibles Capitanes D. Félix Hernández y Juan Eslava ó Islava, y se batieron á *machete limpio*, según la expresión gráfica del primero de estos jefes, á quienes conocí ya en las postrimerías de su vida. Esos prisioneros fueron los mismos que noblemente perdonó en Medellín el benemérito General D. Nicolas Bravo, y cuyo hecho no tiene igual en la historia de ningún pueblo del universo.

dicina á título de *curanderos*, pronto conoció que la muerte llegaba á pasos agigantados. Entonces se hizo trasladar á Alvarado, en busca del alivio á sus padecimientos, llegando minutos antes que el Capitán X..... Este, y sus amigos y compañeros lo atendieron eficazmente: los tres médicos que allí había fueron presurosos á asistirlo: era tarde; era inútil. Carrau era ya poco ménos que un cadáver, y tres horas después de su arribo, sus amigos le cerraron los ojos piadosamente para velarlo hasta el último momento.

Así fué. Los oficiales francos y algunas personas de la población con quienes llevó amistad, acompañaron el cadáver durante casi toda la noche, aumentando el número de los asistentes al entierro, que tuvo lugar al siguiente día entre diez y once de la mañana. Cuatro sargentos cargaron la urna, cubierta con el pabellón nacional; cuatro capitanes llevaban las bandas, y la compañía de "Reemplazos," única fuerza disponible que nos quedaba, cerraba el cortejo fúnebre, que presidían el Jefe de las armas en representación del Coronel Lazcano, y el Mayor de Ordenes de la línea militar. En los momentos de bajar el féretro á la fosa se le hizo la descarga de Ordenanza.

La comitiva se retiró triste y silenciosa; presentía que aquel compañero querido á quien habían acompañado hasta el último instante iba á quedar del todo abandonado en suelo hospitalario pero extraño, porque pronto lo abandonaríamos nosotros también, quizás para no volver más.

¡Duerme en paz, querido Enrique! El destino te privó de ver un día triunfante la bandera que juntos defendimos, pero también te ahorró la vergüenza de ver profanado el territorio que nos legaron nuestros mayores por un extranjero audaz, protegido por la infamia y la traición.

XIV

En las primeras horas de la mañana del 18, cuando aún no se despejaba del todo el horizonte, y el crepúsculo matutino

apenas iba cediendo á los pálidos rayos de un sol de invierno, Pomposo, el asistente del Capitán X..... se le acercó con pasos cautelosos, y de una manera apenas inteligible le dijo al oído:

—Mi Capitán, tratan de *cogernos* á todos.

—¡Cómo!—interrogó el Capitán también á media voz, y sin dar muestras de sorpresa alguna.

—Al ir á salir por la puerta que da al río, por las ruinas de la "Fábrica"—respondió el asistente—la encontré cerrada de firme: salí por la tienda, y he visto que esa y las demás puertas de la calle están *condenadas* por la parte de afuera. Ya las volví á abrir.

—Cuidado con hablar de esto con nadie, y mucha atención para ver si descubrimos á los que intentan encerrarnos. Vete.

El asistente se marchó.

El Comandante Villalobos que sospechó algo de lo que se hablaba, se acercó á su vez al Capitán.

—¿Ocurre algo nuevo?—preguntó.

—Poca cosa.—Respondió aquél.—Salga vd., y á pretexto de dar las últimas órdenes para el entierro de Carrau, llévese á Enríquez y á Güido, y espérenme un momento en la Comandancia militar.

Villalobos y los oficiales antes designados salieron, no sin que los demás fijarán un tanto su atención: tal era el estado de alarma, que aun á lo más insignificante y común se le daba proporciones extraordinarias.

El Capitán X..... salió minutos después, ofreciendo volver con toda oportunidad para asistir al entierro en unión de los que antes habían salido.

—¿Qué pasa?—le preguntaron casi al mismo tiempo Villalobos y sus compañeros, luego que se entró á la Comandancia militar.

—Poco en la forma y mucho en el fondo—contestó.

Refirioles en seguida lo que le había comunicado su asistente.

—Como vdes. comprenderán,—prosiguió después—eso no pasa de una amenaza pueril y ridícula, propia, á lo más, para espantar niños, pero no para atemorizar hombres; es preciso, sin embargo no dormirse.

—Pues viene bien esto con la noticia que recibí hace un momento por una mujer, la cual dice que los franceses llegaron anoche á "Mondinga."

—Eso no puede ser, y..... ¿dónde está esa mujer?

—Detenida.

—Haga vd. que venga.

Villalobos dió sus órdenes, y á poco se presentó una pobre ranchera toda trémula y acobardada. Se le interrogó sobre su dicho, y contestó que ella lo había sabido por un *zacatero* que venía del "Llano." Se buscó al zacatero y momentos después fué también interrogado.

El resultado fué que el tal zacatero era uno de tantos malquerientes, que se ocupaba de esparcir noticias de sensación con el objeto de alarmar á la poca tropa que teníamos, y de esa manera prepararla á la deserción. Se le puso preso é incomunicado inmediatamente, no porque fuera preciso, sino para que sirviera de escarmiento á los propaladores de noticias falsas que tanto mal hacían.

—Ya es tiempo de obrar—continuó el Capitán cuando hubo desaparecido el preso—conforme á las instrucciones que tengo, y á las cuales se refiere el pliego que entregué á vd. anoche, señor Comandante; el compañero Enríquez debe partir inmediatamente para Tlacotálpam á hacerse cargo de aquella Comandancia Militar: Güido se hará cargo hoy mismo de la Mayoría de Ordenes de la línea: yo asumo el carácter de Jefe del Estado Mayor, y como tal, vd., compañero Villalobos, recibirá instrucciones por mi conducto, y hará ejecutar las que yo le comunique y tengo en calidad de reservadas. Aquí están los nombramientos respectivos,—agregó sacando unos pliegos cerrados, y entregándolos á sus compañeros,—y aquí el que me confiere el cargo de que he hecho mención.

Villalobos, Enríquez y Güido se impusieron del contenido del pliego que cada uno había recibido.

—Dispondrá vd. que por la orden del día se haga saber lo dispuesto,—continuó el Capitán—y ordenará vd. también al Comandante de la Guardia Nacional de aquí, que acuartele hoy mismo á su gente y dé parte detallado de la fuerza que haya disponible para entrar en campaña.

—Por mi parte,—dijo gozoso el Comandante Enríquez—voy á entregar mis "Reemplazos" al Capitán Zamora, y en seguida me marcho; y por si no nos viéremos ya, adiós.

En efecto: una hora después pasaba el río en una canoa, miéntras que su cabalgadura, una magnífica yegua baya lavada, que tenía el belicoso nombre de "Metralla," hendía arrogante y sin fatiga las aguas del anchuroso río, para salir al pie del "Alto Simón." Todo lo demás se efectuó según estaba ordenado por el Coronel Lazcano, y el día se pasó tranquilo hasta donde era posible estarlo entre gentes á quienes, en su mayor parte, se podían reputar como enemigos.

XV

En algún párrafo de esta relación he hecho mérito de algunas personas principales, hijas de Alvarado, que eran enteramente adictas á la causa nacional, y entre ellas he nombrado á D. José Ruiz Parra. En efecto, este caballero, ya como simple ciudadano, ya como empleado federal que era, no escaseó nunca sus servicios durante el tiempo que permanecimos en Alvarado: su casa era el punto de reunión de los jefes y oficiales á quienes había distinguido con su amistad; y en las noches, particularmente, la escogida sociedad de señoritas y caballeros que allí se reunía, pasaba alegres ratos, ya en grata y amena conversación, ya jugando *lotería de cartones*, ya haciendo rifas de objetos que algunas veces servían para obsequiar á alguna de las que formaban la tertulia, y

otras para utilidad del agraciado. Estas reuniones habían languidecido algo debido á las circunstancias por que atravesábamos, pero no habían terminado.

En la noche del día que tuvo lugar la inhumación del cadáver del Comandante Carrau, aunque la tertulia estaba poco animada, se dispusieron á jugar loterías, notándose la ausencia de Villalobos, á quien el Capitán X..... había confiado una comisión.

Cerca de las nueve llegó á la puerta de la casa el referido Comandante, y después de saludar en lo general rogó al Capitán que lo escuchara un momento: éste pidió sus escusas y á su vez salió.

—Ahí está un hombre que me remitieron de la guardia del "Camposanto,"—le dijo luego que estuvieron algo alejados—asegura que viene de Medellín, pero no ha querido decir quién lo envía, pues se empeña en que quiere hablar con vd., y lo he hecho conducir á la Comandancia militar.

—Vamos, pues,—contestó lacónicamente el Capitán.

Cuando llegaron á la Comandancia se encontraron con un desconocido perfectamente vigilado por dos centinelas. Estos se retiraron por orden del Capitán, y cuando quedaron solos:

—Pancho,—dijo al recién llegado—¿cuándo saliste de Medellín? ¿Cómo quedó mi familia?

El interpelado era, efectivamente, un sirviente del "Hotel de San Pablo," de Medellín, y hombre honrado y leal á toda prueba.

—Señor, salí anoche por orden del Sr. D. Pablo, para avisar á vd. que la expedición de los franceses debe haber salido en la madrugada de hoy: yo he caminado de prisa, porque sospecho que á esta hora deberán estar ya en "la Piedra." Según he sabido las guerrillas de Domínguez y del Capitán Cuesta fueron derrotadas en el "Monte del Castillo." Por casa todos están bien.

—¿Y se sabe algo de la expedición por mar?

—Se asegura en Veracruz que saldrá mañana, pero dudo que así sea, pues como vd. ve está amenazando norte.

—Bien, quédate aquí, pues no es prudente que vayas á dormir á mi alojamiento. Señor compañero,—agregó dirigiéndose á Villalobos—recomiendo á vd. á este muchacho para que se le gratifique y duerma aquí. Cuando hayas descansado,—continuó volviéndose al emisario—puedes marcharte: no conviene que nos vean juntos, y cuida de decir á nadie que has venido á buscarme. A la familia, que estoy bien. Adiós.

Estrechó fuertemente la mano de Pancho, é indicó al Comandante que le siguiera. Ya en la calle, el Capitán, verdaderamente conmovido, dijo á su compañero:

—Esto es terminado, Comandante: volvamos á la casa de nuestro buen amigo Ruiz. Cuando concluya la diversión, dé vd. órdenes personalmente á Zamora para que se disponga la marcha de "Reemplazos" á la hora que se le indique: que guarde sigilo, y que la tropa quede rigurosamente acuartelada. En cuanto al batallón de Guardia Nacional, dará vd. á su Comandante igual orden á las seis de la mañana por escrito.....

—¿No cree vd! que sea demasiado tarde, y que no tengan tiempo *los muchachos* para prepararse?—interrumpió Villalobos.

—No: si lo hiciéramos ahora, dentro de cinco minutos lo sabría la población entera, y quizás tendríamos que pasar un mal rato, ó que hacérselo pasar á ellos. Además.....—prosiguió con acento de convicción—tengo la creencia de que se han de negar.

Llegaron á la casa del Sr. Ruiz.

Allí eran esperados con ansia, según podía deducirse del movimiento de curiosidad que se produjo en toda la reunión; y aun podía decirse que todos interrogaban con la vista.

Ni uno ni otro dijeron una palabra, no hubo quien la pronunciara respecto al asunto del día: la tertulia continuó hasta las diez de la noche, que era la hora habitual en que ter-

minaba. La despedida fué silenciosa y triste, por decirlo así; como si todos presintieran que aquella era la *última reunión.*

El Capitán se dirigió á su alojamiento seguido de los oficiales que con él vivían y del Mayor de Ordenes que, alojado en el hotel de Vives, tenía costumbre de acompañarlo siempre hasta su casa.

—Señores—dijo á sus compañeros ya dentro, después de haber cerrado la puerta—vamos á alistar nuestros equipajes, pues salimos mañana entre diez y once rumbo al "Mesón:" tales son las instrucciones que tengo del Coronel. El enemigo debe haber salido en la madrugada de hoy de Medellín con una columna que no podríamos resistir, pues trae 600 hombres y cuatro obuses. La "Tempette," la "Foudre" y el "Tonnerre" llegarán también; pero como es seguro que el norte habrá arreciado de aquí á mañana, no es posible que pasen *la barra*, y por lo mismo tenemos tiempo de abandonar la población. Capitán Mnñoz,—añadió dirigiéndose á uno de los oficiales—encárguese vd. de embarcar nuestras dos piezas de artillería, así como el parque y armamento sobrante, poniéndose de acuerdo con el Comandante Villalobos; y tú, querido Joaquín,—prosiguió dirigiéndose al Mayor de Ordenes—habla también con él para comunicar la última orden del día, con arreglo á las instrucciones que ya ha recibido. Es probable que se nos nieguen canoas suficientes para pasar el río; pero, nada de consideraciones: por bien ó por fuerza, preciso es que pasemos al otro lado antes de las once, ya que en lo general se nos trata como enemigos. Dicta tus órdenes respecto á la guarnición del "Fortín," de modo que esté aquí con toda oportunidad para emprender la marcha. Ahora, hasta mañana.

Todos se retiraron.

El Capitán quedó sólo con dos ó tres oficiales de los que vivían con él: llamó á su asistente y le ordenó que ensillara su caballo, lo mismo que el suyo propio. El Capitán Ehlers y el Teniente Toro ensillaron personalmente sus cabalgadu-

ras á invitación del Capitán, y juntos salieron á la playa, allí les comunicó que las noticias que tenía eran remitidas por persona de entera confianza, ocultándoles que se las había comunicado por un enviado, quien, efectivamente, al despedirse de él en la Comandancia, y sin que lo notara el mismo Villalobos, había dejado entre sus manos un *cañón de pluma*, dentro del cual había una tira de papel escrita.

—Ahora mismo se ponen vdes. en marcha para "Barra Vieja;" tienen el santo y seña para que la guardia del puesto de salida les permita el paso, y espero que á las siete de mañana estarán de regreso para traernos noticias exactas del punto en que haya pernoctado el enemigo.

Los dos oficiales siguieron á lo largo de la playa para volver á salir de la población por calles apartadas, y el Capitán X..... se dirigió á "Santa Teresa," de donde regresó dos horas después.

Luego que abandonó el fortín, la tropa toda desmontó las cuatro carronadas que defendían el punto, y envueltas en petates fueron enterradas con sus proyectiles, bajo la dirección de dos artilleros alvaradeños, los hermanos Francisco y Victoriano Mora, que fueron fieles hasta la conclusión de la campaña. Sólo ellos conocían el lugar donde las ocultaron.

El parque, perfectamente abrigado, fué conducido al interior de la población.

Cuando se dió el toque de diana, la compañía de artilleros, sin faltar uno, estaba formada en los corredores del Palacio Municipal.

XV

Amaneció el 19.

El viento norte soplaba flojo, pero con tendencias á arreciar, y la tersa superficie del anchuroso río comenzaba á hincharse poco á poco, al paso de las rachas, no fuertes aún, que la azotaban.

Triste y nebulosa se presentaba la mañana, y los pálidos y

amarillentos reflejos del sol anunciaban que su visita sería muy pasajera.

Ya á orillas del río, y sobre el muelle, se veían algunos fardos de forma irregular que contenían fusiles y cajas con parque, y desmontadas las dos pequeñas piezas de artillería. Las monturas y los caballos de los dragones que componían la escolta del Coronel en Jefe, esperaban también, algo más distantes, la hora del embarque; y frente al hotel, un grupo de ochenta y siete infantes con sus oficiales á la cabeza y la mochila á la espalda, descansaban sobre las armas en espera de la orden de pasar á la ribera opuesta.

Algunos pocos curiosos formaban corrillos aquí y allá, y otros, para ver mejor el embarque, habían asaltado la cubierta del pailebot "El Huracán," que se disponía á abandonar el puerto, temeroso su dueño, D. Emeterio Ruiz, de que los franceses, al llegar, lo declararan buena presa, ó cuando menos, lo ocupara para algún servicio extraordinario.

Las calles estaban desiertas, y cerradas la mayor parte de las casas y muchos establecimientos mercantiles.

En el balcón de la Comandancia Militar, frente al río, estaban el Mayor de Ordenes, el Secretario de campaña del Coronel en Jefe, el mismo Villalobos y el Comandante Zamudio, que acababa de regresar de su expedición mercantil á Yucatán, y que debía marchar con nosotros formando parte de la sección de operaciones por orden superior. También estaba allí el Doctor Jhon Seamen, facultativo del Cuerpo Médico militar del ejército del Norte de los Estados Unidos, prisionero en una de las batallas en que la fortuna sonrió á los separatistas al mando del General Lee, y que, habiéndose podido evadir de su prisión, pasó á Alvarado por Minatitlán, ofreciendo desde luego los servicios de su profesión, lo cual no estaba resuelto aún.

En la Plaza de Armas, los fusiles en pabellones, estaba la Guardia Nacional; pero los murmullos que se oían en las filas,

el gesto torvo y ceñudo de sus jefes y oficiales, auguraban mal para la expedición.

Ni un bulto de equipo, ni una mochila, ni nada que indicara la proximidad de una marcha: más parecía que estaba allí para presenciar el abandono de la población, que para ir á defender el territorio nacional.

Todo estaba listo, todo dispuesto; pero en toda la extensión que la mirada podía abarcar, no se distinguía una sola canoa, pequeña ó grande, para hacer el trasbordo, y el tiempo pasaba velozmente, á proporción que el norte aumentaba el volumen de las aguas del río.

Poco menos de las siete serían cuando llegaron, cual si regresaran de un paseo matutino, Ehlers y Toro, acompañados del Capitán D. Felipe Cano y del Teniente D. Juan Sánchez, dado de alta tres días antes.[1] Llegaron á la Comandancia, y echando pie á tierra se dirigieron al grupo de jefes.

—¿Y bien?—interrogó Villalobos.

—Están en "Mondinga" desde anoche, y probablemente proseguirán hoy para acá, á pesar de que, según noticias que nos ha dado *tío Mojica*, que ha venido con nosotros, parece que esperan algo para avanzar.

El *tío Mojica* era un anciano alvaradeño que prestó al principio buenos servicios, pero que se había enfriado algo su patriotismo con motivo del malhadado negocio del ganado, en el cual había sido la principal víctima un su compadre llamado *tío* Chávez.

—No hay remedio entonces—contestó el Capitán—apresu-

1 D. Juan Sánchez, de Alvarado, y D. Miguel Cházaro, de Tlacotálpam, se encontraban educándose en Paris cuando llegó allí la noticia de la derrota del 5 de Mayo de 1862, y ambos jóvenes al ver los preparativos que la Francia hacía contra México, su patria, abandonaron sus estudios y regresaron para alistarse como soldado el primero. El segundo se retiró á la vida de familia en Tlacotálpam, dedicándose al comercio, luego á la agricultura y más tarde al magisterio, fundando el Colegio Preparatorio de Tlacotálpam. Sánchez, ya Capitán, y funcionando como Comandante del resguardo en Alvarado, fué asesinado durante la revolución de Tuxtepec.

remos la marcha, señores: ya no hay vergüenza en que nos retiremos, porque esto es lo que aconseja la prudencia: nos retiramos, no huimos. Compañero Villalobos, mande vd. arriar la bandera y llévela vd. consigo; no se dirá que al abandonar el territorio abandonamos el pabellón nacional. Vámonos.

Las palabras salían entrecortadas y vibrantes de los labios del Capitán.

Todos salieron de la Comandancia sin hablar una palabra, encomendando al americano que recogiera las llaves de la casa para devolverlas á su dueño.

—Capitán Cano,—prosiguió X..... ya en la calle—vd. que es de la tierra, á todo trance proporcione las canoas necesarias; y vd., Teniente Sánchez, ordene al Comandante de la Guardia Nacional que avance con su fuerza para abrir la marcha.

Los dos partieron para cumplir su comisión. El primero que regresó fué Sánchez, trayendo la noticia triste, pero no inesperada, de que *el batallón ni marchaba ni entregaba las armas, que se reservaban para cazar en el monte* [textuales], *toda vez que por causa nuestra iban á quedar sin tener en qué ganar nada.*

Esta noticia causó profunda sensación de disgusto en todos los que la oyeron, y los fieles alvaradeños que allí estaban enrojecieron de vergüenza. Nadie contestó una palabra, y sólo el Capitán murmuró con sordo acento:

—¡Está bien! Ya lo esperaba, y sólo siento que no tengamos fuerzas suficientes para obligarlos á entregar el parque y armamento que nos van á hacer mucha falta.

Una hora después regresó el Capitán Cano anunciando la llegada de dos hermosas piraguas y una canoa viajera, habilitadas de todo, y que á fuerza de amenazas y de ruegos, y previo el pago efectivo de un alquiler tan exorbitante que más parecía un robo, había podido conseguir, tomando de éste un remo, de aquél un timón, y así lo demás. Lo que no se pudo haber fué quienes las sirvieran, pero entre la tropa y los al-

varadeños que nos acompañaban se formó la dotación para conducir cada una de las embarcaciones.

—Son las ocho,—prosiguió diciendo cuando hubo acabado de explicar cómo y á qué precio había podido conseguirlas —y es cuestión de tres horas, porque ya está algo *bravo* el río: primero que pase la caballería, el parque, el depósito y las dos jeringuitas (así llamaban á nuestros dos pequeños cañones), antes que *suba* más el viento: luego la infantería y la artillería, y á lo último nosotros. Las cañoneras francesas no pueden llegar hoy porque ya á esta hora está *cruzada la barra:* así es que nos sobra tiempo antes que el norte nos impida pasar, ¿le parece á vd? Después veremos lo que se hace con las piraguas y con la canoa. [1]

El Comandante Zamudio, á quien iba dirigida la última pregunta, en su calidad de marino, aprobó en todas sus partes la opinión de Cano, que era marino también.

XVI

Todo se hizo como lo había propuesto el Capitán Cano, y felizmente; á pesar de que el norte iba arreciando no hubo accidente que lamentar, no obstante que haciéndose los viajes cortando la corriente de través, había peligro de zozobrar.

En los momentos del embarque se presentó un pequeño grupo de alvaradeños á ofrecer espontáneamente sus servicios, que desde luego fueron admitidos por el Comandante Villalobos.

Este y Güido pasaron el río á su vez, lo mismo que Zamudio, quien debía proseguir su marcha hasta San Andrés Tuxtla para conferenciar con el Coronel Lazcano.

1 Abandonadas las tres embarcaciones en la ribera opuesta, por no haber quien las regresara, la fuerza del viento y el empuje de las corrientes las azotaron furiosamente contra la playa, donde permanecieron medio varadas hasta que el curso de las aguas las hicieron llegar á la *barra*, saliendo luego al mar, donde probablemente se perderían ó irían á pique.

—¿Y tú?—preguntó Güido á X..... al tiempo de embarcarse.

—Yo,—contestó X.....—marcho á Tlacotálpam para rendir el parte detallado de lo acontecido y esperar allí órdenes. No es difícil que pronto nos volvamos á ver. ¡Adiós!

Y tomando la escala del "Huracán," que sólo á él esperaba para remontar el río hacia Tlacotálpam, se instaló á bordo, desde donde presenció el desembarque y marcha de sus amigos y compañeros.

.....

La población quedó, pues, abandonada; y á excepción de los buenos amigos que en otra parte he nombrado, y que llegaron para despedirse de nosotros, nadie se acercó por allí, avergonzados tal vez de su mal comportamiento.

Muchos hubo que se alegraron, que vieron como un bien nuestra marcha; pero muchos también que se arrepintieron de su mal proceder.

XVII

Tales fueron las fatales consecuencias que nos trajo la infamia con que se procedió en el negocio del ganado, que á nadie fué provechoso, preparado con tanto estudio para hacer de Alvarado un centro general de operaciones, y que sólo hubiéramos abandonado por la fuerza de las armas, pero sin el auxilio de los que después hicieron causa común con el extranjero invasor.

La justicia y la verdad me obligan á manifestar, y lo hago con gusto, que además del Comandante Zamudio, Capitán Cano y Teniente Sánchez, y los artilleros Victoriano y Francisco Zamudio, nos acompañaron y prestaron buenos servicios durante la campaña, Santiago Tiburcio, Sotero Rojas, y José y Amado Cuello, agregándose después en "Punta de Arena," Miguel Mendoza, hijo del anciano y patriota alvaradeño D. José María del mismo apellido, radicado en este último punto, y á quien todos llamábamos, por cariño, y siguiendo la costumbre general del país, "El Tío Abuelo."

ACAYUCAM Y MINATITLAN.

Disturbios locales en ambos Cantones.—Aprisionamiento del Comandante Militar del primero, y pronunciamiento sin objeto político de Sagredo.—Operaciones militares para restablecer el orden.—El Cura Sandoval.

I

CUALQUIERA que en la noche del 31 de Octubre al 1º de Noviembre de 1862 hubiera tenido el poder de la ubicuidad, y encontrádose á la vez en los caminos que conducen á Acayúcam partiendo de San Juan Evangelista, San Andrés Tuxtla, Jaltípam y Chinameca, habría podido notar que, guardando el más profundo silencio, interrumpido apenas por el sordo ruido de las pisadas, las cuatro avenidas se hallaban ocupadas por grupos de tropas que parecía se dirigían á un mismo punto: á Acayúcam.

Y así era en efecto.

Retrocedamos ántes de proseguir.

A la revuelta insidiosa y revolucionaria que había tenido lugar en Alvarado el día 16 de Agosto del propio año, y qué quedó impune desgraciadamente, se sucedió otra en la villa de Acayúcam el día 1º de Octubre siguiente, promovida por los descontentos sempiternos que por entonces, y de mucho tiempo atrás existían en ese Cantón, al cual mantuvieron en constante desorden, siendo origen de continuos robos y asesinatos que llegaron á darle una fama nada envidiable por cierto.

Los tales revoltosos, casi todos personas de suposición y de algún valer, no aspiraban á otra cosa que al dominio perpetuo de los puestos públicos, y al de la gente pobre y laboriosa, á quienes estorsionaban y estafaban en su trabajo, pretendiendo tratarlos como cosa de su exclusiva propiedad; y de ahí, que siempre que el Gobierno ponía al frente del Cantón hombres de energía, de entereza y de probidad, el puñal, el veneno ó una bala inesperada, pusiera fin á su existencia de una manera villana y traidora, á menos que se asimilaran á las ideas de aquellos revoltosos, ó que buscaran la salvación en la fuga, abandonando el puesto precautoria y furtivamente.[1]

No se crea, sin embargo, que esos hombres daban la cara, no: todos los conocían, pero todos sabían también que si eran los *jefes*, gente de baja condición, pero no menos inquieta, turbulenta y malvada, eran el instrumento de que se valían para llevar á efecto sus inicuos atentados contra la moral, la tranquilidad y el bienestar públicos. Tampoco se crea que no había allí hombres capaces de contener esos desórdenes; sólo que, estando en una lamentable minoría, no sólo no podían impedir tamaños desmanes, sino que, de intentarlo, habrían sido inmolados á la saña y al rencor de sus contrarios.

D. Francisco Cabrera, D. Salvador Román, D. Juan Pe-

1 El General D. José M. del Toro ejerció allí durante algún tiempo el mando de las armas, haciéndose querer de toda la población por su comportamiento caballeroso, recto, honrado y justiciero. Llamado por el Gobierno para conferirle otro empleo de más categoría, la víspera de su partida fué obsequiado por sus numerosos amigos con un suntuoso banquete de despedida, al cual concurrió lo más florido de aquella sociedad. A los postres se sintió indispuesto, teniendo necesidad de retirarse á su casa antes de concluir el festín, y esa misma noche murió víctima de un tósigo, sin que se hubiera podido averiguar nunca quién fué el autor de tan alevoso asesinato.

D. Francisco Hernández y Hernández, al recibir el título de abogado, pasó á Acayúcam para desempeñar el Juzgado de letras, pero tuvo que huir noches después á causa de haberle disparado dos tiros, encontrándose en el corredor de su oficina, cuyas balas fueron á clavarse en la pared, á poco más de la altura de su cabeza. Otro tanto sucedió al Jefe Político D. Pedro X..... á quien rompieron una pierna de un balazo.

reyra, los hermanos Limón, platero el uno y el otro zapatero, D. Luis Rosete, D. Cipriano García, D. Mariano Aguirre[1] y otros que vivían honradamente de su trabajo, lamentaban secretamente el estado de constante revuelta en que traían al Cantón los Collazo, los Rodríguez, los Sagredo y otros más cuyos nombre no es fácil recordar después de transcurridos más de veinte años.

Por entonces, el jefe de los revoltosos, es decir, el que servía de maniquí al *comité revolucionario*, era un ranchero, D. Juan Sagredo, cuyos principales oficiales eran dos de sus hijos, de malísimos antecedentes y de feroces instintos, según lo decían cuantos los conocían; y sin embargo, Sagredo padre no era un mal hombre en el fondo, según la opinión general; pero su ignorancia y su ambición lo habían hecho convertirse en instrumento de aviesas miras y bastardas pasiones, y por su valor personal había llegado á ser el terror de todo el Cantón. Constaba, sin embargo, que jamás había matado á nadie.

La incalificable invasión del territorio mexicano por parte de las potencias europeas, aliadas en virtud de la Convención tripartita, había ofrecido ancho campo á semejantes entes para pretender proseguir su obra de dominación, calculando la débil acción del Gobierno en circunstancias tan anómalas, y tratándose de lejanas comarcas; y si á esto se agrega el poco ó ningún tino que tuvo el Teniente Coronel Larragoiti, cuya conducta era allí muy conocida, para poner al frente del Cantón al Comandante D. Manuel Guerrero, una de sus hechuras, se comprenderá fácilmente que cualquiera circunstancia sirvió de buen pretexto á aquellos para levantar el estandarte de la rebelión, de acuerdo con algunos descontentos de Mina-

1 Este señor, que fué Administrador de Rentas hasta la ocupación de Acayúcam por los franceses, prestó muy buenos servicios á la causa de la República: luego, denunciado calumniosamente por uno de sus enemigos como simpatizador del Imperio, tuvo que huir y refugiarse en Veracruz, aliándose luego al enemigo en Alvarado: murió en la mayor miseria.

titlán, que más por conveniencias muy particulares que por otra cosa, hicieron causa común con los de Acayúcam.

En justicia debemos confesar que Guerrero era el menos á propósito para desempeñar el puesto que se le encomendó. Sin experiencia, sin dotes gubernativas, obedeciendo ciegamente á su capricho, ó al de las personas de su familia, pronto se concitó la mala voluntad de todos, porque en realidad no pasaba de ser una nulidad.

Así, pues, el día 1º de Octubre estalló un movimiento revolucionario capitaneado por Sagredo, sirviendo de pretexto el rumor que circuló de que Guerrero *iba á echar leva* para enviar refuerzos de gente al Cuartel general de Alvarado. Guerrero fué encarcelado, dispersada la Guardia Nacional que en muy corto número por cierto, existía allí, y ocupados los puestos públicos por los mismos revoltosos, quienes por sí y ante sí se declararon libres é independientes de hecho. A esto era á lo que aspiraban los promotores: á no reconocer más autoridad que la suya propia.

Contaban con la impunidad de lo de Alvarado, con el desprestigio y la impotencia de Larragoiti y de Gastañaga, con la falta de recursos, con la escasez de fuerzas en el Cuartel General que no podía disponer de un solo hombre para reducirlos al orden, ni con un centavo para poder pagar tropas si las hubieran podido levantar; y sobre todo, contaban con la audacia y valor, justo es decirlo, que siempre caracterizó á los hijos de Acayúcam. Tenían además, á su favor, el retraimiento hasta cierto punto natural y disculpable, de aquellos que podían oponerse á sus designios, pero que no lo hacían por falta de elementos y por temor también: hombres de sentimientos patrióticos y honrados, ninguno era de armas tomar.

No querían ser víctimas inútiles del furor de sus enemigos, y en esto tenían razón.

Pero no contaban con que Larragoiti había sido relevado del mando superior, y que el nuevo Jefe no era hombre que

se dejaba amedrentar por revoltosos del orden vulgar, de la especie de los que allí se habían declarado señores feudales, dueños de vidas y haciendas de la época de la Edad Media.

No contaban tampoco con que las demás poblaciones de la Costa viesen con desprecio sino con indignación aquel movimiento revolucionario, promovido por despreciables ambiciosos y secundado y capitaneado por gente de mal vivir, registrados todos ellos en la matrícula de la cárcel pública.

II

Cabrera, García, Aguirre y Rosete pudieron escapar durante la noche, dirigiéndose sigilosa y violentamente á Alvarado, corriendo no pocos peligros dentro del Cantón por los numerosos espías que los pronunciados tenían en los caminos inmediatos á la población. [1] A su llegada al Cuartel General se encontraron con el nuevo Jefe, antiguo amigo y compañero de diputación en la Legislatura del Estado, del primero de los recién llegados, y á él le dieron parte de lo ocurrido, regresando á Tlacotálpam luego que el Coronel Lazcano les dió todas las seguridades de qne pondría pronto remedio al mal.

Desgraciadamente las circunstancias en que encontró la Costa, no eran las más á propósito para proceder con la actividad y la violencia que el caso requería. De momento, y como se recordará, envió á su ayudante y secretario de campaña el Capitán X..... á Tlacotálpam, con pliegos reservados que allí debía abrir y leer; y él se trasladó dos horas después

1 Entre estos espías había un tal Baruch, hijo de un honrado industrial de nacionalidad francesa, y hombre de *dos caras*, que tanto se prestaba á servir á los pronunciados como á las tropas del Gobierno, y otro un bandido de apellido Limón, que aparecía como vendedor de jabón en el camino, y cuya sola presencia puso en alarma á todos los habitantes de aquellas comarcas hasta Nopalápam, de donde huyó al tiempo de llegar, para no caer en poder de la caballería de Fronguti.

al Cantón de los Tuxtlas, como lugar más próximo á Acayúcam, y donde podía contar con gente y con recursos para dictar las órdenes que fueran necesarias.

El referido Capitán, según las instrucciones contenidas en el pliego que le había sido entregado, avanzó hasta Nopalápam, en cuya hacienda puso á su disposición ochenta caballos el Comandante D. Bernardo Juauyutli, quien además se hizo cargo de mandar violentamente y por caminos estraviados, los pliegos que condujo para la autoridad legal de Minatitlán; y en virtud de lo cual, el Capitán D. Emilio Alvarez se situó con una compañía de infantería en Jaltípam, en tanto que el del mismo empleo D. Indalecio Mendoza, tomaba posición en Chinameca, de donde se reunirían el día y en la dirección que oportunamente se les mandara. El mismo Coronel, con otra fuerza de infantería también, al mando inmediato de los Capitanes D. Manuel Zavaleta y D. Rafael Carrero, emprendió la marcha hasta la hacienda de "Corral Nuevo."

El día 28 del mismo mes, tres correos extraordinarios llevaron las últimas órdenes á los jefes citados, y de ahí que en la noche del 31 de Octubre al 1º de Noviembre se verificara el movimiento militar indicado al principio de esta narración, en los cuatro caminos que convergían á la cabecera del Cantón, que era el centro de operaciones de los insurrectos.

El Capitan X..... con sesenta ginetes, pernoctó durante dos horas en la "Cruz del Medio" para continuar su movimiento de avance hasta "Conejo" y encontrarse allí á las tres de la mañana: Alvarez se llegó hasta "Soconusco, "Mendoza á "Toposculapa," y el Coronel se situó en "Muichápam." Estas marchas fueron un tanto forzadas, pues según las instrucciones recibidas, cada sección destacaría pequeñas avanzadas que se fueran aproximando lentamente, siguiéndolas con el mayor sigilo posible para dar el ataque general al *toque de diana* de los mismos pronunciados.

Todos cumplieron con su deber; pero el resultado no co-

rrespondió á la empresa. Apenas, y todavía obscura la mañana, se oyó el referido toque, cuando las cuatro columnas expedicionarias avanzaron resueltamente, penetrando hasta la Plaza de Armas las infanterías y atravesando diagonalmente la caballería rumbo á Oluta para impedir que por allí pudiera escapar el enemigo. Éste representado sólo por la guardia de la cárcel no hizo ninguna resistencia, pues apenas dos ó tres disparos desde la "Casa Real" respondieron al fuego que hicieron las compañías de Alvarez y Mendoza, dispersándose en seguida sin que se pudiera dar con ellos, debido á la obscuridad, á su poco número y al conocimiento práctico del terreno. La caballería con Sagredo, que formaba el núcleo principal de las fuerzas rebeldes, había salido de la población en las primeras horas de la noche rumbo al "Comején," escapando en consecuencia á ser capturada por las tropas del Gobierno. Los vecinos todos despertaron azorados al ruído de la fusilería, y un cuarto de hora después la población estaba en silencio y ocupada por las fuerzas de Lazcano que se establecieron en las mismas "Casas Reales," ocupando además los corredores de las que forman el cuadro de la plaza.

Cuando amaneció por completo varios de los principales vecinos se presentaron á ofrecer sus servicios al referido Coronel, quien los aceptó; nombró comandante Militar al Teniente Coronel retirado D. J. A. Rodríguez, el cual pretextando enfermedad no aceptó la comisión, y en su lugar hizo que se recibiera del mando el Capitán X..... que ya había regresado de Oluta: reorganizó brevemente una compañía de la Guardia Nacional al mando del primer ayudante D. Joaquín Aguirre; y después de dejar instrucciones muy severas y terminantes al nuevo Comandante Militar, prosiguió su marcha con toda la infantería hacia Cosoloacaque, á fin de ocupar Minatitlán y restablecer el orden.

En cuanto al ex-Comandante Militar Guerrero, fué puesto en libertad, ordenándosele que se dispusiera á seguir al Coro-

nel Lazcano como agregado á su Estado Mayor: no era prudente dejarlo en la población, donde indudablemente corría peligro su vida.

III

El Coronel regresó de Minatitlán tres días después; y allí, debido á su prudencia y tino, y eficazmente secundado y auxiliado en sus trabajos de pacificación por el Dr. Smith, Cónsul americano en esa población, y por los Sres. Price y White hermanos, ricos comerciantes, quedó asegurada la paz y la tranqilidad, nombrando Comandante Militar al Teniente Coronel del Cuerpo Médico Militar Dr. D. Timoteo Helguera, antiguo Jefe del Ejército, con gran aceptación de todos los vecinos del Cantón.

Dos días más tarde el mismo Sagredo, refugiado en el "Comején," ranchería inmediata á Acayúcam, con sólo uno de sus hijos, se puso á disposición del Coronel Lazcano, á quien ofreció hacer revelaciones, sirviéndole de intermediarios D. Julián Lascurain y el Capitán D. Apolonio Pueblita. El Coronel aceptó, y de la entrevista que tuvieron resultó que Sagredo levantara una fuerza de caballería que se puso á las órdenes de Lascurain, y otra de infantería, que al mando de Pueblita ingresó más tarde al campamento de "Conejo," como tercera del "Batallón Ortega," retirándose él, Sagredo, á la vida privada en un rancho de su propiedad, y ofreciendo no mezclarse en nada si no era como soldado, todo lo cual cumplió fielmente.

Dos años después, ya relevado del mando el Coronel Lazcano, nuevas complicaciones y nuevos abusos y disturbios hicieron que Sagredo volviera á levantarse en armas, habiendo sido capturado en el mismo "Comején" con dos de sus hijos, y pagando con la vida, los tres, crímenes de que eran

responsables como instrumentos ciegos de otros individuos tanto ó más perversos que ellos mismos. [1]

Tal fué el término de aquella asonada, debido en parte al poco tino de Larragoiti, y en parte también á las arbitrariedades del Comandante Guerrero; arbitrariedades que reconocían por origen su poca pericia, su ningún conocimiento en el desempeño de sus deberes, y el haberse echado en brazos del partido local que, aliado á Larragoiti, estaba mal con toda la sociedad. [2]

IV

Hasta donde fué posible el capitán X..... cumplió bien su cometido; y precisamente un incidente ocurrido el mismo día que se recibió del mando, le colocó en las mejores circunstancias y condiciones para hacerse respetar de los turbulentos, y querer de las gentes pacíficas, tranquilas y sensatas.

Las Leyes de Reforma eran letra muerta en Acayúcam, y maldito el caso que de ellas hacían. Al obscurecer del día 1º de Noviembre un grupo inmenso, compacto, salió de la igle-

1 Para esta nueva sublevación sirvió de pretexto el haber ido á Acayúcam el Teniente de artillería D. Antonio Rojano, á poner en alta fuerza la compañía de artilleros. La presencia de ánimo de ese joven y valiente oficial salvó la situación, pues al acercarse á las Casas consistoriales los sublevados, después de haber cometido algunos asesinatos, los dejó aproximarse lo suficiente, tirándoles en seguida á metralla. Sagredo con unos cuantos se refugió, como de costumbre, en "El Comején;" pero perseguido por la caballería que mandaba el Comandante de Escuadrón D. Joaquín Jiménez, quien fué mandado desde Cosamaloápam, fué capturado y pasado por las armas inmediatamente. En esa sublevación perecieron asesinados el Teniente Coronel Santelices y el Teniente Rosilla, escapando milagrosamente los Jefes D. Luis Torrea y D. Jacinto Robleda. Rojano fué ascendido á Capitán.

2 Larragoiti murió de una manera trágica en el asalto de la Ciudadela, cuando una parte de la guarnición de México intentó pronunciarse allí en 1871. La circunstancia de tener la herida en el cerebro, hizo creer que fué traidoramente asesinado por un sargento del cuerpo que mandaba y que concurrió al asalto, por resentimientos que con él tenía meramente personales.

sia parroquial, extendiéndose por la Plaza de Armas: inmediatamente envió á su ayudante el alférez D. José M. Rojas, para que averiguara qué significaba aquel tumulto, obteniendo por respuesta "que era la procesión de ánimas que salía, como de costumbre, para recorrer las calles de la población." Como precisamente el punto donde se le había asegurado que estaba refugiada la caballería enemiga quedaba sobre el camino que desembocaba á la plaza, y aquella muchedumbre podía proteger inconscientemente algún ataque que por sorpresa intentara, ordenó al teniente D. Joaquín Aguirre que hiciera regresar la procesión al interior del templo donde podía continuar sin que nadie los molestara. El Cura párroco, de apellido Sandoval, acostumbrado como estaba á burlarse de las leyes haciendo lo que más cuadraba á su antojo, manifestó "que no se retiraba porque no reconocía más jurisdicción que la de la Mitra de Oaxaca, y que en consecuencia no obedecía la orden y que seguiría la procesión." X..... le mando un segundo recado por mera cortesía, para que obedeciera su orden, y segunda vez se negó el Cura, alzando ya la voz más de lo regular con tono provocativo, y poniendo en alarma á los fanáticos y á los timoratos.

La situación era penosa y era preciso que acabara aquel mitote que estaba poniendo en ridículo á la autoridad; y ya que se presentaba la ocasión, que todos, amigos y enemigos, supieran á qué atenerse, X..... hizo avanzar los veinte dragones del Escuadrón de Orizaba que le había dejado el Coronel Lazcano: el capitán de esta fuerza, D. Manuel Castillo, era hombre que lo entendía, y muy estricto en el cumplimiento de las órdenes que se le daban; y luego de haber llegado dió al ayudante Rojas esta terminante orden.

—Diga vd. al Sr. Cura Sandoval, que si no regresa inmediatamente con su procesión á la iglesia, lo hago prender en el acto como trastornador del orden público y fusilar sobre la marcha: que estoy acostumbrado á hacer que se obedezcan las leyes y á hacerme respetar.

Y como los dragones de Castillo marchaban tras de Rojas llevando en guardia las carabinas, dispuestos á cumplir lo mandado, el Cura regresó á la iglesia seguido de su numerosa comitiva, sin que nadie murmurara una palabra. A la media hora ya había satisfecho en la Administración de Rentas los cincuenta pesos de multa que le fueron impuestos por su falta de obediencia á la autoridad.

.....

Al siguiente día se presentó el Cura al capitán X..... cabalgando un arrogante caballo, y ataviado con el traje de "charro," le pidió una entrevista á solas, la cual le fué concedida, y ambos, á caballo, tomaron el rumbo de Oluta, sin que nadie los acompañara.

Hubo explicaciones por parte de ambos, y á su regreso ya eran buenos amigos.

El Cura Sandoval, oaxaqueño de origen, era buen patriota y un tanto liberal, y prestó servicios de consideración á la causa del gobierno. A la ocupación de Acayúcam por los franceses en 1864, ocupación debida á los traidores que allí y en Minatitlán surgieron de repente, fué denunciado como republicano por Luis Baruch, y hecho prisionero en unión de D. Salvador Román, D. Juan y D. Román Pereyra y otros, y fué deportado á la Martinica.

TLACOTALPAM.

Primera ocupación de esta Ciudad por el suizo Slaicklin.—Terror que infunden los bandidos que comanda.—Retirada del Comandante Enríquez sobre la margen derecha del Papaloápam.—Fusila á un ladrón y lo hace colgar á la vista del enemigo.—Acción del "Mediadero."—Triunfo de los republicanos.—Fundación del Campamento de Conejo.—Terrible ejemplar en Saltabarrancas para escarmentar traidores.—Inauguración del Campamento.

I

ENTRE diez y once de la mañana del día 7 de Diciembre de 1862, es decier, diez y nueve después del abandono de Alvarado por las fuerzas republicanas, dos ginetes que desembocaban en la Plaza Principal de la entonces "Villa de Tlacotálpam,"[1] tomaron dirección por la Calle de la Candelaria, hacia el "Río Chiquito," sobre el cual aún no existía, para comodidad del público, el amplio y cómodo "Puente García," construído dos años después.

Iban nuestros dos ginetes uno al lado del otro, perfectamente abrigados de la finísima pero espesa lluvia que caía; el primero, el de más edad, con una "manga" de hule que llegaba hasta las tapas de los estribos, y el otro, joven aún, con un plaid á grandes cuadros negros y aplomados: un grupo de

1 Tlacotálpam fué elevado á la categoría de ciudad por decreto del Gobierno Civil y Militar del Estado de Veracruz, en 1865, siendo Jefe del Estado el C. Gral. Alejandro García, en atención á los servicios prestados y méritos contraídos.

diez dragones los seguían á distancia, precedidos de un oficial, y algo más adelantada, una mula de carga á la cual llevaba del ronzal, otro dragón que portaba las presillas de sargento.

A pesar de la hora que era, no se veía persona alguna ni en las calles, ni en los corredores, ni en las puertas de las casas siquiera: la lluvia que caía, el aire anortado que soplaba y la *neblina* sumamente espesa que sólo muy de cerca dejaba ver el anchuroso y tranquilo Papaloápam; habían comunicado á la atmósfera ese frío húmedo y penetrante, que haciendo uso de una locución vulgar "penetraba hasta los huesos."

Ya habían rebasado los dos primeros ginetes el frente de una casa de hermosa apariencia, cuyo amplio corredor, ó más bien portal, dejaba ver entreabierta la puerta que á él daba acceso, cuando salió apresuradamente una señora que frisaba en los treinta y cinco años, de gallarda apostura y simpático rostro, seguida de un hombre de mayor edad, y de un jovencillo que apenas contaría doce ó trece años á lo más.

Procuró cubrirse tras uno de los pilares del corredor para no recibir la lluvia en la cara, y con voz clara y vibrante:

—¡Coronel! ¡Coronel!—gritó dirigiendo la vista á los dos ginetes.

Estos se volvieron hacia el lugar de donde partía la voz, y el más joven dijo:

—Es la familia Zayas, mi Coronel.

Entonces el de mayor edad revolvió su cabalgadura, hostigándola con las espuelas á causa de lo lodoso del piso, y con la sonrisa en los labios se dirigió á la casa, seguido de su compañero. La escolta, porque escolta era el segundo grupo de ginetes que seguían á distancia, continuó su camino sin preocuparse del alto que habían hecho el jefe y el oficial que lo acompañaba.

En efecto, uno y otro habíanse parado delante del corredor de la casa que habitaba la familia Zayas, corredor cuya

elevación ponía al mismo nivel á ambos grupos de interlocutores.

—¿De viaje tan pronto, señor Coronel?—preguntó la señora después de haber saludado, lo mismo que el caballero y el jovencillo que con ella estaban, al llamado Coronel y á su compañero.—¡Si apenas hace cuatro días que llegó usted!

—Es cierto—contestó el de mayor edad—pero es preciso no dormirnos: la necesidad que tuve de ir á apaciguar los Cantones de Acayucan y de Minatitlán, me ha distraído de atender estos lugares, y no quiero estar desprevenido, pues por lo pronto, si algún peligro existe, es por aquí.

—Al verlo pasar, creíamos que hubiera novedad—agregó el compañero de la dama que había comenzado la conversación.

—No: por ahora mis agentes no me han comunicado noticia alarmante alguna, aun cuando mucho me temo que no puedan cumplir su comisión á causa del pésimo estado que guardan los caminos.

—¿Y tú?—prosiguió la señora dirigiéndose al oficial que acompañaba al Coronel—¿no te fatiga el servicio de campaña?

—No señora: ya sabe usted que soy fuerte por naturaleza y que desciendo de buena raza para cumplir con mis obligaciones, no sólo como un deber, sino con antusiasmo y abnegación.

—Sí, hijo, sí; es verdad—replicó la primera con la voz un tanto conmovida.—Tu pobre madre sufrirá porque al fin es madre; pero D. Pablo, en el fondo de su corazón, estará satisfecho de tí. ¡Si tu pobre hermano viviera, te acompañaría también..... ¡Pobre Pepe!

Al pronunciar estas palabras dejó escapar un suspiro.

El oficial nada respondió, pero su vista tornóse triste al oir las últimas palabras. El Coronel, como si quisiera cortar esta conversación que parecía contristar á su compañero, lo interrumpió diciendo:

—Estoy satisfecho de él, pues además de sus conocimientos como soldado, es infatigable para el trabajo. He podido juzgar de sus aptitudes en la rápida pero penosa campaña que hicimos para someter á los rebeldes de Acayúcam.

—Gracias, señor: no vale la pena.

—¡Coronel!—exclamó á la sazón el jovencillo, con su voz de adolescente.—¿Quiere usted llevarme á mí también?

—Si mamá y papá quieren.

—¡Ah!—interrumpió la señora—¡Que tuvieras quince años siquiera, y no estarías á mi lado! Yo misma lo entregaría á usted diciéndole: "Eres mexicano, y sólo los niños, los viejos, ó los que no tienen vergüenza pueden permanecer pegados á las faldas de la familia, cuando corre peligro la independencia de la patria y se ve invadida por extranjeros á á quienes auxilian los traidores." Mire, Coronel—continuó alzando más la voz, y atropellándose las palabras en su garganta, en fuerza de la vehemencia con que hablaba y el sentimiento patriótico que se dejaba ver en lo brillante y amenazador de su mirada—cuando veo á esos jóvenes de aquí que se han unido al Comandante Enríquez desde que se hizo cargo de la Comandancia Militar, digo: éstos sí son buenos mexicanos; pero cuando oigo hablar á otros que hasta tratan de separarse de su tierra para no ingresar á la Guardia Nacional, entonces, mire Coronel, entonces, no puedo contenerme; y en voz bastante alta para que me oigan hasta los sordos, digo, que esos bien merecen que los franceses los traten con el desprecio con que ven á los traidores que los acompañan.

Con estas últimas palabras pareció calmarse algo la excitación de que estaba poseída la dama patriota que las había vertido; y tras algunas frases de mutua despedida, los ginetes prosiguieron su marcha para alcanzar á la escolta, que les precedía un buen trecho.

II

A las ocho de la noche del mismo día 7 de Diciembre, el Coronel Lazcano y su Jefe de Estado Mayor, que desempeñaba á la vez las funciones de secretario de campaña, estaban en Cosamaloápam, en una sala modestamente amueblada, escribiendo ambos delante de una mesa; y algo más apartado, pero siempre cerca del primero, un hombre de aspecto distinguido, de fisonomía franca y abierta, penetrante mirada y ancha frente, parecía esperar con toda calma y tranquilidad el término de la ocupación que á ambos entretenía. Era el Comandante Militar de aquel Campamento, el Lic. D. Pedro Peniche, honra del foro mexicano, que había cambiado la toga del Magistrado por los arreos del soldado: la patria había llamado en su auxilio á sus buenos hijos, y él había correspondido dignamente á su llamado.

Un anciano, seguido de dos sirvientes, entraba y salía á cada momento á las habitaciones que se comunicaban con la sala, no quedando duda alguna que se ocupaba en convertirlas en dormitorios.

Nuestros dos ginetes que hemos visto salir de Tlacotálpam eran los que allí escribían; el Sr. Carrrasco, padre de uno de los ayudantes del Coronel Lazcano, los había alojado en su casa, y era él mismo quien se ocupaba de preparar lo conveniente para cuando, concluído el trabajo que tenían entre manos, tuvieran necesidad de entregarse al reposo. El mismo generoso huésped había manifestado que la familia no podía hacer los honores de la casa, en atención á que siendo la víspera de la función titular del pueblo, había concurrido á la iglesia á cumplir sus devociones.

—Y no sólo mi familia—añadió después de haberla disculpado por no encontrarse allí,—la población entera se encuentra reunida en la Parroquia, y por eso habrán notado vdes. que no hay una alma en las calles.

Efectivamente al llegar los viajeros á Cosamaloápam parecía como una ciudad desierta; y como la llovizna llegaba hasta ella, y como en esa época era desconocido el alumbrado público, de ahí que la lobreguez natural de la noche, unida á la falta de alumbrado público, y á la circunstancia de estar cerradas casi todas las casas particulares, y muchos establecimientos mercantiles, la población apareciera sombría y tenebrosa, destacándose sobre un fondo densamente obscuro las siluetas de los edificios de una manera informe, dando al conjunto el aspecto más triste, y causando la impresión mas desfavorable para los que por primera vez llegaban allí.

Un ruido sordo, pesado, siniestro se dejó escuchar de repente á lo lejos, notándose que se aproximaba rápidamente. Parecía como si caballos en toda la fuerza de su carrera, hábilmente dirigidos, hubieran invadido la población. El Sr. Carrasco llegó precipitadamente á tiempo que el Coronel y su ayudante, y el mismo Comandante militar se ponían en pie. El ruido se había aproximadò hasta llegar muy cerca, aunque debilitándose gradualmente su fuerza.

—Con permiso, mi Coronel,—dijo el Comandante militar —voy á informarme.....

No concluyó la frase.

Algunos ginetes habían llegado hasta la puerta de la casa y echado pie á tierra de una manera precipitada.

Momentos después cinco ó seis individuos penetraron en la sala, todos lodosos y fatigados, pintándose en el rostro de todos ellos la más viva excitación. El que parecía ser el jefe se acercó al Coronel, y con acento entrecortado por la fatiga y la emoción pronunció estas fatídicas palabras:

—Señor, los franceses han ocupado á Tlacotálpam.....

Los que habían llegado eran el Administrador de Rentas de aquella población y todo el personal de su oficina.

El Coronel Lazcano oyó aquella inesperada noticia con tanta calma como atención: ni un músculo de su rostro se contrajo, ni un fruncimiento de cejas, ni nada, en fin, que

pudiera demostrar la más leve emoción. Invitó cortesmente al Administrador que le diera detalles de lo ocurrido después de su salida. Estos fueron cortos y precisos, cual gustaba al Coronel que le comunicaran cuanto se relacionaba con los asuntos del servicio publico.

Veamos lo que había ocurrido.

Dos horas después de haberse separado el Coronel Lazcano de Tlacotálpam, hasta cuyo momento no había el menor indicio de una invasión por parte del enemigo establecido en Alvarado, una pobre mujer, una lavandera que había bajado al río, á pesar de la lluvia y de la espesa neblina que cubría á la población, creyó ver un buque demasiado grande para ser mercante de los que hacían el tráfico en tiempos normales entre una y otra población. Sospechar lo que pudiera ser, y dar la voz de alarma, todo fué obra del momento.

—¡Los franceses! ¡Los franceses!—comenzó á gritar desaforadamente, corriendo á lo largo de la ribera.

A estas voces, hombres mujeres y niños, salieron á las puertas de sus casas, sobrecogidos de terror, pues era la primera vez que el invasor iba á profanar con su planta aquella parte del territorio nacional: entonces pudieron ver todos que una cañonera de alto bordo asomaba ya su bauprés en la ribera opuesta, frente por frente de la finca que allí existe, conocida con el nombre de "San Rafael." Encerradas las familias dentro de sus casas, debido á la inclemencia del tiempo, nadie notó el avance de tan peligroso como temible huésped, que, de otra manera, se hubiera visto desde que llegara á la "Calaverna."

La alarma cundió rápidamente en toda la población; y si los empleados, así federales como del Estado, procuraban ponerse en salvo, tratando de salvar al mismo tiempo los intereses que les estaban confiados, los particulares, poseídos de un pánico aterrador, abandonaron sus hogares sin llevar consigo más que la ropa que los cubría, yendo á ocultarse á los montes inmediatos, á las fincas de fuera de la población, y

transponiendo casi todos el río para extenderse sobre la ribera opuesta, donde se creían más seguros.

La "Tempette," tal era el nombre de la primera cañonera francesa que ocupó el río de Tlacotálpam, desembarcó su infantería de marina, y tres horas más tarde el *suizo* Staiklen, el antiguo servidor de la República, que por un puñado de oro se vendió al ejército francés, después de haber sido rechazadas con desprecio sus ofertas por el General D. Juan Prim, Jefe superior de las tropas intervencionistas, llegó con su caballería de bandidos reclutados en las cárceles de la Habana, de Nueva Orleans y de Veracruz.

Las familias que no pudieron abandonar la población se encerraron en sus casas á piedra y lodo, pero en lo general quedó abandonada. En esta vez ningún hijo de Tlacotálpam se manchó con el feo epíteto de traidor.

El Capitán Carrasco y el Comandante Enríquez, conforme á las instrucciones que preventivamente habían recibido de tiempo atrás del Coronel, sacaron las fuerzas de su mando en el acto, yendo él primero á cubrir la ribera izquierda del río, hasta el "Zopilote," y sentando el segundo su Cuartel General en "San Jerónimo," cuya Guardia Nacional se unió luego á la pequeña fuerza que comandaba.

III

Tales fueron, en resumen, las noticias que dieron los empleados que habían llegado de una manera tan inesperada, y las cuales fueron confirmadas en el parte que á las once de la noche recibió el Coronel, dado por el Comandante Enríquez, que conservaba el carácter de Jefe militar de aquella jurisdicción.

A las doce todos dormían tranquilamente después de haber dado sus disposiciones el Coronel Lazcano, enviando extraordinarios que comunicaran la noticia á las poblaciones del Cantón de Cosamaloápam, y al Comandante Zamudio,

Jefe de la Sección de operaciones, y despachando correos en todas direcciones para poner sobre las armas las fuerzas disponibles, y poniendo en vigor en toda la jurisdicción de su mando la ley "Llave," que imponía la pena de muerte, irremisiblemente ejecutada, á los ladrones y abigeos sorprendidos *in fraganti* delito, sin más diligencia que la identificación de la persona.

***

Un hecho vino á poner de manifiesto la bondad de esta ley terrible, pero benefactora para garantir á la sociedad contra los ladrones, y el espíritu de que estaban poseídos los defensores del territorio nacional.

Existía en Tlacotálpam un individuo conocido con el nombre de "Guatemala," sin que, al menos nosotros, supiéramos si éste era un apodo, ó realmente su apellido. Como quiera que sea, el tal Guatemala era de esas gentes que desde la primera vez que se las ve, son antipáticas, y con las cuales, sin desearles un mal, desearíamos tener un motivo cualquiera para sentarles la mano, duro y firme. Pendenciero, tracalón, jactancioso, de torcida mirada y aire de matón, se vivía en la más completa vagancia, *cobrando el barato* á los pusilánimes, ó haciendo fechorías con los de su propia calaña: más de una vez también se le sospechó é inculpó como cómplice, si no de autor, de actor en raterías y abigeatos acaecidos en las haciendas y rancherías inmediatas.

Inútil es decir que este mal sujeto no pertenecía á la Guardia Nacional que, aunque en cortó número, siguió al Comandante Euríquez al pequeño campamento de "los Amates," establecido por este Jefe entre "San Jerónimo" y Tlacotálpam, y más inútil tratar de disuadir á quien se haya figurado que, abandonada la población á manos de bandoleros como los que formaban la caballería del "Suizo," él no encontraría ancho campo á sus raterías, para vivir de una manera tranquila y desahogada.

Dos días después de la ocupación de Tlacotálpam, hallábanse conversando bajo un frondoso amate el Comandante Enríquez y el Capitán X..... qne acababa de llegar de Cosamaloápam con órdenes é instrucciones del Coronel en Jefe: allí, guarecidos de la llovizna, porque el mal tiempo continuaba aún, hablaban amigablemente de los acontecimientos del día, cuando se presentó el Teniente D. José Lití conduciendo al famoso Guatemala, aprehendido por las avanzadas que se extendían hasta las orillas del "Río Chiquito," en los momentos que traspasaba la línea enemiga, conteniendo en dos *tenates cuartilleros* el fruto de sus rapiñas; con la circunstancia que, al ser interrogado por sus aprehensores, no sólo no negó su crimen, sino que hizo alarde de él, refiriendo detalladamente la manera cómo había llevado á cabo los robos.

El Comandante Enríquez lo interrogó á su vez, y nuevamente, con el mayor desenfado y la mayor desvergüenza del mundo, detalló el hecho, nombrando las tiendas abandonadas cuyos techos había roto para introducirse en el interior y perpetrar el robo. La indignación de cuantos lo escuchaban fué grande, no sólo por el hecho y el cinismo de aquel asqueroso ladrón, sino porque precisamente los establecimientos de abarrotes que señaló estaban situados dentro del perímetro que ocupaba la infantería de marina, compuesta de martinicos, esto es, de lo más malo é inútil que, como soldados, importó á México en sus filas el ejército francés; y este robo, tan audazmente cometido, allí en las narices *de los que venían á regenerar el pueblo mexicano*, era una prueba indiscutible del desprecio con que veían todo cuanto se relacionaba con nosotros en este sentido, para poder asegurar, como lo decían, que el pueblo de México era en su mayor parte *ladrón*. No comprendían que esos hechos disimulados de tal manera deshonraban el uniforme que, bien ó mal, portaban.

Pero esta indignación creció de punto, cuando al terminar su relato dijo, alzando la voz y volcando en tierra el contenido de los tenates:

—Y si no quieren creer que lo he hecho *á lo hombre*, véanlo.

Un grito de furor se escapó del pecho de algunos guardias nacionales de los que habían hecho círculo alrededor de Guatemala, al reconocer entre los objetos robados algunos que eran de su propiedad, y que efectivamente tenían empeñados en los establecimientos que aquel bribón había señalado.

—Que se lo lleven,—dijo tranquilamente Enríquez—y que lo guarden con centinela de vista.

Aquella tranquilidad debió de ser de mal agüero para el infame, porque empalideció horriblemente al escuchar la orden dada, y sin decir una palabra y todo trémulo, se dejó conducir por los soldados que le servían de escolta.

Luego que hubo marchado, el Comandante hizo que se tocara "orden extraordinaria," nombró el jurado militar que debía juzgar á aquel hombre con arreglo á la ley "Llave," y esperó el resultado de esas disposiciones. Sólo permanecieron bajo el frondoso amate, él y el Secretario de campaña del Coronel Lazcano.

—Es hombre muerto,—dijo este último, después de más de cinco minutos de silencio que ambos habían guardado.

—Poco se pierde:—contestó el primero.—La ley es clara y terminante: además, hombres como ese son una plaga.

Nuevo silencio por parte de ambos amigos: silencio que fué interrumpido cuando cada uno estaba entregado á sus propias reflexiones, por la llegada de un nuevo personaje. Era éste un hombre del pueblo que venía de Tlacotálpam con avisos secretos—decía—para el Coronel Lazcano, y que solicitaba permiso para pasar á Cosamaloápam á fin de cumplir su encargo.

—Me manda Crespo,—agregó luego que hubo dado algunas noticias relativas al enemigo—y me encargó que sin demora entregara al señor Coronel esta carta. [1]

1 D. Ignacio Crespo, comerciante de Tlacotálpam, fué siempre un decidido patriota que prestó buenos servicios á la causa de la República, ya enviando oportunas noticias del enemigo, ya contribuyendo con su dinero para compra

—Sé que tienen su cuartel en el "Portón,"—prosiguió después,—¿sabes tú si ponen centinelas en las esquinas de la plaza?

—No, no ponen ninguno: tienen tanto miedo esos martinicos, que en las noches se reducen al Mercado, estableciendo centinelas sólo en los altos del Palacio, además del de la guardia que queda abajo.

—Pues entonces, vuelvo. Muchachos, pie á tierra, y lleven *eso* cargado. Tú, José,—prosiguió dirigiéndose al Teniente Lili,—vé con ellos: yo voy delante con el sargento Rosas. Anda, Juan, acompáñame.

Y emprendieron de nuevo la marcha hacia el centro de la población.

El éxito coronó la obra: nadie los sintió. Llegaron á la esquina de la plaza sin encontrar alma viviente: allí, guarecidos tras los pilares del portal, pasaron la cuerda que llevaba el cadáver al cuello, por sobre el albortante que en otras veces sostuvo un farol, izándolo hasta una altura conveniente y sujetando el cabo alrededor del propio pilar. El cadáver quedó expuesto á menos de cien metros de distancia de la guardia francesa, balanceándose horriblemente.

Este rasgo de audacia y de valor, prueba qué clase de hombres sostenían la integridad nacional en aquella región de la República.

Terminada la atrevida operación, regresaron por el mismo camino que habían traído, disparando sus armas antes de repasar el río, para llamar la atención del enemigo, y obligarlo, por medio de la alarma que en él debían producir los disparos, á encontrarse con el cadáver de Guatemala, arrojándoselos al rostro para humillarlos con aquel ejemplar de la justicia republicana. [1]

1 La Sra. Ferrando de Wolter me ha referido que ella sintió los pasos de los que andaban en el corredor, pero que creyendo que fueran martinicos, se levantó en silencio, atrancando las puertas á obscuras y refugiándose en la última pieza de la casa con sus hijos; pero que cuando notó que se habían mar-

IV

Casi á la misma hora que el Comandante Enríquez llevaba á feliz término su temeraria y peligrosa empresa, el Capitán X..... penetraba al despacho del Coronel Lazcano, establecido provisionalmente en la casa de la Señora Dávila, en Amatlán; especie de hotel y restaurant bastante aceptable, sobre todo en las circunstancias por que atravesábamos entonces.

Lazcano, con esa afabilidad y fino trato que tanto lo distinguían, y que era su principal mérito para hacerse querer, lo mismo de la tropa que de los oficiales, lo mismo de la gente acomodada que de la pobre, salió á recibirlo hasta media sala. El Capitán, después de corresponder á aquel acto de cortesía, le dijo, mostrándole al enviado que con él llegaba:

—Un emisario de Tlacotálpam, mi Coronel.

Este entregó la carta de que era portador, manifestando quién lo enviaba.

El Coronel, como si se tratara de algo insignificante, guardó la carta en el bolsillo de la chaqueta, le hizo algunas preguntas relativas á la situación general de la población, dispuso que el Capitán lo gratificara de sus fondos particulares, y le ordenó que regresara al campamento de los "Amates," á la madrugada, y de allí siguiera á Tlacotálpam, con prevención de cumplir las instrucciones que le diera el Comandante Enríquez.

Cuando se marchó el emisario, y él mismo hubo cerrado

chado salió á la puerta, y al ver aquel hombre *colgado*, comenzó á dar voces, en los momentos que se oyeron los primeros disparos; que se encerró de nuevo á toda prisa, porque los martinicos comenzaron á gritar desaforadamente y á correr en todas direcciones, y que los primeros que llegaron y vieron el cadáver de Guatemala, *pateaban* de rabia, no porque á éste lo hubieran ahorcado, sino porque no habían sentido á los que lo colgaron. "Yo creo—me decía—que hablaban *picardías en francés.*"

la puerta de la habitación, se volvió al Capitán con esa eterna sonrisa que nunca lo abandonaba.

—Algo se prepara en Tlacotálpam,—le dijo sacando la carta.

—¿Sabe vd?.....—interrogó sorprendido el Capitán.

—No, no sé nada; pero la víspera del día en que vd. regresó del "Cacique" para establecer en ese rumbo el servicio de "cordilleras," convenimos el amigo Crespo, que es leal y de toda confianza, y yo, que si llegaba el caso de que Tlacotálpam fuera ocupado por el enemigo, donde quiera que yo me encontrara me daría aviso de cualquier movimiento que notara por parte de aquél. Vamos á desengañarnos en seguida,—agregó rompiendo la cubierta de la carta.

En efecto, más que carta era una larga tira de finísimo papel, lo que encerraba el sobre, y en él escritos bastantes renglones en cifra.

—¿Tiene vd. la clave de esa cifra?

—No la necesito: yo fuí quien la dió á Crespo. Es la misma que usaba el General Moctezuma, de quien fuí Ayudante, y que quedó en mi poder el día que nos derrotaron y murió él en la acción de "El Gallinero." Voy á enseñársela á vd. para que la conozca, á fin de que haga uso de ella si alguna vez estamos separados y tiene que comunicarme algo reservado.

Una ligera explicación bastó al Capitán para comprender la combinación de aquellos signos: en seguida se pusieron ambos á descifrar la comunicación.

El leal agente de Tlacptálpam daba aviso en pocas palabras de que la banda de foragidos que se decía "Caballería Mexicana," después de haber hecho *una remonta* en los alrededores de la población, se disponía á regresar á Alvarado, en donde debía incorporársele el resto de la gavilla que estaba *remontando* en Medellín, para volver á Tlacotálpam y emprender la campaña por tierra, hasta Cosamaloápam, desde donde se dirigirían al Cantón de los Tuxtlas: que á la "Tem-

pette" se uniría otra cañonera para vigilar el río é impedir cualquiera demostración sobre Tlacotálpam: que á la caballería se uniría una fuerza de infantería de marina; que el número de hombres que regresaban á Alvarado era de ochenta, poco más ó menos; que el paso del "Mediadero" lo verificarían el día 12 en las primeras horas de la mañana, y que entendía que este movimiento era en combinación con el que debía emprender otra fuerza para expedicionar por el rumbo de Minatitlán.

Por último, le daba informes también del peligro de haber sido hecho prisionero, que corrió en Tlacotálpam el Comandante Zamudio el día que llegó el Suizo, y del cual escapó debido á su sangre fría, y á su serenidad y presencia de ánimo jamás desmentidos. Zamudio había llegado horas antes para cobrar unas libranzas por cuenta de la Comandancia de la línea, y se hallaba sentado en el portal del "Hotel Porragas," después de verificado el cobro, cuando llegó el Suizo: éste, como que quería reconocer al disimulo á Zamudio, examinándolo de reojo; Zamudio permaneció tranquilo, indiferente, mirando á otra parte, pero sin perderlo de vista tampoco. El primero, satisfecho ó no de su examen, prosiguió luego su camino hacia el inmediato cuartel, del teatro, en donde estaban sus foragidos; pero Zamudio, luego que notó que nuevamente se detenía para conversar con un paisano, sin apresurarse, sin dar en qué maliciar, se salió por el zaguán que da al río, y montando en el caballo de un lechero que había ido á *entregar* al Hotel, se alejó á toda rienda á lo largo de la ribera, hasta donde le fué posible: atravesó el río del "Cabezón," y luego el Papaloápam en una canoa pequeña que le fué proporcionada, dirigiéndose en seguida á su campo de "Punta de Arena."

El lechero presenció todo, pero se hizo el indiferente, y siguió la huella de su cabalgadura, la cual recobró en el punto que á Zamudio ya no le fué necesaria.

***

El Coronel, siguiendo su costumbre, leyó y releyó detenidamente aquellas líneas, y después de algunos minutos de reflexión, se volvió al Capitán, que estaba pendiente de sus labios.

—De modo,—dijo como si concluyera su pensamiento—que la base de todo esto es la incorporación de la fuerza que está en Medellín, á la que va á regresar á Alvarado. Muy bien. Entonces, Capitán, va vd. á partir en la madrugada llevándose la escolta, menos al sargento Flores que quedará conmigo: es preciso que pasado mañana 11, estén vdes. en "Punta de Arena," á donde ese mismo día llegarán cincuenta hombres de Santiago Tuxtla. Ese muchacho llevará instrucciones al Comandante Enríquez y al Capitán Carrasco, y vd. á los Comandantes Zamudio, Güido y Villalobos. Descanse vd. lo que queda de la noche, en tanto que yo escribo las comunicaciones para esos jefes.

—Mi Coronel, si vd. me lo permite.....

—No:—interrumpió el Coronel—justo es que vd. descanse, tanto más, cuanto que, saliendo á la madrugada apenas le queda tiempo para llegar con la oportunidad que se necesita. Es un albur muy serio el que vamos á jugar,—continuó con aire solemne—dado el estado que guarda la Costa; pero es indispensable aventurarlo á todo trance, porque quizás no se presente otra ocasión con tantas ventajas, y de ello depende que nos salvemos. Será el primer encuentro: y de su resultado vendrá lo demás: si nos derrotan estamos perdidos; si, como lo espero, triunfamos, se reanimará el espíritu público y podremos alentar á los que dudan, y meter en cintura á los revoltosos. Vaya vd., vaya á acostarse: yo me entenderé con preparar todo á fin de que pueda partir á la hora que le he señalado.

El Ayudante se retiró á su dormitorio, y media hora después roncaba tranquilamente.

El Coronel, ese hombre cuya naturaleza aparentemente era raquítica pero que parecía de hierro en el trabajo, se sentó á la mesa y estuvo escribiendo sin descansar un momento. Cuando abandonó el asiento, tres abultados pliegos, ya cerrados, quedaron sobre el escritorio. En seguida fué personalmente á dar la orden de marcha al Capitán Castillo, jefe de su escolta.

Luego se acostó también.

V

Es "Punta de Arena" una alegre aunque corta ranchería, escondida en un rincón del extenso valle que se extiende desde la falda de la majestuosa y elevada montaña que orla el río entre el "Alto Simón" y "Conejo," hasta el punto en que se bifurca en dos anchurosos brazos, de los cuales el uno, entrando en la laguna de la "Tunilla," sigue su curso por Tlacotálpam, y el otro, menos caudaloso, toma el nombre de "Sombrerete," para proseguir su marcha hasta reunirse al de "San Juan."

A la izquierda una laguneta, siempre abundante en pesca y caza menor, corta el terreno diagonalmente, estableciendo una valla no infranqueable, para ascender á la montaña que, cortada de través, ofrece amplio camino para los que desde Alvarado á Tlacotálpam hacen el camino por tierra, pasando el río frente al "Estero;" y á la derecha, limitada por el de "Sombrerete," se extiende hasta "Los Ventorrillos" y "Salta Barrancas," dos pequeñas aldehuelas que con "Punta de Arena" se dividen la posesión del extenso Valle.

Y ora atravesando por "Cerro de León" para lanzarse en las inmensas llanuras de excelentes, abundantes y nutritivos pastos, donde se asientan no pocas haciendas de ganado mayor; ora siguiendo la faja de terreno que traza el camino desde "Salta Barrancas" hasta el "Mesón," "Mata Vaca" y el "Uvero," el viajero descubre á cada paso que avanza nuevos

panoramas tan variados como sorprendentes, tan llenos de poesía como de reconocimiento á Dios, ofreciendo siempre el espectáculo más digno de admirarse, porque él sería suficiente para proclamar la existencia de un sér superior al hombre: la del Autor de la Creación.

"Punta de Arena" pertenecía en esa época, en propiedad ó en arrendamiento, al Sr. José María Mendoza, "El Tío Abuelo," cuyo título lo debía á que casi todos los habitantes del lugar eran miembros de una misma familia, de la que él era el patriarca. Anciano septuagenario, pero robusto y fuerte, era por demás bondadoso: tan bondadoso como patriota. Con la sonrisa siempre en los labios, Mendoza procuraba cuanto estaba en su mano para que nada faltara á soldados y oficiales de la Sección de operaciones, que desde quince días antes, por orden del Coronel Lazcano, se había situado allí al mando de sus jefes respectivos, abandonando el "Mesón," lugar de su residencia desde la salida de Alvarado, que no ofrecía recursos de ninguna clase, amén de lo retirado que se encontraba para emprender ninguna clase de operaciones.

Miguel Mendoza, nieto del "Tío Abuelo, había ingresado al servicio de la nación, bajo el triple carácter de boga, guía y correo.

VI

En una humilde habitación que era la principal de la ranchería, construída como la generalidad de las del campo, con yaguas y hojas de palmeras, cuatro oficiales sentados delante de una mesa, y teniendo al frente cada uno una taza de humeante café, sostenían una conversación á media voz. Eran los jefes de la pequeña Sección de operaciones, y el enviado del Coronel Lazcano que había llegado con una hora de anticipación.

Era, pues, el día 11 de Diciembre.

Aquí y allá, en otras pequeñas habitaciones, veíanse tran-

quilamente acostados sobre mantas ó petates algunos soldados y oficiales, en tanto que otros discurrían cerca de la laguneta ó del pequeño arroyo que á espaldas de la casa principal cortaba el terreno, para entrar en el camino que conduce á la montaña.

La conversación que los cuatro amigos sostenían era referente á las órdenes é instrucciones que el uno había llevado á los otros, y sólo se esperaba la llegada del "Tío Abuelo" para determinar definitivamente lo que había de hacerse.

El tío Mendoza llegó.

—¿Qué hay, tío?—interrogó el Comandante Zamudio.

—Todo está listo:—contestó el anciano frotándose las manos con satisfacción—he puesto un muchacho para que nos diga quiénes son los canoeros que pasen para "Sombrerete" y demás ranchos, y Miguel regresará de Alvarado antes de las seis de la tarde, para darnos noticias de lo que allí sepa. Es un buen muchacho mi hijo, señores, *sin agraviar á ninguno de los presentes*—agregó haciendo una especie de saludo;—y servirá á vdes. de guía durante la expedición, y de soldado durante la *trifulca:* si le toca un *rastrillazo*, paciencia: no ha de morir de *cornada de burro*.....

—Gracias, tío,—interrumbió el Capitán—no todas las balas que se disparan dan en el blanco, y además, por los informes que vd. nos ha dado, y según los cálculos del señor Coronel, cualquiera que sea el número de los contrarios llevamos la ventaja de la posicion.

—¡Ave María Purísima,..... Capitán! ¡Como *pichichis*, como si fueran *pichichis* los van vdes. á coger!—contestó el buen hombre, con el acento y el gesto de una profunda convicción. —¡Figúrese vd. no más que van á tirarles de arriba para abajo: hasta á pedradas se les puede hacer correr.....! No: no me quisiera yo ver en el *pellejo* de esos *gringos*.....

Debe tenerse presente que para la gente de nuestro pueblo todos los extranjeros son gringos, no siendo españoles.

—Sobre todo,—continuó el capitán—mucho secreto para

todo el mundo, hasta para la misma tropa. Una palabra imprudente, una indicación cualquiera que pudiera prevenir al enemigo, al llegar al "Estero," comprometería el resultado; y como dice muy bien nuestro Coronel, va á ser ésta la primera función de armas, la primera sangre que se derrame en territorio costeño, y del éxito depende el que conservemos ó no esta parte del territorio de la República que se llama Costa de Sotavento.

Todos hicieron un movimiento de asentimiento, y el tío abuelo murmuró á media voz:

—Ya quisiera yo que hubiera llegado la hora de los *chinchorrazos* para que vean lo que es bueno.

En estos momentos llegó un joven cuyo traje medio militar y medio paisano indicaba que pertenecía á alguna fuerza de Guardia Nacional. Su caballo parecía cansado, y si no estaba cubierto de sudor, el espeso lodo que le llegaba hasta los tobillos, daba á conocer que acababa de recorrer un camino bastante penoso ó intransitable.

—¿El Sr. Comandante Villalobos?—preguntó á un soldado, haciendo parar su cabalgadura delante de la casa donde se encontraban los cuatro amigos.

Villalobos, que lo había oído, salió á la puerta.

—Servidor de vd., compañerito,—respondió.

El oficial sacó un pliego del bolsillo de su chaqueta, y poniéndolo en manos del Comandante:

—Del Comandante Tenorio,—dijo echando pie á tierra.

Villalobos lo invitó á que entrara, y luego abrió el pliego, leyéndolo violentamente.

—Un refuerzo, señores,—exclamó poniendo el pliego sobre la mesa.—El Comandante Militar de Santiago Tuxtla envía una fuerza de cincuenta hombres á disposición del Jefe de la Sección; y como según las últimas instrucciones, vd. tiene el mando superior,—agregó dirigiéndose á Zamudio,- á vd. toca dar sus órdenes.

—¿Está muy distante la fuerza?—preguntó el Jefe de la Sección al joven oficial.

—Dentro de una hora estará aquí: el Capitán Correro, que es quien la manda, se da prisa para llegar pronto, pero los caminos están infernales, y la gente apenas puede avanzar.

—Mayor,—dijo en seguida Zamudio al Comandante Güido,—vaya vd. con este amigo y con el tío para que se disponga alojamiento y rancho para cuando llegue esa fuerza.

Los tres aludidos salieron juntos.

Cuando quedaron solos Zamudio, Villalobos y el Capitán X..... éste les manifestó que no era conveniente confiar á la nueva fuerza puesto alguno comprometido, porque—dijo—careciendo de espíritu y de disciplina militar, era seguro que no conservarían la moral en un caso desgraciado, teniendo que habérselas con soldados acostumbrados al fuego.

—Sobre todo,—agregó—estarán cansados, y no hay que echar en olvido lo que nos pasó en el "Borrego." Yo me regreso ahora mismo, y á fe que siento mucho no acompañarlos; pero tengo que pasar á "Los Ventorrillos" á conferenciar con Luis Cinta, para quien llevo el nombramiento de Comandante Militar de toda esa jurisdicción, y con Juan Delfín, á quien también le llevo el de Capitán de caballería, para que desde luego proceda á levantar fuerzas de esta arma de acuerdo con Cinta. El parte de lo que ocurra, bueno ó malo,—continuó, poniéndose en pie—lo remitirán por extraordinario violento á San Andrés Tuxtla, en donde á esta hora deberá ya estar el Coronel.

Se despidió de sus amigos y de algunos oficiales que se le habían acercado al ver que su asistente llevaba listo su caballo, y montando ligeramente bien pronto se perdió de vista tras los extensos y crecidos cañaverales que se prolongaban alrededor de la ranchería, y que constituían parte de la riqueza agrícola que explotaba toda aquella colonia alvaradeña, la cual se hizo acreedora á la estimación y cariño de los jefes,

oficiales y tropa, por la buena voluntad con que fueron atendidos durante los días que allí permanecieron.

VII

Ya era bien entrada la noche cuando el Capitán Zamora Regresó á "Punta de Arena," después de haber situado á la orilla del río una pequeña guardia de infantería, compuesta de colonos, al mando de Miguel. Esta fuerza tenía por objeto detener á todas las canoas que regresaran á Alvarado, y fácil es comprender el motivo de esta disposición precautoria.

Miguel Mendoza había cumplido satisfactoriamente la comisión que se le confió, y por él se supo que las cañoneras "La Foudre" y "La Tonnerre" deberían proteger al día siguiente el paso de la caballería enemiga, acompañándola hasta salir á la playa del mar una fuerza de infantería de marina, la cual debía regresar para reembarcarse y reforzar la guarnición de Tlacotálpam durante la ausencia de aquella.

El Coronel Lazcano había previsto esto, y por lo mismo, para el caso de que su previsión fuera un hecho, entre las instrucciones que envió á Enríquez, fué la de que precisamente el día 12 uniera las fuerzas de su mando y las de Carrasco, cual si intentara un ataque sobre Tlacotálpam. De este modo estaba seguro de que la "Tempette" no acompañaría á la caballería, y quizás, en caso contrario, desocuparía la plaza la guarnición que allí tenía.

Zamudio, Güido y Villalobos celebraron una última junta á la cual concurrió también el Capitán Correro, como Comandante de la fuerza que acababa de llegar de Santiago Tuxtla, y el de igual empleo Zamora, que mandaba la compañía de "Reemplazos;" y acordado el plan que definitivamente se debía seguir, á las once de la noche se puso en marcha para el "Mediadero" la pequeña columna, compuesta de ochenta y siete hombres de la última compañía mencionada,

de los cincuenta reclutas de Correro y de los diez y ocho l an ceros de Orizaba, más diez oficiales sueltos que no tenían colocación en filas. Iban á medir sus armas con los soldados de la Intervención, combatiendo en nombre de la República.

***

La vista más perspicaz no hubiera podido distinguir, á pesar de los luminosos rayos de un sol puro y radiante, á eso de las ocho de la mañana del día 12, un solo hombre sobre la cima de la parte izquierda de la montaña, que, cortada por el centro, forma el camino de que ya he hablado. Apenas desde la ribera del río podía distinguirse la bandera nacional que parecía denunciar, á gran distancia, entre la espesura de aquel monte casi virgen, la existencia de alguna fuerza que la custodiara; y como un indicio positivo de que alguien vivía cerca del supuesto campamento, una casucha de palma y yagua, casi á orillas del caudaloso Papaloápam, que corría con una velocidad extraordinaria pues estaba crecido. Era la vivienda del *pasajero* que en épocas normales trasladaba á los caminantes que pasaban de una á otra población por la vía de tierra, pero que en esa época había abandonado su puesto, temeroso de los desmanes del enemigo.

Y sin embargo, allí donde parecía no existir sér viviente alguno, allí estaba la sección que hemos visto abandonar la alegre ranchería de "Punta de Arena." En las primeras horas de la mañana había tomado posiciones, después de haber recibido instrucciones de los jefes que la comandaban.

El orden establecido fué el siguiente: una avanzada de seis hombres vigilaba el río, habiéndose situado entre los manglares que bordan la ribera, para no ser descubiertos desde la orilla opuesta: la fuerza de "Reemplazos," tendida en tiradores, coronaba la cresta de la montaña en toda su extensión, casi hasta llegar á la planicie que se prolonga para llegar á la playa del mar, donde la caballería en ala, y repartida

en ambos flancos, estaba dispuesta para cerrar el camino cuando llegara el caso: los tiradores, situados á unos cuatro metros de distancia entre uno y otro, formaban así una línea bastante prolongada y fuerte, dadas las ventajas que daba la posición, aun cuando hubiera sido débil si se hubiera formado á campo raso. Al pie de la montaña, por la parte posterior, los cincuenta guardias de Correro que jamás habían entrado en fuego: en el mismo lugar, algo más retirado, el parque, cuidado por un destacamento de estos noveles soldados; y á considerable distancia el *rancho*, para restaurar las fuerzas de aquellos valientes, bastante fatigados aún por una marcha, corta, es cierto, pero penosa, pues la estación de las lluvias, que apenas había pasado, tenía los caminos en un estado deplorable, tanto más, cuanto que aquellos por donde había seguido la marcha eran más bien veredas, conocidas sólo por los habitantes de la ranchería. Los oficiales, así de filas como sobrantes, y los mismos jefes, á retaguardia de la tropa, en el lugar que les correspondía, embrazaban igualmente su fusil con la bayoneta armada, llevando á la cintura la correspondiente cartuchera.

La infantería que ocupaba la altura estaba pecho á tierra: sólo los jefes permanecían en pie. La reserva descansaba sobre las armas, en tanto que la caballería, para no fatigar á sus cabalgaduras, había desmontado, teniendo cada ginete de la brida la que le pertenecía. Ni una palabra, ni el menor ruido se escuchaban; ni la lumbre de un cigarro ó de un puro..... nada se percibía que pudiera dar indicios siquiera que allí velaban por el honor de la patria hijos dispuestos á sacrificarse por ella.

Tales fueron las disposiciones tomadas para sorprender al enemigo luego que se aventurara en el desfiladero, no debiendo interrumpirse el silencio sino al silbido de las balas que le disputaran el paso, cuando el Jefe principal creyera conveniente mandar romper los fuegos: éstos debían ser inversos, oblicuándolos á la derecha, lo que podría llamarse el

ala izquierda, y hacia la izquierda los que ocupaban la derecha. De este modo, alcanzando á la vez la vanguardia y retaguardia del enemigo que no podía saber si el paso le sería disputado, fácilmente caería en error, y supondría que había una fuerza numerosa que se extendía hasta los límites del desfiladero.

El Capitán D. Francisco Muñoz Panes, oficial valiente y que no carecía de ingenio, para mejor desorientar al enemigo y que la sorpresa fuera completa y mejores sus resultados, luego que la fuerza llegó al "Mediadero" pidió al Comandante Villalobos la bandera que se había sacado de Alvarado, y atravesando el camino á la incierta luz del alba, fué á izarla en lo alto de un árbol, en el lugar ya dicho. Con esto llevaba el objeto de hacer que los contrarios, que no podían menos de verla, creyeran que allí, á esa larga distancia, acampaba alguna fuerza, y dirigieran hacia ese punto su atención y sus fuegos.

Todo estaba, pues, listo para recibir al enemigo, y sólo era cuestión de tiempo y de paciencia. Esta no faltaba á la tropa que, si bien estaba deseosa de probar sus fuerzas, ansiaba más por obtener la victoria.

VIII

Serían las ocho de la mañana cuando un vocerío confuso, palabras obscenas, risotadas groseras, y todo ese desorden que caracteriza á una tropa de aventureros sin disciplina, sin espíritu de cuerpo y faltos absolutamente de toda subordinación, anunció la llegada al "Estero" de la famosa caballería destinada á la campaña de la Costa: iba llegando por grupos y en la mayor confusión, y de la misma manera echaban pie á tierra aquellos desalmados, distinguiéndose sin embargo un grupo de cuatro hombres que permanecía apartado y que no presentaban el tipo de sus compañeros. Eran los oficiales; verdaderos oficiales del ejército español, enganchados en la Ha-

bana, y que seguramente se avergonzaban de comandar aquella horda de facinerosos:[1] porque eso, y no otra cosa, era aquella chusma: una mascarada que habría podido ser ridícula, si caras patibularias y nuevas y relucientes armas no hubieran denunciado una horda de asesinos. El Suizo se aproximó á la ribera, siempre á caballo, y con su anteojo de campaña exploraba el río, ya la montaña, ya el camino que tenía á su frente y que era el mismo que debía pasar ahora, como lo había pasado antes para llegar á Tlacotálpam.

Dos columnas de humo aparecieron por el rumbo de Alvarado, mas acá de la "Isleta del Burro" poco tiempo después, muy cerca la una de la otra, y avanzando siempre. El Suizo debió dar alguna orden, pues los oficiales se aproximaron á su gente, y en el acto procedieron á desensillar los caballos. Eran en efecto la "Foudre" y la "Tonnerre," que llegaban para proteger el paso, y que una vez á la altura del desfiladero, se acoderaron sobre sus flancos cubriéndolo con sus baterías de estribor. Slaicklin pasó á bordo de la primera, y retrocediendo ambas más hacia el centro del río, abrieron sus fuegos de granadas, por elevación, sobre la montaña del lado opuesto al que ocupaban nuestros soldados. Era que el Suizo había visto la bandera mexicana y lo comunicó al Comandante de la escuadrilla: el plan del Capitán Muñoz Panes había tenido éxito, y desde ese momento aquella gente estaba perdida, porque la sorpresa había de influir mucho para consumar la derrota.

Una fuerza de infantería de marina hizo un desembarco frente al casucho del pasajero, y después de haber hecho dos descargas sobre el abandonado jacal lo incendió, retirándose muy satisfecha de su hazaña.

1 Eran los Capitanes D. Juan Amor, D. Leocadio Aviñón y otro cuyo nombre no recuerdo, y el Teniente D. José Monclús: de éstos, los dos primeros y el último se retiraron de aquella chusma al llegar á pocos días á Medellín, pidiendo incorporarse á la Sección Ligera, que mandaba el Coronel D. Miguel Gómez.

Todas estas maniobras las presenciaban, así la guardia avanzada nuestra, como los jefes que se habían aproximado hasta donde era prudente hacerlo para no ser descubiertos. A los primeros disparos de las cañoneras, que duraron tanto tiempo cuanto necesitó la caballería para hacer el transborde, nuestros lanceros montaron ligeramente, y la reserva revistió un aire de bravura al terciar las armas.

Comenzó la operación.

La caballería enemiga fué trasladada en las falúas de las cañoneras, y una vez en tierra procedió á ensillar sus caballos y á prepararse para la marcha, llevando en guardia las carabinas. Nuesfra avanzada volteó con la mayor precaución la falda de la montaña y ocupó el puesto que le estaba señalado en la altura.

Una descubierta fuerte de veinticinco hombres de infantería abrió la marcha: siguióla una sección de caballería, á distancia conveniente, y así, alternando una y otra fuerzas, emprendieron el paso del terrible desfiladero, que fué la tumba de muchos de ellos. Y á la verdad que el orden seguido no pudo ser ni más inconveniente ni más antimilitar y antiestratégico; pues suponiendo que tuvieran la convicción de que el peligro no estaba en la montaña, sino al salir á la playa, si la descubierta no resistía el primer ataque, la retirada tenía que ser desastrosa, encerrados como estaban infantes y dragones en el estrecho desfiladero.

Y así sucedió, no obstante que hubo algún apresuramiento por nuestra parte.

Aún no llegaba la cabeza de la columna á la altura del centro de nuestra línea, cuando se oyó un tiro que partía del lado de la avanzada. [1] Zamudio mandó en el acto al corneta de

1 El Teniente D. Angel Gómez que mandaba la avanzada se anticipó á las órdenes que había recibido, y mandó hacer fuego á sus soldados antes que se diera la señal como estaba dispuesto. Fué encausado y dado de baja como insubordinado, pues ya en otras veces había dado pruebas de su falta de subordinación y disciplina.

órdenes tocar "arriba y fuego," y soldados y oficiales se levantaron llenos de brío, rompiendo un nutrido fuego de filas que se prolongó en una línea bastante extensa, dado el orden de fuego oblicuo que engañó completamente al enemigo. Los caballos de los primeros dragones que cayeron muertos ó heridos, huyeron en distintas direcciones, introduciendo el desorden en las filas de la infantería; y como la reserva, enardecida, y á pesar de ser reclutas los que la componían, cerró bravamente el paso del desfiladero á vanguardia de los lanceros, haciendo fuego á su frente, la confusión fué mayor aún: el terror y la desconfianza se apoderaron de aquella gente que comenzó á correr hacia el punto de partida en medio de gritos de espanto y de blasfemias de desesperación, abandonando en su fuga armas, parque y hasta prendas y vestidos de uso. La "Tonnerre" presentó su banda de babor para protegerlos, pero no podía hacer fuego sobre nuestra reserva, porque antes ametrallaba á sus propios soldados. Además, Villalobos se había corrido hasta el puesto de la avanzada, cuyo mando tomó, y comenzó á tirotear á la tripulación de las cañoneras, matando al timonel de una y á un vigilante de otra, é hiriendo á un oficial de la "Tonnerre," la cual, aunque arrojó algunos obuses sobre nuestras posiciones, la circunstancia de tener que levantar demasiado la puntería por la proximidad del punto en blanco, no nos causaron daño alguno.

En vano un refuerzo de infantería que saltó á tierra intentó contener el desorden abriendo sobre los nuestros un vivo fuego con sus carabinas de bala cónica y cerrando el paso á los fugitivos para hacerlos entrar en filas, en vano la "Tonnerre" comenzó á bombardear la montaña sin más resultado que hacer llegar las granadas al mar; todo fué inútil, el cerrado fuego de los nuestros, tanto desde la altura como desde la boca del desfiladero, y la presencia de los lanceros que habían avanzado lazo en mano, para hacer prisioneros, acabó de atemorizarlos. Al temor sucedió el pánico: hombres y ca-

ballos, en la más espantosa confusión, se revolvían sobre el terreno, aumentando más el desorden: muchos de aquellos infelices, sin esperar la llegada de las falúas, se lanzaban al río para ganar á nado las salvadoras naves, en tanto que otros, menos afortunados que sus compañeros, eran arrebatados por la corriente, ahogándose en medio de la más espantosa agonía.

El toque de "alto el fuego" se hizo oir, sucediéndole el de "diana" que tocaban el corneta de órdenes y el que estaba con los reclutas de Santiago Tuxtla; y á aquel estrépito de detonaciones ensordecedoras sucedió el más completo silencio.

La derrota había sido completa, y el campo se veía regado de cadáveres y de heridos, y vagando acá y allá algunos caballos.

Las cañoneras forzaron la máquina haciendo rumbo á Alvarado, y fué entonces cuando un sonoro "Viva México" se escuchó en toda la línea republicana, repercutiendo como un eco en las frondosidades de la montaña.

Una sección al mando del Comandante Güido levantó el campo, recogiendo sobre diez cajas de parque de fusil y de carabina, botas de montar, un pito de contramaestre, carabinas, sables y dos pistolas, y además diez y ocho caballos enteramente ilesos: doce muertos á quienes se dió sepultura á la salida del desfiladero, y quince heridos que fueron conducidos á "Los Ventorrillos" con las mayores precauciones posibles, dados los medios de transporte que se habían improvisado y atendiendo al estado que guardaban, pues casi todos estaban heridos de muerte.[1] Por nuestra parte sólo tuvimos

1 Dos se salvaron únicamente. A uno de ellos hubo necesidad de amputarle la pierna izquierda, cuya dolorosa operación resistió de una manera que llamó la atención, no exhalando una queja siquiera: al otro hubo que desarticularle la primera falanje del dedo pulgar de la mano derecha: éste se desmayó durante la operación. Ambos eran martinicos, y después de curados pasaron libres á Tlacotálpam.

que lamentar la muerte de un hombre: el cabo Villalpando de "Reemplazos." El Comandante Villalobos arengó á la tropa, llegando el entusiasmo hasta el delirio, y después de tomado el rancho, emprendió la sección su marcha hacia "Salta Barranca," lugar designado por el Coronel en jefe como Cuartel General, cargando con el botín recogido en el lugar del combate.

El Comandante Enríquez, siguiendo las instrucciones que había recibido, al oir los disparos de los cañoneros, movió sus fuerzas sobre Tlacotálpam, simulando un ataque por el camino de "La Paloma," poniendo en jaque á la guarnición que la guardaba; pero esa misma tarde desocupó el enemigo la población.

IX

Tal fué el resultado de esa pequeña función de armas librada en territorio de Sotavento, que por ser la primera debía de ser de gran trascendencia para lo futuro, siendo conocida con el nombre de "Acción del Mediadero;" y si en la parte material fué de poca significación, moralmente resolvió el porvenir de la costa.

En efecto, rendido el parte respectivo al Jefe de la línea militar, lo comunicó desde San Andrés Tuxtla de una manera violenta á todas las Comandancias militares del territorio, con orden de hacerlo conocer á todos los vecinos de las poblaciones; y de ahí que cuatro días después, el aspecto antes triste y desconfiado que presentaba, se trocara en halagüeño para la buena causa que defendíamos. El espíritu público se reanimó bajo la influencia del entusiasmo patriótico que despertara la pequeña victoria obtenida; en todas parte se hablaba tan sólo de futuros combates y de triunfos futuros: los patriotas se exaltaron más y más en sus sentimientos nacionales; los tímidos cobraron ánimo; los indiferentes dieron señales de vida, y los descontentos y los tímidos, pocos á decir

verdad, sofocaron su despecho aparentando una satisfacción que estaban lejos de sentir, pero que producía buen efecto en aquel concierto general de aplausos y felicitaciones.

Naturalmente, un hombre de la voluntad y perspicacia del Coronel Lazcano, no podía dejar de aprovechar en bien de la patria todo el partido que podía sacarse de la nueva situación, tanto más, cuanto que no se le ocultaba que en el interés del enemigo estaba ocupar las principales poblaciones de la costa, verdaderamente abierta á cualquiera invasión, puesto que careciéndose de fuerzas marítimas que oponer á las con que él contaba, Tlacotálpam y Minatitlán quedaban á su disposición, en tanto que por Omealca, si no con facilidad, podía, sí, invadirla por el cantón de Cosamaloápam.

No se durmió sobre sus laureles, y una proclama que acabó de exaltar el espíritu público fué el principio de sus nuevas operaciones.

Desde luego fijó su atención en la idea de cerrar la entrada á la costa, por medio de tres campamentos militares; pero para ello necesitaba elementos y recursos de que no podía disponer de momento, concretándose por lo mismo á establecer el que juzgó más importante para disputar el paso al enemigo que viniera de Alvarado, ó cuando menos, hacérselo costoso en vidas de sus soldados, poniendo á cubierto las de los nuestros hasta donde fuera posible. Trasladóse á "Salta-barranca" y allí conferenció con el Comandante Zamudio, práctico en todos aquellos terrenos; con D. Luis Cinta, nombrado recientemente Comandante militar de aquella jurisdicción; con el capitán de caballería D. Juan Delfín, rico hacendado de aquellos contornos, patriota sincero y desinteresado, que puso á disposición de la patria su vida y sus intereses, y con el "Tío abuelo," que vino expresamente desde "Punta de Arena" para felicitar y ponerse á las órdenes del Coronel.

De esta conferencia resultó el establecimiento de un campamento en la mesa de la montaña, cerca de la laguna de „Conejo," de donde luego tomó su nombre, y al siguiente

dia de hecho el reconocimiento, se invitó á todo el vecindario para que, como una prueba de patriotismo, contribuyeran con materiales para su construcción. El Capitán Delfín fué el comisionado para colectar y recibir dichos materiales; un francés, naturalizado mexicano, administrador de la hacienda de los "Ventorrillos," y herrero de oficio, convirtió su taller en maestranza para la recomposición del armamento inútil que de todas partes remitían los agentes del Jefe principal; las señoras y señoritas de San Andrés y Santiago Tuxtla y Catemaco, abrieron subscriciones para colectar fondos con el fin de equipar á los futuros defensores de la patria, y las de Tlacotálpam, bajo la inspiración de la Sra. Dª Blasa Enríquez de Zayas, se ofrecieron á hacerlo á una compañía de infantería y á los artilleros que aún no existían.

Las guardias nacionales de todas las ploblaciones tuvieron *altas* de consideración en muy corto tiempo, y cada día que pasaba se hacía sentir más y más la falta de armamento y de parque. Hízose una requisición entre la gente del campo en todos los cantones, lo cual dió un regular resultado; y el día último del año quedaron nombrados los jefes que debían mandar los cuerpos y determinada la organización de éstos, de modo que toda la costa quedara á cubierto de un golpe de mano, siendo de notar que durante los doce días que transcurrieron desde que se inició la idea de establecer el campamento de "Conejo," el tráfico constante que tanto por tierra como por las vías fluviales hubo de gentes que en hombros, en canoas, asnos y caballos, llevaban su contingente de maderas, bejuco ó palma para la construcción.

En el Cantón de los Tuxtlas, el más desprovisto de armamento, creó el coronel Lazcano las "compañías de zapadores," indígenas armados con sus instrumentos de labranza, poniendo al frente de ellas oficiales de su misma raza, hombres leales, acomodados y patriotas, tales como Florentino Pucheta y Pascual Velasco, capitanes de las dos compañías levantadas, habiéndose dado de alta otra en Cosamaloápam, pocos

días después. Estos "zapadores" debían ser y fueron los constructores del campamento.

Se decretó la "contribución de raciones" que nadie se excusó de pagar, en "efectos," no en dinero:[1] se establecieron "proveedurías en todas direcciones á fin de que el soldado pudiera marchar siempre á la ligera y encontrara alimentos donde quiera que pernoctara una fuerza; se impuso á los dueños de "atajos" ó recuas el servicio de sus acémilas para tirar de las piezas de montaña, cuyo servicio era de sólo un mes;[2] y por último, se abrió la brecha en el amplio campo escogido para el campamento, quedando dispuesto para comenzar los trabajos, después de rozado y quemado, el mismo día 31 de Diciembre de 1862.

X

El día 1º de Enero siguiente, el capitán X.. ...., auxiliado de los Comandantes Güido y Zamudio, comenzó el trazo del campo atrincherado de "Conejo," conforme al plano é instrucciones que había recibido del Coronel. Ninguno de los tres tenía conocimientos especiales para esto; pero su buen deseo y la práctica de los zapadores, particularmente de sus jefes, en esta clase de construcciones rústicas, fueron suficien-

1 Los efectos comprendidos en esta contribución eran arroz, frijol, maíz, manteca, sal, chile, totopo, aguardiente y reses en pie. Por el valor que representaba cada entrega, se daba un recibo al portador, valedero en las Oficinas de Hacienda respectivas, para abonársele una tercera parte del tanto que importaban los impuestos ordinarios que tenían que satisfacer, de modo que éstos hacían "un anticipo" sin perder un solo centavo del valor de los efectos. En San Andrés Tuxtla fué donde únicamente hubo alguna oposición por parte de dos ricos comerciantes, español el uno y el otro francés, pero al fin cedieron ante las razones de equidad que les dió el Comandante militar.

2 En Santiago Tuxtla, un rico dueño de recuas, español de nacimiento, se negó á prestar este servicio, manifestando al Coronel, con alguna altanería, "que sus mulas gozaban del derecho de ciudadanía y estaban bajo el pabellón de su nación. El coronel lo convenció de que estaba en un error, y fué el más cumplido.

tes. Sobre la extensa planicie de la montaña quedaron delineados cuarteles para infantería y artillería, Comandancia Principal, Mayoría de Ordenes, oficinas de despacho, bayuca, cárcel, rastro y campo de maniobras. En la parte elevada que daba al río, explanadas para baterías rasantes y espaldones para que se cubriera la infantería, y un telégrafo de señales convenidas que se montó desde luego, con el fin de avisar la aproximación de los buques, cualquiera que fuera su derrotero. En la falda de la montaña, un cuartel para caballería y casas para los trabajadores, más, un puesto de guardia para la vigilancia nocturna. Caminos amplios y de rodada se cruzaban en todas direcciones, ya para comunicarse entre sí los defensores del punto, ya para que pudiera transitar la artillería ligera, ya para poder llegar á "Punta de Arena," "Los Ventorrillos," "Salta Barranca" y "El Mesón," y rodeando este extenso perímetro, quedó determinada una ancha faja de terreno que fué sembrada de maíz y cultivada por la tropa, á fin de que no carecieran de pastura los caballos y mulas del servicio, y para la elaboración de tortillas y totopo para la tropa. Todo este trabajo quedó terminado en los ocho primeros días de Enero, y desde el siguiente, un enjambre de trabajadores invadió el terreno, conduciendo con mil dificultades pero llenos de contento, los materiales que con abundancia había acaparado el Capitán Delfín y sus leales rancheros, comenzando desde luego los trabajos de construcción.

Una sola idea preocupaba al Coronel Lazcano: la falta de armamento, sobre todo de artillería, pues de esta arma sólo teníamos los dos cañoncitos de á 4, de que ya he hablado, y dos de á 8, que por el nombre que les pusieron los soldados puede inferirse lo que eran y el estado que guardaban. Llamábanlos "el sapo" y "la rana."

Un incidente conmovedor á la vez que terrible vino á salvar providencialmente tan difícil situación.

XI

De conformidad con las leyes que el Gobierno de la República expidió luego que las potencias aliadas por la convención tripartita ocuparon la ciudad de Veracruz, leyes *ad terrorem*, indispensables para poner en respeto al invasor, todo tráfico, toda comunicación debía cesar entre las poblaciones que fueran invadidas y las que permanecieran bajo la obediencia del Gobierno nacional, y se declaró traidor á la patria á todo aquel que auxiliara al enemigo con recursos de cualquiera clase, remarcándose más aún esta prevención en cuanto á los que introdujeran víveres á aquellas poblaciones.

Desde los últimos días de Diciembre, D. Pedro García Mantilla, Comandante Militar de San Andrés Tuxtla, en correspondencia particular había manifestado al Comandante Lazcano los temores que abrigaba de que un alvaradeño, joven aún y emprendedor, recorría el litoral comprendido desde "Mata de Caña" á "Montepío," haciendo provisión de víveres de todas clases para llevar á Veracruz, en cuyo punto los vendía á precios relativamente fabulosos: decíale también que en la fecha de su comunicación, el audaz marino se hallaba en aquel puerto, adonde había conducido en un balandro que mandaba, los frutos adquiridos en su último viaje, y que ya había dictado órdenes reservadas para aprehenderlo, caso que volviera por aquellos rumbos á hacer nuevas compras. Lazcano se limitó á contestarle que se ejerciera la mayor vigilancia posible, pero que no procediera á su captura sino en el caso de que se le pudiera comprobar el delito, á fin de aplicarle el debido castigo con arreglo á las leyes vigentes, y sobre todo, que empleara los medios más eficaces para que no fuera burlada su autoridad.

El Comandante Militar, luego que tuvo noticias ciertas de que el individuo en cuestión se encontraba en "Santecomapam" cargando su buque con frutos del Cantón, muchos de

los cuales había comprado en Catemaco y hasta en el mismo San Andrés, se trasladó á Montepío é hizo que se prepararan dos embarcaciones menores, en las cuales embarcó una fuerza competente de infantería, al mando del Teniente de Guardia Nacional D. Celso Ortiz para dar caza al balandro tan pronto como saliera al mar.

El resultado fué satisfactorio.

En los primeros días del mes de Enero, y ya casi en aguas de Veracruz, el balandro fué abordado por la infantería sanandrescana, que comenzó á darle caza con mucha ventaja, tanto por ser más ligeras las embarcaciones que montaba, cuanto porque eran hábiles marinos campechanos la gente que los tripulaba; y una vez capturado fué reconducido á Santecomapam.

Rendido el parte respectivo, dispuso el Coronel que así el buque como los efectos que conducía á puerto enemigo, fueran confiscados en favor de la Nación y de los aprehensores, procediéndose al tenor de las leyes de la materia; que se pusiera en libertad á los tripulantes luego que rindieran su declaración, y que fuera remitido bajo segura custodia á Saltabarrancas el Capitán del buque, como único culpable, y responsable por consiguiente del crimen de traición á la patria.

Su llegada al punto citado causó bastante disgusto, porque —se decía—era uno de los que protegieron la deserción de nuestras tropas en Alvarado, y de los que instigaron á aquella guardia nacional para defeccionar, según se ha dicho ya en lo narrado respecto de esta población. Púsosele en segura prisión, y se prosiguió la causa comenzada en San Andrés Tuxtla, desempeñando las funciones de fiscal el Comandante Güido.

Como por encanto y quizás por aviso dado por alguno de los mismos alvaradeños que nos acompañaban entonces, ó lo que es más probable, por los mismos tripulantes del balandro, hubo de saberse en Alvarado la prisión del marino en cuestión, y calculada la suerte que le estaba reservada si que-

daba bien comprobado su delito, cosa que ellos, más que nadie, podían apreciar; pero fuera por esta causa ó por cualquiera otra, el resultado fué que antes de veinticuatro horas, una multitud de hijos de aquella villa había invadido ya á Salta Barranca, pretendiendo valerse de sus paisanos para solicitar el perdón del culpable. Eran más de cincuenta hombres y no pocas mujeres, y no debe extrañarse esto, porque ya se sabe que entre los alvaradeños domina como en ningún otro pueblo el sentimiento del paisanazgo, y que si alguno corre peligro todos se unen para defenderlo. En este punto su lema es: "primero paisano que Dios."

El Coronel, á quien se presentó una comisión de mujeres en demanda del perdón, dispuso que se retiraran, manifestándoles por medio de su Secretario que nada podía hacer en el asunto en tanto que no estuviera perfeccionada la causa que se seguía con toda actividad, y en cuanto á los hombres, tratándolos con toda benignidad, como desertores simplemente, ordenó que fueran dados de alta en el batallón "Ortega," título con que sustituyó el de "Reemplazos," que antes tenía el pequeño cuerpo que comenzó á formar el Comandante Enríquez.

A las diez de la noche estaba terminada la causa; á las once se reunió el Consejo de guerra, y á la una de la mañana se le leyó la sentencia al reo, cuya ejecución se fijó para las cuatro de la tarde del mismo día, á fin de darle tiempo para que pudiera hacer sus disposiciones, si algunas tenía que hacer. Se le puso en capilla, improvisándose ésta en un pequeño departamento contiguo al local que servía para el despacho de la Comandancia; se dobló la guardia que custodiaba la prisión, y desde ese momento el Padre Contreras, Capellán de la Sección de operaciones, pasó á acompañar al reo, por haberlo pedido así.

Los primeros rayos de luz del nuevo día alumbraban un cuadro tierno y conmovedor. Un joven, de apellido Lara, segun creo recordar, acababa de llegar procedente de Alvarado;

y apenas puso pie en tierra todas cuantas mujeres había allí le rodearon, bañado en llanto el rostro, suplicándole que se apersonase con el Coronel para obtener su perdón, cual si debiera ceder á sus ruegos. Manifestoles que con tal objeto había llegado, y pidió con insistencia y ruegos á Zamudio que le proporcionara hablar con él, agregando que *ni uno ni otro se arrepentirían de ello.* El Comandante Zámudio, triste y cabizbajo, tomando sobre sí la responsabilidad de presentarlo, lo condujo al Cuartel general.

El Coronel lo recibió en el acto con la benignidad que siempre acostumbraba hacerlo con todo el mundo, y á solas con él, con el mismo Zamudio y con su Secretario de campaña, permanecieron encerrados más de una hora. La gente discurría silenciosa y preocupada alrededor de la casa como si quisiera penetrar en su interior para enterarse de lo que allí pasaba. Inútil recurso: aquellos débiles muros retenían el secreto de la conversación, y sólo cuando salió Lara de nuevo, pudo notarse que su semblante estaba menos taciturno, y que se retrataba en él algo así como la expresión de una esperanza. Zamudio y el Secretario parecían participar de ese cambio, y sólo Lazcano se presentó tan sereno é impenetrable como siempre.

¿Qué pasó allí? Pronto lo sabremos.

Por la orden del día se comunicó á las tropas que la ejecución del reo se transfería para el día siguiente á las cinco de la mañana: que después de tomar rancho la fuerza marcharía al lugar designado para formar el cuadro; que el reo sería conducido al lugar de la ejecución con las formalidades de costumbre en tales casos, un cuarto de hora antes de la que se había fijado, y que el bando pregonando que sufriría la misma pena que el reo todo aquel que pidiera su perdón, se leería á las cinco en punto, debiendo procederse al acto inmediatamente después, y entregando el cadáver á la persona ó personas que lo reclamaran.

A partir de este momento, tal pareció que el frío de la

muerte se había infiltrado en la población: nadie hablaba sino á media voz: aquí y allí pequeños corrillos de paisanos comentaban los menores incidentes que ocurrían; la tropa quedó acuartelada, reforzada la guardia de prevención, y hasta el mismo Lazcano hizo su despacho diario más silencioso que de ordinario lo hacía, pero entregándose algunas veces á un especie de concentración consigo mismo, que parecía fatigado, y sufriendo distracciones, lo que jamás había sucedido. Cuando levantaba la cabeza su mirada era siempre tranquila, pero parecían húmedos sus ojos.

Una sola cosa había llamado fuertemente la atención.

Lara se había regresado precipitadamente á Alvarado luego que se despidió del Coronel, y después de llevarle Zamudio seis hombres de los mismos que habían sido dados de alta en la noche anterior, más los dos hermanos Mora, diciéndole únicamente estas palabras con cierto aire de triunfo:

—¡Hasta mañana, señor Coronel!

Al obscurecer, una guardia fuerte de cincuenta hombres con sus oficiales á la cabeza, fué á apostarse bajo un gran cobertizo que se había construído á la orilla del río; y las dos piececitas de artillería, quedaron, con su dotación de sirvientes, abocadas en la puerta de la casa que servía de cuartel á los artilleros.

Nada ocurrió durante la noche, pero al toque de diana toda la población estaba ya en pie: era la hora señalada para conducir al reo al lugar del suplicio, designado en una llanura bastante extensa á un lado del camino que conduce á "Ventorrillos." Las tropas francas y la "imaginaria" de la guardia de prevención marcharon en silencio á ocupar el puesto que les correspondía, formando cuadro, en cuyo centro y con la espalda para el frente descubierto, se colocó el banquillo para el reo. Este llegó poco después con vacilante paso, sostenido por el Capellán y por un Ayudante de la Fiscalía, el Teniente Toro: el Fiscal con su Secretario, y el Doctor Scamon á retaguardia, y la fuerza que lo custodiaba y que debía ti-

rarle, marchaba á derecha é izquierda, ajustando su paso al trémulo y pausado que llevaba el reo ya vendado.

Al fin llegaron, y la multitud, silenciosa y triste, abrió amplio espacio para que el lúgubre cortejo penetrara hasta las primeras filas del cuadro, que se abrió por un momento para que entrara. El Capellán y su asistente sentaron á aquel infeliz en el banco fatal, y todos guardaron un silencio que á fuerza de ser profundo era más bien pavoroso. Los primeros rayos del sol iban á alumbrar una escena terrible, espantosa.

En estos momentos el Fiscal dispuso que se leyera en alta voz el "bando," y cuando un punto de atención dado por el corneta de órdenes reclamaba el silencio, el Capitán X..... llegaba á toda la carrera de su caballo, agitando violentamente un papel que llevaba en la mano, y gritando sin dejar de avanzar:

—¡Alto! ¡alto! ¡se concede la vida al sentenciado!

La escena cambió como por encanto.

Un sonoro ¡viva México! ¡Viva el Coronel Lazcano! fué el primer grito con que aquella multitud, antes silenciosa y sombría dió señales de haber salido de aquel sopor en que estaba sumergida, y después todo era plácemes, todo felicitaciones: todos querían acercarse, ver de cerca, palpar al reo, y todos lloraban de contento, porque siempre es triste, aun tratándose del cumplimiento de la ley, privar de la vida á un hombre.

Los comentarios comenzaron, pero no en reserva, sino en alta voz. Quiénes creían que todo aquello había sido un *susto* que se quiso dar al contrabandista; quiénes, que el Coronel se había arrepentido de tanta severidad por su parte; quiénes, en fin, que el Consejo de guerra había revocado la sentencia; y entretanto, y luego que el Capitán entregó al Comandante Villalobos, que era quien mandaba la fuerza, el pliego que llevaba en la mano, la tropa evolucionó para retirarse á sus cuarteles, y el Capellán y el mismo Fiscal levantaban del banquillo y desvendaban al reo, que había perdido el conocimien-

to al anunciársele que estaba perdonado. El Doctor declaró que era presa de una fiebre intensa, haciéndolo conducir á la casa del mismo Comandante Militar, que así lo dispuso.

***

Hé aquí lo que había pasado.

Lara, que era novio de una hermana del preso, al saber lo ocurrido en Montepío por un compañero de aquél, que pudo escapar á los aprensores, concibió un proyecto casi irrealizable, pero factible de llevar á cabo, contando con esa unión que hay entre los Alvaradeños, y con la audacia de los desesperados. De ahí que luego que supo la llegada de su futuro cuñado á "Salta Barranca," se pusiera en camino para este punto, donde, como queda dicho, solicitó y obtuvo una entrevista con el Jefe de la línea. Lara propuso que en cambio de la vida de su amigo y casi hermano, se comprometía á llevar, entre tres y cuatro de la mañana, todos los fusiles, fornituras y parque que habían rehusado entregar sus paisanos el día que las tropas del Gobierno abandonaron la plaza, y que aquellos no quisieron marchar á la campaña; y que además, si se le daban seis hombres que él mismo designó de los que acababan de ser filiados como soldados rasos, llevaría también dos piezas de á 12 que estaban enterradas al pie de "Casa Mata," agregando que, si le era posible, llevaría también las que quedaron enterradas en "Santa Teresa." Hizo sus explicaciones, comprometió su palabra de proceder lealmente, y además quedaba en rehenes el mismo reo y los paisanos que estaban ya bajo su mando. El Coronel consintió, y señaló para la ejecución una hora más tarde de la en que se había comprometido Lara para regresar de su peligrosa empresa.

En efecto, á los primeros albores del día el oficial de vigilancia apostado en el río, cerca del puesto de guardia, vió aparecer primero una, luego dos, tres, cuatro canoas viajeras cubiertas con palma de coyol y muy recargadas, á juzgar por

la lentitud con que marchaban, conducidas por dos canoeros, uno á proa y otro á popa, que las hacían delizar tan suavemente, que apenas se percibía el ruido que hacían las canaletas al hundirse en el agua. El referido oficial era el mismo Capitán X....., y apenas conoció á los hombres que el día anterior habían salido con Lara, y á éste, que de pie en la primera canoa, agitaba un lienzo blanco, montó en su caballo, dispuesto á todo evento, y se lanzó á escape hacia el lugar de la ejecución para impedir que se llevara á cabo. El Coronel Lazcano tuvo tal confianza en la oferta de Lara, que cuando envió á su Secretario de campaña para que estuviera al tanto de la llegada del armamento, le puso entre las manos el indulto del reo, ya firmado.

Lo que después aconteció ya se lo puede imaginar el lector, no siendo el menos contento el Coronel Lazcano, por habérsele salvado la vida á un hombre. Una hora después el Capitán Muñoz Panes tomaba nota, auxiliado de Mr. Lavin, en su depósito de armas y municiones, de dos piezas de á 12 con algunas balas, un tanto descalibradas, es cierto, pero servibles y en número suficiente para un caso dado; cuatrocientos y pico de fusiles, algunas menos bayonetas, y todas las fornituras y el parque que fué posible recoger.

Cómo lo efectuaron esos hombres audaces, casi bajo los fuegos de la escuadrilla enemiga, no lo sé; pero es el caso que el Coronel, satisfecho y contento, á la primera súplica que le hicieron las mujeres, mandó poner en libertad á los que indudablemente habrían sido malos soldados, que desertarían á la primera oportunidad que se les presentara.

Sólo el Dr. Scamon quedó disgustado de la medida, porque entre los que marchaban iban algunos amigos suyos, como él buenos bebedores, con quienes en otras veces había cogido más de una *rata nocturna* siete veces por semana.

Tal fué el acontecimiento que de manera tan inesperada vino á salvar la situación bastante precaria en que estábamos por falta de armamento.

Inútil es decir que, por esta parte de la costa al menos, no volvió á aparecer ningún atrevido que quisiera hacer comercio con el enemigo.

XII

Los trabajos del campamento, emprendidos con tanta actividad, y continuados con tanta constancia, tocaban á su término: ya sólo faltaba perfeccionar las obras de construcción, dejar expeditos los caminos de travesía en todas direcciones, y montar las cuatro piezas de artillería sobre sus explanadas para dominar toda la parte del río por donde forzosamente tenían que pasar las cañoneras enemigas. Y como á la vez que se trabajaba en el campamento proseguían en toda la línea las no menos importantes tareas de reorganización militar, de ahí que se fijara definitivamente el día 3 de Febrero para la inauguración solemne de aquel campo, que haría época en los anales de la Costa de Sotavento.[1]

En efecto, el día 30 de Enero quedaron concluídos y perfeccionados del todo los trabajos del campamento, y ese mismo día quedaron instalados en sus cuarteles los "Zapadores de San Andrés," la compañía de infantería de "Santiago Tuxtla," el "Batallón Ortega," los "Lanceros de Orizaba," más la batería de artillería formada con reemplazos que llegaron de Tesistepec, los viejos guardias nacionales de esta arma que estuvieron en Alvarado, y con los "Dragones de Solís," veinte hombres que pertenecieron á la escolta del General Prim, y que, al retirarse las tropas españolas de Veracruz, se unieron á nosotros en la época de Larragoiti, al mando de un Capitán de apellido Solís, y á los cuales el Coronel Lazcano

1 La primera idea del Coronel Lazcano fué que la inauguración tuviera lugar el día 5 de Febrero para solemnizar el 6º aniversario de la promulgación de la Constitución de 1857, pero la opinión de los hijos de Alvarado, bastante experimentados, de que era casi seguro que soplaría norte del 3 en adelante, hizo que desistiera, fijándose el día 3 y no el 2, para no deslucir la fiesta titular de Tlacotálpam, que es de gran beneficio para el comercio en general.

hizo cambiar de arma, pasando á la artillería, donde prestaron muy buenos servicios durante casi toda la campaña.[1]

Del 31 de Enero al 2 de Febrero llegaron todas las fuerzas que debían concurrir al festival de inauguración, parte de las cuales quedaría para guarnecer el campamento, debiendo relevarse cada dos meses, tanto para que alternativamente cubrieran las poblaciones de donde procedían, cuanto para que, aislados en aquel campo retrincherado donde nadie podía penetrar si no era por asuntos del servicio, pudieran recibir la instrucción militar necesaria.

Este es el lugar donde debe consignarse como un recuerdo de gratitud y un homenaje de admiración en favor de las señoras y señoritas de Tlacotálpam y de San Andrés Tuxtla, la parte activa que tomaron para secundar los esfuerzos del Coronel Lazcano. En el primer punto, invitadas por la Sra. Blasa Enríquez de Zayas, costearon el uniforme de brin de las dos compañías del batallón "González Ortega," construyéndolo además personalmente; y en el segundo, bajo la dirección de las Sras. Remag de Palacios y de Carrère, el de la batería de artillería y de "Lanceros de Orizaba." Además, la Sra. Enríquez de Zayas obsequió al referido batallón con una lujosísima bandera de seda, costeada de su peculio, y al de "Zaragoza" las sanandrescanas con otra que, aun cuando de menos valor material, no por eso dejaba de ser un magnífico regalo. También la Sra. María G. de Villalobos, digna esposa del Jefe de este apellido, entusiasta patriota, que sufrió más de una amargura durante su permanencia en esa población, hizo llegar al campamento un botiquín completo, del cual se carecía, y una cantidad de hilas y vendas que ella y

1 Solís, cuyo carácter díscolo era el menos á propósito para hacerse querer, se separó del servicio al comenzar la época de mando del General D. Alejandro García. Contrajo matrimonio con una viuda rica de Tuxtepec, y debido á su mal manejo para con los peones del campo, poco tiempo después de casado fué encontrado muerto á puñaladas dentro de los mismos campos de labor.

algunas buenas alvaradeñas prepararon durante las noches, para que sirvieran á los heridos cuya sangre corriera en defensa de la patria.

XIII

Puro, radiante, tranquilo, amaneció el día 3 de Febrero de 1863.

Cuando apenas comenzaban á alumbrar sus primeros albores, allí, donde un mes antes el silencio era absoluto, ó interrumpido apenas por el horrible silbido de alguna serpiente de cascabel que se enseñoreaba del espeso monte que coronaba la montaña, el toque de diana se hizo oir por primera vez, repetido en diversos y distintos puntos, por las bandas y músicas militares de las tropas que en ella acampaban ahora. A la tranquilidad del bosque sucedía el bullicio del campamento, como á la majestad de aquellos árboles seculares había sucedido la humilde techumbre de los rústicos edificios que formaban el campamento. El pavoroso silencio de cien generaciones de plantas y arbustos silvestres fué interrumpido bruscamente; y á los bélicos acordes de las músicas respondían el marcial sonido de los tambores y cornetas, en tanto que la imponente y sonora voz de los clarines de la caballería se mezclaban desde abajo, como para avisar que allí también se preparaban á la gran fiesta de antemano combinada, mientras llegaba la hora de acudir al terreno del combate.

El lugar designado para celebrar la inauguración del campamento, ó más bien, para celebrar la fiesta inaugural, era la planicie que á la falda de la montaña se extendía en ligerísimo declive hasta la playa del mar. En el centro, sobre un ligero levantamiento del terreno, flotaba al aire libre la enseña nacional, y bajo una espaciosa tienda de campaña habíase improvisado un humilde altar de la patria, donde teniendo á Dios por testigo, y como oficiante el Capellán de la brigada y á los liberales Curas de Cosamaloápam y de Santiago Tux-

tla, recibieron sus banderas los batallones que iban á tener tal honra, previa protesta de morir en su defensa antes de dejarla caer en manos del enemigo invasor ó de los traidores que tan vilmente se habían unido á él.

Aquí y allá, formando un vasto círculo en torno del altar, multitud de barracas construídas provisionalmente desde dos días antes, debían ofrecer su sombra á las familias que de Alvarado y de Tlacotálpam, de Salta Barranca, los Ventorrillos, Sombrerete y el Mesón, y de otros puntos más lejanos iban llegando, ataviadas con sus mejores trajes y sus más valiosas galas para presenciar un espectáculo que jamás habían visto; é improvisados *puestos* de comestibles y de refrescos brindaban á todos los más apetitosos de esos platillos que sólo en la costa se saben condimentar, en tanto que al abrigo de las pequeñas colinas de arena que en anfiteatro van descendiendo desde la altura de la montaña hasta perderse en la planicie, los *rancheros* del campamento se disponían á llenar sus culinarias funciones para que las tropas se refrigeraran cuando les llegara su vez.

El sol, magnífica é inimitable lámpara que alumbra al universo entero, y cuyos potentes rayos habían hecho desaparecer hasta la más tenue nubecilla que podía empañar su vívida luz, ascendía lento y majestuoso en su interminable carrera; y apenas eran las nueve de la mañana cuando aquel amplio valle estaba casi lleno de gentes que, en espera de la llegada de las tropas, ó recorrían el campo llenas de júbilo, ó contemplaban de cerca el mar llenas de admiración, llegando hasta donde las olas, ligeramente rizadas á impulsos de una suave y fresca brisa, iban á besar sus pies.

De pronto se efectuó un movimiento uniforme y simultáneo en la multitud, convergiendo todas las miradas hácia un mismo punto: hacia las primeras colinas de la montaña.

Era que las armonías musicales y el sonar de los tambores anunciaban la llegada de la tropa en número que nunca en la costa, y menos en aquel lugar, se había visto reunida. Los

cuerpos y compañías sueltas de infantería llegaron al fin, tomando plaza en los puntos que de antemano les estaban designados, desplegando desde luego airosamente en línea de batalla: luego llegó al galope la artillería de montaña que, en medio de un nutrido aplauso y levantando nubes de polvo, fué á situarse al pie del montículo donde se elevaba el altar; y en seguida la caballería á media rienda, á cuatro de fondo, cerró el cuadro, dando la espalda al mar; y cuando infantes y dragones maniobraron para rectificar la formación, el Comandante Enríquez, Jefe de las armas en Tlacotálpam y nombrado para el mando de la columna, se situó con sus ayudantes en el punto que le correspondía. Momentos después un crecido grupo de ginetes se dejó ver ya en las últimas colinas, y un puuto de atención, repetido en cada cuerpo ó compañía, hizo que las tropas permanecieran firmes á la voz de mando del Comandante Enríquez, repetida por sus jefes respectivos.

Era el Coronel en Jefe con su Estado Mayor y el personal de la Comandancia que llegaban á su vez, ostentando cada cual la banda distintiva de cada agrupación.

Hé aquí cuáles eran las fuerzas que iban á inaugurar el campamento de Conejo.

Comandancia General.

Jefe de la línea militar de Sotavento, Coronel de caballería C. Mariano Lazcano.

Jefe de Estado Mayor, accidental, Teniente Coronel C. Francisco de P. Carrión.

Secretario de campaña, Capitán C. S. J. Campos.

Asesor, Teniente Coronel C. Lic. Demetrio Osio.

Capellán, Presb. M. Contreras.

Ayudantes: Capitanes, CC. Julio Fadht, Joaquín M. de Aguilar, Teodoro N. Ehlers, Miguel Carrasco y Santiago Cházaro; Teniente, Cayetano Toro; Alférez, Carlos Talavera; Sargento 1º, M. Flores.

Pagador general, Comandante C. Adrián Troncoso.

Comandancia del campamento.

Jefe principal del campamento, Comandante C. Juan B. Zamudio.

Mayor de órdenes, Comandante C. José M. Villalobos.

Ayudantes: Capitanes CC. José Miguel Zamora y Felipe Cano. Teniente, C. Juan Sánchez.

Guarda parque y encargado de la maestranza, Capitán C. Francisco Muñoz Panes. Subteniente M. Lavin. Sargento Manuel Martínez.

Ambulancia.

Jefe del cuerpo médico, Comandante C. Jhon Scamon.
Id. íd. íd. íd. Pedro Roch.

Ayudantes: Tenientes, Mariano Murillo y Manuel Raso Garmendia.

Infantería.

Batallón "González Ortega," Comandante accidental, Comandante C. Joaquín G. Güido.

Batallón "Zaragoza," con música, Teniente Coronel C. Enrique Alvarez Markoe; Mayor, C. Valentín Moscoso.

Batallón de Tlacotálpam, con música, Teniente Coronel C. Gabriel Cházaro. Comandante accidental, Capitán C. Miguel Márquez.

Compañías de San Andrés y Santiago Tuxtla, Capitanes CC. Rafael Correro y Manuel Zavaleta.

Compañías de Cosamaloápam, Capitanes CC. Juan Bernoleras y Margarito Montalvo.

Zapadores de San Andrés, Capitanes CC. Florentino Pacheta y Pascual Velasco.

Artillería.

Primera batería, Comandante, 1er Ayudante C. Antonio Redondo, Teniente C. Antonio Rojano, Subteniente C. Pedro Flores.

Caballería.

Escolta "Lanceros de Orizaba," Capitán C. Manuel Castillo, Teniente C. Joaquín Llanos, Alférez C. José M. Rojas.

Escuadrón de "San Simón," con música, Coronel C. Pedro García Ortiz, Teniente Coronel C. Bernardo Franyuti, Mayor C. Wenceslao Jiménez.

Rifleros de Goatzacoalcos, Capitán C. Eulalio Vela.

Auxiliares de Cosamaloápam, Capitán C. Leonardo Badillo, Teniente C. José Silva.

Auxiliares de Tlacotálpam, Teniente C. José Lili.

Auxiliares de "Conejo," Capitán C. Juan Delfín.

Auxiliares de Acayúcam, Capitán C. Julián Lascurain.

Servicio fluvial, Patrón C. Amado Cuello.

El efectivo de esta fuerza era de poco más de mil doscientos hombres, habiendo quedado cubiertas con pequeñas guarniciones todas las poblaciones de la línea de Sotavento.

A las diez de la mañana en punto comenzó la ceremonia.

El Coronel en Jefe arengó á las tropas en pocas pero sentidas frases, haciéndoles conocer las obligaciones que todos y cada uno contraían para con la patria: el Capellán bendijo las banderas, y con las formalidades de Ordenanza les fueron entregadas á los batallones "Zaragoza" y "Ortega:" la artillería hizo el saludo correspondiente en medio de los dulces acordes del Himno Nacional que ejecutaban todas las músicas, cuyo saludo fué contestado al momento por los cañones que tan bravamente habían llevado los alvaradeños, y que coronaban las alturas de la montaña;[1] y luego el Capellán Contreras acompañado de los Padres Carrión y Romay, y de la orquesta que improvisó el notable violinista D. Antonio Valdesie, Teniente de la compañía de San Andrés, entonó un

1 Según noticias posteriores, el Comandante de la escuadrilla francesa surta en Alvarado, al notar que no había gente en la población, y después de escuchar los disparos de la artillería, mandó encender las máquinas de las cañoneras disponiéndose á la defensa.

solemne *Te Deum*, interrumpido por las salvas y las descargas que á su tiempo hicieron artilleros é infantes.

El Asesor de la Comandancia General, Lic. Osio, inteligente como fotógrafo, había hecho conducir sus aparatos desde Tlacotálpam, y durante el día tomó varias vistas, de las cuales se remitió un ejemplar al Jefe del Ejército de Oriente, C. General Jesús González Ortega, cuando se le rindió el parte oficial de los sucesos que en la costa habían tenido lugar con posterioridad á la acción del "Mediadero." A las doce, puestas las armas en pabellones con sns vigilantes respectivos, y encadenados los caballos de los dragones, la tropa toda tomó rancho, concediéndose una hora para que descansara.

A las tres de larde formó la fuerza en línea de batalla, orden de parada, recorriendo la línea el Coronel Lazcano, acompañado del Comandante Enríquez y de su Estado Mayor, y á las cinco comenzó el desfile para regresar al campamento, del cual partieron al día siguiente los que debían regresar á sus lugares de residencia, en tanto que les llegaba su turno para relevar á los que desde ese momento quedaron allí de guarnición.

XIV

Tal fué la fiesta con que se inauguró el "Campamento de Conejo;" fiesta que no sólo atrajo multitud de gentes que pudieron apreciar entonces lo que valía el hombre á cuyo valor, pericia y patriotismo se había confiado la defensa de la costa, sino que, debido al entusiasmo que produjo, influyó mucho en el porvenir de su defensa. Años después ha sido objeto de dudas, pero es indudable que sólo puede haber cabido en personas que no podían comprender cómo era posible que en tan corto tiempo pudiera realizarse una obra de tal magnitud que demandaba un trabajo tan ímprobo como constante.

Era que no conocían el temple del Coronel Lazcano; del

hombre tan humilde y modesto como honrado, que después de ocupar durante su vida importantes puestos en la administración pública, y de servir á su patria por más de cincuenta años, bajó al sepulcro pobre, es cierto, pero siendo modelo de patriotismo, de honorabilidad y de honradez. [1]

1 En una de las veces que la situación financiera hizo difícil el sostenimiento de las tropas, debido á la escasez de entradas en la aduana marítima de Goatzacoalcos y las interiores del territorio costeño, el Coronel Lazcano suplicó á su buen amigo el Sr. Lic. José Domingo Zamora, que se hallaba en San Andrés Tuxtla, que pasara de incógnito á Orizaba para recoger de su apoderado el importe de la venta de algunos bienes que allí poseía, y cuya venta autorizó para que no cayeran en poder de los franceses, pues éstos, al ocupar esa población, le confiscaron dos fincas de su propiedad. El Sr. Zamora aceptó y cumplió el encargo, y la mayor parte de los dineros que condujo los enteró, por orden del Coronel, en la Caja de la Pagaduría General, para subvenir á las necesidades de la tropa, no reembolsándose de ellos sino hasta la terminación de la campaña, en cuya época el Gobierno Nacional le reconoció ese crédito.

El Sr. Lic. Zamora es actualmente Magistrado del H. Tribunal Superior de Justicia del Estado, y podrá dar fé de lo anteriormente dicho.

CAMPAMENTO DE CONEJO.

Naufragio del bergantín goleta español "El Pablito."—Auxilio que dan los republicanos á su tripulación.—Salvamento de la carga y dineros.—Desinterés y moralidad de la tropa.—Rasgo de honradez y patriotismo de un soldado del batallón Ortega.—Despedida de los náufragos.—El Cónsul General de España.

I

EN las primeras horas de la mañana del 5 de Febrero de 1863, cuando aún no se disipaban del todo las últimas sombras de la noche, un pequeño grupo de ginetes descendía, cauteloso y vigilante, las arenosas y poco elevadas colinas que sirven como de contrafuerte á la montaña que enhiesta, boscosa y arrogante, encauza por un lado las aguas del majestuoso Papaloápam, en tanto que por el otro ve con altanera indiferencia los furores del mar, que apenas llega á besarle humildemente la falda en lo más terrible de su furia.

Aún se oía á lo lejos el ronco mugir de las olas, ya bastante sosegadas después de cerca de cuarenta y ocho horas de batallar encrespadas y rugientes llevando las algas marinas y la impura espuma á la playa de "los Chivos" y "los Fierros," embravecidas y azotadas por el huracán que se desatara durante la media noche de dos días antes, y apenas luchando con las gruesas nubes que todavía se corrían veloces de Sur á Norte, se adivinaba á intervalos, amarillento y sin calor, un sol de invierno que presagiaba, sin embargo, alzarse potente

y radiante sobre el zenit, para devolver á los hombres y á las plantas la energía que habían perdido agobiados por los embates de Aquilón.

El pequeño grupo llegó hasta la planicie que precede á la playa; y después de un corto examen que sobre el arenoso piso practicó el que parecía ser jefe, dijo, volviéndose al que tenía á su derecha:

—¡Nada, Comandante! Mucho me temo que el parte rendido por nuestras avanzadas no sea sino *un error de vista* del último centinela. Ni una huella, ni nada que se le parezca, —agregó después de un segundo examen.

—No sería extraño, sin embargo,—contestó el titulado Comandante—que el terrible norte que nos ha fastidiado en el Campamento haya arrojado á esta costa, de suyo peligrosa, algún buque de guerra ó mercante, que no habiendo podido correr el temporal lo hayan arrebatado las corrientes.

—Avancemos pues,—prosiguió el primero—para cumplir las órdenes del Coronel.

Como se habrá comprendido, aquel grupo era de soldados y oficiales que hacían un servicio extraordinario.

Continuó avanzando á lo largo de la costa, si bien en otro orden: seis hombres se pusieron á la descubierta, cubriendo desde la orilla del mar hasta la falda de la montaña: dos que portaban insignias de oficiales subalternos ganaron la altura, y los dos que habían emitido su opinión permanecieron á retaguardia: los dragones llevaban la carabina en guardia, y los oficiales practicaban el reconocimiento pistola en mano. Sólo los que parecían jefes se pasaban alternativamente un excelente anteojo de campaña con el que á cada paso procuraban interrogar al horizonte.

Diremos que este grupo había bajado de "Conejo" y que procedía á un reconocimiento en virtud del parte que habían rendido las avanzadas á la hora del relevo, participando que había un buque sospechoso á la vista, á lo lejos sobre la costa.

El aviso no era de despreciarse, puesto que Alvarado estaba

brido acento, y gesto del más soberano desprecio. Esos desgraciados, al ver á nuestros oficiales han recordado sin duda la creencia que generalmente hay en el extranjero, de que el ejército republicano se compone de foragidos.....

Y la interjección de marras volvió á brotar de sus convulsos labios, pura y brillante, y hasta armoniosa.

—¡Pie á tierra, muchachos, y la carabina á la bandolera!

Y dando el primero el ejemplo, el Capitán que había dado esta orden, puso su revólver en el carcax, y saltó ligeramente de su cabalgadura, tomándola en seguida de la brida. Los demás lo imitaron, y todos siguieron al Teniente Llanos, que los guiaba al lugar del siniestro.

A media hora de distancia pudieron presenciar un espectáculo triste y conmovedor en la forma, pero insultante en el fondo.

Diez hombres, puestos de hinojos sobre la húmeda y fría arena, con los brazos abiertos como demandando misericordia, no osaban hablar siquiera; pero la palidez de sus demacrados rostros y el extravío que se notaba en sus miradas, demostraban claramente que aquellos infelices estaban poseídos por el terror y el espanto.

El Capitán y el Comandante se acercaron á ellos, abandonando sus cabalgaduras, los levantaron y estrecharon entre sus brazos para infundirles confianza, dirigiendo á todos palabras afectuosas; y aquellos desgraciados, cobrando ánimo, derramaron lágrimas de agradecimiento, pudiendo apenas, uno de ellos, murmurar estas terribles palabras con voz desfallecida:

—¡Somos españoles que hemos naufragado en esta costa, y hace dos días que apenas nos alimentamos con los mariscos que arroja la marea! ¡Tenemos hambre!

—¡Capitán Zamora!—rugió el Comandante, lanzando otra interjección, neta de la matrícula española, al escuchar las palabras del náufrago:—¡Pronto! ¡Dos hombres que *tiren* una res de las cimarronas que hay en la montaña!

El Capitán Zamora se puso de un salto sobre su caballo, perdiéndose en seguida entre aquella arboleda virgen: una detonación de arma de fuego indicó casi al momento que pronto aquellos desdichados saciarían el hambre que los devoraba.

Cuando el Jefe de la expedición iba á interrogar al que parecía Capitán del buque, se presentó el Coronel Comandante de la línea militar de Sotavento, acompañado de cien infantes y cuarenta caballos, quien había salido del campamento y seguido á distancia á la sección exploradora. Informósele de lo que acontecía, y luego se bajó de su caballo, restableciendo la confianza con sus palabras benévolas y cariñosas, entre aquellos hombres que media hora antes creían llegado el fin de sus días..

La fuerza formó en batalla, dispuesta á la primera orden para prestar sus servicios de salvamento; y mientras el Comandante Zamudio dictaba sus medidas para abordar el buque encallado, el más joven de los náufragos comenzó la siguiente relación.

III

—"Somos españoles, de la marina mercante: mi nombre es Pablo Pig, y ese buque allí encallado y casi destruído, lleva mi propio nombre.[1] Debido á la bondad de mis armadores, y como una de las muchas pruebas de cariño con que me han distinguido, desde que se puso la quilla en el astillero fué bautizado con el nombre de "El Pablito." Fuerte, velero, con magníficas condiciones marineras, parecía dispuesto á afrontar y resistir las más terribles tormentas del mar, y en el primer viaje, llevado á feliz término desde San Sebastián á la Habana, y desde aquí hasta Frontera, en el mar, era una exhalación; en el río, las aves marítimas hacían más ruido

1 El transcurso de los años habrá hecho que olvide algunos detalles; pero en esencia este relato puede considerarse como textual.

sobre sus aguas que la quilla del "Pablito," deslizándose arrogante, pero tranquilo, sin alterarlas apenas."

Hizó alto el joven marino, porque su voz parecía ahogársele en la garganta al evocar tales recuerdos. Luego continuó:

—"Ni las costas cantábricas, con todos sus peligros, ni el Golfo de México con todas sus asechanzas, me infundieron jamás el más leve temor; y á mi regreso á la madre patria todos fueron plácemes y felicitaciones; todo contento y alegría. En el puerto, los armadores me estrecharon entre sus brazos; en el hogar paterno, las caricias y las lágrimas de mis padres, á través de las cuales se adivinaba una mirada de orgullo, fueron mi mejor recompensa."

—"Permítame vd., señor Coronel,—se interrumpió el jóven—que me haya divagado del asunto principal; pero en estos momentos en que miles de leguas me separan de España, y que me encuentro desgraciado, abatido y rodeado de compañeros de infortunio también, ayer mis subordinados, hoy mis amigos, pero entre gente de mi propia raza que, como nosotros, habla el mismo idioma, y que como nosotros también, tienen un corazón noble y generoso que comprende y consuela la desgracia, me explaye y dé vuelo á los tiernos recuerdos que afluyen á mi memoria, y me enorgullezca en medio de mi desgracia, al expresar que no tengo palabras para patentizar mi gratitud á hombres vilmente calumniados en España y en Europa toda."

Después de este arranque de espontáneo agradecimiento que todos sus compañeros acogieron con muestras de respeto y atención, prosiguió con voz más tranquila:

—"En tanto que mis armadores se ocupaban de preparar una segunda expedición directa á puertos mexicanos, conduje al altar á la que había jurado amor eterno y nuestra próxima unión, si los furores del Océano me permitían volver para realizar tan grato deseo. Me casé, pero mi luna de miel vino á quedar eclipsada por el cumplimiento del deber. A los quin-

ce días abandoné padres y esposa, hogar y ciudad natal: y dos días después, á impulsos de una suave brisa, con todo el velamen desplegado, la gente sobre cubierta, el cuarto del timón en su puesto, y el piloto y yo sobre la mura, mientras él vigilaba la maniobra y yo hacía mi última despedida á aquellos seres queridos, que agitaban sus pañuelos sobre el muelle, el "Pablito" salía del puerto por entre las numerosas embarcaciones que en él estaban, arrogante y majestuoso, dejando tras de sí luminosa estela, de la que parecían brotar miriadas de brillantes, cuando el sol hería la blanca espuma que la bordaba. Luego, aquel panorama se fué desvaneciendo, hasta que el "Pablito" lo perdió de vista completamente, quedando solo, como un punto perdido en la inmensidad del espacio, entregado á los hombres y á Dios. Cielo y agua: hé aquí lo que los tripulantes podían contemplar: el éter y el abismo."

—"Viaje feliz, señor Coronel,—prosiguió el náufrago, después de haberse exhalado de su pecho un doloroso suspiro; —el buque, durante esa larga travesía, dió nuevas pruebas de sus excelentes cualidades marineras, y después de haber tocado en las Antillas, hice rumbo á Tabasco, á donde llegué tan contento como puede estarlo un marino que apenas hacía dos meses se había casado. De Frontera debía regresar por el mismo derrotero: los consignatarios cargaron el buque con palo de tinte, añil, cueros de res al pelo y otras mercancías y productos indígenas, más sesenta mil pesos fuertes en plata y dos mil en onzas de oro, pertenecientes á este infeliz pasajero,—y señaló á un hombre que yacía sentado sobre un pequeño risco, y al lado del cual había otro que le servía de criado—un ciego que pasaba á la Habana para hacerse la operación en la vista. Salimos, pero Dios y el huracán dispusieron las cosas de otra manera: veinticuatro horas después ya en alta mar, el barómetro comenzó á hacer indicaciones bastante alarmantes: mi segundo participó de los temores que empecé á abrigar, y á fin de no ser sorprendidos por la borrasca que se anunciaba, tomamos todas las precauciones que

la ciencia náutica aconsejaba. La tormenta no se hizo esperar: un viento huracanado sobrevino poco después, engrosando las olas de una manera horrorosa: fuertes chubascos que se desplomaban sobre cubierta aumentaban con su contingente de agua límpida y transparente, la espumante y turbia que los golpes de mar nos embarcaban pasando de una á otra banda por sobre la obra muerta; y no habiendo podido ganar la sonda de Campeche, me ví obligado á hacer rumbo á Veracruz, impulsado por el mismo huracán, llegando con mil esfuerzos, sin timón, y con alguna avería de poca consideración en la jarcia y velamen, á Antón Lizardo. Al abrigo de aquella ensenada me repuse hasta donde fué posible, poniendo el timón de respeto; y cuando el viento hubo calmado, al impulso de un brisote de buen agüero, me lancé de nuevo al mar. El día se pasó bastante bien, y la tendencia del barómetro á subir, nos hizo concebir la esperanza, bien fundada, de que si repetía el huracán estaríamos bastante lejos y en buenas condiciones para correr el temporal. No fué así: al obscurecer negros nubarrones que corrían del N. O al S. O., con una velocidad espantosa, nos pusieron en guardia: á la media noche el huracán era deshecho; el bergantín no obedecía bien porque era imposible contrarrestar el furor del oleaje: la caña del nuevo timón se había roto, y aunque la sustituí con un espeque, el resultado era deficiente. Al amanecer, espeque y timón habían desaparecido: hice cargar el poco trapo que llevaba en el trinquete, y desde ese momento corrimos á palo seco. "El Pablito," tan altivo y tan valiente, era una cáscara de nuez con la cual jugaba el enfurecido elemento; y la voz del contramaestre ¡agua en la bodega! acabó de hacer más angustiosa nuestra situación. Por fortuna la gente no se desmoralizó, y pude ordenar el servicio de las bombas sin distinción de categorías; y los que dejaban tan ruda faena para descansar, pasaban sobre cubierta para atender á la poca maniobra del buque. La tarea fué ruda, y el agua, aunque lentamente, subía: no era posible reconocer la

vía, pero debía ser grande: no piqué el mayor porque era tan inútil como peligroso, ni hice aligerar el buque arrojando al agua el cargamento, porque la clase de estiva no lo permitía, sin exponernos á que el buque se hiciera pedazos por los costados, tan luego como falto de aquella consistencia, la misma carga chocara contra la tablazón."

El silencio siguió á estas últimas palabras. La tripulación, rodeada del Capitán, estaba pendiente de sus labios, y con movimientos de cabeza confirmaba el relato. Luego continuó:

—Así pasamos el resto del día, entre la vida y la muerte: momento hubo en que, desesperando de toda salvación, tuvimos la idea de abandonarnos á nuestra infortunada suerte; estábamos desfallecidos por falta de alimentos, y rendidos de fatiga por la rudeza del trabajo, cuando llegó la noche, noche tenebrosa y horrible que no esperábamos ver concluir. Repentinamente, y en medio del ímpetu vertiginoso con que el "Pablito" corría, arrastrado por las corrientes, pues el viento había aminorado bastante, un golpe de mar, más violento que los anteriores, le dió un empuje vigoroso de costado á babor, haciéndolo casi zozobrar: sin embargo, resistió, y enderezándose violentamente prosiguió su marcha unos cuantos segundos más, que nos parecieron siglos, y al fin un violento choque, precedido y seguido de un crujido espantoso, nos hizo comprender que habíamos encallado: súbitamente una inmovilidad casi completa sucedió á aquella marcha impetuosa. La situación quedó resuelta: estábamos perdidos, y perdidos sin poder saber dónde nos encontrábamos.

Poco antes de amanecer el mar estaba bastante tranquilo, y con mil esfuerzos, con mil trabajos pudimos ganar la tierra: las dos canoas del buque se habían estrellado contra sus costados, y sólo por medio de un cable asegurado al cabrestante pudimos pasar uno á uno. Luego hicimos una exploración, y las primeras luces de la mañana nos dejaron ver esta playa bravía y desierta: tuvimos miedo, y retrocedimos, se-

ñor Coronel. Lo demás ya lo sabe vd., y sólo me resta agregar que después de haber hecho todo lo imaginablemente posible, procuré salvar el libro de bitácora, único que puede hacer fe para salvar mi reputación."

IV

Aquí terminó su relato el Capitán de "El Pablito."

Cuando concluyó todos pudimos notar que tanto él como sus compañeros tenían el rostro bañado en lágrimas, y retratada en él la más aflictiva consternación; y tan lastimoso cuadro se hubiera prolongado demasiado si en esos momentos no se hubiera presentado el Capitán Zamora anunciando que estaba *servido el almuerzo* (carne de res asada como Dios quiso), y dando vuelta por la popa no se hubiera visto aparecer una balsa, en la cual el Comandante Zamudio con cuatro hombres más que la daban dirección, conducía á tierra los primeros despojos del bergantín perdido. [1]

Tal espectáculo pareció reanimar á aquella gente, y todos, precedidos del Coronel, se dirigieron al lugar del improvisado festín.

En efecto, en aquel sitio, en semejantes circunstancias y para gentes que, como los náufragos del "Pablito," hacía dos días que no se alimentaban en forma, aquello era un verdadero festín.

En tanto que el joven Capitán hacía su relato, que podía tomarse por una delaración, y en virtud de las órdenes que el Coronel había dado al Capitán Zamora, mientras el Comandante Zamudio dictaba las conducentes para proceder al

1 Los primeros que se lanzaron al mar para ir á bordo, fueron el Comandante D. Juan B. Zamudio, los Capitanes D. Felipe Cano y D. Santiago Cházaro, el Teniente D. Juan Sánchez, el que esto escribe, y los soldados de caballería Juan Rosas, Manuel Flores y otros tres ó cuatro cuyos nombres no recuerdo, además de los bogas de las piraguas José y Amado Cuello, Victoriano, José María y Miguel Mendoza. En los viajes subsecuentes tomaron parte otros oficiales, entre ellos el Capitán D. José Miguel Zamora.

salvamento de lo que se encontraba á bordo, el festivo Capitán hacía preparar los alimentos ofrecidos, auxiliado por algunos soldados, y una hora después todos, náufragos y tropa, jefes y oficiales, participaban del improvisado refrigerio.

Terminado que fué, y construída una segunda balsa bajo la dirección de Zamudio, éste, los Capitanes Zamora, Cano, Cházaro y el que había hecho la exploración, y unos treinta hombres de la clase de tropa, todos buenos nadadores, se lanzaron al mar y abordaron el "Pablito," mientras el Teniente Llanos, reconducía al campamento de "Conejo" parte de la fuerza, á fin de proveer lo necesario para poder permanecer allí los días que se invirtieran en el salvamento, é instruir la información judicial encomendada al Lic. Osio, á quien se comunicó la orden de concurrir luego al lugar del siniestro.

A las tres de la tarde se suspendió el salvamento, y aquel lugar, de suyo agreste y desierto, presentaba ahora un aspecto bien distinto. Antes todo era soledad y tristeza; ahora todo movimiento y alegría. La tropa había formado sus armas en pabellones, custodiadas por una pequeña guardia de vigilancia, y al mando de sus oficiales tomaba parte afanosamente en los trabajos que allí se ejecutaban.

Los primeros viajes de las balsas condujeron á tierra cuanto pudo encontrarse á bordo, así del velamen y jarcias, como de herramientas, maderas y herraje; y cuando el sol marcaba el medio día, haciendo brillar las argentadas olas que lamían humildemente la orilla de la playa, dos sólidas y espaciosas tiendas de campaña resguardaban de sus rigores á los moradores del nuevo campamento. En una de ellas, los jefes y oficiales, con el pasajero y el Capitán y el Piloto del "Pablito," departían amigablemente, oyendo los primeros los más minuciosos detalles del terrible acontecimiento que referían los segundos; y en la otra, la tripulación y la tropa fraternizaban, escuchando los episodios que mutuamente se referían. Una tercera tienda, algo más retirada que las anteriores servía de despensa y cocina á la vez, provista ésta de algunos trastos

de hierro que se encontraron esparcidos aquí y allá en el encallado buque; y habilitada aquella con varias cajas medio averiadas, de licores y conservas que existían en la bodega. Las camas se improvisaron con tablones de la cubierta, y los coys y el resto de las velas fueron las almohadas. Centinelas de infantería apostados á distancia conveniente, y que se relevaban con arreglo á Ordenanza, formaban el recinto de aquel campo; y otros de caballería, situados á mayor distancia, establecieron un *cordon de seguridad*, que á la vez que facilitaba la comunicación con "Conejo," vigilaba la costa, ya para prevenir toda sorpresa que pudiera intentar el enemigo establecido en Alvarado, ya para evitar la invasión de los *ladrones de mar*, gentes que abrigan la creencia de que todo buque que se pierde es un don que el cielo les concede, para apropiarse cuanto en él existe, llegando á veces hasta el crimen.

El nuevo é improvisado campamento quedó, pues, constituído, y las primeras sombras de la noche fueron la señal para que cesara todo movimiento. Débiles luces artificiales alumbraban las tiendas de campaña, y á las nueve el silencio más profundo y la obscuridad más completa reinaban en él: todos estaban entregados al reposo, y sólo se oía, de tiempo en tiempo, el monótono "alerta" de los centinelas, que iba á morir en las últimas avanzadas, para seguir repercutiéndose sobre la montaña hasta confundirse con el de los que vigilaban en el campo de "Conejo," y el suave murmurio de las olas que se estrellaban débilmente en los rebordes de la playa.

Y á la rojiza luz de las fogatas esparcidas á derecha é izquierda para impedir los avances de los tigrillos y de otras fieras que en aquellos montes tienen sus guaridas, destacábase sombrío y lúgubre, negra, imponente, la silueta del bergantín español "El Pablito," causa accidental de aquella aglomeración de gentes que, veinticuatro horas antes, ni sospechaban siquiera que pudieran estar reunidas.

V

Tres días permanecieron allí el Coronel Lazcano con los jefes, oficiales y tropa necesarios, y en este tiempo la actividad que todos desplegaron para cumplir sus deberes, patentizó lo que era distintivo particular del referido Jefe, y mientras el Comandante Zamudio llevaba á feliz término, hasta donde fué posible, el salvamento de lo que había á bordo, el inteligente, probo y honrado Lic. Osio, instruía el proceso del naufragio, dadas las declaraciones, todas acordes, del Capitán Pig, del Piloto, tripulantes y pasajeros del "Pablito." [1]

Al tercer día nada había ya que pudiera salvarse, ni valiera la pena de ponerse en peligro, tanto porque si algo quedaba debía estar sepultado entre las arenas del mar, que formaban un banco dentro del buque, como porque el mal olor que despedían algunos cueros de res que flotaban no lejos había atraído á los tiburones que, acercándose demasiado hacían muy peligrosa toda aproximación: además, cediendo á la presión de las aguas y al movimiento constante del flujo y reflujo que diariamente se operaba, y al choque continuo de las olas, el "Pablito" se había abierto por completo, no quedando de él más que la armadura sobre la línea de flotación, pues las maderas, cadenas, cordaje y cuanto podía ser útil al mejoramiento del campamento de "Conejo," se había llevado á tierra.

1 Lo curioso que hay en este expediente es, que ya dispuesto el Asesor para comenzar sus tareas, lo mismo que el oficial que debía funcionar como Secretario, se notó que no había tinta para escribir. El Coronel ordenó que se fuera á traer al campamento de "Conejo," pero esto importaba la pérdida del resto del día. El Comandante Zamudio y otros alvaradeños manifestaron que en esos montes se producía una fruta cimarrona llamada *hicaco de Juana*, cuya fruta producía un líquido negro y fluido que usaban como tinta los indígenas de aquellos lugares: procuré buscarla, y á poco rato había abundancia de ella en el campamento. El mismo Zamudio horadó algunas, y con el líquido, que efectivamente era como una buena tinta, se escribieron los primeros dos ó tres pliegos del expediente.

Durante los tres días se había salvado casi en totalidad el añil, el cacao, los cueros de res al pelo y el palo de tinte, todo lo cual permanecía en la playa expuesto á los ardientes rayos del sol para su desecación; y en agujeros abiertos en la arena, bajo las tiendas de campaña, más de cincuenta mil pesos en plata y los dos mil en oro que la tropa había extraído de dentro del buque, buceándolos y conduciéndolos á granel, porque el mar había destruído los envases de *arpillera* en que fueron embarcados.

Ni un solo peso faltó del dinero que, á proporción que se recibía en tierra, y antes de depositarlo bajo las tiendas, era contado por los oficiales á presencia del Coronel en Jefe y del Capitán del "Pablito," que tomaban nota de las sumas que se iban recibiendo. ¡Y aquellos soldados republicanos, aquellos defensores de la autonomía é independencia de México, tan vilmente calumniados por los traidores y extranjeros que pretendían uncir á la República al carro triunfante, si bien podrido ya del autócrata francés; aquellos patriotas resignados y sufridos que volvían por los fueros de la patria inicua y villanamente vendida, y á cuya lealtad y honradez se confiara durante quince días el valioso tesoro arrancado á los abismos del mar por su abnegación como ciudadanos, y por su disciplina y obediencia como soldados: aquellos hombres, oídlo bien, vosotros los que aún dudáis lo que es para los republicanos la honra de la patria, *hacía dos semanas que por falta de recursos no tenían ni recibían el prest*, contentándose, subordinados y dóciles, con recibir el *rancho*, que era cuanto la nación podía darles en aquellos días de duras y terribles pruebas![1] ¡Ni una mirada codiciosa, ni un suspiro, ni la idea siquiera de que la familia, abandonada y á bastantes leguas de distancia carecía de todo lo necesario! ¡Nada! ¡Los solda-

1 A indicación del Coronel Lazcano, y previa una junta privada que tuvo lugar, los jefes y oficiales cedieron su haber de una quincena, á título de donativo, para medio cubrir el importe de los haberes de la tropa, en tanto que las Administraciones de Rentas remitían fondos al Pagador general.

dos de Sotavento guardaban su propia honra, unida al honor de la patria que defendían!

El Capitán del "Pablito" presenciaba todo esto, más que de admiración lleno de orgullo, participando sus compañeros del mismo afecto que desde luego sintió por soldados y oficiales, sin distinción. Con frecuencia decía que españoles fueron nuestros antepasados, y que la altivez de alma de los antiguos conquistados y la nobleza de corazón de los conquistadores, eran ingénitos en la nueva raza, por cuyas venas corría mezclada la sangre de unos y otros: y á cada paso, á cada episodio que se sucedía, por insignificante que fuera, los abrazos se menudeaban entre salvadores y salvados.

VI

El segundo día, un episodio el más conmovedor, el más honorífico para los republicanos tuvo lugar, al caer la tarde, en la tienda de campaña donde amigablemente departían el Capitán Pig y el Coronel Lazcano. Refería el primero sucesos de familia, acontecimientos de la vida íntima: se complacía en hacer partícipe de sus emociones al que desde el primer día trató con el respeto que se debe al superior, y con la solicitud y cariño de un hijo; y terminó su relato con estas palabras:

—Crea vd., mi Coronel, que no es el valor material de la prenda lo que más me hace sentir que se me haya extraviado, no. Su pérdida en medio de la ruda faena de las bombas, á obscuras, cuando rota y despedazada la ropa desaparecía en girones al impulso del ventarrón, constituye para mí un profundo sentimiento, porque era una antigua prenda de familia que mi padre, por su propia mano, me puso en la corbata el día de mi casamiento.

En estos momentos precisamente, terminaba el último viaje de salvamento del día, y un soldado medio desnudo, y chorreando agua, se presentó á la entrada de la tienda.

—Mi Coronel,—dijo acercándose y mostrando un pedazo

de lienzo, cuyo color no podia adivivinarse—aquí tiene vd esto que me he encontrado en el fondo del barco, enredado en un pedazo de cable.

Y entregó al Coronel el lienzo que llevaba en la mano.

El Coronel, sin dejar traslucir la más ligera emoción, y después de examinar el pedazo de tela, se dirigió al Capitán del "Pablito," entregándole á la vez el girón de trapo:

—¿Será esta la prenda cuya pérdida tiene á vd. tan triste? —le preguntó sonriendo con satisfacción.

El Capitán Pig, todo trémulo, balbuciente, pasando la vista alternativamente de la tela al soldado, de éste al Coronel y á los demás que presenciábamos la escena, concluyó por llevarse á los labios un valioso alfiler de brillantes que estaba prendido á aquel hilacho.

¡Era la tira de la pechera de su camisa, rota, deshilachada, haraposa, pero prendida á ella el regalo de bodas de su padre! Besó repetidas veces aquella prenda, aquel recuerdo de familia, humedeciéndolo con sus lágrimas; y luego, orgulloso, altivo, encendida de admiración la mirada, caminando con paso mesurado y firme:

—¡Tómalo!—dijo al soldado con voz reposada—tuyo es, porque yo te lo regalo; y mi padre comprenderá que si tú has sido honrado, por mi parte he sabido apreciar tu honradez:

Y presentó al soldado la valiosa prenda, guardando en su poder el sucio girón de lienzo.

—Gracias, señor;—contestó el soldado, dando un paso atrás con la mayor naturalidad—soy soldado de la Nación, y la Nación me paga mis servicios.

El Gapitán, el Piloto, los tripulantes y hasta el pobre ciego llenos de admiración, querían abrazar y abrazaron á aquehombre, que mentía noblemente cuando decía *que tenía pagado su haber*.....

Siento no recordar, desgraciadamente, el nombre de este soldado, para poderlo decir con el orgullo natural en quien,

como él, formó parte del pequeño cuerpo de ejército que sostuvo la campaña en la costa de Sotavento: sólo tengo una idea vaga, confusa, de que era minatiteco ó acayuqueno, y que pertenecía al "Batallón Ortega." [1]

VII

Al cuarto día, hombres, dineros y cuanto constituía el campamento "Los Fierros" se trasladó al de "Conejo," y ocho después rematado el cargamento del buque, el casco, cordaje, etc., [2] y mediante las gestiones que cerca del enemigo hizo en Veracruz el Cónsul general de España, allí residente, el Capitán del "Pablito" con sus compañeros de infortunio se trasladaron á aquel puerto para regresar á la madre patria, siendo acompañados para despedirlos en nombre del Coronel, en aguas de Alvarado, por el que esto escribe.

Durante su permanencia en "Conejo," fueron todos objeto de las más expresivas atenciones y finezas por parte de la guarnición que ya conocía su historia; y la despedida fué tan conmovedora y tierna como era consiguiente á hombres que siempre se manifestaron llenos de agradecimiento. Los pocos objetos de uso particular del Capitán que pudieron ser encontrados los repartió como un recuerdo entre sus nuevos camaradas.

El Cónsul general de España solicitó y obtuvo del Coronel Lazcano copia certificada del expediente formado, y luego carta autógrafa suya y de los que tomaron una parte más activa en el salvamento de sus compatriotas para enviar todo á su Gobierno al darle cuenta de lo ocurrido. [3]

1 De los que presenciamos ese hecho vive aún en Alvarado el ex-Capitán de caballería D. Felipe Cano, quien puede comprobar su exactitud.

2 Desempeñó las funciones de vendutero D. José M. Valdés Tejeda, comerciante radicado en Alvarado, interviniendo el Lic. Osio.

3 D. Santiago Muñoz, rico comerciante español de Veracruz, á su regreso de España en 1869 ó 70 me dijo que durante su residencia en Madrid, poco antes de la caída del Gobierno de Dª Isabel II, había leído en la "Gaceta Ofi-

¡Ojalá que estas líneas que escribo lleno de satisfacción, pudieran ser leídas por el mismo Capitán ó por alguno de los tripulantes del "Pablito," porque no dudo que recordarán con grata fruición cuál fué el comportamiento para con ellos, de los soldados republicanos que defendían los derechos y el honor de México en el "Campamento de Conejo."

cial" algo relativo á este suceso, y cuya lectura la hizo por haber visto que en dicho periódico figuraba mi nombre, el del Sr. Coronel Lazcano, el de Zamudio, Cházaro y Osio, con quienes tenía buena amistad, asegurándome que en él se trataba de la concesión de una cruz.

VIAJE A JALAPA.

Intrigas de los descontentos.—Viaje á Jalapa para prevenir al Gobernador del Estado.—El Coronel D. Félix González.—Vacas Gordas.—Asesinatos en masa.—Sucesos de Camarón.

I

CUANDO en medio de vacilaciones y vaivenes que causan vértigos se atraviesa el pedregoso y espumante río de "Tecolápam" en el Cantón de los Tuxtlas, por medio del puente colgante construído con bejucos atados á robustos y seculares árboles que bordan ambas orillas del abismo, y que se conoce con el apropiado nombre de "La Hamaca," se entra desde luego en los montañosos terrenos del "Ubero," bajando penosamente por entre gigantesca arboleda, cuyas raíces enormes están al descubierto dificultando el paso á los caballos, hasta "Mata Vaca" en que ya el terreno es plano y conduce al "Mesón," donde se bifurca el camino: una de estas bifurcaciones conduce á Tlacotálpam atravesando inmensas y magníficas llanuras y praderas sembradas de "hatos" y haciendas; y la otra, la que sigue en línea recta, después de atravesar el imponente y peligroso bosque de "Tulápam" que se antemura á la playa del mar, terrible por las innumerables víboras, serpientes y otros reptiles venenosos, amén de las fieras que en él abundan, desemboca á la expresada playa en el punto titulado "Los Fierros," donde hay plantada una gran cruz de madera, en uno de cuyos brazos se lee pintada con

gruesos caracteres negros esta palabra: "Alvarado," y por la parte opuesta, en el opuesto brazo, esta otra "Mesón:" claro es que estas son indicaciones precisas para orientar á los viajeros.

Pues bien, en la tarde del día 12 de Abril de 1863, á la vez que dos hombre cruzaban la "Hamaca," un tercer ginete en un caballo rucio, y conduciendo de la brida otros dos, negro como el azabache el uno, y blanco como un copo de nieve el otro, pasaba el río cargado al pie de la montaña que lo encausa, y de la cual toma su nombre. El paso era penoso, pero al fin arribó felizmente á la orilla opuesta y comenzó á escalar no sin dificultad la pendiente que sube hasta la mesa de la montaña, después de haber dado algunos minutos de reposo á las tres cabalgaduras. Cuando encumbró la enhiesta montaña, ya estaban esperándolo los viajeros que habían pasado el puente colgante, el enorme cestón llamado la "Hamaca."

Eran éstos el Capitán X....., Jefe de Estado Mayor del Coronel Lazcano y su inseparable asistente, y un Ayudante, el alférez Rojas: éste montó el caballo negro, y aquél el blanco; y seguidos del fiel Prudencio, comenzaron á descender á la parte plana del camino, donde por ser bien practicable pudieron poner sus caballos á media rienda, y llegar en un tiempo relativamente corto, ya al obscurecer, al "Mesón," sin más accidente que un soberano batacazo, sin consecuencias, que dió el pobre Prudencio, por haber metido las manos su *manco* en una de las raíces de un añoso árbol ya casi al llegar á la planicie.

Una vez instalados en lo que bombásticamente podía llamarse el comedor, donde pobres y mal condimentadas viandas restauraron sus fuerzas, el alférez tomó la palabra.

—¿No sería indiscreto, Capitán,—preguntó entre tímido y lleno de confianza—si quisiera saber á dónde vamos?

—De ninguna manera, compañero,—contestó el interpelado;—de momento, vd. prosigue su camino dentro de una hora hacia el campamento de "Conejo," para entregar al Co-

mandante Zamudio un pliego que ahora le daré y los dineros que lleva vd. en las *cantinas* de la silla. Prudencio partirá al mismo tiempo para Tlacotálpam, á fin de que el Comandante Enríquez tenga tiempo para prepararnos una escolta de caballería que deberá seguir con nosotros; y yo sigo hasta "Salta Barrancas" donde tengo algo que hacer con Cinta. Hoy es jueves, y jueves santo por más señas;—agregó en seguida —mañana viernes en la tarde lo espero en Tlacotálpam, y el domingo, apenas comience el día, emprenderemos la marcha hacia Jalapa, á donde me llevan asuntos de interés para con el Gobernador y Comandante Militar del Estado.

Rojas permaneció en silencio un momento, como si estuviera reflexionando, y luego dijo de una manera concisa y seca:

—No conozco el camino que hemos de seguir, ¿y vd?

—La mayor parte, y no necesito guías para recorrerlo. Nuestro itinerario será el siguiente: de Tlacotálpam á Acula, el Cacique, la Laguna del Lodo, la Pajarera, hasta el Cocuite, donde dormiremos el primer día: después á Paso de Santa Ana, que es un camino de dos horas; pero ahí permaneceremos el resto del día, pues tengo que revistar una fuerza de caballería que ha dado de alta el antiguo insurgente Coronel D. Félix González, al cual, además, debo entregar un revólver que nuestro jefe le envía como obsequio. Entre dos y tres de la mañana emprenderemos la marcha hacia Cotaxtla, siguiendo por Cueva Pintada hasta Vacas Gordas: en este punto descansaremos sólo un par de horas, pues llegaremos, según mis cálculos, á eso de las ocho de la noche: de modo que, montando á caballo á las diez, pasaremos el camino real de Veracruz á Córdoba, entre el Camarón y Paso del Macho, por un punto que se denomina Paso del Muerto según unos, ó de Tío Tonche según otros, á las veinticuatro horas de haber salido de Santa Ana: una vez que hayamos atravesado el camino, ó seguimos por Matlaluca y la Florecita para Huatusco, ó bien, oblicuando á la derecha, llegaremos al mismo

punto, por Mata Coyote, Máfara, Angostillo y San Jerónimo Zentla.....

—Me ocurre, Capitán,—interrumpió el Alférez—que ¿por qué no seguimos derecho, en lugar de cambiar de dirección?

—Por la sencilla razón—prosiguió el Capitán—de que, como están subiendo hacia Puebla las últimas tropas francesas que llegaron á Veracruz para cerrar el cerco de aquella ciudad, es casi seguro que habrán acampado ó acamparán algunas de ellas en esos dos parajes; y en este caso, como la caballería del asesino Dupin está encargada de cuidar los campamentos, es natural que esté explorando los alrededores, á causa del último *seco* que les dió la guerrilla Escobar. En Vacas Gordas pediré un guía, y sabremos por el Comandante del punto, el viejo Molina, á qué debemos atenernos sobre este particular, pues malditas las ganas que tengo de que nos escabechen.

—¡A ver si no podemos pasar, Capitán!

—¿Que no? ¿Y quién nos lo ha de impedir? ¿Los franceses? ¡Bah! La distancia es larga entre uno y otro campo, y nosotros atravesaremos por el centro de ambas posiciones. ¿La caballería? Aprovecharemos el momento en que esté avanzada á uno ú otro lado del camino; y si, en último caso, nos descubren nos defenderemos, ¡pardiez! Nosotros seremos catorce ó quince, y ellos ochenta ó cien, pero catorce ó quince hombres, bien montados y resueltos á pasar, pueden hacerlo por enmedio de doscientos. Con uno solo que llegue á Jalapa, sobra y basta: el que escape desempeñará la comisión, para lo cual, antes de atravesar el camino, diré á todos el objeto de ella, y así tendré la conciencia de que será cumplida.

—Pues supongamos que hemos pasado,—insistió el Alférez, que era tan terco como zocarrón y valiente—¿falta todavía mucho para llegar?

—No: saldremos de Huatusco á media noche, puesto que nos favorece la luna: pasaremos, sin que nadie lo sienta, San Bartolo, pintoresco pueblecillo que está recostado en la lade-

ra de la montaña, y llegaremos á Pinillos: de ahí con un nuevo guía, en las primeras horas del alba, atravesaremos la peligrosísima cuesta del "Volador," donde, á la izquierda, el viajero se cierne sobre un abismo tan profundo, que apenas la vista alcanza á descubrir el fondo y entrever, como una delgada cinta de plata, el río que lo atraviesa; en tanto que á la derecha puede admirar la enhiesta y elevada cumbre cuyos añosos y gigantescos árboles han visto perecer á más de un traficante en el transcurso de los siglos. Nosotros pasaremos de todos modos, como han pasado otros, y asimismo pasaremos el río de la Junta en la "balsa" que surca sus cenagosas y obscuras aguas, para luego encumbrar la empinada calzada que nos llevará á la hacienda de "Tusamapa;" y por último, siguiendo la cañada de "Pacho," llegaremos al fin á Jalapa.

—¡Ah!—suspiró el Alférez—¡por fin hemos llegado, Capitán! ¡No parece sino que ya hicimos el viaje; este largo camino, según me siento de cansado!

—Nos queda el rabo por desollar, amiguito: he marcado el itinerario que me ha dado el Coronel Carrillo; pero ¿sabe vd. cuántas leguas hay desde San Andrés, de donde hemos salido, hasta Jalapa, por el camino que ya haremos? ¿Sabe vd. los peligros que correremos?

—No, por cierto,—contestó Rojas, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pues es una friolera: unas ciento quince leguas, que deberemos recorrer en sesenta horas á lo más, con todo y las que tengamos de descanso..... y algo así como que nos ahorquen si nos agarran.

—¡Cien leguas! ¡Adiós caballos.....! En cuanto á que nos ahorquen..... lo veremos despacio, Capitán.

—No hay cuidado: por mi parte, dejo el "Conejo" en Tlacotálpam, y tomaré el "Exquisito," con el cual seguro estoy de llegar perfectamente, sin que me alcance nadie en caso de tener que huir: en cuanto á vd.....

—¡No! lo que es el "Azabache" no me deja en medio del camino; ya vd. lo conoce, Capitán: lo decía yo por los de la escolta.

—Ya encargo á Juan que monte bien la tropa, y mañana se lo repetiré verbalmente. Además,—prosiguió el Capitán —vamos provistos de órdenes terminantes para todas las autoridades del tránsito, y donde nos falten caballos los pediremos.

—¿Y si no nos los quieren dar? Porque bien pudiera suceder que algunos de los que son autoridades se resistan..... ¡Como hay tantos *mochos* á quienes unò no conoce.....!

—¡Pues nos los cogeremos! ¡pardiez! Y de paso pudiera acontecer algo feo á los rebeldes. ¡Como que el Coronel Milán no se tienta el pelo para fusilar traidores.....!

—¡Listo, mi Capitán!—interrumpió Prudencio, entrando en el comedor.—¿Ya me puedo ir?

—Sí, amigo: parece que tienes mucha prisa por llegar á tu tierra.

—¡Figúrese vd., señor! ¡Si ya hace tres meses que no veo á la morena.....!

—Pues al avío, *Comendador*,—le replicó X..... con tono festivo—ahí tienes ese pliego para el Sr. Comandante Enríquez: dile que mañana á medio día me espere á comer; y que entretanto prevenga al pagador que me tenga dispuestos haberes para un mes..... ¡Ah! se me olvidaba; que entre los doce hombres de la escolta vayan los Gorrita, los dos Lagos, Abraham Duarte y Juan Rosas: que necesito toda gente de pelea porque la cosa es seria..... ¡Adiós!

Prudencio saltó ligeramente sobre su rucio, y partió á toda prisa, contento como sonaja alegre, entonando los siguientes versos, en música de la *petenera:*

Siempre guayabo has de ser,
Pos guayabo te conocí;
Y los milagros que tu hagas,

El viento y la distancia no dejaron oir el final de la canturria: el buen Prudencio, además *taloneaba* de lo lindo á su *manco* como él decía. ¡Ya se ve! Iba á ver á su *morena*, como él llamaba modestamente á su mujer, que era una jarochona de grande alzada y de no mal fuste.

El Alférez Rojas partió también una hora más tarde con rumbo hacia la playa para entrar al campamento por "Los Fierros;" y por último, el mismo Capitán se dirigió en la madrugada á Salta Barranca, de donde salió directamente para Tlacotálpam dos horas después.

II

Las medidas de represión para los malvados, los abigeos y los infidentes, dictadas por el Coronel Lazcano, así como las que dictó para preparar el territorio cuya guarda se le había confiado, para no ser sorprendido por el enemigo y encontrarse dispuesto á todo evento para defenderlo hasta el último extremo, creó una facción hostil, á la cual se afiliaron todos los descontentos y aquellos que no podían medrar á su lado con la cosa pública, ó disponer á su antojo, como en épocas anteriores, de los destinos que les proporcionaban la oportunidad de cometer todo linaje de arbitrariedades en beneficio propio. En Acayúcam y Minatitlán, en los Tuxtlas, Cosamaloápam y Tlacotálpam, y, á pesar de estar ocupado por los invasores, Alvarado, encontró eco este descontento, si bien entre pocas y bien conocidas personas desafectas á su gobierno, ó con más propiedad al orden de cosas que estableció; [1]

1 D. José Collazo, D. Antonio Rodríguez, D. José Mª Lagos, D. Pedro García Mantilla, D. Bonifacio Solana, D. Manuel Gastañaga, D. José Antonio Ruiz, fueron los principales que formaron la oposición, bajo cuerda, tratando de desacreditar al Coronel Lazcano, lo que no pudieron conseguir jamás: algunos habían sido separados de empleos que disfrutaban en la época de Larragoiti, con gran disgusto de las personas de buen juicio y criterio, aplaudiendo la medida. D. Emeterio Ruiz y D. Salvador Román tenían resentimientos particulares con el Coronel Lazcano, y eran los que en Acayucan y Cosamaloápam trataban de ridiculizar sus actos.

pero como la gran mayoría de los costeños supo apreciar las dotes administrativas y conciliadoras del Coronel, de ahí que no se atreviera nadie á manifestar su descontento, y menos aún á intentar un cambio de personal, yendo á parar todos aquellos chismes y cuentos á Alvarado, donde estaba el núcleo, por decirlo así, del complot que se preparaba.

No contaban, sin èmbargo, con la huésped. En esa población precisamente residía uno de los mejores amigos del Coronel, D. Francisco Tejeda, adicto á la causa nacional, según se recordará, y el cual, desde nuestra salida de dicho punto, asumía el carácter de agente privado, como lo tuvo en Medellín D. Pablo Campos, cuando Alvarado estaba bajo la obediencia de la República. Así, pues, cuanto allí se decía ó se trataba respecto de aquel Jefe, por informes falsos las más veces de los descontentos de la costa, llegaba á su noticia con toda oportunidad.

Ya en los últimos días de Marzo (1863), las noticias fueron más alarmantes, pues se trataba de enviar un comisionado á Jalapa, lugar de la residencia del Gobernador y Comandante Militar del Estado,—decían—*para hacerse intérprete de los hijos de la costa*, mal informando del Coronel, y pidiendo su relevo del mando; y como ignoraban que éste estaba al tanto de lo que se tramaba, y sabían positivamente que nuestras relaciones con el Gobierno estaban cortadas con Jalapa, por la incomunicación rigurosa que existía entre la costa y las poblaciones intermedias ocupadas por el enemigo, creían seguro el éxito.

En el acto dispuso el Coronel la salida de dos oficiales conocedores del terreno, para que condujeran unas comunicaciones al Gobierno del Estado, en los cuales le daba aviso de lo que se tramaba, para impedirlo; pero esta comisión fracasó, pues los referidos oficiales regresaron dos días después de haber salido de Tlacotálpam, manifestando que no podían pasar el camino, porque según noticias que habían adquirido, una columna del ejército francés mandada por el General

Douai acampaba entre Paso de Ovejas y el Puente Nacional, á la vez que el gran bandido Dupin, con su feroz contraguerrilla recorría el camino de Veracruz á Córdoba, para asegurar la marcha hacia Puebla de la división de Africa y de las tropas que Napoleon-III había sacado de Roma para concurrir al perfeccionamiento del sitio de la ciudad heroica, que después de haber laureado su nombre en la jornada del 5 de Mayo del año anterior, debía inmortalizarlo legándolo á la historia, por la valiente defensa y honrosísima capitulación de 1863.[1]

Una segunda comisión que salió dos horas después, no tuvo mejor resultado; y á fe que el tiempo urgía, pues las últimas noticias de nuestro agente en Alvarado señalaban ya una fecha próxima para la salida del enviado, cuyo nombre daba, por la vía de Jalapa. Los oficiales nombrados para formar esta segunda comisión regresaron á Tlacotálpam, refiriendo mil cuentos inverosímiles, con el objeto de disimular el ridículo y la vergüenza que sobre ellos recaía; y como el Coronel Lazcano había salido para San Andrés, pasando primero por "Conejo," esta circunstancia hizo que desgraciadamente se perdieran cuatro días, tiempo que era posible que aprovechara el enviado de los malcontentos. Por fortuna tanto el Coronel como su Secretario de campaña conocían personalmente al individuo, y estaban seguros de que no haría jornadas largas, ni osaría pasar por entre las líneas enemigas, pues no era hombre de armas tomar, sino que daría rodeos para evitar cualquier percance que pudiera serle funesto durante

1 En la "confesión con cargos" que se tomó al Mariscal Bazaine durante la secuela del proceso que se le instruyó por la capitulación de Metz, el Duque d'Aumale, Presidente del Consejo de Guerra que lo condenó, le apostrofó de una manera terrible por un descargo que el procesado hizo al reconvenirle por la entrega del armamento y banderas de los cuerpos al ejército prusiano. "Eso —le dijo—no se encuentra en ningún tratado de guerra, se encuentra en el corazón y el patriótismo de los ciudadanos. *Los soldados mexicanos rompieron sus armas y quemaron sus banderas para no entregarlas á Forey.*"

la travesía. El camino que tenía que rcorrer era de unas sesenta leguas siguiendo la línea más corta; pero si daba rodeos, podía adicionarse en quince ó veinte horas más, lo que era bastante para que su marcha se prolongara demasiado, dando lugar á que se le aventajara.

El jueves santo, entre once y doce del día, se presentó la segunda comisión á dar cuenta del mal éxito de su cometido. El Coronel disimuló el justo enojo que esta demora le produjo; y después de ordenar á los dos oficiales que al día siguiente se regresaran al campamento, se encerró con su Secretario en su despacho.

—Capitán,—le dijo luego que estuvieron solos—es indispensable que alguno llegue á Jalapa, pero en este momento sólo podemos disponer aquí de oficiales incapaces para esta clase de comisiones.....

—Deme vd. sus instrucciones, y dentro de dos horas estoy en camino.....

—Imposible..... me hace vd. mucha falta aquí.....

—Más necesario es ir á Jalapa, mi Coronel, á donde estoy seguro de llegar, ó al menos, de que el señor Gobernador sabrá lo que se trama por acá.....

El Coronel meditó un momento.

—Bien,—contestó luego—estoy seguro de que en efecto llegará vd., y de que el Coronel Milán no será sorprendido por nadie. ¿Irá con vd. Rojas?

—Es mi ayudante, señor, y además es todo un hombre de valor, y son los que necesito. Quisiera también una orden para el Comandante Enríquez, á fin de que me prepare una escolta de doce dragones escogidos, y requisitorias para proporcionarme en el camino cuanto necesite..... no importa la pérdida de dos días ó tres más, pues correremos para llegar á tiempo.....

—¿Conoce vd. el camino?—le preguntó el Coronel.

—En mucha parte sí; y ya sabré escoger buenos y seguros guías donde sea necesario. Además.....

El Capitán no terminó la frase; parecía que le apenaba lo que iba á decir.

—Entiendo;—dijo sonriendo el Coronel—encuentra vd. poco gloriosa la campaña que ahora hacemos por aquí.

—Mi Coronel,—prosiguió el Capitán resueltamente—vd. sabe que no soy ingrato, pero no ignora que aunque con un retardo de cuatro meses, acabo de recibir la orden del Ministerio de la Guerra para que pase á incorporarme al Ejército de Oriente, en calidad de Ayudante del señor General Mendoza; y si vd. me lo permite.....

—Es justo:—le interrumpió Lazcano—es vd. joven y tiene aspiraciones por ascender. Bien; pero ofrézcame vd. una cosa.

—¿Cuál?

—Que si no puede vd. llegar hasta Puebla, porque ya esté cerrado el sitio ó por otro motivo cualquiera, volverá á mi lado. Mucho me temo,—prosiguió después de un momento de silencio,—que el Coronel Milán, á cuyas órdenes ha servido vd. tanto tiempo, quiera retenerlo á su lado, si fracasa el paso para Puebla.

—Lo ofrezco solemnemente:—contestó el Capitán poniéndose de pie—si no puedo pasar las líneas francesas, y preciso será que los obstáculos sean insuperables, señor, regresaré al lado de vd.

Un ligero golpe dado á la puerta de la habitación indicó que alguno quería entrar. Era, en efecto, el dueño de la casa donde estaban alojados de una manera espléndida, que iba á invitarlos para comer. [1]

En pocas palabras lo puso el Coronel al tanto de lo que ocurría, mientras el Capitán hacía avisar al Alférez Rojas que se dispusiera á marchar dentro de dos horas, y á su asistente que preparara sus caballos y equipo inmediatamente.

1 El Sr. D. Manuel M. Palacios, en cuya casa se alojaban siempre el Coronel Lazcano y el que esto escribe, siendo tratados con toda la hidalguía y afecto que distinguen á tan honorable familia, y cuyos rasgos son el tipo general de los sanandrescanos.

Poco después se presentó el Coronel D. Francisco de P. Carrillo, del Cuerpo Médico Militar, que había llegado de Huatusco con el objeto de restablecer su salud; y enterado del caso, y como hombre práctico, formó el itinerario que el Capitán debía seguir á partir de Tlacotálpam, agregando al personal de la escolta á su asistente que debía regresar al lugar de su residencia.

El Capitán partió, pues, provisto de órdenes muy terminantes para las autoridades militares de todo el camino que debía recorrer, y con instrucciones reservadas que completaban su comisión: otras para el campamento de "Conejo" y las necesarias para que el Comandante Militar de Tlacotálpam hiciera que lo acompañara una escolta de caballería.

Prosigamos después de haberlo visto pasar el río de Tecolápam, y hacer alto en el Mesón.

III

En las primeras horas de la mañana del domingo de Pascua tres ginetes, al paso de sus cabalgaduras, atravesaban el río del "Cabezón" ó "Chiquito," seguidos á distancia por un grupo de caballería, á cuyo frente marchaba un oficial. A lo lejos se oía el alegre tañido de las campanas que anunciaban la procesión de "Resurrección," y en sentido inverso al camino que seguían nuestros ginetes, gentes de á pie se dirigían presurosas al lugar de la cita común para engrosar el número de creyentes, ó curiosos, que asistían á la religiosa farsa, última en su género, que se representa en la costa de Sotavento.

Ya se habían promulgado las sabias Leyes de Reforma, por las cuales se combatía todavía, aunque bajo distinto pretexto y con otro enemigo transportado de allende los mares, pero aún no se había roto del todo con el pasado.

Excusado parece decir que uno de los tres ginetes era el Capitán X....., á quien dos días antes hemos dejado en ca-

mino para Salta Barranca; de los otros dos que lo acompañaban, uno era el Comandante Enríquez, y el Teniente Coronel Carrión el segundo, quienes como un tributo á la amistad y al compañerismo, iban á encaminarlo hasta la "Boca de Acula," donde se separarían, quizás para no volver á verse más.

En cuanto al grupo de ginetes que los seguía de cerca, fácil es comprender que era la escolta de que había hablado al Alférez Rojas, y que éste mismo era el que iba á su frente: otro ginete que parecía rezagado, pero que en realidad la negligencia con que dejaba marchar su caballo y el aspecto de somnolencia que presentaba, no eran sino efectos de un mal humor de todos los diablos, era el inseparable el indispensable Prudencio, el asistente de todas las confianzas, á quien se le hacía cuesta arriba abandonar nuevamente á su *morena.*

La escolta marchaba tanto ó más silenciosa que Prudencio; y el Alférez, ocupado en saborear un enorme puro de las mejores vegas de Jáltipam, maldito lo que se cuidaba de nada. Con el *jarano* sobre las cejas, y envuelto en un sarape legítimo saltillense, las espirales que se desprendían del *veguero* determinaban su marcha. "Azabache," su caballo, conocía bien el camino; y con la rienda floja, pero firme, seguía á sus tres congéneres de vanguardia, guardando siempre la misma distancia.

En cambio los tres camaradas conversaban alegremente: el Capitán, de las dificultades con que podía tropezar á través de las líneas enemigas y llegar primero á Jalapa, y después á Puebla, que era su sueño dorado, y el modo de superarlas; y sus compañeros, de un magnífico baile que esa noche daba una de las familias de más valía [1] y al cual ambos esta-

1 La del Sr. D. Bernardo Silva: fué, en efecto, un baile de fantasía que dejó recuerdos para la crónica de muchos días, no sólo por la esplendidez que desplegaron los dueños de la casa, sino porque hubo un incidente punible y escandaloso, promovido por algunos individuos que penetraron al salón, disfrazados, sin ser de los invitados.

ban invitados; y silenciosos y taciturnos unos, y alegres y soñando ilusiones los otros, cuando el sol comenzó á asomar su roja faz, irradiando sobre un cielo puro, azulado y hermoso, llegaron todos á la "Boca de Acula," término señalado para la separación de los tres amigos.

La escolta hizo alto cuando vió que aquellos echaron pie á tierra.

—¡Mucho cuidado!—le dijo Enríquez, estrechándolo contra su pecho.

—¡Que vuelvas pronto!—agregó Carrión al abrazarlo á su vez.

El Capitán no contestó una sola palabra: permaneció al pie de su caballo mirando cómo se alejaban sus compañeros, que se prometían tanto gusto y contento en ese día, mientras él iba en pos de una ilusión también, y cuando los perdió de vista, montó sin apresurarse, hizo señal para que avanzara la escolta, y prosiguió su marcha.

IV

Ninguna novedad ocurrió en éste ni el siguiente día: el domingo á las ocho de la noche llegó á la hacienda del Cocuili, jurisdicción de Tlalixcóyam, donde tanto él como sus compañeros recibieron toda clase de atenciones de parte del dueño, el Sr. Rafael Llinas, y llegado en la mañana del siguiente á Paso de Santa Ana, cuyo Comandante militar era uno de sus antiguos amigos, D. Manuel Cházaro, revistó la caballería del Coronel González. Componíase esta fuerza de unos cincuenta ó sesenta viejos *insurgentes:* viejos por la edad, jóvenes por su robustez y energía. El antiguo campeón de la Independencia nacional había reunido á sus compañeros de aquella época, en que los tlalixcoyanos pusieron en *jaque* más de una vez al General Dávila, Gobernador de Veracruz, y á sus soldados, españoles ó *chaquetones*, y contribuyeron terri-

blemente al triunfo del invicto General Bravo en la famosa jornada del 29 de Julio de 1812, en las goteras de la ciudad.

El viejo Coronel recibió del Capitán el revólver Colt que como un obsequio le enviaba Lazcano, y cuando hubo probado sus muelles y reconocido el calibre, sólo pronunció estas palabras, sin fanfarronería ni afectación, que retrataban al hombre:

—Como regalo, se lo agradezco, y mucho: como arma ofensiva..... ¡hem!..... me atengo más á mi viejo *machete*, que ni ha *marrado* nunca, ni me hace quedar mal. Figúrese vd., *Capitancito*,—prosiguió poniendo la pistola en su carcax—que durante la guerra contra los gachupines no se dió jamás el caso de que al que yo le *metiera mano* se quedara vivo para contarlo.

El Capitán lo escuchaba atento, admirando á aquel sexagenario, que más parecía un hombre de cuarenta y cinco ó cincuenta años, tan fuerte tan atlético, tan lleno de vida y salud, y que á primera vista revelaba bondad y energía suma; y luego que le hubo entregado las órdenes de que era portador, para que con su gente se trasladara á Santiago Tuxtla, le pidió el permiso correspondiente para proseguir su marcha.

El Coronel González lo acompañó hasta Cotaxtla, refiriéndole durante el camino porción de anécdotas y de hechos de armas que tuvieron lugar en aquellas comarcas en la época de la *insurgencia*, retirándose en seguida. El Capitán pernoctó unas horas en aquella población, y al siguiente día, muy temprano, llegó á "Cueva Pintada:" ya en este punto, y después de tomar el desayuno con su antiguo amigo D. Francisco Dozal[1] reunió á su gente antes de salir, y les dijo:

—"Muchachos: desde ahora estamos en terreno enemigo,

1 D. Francisco Dozal, comerciante español radicado antes en Veracruz, y el mismo de quien se hace referencia al enarrar lo relativo á Alvarado. Comprometido en el asunto del ganado, tuvo que emigrar del puerto, yéndose á "Cueva Pintada," donde se estableció con una tienda de abarrotes.

y toda precaución es poca: no nos la echemos de valientes sino cuando sea necesario; y si bien conozco todavía parte del camino, me son del todo desconocidas las gentes. Si tropezamos con alguna fuerza francesa ó de traidores siendo poco más ó menos como la nuestra, atacamos, y si son muchos nos defendemos, pero procurando avanzar siempre, jamás retroceder. Con uno de nosotros que llegue á Jalapa, y diga al Coronel Milán lo que les expliqué en Tlacotálpam antes de salir, es bastante." Ahora tú, Rosas,—prosiguió designando á un morenillo de los que iban en la escolta—adelántate con cuatro hombres para que sirvan de avanzada: si algo se presenta que merezca la pena, mándame avisar luego: donde el terreno se preste marcharemos siempre á media rienda." ¡Adelante!

El sargento Rosas tomó los cuatro hombres, y avanzó unas quinientas varas.

El resto de la expedición prosiguió la marcha de la misma manera, yendo á la cabeza el Capitán y su ayudante. Prudencio y el huatusqueño marchaban á retaguardia.

Poco ántes de llegar al Angostillo, uno de los dragones de la avanzada regresó á todo escape. El Capitán y los suyos corrieron á su encuentro.

—¿Qué hay?—preguntó llegando á su lado y sin detenerse.

—Una fuerza como de quince hombres viene hacia acá, Capitán; y el que parece jefe se adelanta solo.

—Debe ser Escobar con su guerrilla. Vamos á verlo.

Y sacando su pistola avanzó á toda brida, seguido de los demás, hasta incorporarse á la descubierta.

En efecto, á menos de tiro de fusil una fuerza de caballería irregular, una gerrilla mejor dicho, estaba formada en batalla cruzando el camino, y un hombre solo avanzaba hácia la fuerza republicana.

El Capitán X..... desmontó su pistola, volviéndola al carcax, y fué al encuentro del desconocido.

Caminaba éste al paso de un magnífico alazán de hermosa estampa, que braceaba con sumo garbo y elegancia. El ginete no llevaba ninguna arma en la mano: en la diestra portaba un ligero *bejuco*, á guisa de fuete, y con la izquierda dirigía hábilmente su cabalgadura: á la cabeza de la silla llevaba colgada una espada-sable, completamente forradas empuñadura y cubierta, y al lado contrario, al de la garrocha, una magnífica reata de lazar, cuyo color demostraba su uso.

Momentos después llegaron casi á tocarse las cabezas de ambos caballos que se replegaron violentamente sobre el cuarto trasero al ser detenidos por los ginetes.

—¿El Capitán Escobar?—interrogó X..... mirando fijamente al desconocido.

—Servidor,—contestó el interpelado.—¿A quién tengo el gusto de hablar?

—Soy el Capitán X..... Secretario de campaña y Ayudante del señor Coronel Lazcano, Jefe de la línea militar de Sotavento.

Ambos interlocutores hicieron avanzar un poco más á sus cabalgaduras, y se estrecharon fuertemente la mano.

Escobar era, en efecto, Capitán de una guerrilla levantada entre los rancheros de la Soledad y de sus contornos. Joven aún, de regular estatura, bien desarrollada musculación y una mirada viva y penetrante, todo revelaba en él actividad, fuerza y valor. Tal cual se presentaba, ya sin llevar consigo una fuerza armada, cualquiera lo habría tomado por un viajero pacífico, ajeno á la lucha que entonces se iniciaba en el país.

—Como vd. verá, compañero,—prosiguió X..... después de haberle entregado un pliego que Escobar leía, compartiendo su atención entre la lectura y las palabras del Capitán,—voy á desempeñar una comisión de interés cerca del Gobernador del Estado; y como debo llegar, á más tardar, mañana á medio día, seguirémos nuestro camino.....

—Por mí no quede; ¡adelante!—interrumpió Escobar, po-

niendo su caballo al trote para proseguir la conversación—venía revisando el camino; pero voy á servirle de guía hasta "Vacas Gordas."

—Gracias: yo habría llegado de todas maneras, pues tengo la dirección del camino; pero.....

No pudo proseguir de momento: la escolta pasaba á su lado para agregarse á la guerrilla Escobar, y éste y aquél tuvieron que salir al galope para ponerse al frente.

—Pues sí,—continuó el guerrillero—aunque hubiera vd. llegado, habría sido inútil: ya no está allí la comandancia militar.

—¿Cómo? ¿Ha abandonado el punto Molina?

—Precisamente: el lugar, pero no el punto.

Escobar refirió sucintamente que tres días antes las fuerzas de Molina, de Domínguez y la suya, todas reunidas, habían atacado un convoy en Paso del Muerto; que habían derrotado la fuerza francesa que lo custodiaba, y que después de incendiar los carros, habían llevado el cargamento á Vacas Gordas; pero que temeroso Molina de que la caballería de Dupin diera con ellos, se había internado en la parte más inaccesible y remontada del bosque, y allí había establecido su despacho miltar.

—Por supuesto,—agregó luego que pudo respirar—que el lugar donde ahora está no lo encuentran ni con linterna. Honorato se ha marchado rumbo abajo, yo me he internado hacia Cotaxtla, y Molina con su pequeña guerrilla está en el bosque custodiando los efectos aprehendidos; y hemos hecho esto para no dejar ni rastro: luego, cuando esos bandidos estén desorientados y se vuelvan á la Soledad, nos renniremos de nuevo, tanto para hacer el reparto de lo que nos toca, como para volver á disponer un nuevo golpe. [1]

1 Con arreglo al decreto que fundó la creación de las guerrillas, del monto total del valor de los efectos que aprehendieran se hacían cinco partes, una de las cuales correspondía al jefe de la guerrilla, dos al personal de ésta, y las dos restantes al Fisco federal para auxilio de las tropas regulares que se hallaran en el punto más inmediato.

—Con mayor motivo celebro entonces el encuentro, compañero, porque es seguro que no sólo no hubiera dado con el escondite, sino que hubiera perdido un tiempo que no me pertenece. ¿Vamos á media rienda?—le preguntó luego de un momento de silencio.

—Por toda respuésta Escobar alzó la de su caballo, y segundos después se perdían oficiales y soldados en medio de una espesa nube de polvo, más ó menos densa, según el terreno que pisaban los caballos.

El silencio era completo: nadie osaba pronunciar una palabra, lo cual era difícil hacer sin tragarse una buena porción de polvo, y sólo se oía el resoplar de las cabalgaduras, cuya ley quedaba perfectamente comprobada, pues parecía que acababan de emprender la marcha, después de treinta horas de estar sobre el camino.

Las primeras sombras de la noche luchaban con la ya débil luz del sol al hundirse en el ocaso, cuando oficiales y soldados, después de haber abandonado el camino carretero pasando á campo travieso sobre *milpas* ya *pixcadas* y *dobladas*, llegaban á los linderos de una *ceja de monte*, tan espeso y cerrado, que sólo una persona práctica, conocedora de su secreto podía penetrar en él sin temor de perderse en el intrincado laberinto de veredas que por doquiera serpenteaban. Ya en los linderos, el Capitán Escobar detuvo un momento su caballo, y después de dirigir la vista en distintas direcciones:

—Por aquí,—dijo, lanzándose á buen paso hacia la izquierda.

Los demás lo siguieron sin decir una palabra. El Capitán X..... que iba á su lado fijaba su atención en la vereda que se prolongaba á su frente blanquecina y tortuosa, cual si quisiera retener en su memoria la dirección que seguía. Veinte minutos después la noche había cerrado completamente, y la luz de la luna llena que comenzaba á iluminar nuestro planeta, apenas si difícilmente podía pasar á través del espeso follaje que sobre su cabeza se levantaba. Así anduvieron por

espacio de una hora, cuando repentinamente un sonoro ¡quién vive! seguido de ese rumor seco y metálico que denuncia la excelencia de los muelles de un fusil ó de una carabina al tiempo de prepararla, detuvo á la cabalgata por un solo y unánime movimiento.

—¡República!—contestó Escobar con no ménos poderoso acento.

—¡Alto!—fué la orden inmediata.

Nadie se movió del punto que ocupaba.

Momentos después se percibió distintamente el paso de algún ginete que se acercaba cautelosamente sin dejarse ver.

—¿Capitán Domínguez?—Interrogó una voz robusta, que parecía salir de la arboleda.

—No, Comandante: Escobar, Maximino.

—Adelante, compañero: ahora sí conozco la voz.

Escobar avanzó solo, y pasados unos minutos regresó acompañado de otro ginete, caballero en un magnífico tordillo rodado. Era el Comandante militar del punto de "Vacas Gordas," que vigilaba personalmente por la seguridad de sus subordinados. Durante la corta entrevista que con él había tenido Escobar, éste le había informado de quién era el Capitán X..... y el objeto que llevaba.

—Señor Capitán:—le dijo, después de saludarlo—cuando lleguemos á mi cuartel puede vd. pedirme lo que necesite para continuar su marcha. Soy servidor de la Nación, y para ella y para mis compañeros tengo cuanto poseo.

V

Era el Comandante Molina un rico hacendado de aquellas comarcas, que jamás había abandonado las labores del campo para ocuparse de la política; pero desde la "Guerra de Tres años" dió pruebas de ser un buen liberal, patriota sincero y honrado ciudadano; y cuando la Intervención francesa se desenmascaró en los célebres "Tratados de la Soledad," ofreció

sus servicios al General Llave, quien lo recomendó, para utilizarlos, al Jefe del Ejército de Oriente. Desde entonces, tanto él como sus cinco hijos se consagraron al servicio de la papatria; y, nombrado Comandante militar de "Vacas Gordas," levantó una guerrilla á cuyo frente hostilizó constantemente al enemigo.

Era un hombre de más de cincuenta años, pero de una robustez y agilidad que hacían creer que apenas contaría cuarenta. De elevada estatura, bien presentado, ágil en sus movimientos, todo indicaba gran virilidad, y esa energía muy común en las gentes dedicadas á las labores del campo: su mirada era viva, firme y penetrante, sin revelar ninguna pasión que lo dominara; pero la constante movilidad de sus ojos dejaba adivinar que sería terrible en los momentos de excitación ó de entusiasmo. Blanca enteramente la cabeza, tenía un aspecto simpático, imponente y respetable.

Durante la corta travesía que hizo hasta llegar á lo que llamaba "su cuartel," puso al corriente al Capitán del golpe atrevido y audaz que pocos días antes había dado á un convoy francés; el mismo de que ya le había hablado Escobar; suplicándole que lo disimulara si lo recibía bajo tan tristes circunstancias para ser atendido mejor, pero que su seguridad y la de los intereses á él confiados así lo exigían.

En efecto, cuando hubieron llegado al cuartel, pudo convencerse el Capitán X..... de que no había habido exageración por parte de Molina ni por la de Escobar, de como le habían pintado el lugar de su residencia.

En un claro del frondoso bosque, bien hacia el centro, había hecho levantar un inmenso galerón construído con horcones y palmas; y allí, hacinados en el más completo desórden, se veía una gran cantidad de bultos, cajas y fardos de distintas formas, clases y tamaños. Era el botín de guerra quitado pocos días antes al enemigo.

Alrededor de la galera yacían acostados en unos *petates* veinte hombres, cuyas armas estaban arrimadas al rústico

muro, y ensillados y enfrenados se veían también, al lado de cada guerrillero, sus respectivos caballos.

Sólo estaba en pie el anciano Molina.

Un grueso velón de sebo alumbraba apenas aquella estancia, y cualquiera que sin estar en antecedentes hubiera penetrado allí, habría tomado aquel lugar por una guarida de bandoleros que custodiaban el fruto de sus latrocinios.

El Capitán Escobar, luego que hubo recomendado al Comandante militar al Capitán X.... . volvió grupas con los suyos para regresar al lugar de su residencia.

—Muy confiado me parece vd., Comandante,—dijo X..... á Molina luego que él y su gente echaron pie á tierra.

—Aquí tenemos perfecta seguridad,—contestó aquél, yendo hacia uno de los hombres que dormía, y despertándolo en seguida.—Sobre todo,—continuó volviendo á su lado—no tememos ninguna traición: de toda esa gente que ve vd. ahí, cinco son hijos míos, y los demás colonos de mis tierras. Voy á preparar un poco de tasajo y de café *clarín* para vdes., y á hacer que traigan los dos caballos que me ha pedido para remudar. Son las ocho de la noche, puede descansar un par de horas, y á las diez saldrá llevando de guía al más joven de mis hijos, á quien acabo de despertar. Con que, á descansar un momento, que bien lo necesitan.

Así se hizo: entretanto que los dragones desensillaban sus cabalgaduras, y Prudencio hacía lo mismo con la del Capitán, Molina, auxiliado de su hijo, preparó el pobre refrigerio ofrecido: y media hora más tarde, acostados sobre sus mantas, y con las monturas por almohada, todos dormían, excepto el Capitán, que sólo descansaba en aquella incómoda postura.

El silencio era profundo, apenas tristemente interrumpido por esos rumores tenues y desconocidos, peculiares al campo, y que parecen anunciar la vida y crecimiento de la vegetación.

VI

—Ya es hora, Capitán,—murmuró Molina al oído del Secretario del Jefe de la línea militar, que se incorporó inmediatamente.—He despertado á su gente y está lista para marchar.

El Capitán, ya de pie, consultó su reloj á la espléndida luz de la luna, que brillaba en toda su hermosura. Eran, en efecto, las diez de la nohe. Prudencio le había ensillado su caballo, y sin decir palabra montó. Un joven como de diez y seis años estaba á su lado, sonriéndole amigablemente.

Era el hijo de Molina; el que le había ofrecido como guía.

—Puede vd. tener plena confianza en él, como si yo mismo fuera: no voy personalmente, porque los muchachos están rendidos y cansados, y no quiero desprenderme de aquí para velar mientras ellos duermen.

En seguida, tropa y oficiales se despidieron afectuosamente de aquel excelente anciano á quien no debían volver á ver jamás, y siguiendo al guía emprendieron la marcha.

VII

El terreno que recorrían era sumamente quebrado. Aquella pequeña fuerza, silenciosa y atenta á cuanto su vista podía alcanzar, atravesaba terrenos de labor, subiendo y bajando cuestas y lomas á todo el andar de sus cabalgaduras, hasta que, de repente, se encontraron en un camino amplio y plano que siguieron en línea recta, después de haber oblicuado algo á la izquierda. Media hora pasó, y el tiempo había transcurrido sin sentirlo. El Capitán tomó la hora en su reloj.

—La una y media de la mañana,—dijo al guía que marchaba á su lado.

—Dentro de media hora estaremos sobre el camino real para pasarlo por "Tío Tonche,"—contestó el joven.

Fueron las primeras palabras que se cruzaron entre uno y otro; puede decirse que fué la primera vez que se interrumpió el silencio entre los de la cabalgata. Las segundas fueron para manifestar que habían llegado al camino carretero.

—¿Ve vd. aquella faja blanquizca que se divisa todavía un poco lejos?—preguntó el guía dirigiéndose al Capitán.—Pues ese es el camino real. Ahora, permítame vd. que vaya yo solo á ver si podremos pasar, y volveré para avisar á vd.

El Capitán y sus soldados hicieron alto, y el guía se adelantó á buen paso, perdiéndose á poco entre las sombras proyectadas por la arboleda que bordaba en ambos lados el camino vecinal que seguían.

—Mi Capitán,—dijo Rojas en voz baja.—¿Tiene vd. confianza en ese muchacho?

—Debo tenerla, porque es hijo del Comandante Molina. Sin embargo,—agregó después de una corta pausa—pasaremos el camino pie á tierra, llevando los caballos de la brida y las armas dispuestas para cualquier evento. Vd. irá á la cabeza llevando á ese joven á su lado: luego seguirán Rosas y la tropa, uno tras otro para no presentar fondo compacto, y yo con Prudencio iré á retaguardia. Como dije ayer tarde, si somos descubiertos ó nos venden, poca ó mucha la fuerza contraria, atacamos avanzando: la cuestión es que uno de nosotros llegue á Jalapa. En cuanto al guía, hará vd. que ajuste su paso al suyo, y si pretende avanzar al ser atacados, lo despacha vd. de un pistoletazo. Me inspira confianza, pero no lo conozco, y vamos jugando la vida.

—Pierda vd. cuidado, Capitán,—respondieron todos á una voz.

El guía regresó en esos momentos.

—Vamos,—dijo—el camino está solo; apenas se distinguen á derecha é izquierda las fogatas de los campamentos franceses; y en cuanto á la caballería que los vigila, no hay ni rastro de ella. Probablemente Dupin se habrá retirado á su cuartel de "La Soledad."

Todos se pusieron en marcha: al llegar á los linderos del camino, hicieron alto para disponer la travesía, y el paso se efectuó con toda felicidad en el orden que había dispuesto el Capitán, distinguiéndose efectivamente á lo lejos las luminarias que determinaban el lugar donde acampaban las tropas francesas, entre el "Camarón" y "Paso del Macho," en su marcha para incorporarse al ejército franco-traidor que sitiaba á Puebla.

El guía se despidió después de haberlos acompañado hasta "Mata-Coyote," cuya variación en el itinerario aconsejó se hiciera; y habiendo descansado un cuarto de hora en San Jerónimo Zentla, á las cinco de la tarde entraron en Huatusco, donde la gente se les rodeó al hacer alto en la casa del Comandante militar, cuyas señas había pedido el Capitán al primer transeunte que encontró al penetrar en las calles de la población.

Era el Comandante militar el Lic. D. Francisco Hernández y Hernández, que prestaba sus servicios como soldado de la República.

VIII

En los momentos casi en que el Gobernador y Comandante militar del Estado, rodeado de sus ayudantes, iba á tomar asiento á la mesa, á eso de las dos de la tarde del día siguiente al en que el Capitán X.... llegó á Huatusco una pequeña fuerza de caballería hizo alto á la puerta del "Hotel Veracruzano," en Jalapa. Un oficial que portaba las presillas de Comandante de Escuadrón salió inmediatamente á reconocerla, y el que parecía Jefe de ella se adelantó hacia él, preguntándole en seguida:

—¿El señor Coronel Milán?

—Pase vd.....

—¡Vd. por aquí, Capitán!—interrumpió el mismo Milán, que en persona iba á recibir al que por él preguntaba.

—Yo, mi Coronel,—contestó el interrogado, que era el Ca-

pitán X..... como habrán sospechado los lectores.—Asuntos del servicio y asuntos particulares. Vengo en nombre del señor Coronel Lazcano, y deseo hablar á solas con vd.

—Pues vamos primero á comer, y hablaremos un momento: salgo esta misma tarde para Huatusco.

Eran, en efecto, los recién llegados el Capitán X..... y su escolta, que habiendo pernoctado apenas tres horas en Huatusco la noche anterior, se pusieron en camino luego que la luna resplandeció brillante en el firmamento. La travesía se efectuó sin más novedad que haberse encontrado en la hacienda de Tuzamápam con una autoridad remisa en el cumplimiento de sus deberes: un reaccionario recalcitrante; y á causa de esto, aquél hubo de retardar la prosecución de su marcha más de dos horas, tiempo muy superior al que se necesitaba para proporcionar á la escolta dos caballos que era indispensable remudar.

Y su marcha era ya tanto más violenta, cuanto que, en las primeras horas de la mañana, encontró al llegar á "La Junta," la brigada que al mando del General D. Mariano Camacho se dirigía á Huatusco, por orden del mismo Gobernador, quien, según informes, debía seguirlos inmediatamente después, para emprender el camino hacia la costa de Sotavento.

Se ve, pués, que á pesar de aquel retardo, llegó con toda oportunidad al punto final de su destino.

Un ayudante del Gobernador condujo á la escolta al cuartel del "Vecindario," para que se alojara y fuera atendida por la autoridad militar local, y el Capitán X....., después de dar un abrazo á su antiguo Jefe y á sus compañeros de armas que formaban el Estado Mayor del primer Magistrado del Estado, tomó asiento á la mesa para satisfacer las exigencias de su estómago que ya se hacían sentir demasiado.

La comida fué alegre y animada, refiriéndose unos á otros los acontecimientos que habían tenido lugar en la campaña durante los dos años transcurridos.

Al servirse el café, el Coronel Milán ordenó su salida para

las tres de la tarde, y los ayudantes se retiraron para prepararse: cuando quedaron solos, se dirigió al Capitán:

—Así, pues, ¿quiere vd. marchar para Puebla? le dijo con tono afectuoso.

—Es mi intención, si vd. me lo permite.

—Con mucho gusto lo haría si ello fuera posible, pero es inútil que lo intente. Todo el camino, desde Amozoc, está ocupado por el enemigo, y el sitio completamente perfeccionado. Intentar penetrar á Puebla es exponerse á hacerse matar, ó cuando menos á ser prisionero de guerra, sin combate y por consiguiente sin gloria. ¿Quiere vd. permanecer á mi lado?—le preguntó tras un momento de silencio.—Estoy formando el "Primer activo del Estado" á las órdenes del Teniente Coronel Posadas. Vd. será el Mayor de ese cuerpo.

—Gracias, mi Coronel—contestó el Capitán.—El Coronel Lazcano ha previsto el caso, y exigido de mí que si no podía pasar á Puebla, regresaría á su lado: no puedo, pues, aceptar sin que falte á mi palabra.

—Pues no hablemos más del asunto: yo debo estar allá dentro de quince días, y llevaré á vd. su despacho de Comandante de Batallón.....

—Mil gracias de nuevo, señor. Ahora, si vd. me lo permite, hablaremos del asunto principal que aquí me ha traído.

El Gobernador se dirigió á su habitación seguido del Capitán.

Una vez dentro y cerrada la puerta, X..... entregó un pliego al Coronel, quien lo leyó atentamente, pudiendo notarse que durante la lectura más de una vez frunció el entrecejo, demostrando así el disgusto que le causara algo de lo que leía. Luego, el Capitán en breves palabras lo puso al tanto de la situación financiera que guardaba la costa, el buen espíritu que reinaba entre sus hijos en favor de la defensa del territorio nacional, y lo poco peligrosos que serían los trabajos de los descontentos, ahora que él, el Gobernador, tenía conocimiento de quiénes eran ellos.

—Son unos intrigantes de mala ley:—dijo Milán cuando X..... hubo concluído—buscan el medio de vivir aparentando lo que en el fondo no son. Afortunadamente para su enviado, ya estaré lejos cuando llegue, si es que llega, pues lo dudo, porque tenemos al enemigo en el "Puente Nacional," y no se atreverá á pasar; pero por las dudas, daré mis órdenes al Comandante Grajales, que queda al frente de la Comandancia militar durante mi ausencia, para que le asiente la mano. ¿Conoce vd. al Teniente Coronel Grajales?

—Sí, señor, y debo ir á presentármele luego que vd. me lo permita.

—Pues póngalo al corriente de todo, diciéndole de mi parte que si llega el sujeto en cuestión, lo mande aprehender y que me dé parte, manteniéndolo incomunicado hasta que yo resuelva.

El Capitán Lainez, Ayudante del Gobernador, llegó en esos momentos para comunicar que todo estaba preparado para la marcha. El Coronel y X.:.... salieron juntos hasta la puerta del hotel, donde ya esperaban los oficiales Azpe y Suárez, y el Jefe del Estado Mayor, Ayala, quienes se despidieron de su antiguo camarada.

—Tiene vd. veinticuatro horas para descansar,—dijo Milán al Capitán X..... al tiempo de montar su impaciente caballo—y lo espero en Huatusco el sábado en la tarde, para darle instrucciones y una comisión que desempeñará al regresar á la costa.

Luego partieron á media rienda, despertando la curiosidad de los vecinos, que salieron presurosos á puertas y ventanas al oir el estruendoso ruido que hacían los férreos cascos de las cabalgaduras al galopar sobre el duro empedrado.

—¡Ah, qué calles tan *empinadas, caray!*—exclamó Prudencio cuando aquél se entraba á su aposento.—Le *juro* que me voy á romper la *crisma* si *trepo* sin ver donde pongo los pies... ¡Y á esto le llaman calles! ¡Qué *demontre!* ¡Estas son *barrancas.....!*

—¡Calla, mentecato.....! ¿Has cuidado que se atienda bien á los caballos?

—Antes de irme á la cocina..... que bien lo necesitaba.

Después de este corto diálogo, X..... se hizo cepillar la ropa, mudóse de limpio y salió para presentarse al Teniente Coronel Grajales, habiendo ordenado antes á su asistente que dijera á Rojas que fuera al anochecer para recibir órdenes.

—¡Vaya con mi Capitán!—murmuró Prudencio luego que quedó solo, y mirando por todas partes—¿dóndo *dianches* sé yo que está el cuartel del..... del..... vecino, ó de la vecina..... ó del vecin..... *diablos* que han de cargar conmigo.

—Del Vecindario, amigo, del Vecindario,—se apresuró á indicarle un viejecillo que hacía rato lo estaba mirando sentado á la puerta del zaguán, y que era el administrador del Hotel.

—Pues sea del Vecindario, *tío*, no por eso sé dónde queda: ¿acaso he venido yo nunca á esta tierra llena de cuestas y lomas? ¡Ave María Purísima! Se necesita ser conejo ó *saltaparedes* para trepar sin desbarrancarse.

El viejecillo llamó á un sirviente para que guiara á Prudencio, y ambos partieron: éste renegando de su mala estrella, porque tras estar cansado se fatigaba al bajar por las calles del "Toronjo" y de "Tecuanapa," y el mozo riéndose, porque le obligaba á dar un rodeo innecesario para llevarlo al cuartel donde estaban alojados Rojas y la escolta.

IX

Las cinco de la tarde, poco más ó menos, serían cuando el Capitán X..... precediendo á los suyos media hora, y seguido sólo de su asistente, hacía alto delante de la puerta de una magnífica tienda de ropa de la propiedad del rico comerciante D. Manuel Sousa, su amigo y paisano, avecindado hacía años en Huatusco. Tres días antes, al pasar por la población, Sousa le había exigido que á su regreso iría á parar á su ca-

sa. No se cuidaba de la escolta, porque ya Rojas tenía instrucciones respecto del lugar donde debía alojarse.

A las seis, á solas con el Gobernador y con el Jefe de Estado Mayor, recibía órdenes para su regreso, quedando arreglado que se llevaría en su compañía al Capitán D. Miguel Cuesta, que pasaba á Tlalixcóyam como ayudante del General D. Juan de D. Arzamendi, que desempeñaba allí las funciones de Comandante militar, y al comerciante de Cosamaloápam D. Juan Pablo Sentíes, que habiéndosele presentado para hacer gestiones respecto de un negocio de hacienda que tenía pendiente con el Gobierno, debía regresarse á su casa sin haber obtenido nada.

Por último, dispuso el Gobernador que saliera el día siguiente muy temprano para quedarse en Matlaluca, en cuyo punto encontraría al Comandante de escuadrón D. Joaquín Jiménez, Jefe de la caballería, á quien mandaba instrucciones particulares sobre el movimiento que debería hacer para trasladarse con él á la costa; y que el lunes pasara el camino real, haciendo que él y la tropa esparcieran en toda la extensión posible unas proclamas impresas, lanzadas por unos prisioneros franceses que quedaban en Jalapa, y en la cual daban á conocer á sus compatriotas y compañeros de armas, el trato exquisito y fraternal que recibían de parte de las tropas y del pueblo mexicano. El objeto de estas proclamas era que fueran conocidas por los soldados franceses que iban en marcha para Puebla.

Ya en los momentos de separarse, el ayudante de guardia anunció que un joven todo fatigado y polvoso pedía con insistencia permiso para hablar con el Gobernador.

—Que pase,—replicó Milán.

A poco entró el joven anunciado.

Era el mismo que había servido de guía al Capitán X..... desde "Vacas Gordas," el hijo de Molina. Ambos se reconocieron, y el joven no pudo contener el llanto al verlo.

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Todos han sido asesinados!—pro-

rrumpió lleno de la más viva desesperación, pudiendo apenas articular palabra.

—¿Quiénes?—preguntó sobresaltado el Capitán.

—¡Todos! ¡Todos! ¡Mi padre, mis hermanos.....! ¡Toda la guerrilla..... toda!

Milán fijó su mirada en el pobre joven que no cesaba de llorar, y el Capitán le manifestó entonces que era el hijo del Comandante Militar de "Vacas Gordas," y el mismo que le había dado como guía desde este punto hasta "Mata Coyote."

—¡Molina ha muerto!—exclamó poseído de dolor.

—¡Sí, señor! Ha muerto asesinado, como han muerto asesinados mis cuatro hermanos y la demás gente de la guerrilla.

Hubo un momento de verdadero estupor entre todos los circunstantes, pues el anciano militar era generalmente querido.

El jóven pareció serenarse un tanto, y aunque á medias palabras refirió lo siguiente:

"Que al separarse del Capitán, tres días antes, regresó lentamente á su casa sin que nada le llamara la atención durante el tránsito, si no fué haber encontrado en los linderos del camino carretero á un antiguo guerrillero de la fuerza de Honorato Domínguez, á quien poco tiempo antes habían expulsado de la guerrilla por insubordinado, ébrio y pendenciero, y además porque ya no inspiraba confianza á los demás. Que este individuo, al verlo, había puesto su caballo á galope, corriendo en dirección á la Soledad; y que, aunque él prosiguió su camino, la vista de aquel individuo y la fuga que emprendió, le impresionaron bastante. Que esta mala impresión aumentó más al notar hacia el punto de su residencia una humareda espesa, y avanzando más, algunas llamas que salían de dentro del bosque, encontrando á poco á un guerrillero de los de su padre, herido, que pudo escapar, y el cual, casi sin poder hablar, le dijo que habían sido sorprendidos por la contraguerrilla de Dupin, conducida por el traidor á quien ha-

bía encontrado por la mañana, habiendo puesto fuego al bosque después de rodear la galera y matar á balazos á todos los que allí se encontraban, colgándolos en seguida de los árboles inmediatos. Que en el momento puso su caballo á galope para llegar tan pronto como fuera posible, y que lo que allí presenció era horrible, pues todo, galera, efectos, cadáveres, era presa de las llamas, sin haber escapado nadie." [1]

Horrible fué el relato, y causó la más profunda indignación en cuantos la escucharon. Milán, con la cabeza inclinada y los ojos inyectados, no dijo una palabra, pero se comprendía que el coraje hervía en su pecho.

—¿Qué piensas hacer ahora?—preguntó bruscamente al joven.—¿Quieres permanecer á mi lado? Seré tu padre.

—No, señor: tengo madre y poseemos bastantes bienes y recursos. He venido á avisar á vd. que desde hoy mi madre y yo levantaremos otra guerrilla á nuestro costo,—prosiguió el joven con acento terrible y con una mirada preñada de odio y de rencor, en la que se notaba una energía salvaje;—y que no habrá francés ni traidor, militar ó paisano, que tenga que esperar de nosotros más que la muerte, sin pararnos en los medios, porque todos son buenos para vengar á mi padre y á mis hermanos. Desde hoy, señor, peleo por mi cuenta hasta encontrar al infame Dupin y al traidor que nos ha vendido, y no habrá tormento para aplicárselos en pago de su infame cobardía..... ¡Ah!—continuó, lanzando una carcajada muy próxima á la demencia.—¿Quieren sangre? Pues la habrá, lo juro á Dios, y será poca la que corra al filo de mi machete. ¡Adiós!

1 Este asalto tuvo lugar, según se pudo averiguar más tarde, entre una y dos de la mañana, es decir, tres horas después de haber salido de "Vacas Gordas" el que esto escribe. Ese mismo día y horas antes del sangriento suceso había pernoctado allí D. Francisco J. Muñoz, empleado de hacienda de la Federación, que bajaba á Tlacotálpam para recibirse de la aduana de cabotaje de dicho puerto. Molina lo invitó á que pasara allí la noche, pero él se excusó, debido á lo cual no fué también víctima de la ferocidad de aquellos bandidos.

Y aquel pobre jóven, en el paroxismo del dolor, y aguijoneado por el espíritu de la venganza, se lanzó de un salto sobre su fatigado caballo, saliendo á escape por las calles de la población. [1]

—Es terrible lo que pasa,—rugió Milán con sordo acento, —preciso será tratar á esos bandidos importados entre las filas y con el uniforme del ejército francés cual lo merecen. ¡Ira de Dios!—continuó, descargando un tremendo puñetazo sobre la mesa.—¡Desde hoy haremos la guerra sin cuartel! Nos tratan como malhechores, asesinándonos lo mismo en la campaña que en las ciudades con los Consejos de guerra, pues tomemos las represalias. ¡Capitán! Mañana dará vd. órdenes á Jiménez para que desde ese momento no haga prisioneros..... [2]

Milán se puso de pie y sus ayudantes lo imitaron, revelando en su semblante la indignación de que estaba poseído. El Capitán se retiró á su alojamiento, donde Sousa lo esperaba para cenar.

X

Un incidente hizo que no pudiera emprender su marcha al siguiente día como estaba dispuesto. Una falsa alarma habida en las primeras horas de la mañana, dió por resultado que la brigada toda se pusiera en marcha violentamente

1 El descarrilamiento en "Roca Partida," del tren que pocos meses después bajaba á Veracruz, conduciendo además de algunos pasajeros, soldados y oficiales franceses, fué la consecuencia del incendio y asesinatos de "Vacas Gordas." La represalia fué horrible, pues luego que el tren quedó descarrilado un vivísimo fuego de fusilería, que partía de las alturas, causó la muerte de casi todos los que en él iban. Teníase la seguridad de que Dupin bajaba en el tren, pero desgraciadamente se había quedado en el camino hasta dos días después que bajó, embarcándose para Tampico, de donde más tarde tuvo que salir en son de fuga también.

2 Ya se verá más adelante que los mismos resultados produjo la inicua é infame ley de 3 de Octubre, en la costa, durante el Gobierno militar del General D. Alejandro García, haciéndola suya los republicanos para contrarrestar sus efectos.

hacia la "Barranca de Jamapa," y el Capitán X..... con su fuerza dió escolta al Gobernador, retirándose éste ya muy avanzada la noche.

Había aparecido, bien á lo lejos, por el rumbo de "Monte Blanco" una columna de la "Legión Extranjera," y el Comandante militar que se encontraba en el camino, y creyó que se dirigía á la población, lanzando el grito de ¡el enemigo! á la vez que corría desaforadamente en su caballo, provocó una salida tan inútil como fatigosa para las tropas republicanas.

Las órdenes de la primera autoridad del Estado fueron puntualmente ejecutadas, con algunas modificaciones que á última hora creyó oportuno hacer.

El Capitán X..... al llegar al siguiente día á Matlaluca, donde encontró al Comandante Jiménez con sus ochenta caballos, recibió un pliego cerrado, incluído dentro de los que él mismo entregó al referido Jefe; y como consecuencia de lo que en él se le ordenaba, en la mañana siguiente prosiguió su marcha rumbo á la costa, deteniéndose unos instantes, conforme á las instrucciones nuevamente recibidas, en el verdadero punto de "Vacas Gordas," para tomar informes respecto de la viuda de Molina: allí apenas pudo averiguar por referencias de los contristados colonos, que después de la catástrofe, tanto ella como su hijo, se habían marchado para Paso del Macho y Córdoba, donde tenían propiedades y otras clases de valores; y que así el anciano como sus hijos y los demás guerrilleros asesinados, habían sido sepultados, recogiéndose algunos efectos que se escaparon al incendio, los cuales fueron enviados á Cotaxtla para su venta; y por último, que antes de su salida había dicho que la esperaran *para entrar de nuevo en campaña.*

No pudiendo adquirir más noticias, continuó su camino hasta Paso de Santa Ana, dejando organizado el servicio de *cordilleras* que ya existía antes hasta el Cocuite y Tlalixcóyam. Desde Santa Ana dirigió una comunicación al Coronel Laz-

cano, incluyéndole otra del Gobernador, que encontró dentro del pliego cerrado que recibiera en Matlaluca; y hecho esto, con gran pena de Rojas y de los soldados, y no poca de Prudencio, los primeros se dirigieron á Tlacotálpam, en tanto que él, seguido de su fiel asistente, volvió á su punto de partida, esto es, á Matlaluca, avisando secretamente á las autoridades de Cotaxtla, de Cueva Pintada, del mismo Cocuite y de Paso de Santa Ana, que estuvieran prevenidas pues de un día á otro debería pasar el Coronel Milán con una sección de infantería. Al pasar por Cuyucuenda, en cuyo punto encontró á Escobar, le previno de orden superior que estuviera pendiente, cerca de "Paso del Muerto," para sostener la travesía de la referida fuerza, procurando ponerse fuera del alcance de Dupin.

Esta última recomendación era bien inútil, pues el gran bandido no se permitía, después de su hazaña en el bosque de "Vacas Gordas," salir de su guarida de la Soledad: tuvo noticias ó sospechas de lo que intentaba la viuda de Molina, y ese monstruo, amparado del uniforme del ejército francés, al que deshonraba con sus latrocinios y asesinatos, tenía miedo y temblaba ante la venganza de una débil mujer.

Por diligente que el Capitán X..... anduvo para el desempeño de todas estas comisiones, su regreso al lado de Jiménez no se efectuó sino hasta el 28 de Abril.

Un incidente que comenzó por ser cómico, pero que pudo concluir de una manera trágica, fué causa de la pérdida de más de cinco horas el día que salió de Matlaluca.

Como se recordará, el referido Capitán llevaba en su compañía á Cuesta y á un comerciante de Cosamaloápam, y conforme á las órdenes de Milán, al pasar el camino carretero debía esparcir en toda la extensión posible sobre la vía las proclamas que habían publicado en Jalapa unos prisioneros, para que las tropas expedicionarias las recogieran y leyeran á su paso. Durante el camino andado, el comerciante no cesaba de quejarse de su mala suerte, por cuanto no había con-

seguido el objeto que se proponía: el oficial refería sus hazañas en "El Borrego" y en "Barranca Seca."

Ya sobre el terreno, X..... hizo alto, sacó de su maletín el rollo de proclamas, y explicó á sus compañeros el uso á que estaban destinadas.

—*¡Paisa!*—exclamó el consternado comerciante, pálido como un difunto.—¡Si yo sé que trae vd. *eso*, no vengo, porque si nos *cogen* nos cuelgan sin remedio!

A pesar de tan enérgica protesta y de tan fúnebre pronóstico, que más parecía un reproche ó una triste reconvención, el Capitán dispuso que él y Rojas, marchando en sentido opuesto sobre la vía, arrojarían indistintamente los impresos, tal como se le había ordenado.

El Capitán Cuesta, adolorido aún de un buen batacazo que había recibido la tarde anterior en Matlaluca, al pretender ginetear un novillo, se plantó fieramente, pistola en mano en medio del camino para cuidar á sus compañeros—dijo—aun cuando estaba del todo desierto el camino hasta donde la vista alcanzaba; y la escolta y el guía, pasando al lado opuesto, quedaron en espera para proseguir la marcha después.

—Mi Capitán—dijo de una manera apenas perceptible el Alférez Rojas á tiempo que recibía sus proclamas.—¡Qué bueno fuera darle un susto al compañero comerciante que tanto *chilla!* ¿Quiere vd?

—Bueno.—Respondió X..... en el mismo tono de voz.

Y ambos se separaron, yendo Rojas hacia la izquierda y X..... á la derecha, al paso de los caballos.

El comerciante y aun Cuesta se *hacían todo oídos y ojos*, vigilando la marcha de los dos oficiales, de pie sobre los estribos. De repente, cuando todos estaban más atentos á la marcha de aquellos, Rojas volvió violentamente su caballo, é hincándole las espuelas, se dejó venir á toda rienda.

—¡La caballería! ¡La caballería!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Aquello fué un *sálvese quien pueda.*

Cuesta, Sentíes, la escolta, el guía, todos corrieron atravesando la llanura, para ponerse fuera del alcance del supuesto enemigo. A los gritos de Rojas y de X..... que trataban de detenerlos, la escolta hizo alto, pero no así los primeros, que huían á todo escape, yendo por delante y con mucha ventaja el comerciante, quien fustigaba sin piedad á su vieja y demacrada cabalgadura.

Por fin hicieron alto también.

—Son novicios y no están *fogueados* como nosotros,—dijo compasivamente Cuesta, señalando á los de la escolta, que se mostraban como avergonzados, y atusándose bravamente el bigote. Yo trataba de detener al compañero Sentíes, pero....

—Pero vd. huía también, *paisa*..... —interrumpió el aludido con muestras de mal humor.

—Ya nos pasó á todos el susto,—concluyó X..... sonriendo—ahora, en marcha: prosigamos nuestro camino.

Entonces echaron de ver que el guía había desaparecido.

El Capitán, contrariado, lanzó un voto muy peculiar en él cuando estaba irritado.

—¡La *efereunefrun*..... *paisa!*—aullló el comerciante, rascándose con ambas manos la cabeza.

—Ni falta que hace, compañero,—dijo resueltamente Cuesta, aprovechando la oportunidad para que cesara la ridícula posición en que se encontraba.—¡Bah! Soy *chaneque* de estos caminos, qne he andado muchas veces con mi General Llave, después de la sorpresa del "Borrego." Síganme todos.

Y poniéndose á la cabeza del grupo, rompió la marcha.

Dos horas habían pasado, cuando el Capitán X..... hizo alto, y consultó su reloj.

—Son ya las doce,—dijo secamente—y á esta hora deberíamos estar en Cotaxtla, ó cuando menos en Cueva Pintada..... creo que hemos perdido el camino.

—Bien quería *Arrogante* pasar por entre los dos *montecitos*; pero el *señor* dijo que por ahí no,—murmuró Prudencio de modo que se oyera.

En efecto, *Arrogante*, que era un caballo de mano que llevaba X....., se empeñaba en tomar otra dirección, y fué preciso tomarlo del cabrestillo para obligarlo á seguir á los demás.

—Tendría que ver que yo me perdiera aquí,—contestó el improvisado guía, con marcado desprecio.—¡Adelante!

Y emprendieron de nuevo la marcha.

—¡Un conejo! ¡Un conejo!—exclamó de repente uno de la escolta, señalando hacia un pequeño *matojo*.

Efectivamente; agazapado bajo el matojo, estaba un hermoso ejemplar de estos mamíferos rumiantes.

—¡Anda recógelo, muchacho!—ordenó Cuesta al soldado que lo había descubierto.

Y sacando su pistola le disparó un tiro.

No hubo necesidad de ir á buscarlo, pues todos habían visto la escapada del animal al oir la detonación.

Transcurrió una hora más, y de nuevo el Capitán X..... insistió en que seguían un camino extraviado, opuesto al que debían seguir, fundándose en que se inclinaban demasiado al Norte, cuando deberían hacerlo al Suroeste.

—Ahora lo vamos á ver—agregó al notar que allá, á lo lejos, muy adelante, un ginete que acababa de franquear una ceja de monte, seguía la misma dirección que ellos.

Y sacando su caballo al galope, comenzó á dar caza al inesperado caminante. De momento, éste no se apercibió de que era perseguido; pero pasados unos instantes, y como la escolta y todos también se pusieron en su seguimiento, hubo de sentir el ruido de los caballos al galopar tras de él. Volver la cabeza y alzar el brazo para fustigar su caballo, fué todo uno. El ginete ganó terreno en un buen trecho, y se veía el movimiento continuo de azotar á la infeliz bestia.

El Capitán X..... logró á fuerza de espuela llegar cerca de él, y entonces comenzó á gritarle que se parara, que eran amigos; el perseguido redobló sus esfuerzos y puso mayor distancia entre los dos. El caso era desesperado, y el Capitán,

apelando al último recurso, sacó sobre la carrera su rifle, y sin detenerse en apuntar, hizo fuego. No tenía la intención de matar á aquel pobre diablo, sino de intimidarlo solamente.

El resultado fué favorable.

Aquel hombre paró su caballo, y luego que X..... llegó hasta él todo sofocado, le suplicó que no lo matara, pues era ranchero pacífico de aquellas cercanías, que iba para su casa, y que no *se metía* con nadie.

—No se trata de matar á nadie, buen hombre,—le dijo tranquilamente—sino de saber si seguimos bien por este camino.

El Capitán se olvidaba de explicarle cuál camino era el que creían seguir él y sus compañeros.

—Sí, señor oficial, sí.—contestó apresuradamente el ranchero, ya repuesto del susto, pero sin dejar de dirigir la vista hacia todos lados.

—¿Qué tal?—interrumpió Cuesta con aire de triunfo.—¿Ibamos perdidos, Capitán?

Este se quedó perplejo, cual si dudara de la verdad de lo que decía el ranchero, quien á su vez preguntó:

—¿No van vdes. á reunirse con *Musiú* Dupin? Pues ahí nada más, al salir de esa *cejita* de monte lo tienen con sus soldados en la Soledad.

El Capitán y sus compañeros se quedaron mirándose unos á otros; Cuesta se tornó confuso, y el buen comerciante dió un salto sobre la silla.

El Capitán se volvió bruscamente al pobre ranchero que estaba como aturdido al ver el efecto que habían producido sus palabras.

—¿Tenemos acaso el aspecto de bandidos?—le dijo, frunciendo el entrecejo.—Nosotros no somos ladrones ni asesinos: somos soldados republicanos; y puesto que una imprudencia nos conducía á poder de ese bribón, condúzcanos vd. al camino que va para Cotaxtla.

El ranchero hizo un movimiento de espanto, y desde luego

se resistió de una manera terminante, alegando que si alguno lo veía, era segura su perdición; pero mitad de grado, al ofrecérsele una gratificación; mitad por fuerza, al ver que X.....∴ amartilló su pistola, al fin los puso sobre la ruta, llegando sin otro accidente, ya al obscurecer, al pueblo de Cotaxtla.

A su regreso á Matlaluca, en la noche del mismo día que llegó, un dragón de la sección de Jiménez llevaba á Huatusco el parte que rendía al Gobernador, quien le contestó en seguida que el día 1º de Mayo emprendía la marcha por San Jerónimo Zentla, por ser camino más practicable para la infantería, y que en la mañana del 4 atravesaría el camino nacional entre el Camarón y la Soledad, inclinándose más al primer punto, pernoctando durante la noche del 3 en "La Joya," donde esperaría aviso si estaba libre la vía, y proseguir hasta Cueva Pintada ó Cotaxtla.

XI

Llegó el día 4 de Mayo.

Era la víspera del primer aniversario del asalto de Puebla por las tropas del General Conde de Lorencez, en cuyo hecho de armas la victoria ciñó con sus laureles las banderas de la República, y que recordaban con entusiasmo los soldados de Jiménez en los momentos en que se disponían á practicar el reconocimiento previo, ordenado por el Coronel Milán, para efectuar el paso del camino carretero.

A las seis de la mañana una sección de exploradores compuesta de veinte hombres al mando del Teniente D. Anastasio Jiménez, hermano del Comandante, abrió la marcha, siguiéndola, á las siete, el resto de la fuerza, á cuyo frente iba el referido Comandante y el Capitán X....., y cuando llegaron á los linderos del camino, como en éste no apareciera alma viviente, unidos los exploradores al resto de la sección, comenzaron á *bajar* dirigiéndose á la "Joya," como estaba

ordenado. Allí debería encontrarse ya Milán con la fuerza de infantería.

Entre ocho y nueve, una ligera polvareda que se notó á menos de una legua de distancia, hizo suponer que Milán había anticipado su salida; pero como esto no era razonablemente admisible, pues en todo caso darían un rodeo tan innecesario como peligroso, Jiménez continuó avanzando, si bien con las precauciones necesarias. La caballería formó en ala, corriéndose á la derecha del camino para cortarlo en una extensión mayor, y con las carabinas en guardia, divisando á poco andar una fuerza de infantería enemiga, como de cien hombres pertenecientes al 2º batallón de la "Legión Extranjera," que se dirigía á Córdoba. Los dragones hicieron alto, rompiendo el fuego desde luego, aunque á demasiado larga distancia, siendo infructuosos sus tiros, por lo cual Jiménez ordenó el avance sin apresurarse demasiado, temeroso de que aquella no fuera sino alguna simple descubierta. El enemigo retrocedió entonces lentamente, haciendo fuego en retirada hasta ampararse de un caserón de mampostería, donde se refugió.

El Capitán X..... seguído de cuatro hombres de toda confianza, partió en el acto, á todo escape, poniéndose fuera del alcance del enemigo, para participar á Milán el inesperado encuentro. La caballería de Jiménez quedó en observación.

El enemigo comprendió su situación, y entretanto los dragones y el Capitán X..... corrían á toda rienda, los franceses desempedraron el patio y piso de la casa, amontonando la piedra, á modo de muro, tras la puerta del zaguán y la de una ventana, y aspilleraron las paredes; de modo que, situada la casa en medio del campo, podían hacer fuego por todas partes, en una extensión dilatada y libre de obstáculos, lo cual quintuplicaba sus fuerzas.

A la una ó poco antes se avistó la vanguardia del Coronel Milán con éste y su Estado Mayor á la cabeza, y los Jefes Camacho y Talavera: componíase de dos compañías del ba-

tallón de infantería Guardía Nacional de Veracruz, al mando de los Capitanes Somohano y Migoni y Frías; y momentos después hacían alto á retaguardia los piquetes del "Izote" y de "Córdoba." El batallón Guardia Nacional de Jalapa, al mando del Teniente Coronel D. Ismael Terán, tomaba posición también á retaguardia de una presa de agua que le servía de punto de apoyo, situada á espaldas del caserón.

Jiménez, á distancia conveniente, ejecutó una maniobra para obligar al enemigo á retroceder, en el caso de que intentara una salida, situándose Escobar, que llegó en aquellos momentos, tras del edificio, á la izquierda del batallón de Jalapa. Con éste y los piquetes antes dichos se formaron dos pequeñas columnas de asalto, quedando como reservas las caballerías, en las posiciones que respectivamente ocupaban.

Los Ayudantes de Estado Mayor comunicaron las últimas órdenes, y las compañías de Veracruz comenzaron desde luego el ataque. Dispersos en tiradores y arrastrándose por tierra durante un largo trayecto, sufrieron algunas bajas, logrando al fin ponerse bajo los fuegos del enemigo, al amparo de los muros de la misma casa en los intermedios de una á otra aspillera: espiaban el momento en que de ellas salía un tiro, casi siempre fatal para los nuestros, é inmediatamente introducían su fusil y hacían fuego, hasta que la boca de una carabina enemiga les indicaba el peligro.

A las dos de la tarde avanzaron las columnas á paso de carga, por derecha é izquierda á retaguardia de la casa, para rebasarla fuera de tiro del enemigo, y concentrar el ataque sobre un solo punto, el frente del edificio, que era por donde únicamente podía penetrarse, inutilizando á la vez las aspilleras del lado opuesto y las de los costados: los tiradores de Veracruz se concentraban al mismo frente, á proporción que las columnas cambiaban de posición.

Ya habían caído bastantes de nuestros soldados, siendo el primero el tambor Pablo Ochoa al pretender arrastrar una carreta cargada con paja para poner fuego á la puerta del edi-

ficio, cuando al lanzar su caballo para imprimir un movimiento de flanco á la primera columna que había oblicuado demasiado, cayó muerto, atravesado el corazón por una bala, el Jefe del Estado Mayor. Otro tanto sucedió al Alférez D. Rafael Redondo, Ayudante de Jiménez, que iba á comunicar una orden al Capitán Escobar; y momentos después, el Teniente D. Vicente Güido, Subayudante de las compañías de Veracruz, caía mortalmente herido en la región abdominal, al intentar incorporarse á sus compañeros.

Los franceses se batían con desesperación: casi todos sus tiros eran bien aprovechados, por la ventaja que les daba la posición que ocupaban, sin que pudieran apreciarse las bajas que les hicieran los tiradores de Veracruz, quienes los entretenían mientras llegaban las columnas, cuya marcha era muy peligrosa por encontrarse á pecho descubierto. El Capitán Güido y el Ayudante Rojas, ambos del batallón de Jalapa, caen á su vez para no levantarse más, al mismo tiempo que en la segunda columna era herido de muerte el Comandante del "Izote;" y emprendiendo la carrera ambas columnas, y cerrando las filas cada vez que caía alguno de sus compañeros, llegaron al frente avanzado, que vomitaba un torrente de fuego por sus troneras.

Eran las cuatro de la tarde cuando el soldado Barrientos, de Jalapa, lograba forzar, auxiliado de dos ó tres más, la puerta del zaguán, y embestir la trinchera de piedras, cayendo muerto en el acto; pero éste fué el último esfuerzo de los franceses para contener el asalto. Quisieron lanzarse á través de la brecha abierta, y los republicanos la taparon con sus pechos al penetrar, cayendo muertos ó heridos muchos de ellos. A la vez los de Veracruz penetraban también por la ventana; y ya dentro, franceses y mexicanos se buscaban para darse la muerte á culatazos y bayonetazos: no había tiempo ni espacio para cargar las armas; y era tan denso el humo producido por los tiros que se dispararon al penetrar, que no se distinguían unos á otros.

Aquello era espantoso: se reproducían, en pequeña escala, las escenas que tuvieron lugar en la batalla de "Barranca Seca," y en vano el clarín de órdenes tocaba "alto el fuego," para hacer cesar los horrores de una matanza inútil, hasta que por fin, fuegos, gritos, golpes, todo fué cesando poco á poco, porque el enemigo ya no hacía resistencia y pedía rendirse á discreción. Luego se tocó "llamada y tropa," y aquellos soldados fueron á ocupar sus filas echando entonces de menos á los compañeros cuyo lugar quedaba vacío. Aquí y allá en el campo, se oían los lastimeros gemidos de los heridos, é inmóviles, yertos, los cadáveres de los que habían sucumbido en la lucha, que acusaban venganza contra los traidores que trajeron la guerra al país.

En el interior del destrozado caserón el espectáculo era horrible á la vez que conmovedor: franceses y mexicanos yacian mezclados, confundidos, durmiendo juntos el sueño de la muerte que se habían prodigado con furor: unos y otros habían pagado con la vida, víctimas inocentes, la insensata ambición del hombre más funesto que ha tenido la Francia moderna; y unos y otros daban ya cuenta á Dios de haber cumplido con su deber.

Se pasó lista: cuarenta y tantos hombres de la clase de tropa permanecieron mudos á la voz de sus oficiales. Yacían tendidos esperando que sus hermanos de armas les dieran sepultura, como lo esperaban también Ayala, Redondo, Rojas, y dos horas más tarde la darían en una aldea ignorada á los dos Güido y al Comandante del "Izote." Entretanto, una ambulancia improvisada disponía lo necesario para conducir á los heridos, y el resto de la fuerza abría dos anchas fosas donde quedaron sepultados aquellos valientes cuyos nombres quedaban ignorados para la historia.

A eso de las cinco y media de la tarde comenzó la retirada: retirada triste y lúgubre, en la que los heridos abrían la marcha, transportándolos con el mayor cuidado posible, y los jefes la cerraban, cabizbajos y con todas las señales de un

profundo pesar. Las caballerías volvieron á ocupar sus posiciones primitivas, excepto un piquete de la de Jiménez que cubría la retaguardia de la columna en marcha.

XII

Tal fué el hecho de armas que desde entonces se conoció con el nombre de "acción del Camarón," y respecto de la cual se han hecho tan distintas apreciaciones, la mayor parte apasionadas y desfavorables á nuestras tropas, fundándose en la superioridad numérica de combatientes respecto á los contrarios.

No hay razón.

Este hecho de armas, enteramente casual, puede equipararse al que tuvo lugar en el "Mediadero" á fines de 1862. En éste, los republicanos, en la proporción de uno contra tres, tenían la ventaja de la posición: en aquél, si bien es cierto que la desproporción era mayor, en cambio la posición de los franceses era infinitamente superior. Tiraban tras de muros de piedra contra los cuales eran ineficaces los fuegos de la infantería, la que por otra parte sólo comenzó á disparar cuando se puso bajo las troneras que había abierto el enemigo: de modo que por más de una hora estuvo recibiendo tiros certeros y precisos, como lo demuestra el hecho de que todas las heridas que recibieron los republicanos eran del pecho á la cabeza: no había una sola que bajara de la cintura. Además, el armamento era muy superior en calidad al nuestro: de mayor alcance y de mayor calibre, y dotados para una marcha larga, llevaba cada oficial y cada soldado, todos armados con carabinas, diez y ocho paradas, *todas consumidas*, según confesión de los prisioneros; y si la mortandad entre los republicanos no corresponde á la relativamente enorme cifra de proyectiles disparados, débese, primero, á que los tiradores de Veracruz, procuraban inutilizar los tiros del enemigo, desviando la puntería al asomar la boca del arma por las trone-

ras; y segundo, á que las columnas de ataque, una vez á distancia de tiro, emprendieron el asalto á la carrera, á fin de ponerse cuanto antes bajo el fuego que las aniquilaba.

Esto no significa la más ligera idea de aminorar el valor de aquellos soldados que pelearon como valientes.[1]

XIII

Si la muerte de todos los oficiales y soldados que perecieron en este encuentro fué muy sentida, la del Teniente Coronel Ayala lo fué tanto más cuanto que todos los que presenciaron el hecho comprendieron que había sido *buscada*. Ni le correspondía el cumplimiento de la orden que por su conducto se dió á otro oficial, ni tomó el camino más seguro y *corto* para su desempeño, sino precisamente aquel donde de una manera irremisible tenía que perecer acribillado á balazos como sucedió.

Parece que unos amores desgraciados en su tierra natal (era del Interior), donde se vió burlado por el amigo que más quería y la mujer que le había entregado su corazón para llevarla al altar, hicieron que pidiera su baja en el cuerpo de ejército donde servía, para venir á continuar prestándolos lejos de aquellos lugares donde había visto desaparecer sus ilusiones, quedando burlado, desengañado y del todo decepcionado. Perfectamente recomendado por sus superiores, el Coronel Milán, á quien le fué simpático á primera vista, lo

1 Cuando el ejército francés ocupó parte del territorio nacional, sus compatriotas les levantaron un pequeño y sencillo monumento conmemorativo, cerrado con un barandal de hierro, para honrar la memoria de aquellos valerosos soldados. Este monumento histórico fué destrozado después del restablecimiento de la República por una mano sacrílega y oculta, que seguramente comprendía el patriotismo ensañándose contra las cenizas de héroes que fueron vencidos en buena lid.

Se señala el nombre del individuo que ordenó la comisión de tal crimen, pero no está perfectamente comprobado. A estarlo, lo asentaríamos aquí para entregarlo á la execración de los hombres de corazón.

prender, el puesto de Segundo en Jefe que aquél quiso conferirle.

Aunque jamás se quejó de ingratitudes de parte de nadie, conservaba cierto resentimiento contra los tlacotalpeños, que tanto afán demostraban por que fuera relevado, cuando seguramente fué la población que más distinguió. Es verdad que su carácter austero y reservado, y sobre todo, su extremada rigidez en los asuntos del servicio público, eran ciertamente lo ménos á propósito para conciliarse con el de los hijos de Tlacotálpam, siempre dispuestos á la alegría, al bullicio y á la diversión.

Hay un hecho que pinta al vivo el carácter de Lazcano.

Durante una de sus permanencias en "Conejo," llegó un parlamentario de Alvarado conduciendo una carta particular de Maréchal, en la que en cortas líneas lo invitaba á aceptar y cooperar al nuevo orden de cosas que se trataba de establecer en el país. El Coronel Lazcano le contestó en estos términos: "Señor General: Cambie vd. los papeles, y supóngase que yo soy quien le hago esas proposiciones: seguro estoy que no aceptaría.—*Mariano Lazcano.*"

Tal era el hombre que entregó el mando de la costa de Sotavento en la segunda quincena de Julio de 1863.

TERCERA PARTE.

EL IMPERIO.

JÁLTIPAM.

Ocupación de Acayúcam.—Se hace prisioneros á varios particulares, para deportarlos á la Martinica.—Intentona de las fuerzas republicanas para rescatarlos.—Deserción del Capitán Beltrán de Arias.—Albazo.—Muerte del Suizo Steicklin, jefe de la expedición.—Primeras medidas dictadas por el General García.—Debilita la defensa de la costa.

I

CON el relevo del Coronel Lazcano quedaron satisfechas la mala voluntad de unos y la ambición de otros, que aprovecharon la oportunidad para rodear al nuevo Jefe y encerrarlo en un círculo vicioso, saturado con los maléficos miasmas de la adulación, y hacerse los necesarios á título de amigos desinteresados y patriotas sinceros; pero en realidad por mera conveniencia particular, en que el desinterés y el patriotismo entraban como causas secundarias y no como agentes principales.

Escribimos historia y en ésta debe lucir siempre la verdad, por más que siempre sea penoso exponerla para dejar los hechos en su verdadero punto de vista.

Fuimos amigos del General García, pero no amigos incondicionales, y le agradecimos testimonios de amistad en lo privado, y suma confianza en el servicio público: excelente en el fondo, verdadero patriota y entusiasta progresista, carecía,

sin embargo, de ciertas aptitudes para ejercer el mando supremo. De carácter débil, suspicaz y receloso, sus actos públicos se resentían de la influencia que sobre él ejercían sus amigos, sobre todo ciertos amigos que lo asediaban y lo acechaban sin abandonarlo jamás, halagando su vanidad y adulándolo, á lo cual, por desgracia era afecto, constituyendo *su lado de morir bien.* De esta manera obtenían de él cuanto deseaban, bueno ó malo para la generalidad de sus gobernados. Esto, unido á la precipitación, ligereza y arrebato con que por lo general trataba y resolvía asuntos aun de difícil resolución, sin consejos de la razón, del juicio y del criterio, hacía que muchas veces cometiera actos verdaderamente reprochables, que solía revocar si en esos momentos alguno de sus verdaderos amigos hería fuertemente su imaginación, invocando en auxilio de la víctima sus sentimientos nobles y generosos. Sólo así se explica el fusilamiento de un infeliz rebocero *arribeño*, sin formación de causa ni averiguación de ninguna clase, sólo porque una mujer aseguró que había *tratado* de robarle un *cachirulo* de carey y oro, que según dicho de personas bajo todos aspectos verídicas, ni siquiera tuvo en sus manos el presunto ladrón, sino que al tropezar con la quejosa, se le había caído de la cabeza al suelo, de donde aquél lo recogió para entregárselo. Sólo así se explica también la orden de prisión que dió contra D. Ramón Miravete, antiguo Jefe del ejército liberal, que pasaba por Tlacotálpam por asuntos de familia, y orden de pasarlo por las armas como *traidor*, sólo porque llevaba el mismo apellido de un oficial que desertó de las filas republicanas pasándose á los franceses. No conocía ni á uno ni al otro, pero como alguien dijera "ahí va Miravete," montando en cólera ordenó la prisión, que se efectuó luego en medio de la calle: afortunadamente no faltó quien lo hiciera salir de su error salvándose aquel caballero. Así se explica, por último, la orden de arresto y conducción á Tlacotálpam del rico hacendado D. Manuel Pérez Hermida, acusado por sus enemigos de haber dado albergue por una

noche en sus posesiones de Montepío á dos ó tres oficiales españoles, servidores del Imperio, que yèndo para Tabasco naufragaron en la costa, y fueron arrojados moribundos á la playa, por las corrientes del mar.

Estos y otros casos más ó menos reprochables, hicieron al fin que se desprestigiara casi completamente á muy poco tiempo de haberse recibido del mando, pudiendo apenas atenuarlos los no pocos favores que dispensó á muchos, y las mejoras que emprendió á favor de Tlacotálpam, que era su población predilecta.[1]

La relación de los hechos que vamos á referir, escrita con rigurosa exactitud, y leída con todo detenimiento, confirmarán lo que hemos dicho en uno y en otro sentido; y de ello se vendrá en perfecto conocimiento que en lo relativo á los acontecimientos del orden militar, caminamos con desgracia, debiéndose los triunfos obtenidos, no á la dirección general, sino al entusiasmo, al brío y á la decisión de los jefes subalternos y de los oficiales y tròpa de los cuerpos, que jamás desmintieron la reputación de *buenos* que desde el principio de la campaña se supieron conquistar.

Las primeras disposiciones de la nueva administración fueron tan desacertadas como llenas de peligros para la seguridad del territorio costeño, y la fase de la línea militar de Sotavento, bajo el punto de vista de la defensa nacional, sufrió cambios tan radicales como desfavorables al objeto.

La disolución de la "Sección Ligera," cuyo contingente se componía de las guardias nacionales de Tlalixcóyam y pueblos inmediatos, importaba un verdadero peligro para asegurar la entrada por Omealco, llave de la costa por ese rumbo, y cuya defensa había confiado el General Díaz al General

1 Al General García debió Tlacotálpam el título de Ciudad, la construcción del puente de mampostería que lleva su nombre, y el gracioso Jardín que existe en la plaza principal. El comercio y los artesanos también le debieron mucha protección, pues en su época volvió á tener auge y valor la feria anual del 2 de Febrero, que había decaído mucho en años anteriores.

Cuellar, que acampaba á inmediaciones del puente del mismo nombre, con la pequeña sección que llevó del interior del país. La destrucción y abandono del campamento de "Buena Vista," dejaba abierta la puerta al enemigo desde Minatitlán hasta los Tuxtlas y Cosamaloápam; y la retirada de la mayor parte de la guarnición del de "Conejo," hacía difícil el sostenimiento de éste si era atacado á la vez por el río y por retaguardia, como debía presumirse que sucediera el día que el enemigo intentara una ocupación formal.

A los soldados de la "Sección Ligera" se les envió á sus casas: las tropas de "Buena Vista" se hicieron ir á Tlacotálpam en parte, y otra se retiró á los Tuxtlas, dando de baja á la caballería de una manera tácita: de las de la guarnición de "Conejo," unas retornaron á Tlacotálpam y otras á Cosamaloápam "en asamblea;" y en cuanto á los jefes y oficiales de todas estas fuerzas, unos se marcharon á sus hogares retirados completamente del servicio,[1] y otros quedaron *sueltos* ó agregados á las Proveedurías ó al Estado Mayor, ó campeando por su cuenta, porque no tenían colocación determidada[2].

Comencemos la narración de los hechos.

II

En los primeros días del mes de Agosto de 1863, no ya una cañonera sino una escuadrilla francesa ocupó el río de Minatitlán, conduciendo al famoso Suizo y su caballería y á algu-

1 Entre los jefes que se retiraron por no avenirse á las disposiciones de la nueva administración, se contaron el Coronel D. Pedro García Ortiz, el Teniente Coronel D. Manuel Echeverría, los Comandantes D. Valentín Moscoso y D. Indalecio Mendoza, y el Capitán de Ingenieros D. Francisco Arellano, y algún tiempo después el Comandante D. Joaquín G. Güido.

2 Los Comandantes D. Juan Enríquez, D. Guillermo Palomino, D. Guillermo Vélez, D. J. Smith y otros de los que combatieron en el sitio de Puebla y habían pasado á Tlacotálpam, pidieron su pase para marchar á Oaxaca y servir á las órdenes del General D. Porfirio Díaz, Jefe superior de todas las fuerzas de Oriente.

nos traidores, y soldados franceses, *cumplidos*, que en lugar de embarcarse para su patria, se engancharon en Veracruz para continuar haciendo la guerra á México por su cuenta y riesgo. La ocupación se verificó sin ninguna clase de obstáculos ni dificultades, y el Suizo con su caballería avanzó hasta Acayúcam, causando la alarma y el espanto que él y los suyos infundían por sus antecedentes y su reputación de malvados.

Sabedor el General García de este avance del enemigo, hizo salir violentamente una pequeña sección de tropas de infantería para que se situara en Quiamolópam, punto situado á corta distancia de Acayúcam, y él con parte de su Estado Mayor y dos compañías del batallón "Zaragoza" emprendió la marcha al siguiente día, llegando el 13 á "Corral Nuevo." El tiempo era inclemente, pues no cesaba de caer la lluvia fuertemente: allí tuvo noticias de que en Acayúcam estaban doscientos hombres de infantería del enemigo, al mando del Barón Milton;[1] y á pesar del mal tiempo, hizo que se prosiguiera la marcha para reforzar á la pequeña sección de Quiamolópam, que podía ser sorprendida y derrotada, puesto que el citado punto no era á propósito para una formal resistencia, siendo corto el número de sus defensores.

Entre siete y ocho de la noche llegó García con la tropa en el estado más deplorable, sobre todo esta última: fatigada, hambrienta, mojadas las ropas y llena de lodo: los soldados necesitaban descanso y reposo para estar útiles á todo evento. Apenas habría transcurrido media hora cuando se presentó un prófugo de la plaza ocupada, manifestando que se habían hecho algunas prisiones entre algunos de los principales vecinos, como el Diputado á la Legislatura del Estado D. Francisco Cabrera, el Cura párroco Sandoval, los comer-

1 Este Barón Milton no formaba parte del ejército invasor. Antiguo vecino de Minatitlán, había contraído matrimonio con una hija de D. José Mª Torres, y durante la época del Coronel Lazcano vivía retirado en Chinameca, sin tomar participio alguno en cuestiones de política.

ciantes Pereira y Román, los industriales hermanos Limón, y otros más á quienes el Suizo debía conducir á Minatitlán para deportarlos á la Martinica.

El General García, á quien pudo tachársele de poco entendido en asuntos de administración, y que á pesar de su ligereza y arrebato poseía en alto grado los sentimientos de patriotismo y de amor á la República, en un arranque de entusiasmo generoso dispuso disputar la posesión de los prisioneros al enemigo que los escoltara al vecino puerto. La tropa, acogiendo con orgullo la idea, olvidó el cansancio y la fatiga con tal de ir al socorro de sus compañeros, y se prosiguió la marcha cerca de las diez de la noche, por el camino de la "Yeguada," vereda que, rodeando á Acayúcam, va á salir á las inmediaciones abajo de Jáltipam.

Era más de media noche cuando la tropa llegó, sin murmurar una palabra durante la penosa caminata emprendida entre baches y lodazadales, y con el mayor sigilo ocupó á Jáltipam, guareciéndose la infantería en los corredores de las casas que encuadran la plaza de armas, y el General con su Estado Mayor en la del Sr. D. Francisco Venero, acaudalado comerciante español, que en todas épocas se portó con la lealtad y desinterés de un buen mexicano, siquiera lo fuera por adopción.

La escolta del General en Jefe, compuesta de veinte ginetes de Tlacotálpam al mando del Teniente D. José Lili, fué á situarse al crucero donde el camino se bifurca en dirección de Minatitlán y de otros pueblos inmediatos; y una guardia de granaderos de "Zaragoza" ocupó un pequeño y poco elevado montículo que flanquea el camino para Acayúcam, á poca distancia, tras la capilla de la población. El Capitán Beltrán de Arias que conocía todas estas localidades, condujo á la caballería de Lili, quedando como jefe accidental de ella; y el Capitán de Estado Mayor D. Cayetano Rodríguez se hizo cargo de la avanzada de infantería.

Así se creyó que quedábamos á cubierto de toda sorpresa,

en espera del nuevo día para disputar el paso del enemigo y arrancarle los prisioneros que conducía al destierro.

Empero á nadie se le ocurrió indagar si la traslación de éstos se había efectuado ya, ó si tendría lugar al siguiente día.

Los sucesos vinieron á demostrar á este respecto, que la expedición resultaba extemporánea, siendo lo demás que aconteció meramente accidental.

Dos horas después el silencio era completo, todos, oficiales y soldados, rendidos y fatigados, dormían profundamente; sólo se oía de vez en cuando el "alerta" que á media voz daban los centinelas apostados en la avanzada y en los corredores de las casas que servían de abrigo á la tropa.

III

En un vasto salón laboratorio de la casa del Sr. Venero reposaban también, completamente vestidos y armados, el General García y sus ayudantes: el silencio era allí tan profundo como en la población: afuera se oía el resoplar de los caballos que, floja la montura y el freno á la cabeza de la silla, permanecían atados á los gruesos pilares del corredor de la calle. El cielo, obscuro y tempestuoso, amenazaba una espesa *neblina*, á juzgar por la humedad que se desprendía de la atmósfera.

Repentinamente se oyó allá á lo lejos, muy á lo lejos, sobre el camino de Minatitlán, la detonación de un arma de fuego, seguida de dos ó más á cortos intervalos. Uno de los ayudantes del General se puso en pie de un salto, y despertó en el acto á sus compañeros y al mismo General en Jefe, quienes á su vez oyeron las detonaciones que se siguieron á la primera que se había escuchado.

Todos corrieron á tomar sus caballos, saliendo al medio de la calle desde luego los Comandantes Güido, Enríquez y Terán, y el mismo Capitán que los había despertado.

La neblina era ya densísima, espesa, obscura: á diez pasos de distancia no se veían las gentes; pero pudo notarse, sin embargo, por ese rumor peculiar á las tropas que se alínean en formación, que la infantería estaba sobre las armas, ocupando los corredores, en espera de órdenes: desgraciadamente ni el General en Jefe, ni el Mayor de órdenes se encontraban en ninguna parte para darlas! Esto no debe extrañarse: es muy frecuente en los "albazos" esta confusión, debida á lo inesperado del ataque y á la somnolencia de la tropa que se despierta teniendo á su frente un enemigo que no se esperaba.

Las detonaciones continuaban escuchándose con más percepción y más frecuencia; y ya se oía de una manera distinta el ruido de muchos caballos que galopaban en dirección al pueblo, viniendo del lado de Minatitlán; pero la cuestión era que la neblina no permitía ver quiénes eran los que venían y cómo llegaban: si Lili con su caballería, perseguido por el enemigo, ó éste acosado por aquél.

Perseguidos y perseguidores, formando casi una sola masa, entraron á todo escape en la plaza, haciéndose fuego mutuamente, sobre la carrera; y el humo de los disparos, aumentando más la densidad de la neblina, sólo permitía ver los fogonazos, rojos y ardientes, ú oir el silbido de las balas que se perdían en el espacio. Al pasar muy cerca del grupo que formaban los cuatro ayudantes del General en Jefe, los que corrían delante hicieron una descarga sobre ellos casi á quema ropa, á la cual contestaron con sus pistolas el Comandante Terán y el Capitan X....., pues Enríquez y Güido habían caído á tierra: no estaban heridos, sin embargo: al primero lo había arrojado su cabalgadura, que, asustada con los tiros, dió un rebote, cogiéndolo desprevenido; y al segundo le habían matado su caballo, perforándole la frente de un balazo.

Esa descarga hizo comprender que los que iban delante eran de la caballería enemiga, que sin duda buscaban salida para Acayúcam; mas como Lili los perseguía muy de cerca y

los empujaba hácia el centro de la plaza para que la infantería pudiera hacer fuego sobre ellos, oblicuaron á su derecha para escapar por el mismo camino que habían traído nuestras tropas. Lili les ganó la vanguardia haciéndoles fuego de frente, en tanto que un pelotón de infantería comenzó á tirarles de flanco, viéndose obligados á retroceder, no obstante que ya habían salido del radio de la población; y acosados y rabiosos, sin poder avanzar porque los nuestros les habían ganado el terreno para cortarles la retirada, se revolvieron con el brío de la desesperación á la voz de mando del que iba á su frente, encontrándose entonces detenidos por la avanzada que ocupaba el montículo, al mando del Capitán Rodríguez.

No se detuvieron ante este obstáculo: levantando las riendas de su caballo el que iba delante, é imitándolo los demás, embistieron á la avanzada que estaba formada en semicírculo, y los esperó á pie firme con el fusil á la cara; y cuando los sables alzados sobre la cabeza iban á medio camino de la pequeña altura, se oyó clara, precisa y distinta la voz del Capitán Rodríguez, que mandó: "¡Granaderos, fuego!" produciéndose la detonación de una descarga cerrada, que dejó tendidos en tierra más de la mitad de los ginetes asaltantes, en tanto que el resto, retrocediendo al camino de Cosoleacaque, escapó por este rumbo siempre perseguido por Lili, dejando aún en el trayecto recorrido algunos hombres que se revolcaban en su sangre, heridos por el fuego de la infantería que cubría el caserío de la derecha.

Luego ya no se distinguió ni el ruido de los que huían, y Lili retrocedió para no empeñarse en un camino y en terrenos que le eran totalmente desconocidos.

La neblina comenzó á desvanecerse á los primeros rayos del sol, y entonces pudo reconocerse el lugar de aquel inesperado encuentro. Varios hombres y algunos caballos menos, muertos; ningún herido, y cerca del montículo, á unos cincuenta metros de distancia, el Jefe de ellos, que tenía rotos el brazo izquierdo y el hombro, y atravesado el corazón.

El Capitán X..... y el Capitán Güido lo reconocieron en el acto.

Era el Suizo.[1]

IV

El Capitán Beltrán de Arias había desaparecido.

Según el parte del Teniente Lili, luego que hubo apostado los centinelas de la gran guardia, le manifestó que estando muy cerca del lugar donde residía su familia, iba á verla y que regresaría dos horas más tarde; pero que cuando creía que sería el mismo Beltrán de Arias un ginete que avanzaba al parecer solo, por el mismo camino que aquél había llevado, quedó altamente sorprendido al contestar el "¡quién vive!" haciendo fuego y dando la voz de "¡á ellos!" á una fuerza que lo seguía: que comprendiendo que era el enemigo, lo dejó pasar sin resistencia, más bien llevado por la impetuosidad de su carrera, y haciendo fuego á su vez, luego que pudo ponerse en aptitud para perseguirlo, como lo hizo, contestando sus tiros sin dejar de correr; y que en cuanto al Capitán Arias no lo había vuelto á ver.

¿Fué un traidor? ¿Fué acaso sorprendido y aprisionado? Ya hace muchos años que murió y nunca se supo la verdad de lo acontecido: la primera noticia que de él se tuvo, algunos meses después, fué la de que estaba en Veracruz como ayudante de una escuela municipal.[2]

1 La pistola, una cartera con papeles sin importancia y una cruz que llevaba, le fueron entregados al General García, quien á solicitud que después hizo las entregó á la viuda de Steicklin.

2 Acusado cuatro años más tarde ante una logia masónica de Veracruz por este hecho, quiso sincerarse del cargo, manifestando: que en efecto, luego que situó convenientemente la avanzada, y creyendo, como todos creían, que el enemigo estaba en Acayúcam, había ido á ver á su esposa é hijos que residían cerca: que al oir los tiros montó á caballo, pero que cuando llegó al crucero ya era tarde, y pudo ver llegar á los fugitivos que quedaban del enemigo; que conocedor de la suerte que le estaba reservada si era aprehendido por los nuestros, resolvió trasladarse á Minatitlán y de ahí á Veracruz.

Muy recientes aún los acontecimientos políticos, pues hacía pocos meses que

V

Los prisioneros de Acayúcam habían sido llevados á Minatitlán en el mismo día de su aprisionamiento, y cuando el Suizo sorprendió á nuestra avanzada regresaba á incorporarse con las fuerzas de Acayúcan para avanzar sobre los Tuxtlas.

Dos horas después de terminado este encuentro favorable accidentalmente á las armas de la República, y habiéndose dado sepultura á los cadáveres en el cementerio de la población, el General García dispuso la retirada de nuestras fuerzas hasta "Corral Nuevo," punto que ofrecía mejores elementos para acampar y mejores medios de defensa. No pudiendo permanecer en Jáltipam, porque se hubiera encontrado encerrado entre las guarniciones de Acayúcam y de Minatitlán, esperó allí el resultado de los acontecimientos.

El Barón Milton permaneció en Acayúcam un mes más, replegándose luego á Minatitlán en espera de un nuevo Jefe superior francés que debía llegar de Veracruz para hacerse cargo de las operaciones militares en esta parte de la costa; y á su vez una sección de doscientos hombres al mando del Teniente Coronel Carrión avanzó hasta Cosoleacaque para observar los movimientos del enemigo.

El resto de la infantería, lo mismo que el General en Jefe y su Estado Mayor, continuó hasta Tlacotálpam, precedida de la caballería; declarándose esta población residencia oficial del Gobierno político y militar de la costa de Sotavento.

las fuerzas republicanas habían ocupado esta ciudad (1867), no dejó de influir de una manera desfavorable para Beltrán de Arias la acusación hecha, por más que confesaba que había *cometido una falta, pero jamás una traición;* y esto, y sucesos de familia que no nos es dado referir, hicieron que á poco tiempo se trasladara á "Paso del Macho," donde desempeñó el cargo de Director de la escuela de varones de la localidad, falleciendo algunos años más tarde, sin haberse podido sincerar de todos los cargos, tanto del orden público como del orden privado, que sobre él pesaban.

COSOLEACAQUE.

Reorganización de las tropas invasoras.—Desmanes y asesinatos en Minatitlán.—El Coronel Carrión en Cosoleacaque. — Intenta retirarse y se ve obligado á aceptar combate.—Ataque del enemigo en el llano de la "Garrapata."—Muerte del Coronel Francis Duboscq y derrota de sus fuerzas. —El Teniente Rossi.—Fusilamiento de prisioneros.—Retirada de Carrión á Tlacotálpam.—Confiscación de bienes de traidores en Acayúcam.

I

MUERTO el Suizo Steicklin y casi diezmada su caballería, los restos de esta fuerza reconducidos á Veracruz para engrosar las filas del facineroso Dupin, quien por esa época debía trasladarse al Estado de Tamaulipas para continuar sus asesinatos, temeroso en el territorio que abandonaba de la venganza que contra él había jurado tomar la viuda del honrado Comandante Molina.[1]

El Barón Milton permaneció en Minatitlán algunos días, retirándose á su vez al Cuartel General de Veracruz, con algunos soldados de su mando.

1 Fueron tales las infamias que cometió en Tampico, que la gente del campo, particularmente la de Ciudad Victoria, tomó por su cuenta acabar con aquellas hordas de bandidos, *cazándolos* como bestias feroces para destruirlos. Dupin regresó de nuevo al Estado de Veracruz con poca gente de su antigua tropa, reforzándose con otra algo menos mala, pero sí más cobarde: el mismo Dupin se acobardó de una manera tal, que apenas se le veía ya en Medellín, ya en Tlalixcóyam, de cuyo radio nunca salió, no volviendo á ir al frente de su fuerza en las excursiones que ésta emprendía por aquellos rumbos.

Entonces esa plaza quedó confiada á un grupo de traidores que comandaba el ex-Capitán Pueblita, quien con parte de su compañía desertó cobardemente de nuestras filas, poco antes de ser abandonado el campamento de "Buenavista." [1]

La infantería de marina perteneciente á las dos cañoneras francesas que estaban en el puerto reforzó esta guarnición, y el mando del punto lo asumió el Comandante de la "Santa Bárbara." Se esperaban refuerzos, y el nuevo Jefe francés debía proseguir las operaciones de ocupación, combinada con las que se emprenderían á la vez por Omealco y Alvarado.

En el corto tiempo que este Jefe accidental tuvo el mando de aquellas fuerzas, fueron inauditos los atentados y ataques contra la civilización que se cometieron, y la gente honrada que vivía en el puerto era víctima de cuantas infamias podía inventar la crueldad más refinada y la sed de sangre mexicana más insaciable. No estableció los terribles "Consejos de guerra" que en Veracruz, Puebla y México llenaban su misión sacrificando víctimas sin cuento en aras de la conquista más incalificable; pero proseguía con igual ferocidad la obra de destrucción estudiada y dispuesta en las Tullerías entre un homicida infame y una meguera elevada al solio imperial para vergüenza y deshonra de las monarquías europeas. [2]

II

Existían en Minatitlán, de años atrás, dos individuos, ambos mexicanos, ancianos sexagenarios, entregados á sus labores, y alejados completamente de la política. Llamábase el

1 El ex-Capitán Pueblita desertó de las filas republicanas para salvar de la confiscación una pequeña propiedad rural que tenía á inmediaciones de Sayula, en el Cantón de Acayúcam.

2 Era este Jefe de marina un hombre intratable, orgulloso y mal educado, que á todos trataba con la punta del pie. Nunca llegamos á saber su nombre, y sólo lo conocimos por el apodo de "El Tuerto" con que lo bautizaron los alvaradeños luego que llegó allí.

uno D. Albino García, antiguo empleado en la época de Santa-Anna en el Cuerpo Político de Artillería de Veracruz, y el otro D. Francisco Pardo, quien, dedicado al comercio, se auxiliaba también con los productos que le dejaban sus conocimientos en leyes, haciendo de patrono á los litigantes que solicitaban sus servicios. Pacíficos y tranquilos, deploraban en silencio los males que afligían á la patria, pero su edad y más que esto los achaques de su salud, si les permitían deplorarlos, les impedían tomar una parte activa en su defensa.

Ambos fueron señalados, sin embargo, y denunciados como peligrosos, y en consecuencia se les mandó reducir á prisión en el acto.

D. Albino García fué conducido á una de las cañoneras y puesto en la *barra* con grillos y esposas á la vez: se le abandonó cruelmente, al grado de no darle alimento ni hacerlo cambiar de posición siquiera por piedad, puesto que estando boca arriba, inmóvil, lo mismo recibía los ardores del sol durante el día, como la humedad del río ó los chubascos que cayeran en la noche. Además, era objeto de mal trato por parte de aquella marinería ordinaria y grosera para con los hijos del país que caían prisioneros bajo su custodia. De sus labios no se escapó una queja siquiera durante cuatro días; pero al quinto, las vociferaciones y bruscos movimientos que hacía para desligarse de los fierros que lo retenían aprisionado y de las ligaduras que lo sujetaban á la barra, llamó la atención de algunos marineros, y entonces pudieron notar que aquel desgraciado estaba demente: se le aplicó una tanda de *gatazos*, y el infeliz calló. ¡Hacía noventa y seis horas que no se le había dado el más ligero alimento, ni humedecido sus labios una sola gota de agua!

Al sexto día murió, revolcándose en su propio excremento, pugnando por alcanzarlo para convertirlo en alimento, y allí, en la misma postura que lo sorprendió la muerte, permaneció un día más, hasta que el hedor que despedía al co-

menzar la descomposición, obligó á aquellos miserables, más infames que los mismos caribes, á arrojar su cuerpo al agua para que las corrientes lo arrastraran al mar y fuera pasto de los peces.

Se le acusaba de estar en connivencia con las fuerzas republicanas, lo cual no era verdad: pero se creía que por su apellido "García," tenía algún parentezco con el General en Jefe, y de ahí la saña que contra él se desató.

El Sr. Pardo había cometido el horrible crimen de tener un hijo, joven aún, de su propio nombre, que militaba en el batallón "Zaragoza" con el grado de Capitán. Se le ordenó que se presentara en una de las cañoneras para que sirviera de rehenes hasta tanto su referido hijo se presentara en Minatitlán, á cuyo efecto debía escribirle su mismo padre llamándolo á su lado. El anciano Pardo manifestó que no le era posible cumplir la orden de presentación, á causa de hacer tres días que estaba en cama con una terrible fiebre, al grado de tener dos cáusticos en el cuerpo; "pero—agregó, diciendo al comisionado que repitiera sus palabras al francés que lo había mandado—que aun cuando estuviera bueno y sano, y se presentara como preso, jamás escribiría á su hijo en el sentido que se quería, pues antes que todo era mexicano, leal á sus banderas."

Esta respuesta digna y enérgica, que otro que no hubiera sido un hombre sin sentimientos nobles como lo era el Comandante de la escuadrilla, hubiera respetado y aun admirado, fué su sentencia de muerte. Dos horas después, al caer la tarde, cinco ó seis martinicos, guiados por el mismo que lo había denunciado ante la antoridad francesa, al denunciar también al infeliz García, penetraron hasta su habitación; y sin que valieran los ruegos de su afligida y anciana esposa, lo hicieron salir del lecho tal como estaba, y lo condujeron al patio de su propia casa. Allí lo obligaron á que cavara una fosa, y cuando á juicio de aquellos monstruos estuvo bastante profunda, se le colocó de pie en uno de los extremos, y lo

fusilaron, dejando al cuidado de sus criados y amigos cubrir el cadáver de aquel mártir, que manchaba con la sangre que manaba de las heridas hechas por balas francesas el rostro de los traidores y la bandera del Imperio francés.[1]

¡Increible parece que tantos y tan horribles crímenes se cometieran á la sombra de una bandéra que llegaba á México pregonando la "regeneración" en nombre de un pueblo culto y civilizado! Y más increible aún, que los denunciantes fueran mexicanos, por nacimiento el uno, el otro por adopción, pues era un francés que hacía muchos años residía en aquellas comarcas ejerciendo clandestinamente las funciones de médico, y recibiendo el favor de cuantos ocupaba.[2]

III

Las tropas republicanas acantonadas en Cosoleacaque no podían tomar la ofensiva, á pesar de ser muy cerca de trescientos hombres aguerridos y valientes: las cañoneras eran un obstáculo imposible de superar; pero su Jefe el Teniente Coronel Carrión, rodeado de buenos oficiales, y perfectamente asistido por los hijos de aquel pueblo que nada le escaseaban, se dedicó á perfeccionarlas en las maniobras militares, introduciendo la más estricta disciplina. Componíase la sección de los granaderos y primera compañía del batallón "Za-

1 Estos hechos fueron puestos en conocimiento del Teniente Coronel Carrión por el Cónsul de los Estados Unidos, el mismo día que tuvieron lugar, participándolo este jefe al General García. Posteriormente fueron confirmados por personas tan respetables como los Sres. Price y Wright, del comercio de Minatitlán, y por la viuda del Sr. Pardo, que falleció pocos meses después. Como la tropa que mandaba Carrión en Cosoleacaque tuvo noticia de tales atentados, juró desde entonces no perdonar á ninguno de los que cayeran en su poder, mexicanos traidores ó franceses: juramento que cumplieron más adelante los hijos de aquel pueblo patriota.

2 En la hacienda de Nopalápam, durante mi permanencia con motivo de la sublevación de Acayúcam, conocí á este infame, que á la sazón estaba curando á una hija de D. Bernardo Franyutti: era un viejo sucio y asqueroso, repulsivo desde la primera vez que se le veía.

ragoza," de una compañía en alta fuerza del "2º Activo," antiguo batallón "Ortega," y de otra, en alta fuerza también, del Cantón de los Tuxtlas: se carecía en absoluto de artillería, pues las dos piezas pequeñas con que se contaba estaban en "Conejo."

La noticia, bien comprobada,[1] de haber llegado á Minatitlán un Teniente Coronel francés de apellido Duboscq, y á lo que se decía, antiguo jefe de un batallón del 99 de línea, con doscientos hombres de infantería, y de haberse aumentado el número de traidores á más de doscientos también, al mando de un antiguo oficial reaccionario de apellido Rodríguez, hizo que Carrión diera parte al Cuartel general pidiendo refuerzos ú órdenes en vista de la situación. Como consecuencia de esto, el General García ordenó la retirada á Acayúcam en observación de los movimientos del enemigo, en tanto que se disponía el envío de dos compañías del batallón de Tlacotálpam. Carrión, sin pérdida de tiempo, pues los avisos secretos que recibía eran cada vez más alarmantes, comenzó á hacer los preparativos de marcha aunque con el mayor sigilo, quedando listo todo para emprenderla. Casualidad ó traición, el mismo día que debía salir para el punto que se le había señalado (fines de Octubre de 1863), los voluntarios de Cosoleacaque, que daban hacía tiempo el servicio de avanzadas, llegaron á todo correr anunciando que el enemigo estaba más acá de "Tacoteno." Un Ayudante salió en el acto para rectificar el hecho, y regresó confirmando la noticia y agregando que estaba casi á la vista ya, á más de la mitad en el llano de la "Garrapata."

No había tiempo que perder cualquiera que fuera la resolución que se tomara, y el caso era difícil para Carrión. Si

1 La dió personalmente Mr. W. Smith, Cónsul de los Estados Unidos, quien desde el principio se constituyó espontáneamente en agente de nuestros jefes. Aunque se sospechaba de él, nunca se atrevieron las llamadas autoridades francesas á hacerle reclamación alguna, temerosos de las complicaciones que pudieran sobrevenir.

la sección emprendía la retirada, sobre ser mortificante para un jefe pundonoroso, la derrota podía ser inevitable; y si permanecía en la población, no sólo no podía tener esperanza de triunfo, puesto que se encerraba sin tener retirada posible, sino que la exponía al furor y á la venganza de un enemigo salvaje y cruel. Salir á su encuentro, esperando al enemigo al amparo de un extenso y profundo zanjón que corta el llano cerca de Cosoleacaque, era el único partido que rigurosamente podía tomar, al menos para dejar bien puesto el honor de las armas nacionales. El camino de travesía sigue su curso en el fondo del mismo zanjón y el encuentro era inevitable dando una pequeña ventaja á Carrión; la de que el enemigo tenía que descenderlo y escalarlo para llegar hasta él.

La pequeña columna avanzó, pues, en lugar de retroceder, y formando parapetos para guarecer á la tropa con los carros que conducían los pertrechos, armamento sobrante, equipajes, etc., etc., esperó á los contrarios, dando sus órdenes para la colocación de las fuerzas, y haciendo comprender á la tropa que iban á luchar por la honra de la patria, aunque con pocas probabilidades de triunfo, pero con la conciencia de que cumplían con su deber. Los granaderos de "Zaragoza" se ampararon de unos arbustos á la izquierda de la línea, al borde del zanjón, pecho á tierra, en tiradores; y la primera compañía del mismo cuerpo hizo otro tanto sobre la derecha: la de los Tuxtlas ocupó el centro parapetada tras los carros, y la del 2º Activo, algo á retaguardia quedó como reserva. Carrión á Caballo, lo mismo que sus ayudantes, se colocó entre la reserva y el centro desde donde dominaba la llanura.

El enemigo seguía avanzando lentamente y podía apreciarse su número y el orden de formación.

A la cabeza, arrogante en un magnífico caballo, marchaba un oficial superior con el uniforme del ejército de línea francés, acompañado de dos ayudantes. Seguíanlo una columna como de doscientos hombres de infantería de traidores, y algo más retirada otra columna de igual fuerza, también de in-

fantería, cuyos uniformes de diversos colores y cortes, desde el especial de los zuavos hasta el severo de los "Cazadores de Vincennes," demostraban claramente que eran los soldados cumplidos del ejército de ocupación, reenganchados por su cuenta particular. Entre una y otra columna marchaba un pelotón de artilleros todos franceses, con una pieza de á 12 de montaña.

En estos momentos, unos cincuenta indígenas capitaneados por un anciano, se presentaron ofreciendo sus servicios á Carrión y manifestando que tras ellos venían otros más con el mismo objeto. Carrión que no debía contar con ellos, tanto porque sólo llevaban por armas toncoles, coas y machetes de roza, y algunos unas escopetas ó fusiles recortados, como porque no acostumbrados al fuego pudieran desmoralizarse á los primeros tiros, y en caso de retirada ofrecer mayores elementos para una derrrota, les dió las gracias, agregando: "que se mantuvieran ocultos, hasta tanto que él creyèra oportuno emplearlos contra el enemigo."

Así lo hicieron sin hablar una palabra.

IV

Al llegar á distancia conveniente, la pieza de artillería pasó desde el punto que ocupaba al frente de la primera columna, protegida por un buen número de tiradores: se aproximó lo suficiente, y desenganchada que fué, entró en línea é hizo su primer disparo á metralla. Tres hombres de la compañía de los Tuxtlas y el Teniente que la mandaba quedaron tendidos en tierra: Carrión no mandó contestar el fuego. Se aproximó más aún, y por segunda vez la metralla silbó sobre los republicanos, aunque sin resultado alguno. Entonces nuestra infantería de la derecha y del centro rompieron los fuegos de filas, y la pieza se acercó casi hasta el borde del zanjón: el oficial que la mandaba y dos de los sirvientes cayeron mortalmente heridos; y ya porque el terreno estaba resbala-

dizo, quizás por un movimiento maquinal de los que cayeron, ó tal vez empujada inconscientemente, el hecho fué que la pieza rodó hasta el fondo del zanjón.

Los granaderos de "Zaragoza" con el Teniente Rosso á la cabeza, se precipitaron para apoderarse de la pieza, á la vez que los artilleros y parte de los tiradores que la protegían, descendieron para recobrarla: la reserva cubrió el puesto de los granaderos, y ésta, la derecha y el centro redoblaron sus fuegos, disparando á tiro alto, para alcanzar hasta las últimas filas de la segunda columna que ejecutaba un movimiento de flanco para entrar en línea. Entretanto, en el fondo del barranco se libraba un combate terrible y parcial para disputarse á bayonetazos la posesión de la pieza. De repente sale el tiro de metralla que contenía, fusilando á boca de jarro á sus primitivos poseedores; el pánico se introduce entre ellos, y ya sólo tratan de volver á la llanura para incorporarse al grueso de la fuerza, presentando la espalda á las balas de nuestros soldados.

V

El Teniente Rosso, joven de una serenidad y de un valor admirables de que dió pruebas repetidas veces, en tanto que sus soldados se batían con encarnizamiento, se cercioró de que la pieza estaba cargada; y auxiliado del sargento Vidal, otro joven también, la restableció en su posición natural, y con *el puro que en esos momentos fumaba*, le dió fuego.....

En los momentos en que artilleros y tiradores huían, una bala de fusil atravesaba de parte á parte el pecho del Teniente Coronel Duboscq, y al verlo caer, el terror se apoderó de aquellas chusmas que emprendieron, no una retirada sino una fuga del todo vergonzosa.

Ya se disponían las compañías á pasar el barranco para seguir la persecución, cuando ocurrió á Carrión lanzar sobre los prófugos á la improvisada reserva de indios de Cosoleacaque: dió orden en el acto, y aquello fué espantoso. El llano

fué invadido por más de trescientos indígenas que se diseminaron en una vasta extensión por parejas de dos en dos, en las que uno de ellos marchaba en *cuclillas*, acechando, husmeando, mientras que su compañero llevaba lista el arma para dar la muerte: el vocerío, en su idioma era sin interrupción. La matanza fué horrible, sin piedad; se trataba de vengar los asesinatos cometidos en Minatitlán: las víctimas inmoladas al furor de los franceses. Los prófugos se ocultaban entre los matorrales, y era de ver entonces aquellas parejas, cómo el uno de ellos sacaba del escondite al infeliz ensartado por donde lo cogía el toncol, y al otro partirle el cráneo de un machetazo ó de un tiro de fusil: herían sin piedad y sin perdonar á nadie. Fué preciso contenerlos casi á la fuerza; pero fueron inexorables con los denunciantes de García y de Pardo que se encontraban entre las filas. Al que denunció á Pardo le hicieron que cavara su sepultura como él lo había hecho con aquél. Los restos que pudieron escapar huyeron despavoridos hacia Minatitlán, para ponerse al abrigode las cañoneras, perseguidos tenazmente por los indios hasta "Tacoteno:" algunas granadas lanzadas por elevación, que fueron á estallar en la llanura, los hicieron retroceder á su punto de partida.

Por parte de las fuerzas republicanas hubo varios muertos y heridos, y pasaron de doscientos los del enemigo, entre ellos cerca de sesenta de los franceses reenganchados en Veracruz.[1]

El Teniente Rosso fué ascendido á Capitán y á Subteniente el sargento 1º Vidal, allí sobre el campo de batalla.

1 A causa de los fusilamientos efectuados por los indígenas tuvieron un grave disgusto el General García y el Teniente Coronel Carrión, quien se vió obligado á recordar á aquél *que era un jefe del ejército y no un cualquiera*, y que no permitiría que se desmandase con él en palabras inconvenientes como tenía *por costumbre hacerlo con algunos subalternos*, dando por resultado que Carrión pasara á Oaxaca á continuar prestando sus servicios en el cuerpo de ejército que mandaba el General D. Porfirio Díaz.

La triunfante columna, una vez levantado el campo[1] y sepultados los muertos de los republicanos se retiró á Acayúcam, y de allí, por orden superior, á Tlacotálpam los de "Zaragoza y del "2º Activo," regresando á los Tuxtlas los guardias de ese Cantón, que dejaban sepultado en el terreno donde había sucumbido, á su jefe lleno de gloria y de honor.

Ocho días después, cañoneras, soldados y todos los particulares que habían tomado parte en la cuestión política, abandonaron á Minatitlán, que no pensaron ocupar por tercera vez.

El General García, con arreglo á las leyes de la guerra, hizo confiscar los bienes de los que habían auxiliado al enemigo, nombrando un interventor que pasó á Acayúcam con tal objeto: sus productos se aplicaron al sostenimiento de las tropas y á indemnizar á algunos que habían sufrido en sus intereses á causa de la persecución que se desató contra ellos, siendo de notar que el comerció extranjero de Acayúcam fué el que tomó una parte más activa en esos acontecimientos.

Así terminó la segunda y última intentona de ocupación contra Acayŭcam y Minatitlán, donde desde entonces hasta el fin de la campaña reinó siempre el principio republicano y el odio al titulado Imperio y á los que lo sostenían para baldón de la historia nacional.

1 Una pieza de montaña, carabinas, sables, parque, una pistola y varias cruces condecorativas, con más, una "culebra" conteniendo una regular suma de dinero en oro, fué el botín de guerra, habiéndose entregado todo al General en Jefe.

TLACOTÁLPAM.

Ataque é incendio del campamento de "Conejo."—Abandono de la ciudad de Tlacotálpam.—Rasgo de lealtad y valor.—Sorpresa de "San Jerónimo." —Encuentro del "Puente García."—Maréchal incendia las fincas hasta "Boca de Acula."—Robos en Tlacotálpam.—Arribo de una cañonera á Cosamaloápam.— Retirada de los invasores.—Reocupación de Tlacotálpam por los republicanos.—Fusilamientos.—Llegada de las fuerzas de Comatlán.—Entusiasmo público·

I

TERMINADA la campaña de Minatitlán tan desastrosa para las armas imperiales, el enemigo se mantuvo sin dar señales de vida por algún tiempo, y la confiânza en la línea militar de Sotavento llegó á tal grado, que podía creerse que había desistido de ocupar esta parte del territorio nacional, donde hasta entonces no había podido domeñar ni el patriotismo de sus hijos ni el valor de los soldados de la República que lo defendían.

Todo parecía, pues, tranquilo. Las comandancias militares de los Cantones estaban encomendadas á Jefes de confianza; y si se exceptúa el de los Tuxtlas que fué relevado el 22 de Abril para incorporarse al Estado Mayor del General en Jefe, los demás permanecieron en sus puestos con beneplácito de todos los pueblos.

Preparábanse, sin embargo, grandes movimientos por parte del enemigo, que no perdía de vista el punto objetivo, teniendo como base de operaciones á Medellín y Alvarado,

desde donde vigilaba atento y sabía cuanto en la costa pasaba.

El Coronel Maréchal, Jefe de la "Legión Extranjera" y Comandante Superior en Veracruz, intentó cambiar la faz de los acontecimientos por la vía diplomática, y al efecto dirigió una carta bastante lacónica al General García, en la cual, en resumen, lo invitaba á reconocer al *soit disant* Imperio, con todos los jefes, oficiales y tropa de su mando, ofreciéndoles la protección del monarca que por esa época había sido proclamado por los traidores, para satisfacer los deseos del autócrata francés, y que se encontraba en camino para México, su *nueva patria adoptiva.* La tal carta terminaba con una proposición más infame todavía: el ascenso inmediato como premio á la traición; pero ahora, como en la época del Coronel Lazcano, á quien también se hizo igual invitación, según se recordará, una negativa enérgica y patriótica fué la contestación al mal caballero que en tan poca estima tuvo el honor de los mexicanos que habían jurado defender á la madre patria.[1]

II

En las primeras horas del día 9 de Julio (1864) en el portal de una casa, sita en la calle de la "Sabana" al extremo Norte de Tlacotálpam, cuatro oficiales departían á media voz: parecían preocupados, y el de mayor edad, que también lo era de graduación, se quejaba amargamente de la negligencia del General en Jefe, á quien uno de ellos le había comunicado en la noche anterior, noticias que recibiera de su padre, establecido en Medellín.

1 Después de la rendición de Oaxaca una tercera invitación fué hecha al mismo General García, no ya por el jefe de las armas de aquella capital, sino por uno de tantos ilusos que aceptaron el Imperio, deslustrando su hoja de servicios de épocas anteriores. Un abogado de nombradía fué el portador de la carta dirigida al patriota General, y tuvo que salir de Tlacotálpam casi en són de fuga.

—Es triste—decía—que el General sea tan confiado, y que dé oídos á personas que maldito lo que se preocupan por los asuntos públicos, pues sólo atienden y van á sus negocios particulares: ningún caso ha hecho del aviso que X..... y yo le hemos dado anoche.

—Cierto,—contestó X....—pero eso no quita que nosotros no nos preparemos: sobre todo yo, que, como vdes. saben, tengo la orden de presentarme, *montado*, en el Cuartel General, á la primera noticia ó indicio que haya respecto del avance del enemigo. El conducto, y pudiéramos decir, *los conductos*, por donde he sabido que probablemente debemos ser atacados de hoy á mañana, no pueden ser más seguros; pero lo he ocultado al General por temor á una de sus ligerezas ó indiscreciones, en cuyo caso mi padre sería la víctima inmediata.

En efecto, la noche anterior había recibido el Capitán X... aviso secreto, por medio de un sirviente de su casa en Medellín, de que el enemigo saldría un día después, formando una fuerte sección de las tres armas con dirección á Alvarado; y por una rara coincidencia, un comerciante de Veracruz, cuya familia residía en Tlacotálpam, que había podido pasar la línea enemiga, llegando esa misma noche á esta población, daba la misma noticia, bajo reserva, á los cuatro amigos que vivían pared por medio de su casa. X....., en unión del Comandante Güido, dió aviso de todo esto, reservándose los nombres de los que daban la noticia, al General en Jefe; pero éste, con una confianza que nada justificaba, se contentó con responderle en tono de profunda convicción:

—¡No hay nada! Pueden vdes. retirarse á descansar, que si algo se intenta, ya lo sabremos por mis agentes particulares con toda oportunidad.

Güido y X.. .... se retiraron bastante disgustados; y en la mañana del día en que comienza este episodio, comunicaron lo que ocurría á los Capitanes Rodríguez y Porragas; y como vivían en familia y carecían de asistentes, porque una orden del Cuartel General los había suprimido, ellos mismos se

dispusieron á preparar sus caballos para estar listos á todo evento.

A la sazón que hablaban del próximo ataque, un muchachuelo que andaba pidiendo limosna para la iglesia con una pequeña efigie de plata colocada en una bandeja del propio metal, se acercó á ellos en solicitud de nn donativo.

—¿Quieres ganarte un real para tí?—le preguntó Porràgas sin hacer caso de su demanda.

—¿Cómo?—replicó el rapaz, abriendo los ojos con codicia.

—Llevando estos caballos al río.

El muchacho se quedó perplejo un momento.

—¿Y dónde dejo mientras *esto?*—volvió á preguntar, señalando la encomienda.

—Aquí, en el corredor: nosotros lo cuidaremos mientras.

—¡Eso sí que no!—exclamó aquel tunantillo, retrocediendo paso á paso—vdes. son guerrilleros..... El Cura[1] lo dijo en mi casa.

Y pasó de largo, no sin volver la cabeza para ver á los oficiales.

El Capitán Rodríguez le lanzó un puntapié que por fortuna le alcanzó, y el Comandante Güido le dió un recado para el Cura y para su familia, que de seguro no les dió.

X..... y Güido llevaron los caballos al río que estaba á unos doscientos pasos de distancia, mientras Rodríguez y Porragas se entraron á la casa para prepararles el almuerzo.

III

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando se hizo oir un cañonazo, rumbo de "Conejo," sucediéndose dos ó tres más á cortos intervalos.

1 Llamábase este sacerdote D. J. Castro, y era vizcaino: en el fondo era un pobre hombre, respetable más que por su carácter sacerdotal, por su edad, pues era hombre que frisaba en los 70 años. Era enemigo de los liberales, y para él no había más que el *rey*. Cuando se supo en Tlacotálpam la proclamación de Maximiliano como Emperador de México, se permitió predicar en la parroquia contra el Gobierno republicano y las Leyes de Reforma de una manera necia y tonta, valiéndole un arresto de dos meses en "Conejo."

—¡Ya sucedió!—prorrumpió Güido, haciendo salir del río los dos caballos que tenía á la mano.

—Las diez en punto.—Agregó X.... consultando su reloj.

Y siguiendo el ejemplo de su compañero, prosiguió diciendo:

—Ahora no dirá el General que no hay nada..... Lo que se puede sentir—continuó ya en marcha y con un tono que dejaba traslucir su disgusto—es que no tenemos en el campamento fuerzas suficientes, ni están prevenidos, ni existe ya en él la disciplina que antes. ¡Quiera Dios que de ésta no nos lleve el diablo á todos!

Y silenciosos y cabizbajos apresuraron el paso regresando á toda prisa á la casa, donde ya sus compañeros esperaban, después de haber sacado las monturas para ensillar. Cada cual tomó la que le correspondía, y momentos después el Capitán X..... se dirigía á toda rienda á la Comandancia General.

—¡Aprisa, Capitán!—le gritó el Jefe principal apenas vió que llegaba.—¡Corra vd, y tráigase violentamente la Guardia Nacional de San Jerónimo! ¡Lo espero pronto!

El Capitán siguió de largo sin moderar el galope de su caballo, desapareciendo á pocos instantes que hubo pasado el "Puente García."

Aquel cañoneo sorprendió lo mismo al General en Jefe que á los demás jefes y oficiales; al Comandante militar lo mismo que á toda la población. Nadie tenía noticia de aquella inesperada invasión, y el terror se apoderó de las familias, las que desde luego comenzaron á hacer sus preparativos para emigrar, llegado el momento decisivo. El General García estaba inquieto, desesperado: él mejor que nadie sabía cómo estaba guarnecido el campamento; y aun cuando ignoraba si el ataque se efectuaría por el río, comprendía que lo fuera también por tierra para tomar la retaguardia: esto no se podía escapar á la penetración del más ignorante en materia de asuntos de guerra, y de ser así, lo más probable era que nos derrotaran, pues allá se carecía de tropas en número suficien-

te para defender el punto de un doble ataque que el enemigo emprendería á la vez. Recordó entonces el aviso que le habían dado sus ayudantes la noche anterior, y sus dudas se tornaron en convicciones.

La calma que de ordinario reinaba en la población se trocó en un verdadero desorden y la más completa confusión: en las casas, en las oficinas, en la Comandancia General, en el Palacio Municipal, todo eran carreras y preparativos de marcha para abandonarla: equipajes, archivos, muebles, parque, armamento, caballos de mano..... todo era conducido en tropel al muelle, ó en dirección al camino de Amatlán y haciendas y rancherías inmediatas; y las piraguas y canoas, grandes y pequeñas no eran suficientes para cargar cajas, tercios y envoltorios acumulados ya sobre el mismo muelle, ya en la ribera ú orillas del río. Había poca distancia para llegar al pánico, é imposible era calmar la excitación que reinaba: como nadie tenía el menor antecedente sobre los sucesos que tan inopinadamente se presentaban, se hacían toda clase de comentarios y suposiciones absurdas, abultadas por el terror que dominaba en todos. En el fondo, de una manera mental, todos acusaban á García de sobra de confianza, invirtiendo el tiempo en comilitonas y paseos que le daban sus amigos, y de falta de previsión abandonando casi por completo á los defensores de "Conejo."

Desgraciadamente había motivos de sobra para dirigirle semejantes cargos.

El Comandante Militar Villalobos reunió á los "Cordilleras," ginetes destinados exclusivamente á *correr* las comunicaciones del Cuartel general, pero del todo inútiles para cualquiera clase de servicio en el orden militar. Además, tanto Villalobos como ellos, se habían impresionado más vivamente que el mismo General en Jefe, y en aquellos momentos ni con él, ni con sus subordinados se podía contar para nada.

El cañoneo seguía nutridò y violento sobre "Conejo" y la consternación aumentaba á cada nuevo disparo que se escu-

chaba, particularmente entre las mujeres y los pusilánimes, que recorrían las calles tratando de inquirir noticias que nadie les podía dar.

La poca fuerza de Tlacotálpam que estaba en servicio permanecía en su cuartel sobre las armas en espera de órdenes. Se despachó un correo para Cosamaloápam previniendo á la autoridad militar que en el acto movilizara la Guardia Nacional del Cantón, y otro á la de Minatitlán para que el batallón "Zaragoza," á marchas forzadas, se dirigiera á San Nicolás," desde cuyo punto participaría su llegada el Teniente Coronel D. Emilio Alvarez Markoe que lo mandaba. Un tercer correo partió para Oaxaca, dando parte de lo que ocurría al General D. Porfirio Díaz, Jefe superior del territorio libre de los Estados de Veracruz, Oaxaca y Puebla.

Además, se le pedían refuerzos de tropa, pues se creyó que aquel ataque obedecía á una combinación con otros, y era conveniente reunir todos los elementos de defensa con que pudiera contarse. La Guardia Nacional de los Tuxtlas marchó para Acuyúcam, y unidas las de ambos Cantones defenderían la parte oriental de la costa de Sotavento.

IV

Dos horas habían transcurrido desde la partida del Capitán X..... cuando regresó acompañado de medio centenar de hombres armados, que constituían la compañía de "San Jerónimo."

El General en Jefe dispuso que en el acto se embarcaran unidos á los de Tlacotálpam para ir á reforzar la guarnición de "Conejo;" y aunque tanto el mismo Capitán como el Coronel D. Manuel Gómez y el Comandante Güido, le hicieron presente que era fuera de tiempo el envío de esa fuerza, que sólo iría para aumentar el número de víctimas en el caso de que pudieran llegar, el General insistió, y los guardias se em-

barcaron en dos grandes piraguas, tomando la dirección del campamento.

Dejóse sólo una compañía de infantería y la escolta del Cuartel General para cubrir la retirada, si, como era de creerse, teníamos que emprenderla, ordenándose al Capitán X.... que marchara al "Esterillo" acompañado de dos "Cordilleras," para que observara los movimientos de las cañoneras francesas, dando aviso según lo estimara conveniente.

Al Capitan D. Teodoro Ehlers se le comisionó para observarlas también desde la torre de la Parroquia, acompañándolo otro oficial para comunicarse con la plaza en vista del resultado de sus observaciones; y por último, la orden del día declaró que quedaba el despacho del Cuartel General en el "Hotel Porragas," y que una guardia de infantería cubriría la entrada del camino á la salida de "los Melonares," quedando prohibido el paso para todas las personas que no llevaran un permiso especial del Comandante militar.

Cuando el cañoneo era más vivo y más intensa la alarma en la población, cesó aquél repentinamente. Divisábase allá á lo lejos una espesa y negra humareda, y el Capitán Ehlers bajó de su observatorio comunicando á gritos que uno de los buque había sido incendiado por los fuegos de "Conejo;" y muchas personas que en tropel subieron á la torre de la Parroquia y á la de la capilla de "San Miguel" confirmaron la noticia, agregando "que las llamas llegaban hasta la montaña."

Así explicaban el origen de la humareda.

El General García con esa volubilidad que le era ingénita, y que en muchos casos hacía que la decepción fuera más dolorosa y cruel, acogió la noticia sin reserva alguna, sin reflexionar un momento que aunque aquello era posible en otras circunstancias, dados nuestros elementos ofensivos en "Conejo" la noticia tenía mucho de inverosímil, de poco factible; y vivas, y dianas, y felicitaciones entre las gentes crédulas y sencillas, y aclamaciones y bravatas por mayor entre los va-

lentones de cantinas ó de cafés, atronaron el aire por breve espacio. Se celebraba un triunfo que no habíamos alcanzado, para hacer más triste la derrota que habíamos sufrido.

En esos momentos de loca expansión, llegó el Capitán X... bañado en sudor su caballo y revelando tristeza en su semblante.

—¡General! ¡Todo se ha perdido!—exclamó, desmontando vivamente y entregando su caballo á uno de los cordilleras. —¡Los franceses han incendiado el campamento!

—¡Imposible!—le interrumpió el General en Jefe, poniéndose densamente pálido.—¡Es una cañonera la que arde.....! Todos lo han visto desde la torre.

—¡Pues han visto mal, mi General:—prosiguió el Capitán con visible mal humor.—Yo no vengo de la torre: yo vengo del lugar de los sucesos, á lo ancho del río solamente, y lo repito: "Conejo ya no existe."

Como se recordará, el Capitán X..... fué uno de los fundadores del campamento y esto explica bien su tristeza y su mal humor.

El desaliento cundió de nuevo con doble influencia al oirse las palabras de X..... y desde ese momento la población fué tomando ese aspecto vago y lúgubre que precede y sucede á los grandes acontecimientos que afectan la moral y la tranquilidad públicas de una manera dolorosa.

La triste noticia había sido ratificada por el Teniente Coronel D. Pedro González, Ayudante del General Cuellar, y en comisión en Tlacotálpam, quien había acompañado al Capitán X..... en su peligrosa comisión.

V

Veamos lo que había sucedido.

La noticia comunicada al Capitán X..... desde Medellín era exacta en todos sus detalles.

La escuadrilla de Alvarado fué reforzada con dos buques

más y un bote-correo de vapor, conduciendo á bordo trescientos egipcios, á la vez que por tierra llegaba á aquella población el Coronel imperialista Figuerero con la caballería que mandaba. Así, pues, "Conejo," al mismo tiempo que sería bombardeado por el río, sería atacado por tierra.

Pero no era ya aquel campamento que antes hemos conocido. Ya no había allí aquel espíritu militar que hacía que cada día se intentara algo extraordinario para luchar contra el enemigo tan superior en número y en elementos de guerra. Aquellas intentonas desesperadas que se hicieron para apoderarse de alguna de las cañoneras no se volvieron á repetir. Nadie se acordaba ya de construir *torpedos* improvisados para volar al buque que pasara bajo los fuegos de "Conejo," como el que estableció Zamudio, construído con un cuñete de pólvora, forrado como una bomba, que puso á flote entre dos aguas, y que al comunicarle el fuego al pasar "La Tempette," si bien no dió el resultado apetecido, sí dió á conocer al enemigo contra qué gente luchaba: no se volvió á establecer la cadena[1] que días después se cruzó de una á otra orilla del río con cables y lingotes para ver si era posible enredar en ella la hélice de la cañonera y pasarla por ojo con la artillería mientras procurara desenredarse de la cadena. No: había desaparecido el valor moral del campamento; y si los franceses adoptaron la medida de guarnecer las cofas y la casilla del timonel con láminas de hierro, fué á consecuencia de que, meses antes todavía, la infantería del campamento había causado bastantes bajas desde las alturas entre los tripulantes que iban sobre cubierta y los vigías que estaban en las cofas de los mástiles.

Amén de que en el campamento sólo existían las dos compañías del "2º Activo" y algunos guardias nacionales de Tla-

1 La cadena, lingotes y cable que sirvieron para *cruzar* el río, pertenecían al salvamento del bergantín español "El Pablito," que quedaron en "Conejo" por no haber sido posible su venta en la almoneda que tuvo lugar para los demás efectos salvados.

cotálpam, la batería de artillería que mandaba el 2º Ayudante Redondo, y alguna poca caballería de los alrededores, la disciplina se había relajado extraordinariamente desde el momento que haciéndolo accesible á toda clase de gentes, y pudiendo penetrar en él aun mujeres de vida alegre, el juego, la embriaguez, y como consecuencia la deserción, fueron muy frecuentes entre la guarnición. Los jefes que allí mandaban, pundonorosos y valientes, no podían contener tales abusos, y en diversas ocasiones pidieron su relevo, que nunca les fué concedido porque había dificultad para reemplazarlos. No es decir que todos participaran del mal que se adolecía, pero los que no estaban contagiados se contaban en muy corto número.

.....

La expedición franco-traidora emprendió sus operaciones en la mañana del día 9; y mientras las cañoneras llegaban al frente de "Conejo," Maréchal y Figuerero, con sus gentes, atravesaban el río en Alvarado desembarcando al pie del "Alto Limón," y seguían su marcha por la playa del mar; y cuando el vigía señalaba "escuadra á la vista," y las cañoneras se anunciaban por medio de sus bombas y granadas, los centinelas avanzados hacia la parte de tierra daban aviso de que el enemigo amaga la retaguardia.

El Jefe del campamento hizo formar las tropas, y en seguida, con la mitad de ellas salió hasta las primeras colinas que sirven de contrafuertes á la montaña; si hubiera permanecido allí para resistir, el triunfo habría sido seguro; empero poco experto en achaques de estrategia, y sin la experiencia suficiente, juzgó de buena fe la señal de "parlamento" que hicieron los contrarios, y avanzó para entrar en conferencias con ellos, haciéndose seguir de la mayor parte de sus fuerzas. Maréchal, una vez que supo que él no era el Comandante principal del punto, le manifestó el deseo de que se le apersonara, pues deseaba hablar con él. Zamudio llegó á poco después sin hacer caso de los fuegos de la escuadrilla, que juzgó im-

potentes por sí solos, sin comprender que se trataba de llamar la atención por dos puntos distintos á la vez, para debilitar la defensa del campamento. De la conferencia que tuvo con Maréchal, por medio de un intérprete resultó que regresara al campamento para reunir á la oficialidad y darle cuenta de lo que había pasado. Entretanto, Figuerero, mañoso y avezado á las grandes traiciones y deslealtades de los reaccionarios, en cuyas filas militó siempre, cuando hubo visto cumplido su deseo de atraer á los republicanos fuera de sus posiciones, y mientras conversaba con Díaz Lagos, hacía cumplir sus órdenes y la caballería describía un semicírculo envolvente, á retaguardia, de una manera pausada y sigilosa, protegiendo así á la infantería egipcia, que por la izquierda de nuestros soldados y con el mismo Maréchal á la cabeza, avanzaba hacia las primeras colinas abandonadas. El Teniente Coronel Díaz Lagos advirtió, aunque tarde, el movimiento traidor que se efectuaba y quiso volver sobre sus pasos, dando por terminado el parlamento, del cual se había desentendido por completo Maréchal: ya no había remedio: las tropas se encontraban encerradas entre un círculo de hierro, y cortadas por los egipcios que al momento rompieron sobre ellas un fuego asaz nutrido y mortífero.

No por esto se desanimaron los republicanos. Ordenada la retirada por Díaz Lagos, y mientras éste regresaba al campamento para traerse el resto de la fuerza, aquellos en el mayor orden posible y conducidos por oficiales bravos y aguerridos, contestaron los fuegos con no menos rapidez y bravura, escalonándose hasta recobrar las colinas perdidas. El Capitán Ripley, D. Otón, que iba á la cabeza, cayó atravesado por veinte balas á la vez, y el joven Capitán D. José M. Iglesias prosiguió entonces la retirada, teniendo que diseminar la fuerza porque lo abrumaba el número de los contrarios. En esos momentos todo era ya desorden en el campamento, sin que fuera posible á Zamudio ni á Lagos llegar en auxilio de los que estaban abajo, para batir á los egipcios por retaguardia.

Las cañoneras, después de hacer dos disparos sobre las canoas que conducían el refuerzo enviado de Tlacotálpam, obligándolas á refugiarse en el río de "Sombrerete," desembarcaron en "Conejo" parte de su infantería de marina para penetrar por ese lado en el campamento.

Los pocos soldados que rompieron el círculo de hierro y fuego que los estrechaba en la playa llegaron allí también totalmente desmoralizados; y uniéndose á sus compañeros de infortunio, aprovecharon el poco tiempo que les quedaba antes de ser batidos en la misma montaña sin tener salida por ninguna parte, para salvar lo poco que allí quedaba útil. Los artilleros, con los oficiales Rojano y Flores habían bajado con sus piezas al camino de "Punta de Arena," y éste fué el que siguieron muchos dispersos por disposición de Zamudio, quien lo mismo que Díaz Lagos quedó en las inmediaciones hasta la total ocupación de "Conejo," no sabiéndose con certeza si la incendiaron los franceses ó nuestros soldados, pues unos y otros se atribuyen el hecho. [1]

Que los franceses lo ocuparon á viva fuerza es innegable, por más que sea doloroso confesarlo, puesto que dentro de él se encontraron los cadáveres de algunos soldados republicanos, y que por el mismo campamento efectuó su reembarque la infantería egipcia.

Lo cierto es que fuimos derrotados debido á la imprevisión del General en Jefe y á la falta de experiencia militar de los que allí tenían el mando superior; y que no lo habríamos sido, aun contando el enemigo con doble fuerza de la que llevó, si los nuestros se hubieran reducido á defenderse sin abandonar sus formidables posiciones, si se hubiera tenido caballería para disputar el paso en la playa del mar, y si el refuerzo que se mandó á última hora, se hubiera enviado la noche anterior.

1 Esta relación fué hecha por varios de los oficiales y tropa que tomaron parte en la jornada, entre otros por el Capitán de caballería D. José Miguel Zamora, Ayudante del Teniente Caronel Zamudio.

La mortandad, relativamente, fué grande, pues el campo quedó cubierto de cadáveres, á quienes manos piadosas del vecindario dieron sepultura después.

VI

Un episodio digno de mencionarse.

Ocho días antes del ataque de "Conejo" un soldado de la guardia nacional de Tlacotálpam que había consumado el delito de deserción descolgándose hasta el río por medio de una soga que ató á uno de los cañones de la batería alta, había sido juzgado y sentenciado á muerte en consejo de guerra: el referido guardia dejó atada la soga á la pieza de artillería, se llevó el fusil, y atravesando á nado el río, se puso en salvo al momento; y cuando más tarde fué denunciada su presencia á los alrededores de la población, hizo armas contra el Comandante militar, á quien disparó un tiro, al ir á aprehenderlo, al otro lado del "Río Chiquito:" por fortuna el tiro marró.

Una vez reducido á prisión, se le envió al campamento donde se le procesó como era natural; mas como por ciertas circustancias la causa pasó al Cuartel general de Oaxaca, en consulta, antes de ejecutarse la sentencia pronunciada, el reo permaneció en "Conejo," encerrado en un jacalón inseguro, por cuyo motivo el Jefe del punto se vió obligado á asegurarlo con *grillos* y *esposas*.

Durante las primeras horas del combate del día 9, nadie se acordó del infeliz sentenciado; pero cuando la pérdida del campamento era irremisible, el Comandante Zamudio, auxiliado del primer Ayudante Redondo, logró romper las férreas ligaduras de aquel desgraciado, expuesto á sufrir una muerte más desastrosa aún que si hubiera sido fusilado, pues que el incendio comenzaba á aparecer al Norte del campamento, y se oían los gritos destemplados y feroces de las hordas egipcias que se acercaban con rapidez.

Pues bien: este condenado á muerte, este hombre que parecia natural tuviera mala voluntad á sus jefes, aun cuando él era el único responsable de la suerte que le estaba reservada, y cuya traición hubiera quedado justificada á sus ojos, si hubiera buscado abrigo entre las filas enemigas; este hombre, repito, al verse libre y tropezar á pocos pasos con el cadáver de uno de sus antiguos compañeros, se apoderó violentamente del fusil que á poca distancia estaba en tierra: vistióse el correaje que á toda prisa quitó al muerto, cargó el arma casi á la vista del enemigo, é hizo fuego certero al primer contrario que apareció: luego, siempre haciendo fuego, pudo incorporarse á los demás soldados que se batían en retirada; y ya en "Punta de Arena" se presentó de nuevo, como reo, al Jefe de la mutilada columna. Cuando más tarde, y debido al parte rendido, tuvo noticia del suceso el mismo Consejo de guerra que lo había sentenciado, pidió gracia de la vida al Cuartel general, y el General Díaz lo concedió.

Un día antes había sido confirmada en Oaxaca la sentencia de muerte contra él pronunciada. [1]

VII

Lóbrega, triste, sofocante, estaba la noche del día 9 de Julio.

La población parecía desierta: las puertas de las casas, herméticamente cerradas, no dejaban escapar el más tenue rayo de luz: solitarias las calles, no dejaban sentir el más leve rumor de nadie que por ellas transitara. La guardia establecida

1 Fué Presidente del Consejo de Guerra, el que esto escribe; vocales los Capitanes D. José Miguel Zamora, D. Othón Ripley, D. José Rodríguez Ayala, D. José M. Iglesias, D. Manuel Castillo y D. Juan Delfín; Fiscal el Comandante D. Joaquín G. Güido; Escribano el sargento D Francisco Flores; Asesor el Capitán Lic. D. Leonides Badillo, y Defensor el Teniente D. Juan Sánchez. Asesoró la causa en Oaxaca el Coronel D. Francisco Ballesteros, Asesor general del Ejército que mandada el General D. Porfirio Díaz.

en "Los Melonares" fué reforzada precautoriamente, y los oficiales del Estado Mayor, y los jefes sin mando inmediato hacían el servicio de vigilancia desde el "Hotel Porragas" hasta el punto indicado, que era donde únicamente se notaba vida, pero no animación.

El General García, triste y cabizbajo, como agobiado por los males que sobre la costa parecían caer, permanecía en el salón principal: el Secretario de Gobierno y el Comandante militar le hacían compañía dominados por el mismo pesar que en todos se hacía sentir. Repetimos que el General era un buen patriota, y como él todos cuantos le acompañaban; y cualesquiera que fueran las causas que habían determinado la difícil situación en que nos encontrábamos, nadie se acordaba del pasado, sino de que á todo trance se debía salvar el honor nacional para el porvenir. Ya no era aquel jefe siempre afable, para quien cada subordinado era un amigo; ya no aquel camarada alegre y bullicioso, dispuesto siempre á obsequiar á sus compañeros: en aquellos momentos era el hombre que pesaba su situación y la grave responsabilidad que sobre él recaía; pero en tan críticas circunstancias no desmintió la reputación de buen ciudadano que justamente había adquirido.

Estaba desmoralizado, es cierto, muy desmoralizado, pero atento á cuanto á su alrededor pasaba.

Un repentino ¡quién vive! lanzado bien á lo lejos, le hizo levantar súbitamente la cabeza.

—¿Qué sucederá?—preguntó dirigiéndose á los que lo acompañaban.

—Voy á saberlo, mi General,—le contestó el Capitán X... qne acababa de llegar momentos antes.

El silencio se hizo de nuevo, interrumpido á corto rato por los pasos del caballo del Capitán que regresaba ya.

—Son dispersos de "Conejo" que llegan á presentarse, señor,—anunció entrando en el salón.

Todos se pusieron de pie.

En efecto, minutos después, y seguido de varios oficiales que hacían la vigilancia, se presentó un grupo de soldados del "2º Activo" con el Capitán Iglesias á su frente, y el Subayudante D. Lorenzo Romero, de la Guardia Nacional de Tlacotálpam.

Venían en el estado más lastimoso, mojados y lodosos, pero con sus fusiles, negros aún de la pólvora que habían quemado en el campo de batalla. Aquellos valientes demostraban en su semblante que, vencidos y todo, estaban satisfechos de sí mismos: el orgullo brillaba en sus miradas afectando un aire marcial; y si alguno de ellos parecía triste, era en recuerdo de los bravos camaradas que habían quedado tendidos al lado de los contrarios, á quienes en defensa de los sagrados fueros de la libertad habían arrancado la vida.

El General estrechó entre sus brazos á aquellos patriotas; y á la vista del estado que guardaban, las lágrimas inundaron su rostro, porque comprendía cuánto habían sufrido, después de escapar al furor del enemigo. Aquellas lágrimas eran el premio que de momento recibían en nombre de la patria agradecida.

La relación de los hechos fué corta, pero dicha con entera franqueza y verdad; y al concluirla el Capitán Iglesias, agregó el Subayudante Romero:

—Al mediar la noche, y después de permanecer ocultos entre el monte en las cercanías de nuestro pobre campamento, bajamos al río, á distancia bastante para no ser descubiertos por las cañoneras, aunque la obscuridad nos favorecía: allí atravesamos el río á nado, y como soy conocedor de la tierra he servido de guía á mi Capitán y á mis compañeros hasta llegar al "Esterillo," y de ahí hasta acá, mi General.

Nada sabían de la demás tropa, ni de los jefes; pero suponían, y con razón, que se habían dirigido á "Punta de Arena," donde encontrarían seguro hospedaje en la casa del Tío Abuelo.

Y así fué en efecto.

El anciano Mendoza y sus hijos fueron siempre honrados ciudadanos y excelentes patriotas dignos de todo encomio.

VIII

Los recién llegados, estenuados y muertos de hambre, fueron atendidos con un buen refrigerio en el mismo hotel á expensas del Estado, y luego conducidos á un cuartel para mudarse las ropas y reponerse de las fatigas de tan aciago día.

Una hora más tarde, á las cuatro de la madrugada, otro pelotón de dispersos, al mando de un sargento, se presentó también al Cuartel general. El parte verbal que rindió el sargento, no difería en nada del dado por Iglesias y por Romero, si no fué por el lugar por donde pasaron el río. Como aquellos, estuvieron escondidos durante el día, teniendo la desgracia de haber perdido á uno de sus compañeros que se ahogó en la travesía por desfallecimiento ó por poca destreza. Se les mandó alimentar como á los primeros, y luego marcharon á incorporarse con aquellos para descansar á su vez.

IX

Desde la llegada de los dispersos hasta que el nuevo sol vino á alumbrar las primeras horas de día 10, el tiempo se hizo más largo, y á cada momento se esperaban nuevas é infaustas noticias. El General con sus Ayudantes permaneció en el hotel rodeado de sus amigos: apenas hablaba lo muy necesario para dar alguna orden relativa al servicio, y los caballos de los segundos permanecían, fatigados también, atados á los pilares del edificio.

El cielo, nebuloso y presagiando tempestad, ocultaba su diafanidad tras gruesos nubarrones; y los rayos de un sol amarillento y débil, apenas se indicaba hacia las ocho de la mañana. El silencio y la pavura que envolvían á la ciudad, le daban un aspecto lúgubre y por demás siniestro, adecuado

al continente apenado y meditabundo de los pocos transeuntes que se dirigían al mercado, ya para proveerse de alimentos, ya para adquirir noticias, ya para explorar el río desde el muelle, cubierto aún con los bultos de equipajes, cajas, etc., hacinados allí desde el día anterior.

El Capitán Ehlers volvió á ocupar su observatorio de la torre de la Parroquia, y X..... regresó al "Esterillo" para explorar más de cerca el río.

Las cañoneras permanecían en el mismo lugar que ocuparon el día 9 para bombardear á "Conejo;" pero podía verse sobre cubierta una numerosa tropa de infantería egipcia destinada indudablemente á ocupar á Tlacotálpam.

Era la que acababa de abandonar el campo republicano.

En la mesa de la montaña nada indicaba la existencia de tropa de ninguna clase: sólo una débil columna de humo que ascendía lentamente, era la que indicaba el lugar donde estuvo el campamento.

De nueve á diez el movimiento de la población se acentuó más, y multitud de personas se acercaron al General en Jefe ya para saludarlo, ya para ofrecerle sus servicios, distinguiéndose los empleados y celadores de la aduana terrestre, y algunos comerciantes, entre otros el Sr. D. Mauricio Shelenke, que tenía el carácter de Cónsul de su nación. Estas pruebas de cariño tranquilizaron al General, quien con más calma pudo hacerse mejor cargo de la situación: lo que más le apenaba era no tener noticias de las demás fuerzas de "Conejo."

Esta incertidumbre cesó como á las once: el Comandante Zamudio hizo llegar un correo con el parte de lo ocurrido, y su lectura volvió á recrudecer la pena de todos cuantos la escucharon. Divergía en algo de la relación que hicieron Iglesias y los demás, pero en esencia era igual, enarrando algunos detalles posteriores á la derrota sufrida en la playa del mar, que aquellos no podían conocer. Según el parte, fueron nuestras fuerzas las que incendiaron el campamento.

Así, pues, la derrota quedaba comprobada oficialmente. To-

do se había perdido, y desde ese momento quedó acordada la desocupación de la plaza, fijándose la salida de la poca infantería que nos quedaba, aumentada con los dispersos, para las doce del día, en dirección á la hacienda de "San Jerónimo:" el Cuartel general lo haría hacia el mismo lugar cuando los buques de guerra enemigos estuvieran en aguas de Tlacotálpam. Se procuró hacer saber esta determinación al vecindario, de una manera indirecta, á fin de no aumentar el terror que desde el principio lo dominó, y para que pudieran salir anticipadamente cuantos quisieran hacerlo para no verse expuestos al salvajismo de las legiones egipcias.

El mismo correo que mandó Zamudio le llevó la orden de permanecer dos días en el "Mesón" para que descansara la tropa, prosiguiendo luego la marcha para los Tuxtlas los guardias que hubiera de ese Cantón, á su mando inmediato, y regresando á "San Jerónimo" los soldados del "2º Activo" y los de Cosamaloápam, para reunirse á los dispersos de "Conejo." A los de Tlacotálpam, que se habían refugiado en "Sombrerete," se les ordenó que por la vía más corta regresaran á "San Antonio," hacienda muy inmediata á la "Boca de Acula," entre ésta y "San Jerónimo."

X

A las tres de la tarde, el Capitán Ehlers, antes de abandonar su punto, hizo sonar tres veces la campana mayor de la Parroquia. Era la señal convenida para que la población supiera el momento preciso en que el enemigo iniciaba su movimiento de avance.

Aquellas campanadas, cuyo solemne eco rasgaba el aire de una manera triste y acompasada á la vez, hicieron cambiar de momento el aspecto de la población.

Hombres, mujeres y niños, los que quedaban, se dirigieron á pie hacia la salida Sur de la ciudad, huyendo despavoridos, mientras otros lo hacían en canoas hacia el lado opuesto de

la ribera. Se repitió la misma escena del día anterior: la misma que diez y ocho meses antes provocó el Suizo Staiklin, cuando por primera vez invadió la población con sus feroces genízaros.

El General en Jefe con parte de sus ayudantes y el Secretario de gobierno, y el Comandante militar con los cordilleras, se situaron en la plazoleta de la Sabana, frente á la panadería de los señores Cházaro: al Coronel Gómez, con los Capitanes Rodríguez, Porragas y Aviñón, y con el Teniente Monclús, le ordenó que se situara como avanzada, para vigilar el camino de Alvarado, en la misma dirección de la calle de la Sabana: al Comandante Güido, con un cordillera, fuera de los Melonares, hacia la finca Beauregard para vigilar ese camino también; y al Capitán X..... con el Teniente Coronel González, en el "Astillero," á orillas del río, frente á la finca de "San Rafael," para que estuviera pendiente del desembarco del enemigo, en cuyo momento, y no antes, debería incorporarse al Cuartel general, para abandonar todos juntos, en definitiva, la población. Por último, el Teniente Lili, con la escolta que mandaba, se situó en el "Puente García" para proteger la retirada, y el Teniente Coronel Izaguirre, con los oficiales de la proveeduría y dos ó tres más, marchó para "San Jerónimo" á fin de tomar accidentalmente el mando de la infantería allí reunida, y evitar la deserción ó el desorden que pudieran acaecer por falta de un oficial inteligente y enérgico que supiera reprimir el uno ó la otra.

El Cónsul alemán izó la bandera de su nación en la azotea de su casa, y el pabellón nacional fué arriado en el Palacio Municipal.

XI

Las cañoneras enemigas avanzaban entretanto á media máquina, divisándose allá á lo lejos las columnas de humo que se aproximaban pausadamente; y en las torres y en otras al-

turas algunos curiosos expiaban la llegada de la fuerza invasora.

De repente, un movimiento rápido y violento, se nota á la salida Norte de la población, y carreras de caballos se perciben en la calle de la Sabana; las gentes huyen despavoridas, el pánico pintado en el rostro, iniciándose un verdadero desorden en todo aquel largo trayecto.

Aquello fué debido al grito de alarma dado por el Teniente Monclús, quien á todo escape regresaba de su puesto de observación, vociferando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡La caballería nos corta!

Y sin embargo no era cierto.

Tres ó cuatro mujeres que venían huyendo por el camino del "Esterillo" le dieron tal noticia; y sin cerciorarse de la verdad, emprendió la retirada repitiendo la voz é introduciendo la alarma, de tal manera, que en su carrera arrastró al Coronel Gómez y demás ayudantes que con él estaban. El Comandante Güido siguió el movimiento de retirada, y el General en Jefe, sin esperar el aviso del Capitán X....., se alejó á toda carrera también, seguido de los que lo acompañaban, oyéndose gran tropel rumbo al "Puente García."

Todos abandonaron la población. Aquello fué una especie de "sálvese quien pueda," y sólo el Coronel Gómez hizo alto con los suyos tras la "Tenería de Troncoso," á inmediaciones del referido Puente. El Capitán X....., fiel á su consigna, no se movió del "Astillero," presenciando desde allí, con el Teniente Coronel González, la prematura retirada que hacían los demás jefes y oficiales.

No debe decirse por esto que aquellos que así huían eran unos cobardes: no. El que más ó el que menos, había dado prueba más de una vez de poseer valor y delicadeza. Era que la pérdida de "Conejo" y la falta de elementos, unidos á lo inesperado de los sucesos, habían desmoralizado los ánimos, y se necesitaba gran calma y mucho reposo para substraerse

á los efectos de esta desmoralización. En la historia de nuestras luchas civiles se registran muchos casos como éste; y la derrota de "San Lorenzo" se debió á idéntica causa. Nadie, á pesar de esto, ha dicho jamás que el General D. Miguel Echagaray fuera un cobarde.

Eran las cuatro cuando comenzaron á aparecer los buques de guerra, avanzando uno tras otro, precedidos del bote-correo que abría la marcha, por la orilla izquierda del río: tras el bote-correo seguían la "Foudre," la "Tonnerre," la "Tempette," y el último, cuyo nombre no recuerdo, quedando situados en una sola línea entre "Santa Rita" y "San Rafael." Momentos después, y á una señal hecha por la "Tonnerre," todas anclaron; y las chalupas que venían suspendidas á los pescantes, descendieron al agua, llenándose instantáneamente con la infantería egipcia, cuyos casquetes rojos hacían notable contraste con lo negro y lustroso de sus rostros.

Entonces comenzaron á dirigirse á la orilla opuesta para ocupar la población.

El Capitán X... creyó llegado el momento de retirarse á su vez, y seguido de su compañero se dirigió al lugar señalado por el General en Jefe; y no encontrándolo allí, prosiguió su marcha por la misma calle de la Sabana para incorporarse al Cuartel general. Cuando atravesaba la bocacalle de la Parroquia, pudo ver á los egipcios que se dirigían á la plaza, habiendo desembarcado frente al Mercado.

—¿A media rienda, compañero?—interrogó el Teniente Coronel, á quien le era absolutamente desconocida la población.

—No, Jefe: podríamos llamar la atención del enemigo con el galope de los caballos: ya que estemos próximos al Puente, al dar vuelta á la calle, entonces sí saldremos á escape para atravesarlo.

Y siguieron su camino sin ocuparse del enemigo, que había hecho alto en los bajos del Palacio, encontrando á poco

trecho al Coronel Gómez, al Capitán Vela y á los ayudantes de aquél, con dos ó tres dragones de la escolta del General.

—Te creía apostado en la bocacalle de la Parroquia,—dijo al Capitán al verlo llegar—eso al menos fué lo que me dijo el General; que te iba á dar cuatro hombres para hostilizar al enemigo.

—Así me lo dijo, en efecto; pero se ha marchado sin dejarme uno solo.

—Pues yo, con los que tengo, voy á hacer fuego tras la tenería, para que no crean estos negros que ocupan la plaza impunemente. ¿Me acompañan vdes?

—Vamos,—contestaron X..... y González, echando mano á sus pistolas.

Y saliendo todos al frente, hicieron una descarga que detuvo al enemigo un momento, pues no podía saber cuántos eran los agresores, ni si aquello sería una emboscada para atraerlos lejos de las cañoneras. Luego se fraccionaron en tres grupos correspondientes á las tres bocacalles más inmediatas, y repitieron las descargas, sin que el enemigo se moviera del punto que ocupaba.

Ya era tiempo de retirarse. Pusieron sus caballos al galope una vez reunidos todos, y cuando atravesaban el "Puente García," fueron saludados con una descarga perfectamente inofensiva.

XII

El rancho de Factor había sido el punto de reunión, y allí se incorporaron al General en Jefe con todos los demás que lo habían seguido. Desde ese lugar, cubiertos tras un abandonado horno de cal, pudieron presenciar el desembarque del último soldado egipcio.

El General García estaba densamente pálido, y con los gemelos seguía todos los movimientos que se ejecutaban á bordo de las cañoneras. Cuando las falúas volvieron á ser sus-

pendidas á los pescantes, se volvió á aquel grupo de subordinados y amigos que lo contemplaban sin osar pronunciar una palabra.

—Vámonos, señores,—dijo con acento conmovido.—Ya nada tenemos que hacer aquí.

Montó lenta y pausadamente, y silenciosos y cabizbajos se dirigieron todos á San Jerónimo, donde el dueño de la hacienda, tan patriota como desinteresado, había dispuesto lo conveniente para alojar lo mejor posible á sus huéspedes.

Se dió una orden extraordinaria que comunicó el Comandante Güido, estableciendo la "Sección de vanguardia," compuesta de las tropas que habían salido de Tlacotálpam. Confiósele el mando al Coronel Gómez, teniendo por ayudantes á los Capitanes Rodríguez y Aviñón, y al Teniente Monclús; y como Mayor de órdenes al Teniente Coronel Izaguirre.

El General en Jefe con el Comandante Terán avanzó una legua, alojándose en la hacienda de San Antonio, y al día siguiente se le unió el resto del Estado Mayor.

La noche fué triste y de penosos recuerdos. Cansados caballos y ginetes, todos se entregaron al reposo, seguros de que no eran los egipcios los que irían á interrumpir su sueño; y cuando el nuevo día los despertó se encontraron que, durante la noche, habían llegado los guardias de Tlacotálpam que habían marchado, aunque infructuosamente, en auxilio de "Conejo."

Podía contar ya la Sección con unos doscientos cincuenta hombres, y un rayo de esperanza penetró en el pecho de aquellos valientes que habían cedido á la fuerza para abandonar el punto confiado á su lealtad y á su valor.

Desde ese momento, un solo pensamiento dominó en todos, desde el General en Jefe hasta el último soldado: el de recobrar á Tlacotálpam.

XIII

Un incidente que tuvo lugar el día 11 hizo que se modificaran las disposiciones dictadas la noche anterior.

Serían las doce ó poco más, cuando estando en el corredor de la casa principal en San Antonio, el General en Jefe con sus ayutantes, divisaron de repente el tope de uno de los mástiles de una cañonera que parecía dirigirse á San Jerónimo: en esos momentos daba vuelta al torno del río llamado "la Isleta." Una de dos: ó el enemigo practicaba sólo un reconocimiento para probar de avanzar hasta Cosamaloápam, ó llevaba la idea de hostilizar la sección de observación situada en los "Amates." Como quiera que fuera, el hecho patentizó al general que era temerario permanecer en aquellos lugares sin exponerse á un segundo desastre, y á las haciendas y rancherías al furor de un enemigo feroz, cruel y salvaje.

Las tropas de la sección, bajo la influencia todavía de la derrota de "Conejo," y ante la potencia del invasor, cuyos buques hacían imposible toda resistencia, se dispersaron luego que, como desde San Antonio, divisaron la cañonera, yéndose á refugiar á los palmares que forman bosque en todos esos terrenos, hasta Acula; y el mismo General García, sorprendido de la inesperada visita, montó á caballo, ordenando la retirada de todos á Amatlán. El Capitán X..... marchó á comunicar la orden al Coronel Gómez, á quien encontró casi solo con unos cuantos oficiales y unos pocos soldados de Tlacotálpam.

La cañonera no llegó á San Jerónimo, regresándose á su punto de partida.

A la una comenzó la retirada, aun cuando, fuerza es decirlo, más parecía una fuga, pues no precedió orden ninguna de formación. La tropa tomó el camino, en el cual iban mezclados soldados y oficiales, marchando los últimos Gómez y X....., éste se quedó en la encrucijada de la "Boca de Acu-

la," para dar dirección á los que llegaron de los palmares; y aquél precipitó su marcha á Amatlán para recibir instrucciones del Cuartel general. Una granada que disparó hacia la campiña la cañonera, hizo que se introdujera el pánico entre los rezagados, y un jefe de alta graduación llegó á todo correr de su caballo hasta Cosamaloápam, donde ya el Jefe de Hacienda se había instalado con anticipación.

A las ocho de la noche ya todos estaban en Amatlán, alojadas las compañías en algunas casas que se habilitaron de cuarteles, y el General en Jefe con el personal de la Comandancia, en el pequeño hotel de la señora Avila. La noche se pasó bien, y el alegre toque de "diana" en la madrugada del 12 reanimó la moral de aquellos sufridos soldados que deseaban sólo algunos días de descanso para estar aptos y medir de nuevo sus armas con las del enemigo.

En las primeras horas de la mañana llegó una compañía de infantería de Cosamaloápam, al mando del Capitán D. Margarito Montalvo; y unida á otra de Tlacotálpam, la 2ª del "2º Activo" y á la guardia nacional de Acula, formaron la nueva Sección de vanguardia, la que al mando del Coronel Gómez contramarchó á San Jerónimo, como residencia, extendiendo sus operaciones hasta los "Amates," ó más adelante si era posible.

El Comandante de escuadrón D. Joaquín Jiménez se hizo cargo del mando del municipio de Amatlán, siendo Comandante militar del Cantón D. Manuel Rodríguez Torres, sucesor del Lic. Peniche.

XIV

Nada notable ocurrió el día 13, si no fué la baja y traslación á Cosamaloápam del Comandante Güido, por haberse enfermado de alguna gravedad. [1]

1 Una chanza tan pesada como inconveniente que usó el General para con Güido, hizo que éste, sintiéndose lastimado en su amor propio, y no pudiendo devolverla sin incurrir en un acto de indisciplina, hizo que pidiera su baja: el

Las noticias recibidas de Tlacotálpam no acusaban que el enemigo intentara proseguir de momento su movimiento de ocupación, y esto proporcionó la ventaja de que á la vez que la Sección de vanguardia pudo instalarse tranquilamente en San Jerónimo, el Cuartel general tuviera tiempo para acabar de dictar sus disposiciones, á fin de todos los pueblos de su jurisdicción se pusieran sobre las armas, reorganizando al mismo tiempo el servicio de proveedurías, correos–cordilleras, y lo más esencial, las oficinas de Hacienda y el laboratorio de parque en Cosamaloápam.

XV

Antes de amanecer el día 14, el General en Jefe, acompañado únicamente del Capitán X....., se dirigía á San Jerónimo: era su ánimo visitar el campamento provisional de la Sección de vanguardia y aproximarse, hasta donde fuera posible, á Tlacotálpam, con el objeto de tener noticias más exactas, y al mismo tiempo observar personalmente al enemigo.

Unos paisanos que llegaban de aquella población se le aproximaron al reconocerlo, poco antes de llegar á la "Boca de Acula," y le dijeron que los *negros* estaban situados desde la víspera en el "Puente García," en gran número, y además, un piquete de caballería mexicana: que el que mandaba á los primeros era un Comandante que se llamaba Dacombe, y que habían comenzado á abrir un foso en la cabeza del puente, del lado del camino.

—¿Como cuántos serán?—preguntó el General.

—Muchos, señor, pasan de cincuenta, y desde muy temprano han llevado bastantes picos y palas.

—Se fortifican seguramente, Capitán;—continuó el Gene-

General se la negó, pero el derrame de bilis que le produjo hizo que cayera en cama de cierta gravedad. Güido insistió en separse del servicio, y al fin lo consiguió mediante el certificado médico que lo declaraba inútil para el servicio.

ral dirigiéndose á su ayudante—lo cual quiere decir que pensarán establecer allí su centro de operaciones. ¿Cree vd?

—Es posible, mi General;—contestó el Capitán—pero bien visto, no merece la pena y hasta es inútil, toda vez que para hostilizarlos nosotros no necesitamos entrar por el puente.

—Ciertamente: de todos modos, será preciso recomendar á Gómez que no deje tranquilos á *esos*.

—A mi juicio, y con permiso de vd., no creo conveniente que se les hostilice antes que nos lleguen los refuerzos pedidos á Oaxaca, y que no dudo nos enviará el Señor General Díaz.

El paisano que había dado la noticia prosiguió su camino, y el General se regresó á Amatlán, ordenando á X..... que llegara hasta el campamento para comunicar al jefe del punto órdenes terminantes acerca de la vigilancia que se debía ejercer, y sobre todo, para que le comunicara cuantas noticias pudiera adquirir.

El Capitán puso su caballo á media rienda, y bien pronto desapareció en tierras de "San Antonio."

XVI

Besando las tranquilas aguas del río del "Cabezo" ó "Chiquito," sobre el cual se acababa de construir el "Puente García," existía entonces una frondosa y extensa vega, propiedad de un Sr. González, que lindaba con el camino carretero en una extensión de más de doscientas varas, cerrada al extremo opuesto por un fuerte cercado cuyos estantes no permitían que nadie pudiera penetrar en ella: por la derecha, la margen del Papaloápam le servía de lindero; y ora porque la estación era propicia, ó ya porque su dueño no se atreviera á ir para aprovechar sus frutos, el caso era que estaba muy crecida, y que el camalote podía ocultar á los que dentro se encontraran.

Entre nueve y diez de la mañana del mismo día 14, tres

oficiales procedentes del campo republicano de los "Amates," llegaban á la referida vega por la parte posterior: echaron pie á tierra, atando sus caballos á los estantes del cercado, y arrancando, no sin algún trabajo, dos de ellos, penetraron después de echarse al hombro sus mosquetones y desabrochar el carcax de sus pistolas.

Ninguno hablaba una sola palabra ocupados en buscar camino para avanzar sin hacer ruido y sin que su paso fuera denunciado por el movimiento oscilatorio del *zacate;* y agazapándose á proporción que avanzaban, llegaron á los límites de la vega, esto es, á una distancia del enemigo que estaba en el puente, igual al ancho del río. Desde allí se pusieron en observación, permaneciendo más de un cuarto de hora, hablando en voz muy baja que sólo ellos podían escuchar, y oyendo el vocerío desagradable de los egipcios, los que en su mayor parte estaban abriendo un ancho foso: el mismo seguramente de que el paisano había hablado al General García.

El Capitan X....., que era uno de ellos, hizo observar á sus dos compañeros, que aquellos bribones habían destruído por completo la lápida conmemorativa que adornaba el puente, y arrancado las letras de la inscripción creyendo que serían de plata, cuando no eran sino de plomo perfectamente pulimentadas y plateadas. Concluída la Comisión que allí los llevó, resolvieron retirarse.

—No me voy sin *tender* á uno de esos negros,—murmuró el Capitán Rodríguez, apuntando con su pistola.

Y antes que nadie pudiera impedir tal imprudencia, ya había hecho fuego sobre el grupo.

El desorden que se introdujo entre aquella gente ya podrá figurárselo cualquiera. A la sorpresa siguió la confusión, atronando el aire con gritos salvajes de furor que parecían más feroces dados en su idioma de acento tan gutural como desagradable. No habían visto ni veían á nadie, y ni razón cierta podían darse de dónde había partido el tiro: puede decirse que sólo oyeron la detonación y el silbido del proyectil;

y como Rodríguez hizo un segundo disparo, y sus compañeros, siguiendo su ejemplo, hicieron fuego también, cargándose á la parte del río para desorientarlos de la dirección el desórden se hizo mayor, y quizás habrían abandonado el punto á no haberlos contenido el oficial que mandaba la caballería traidora, quien en el acto destacó un dragón que á todo escape partió para el interior de la plaza.

Nuestros oficiales comenzaron á retirarse con el mismo sigilo que lo habían hecho al penetrar en la vega, disparando alternativamente con sus mosquetones; y luego que entraron al camino, el Capitán X..... se dirigió á toda rienda á la avanzada de los "Amates." Calculando lo que podía suceder, rogó al Coronel Gómez que se aproximara con alguna fuerza sobre la izquierda del camino. Una compañía de Tlacotálpam y otra del "2º Activo" se pusieron en marcha, yendo Gómez en persona al frente de ellas; y cuando los soldados, pecho á tierra, se encontraban perfectamente ocultos entre el acahual, frente al lindero longitudinal de la vega, llegaba un refuerzo de egipcios, con el Comandante Laucheaux, Jefe de la plaza, á la cabeza, al paso gimnástico.

Nuestros tres oficiales, ya con menos precauciones, volvieron á penetrar en la vega, y llegando al término, comenzaron á hacer fuego en retirada, sin dejarse ver.

Laucheaux formó su tropa á cuatro de fondo, atravesó el puente y avanzó resueltamente sobre el camino, sin responder á los fuegos de los tres oficiales, cuya dirección, opuesta al lugar donde se hallaba nuestra infantería, hacía que el enemigo, se ocupara poco de su flanco derecho. Era indudable que quería rebasar el cercado para atacar por retaguardia y obligar á los que estaban dentro ó á lanzarse al río, ó á batirse en condiciones desventajosas, puesto que estarían cogidos entre dos fuegos.

La caballería traidora no avanzó, pues sobre que no tenía terreno donde maniobrar, su Jefe aconsejaba á Laucheaux "que no se metiera—palabras textuales que fueron oídas cla-

para dirigir las operaciones de una campaña que se creyó, y con fundamento, decisiva. Pero entre disponer y llevar á cabo estas disposiciones transcurrieron bastantes días, tiempo que el General García no desaprovechó para prepararse completamente, no sólo á poder resistir el empuje del enemigo, sino á tomar la iniciativa cuando se juzgara oportuno y conveniente.

Cierto era que ni en Amatlán ni en Cosamaloápam podíamos combatir con esperanza alguna de triunfo, dado que, dominadas por el río estas poblaciones, las cañoneras bastaban para hacernos desocupar ambos puntos; y de ahí que sólo las ocupáramos provisoriamente, por encontrarse cerca de la base de operaciones adoptada por el enemigo, poder observar sus movimientos y acudir con presteza al punto que fuera necesario, ya hacia los cantones situados al Sur, ya hacia las poblaciones del lado Norte, donde aún permanecía el bravo General Cuellar, establecido en Omealca, llave de la Costa por estos rumbos.

Hacia el 18 de este mes, una parte del batallón Zaragoza había llegado á la hacienda de San Nicolás, desde cuyo punto marchó al Cocuite una compañía para reforzar la sección que se puso á las órdenes del Coronel de artillería D. José Juan García; otra se incorporó al Cuartel general, situándose en Cosamaloápam, y el resto permaneció en San Nicolás y la Cerca, donde nada había que temer de las cañoneras enemigas.

La llegada el día 20 del 2º batallón "Sierra Juárez," en alta fuerza, al mando del Coronel D. Joaquín García Terán, y el cual fué enviado por el General Díaz en auxilio de la costa, fué motivo de justo contento, pues ya podíamos extender nuestras operaciones con más confianza. Este cuerpo se mandó establecer á Cosamaloápam, contramarchando para reforzar la guarnición de San Nicolás y la Cerca la compañía del batallón "Zaragoza" que allí se encontraba.

Así las cosas llegó el día 23.

La noche anterior, noticias reservadas que desde Alvarado había recibido el General García, respecto á varios puntos de la administración, hicieron que confiara á sus ayudantes distintas comisiones, dándoles órdenes privadas al efecto. Al Comandante de escuadrón, Jiménez, Jefe de las armas de la localidad, le ordenó que marchara á visitar su jurisdicción militar, á fin de que se pudiera contar con ella en un caso dado: al Capitán Rodríguez lo hizo que se reincorporara al Estado Mayor del Coronel Gómez: al Capitán X..... lo comisionó para que pasara á Acula, á cuyo punto debían llegar dos canoas viajeras conduciendo de contrabando un valioso cargamento, con orden de aprehender á sus conductores y asegurar las mercancías, para proceder con arreglo á las leyes fiscales vigentes;[1] y él con el Comandante D. José H. Terán y con el Capitán D. Joaquín M. de Aguilar, marcharía hacia Cosamaloápam, sin determinar el punto á donde se dirigía.

Así, pues, á las primeras horas del día 23 Amatlán parecía como desierto: sólo estaban allí unos cuarenta hombres de la

1 Aunque las noticias señalaban al comerciante alemán de Veracruz como propietario y conductor de este contrabando, no era así: este cargamento venía en regla y fué despachado en Cosamaloápam, produciendo una buena entrada de numerario en las arcas del Estado. El cargamento más valioso aún, que pretendió introducir á la costa el comerciante alemán D. J.....V..... fué denunciado por un guarda de apellido Flores, después, según se dijo, de estar de acuerdo con el propietario para defraudar las rentas públicas. Fué aprehendido, por orden del General en Jefe, por el Comandante D. José Mª Villalobos y D. José H. Terán, y por los Capitanes D. Joaquín M. de Aguilar y D. José de J. Ferrer, guiados por el mismo denunciante. V..... logró fugarse del punto de los "Amates," donde estaba preso, y el Administrador de la Aduana, D. Manuel Díaz, llevó la acusación ante la autoridad competente, procediendo luego al reparto de las mercancías, conforme á la ley. En este asunto se procedió con tanto misterio como irregularidad, muy particularmente en lo relativo á la repartición y asignación de los bienes confiscados; dando lugar con esto á que el público, siempre dispuesto á zaherir la reputación de los que gobiernan, se ensañara contra todos los que tomaron parte en el negocio, contribuyendo no poco á que perdiera mucha de su popularidad el mismo General García.

guardia nacional del mismo pueblo, el Secretario de Gobierno D. José Antonio Ruiz, el Mayor de órdenes Teniente Coronel D. M. Izaguirre, y los Subtenientes D. José E. González de la Secretaría de Guerra, y D. Francisco Terán ayudante de la Proveeduría general.

XVIII

Entre once y doce del día, el Capitán X... ...., que con su asistente regresaba al Cuartel general después de haber desempeñado su comisión, penetraba entre los palmares que desde corta distancia de Acula se extienden hasta los límites de los campos de caña de la hacienda de San José: caía un fuerte y espeso aguacero que acabó de obscurecer la atmósfera, haciendo muy difícil el paso. Procuraba avanzar, pero lo hacía de una manera lenta, pues la lluvia había inundado y obstruído las *trillas* que servían de camino hasta llegar á la hacienda.

De repente, refrenando su cabalgadura, hizo alto: habíale parecido oir á lo lejos, á su izquierda, una detonación seca y firme: lo mismo hizo su asistente, quien sostenía que era el eco de un trueno: X..... opinaba que era un cañonazo; y dirigiendo la vista hácia el lado de Tlacotálpam procuró empinarse sobre los estribos.

—¡Aquello es humo!—exclamó dirigiéndose á su compañero.

—¡Sí, Capitán!—respondió éste.—Y aunque parecen nubes, es humo espeso: humo de quemazón.

—¿Adelante entonces!—gritó, queriendo poner al trote su cabalgadura.

—A pié avanzaremos más, Capitán, hasta que salgamos del palmar.

Y uniendo la acción á las palabras del asistente, X.... desmontó, entregando las riendas de su caballo á su viejo compañero Prudencio.

En efecto, aligerados los caballos pudieron avanzar con más facilidad; y como la lluvia comenzó á aflojar, bien pronto llegaron á los primeros plantíos de caña: allí volvieron á montar, y en breve espacio se pusieron cerca del caserío.

Gruesas espirales de negro y espeso humo se extendían por el aire, corriéndose en dirección de la "Boca de Acula;" y lejos, más lejos todavía, aunque á largos intervalos, notaron que algunas llamas salían de dentro del humo.

—¡Capitán! ¡Capitán!—gritó de pronto Prudencio—¡allí va corriendo un soldado! ¡Dos.....! ¡Tres.....! ¡Cuatro.....! ¡Vea vd!

X..... volvió la vista hacia donde señalaba Prudencio, y en efecto, pudo ver hasta cuatro soldados del 2º Activo que huían rumbo á Amatlán. Puso su caballo á galope, y ya á distancia marcó el alto á los que corrían: eran siete, entre ellos un sargento: al oir la voz de mando, todos obedecieron.

—¿Qué ha pasado por allá abajo y por qué huyen vdes., sargento?—interrogó el Capitán luego que hubo llegado.

—Pues mi Capitán,—respondió el sargento, un tanto confuso—nos disponíamos á tomar el rancho, cuando de repente y sin que nadie hubiera visto nada, se nos presentó una cañonera disparando dos granadas de esas largas. De momento se desordenó la tropa; y aunque algunos tomamos este rumbo, el señor Coronel mandó que nos fuéramos al palmar. Yo con los que aquí están, y dos más que ya habrán llegado á Amatlán, no pude regresar para irnos al palmar, porque apenas nos dispararon saltaron á tierra muchos negros, seguramente para desquitarse de la *cueriza* que el otro día les dimos en el "Puente."

El Capitán, sin dejar de caminar, oía la relación que hacía el sargento, y sólo pudo notarse una ligera expresión de disgusto al oir que dos soldados habrían llegado ya á Amatlán.

—Siga vd. lo más aprisa que pueda: yo voy á adelantarme, porque mucho me temo que aquello ande mal.

Y sin esperar, y seguido de Prudencio, salió á toda rienda. El aguacero había cesado por completo.

XIX

En efecto, á la llegada del Capitán X..... á Amatlán, se encontró con que todas las gentes estaban poseídas de un pánico indecible y espantoso: los dos dispersos que habían llegado los primeros, con algunos rancheros de las cercanías del lugar de los acontecimientos, habían pintado de tal manera la situación, que no fué necesario más para que cada cual buscara el modo de salvarse de un peligro que les parecía inminente y cercano. Todo el mundo huyó, quien al otro lado del río, quienes á los palmares inmediatos, quienes, por último, con rumbo á Cosamaloápam. El Comandante Jiménez no regresaba aún de su visita de inspección, y el Mayor de órdenes se encontraba en un estado deplorable: la guardia nacional había seguido el ejemplo de los demás, y la misma dueña del hotel recogió y guardó todo el menaje del establecimiento, y puso de por medio el río.

La circunstancia de haberse ausentado el General en Jefe y con él sus ayudantes, fué motivo para dar siniestras interpretaciones á su separación entre la gente del pueblo, y de ahí el abandono casi total de la población.

Dos ó tres hombres con sus fusiles era cuanto allí había disponible para defender el punto. En la plaza de armas, el Secretario de Gobierno con el escribiente González, ambos á caballo, no cesaba de dar vueltas, sin saber qué partido tomar, dado que el Mayor de órdenes no se encontraba en las mejores condiciones para dictar medida alguna: á pie, con el albardón á la cabeza, seguía al Secretario de Gobierno, dirigiendo extraviadas miradas á todas partes. Así, pues, luego que llegó el Capitán X..... el mismo Secretario, después de explicarle la situación á su modo, le propuso que se retiraran todos á Cosamaloápam.

El Capitán rehusó.

—No nos haría honor semejante paso que parecería más bién una fuga anticipada, Secretario:—le dijo con tono amistoso—al menos á mí que pertenezco al ejército. Esperemos que lleguen, ¡qué demonios! Podemos verlos á una distancia muy considerable, y siempre tendremos tiempo de retirarnos sin que se nos tache de cobardes, pues podremos decir al General: "los hemos visto y eran demasiados."

Ruiz convino en ello.

—Ahora,—prosiguió X.....:—como nuestro amigo el Mayor está en mal estado, y el Comandante Jiménez aún no llega, á mí me corresponde el mando del punto. ¡Sargento!—le gritó al verlo llegar con sus seis hombres—¡acérquese vd. aquí!

El sargento se aproximó con el arma terciada, hizo alto y dió sobre el porta el golpe de Ordenanza.

—¡Presente, mi Capitán!

—Va vd. á situarse á la "Puente," ya sabe vd., y no permitirá que nadie, ¡óigalo bien! que nadie salga por ahí: los que vengan de arriba, que pasen, pero salir, lo repito, nadie.

—¿Y si alguno quiere hacerlo por fuerza, mi Capitán?

—Ahí tiene vd. su fusil.

El viejo veterano repitió el golpe, dió media vuelta de la manera más correcta, y un momento después marchaba con su pequeño destacamento al lugar que se le había designado.

XX

Con intervalo de una hora, á poco más de las doce, llegaron sucesivamente dos oficiales, el Teniente Barrón y el Alférez Flores, ayudantes del Coronel Gómez, dando aviso de que el enemigo, en número de trescientos hombres, y custodiado desde el río por una de las corbetas francesas, se dirigía hacia Cosamaloápam. El Capitán X..... les contestó que siendo el aviso para el General y no estando éste allí, sino en aquella población, según noticia que tenía, debían continuar

su camino hasta encontrarlo, pues tal era su deber. Los oficiales manifestaron que sus caballos no podían continuar el camino de puro cansados.

—Pues á pie, señores; para eso son los ayudantes, y deberían estar mejor montados.

Los oficiales continuaron su marcha.

Como á la una llegó el Comandante Jiménez, é informado de lo que ocurría, tanto por el Capitán como por el Secretario, aquél le devolvió el mando del punto que interinamente había tomado en su ausencia y en la del General en Jefe.

Algo se había restablecido la calma, aunque las gentes no se atrevían á salir de sus casas.

XXI

En contraposición al estado de efervescencia que presentaba el pueblo de Amatlán al regresar de Acula el Capitán X..., una hora después el más profundo silencio notábase en todas partes: las gentes, que permanecían allí, sin salir de sus casas, estaban pendientes, sin embargo, de cuanto aconteciera: se había logrado reunir como unos quince hombres de la guardia nacional, y permanecían en la plaza de armas, dispuestos á primera orden, y el personal de la Secretaría de Gobierno, acabando de arreglar el poco archivo que allí había, esperaba sólo el momento de emprender la retirada, que no debía hacerse esperar por mucho tiempo, dado el que había transcurrido desde la última noticia aportada por el Alférez Flores.

El Capitán X..... y el Comandante Jiménez permanecían en el local de la Comandancia militar. El primero fué en busca del Secretario, y después de haber hablado con él á media voz, regresó al local del segundo. Ambos montaron de nuevo; y solos, sin que los acompañaran sus asistentes, tomaron la salida del pueblo, rumbo abajo, sin apresurar su marcha. Sólo cuando hubieron dejado á su espalda el último casucho, Jiménez dijo á su compañero:

—Creo que es lo mejor que podemos hacer: desde la última noticia, tiempo suficiente ha habido para que hubiera llegado el enemigo; y, una de dos, ó ha retrocedido, ó la cañonera que lo custodia ha encontrado obstáculo en el río.

—Pronto lo veremos;—contestó X..... —me propusiste que te acompañara para desengañarnos de lo que haya en realidad, y estamos en camino. Adelante, pues.

En efecto, el Comandante Jiménez, impaciente con tanto esperar la llegada de los egipcios, propuso á su amigo y compañero el ir á encontrarlos, no porque tenía la pretensión de disputarles el paso, sino para salir de dudas, cerciorarse de la verdad y apreciar la cuantía de la invasión que se decía amenazaba á Cosamapam.

Cuando ambos ginetes habían avanzado unos doscientos metros más allá de la hacienda de San José, en la parte que el río se encuentra acantilado, y el camino carretero, bastante estrecho, corre entre el cantil lleno de vegetación y el monte bajo que se extiende hasta los entónces abandonados terrenos titulados "Los Yegüerizos," torcieron á su derecha subiendo un pequeño montículo que termina sobre el cantil, y desde el cual, reclinados sobre la cabeza de la silla, podían ver perfectamente el río, sin ser vistos ellos, hasta la salida del torno de "Zopelicán" pudiendo explorar á la vez el camino carretero con sólo enderazarse sobre los estribos.

En esta posición, no muy cómoda por cierto, esperaron descubrir, ya la infantería enemiga, que debía llegar por tierra, ya la cañonera que la custodiaba desde el río. Ninguno de los dos se apercibió de que, á pocos momentos de haberse instalado en su observatorio, un muchacho, un hombre casi, indígena de aquellos lugares, salió de dentro del monte, á retaguardia, y se colocó entre ambos caballos, sin hacer ruído alguno, con el objeto, seguramente, de ver él también.

Diez minutos habrían transcurrido desde la llegada de los dos oficiales, cuando al mismo tiempo que por el río se escuchaba perfectamente el ruido de la máquina y de la hélice de

la cañonera, por tierra, más á lo lejos, se hacía oir el rumor de los pasos de una tropa en marcha.

Jiménez y X..... se miraron sin decirse una palabra.

A poco rato, cuando aún se oía á bastante distancia el rumor de la infantería, apareció primero la columna de negro humo que denunciaba la aproximación de la cañonera: el ruido de la hélice era mucho mayor, lo cual indicaba que batía las aguas á poca profundidad: luego apareció el bauprés con oficial que iba sondeando el río; y cuando se descubrió por completo el buque, podían contarse las gentes que iban sobre cubierta. Un vigía estaba apostado en la cofa superior del palo mayor, y en las otras, infantes de marina vigilaban el lado de tierra.

El ruido que hacían los egipcios era más perceptible, y Jiménez, sin cambiar de postura, dijo á su compañero en voz baja:

—Podemos irnos ya; dentro de un cuarto de hora nos habrán alcanzado si permanecemos aquí, y no tenemos otra cosa que hacer que no dejar que nos echen mano.

—Vámonos.—Contestó secamente X....., sin hacer objeción alguna.

Pero en los momentos de ponerse en marcha les llamó la atenció un ruido sordo, seco, estridente que partía del río, como si de repente se hubiera roto un resorte de gran potencia, y ambos volvieron la vista á la cañonera. Esta estaba inmóvil, y la tripulaciónu se movía precipitadamente de uno á otro lado sobre cubierta. El silbato del Contramaestre se hizo oir mandando una maniobra, é instantáneamente dejó de salir humo por la chimenea y se vió escapar vapor por ambos costados del buque.

Había embarrancado en un pequeño bajo del torno de Zopelicán.

En estos momentos también los caballos de los dos oficiales se encabritaron á la vez sobre las patas traseras con un movimiento de espanto, tratando de retroceder del montícu-

lo. Ambos ginetes, sorprendidos, inclinaron la vista hacia la tierra para buscar la causa de aquel inesperado movimiento. Entonces fué cuando notaron la presencia del indígena que los había seguido desde su llegada; pero era tal el terror que se pintaba en su rostro, que no pudieron menos que asombrarse también.

—¡Un negro..... con fusil..... y gorro..... colorado!—tartamudeó al fin, pudiendo apenas respirar y señalando con trémula mano á lo largo del camino.

El Comandante y el Capitán siguieron la dirección que el indillo indicaba, y á su vez tocóles su turno de asombro: aunque bastante lejos, ambos pudieron ver un ginete que á media rienda avanzaba hacia ellos, teniendo todas las apariencias de un egipcio ó de un argelino: traía un fusil á la espalda.

El efecto fué inmediato.

X..... y Jiménez bajaron al terreno plano y echaron pie á tierra. No veían al inesperado huésped, pero no les era dado retroceder sin exponerse á ser fusilados por la espalda, pues era seguro que los alcanzaría aquel ginete y los más que suponían vendrían con él: no podían tampoco bajar al río, ni menos internarse en el monte bajo que tenían á su frente, aun cuando abandonaran sus cabalgadnras, porque era demasiado cerrado, y serían alcanzados de todas maneras antes de ponerse fuera del alcance del tiro del enemigo.

La situación era desesperada de momento.

El ginete reapareció de nuevo, moderando el paso de su caballo, y volviendo la cabeza hacia atrás, como si esperase la reunión de sus compañeros. Esto determinó la actitud de los dos oficiales.

—¿Cuántos tiros tienes en la pistola?—preguntó Jiménez á X..... con la sangre fría y mesura que en él eran características.—Yo estoy completo y tengo además el del rifle.

—Pues estamos iguales—respondió X.....—Los caballos nos servirán de parapeto;—prosiguió después de haber saca-

do su rifle del carcax—y lo que es *ese* puede darse por muerto luego que se ponga á tiro.

—Siempre *despacharemos* media docena de negros cuando menos que irán á revivir á su tierra,—replicó Jiménez—y esos llevaremos de ventaja cuando nos toque caer. En guardia pues, y veamos lo que sucede.

Se apretaron la mano, y atravesando sus caballos sobre el terreno, se prepararon á recibir á los contrarios, no sin notarse que estaban conmovidos.

El lance no era, ó parecía no serlo, para menos. Una muerte segura en perspectiva.

XXII

El ginete avanzaba lentamente, y empinándose sobre los estribos, parecía que trataba de explorar el río, lo que no era posible por hallarse el camino más bajo que el cantil: por lo demás, no daba indicios de haber visto á los dos amigos aunque ya se encontraba á tiro de fusil. X....., con mano firme, le apuntaba, sirviéndole de mampuesto la silla de su caballo, cuando Jiménez, que no quitaba la vista del que parecía un egipcio detuvo el movimento del rifle al bajarlo X..... para asegurar el tiro.

X..... se volvió sorprendido hacia él.

—¿Qué sucede?—le preguntó medio amostazado.

—Que no es egipcio—respondió Jiménez—y viene solo: mejor hagámoslo nuestro prisionero.

X..... bajó el arma, puso el gatillo en el seguro, y echó mano á la pistola, lo cual había hecho ya Jiménez.

—¡Quién vive!—gritó éste con formidable acento, saliendo enteramente al camino, y apuntando al ginete.

—¡República! ¡Acula!—contestó el ginete, deteniendo su caballo.

—¡Es Carbajal!—exclamaron al mismo tiempo X..... y Jiménez.

—¡Es el Comandante militar de Acula!

Y corrieron á su encuentro dejando los caballos al cuidado del indio que todavía estaba más muerto que vivo.

El ginete, que había echado mano de su fusil al ser sorprendido por la pregunta de Jiménez, volvió el arma á su puesto, y echando pie á tierra ligeramente, se acercó lanzando una sonora carcajada.

—¡Buen susto me han dado, *caray!*—exclamó dando tregua á su risa.

—¡Pues á fe que á nosotros!—contestaron aquellos, riendo á su vez.—Pero nadie tiene la culpa más que este pendurria, —agregó X..... designando al pobre indio—que nos sorprendió con su presencia y con su espanto, señalando á vd. como á un egipcio; y como en esos momentos varaba la cañonera, y aun se oían los pasos del enemigo, la verdad, creímos que vd. era uno de ellos.

—Pues en poco ha estado que vdes., lo mismo que yo, fuéramos víctimas de esos *monos:* yo venía á dar aviso al Señor General, y tuve la necesidad de estarme escondido porque me venían cortando: toda la fortuna fué que luego que varó la corbeta, y á un *pitazo* dado á bordo, todos bajaron al río para reembarcarse. Esos pendurrias,—prosiguió con marcado tono de desprecio— no saben marchar por tierra, si no los van cuidando los cañones de *ese maldito tuerto,* que el diablo se ha de llevar.

.....

***

Permítaseme una ligera digresión antes de continuar este "recuerdo."

El *tuerto,* según he dicho ya, era como llamaban en Alvarado al Comandante de la escuadrilla francesa: se hizo odio-

so en aquella población, y lo mismo pasó donde quiera que fué con sus buques, como sucedió en Minatitián, debido á su carácter grosero é insolente y á sus instintos crueles, feroces y sanguinarios.

Sólo nuestro antiguo conocido el Doctor americano John Scamon, á quien hemos perdido de vista ya, y el cual, como se recordará, permaneció en Alvarado cuando lo desocuparon nuestras fuerzas, pudo escapar á su zaña, debido al respeto á su nacionalidad, no obstante haberse burlado de él.

Scamon, durante los pocos días que estuvo allí, no se cuidaba de emitir públicamente su opinión respecto de los acontecimientos políticos que se sucedían en el país, condenando siempre la conducta de las naciones coligadas contra México, y con particularidad la de la Francia, á partir de los Tratados de la Soledad. Sobre todo, censuraba el poco tino que tenían las llamadas autoridades, *intrusas*, como él decía, para escoger los hombres de que se servían.

De todo esto tuvo conocimiento el Jefe francés, y libró orden para que el americano se le presentara á bordo de su corbeta.

El Doctor acudió al llamamiento, y en malísimo español tuvo lugar entre ambos el siguiente diálogo qne es casi textual:

—Vd. se permite, señor, hablar mal de la expedición,—dijo el *tuerto*, mal comprimiendo su ira—cuando nosotros hemos venido á este país, tan bello y digno de mejor suerte, para regenerarlo, ¿comprende vd? Porque los hombres todos que representan al Gobierno de Juárez son inmorales, viciosos, ignorantes y malvados, y el Emperador—descubriéndose al pronunciar la palabra—el gran Emperador—continuó casi arrastrándola por la cubierta—quiere que bajo la bandera de Francia el pueblo mexicano sea grande y honorable. ¿Comprende vd?

—Sí, señor,—contestó el norteamericano con afectada convicción—y ahora confieso que no tengo razón, después de las

palabras tan bonitas que vd. me ha dicho. Ahora me explico por qué quita vd. á D. Pepe Ruiz que es un excelente *gentleman* y pone en su lugar á un tal Castellanos que, al decir de todos, es un excelente bribón; y en lugar de Gastañaga que bebe muchas copas al día, se confiere el mando de las armas á Cerezo, que es un borracho asqueroso y nauseabundo..... ¡Ah!—continuó Scamon antes que el francés lo interrumpiera.—¡Qué gran regeneración!

Y el americano inclinó la cabeza.

—¡Señor!—rugió el Comandante, rojo de ira como un cangrejo.—Si vd. pretende burlarse, sépase que si al Emperador Napoleon III le da la gana, hará que cuatro mil zuavos vayan á pasearse, con el arma al brazo, por todo el territorio americano.....

—Ya lo creo—interrumpió aquél con el aire de la más profunda convicción.—Como vd. puede ver por el uniforme que visto, soy Médico-cirujano del ejército del Norte, y por lo mismo conozco mucho á mi país, y puedo decirle que allí se goza de tal libertad, que no digo cuatro mil zuavos, sino hasta diez mil y los Cazadores de Africa además, pueden pasearse por toda la nación sin que nadie los moleste para nada.... pero..... eso sí, quietecitos: en cuanto hagan mucha bulla ó cometan algún desorden, ó molesten al vecindario, el sherif, con la policía, los mete á toditos en la cárcel.....

El francés lanzó una especie de mugido al escuchar la andanada: comenzó á pasearse á grandes pasos, y luego, parándose de repente y mirando fijamente al americano:

—¡Va vd. á salir inmediatamente de aquí, y dentro de media hora abandonará el territorio de mi mando! ¡Sale vd. desterrado!—le dijo con tono amenazador.—¡Vd. se marcha con sus amigos!

—All right!—contestó el americano á tiempo de tomar la escala para embarcarse en la canoa que lo condujo á tierra. [1]

1 Este episodio, que fué referido por el mismo Doctor á su llegada á nuestro campo de Salta Barrancas, donde fué dado de alta, lo confirmó más tarde,

***

Prosigamos nuestro relato principal.

Los tres amigos volvieron á montar, y durante el camino Carbajal les refirió con mayores y completos detalles lo ocurrido en el campamento de San Jerónimo, lo cual referiré á su vez. Rióse del equívoco, tomándolo por egipcio, y explicó la causa de tal equivocación manifestando que, como la sección de vanguardia se componía de guardias nacionales de diversas procedencias, á excepción del 2º Activo que tenía uniforme de brin, los demás soldados se confundían entre sí, pues todos vestían de paisano. Que el Coronel Gómez, tanto para distinguir unos de otros, como para mejor organizar el servicio, había dispuesto que cada agrupación usara un color distintivo en el sombrero; y así los de Tlacotálpam usaban una faja blanca, azul los de Cosamaloápam, verde los de San Jerónimo y rancherías anexas, y que él, Carbajal, con los suyos, había adoptado el rojo, habiéndole ocurrido, para darse á conocer de sus subordinados, recortar el ala de su sombrero de paja, dejándole una especie de visera y cubriendo tanto ésta como la copa con *lacre*, lo cual hacía que apareciera como un casquete egipcio. Como su color era densamente cobrizo, con semejante atavío bien podía confundírsele en un momento de sorpresa, por un enemigo, tanto más, cuanto que por estar los caminos enfangados se había arremangado los pantalones y calzoncillos, quedando enteramente al descubierto sus piernas, cuyo color obscuro, desde lejos completaba el engaño.

En estas explicaciones llegaron á Amatlán, donde Jiménez y X..... eran esperados con ansia para saber á punto fijo lo que pasaba.

en la época del General García, D. José Antonio Ruiz, quien por entonces residía en un rancho de su propiedad á inmediaciones de Alvarado. Fué tema obligado de todas las conversaciones durante muchos días, admirándose algunos de que no la hubiera pasado peor el audaz Doctor.

—La cañonera se ha varado en Zopelicán, y los egipcios se han reembarcado: por hoy no habrá nada—dijo X ..... al Secretario de Gobierno en voz bastante alta para que lo oyeran cuantos allí se encontraban.—El Señor Comandante y yo lo hemos presenciado todo.

La noticia cundió con rapidez, la tranquilidad se fué restableciendo por momentos, y algunos curiosos se arriesgaron entonces á ir á ver la cañonera.

El Secretario dió parte por escrito al General en Jefe que ya se encontraba en Cosamaloápam, recibiendo al mismo tiempo los que le rindieron el Comandante militar y su Ayudante, presentándose luego D. Emeterio Ruiz, á nombre del mismo General para ratificar los hechos. Tres horas más tarde arribó el mencionado Jefe seguido del resto de su Estado Mayor y de cincuenta hombres de infantería de Tesechacán.

La noche se pasó sin novedad pero sin que nadie durmiera: se estableció una extensa línea de centinelas á lo largo de la ribera, y los oficiales hicieron el servicio de vigilancia en el camino. Hacia la madrugada divisóse confusamente á lo lejos un bote que parecía reconocer la profundidad del río; diósele el ¡quién vive! por el centinela más avanzado, y retrocedió violentamente.

La cañonera continuaba varada; pero se sabía por los conocedores del terreno que era muy fácil ponerla á flote, y se creyó que proseguiría su marcha una vez superado el obstáculo que la detenía.

XXIII

Efectivamente: si alguna duda hubiera podido caber respecto de la situación poco crítica de la corbeta francesa, se habría desvanecido al siguiente día, puesto que entre seis y siete de la mañana comenzó á verse, avanzando la columna de espeso y negro humo que marcaba su marcha río arriba.

El General en Jefe dispuso que en el acto se diera aviso al

Comandante militar de Cosamaloápam, y al efecto envió al Capitán X..... con instrucciones para éste y para el Teniente Coronel García Terán.

El Capitán, seguido de su asistente, salió inmediamente, y á pesar de un fuerte aguacero que en aquellos momentos comenzó á inundar los caminos, hacía correr su caballo atendido á que la cañonera sólo podía tardar un par de horas para llegar, y él apenas podría hacerlo con una anticipación de treinta y cinco á cuarenta minutos á lo más.

El mismo General se retiró de Amatlán con la fuerza bastante exigua de que podía disponer, reforzada durante la noche con la 2ª compañía del batallón "Sierra Juárez," situándose á la salidad el pueblo, emboscada la tropa, por si la infantería egipcia hacía algún desembarco para proseguir su marcha por tierra.

No fué así: la cañonera, al pasar frente á Amatlán, moderó sensiblemente su marcha, cual si tratara su Comandante de observar la actitud de sus habitantes; y luego volvió á avanzar con la misma rapidez que antes, no sin haber denunciado la presencia de un *práctico*, mexicano, que iba de guía, y el cual, bien conocido por desgracia, quedó ya marcado con el estigma de traidor, y sentenciado, por decirlo así, á muerte.

El Capitán X..... llegó á Cosamaloápam con toda oportunidad para comunicar las órdenes é instrucciones de que era portador, reducidas en concreto á lo siguiente: Que no se expusiera á la población inútilmente á un cañoneo que sería fatal, hostilizando á la gente que llevara la cañonera, en tanto que ésta permaneciera á bordo: que si el Jefe de la expedición pedía parlamento, se lo cencediera, debiendo ser él quién bajara á la plaza enteramente solo: que toda proposición que tendiera á infamar el buen nombre de los costeños, fuera rechazada enérgica y terminantemente: que las tropas se cubrieran á distancia del río, en el caserío, según lo estimaran conveniente los jefes del punto, para defenderlo si la infantería enemiga desembarcaba, procurando arrojarla por

el camino del palmar hacia Amatlán; y por último, que si el Jefe de la expedición amenazaba bombardear la villa, sin intentar el desembarco, las autoridades y tropas se retiraran hacia el Cuartel general, haciendo responsable al Jefe invasor de las desgracias que pudieran ocurrir en una población que no hacía resistencia, y que quedaba inerme é indefensa.

En consecuencia de esto, el Teniente Coronel Terán estableció su tropa á espaldas de la iglesia parroquial, cuya situación le permitía batir al enemigo de flanco en caso de un desembarque y aproximación á la plaza principal; y el Comandante militar con el Capitán Banderas, el personal de la Comandancia y cien hombres de Chacaltianguis, del mismo Cosamaloápam, Ixmatlahuacán y otros Municipios, ocupó los corredores de las casas sitas en la misma plaza para abrir sus fuegos al frente y retaguardia, á fin de arrojar al enemigo tal como estaba dispuesto.

Pero nada de esto aconteció.

Cuando la cañonera hubo llegado á eso de las diez de la mañana, pidió parlamento, y el Comandante de ella obtuvo permiso para bajar á tierra, siendo recibido cortesmente por el Comandante militar, á gran distancia del lugar donde se encontraban las tropas: su llegada se redujo á *solicitar víveres*, y como no se le concedieran, regresó á bordo: momentos después la corbeta viró por redondo y regresó rumbo á Tlacotálpam.

A las doce del día tal parecía que nada había acontecido: las tropas regresaron á sus respectivos acantonamientos, y en la tarde la tranqnilidad era completa en todo el Cantón.

Decíase que Maréchal se encontraba á bordo de la cañonera.

XXIV

Fácilmente puede comprenderse, y así lo comprendieron el General en Jefe y todos los jefes, oficiales y tropa, que la *petición de víveres* no fué sino un pretexto, y que aquel paseo

militar era más bien un reconocimiento, ya del río para el paso de sus buques, ya del espíritu de las poblaciones, y de cómo sería recibido el enemigo si intentaba proseguir la ocupación que había iniciado ú otra que en mayor escala intentara.

Desde ese momento, el General García comenzó á tomar sus medidas, aunque de una manera disimulada, para dar un ataque á Tlacotálpam, aprovechando la oportunidad de que, como solía suceder, se encontrara ausente la escuadrilla que lo custodiaba.

Se supo de una manera indudable que una parte de la infantería egipcia había contramarchado á Veracruz, reemplazándola una fuerza de caballería traidora que mandaba un tal Clemente Osorio, antiguo desertor del batallón de Veracruz, donde tenía el grado de sargento 2º; y tan instruído que apenas podía escribir su nombre, firmando *Elemente Ocorio;* y que algunos tlacotalpeños indignos habían hecho causa común con los invasores, quedando señalados con el desprecio de todos sus compatriotas. Un tal Perea, sobre todo, era el principal deturpador de los defensores del territorio nacional. Este majadero, siempre arrastrando un mohoso sable de caballería, se daba todos los aires de un matasiete, y se jactaba de su impudicia y falta de vergüenza públicamente, para comprobar así su entera adhesión á *su majestá*, como él decía.

XXV

Así las cosas, llegó el día 14 de Agosto.

Conforme á órdenes reservadas comunicadas á los jefes de la brigada, Estado Mayor, etc., etc., y al Coronel Gómez, que con la sección de su mando se había incorporado al Cuartel general, en esa misma noche debía celebrarse una Junta de Guerra para discutir el plan de ataque: al efecto, y á fin de que no llamara la atención de las gentes la reunión de aquellos oficiales superiores, las músicas de los cuerpos, situadas

en distintos puntos, deberían dar una serenata que comenzaría á las siete de la noche.

Pero cuando comenzaba á tocar la del batallón "Sierra Juárez," llegó un correo particular de Tlacotálpam, quien, dirigiéndose directamente al General García, puso en sus manos un cañón de pluma, dentro del cual estaba oculto un pequeño mensaje: leyólo el General, y llamó aparte al Capitán X..... y al Secretario de Gobierno, con quienes conferenció por breve espacio.

Y en tanto que las gentes estaban entretenidas con las músicas, y los soldados estaban en sus alojamientos, los ayudantes de Estado Mayor salían aisladamente de la población, siguiéndolos el Coronel Gómez con toda la caballería, y á lo último el mismo General con el personal de la Comandancia y de su Secretaría.

El aviso dado por el antiguo amigo Crespo decía, que en la mañana muy temprano se habían marchado las cañoneras llevándose el resto de los egipcios y á los traidores que habían hecho causa común con el enemigo; y que la caballería se preparaba en esos momentos á abandonar la población.

Tal fué la causa de la sigilosa salida del General García con la caballería: quería llegar, si era posible, á tiempo de impedir el paso del río á la caballería enemiga para hacerla prisionera, lo cual no era fácil, porque aun cuando tenía que marchar hasta el "Esterillo", y estaban los caminos demasiado malos para poder avanzar con rapidez, llevaba algunas horas de ventaja. Sin embargo, el General lo dispuso así, y se intentó la empresa.[1]

Una vez fuera de la población, los ayudantes de Estado Mayor se incorporaron al General en Jefe, el Coronel Gómez con la caballería tomó la vanguardia, y una sección de exploradores avanzó un buen trecho para hacer la descubierta. Al

1 En los primeros días de la ocupación el Jefe principal de esta fuerza hizo proposiciones para pasarse á nuestras filas, pero las exigencias que tuvo hicieron que no fueran admitidas.

llegar á los Amates, los ayudantes se escalonaron con la avanzada hasta llegar al "Puente García," y á la una de la mañana del 15 Tlacotálpam fué reocupado por los republicanos sin disparar un tiro.

XXVI

La lluvia continuaba cayendo poco fuerte pero espesa y fría, y el aspecto de la población era triste y lúgubre, no sólo por el silencio que en ella reinaba, sino porque á través de las hendeduras de puertas y ventanas se escapaban rayos de tenue luz, denunciando que las familias velaban, pero temerosas: suponían, infundadamente, que las tropas republicanas llegarían sedientas de venganza contra cuantos habían tomado participio, más ó menos directamente en la cosa pública durante la ocupación del enemigo.

No tenían razón.

El General García estaba bien al tanto de quiénes eran los verdaderos culpables; y aun cuando luego que amaneció por completo hizo reducir á prisión á varios iudividuos, luego fueron puestos en libertad, y la ley sólo cayó inexorable y fría sobre dos desgraciados convictos y confesos de traición á la patria, y los cuales fueron denunciados, aprehendidos y presentados á la primera autoridad por un oficial de la caballería de Tlacotálpam. Aun estos infelices habrían escapado á la dura suerte que les cupo, si su captura hubiera tenido lugar después de pasados los primeros momentos de excitación en que todos se encontraban: fatalmente no fué así, y el General se mostró inexorable. Era en los momentos en que rodeado de multitud de gente del pueblo visitaba los puntos fortificados por el enemigo, y oía el relato que se le hacía de los desmanes cometidos por el invasor, y todo esto influyó poderosamente en su terrible resolución.

A las diez de la mañana el aspecto de la ciudad había cambiado completamente: por doquiera se hacían manifestaciones de contento; y los buenos tlacotalpeños, distinguiéndose so-

bre todo las mujeres, sin distinción de clases ni gerarquías, engalanaban á porfía el frente de sus casas con banderas, cortinas y follaje, que daban el conjunto más vistoso y agraciado.

A las tres de la tarde llegaron las infanterías al mando del Teniente Coronel García Terán, se pasó revista en la calle de la "Ribera," y lanzado á vuelo un repique general en todas las iglesias, el regocijo fué unánime. En la noche las músicas dieron serenata en el jardín de la Plaza de Armas, y la ciudad, iluminada profusamente, respiraba de nuevo el aire de la libertad.

Sólo dos familias lloraban en silencio la orfandad en que habían quedado, debido al castigo que se impuso á sus jefes, hombres del pueblo que cayeron bajo el rigor de la ley.[1]

XXVII

Para terminar lo relativo á esta segunda campaña en el territorio costeño, referiré en pocas palabras los principales acontecimientos que tuvieron lugar en Tlacotálpam y sus inmediaciones durante la permanencia de un mes y dos días de aquella sección del ejército de ocupación.

Y digo en pocas palabras, porque en efecto, para describir escenas de filibusterismo, bastaría esta sencilla frase: "los que fueron á ocupar la costa como enemigos de la República, se ocuparon más del bandidaje."

Y no de otra manera se puede calificar lo que todo un Jefe del ejército francés, del ejército de Napoleon III, que se proclamaba regenerador del pueblo mexicano, ejerció allí en el cortísimo tiempo que su superioridad por el río le permitió ultrajarlo impunemente, sin poder ser arrojado entonces

1 Fusilados á las siete de la mañana, los cadáveres fueron colgados de dos árbolos á la entrada del "Puente García," y allí permanecieron, con centinela para que nadie los bajara, hasta las seis de la tarde que se permitió á sus familias que los recogieran para velarlos y darles sepultura.

de la manera vergonzosa que lo fué más tarde de todo el país.

Si alguna duda podía abrigarse de que Maréchal pertenecía á la misma escuela de los Forey y de los Dupin, que en China deshonraron el uniforme que vestían, bastaría lo hecho en Tlacotálpam y sus alrededores para aplicarle el mote de *bandolero.*

Esta es la palabra: palabra que no ha perdido su valor á pesar de los muchos años que han transcurrido.

XXVIII

Maréchal, luego que "Conejo" fué incendiado, cuando sus tropas no encontraron allí nada que pudiera satisfacer sus instintos feroces y sanguinarios, ni su ambición de pillaje, retrocedió con una parte de sus gentes á Veracruz, prosiguiendo el resto para Tlacotálpam, al mando del Coronel Lacheaux, á fin de ocuparlo y de establecer allí su centro de operaciones.

El fracaso del "Puente García" le hizo comprender que la ocupación no era tan fácil como lo suponían él y los malos mexicanos que en Veracruz, en Alvarado y en el mismo Tlacotálpam, trataban de *chusmas harapientas* á los defensores de la Independencia Nacional, y de *canalla* que huiría á la sola presencia de un enemigo que siempre que peleó sin ventajas de gran consideración fué derrotado, como en Jaltipam y Cosoleacaque, en la Garrapata y en el Puente García. Maréchal en esta vez fué resuelto á hacer sentir su poder entre gentes indefensas y poblaciones ó rancherías inermes: lleno de odio contra el General en Jefe por la no aceptación de sus injuriosas proposiciones, y contra todos los que no querían someterse al naciente y estúpido Imperio, cuya cabeza principal se llamaba Napoleon III, en Francia, y Bazaine en México, porque el infeliz descendiente de los Hapsburgos era sólo el maniquí consciente de aquellos hombres que jugaban

la suerte de México al éxito de una empresa filibustera que podía poner en alarma á todo el Continente americano, cuando el coloso del Norte estaba dividido por una guerra civil que no le dejaba tiempo para ocuparse de los asuntos continentales.

Omitiré referir actos de salvajismo, como fué el mutilar algunos edificios públicos, entre otros la parte de madera del que servía de teatro, las lápidas conmemorativas del "Puente García," y los muebles del Palacio Municipal; de falta de cultura, convirtiendo en letrinas y mingitorios las casas donde se alojaron, y de incivilidad, persiguiendo á las familias de los que estaban en el campo republicano, ó bien forzando y saqueando las casas de éstos que estaban cerradas: pedir cultura, civilización y nobleza de sentimientos á aquellas hordas africanas, á aquellos presidiarios de allende los mares y á los infidentes, que constituían la guarnición de Tlacotálpam, sería pedir un imposible. Me ocuparé sólo del asunto culminante en que figura como protagonista el Jefe principal.

So pretexto de que en la casa particular del General García estaban depositados el archivo y otros objetos pertenecientes á la Comandancia de la línea, Maréchal, sin respetos ni consideraciones de ninguna clase, y acompañado de su esposa, allanó el hogar de la familia, obligando á la señora de García á buscar refugio en la vecindad, y ya solo, y con los soldados que lo acompañaban, y usando de la fractura y de la violencia, descerrajó roperos, destruyó muebles y cometió actos indignos no ya de un oficial superior, sino de cualquier hombre que se tuviera por medianamente honrado y caballero: su digna consorte secundó sus esfuerzos, y á la salida, al abandonar el hogar profanado, vergüenza causa decirlo, pero aún viven personas que pueden atestiguarlo, llevaban en sus manos el fruto de su robo. Muebles, vajilla, juguetes de tocador, alhajas, y por último, una magnífica y costosa *canastilla* propiedad de la señora del General García, era el botín de guerra que se apropió la de Maréchal, condu-

ciendo todo con la mayor desenvoltura y con el mayor cinismo en medio de una alegría innoble, y sin que el rubor de la vergüenza coloreara su rostro.

Increible parecerá esto, pero es lo cierto; y lo repito, todavía existen testigos de tanta infamia y de desvergüenza tanta; y aún hoy, después de tantos años como han transcurrido desde entonces, si alguno de los que en aquella época qne se aliaron con el enemigo, lee estos renglones, el rubor debe cubrir su rostro y avergonzarse de haberse hecho cómplice de hombres qne en tan poco tenían el honor de su propia nación.

Consumado el robo, el ratero se transformó en incendiario.

Al abrigo de los cañones de sus buques de guerra hizo una correría desde Tlacotálpam hasta la Boca de Acula; y pobres campesinos que huían ante su presencia, y ricos hacendados que honradamente se entregaban á las labores del campo, vieron desaparecer entre el humo y las llamas del incendio, en todo ó en parte, sus heredades, el pan de sus hijos, en medio de gritos feroces de venganza, entre innobles risotadas de aquella soldadesca salvaje, brutal y desenfrenada.

Al siguiente día de la ridícula petición de *víveres* en Cosamaloápam, regresó á Veracruz el hombre que, por sus hazañas en esta parte de la costa, fué premiado con el grado de General.....

XXIX

Restablecida la tranquilidad en toda la costa, puede decirse que desde entonces se acentuó más el sentimiento liberal en las poblaciones de aquel litoral. Fué seguramente la primera vez que se dispusieron y celebraron las fiestas cívicas del 15 y 16 de Septiembre, con un entusiasmo verdaderamente espontáneo, en el que la autoridad tomó participio, más que para anticiparse al deseo de los tlacotalpeños, para darles su apoyo moral, á fin de que las fiestas tuvieran mayor lucimiento aún.

Acababa de construirse el Zócalo de la Plaza de Armas, y en él se levantó un elegante templete, bastante espacioso para contener la numerosa comitiva que acompañó al General en Jefe para el acto solemne de leer el acta de Independencia, y proclamarla tremolando la bandera republicana, ante millares de espectadores. El Secretario de Gobierno llevó la palabra oficialmente, y su correcta, patriótica y bien sentida alocución al pueblo, fué objeto de nutridos y merecidos aplausos.

No había una sola nota discordante entre aquel concierto de felicitaciones, vivas y aplausos, pues aun el Cura párroco, que al principio de la campaña se permitía criticar los actos del Gobierno, desde el púlpito, pero cuya falta expió con un arresto de dos meses en el "Campamento de Conejo," se había declarado amigo, no muy leal por cierto, pero dominado por las circunstancias y por las lecciones de la experiencia en cabeza propia, el Cura Castro, repito, no era el menos en prodigar frases de amistad y benevolencia lo mismo para el General García que para sus oficiales y ayudantes.

Sólo á fines de Octubre ó principios de Noviembre se obscureció momentáneamente la atmósfera política.

El valiente y denodado General Cuellar, que defendía la entrada de la costa por el rumbo de Omealca, situado con sus bravos soldados en el puente del mismo nombre, fué derrotado completamente por un cuerpo de fuerzas enemigas, superior en número, en armamento y en elementos de todas clases: derrotado, no por la fuerza de las armas sin embargo, sino porque la fatalidad hizo que el parque que mandó pedir al Cuartel general de Tlacotálpam, y que le fué enviado inmediatamente, resultó de calibre mayor al que se necesitaba: llegado al campo de batalla en los momentos que se había consumido el que aquellos soldados tenían, fué recibido con gritos que anunciaban la victoria; y aquellos valientes que peleaban con ardor, al morder el cartucho para cargar su arma, rugían de ira al verse impotentes para hacer que la bala

penetrara en el cañón de su fusil. Las bayonetas desempeñaron entonces el principal papel, pero tuvieron que ceder al impulso del número de sus contrarios, quienes los arrollaron y los arrojaron del lugar tan heroicamente defendido, no sin dejar cubierto el campo con cadáveres del enemigo. El General Cuellar, que debió su salvación á la bondad y á la ligereza de su caballo,[1] llegó á Tlacotálpam con la amenaza en los labios y la ira en el corazón, para hacer recriminaciones duras é injustas al General García.[2]

Partió para Oaxaca á exponer su queja ante el General Díaz[3] y desde entonces desapareció para siempre del territorio veracruzano.

XXX

Al terminar el año de 1864 todo parecía estar en calma en la costa. Las tropas que habían derrotado al General Cuellar retrocedieron á su campamento de Medellín, cesando todo motivo de alarma por esta parte de la línea; y en Veracruz y en Alvarado parecía que no se ocupaban ya de emprender una nueva invasión por dichos puntos.

El General en Jefe como justa recompensa á los servicios prestados por el Capitán X..... y el de igual empleo D. Eulalio Vela, los ascendió al grado inmediato superior, lo mismo que al Comandante de escuadrón D. Joaquín Jiménez,

1 Viéndose perdido, sin soldados y sin esperanza de auxilio, saltó con todo y caballo por sobre la barda del puente, teniendo la fortuna de salir sano y salvo de aquel salto que lo orilló á la muerte: permaneció oculto, y entre las sombras de la noche salió al camino de travesía que lo condujo á Tlacotálpam.

2 Serían las cuatro de la tarde cuando llegó á la Comandancia militar de la línea; y la conferencia entre él y García fué por demás borrascosa. Todos los que la presenciamos esperábamos un desenlace desastroso y funesto, que evitó la prudencia del segundo.

3 El General Díaz, tanto en cartas particulares como de oficio, tenía hechas las más amplias recomendaciones para que se le atendiera en todo, por la importancia del punto que guardaba.

que fué ascendido en la misma fecha (1º de Diciembre de 1864) á Teniente Coronel de caballería.

Comenzaba á susurrarse por entonces una próxima campaña que se abriría por distintos rumbos de los que antes se habían emprendido y contra la capital del Estado de Oaxaca; así como que la queja del General Cuellar había impresionado vivamente al General Díaz, Jefe superior por entonces de toda la zona libre que comprendía los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca, Tabasco y Chiapas.

Empero nadie sabía la realidad de los hechos que se trataban, y en estas circunstancias llegó el año de 1865, tan preñado de amenazas para el porvenir de la República, de su Independencia y de su libertad.

EL COCUITE Y LA LAJA.

Relevo del General García.—Reorganización hacendaria y militar.—La Sección ligera.—Encuentro del Callejón de la Laja.—Muerte de Maréchal.—Destitución del guerrillero García.—Paseo militar de la nueva línea.—Origen y formación de ésta.—Regreso del General García.—Fusilamiento de tres abigeos.

I

EN el segundo tercio del mes de Enero de 1865 llegó á Tlacotálpam, procedente de Oaxaca el Coronel D. Faustino Vázquez Aldana, Mayor General de aquel cuerpo de ejército, y en comisión en la línea militar de Sotavento para recibirse del mando de ella, en tanto que el General García debía recorrer dicha línea en toda su extensión hacia el Norte. Esta medida, dictada con anterioridad por el Cuartel general de Oaxaca, fué interpretada de muy distintas maneras; pero la más válida era la de que el General Díaz, con motivo de las quejas del General Cuellar, trataba de relevarlo definitivamente del mando, llamándolo á su lado para utilizar sus conocimientos en su arma favorita: la artillería.

Y así era la verdad; y al enviar á Vázquez Aldana para relevar á García, obedecía al mismo tiempo á un deber, separando al primero de Oaxaca, donde por cuestiones de amor propio más bien que de disciplina, se habían suscitado querellas de cierta importancia entre el Mayor general de Ordenes y el entonces Coronel de la Legión del Norte D. Jerónimo Treviño.

Además, el estrecho sitio que por entonces le ponían las tropas francesas, hizo que tratara de asegurar el territorio costeño, y para ello necesitaba de un hombre de toda su confianza, y que con conocimientos bastantes y reconocida energía fuera una garantía para la consecución de los fines que se proponía, y que no se realizaron por entonces debido á los acontecimientos que se sucedieron al cerrar el cerco las tropas que sitiaban á Oaxaca.

Como quiera que fuera, el General García, luego que hizo la entrega del mando, veinticuatro horas después de la llegada de Vázquez Aldana, salió de Tlacotálpam con todos sus ayudantes y el personal de la Secretaría, excepto él Comandante X....., que con los capitanes D. José de Jesús Ferrer y D. Fausto Romero, permaneció al lado del nuevo Gobernador y Comandante militar, desempeñando las funciones de Jefe de Estado Mayor y Secretario de la Comandancia General.

Inmediatamente que se hizo cargo del mando el Coronel Vázquez Aldana, reorganizó el servicio militar y el hacendario, que estaban bastante desatendidos y relajados: hizo retirar á sus pueblos respectivos á los guardias nacionales que aún permanecían como en servicio activo sin tener elementos para sostenerlos debidamente, puso en rigor la contribución sobre ganados que pasaran de un punto á otro y sobre los algodones que se condujeran á Orizaba, y por último, estableció nuevos Comandantes militares en algunos Cantones bastante mal servidos á causa de la ineptitud ó negligencia de los que existían.

Nombró Mayor de órdenes al Teniente Coronel D. Manuel Ariza; el de su mismo empleo Izaguirre pasó al Cocuite con igual carácter en la brigada que estaba organizando el Coronel de Artillería D. José Juan García; el de igual empleo Gómez, con sus ayudantes Aviñón y Rodríguez, pasó á Cosamaloápam, y el Comandante Vela, con los Rifleros de Goatzacoalcos, volvieron á ocupar sus antiguas posiciones en

el Cantón de Minatitlán, desde donde podía moverse violentamente en caso de necesidad. Algunos jefes pasaron en cuartel á diversos lugares de la costa, y los oficiales sueltos se destinaron en varias oficinas ó en comisiones del servicio. Como un puesto avanzado sobre el río, hizo reconstruir y guarnecer, aunque en pequeña escala, el antiguo campamento de Conejo.

Y entretanto que cuidaba escrupulosamente de todo á cuanto al ramo militar concernía, no desatendía lo relativo á la hacienda pública, en cuyos importantes trabajos fué eficazmente secundado por el Jefe de Hacienda, que lo era D. Sebastián de Aparicio Bárcena.

Así, pues, en los últimos días del mismo mes de Enero, las fuerzas estaban repartidas como sigue:

Rifleros de Goatzacoalcos, Cantón de Minatitlán.

Guardia nacional de Acayúcam, Cabecera del propio Cantón.

Idem de los Tuxtlas y Catemaco, en sus respectivas poblaciones.

Idem de Cosamaloápam, en la misma población.

Idem de Tlacotálpam y 2º Activo, en Tlacotálpam.

Batallón Zaragoza, menos una compañía de guarnición en distintas poblaciones, como sostén de las Guardias nacionales.

Auxiliares de la 1ª brigada, en Conejo, al mando del Capitán D. J. Ramos.

Además, la 2ª brigada al mando del Coronel D. José Juan García, en el Cocuite, compuesta de las fuerzas siguientes:

Granaderos de Zaragoza, Capitán D. Manuel Rosso.

Guardia nacional del Cocuite, Tlalixcóyam, etc., Capitán D. Remedios Camporada.

Piquete de caballería de Boca del Río, Capitán D. Antonio García.

Idem de Cosamaloápam, Teniente D. José Silva.

Idem de Tlalixcóyam, Comandante D. Antonio Cruz.

Esta pequeña brigada estaba en observación del enemigo situado en Veracruz y Medellín, pues los acontecimientos de Oaxaca hacían temer, y con fundamento, una nueva invasión á la costa.

Retrocedamos para continuar nuestro relato.

II

La visita de inspección que emprendió el General García debía durar, cuando menos, dos meses; pero durante su larga permanencia en Minatitlán supo la posibilidad de una rendición ó de una capitulación en Oaxaca, y retrocedió precipitadamente á Tlacotálpam, recogiendo el mando á Vázquez Aldana, á quien nombró su segundo.

Cortadas del todo las comunicaciones con la capital de aquel importante Estado, García vino á quedar como Jefe absoluto en toda la extensión del territorio de su mando; y las pocas noticias que de allí se tenían por la vía de Alvarado eran cada vez más tristes y aterradoras. El espíritu público decayó mucho, pues á nadie se ocultaba la gran trascendencia que sobre la costa tendría la pérdida de aquel Estado y la destrucción del ejército que la defendía; y de ahí que todos, soldados y paisanos, estuvieran intranquilos y como presintiendo algún acontecimiento siniestro, que diera al traste con todo lo hecho hasta entonces, los sacrificios impendidos y los caudales gastados. El mismo General García no podía ocultar el disgusto que lo dominaba.

Al fin, la noticia de la capitulación de Oaxaca y la prisión del General Díaz con sus jefes principales, se hizo anunciar por medio de nuestros agentes en Alvarado, confirmándola al mismo tiempo las ruidosas salvas que hacían los buques surtos en aquel puerto, y cuyo eco resonó lúgubre y pesado en el corazón de todos.

La alarma que causó en toda la costa fué espantosa; y en poco estuvo que aquella noticia no fuera la señal de un desmoronamiento completo, de fatales consecuencias para la cau-

sa republicana en aquellas comarcas. A la alarma sucedió el pánico, y no faltó quien, en los primeros momentos, tratara de procurarse un pasaporte del Cónsul americano de Minatitlán para ponerse en salvo.

Por fortuna la entereza de Vázquez Aldana, su sangre fría, y más que todo, la buena voluntad de aquellos habitantes, hizo que se rehicieran los ánimos y que se tratara de conjurar la tormenta que parecía próxima á estallar sobre la costa. Debido á los consejos y gestiones de Vázquez Aldana, se celebraron algunas Juntas de jefes superiores encaminadas á proveer para el porvenir, acordándose desde luego trasladar los Poderes á Cosamaloápam, donde tuvo lugar la última Junta, dando por resultado que se creara la nueva línea militar que comprendía las zonas libres de los Estados de Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Tabasco y Chiapas, á la cual concurrieron por haber ido llegando sucesivamente los Generales D. Pedro Baranda, D. Fernando Ortega, D. Antonio Rojas y D. Rafael Benavides, y el Coronel D. Pantaleón Domínguez, Gobernador del Estado de Chiapas, quien llegó á tiempo para tomar participio en aquella confederación.

Asimismo quedó acordado que regresarían á sus Estados para promover la defensa nacional todos los presentes, jefes genuinos de sus Estados, nombrándose por Tabasco, al General D. Rafael Jnnguito y al General Benavides por Oaxaca. El primero de éstos renunció el encargo, negándose á pasar al territorio que se le confiaba, y el segundo no pudo tomar posesión del mando, pues á su llegada á Tuxtepec se encontró que aquel territorio reconocía como jefe principal al Coronel D. Luis Pérez Figueroa, que se negó á reconocer el mando superior del General García.

Sin embargo de estos incidentes, un tanto desagradables, el resultado fué magnífico moralmente: la tranquilidad volvió á imperar en la costa, el espíritu público cobró mayor brío y todo volvió á su estado normal, por decirlo así, sin ocurrir nada que pudiera alterar el orden establecido, pues aunque

pocos días después de la capitulación de Oaxaca hubo alguna alarma en otro sentido, con la aproximación de la Legión del Norte, y de la caballería del General D. Félix Díaz, éste se embarcó por Minatitlán para los Estados Unidos del Norte, y aquella pasó de largo para regresar á su Estado, atravesando sólo por el de Veracruz.

La caballería del General Díaz se quedó en Amapa, formando parte del escuadrón Lanceros de Veracruz.

Entónces emprendió de nuevo el General en Jefe su visita de inspección que debía durar unos tres meses, volviéndose á hacer cargo del mando político y militar del Estado el Coronel Vázquez Aldana, quien continuó permaneciendo en Cosamaloápam, su Cuartel general: los cuadros de los cuerpos se reforzaron y recibían instrucción diariamente, en tanto que los oficiales acudían en las noches á la academia establecida por el Comandante X.... conforme á una disposición superior.

III

Desde la anterior desaparición del Comandante militar de Tlaliscóyam, D. Miguel Cuesta, y del Señor General D. Juan de Dios Arzamendi, acaecida en Paso de Vaquero, de esa jurisdicción, el Coronel García dispuso que se situara allí una fuerte avanzada para evitar toda sorpresa por ese rumbo.

Decíase que tanto el Comandante militar Cuesta como el General Arzamendi, al practicar una visita al referido Paso de Vaquero se habían visto obligados á pasar allí la noche, siendo sorprendidos en las altas horas por una fuerza de caballería traidora, al mando del titulado Coronel D. Jorge Murcia, pero se rumoraba á la vez por los habitantes de la pequeña ranchería, que aquello había sido una farsa, pues desde hacía algunos días se reunían allí Cuesta y Murcia, teniendo largas conferencias.

El resultado fué que un día menos pensado aquella juris-

dicción se encontró acéfala, y que fué preciso que el Coronel García la ocupara con su brigada, situándose en la hacienda del Cocuite, pues no dejaba de comprender que aquella especie de traición mal disimulada era el principio de una nueva invasión por aquella parte de la costa, tanto más cuanto que se sabía perfectamente que en Tlalixcóyam mismo había algunos que simpatizaban con el Gobierno intruso, y que estaban en relaciones con los jefes de las caballerías traidoras. El principal de estos simpatizadores era un rico comerciante español á quien más tarde, y como una venganza por no haber podido dominar ni vencer á los republicanos, acusaron de traición á los compromisos contraídos con ellos, reduciéndolo á prisión y amenazándolo de muerte si no entregaba una fuerte suma á modo de rescate. Dió cuanto allí tenía, hizo giros sobre Veracruz, y el hombre en cambio de su ingratitud para con México, se quedó en la calle como vulgarmente se dice.

IV

A eso de las nueve de la mañana del día 2 de Marzo, la avanzada de Paso de Vaquero rectificó la noticia que ya se tenía de que una columna enemiga compuesta de austriacos y de egipcios, mandada personalmente por Maréchal, se aproximaba haciendo rumbo á la hacienda del Cocuite, adonde llegó y acampó como á las dos de la tarde, dejando una parte de su fuerza en la ranchería de Moyotla.

El Coronel García, que anticipadamente había evacuado el punto por no ser á propósito para resistir al enemigo, dispuso entonces que la infantería republicana se situara en el punto denominado "Laguna Larga," quedando en observación toda la caballería. Una de nuestras avanzadas hizo algunos disparos imprudentemente entre siete y ocho de la noche, que si bien introdujo la alarma entre el enemigo, le advirtió nuestra presencia cerca de ese campo: el enemigo contestó con un

tiro de cañón que no causó daño alguno, y tanto unos como otros pasaron la noche en vela.

A las siete de la mañana del día 3, una humareda negra y espesa anunciaba que el enemigo había incendiado la hacienda al emprender su marcha de avance á Tlalixcóyam, como había incendiado la ranchería de Moyotla al abandonarla para dirigirse al Cocuite. Maréchal no podía, pues, prescindir de sus instintos de bandido é incendiario. Los republicanos á su vez ocuparon la hacienda á eso de las dos de la tarde, para cortar el paso al enemigo en terreno apropiado al caso, encontrándola casi convertida en escombros: aún humeaban las maderas de la finca y de la tienda; y el propietario de la segunda, un honrado español, sentado sobre un pedrisco, lloraba su ruina.

Cerca de un árbol de mango yacía un pobre soldado nuestro, quien sin duda al amanecer se habría dispersado, ó quizá habría intentado desertarse, y fué asesinado.

La oficialidad y tropa republicanas estaban bastante disgustadas, á causa de que el Coronel García no presentaba batalla, y juzgaban *in peto* que sus movimientos eran lentos y poca su pericia: más patriotas que soldados, sólo querían pelear, sin cuidarse del modo de hacerlo asegurando el éxito. García, hombre de calma y de juicio, y entendido en materia de guerra, si bien comprendía el sentimiento que dominaba en sus subordinados, quienes en honor de la verdad procuraban ocultarlo, no se preocupaba de ello; y luego que el enemigo emprendió la marcha, hizo él lo mismo procurando adelantársele por caminos de travesía para encontrarlo en el punto que ya tenía escogido de antemano.

Al efecto, mandó situar una fuerte emboscada en el Callejón de "La Laja," que era el punto escogido, aprovechando la obscuridad de la noche para atravesarlo sin peligro: á la entrada del Callejón hizo que se estableciera el Capitán Camporada con sus infantes, y el resto de la fuerza acampó al lado opuesto, en el mismo Callejón, apoyándose en "Llano

Grande." El pelotón de *cazadores* quedó agregado á la infantería de Camporada.[1]

Nuestros pobres soldados estaban hambrientos y fatigados, y sólo como á la media noche se les mandó dar un poco de arroz para medio satisfacer el hambre. A las cinco de la mañana del 4 la neblina era tan espesa, que á esa hora aún parecía de noche, cuando el Comandante Cruz, que servía de sostén á Camporada, envió un Correo al Coronel García participándole que el enemigo avanzaba resueltamente hacia nosotros.

Preciso es confesar que de momento, al comunicarse la noticia, hubo alguna vacilación entre los valientes guardias nacionales, pero fué muy pasajera, y pronto recobraron su brío al organizarse la columna de ataque penetrando en el Calllejón para tomar posiciones, y poniéndo obstáculos de toda clase tras sí, de trecho en trecho, para entorpecer y desorganizar la formación y marcha del enemigo. Al concluir el paso del Callejón quedaron establecidas cinco guerrillas perfectamente emboscadas y á cubierto de los fuegos contrarios.

El Coronel en Jefe y el Mayor de Ordenes recorrieron todo la línea arengando y entusiasmando á la tropa, la que entonces pudo apreciar las buenas y oportunas disposiciones del primero.

El momento decisivo se aproximaba: oíase ya el sordo rumor de los pasos del enemigo y la rodada de la pieza de artillería que llevaba, y el corazón de aquellos noveles soldados, de los cuales la mayor parte era la primera vez que iban á recibir el bautismo del fuego, latía lleno de entusiasmo y de bélico ardor. Sólo los granaderos de Zaragoza, que formaban

1 Desde el principio de la campaña se organizaron pelotones de cazadores experimentados, que se escogieron entre lo mejor de los tiradores que existían en la costa, con sólo el objero de tirar sobre los jefes enemigos. Cada sección tenía uno de estos pelotones que marchaba siempre á vanguardia, y en los momentos del ataque se dispersaban en tiradores para obrar aisladamente.

la sección de infantería, y estaban al lado del Coronel García, parecían indiferentes á cuanto se hacía, satisfechos seguramente de que allí, como en Cosoleacaque y Jaltípam, les sonreiría la victoria.

La columna enemiga llegó por fin á la altura de la primera guerrilla, y esta rompe los fuegos haciendo una descarga de frente: la columna contraria se desconcierta un tanto, pero se repone de la sorpresa, hace alto, y de dentro de sus filas avanza la pieza de artillería, la cual abre sus fuegos á metralla sobre el frondoso bosque, que despedía fuego por todas partes, pues se habían corrido en toda la línea. La primera guerrilla, luego que abrió sus fuegos, se replegó al camino de Tlalixcóyam para flanquear al enemigo, dejando á la vez despejado el campo á fin de hacer más eficaces los fuegos de las otras, y de la reserva que ya había tomado posición y los de los *cazadores* que se habían diseminado por todo el bosque.

Los tiros eran tan certeros, que casi todos los artilleros estaban á poco tendidos en tierra. Fué entonces cuando Maréchal, descubriéndose y echando pie á tierra seguido de algunos austriacos, hizo cargar la pieza, rectificando personalmente la puntería. La pieza no disparó: un tiro salido de las filas republicanas dejó muerto á Maréchal, quien quedó doblado sobre el mástil de la misma pieza. Cuatro ó cinco austriacos cayeron á su lado muertos también.

La muerte del Jefe de la expedición y lo nutrido del fuego de los guerrilleros, que se iban concentrando para cerrar el paso que ya había cortado la reserva, para arrojar al enemigo hacia la llanura, á fin de que la caballería completara la derrota, determinó una retirada violenta y compacta pero ordenada. El enemigo tuvo que forzar el paso, á sablazos los austriacos y á la bayoneta los egipcios, cargando de una manera terrible al centro; y aunque nuestros ginetes llegaron á tiempo, no pudieron impedir que el enemigo, retrocediendo por un momento, recogiera el cadáver de Maréchal y que

pretendiera hacer lo mismo con la pieza de artillería que había quedado en nuestro poder. La columna enemiga emprendió la marcha rumbo á Medellín.

El parque se había concluído, y preciso fué que nuestras fuerzas, rendidas y fatigadas, se retiraran á Tlalixcóyam, cargadas con el botín de guerra, después de haber levantado el campo y de recoger los cadáveres del Capitán Camporada y del cabo de ranchos, únicos muertos que tuvimos, amén de algunos heridos de más ó menos gravedad.

El Capitán García de la caballería de Boca del Río, fué dado de baja al llegar la columna á Tlalixcóyam, por haber permitido que sus soldados, según unos, ó él personalmente, según otros, hubieran mutilado á los egipcios muertos en el combate, cortándoles las orejas, con las cuales hicieron una sarta asquerosa nauseabuda y sangrienta.

Tal fué la acción de "La Laja," donde pereció el tenaz jefe francés que intentó por dos veces someter por la fuerza de las armas, á los costeños, al dominio del titulado Imperio.

V

Tres meses más tarde regresó de su expedición el General García, volviendo á recibirse del mando. Fué obsequiado con un espléndido banquete y un lucido baile, costeado todo por sus amigos y por los jefes y oficiales de la guarnición, reinando la mayor armonía y la más perfecta fraternidad.

Los acontecimientos principales que tuvieron lugar durante su ausencia fueron, la llegada por Minatitlán del Coronel D. Francisco Varela, Teniente Coronel D. Lorenzo Pérez Castro, y Comandante D. Francisco Z. Mena, prisioneros en Puebla y desterrados á Francia, quienes no habiendo querido reconocer el Imperio en su destierro, fueron traslados y abandonados en un puerto de España, sin recursos y sin elementos de ninguna clase, en unión de otros dignos mexicanos que corrieron la misma suerte, y entre los cuales se hallaban el Coronel D. José María Pérez Milícua y el Teniente

Coronel D. Juan Galindo Silva, y el fusilamiento de tres abigeos hijos de Tlacotálpam.

Fué hacia principios del mes de Mayo cuando se comenzó á desarrollar de una manera alarmante para los ganaderos el feo crimen de abigeato; y era rara la semana que no se denunciaban dos ó más robos de ganado vacuno ó caballar. Ya nuestros agentes en Medellín, Boca del Río y Veracruz habían dado aviso de que periódicamente, gentes desconocidas por allí, introducían á la última de estas poblaciones reses y caballos, que vendían á muy ínfimo precio: esto hizo sospechar que esos ganados se relacionaban con los robos que se cometían en la costa para ir á vender luego al enemigo el fruto de sus rapiñas.

El Coronel Vázquez Aldana, comprendiendo la gravedad del asunto, y deseando dar seguridad á los hacendados, dictó fuertes y enérgicas medidas, ordenando á los Comandantes militares que persiguieran con tesón á los abigeos, y recordándoles que estaba vigente la ley Llave, sobre ladrones y abigeos, y haciéndolos responsables de los robos que se cometieran en sus demarcaciones.

Tocóle al Comandante militar de San Jerónimo aprehender *in fraganti* delito á tres abigeos; y dado que hubo el parte respectivo, y substanciada la causa en el término perentorio que aquella ley señala, fueron sentenciados á sufrir la pena capital en el mismo lugar donde habían sido sorprendidos.

Los tres eran hijos de Tlacotálpam, y durante los dos días que se necesitaron para la substanciación de la causa ocurrieron al Cuartel general de Cosamaloápam, comisionados que llevaban solicitudes pidiendo el perdón de los culpables: nada obtuvieron, porque en este punto, el Coronel Vázquez quiso cortar el mal de raíz, y entonces se recurrió á los ruegos primero, y luego á las amenazas contenidas en anónimos, que en nada influyeron para la revocación de la sentencia. Al fin los culpables fueron fusilados en San Jerónimo tres

días después de su aprehensión, y el Coronel Vázquez Aldana recibió felicitaciones de las gentes sensatas de Tlacotálpam, que á una voz aseguraban que aquellos individuos eran pájaros de cuenta, que toda su vida la habían empleado en robar ganados para llevar á Veracruz.

El acontecimiento más sensacional fué el siguiente:

Entre los soldados de caballería que acompañaron al General D. Félix Díaz y quedaron agregados á la nuestra, había un argelino, desertor del enemigo. El referido argelino pasó á Cosamaloápam donde era visto como animal raro, ya por lo antipático de su fisonomía, ya por el extraño uniforme que llevaba, ya también porque semejantes tipos eran completamente desconocidos por allí.

El domingo siguiente á su llegada, en los momentos que el sacerdote elevaba el copón en la misa mayor, el individuo en cuestión, arrollando la multitud de gentes que asistían al templo, llego al altar mayor, y mientras que de un puntapié hacía rodar al oficiante abajo del altar, con la mano derecha le arrebataba el copón, arrojando al suelo el vino y partículas que contenía: luego se guardó el vaso sagrado bajo su jaique, y echando blancas espirales de humo de la enorme pipa que fumaba, intentó salir del templo.

Los concurrentes, estupefactos en un principio, no trataron siquiera de detenerlo, pero un hombre del pueblo le echó mano por el pescuezo, entregándolo á la autoridad inmediatamente. Se le aplico la ley Llave, y fué pasado por las armas al pie de la tapia del cementerio de la población.

***

Presintiendo el General García que la cosa pública tomaba un giro muy favorable para la causa republicana, y habiendo sido obsequiado por el Gobernador del Estado de Tabasco con una imprenta de campaña, dispuso que el Comandante X....., inteligente en la materia, la montara, unido á D.

Francisco Palencia, tipógrafo que había llegado con el General, conduciendo la pequeña imprenta; y una vez montada comenzó á publicarse el *Boletín Oficial* de la Línea Militar de Sotavento, primer periódico que vió la luz pública en aquellas comarcas.

Esta imprenta fué luego reforzada con la que de su peculio particular hizo venir D. Donaciano Lara de los Estados Unidos del Norte, por conducto del ex-Capitán D. Ramón Lainé, que habiendo sido de los capitulados en Tlapacóyam, le fué señalada como residencia la ciudad de Veracruz.

TLACOTALPAM Y COSAMALOAPAM.

Tercera ocupación de Tlacotálpam.—Salida de los republicanos.—Alternativas de la campaña.—Tres columnas del enemigo marchan por distintos puntos para ocupar definitivamente la costa.—Más peripecias.—Fuga del Jefe de Hacienda llevándose los caudales públicos.—Su aprehensión.—Desavenencias entre los Jefes principales y sus consecuencias.—Malas medidas dictadas por el General García.—Reconocimiento de la plaza de Tlacotálpam el día 8 de Agosto.—Asalto del día 10.—Retirada.—Entrega la plaza el Coronel-imperialista Camacho.—El Capitán Ramos en Conejo.—Reocupación de Tlacotálpam.—Nuevo relevo del General García.—Lo sustituye el General Benavides.—Separa de sus puestos á algunos empleados del Gobierno.—Destierro del Jefe de Hacienda.—Su relevo por el C. Albino Carballo Ortegat.—Vuelve García al mando.—El ex-Coronel Arechavaleta releva á Carballo Ortegat, quien marcha á Oaxaca.

I

TOCAMOS al final de nuestros "Recuerdos," como tocaban á su fin los acontecimientos que por más de cuatro años consecutivos tuvieron en constante alarma á los costeños, quienes, en lo general, fueron defensores de la independencia patria, prefiriendo arrostrar las consecuencias de la guerra, tomando participio activo en ella con perjuicio de sus intereses, de sus propias comodidades y de las de la familia, á permanecer fríos espectadores de la invasión con que á mano armada, y hollando los fueros de la dignidad, de la razón, de la justicia y del derecho, se pretendía imponerles el yugo de un príncipe aventurero, que en alas de su ambición se forjó mentidas ilusiones para recobrar en México el prestigio que habia perdido en Europa, dando valor á infa-

mes maquinaciones urdidas por traidores y apoyadas por un César moderno, tan despreciable como hombre, como fementido y desleal como gobernante.

El Archiduque Maximiliano había firmado su sentencia de muerte al signar la sanguinaria, feroz y antipolítica ley de 3 de Octubre, y Napoleon III echó los cimientos del cadalso del Cerro de las Campanas al retirarle su apoyo, cuando el leal pueblo francés, por medio de algunos pocos, pero patriotas, de sus representantes, le pidieron estrecha cuenta de su conducta y de la sangre que sus hermanos iban á derramar, allende los mares, por una causa bastarda, innoble, sin gloria y sin honor; Pío IX, cómplice del atentado, sancionaba los hechos al negar su mediación á la intermediaria del iluso Príncipe á quien, en unión de su loca consorte, llenó de bendiciones pontificias cuando fueron á pedirle de rodillas, y deponiendo toda su altivez, que sancionara la reprobable, ilegal y atentatoria empresa de robar la libertad de un pueblo que ningún mal les había hecho.

El Almirante Dunlop y el General Prim, arrostrando las consecuencias y la responsabilidad de sus actos ante sus Gobiernos respectivos, destruyeron los efectos de una Convención donde la mentira, el dolo, el fraude y la mala fe que se traslucían en cada frase sirvieron de base para establecerla, rehusando el asociarse á las bajas intrigas de un gobierno inmoral, corrompido y cínico, de un Gabinete servil y bajo, y de una Cámara aduladora, antipatriótica, débil y vendida al Soberano. Juárez hizo frente á la situación creada por Saligny y sus paniaguados: el continente americano protestó con su actitud firme, enérgica y digna, negando todo reconocimiento al nuevo orden de cosas establecido contra toda ley y derecho; el Gobierno de la Casa Blanca, á pesar de hallarse en circunstancias críticas, debido á la guerra civil que dividía á su nación, hizo saber al de las Tullerías que jamás consentiría que en América se atacara el derecho de ningnno de los pueblos del continente; y aquel feble edificio, basado

sobre tan débiles como vacilantes cimientos, vino abajo entre las maldiciones de las viudas y de los huérfanos qne lloraban su desgracia, originada porque sus deudos habían sido sepultados bajo sus escombros. Puebla reivindicaba el glorioso nombre que había conquistado el 5 de Mayo de 1862; Querétaro había entrado en el período álgido que precede á la agonía; y mientras en México los sitiadores arrancaban á balazos la ridícula é infamante corona que la mano aleve de un viejo decrépito había colocado sobre la arrogante cabeza del águila azteca, cual si fuera la *calota* de un zuavo, un pelotón de soldados tendía á sus pies, exánime y sangriento, al temerario que había osado poner su mano sobre el arca de las libertades patrias, para hacer de un pueblo de ciudadanos libres, un pueblo de siervos y vasallos.

II

La costa de Sotavento, en el territorio veracruzano, fué la primera en emanciparse totalmente del yugo extranjero, pudiendo tener el orgullo de decir, que cuantas veces intentó dominarla el enemigo, otras tantas lo escarmentó de una manera terible; y que una parte de su suelo, el Cantón de los Tuxtlas, jamás fué hollado por la planta del invasor.

Los acontecimientos posteriores á la fuga del General Díaz de su prisión de Puebla: los sucesos de Oaxaca luego que el propio caudillo reconquistó el territorio donde viera la primera luz y donde dió sus primeros pasos en la senda del heroísmo y del valor, fortalecieron el espíritu público de la costa; y el último llamamiento al patriotismo de sus hijos excedió las esperanzas del General en Jefe de la línea militar de Sotavento.

Habían pasado los postreros días de prueba, de amargura, de vacilación, causadas por hechos que sin afectar en lo más mínimo el interés de la verdad histórica debimos relegar al olvido, toda vez que, en último análisis, sólo revelaban los

efectos de la debilidad humana. La injustificable y encarnizada persecución que el General García desplegó contra algunos jefes y oficiales por sólo el hecho de *creer* que no le eran adictos; la deserción del Teniente Monclús; el alzamiento en armas de Acayúcam, y en el cual asesinaron villanamente al Teniente Coronel Santelices y al Subteniente Rasillas; el fusilamiento del cabecilla de esta inmotivada rebelión; las desavenencias entre el General en Jefe y su segundo; la mala defensa hecha en el "Callejón del Fraile;" la fuga misteriosa del Jefe de Hacienda llevándose los dineros de las tropas, su aprehensión, enjuiciamiento y relevo; su destierro de la línea militar; la persecución que el nuevo Jefe Benavides desplegó contra algunos empleados de la Secretaría de Gobierno á quienes destituyó, son incidentes aislados y secundarios del objeto principal; funestos y desmoralizadores, sí, peró ajenos á la acción general de los sucesos: y si en parte fueron factores de la desmoralización y enfriamiento de las tropas, después de haber enfriado y desmoralizado á los costeños, no significan, en la historia, sino el desbordamiento de las pasiónes del hombre, la lucha de la justicia contra el crimen, y la tendencia común y constante del dominio del fuerte contra el débil, ó la satisfacción de miras ruines, criminales y bastardas.

III

Ya desde el mes de Marzo (1866) se sabía á punto fijo que una nueva y formidable expedición se estaba preparando para invadir la costa de Sotavento: había comenzado su retirada el ejército francés, y aun cuando muchos de sus soldados, algunos centenares de hombres, se engancharon en el nuevo ejército imperialista, era su composición heterogénea, pues dicho ejército se componía de austriacos, húngaros, belgas, no pocos aventureros españoles, y como pie principal, de traidores, entre los que figuraban algunos antiguos jefes que militaron poco tiempo antes en las filas republicanas, y los que,

ó por poca fe en los principios que entonces defendían, ó porque se ilusionaron con el peligroso llamamiento que al partido liberal hizo Maximiliano, fueron á engrosar las filas de la traición, echando una mancha en su hoja de servicios, como la echaron en su reputación algunos otros que, en el foro y en la tribuna, en la prensa periodística y en las letras, en las ciencias y en las artes, habían sido honra del partido que luchó desde el principio, primero contra la Intervención, y después, hasta la conclusión de la campaña, contra el titulado Imperio.

Fué sin duda la campaña más bien dispuesta y organizada por parte del enemigo; y si no dió el resultado que se prometía fué seguramente porque apenas quedaban en blanco, en el libro de la historia patria, páginas para escribir en ellas, con letras de oro, los últimos episodios de una guerra desastrosa pero llena de gloria y de hechos heroicos desde el principio hasta el fin.

Cuatro columnas, fuertes de más de mil hombres cada una, debían invadir á la vez por Alvarado y Minatitlán, en la vía fluvial, y por Tuxtepec y por Omealca, en la de tierra. La primera columna ocupó á Tlacotálpam al comenzar la segunda quincena del mes de Abril: las tropas que guarnecían á la ciudad se retiraron, como en las veces anteriores, á San Jerónimo primero, y sucesivamente á Amatlán y á Cosamaloápam. La segunda no llegó á su destino, pues faltos los expedicionarios de buques de guerra porque parte de la escuadra francesa convoyaba la primera columna francesa que marchaba á su país, bajo la influencia de las amenazas del Gobierno de Washington, ni tuvieron medios de transporte, ni contaban con cañones que le guardaran el río. La tercera, conducida por un tal Solís, español, ex-Capitán de caballería en el ejército republicano, llegó bien hasta Tuxtepec; pero queriendo dejar espeditas sus comunicaciones con Oaxaca, se fraccionó un tanto, y fué derrotada en Soyaltepec por las fuerzas del Coronel D. Luis Pérez Figueroa. La cuarta, por

último, forzando el formidable "Callejón del Fraile," más terrible que el de la "Laja," pero muy mal defendido por Vázquez Aldana, á causa de las ambiguas órdenes que—dijo en su defensa—había recibido del Cuartel general, llegó á Cosamaloápam, donde sentó sus reales. La primera quedó á las órdenes del Coronel D. Mariano Camacho, y lo relativo á la parte civil, á las del Lic. D. Manuel Romo; de la tercera era Jefe un Coronel austriaco, y la última obedecía al Coronel Figuerero, quien luego pasó á Tlacotálpam, como segundo en Jefe. A su paso por Amatlán, y con el objeto sin duda de infundir terror, mandó incendiar los archivos de la comandancia militar que estaban guardados en la sacristía de la iglesia Parroquial, y los incendiarios arrojaron al fuego los de la misma iglesia, entre los cuales había manuscritos de gran valía y estima, entre otros, el que se decía contener la relación minuciosa de la ceremonia con que se dijo la primera misa antes de la erección del templo, sitio donde tuvo lugar la ceremonia, que, según la tradición, fué bajo un hermoso árbol de amate, de donde, se supone, tomó nombre el pueblo: Amatlán, como se dice hoy, ó Amatán, como pronuncian los indígenas de la población.

Nuestras fuerzas, muy inferiores á las contrarias en número y elementos de guerra, vinieron á quedar circunscritas, por los diversos movimientos que tuvieron que efectuar, á una zona muy limitada en donde apenas podían moverse libremente, muy fraccionadas y expuestas á ser batidas ventajosamente.

Veamos cómo se encontraban estas tropas, haciendo antes algunas explicaciones que son necesarias.

Cuando por orden superior fué relevado el Coronel García del mando de la línea avanzada sobre Cotaxtla, á causa del descontento que se produjo desde el encuentro de la "Laja," tenía su Cuartel general en el "Cocuite:" lo reemplazó el Teniente Coronel D. Juan B. Zamudio, quedando como Mayor de órdenes el del mismo empleo Izaguirre. Zamudio, á su

vez, fué relevado por el Teniente Coronel D. Lorenzo Fernández, permaneciendo Zamudio á su lado; pero ambos, algunos días después, marcharon para Acula, donde se encontraba el General García. Tlacotálpam y Cosamaloápam habían sido ocupados por el enemigo.

Las fuerzas que condujo Fernández, unidas á las de García, no obstante ser en reducido número, no podían moverse del punto que ocupaban, pues se hallaban encerrados en un círculo de hierro. Componíase de los restos de la sección de vanguardia, de los guardias nacionales de Tlacotálpam y Cosamaloápam, y de los batallones "2º Activo" y "Zaragoza;" éste en alta fuerza, y aquél con pocas plazas, aunque útiles para la campaña.

Las guardias nacionales de Acayúcam y Minatitlán cuidaban su propio territorio; y de los Tuxtlas, cuyo Cantón poco tenía que temer, pues allí jamás penetró el enemigo, salió una compañía en alta fuerza á las órdenes del Capitán D. Celso Ortiz, acampando en San Nicolás: su objeto era acercarse á Tlacotálpam, según lo permitieran las circunstancias, para hostilizar á aquella guarnición desde el otro lado del río, guareciéndose en el aserradero llamado de "Santa Rita." Conocida la audacia y bravura de aquel oficial, no es de extrañar la alarma en que tenía al enemigo, al que hostilizaba siempre que estaban ausentes las cañoneras: éstas á su regreso disparaban sus granadas sobre el edificio, al que causaron inútilmente muchos desperfectos.

Algunos jefes y oficiales de más ó menos categoría, permanecieron separados de sus puestos, porque no les era posible incorporarse al Cuartel general, pasando no pocos trabajos y miserias, expuestos á ser sorprendidos por el enemigo, pues tampoco se habían alejado demasiado del centro principal.

Se ve, pues, que la situación era por demás angustiosa.

IV

Tan triste como terrible situación, que cada día que pasaba se hacía más insostenible para los defensores de la independencia nacional, llegó á prolongarse por más de dos meses, iniciándose el principio de una desmoralización completa; y ya en la primera quincena de Junio, notábase que las tropas, sin distinción de clases ni categorías, se mostraban resignadas y dispuestas á defenderse hasta la desesperación, pero sin esperanza de obtener el triunfo.

Las noticias que diariamente se recibían, dirigidas por agentes seguros y de toda confianza, coincidían perfectamente con las que, sin saberse á punto fijo de dónde partían, circulaban en las poblaciones entre la gente del campo y entre la misma tropa: todas eran desconsoladoras, pues ellas venían á confirmar las que, por decirlo así, tenían carácter oficial: todas estaban contestes en la próxima invasión de la tercera columna expedicionaria, que partiendo de Oaxaca debía penetrar por Tuxtepec, guiada por el traidor Solís, quien se olvidaba demasiado pronto que por mucho tiempo estuvo comiendo el pan del Gobierno republicano.[1]

Y no era lo malo solamente que los soldados y los mismos oficiales se resignaran á defenderse sin entusiasmo, sino que se murmuraba casi públicamente, y las reconvenciones eran muy directas al General en Jefe. Este, desde su llegada á Cosamaloápam, tenía frecuentes conferencias con su segundo

1 Este mal sujeto contrajo matrimonio, por esta época, con una rica viuda de los alrededores de Tuxtepec, tomando desde luego á su cargo la administración de los bienes, consistentes en ranchos, milpas y campos de labor. Desde que se hizo cargo de todo esto, desplegó un carácter duro, altanero y cruel, y los colonos y los sirvientes le tomaron un odio mortal. Antes de los seis meses fué encontrado entre una milpa materialmente cocido á puñaladas, sin que pudiera averiguarse quién ó quienes habían sido los autores de este homicidio.

el General Benavides, pero sin resultado alguno que pudiera calmar los ánimos, pues todos comprendían que siempre se tropezaba con la falta de elementos materiales y la superioridad numérica del enemigo.

La situación empeoró más al dar aviso Vázquez Aldana de su retirada del "Callejón del Fraile," cuyo paso forzó otra nueva columna para dirigirse á Cosamaloápam. Esto causó el disgusto que era natural, dada la confianza que había de que el enemigo sería derrotado allí, siendo así que no solamente forzó el paso, sino que hizo que nuestras tropas se dispersaran en diversos sentidos, tomando Vázquez Aldana el rumbo de Tesechoacam, con las que pudo mantener unidas, al dar el parte respectivo. García montó en cólera y hubo de retirarse á aquel punto también con las muy escasas fuerzas de que podía disponer; y la columna enemiga, compuesta de traidores, martinicos, egipcios y argelinos, ocupó la población abandonada, dos horas después, con tanta confianza como si desde antemano se le esperara. Por qué el enemigo no siguió en persecución de nuestras tropas, es cosa que se ignora, pues lo natural, lo que aconsejaba no sólo la prudencia, sino el mismo arte de la guerra, era que avanzara río arriba para apoyar la marcha de la columna que venía por el rumbo de Tuxtepec. No fué así, sin embargo: la columua expedicionaria tomó cuarteles en Cosamaloápam, puso á buen recaudo la batería de obuses que llevaba, almacenó lo mejor que pudo la inmensa cantidad de parque de que iba provista, y el Jefe que la mandaba, un austriaco, se instaló cómodamente en la casa de los señores Cué, con tal tranquilidad, que el cocinero que lo acompañaba, provisto de una buena batería de cocina, momentos después se encontraba desempeñando pacíficamente sus funciones culinarias.

Antes de anochecer, el General García, ya en Tesechoacam, tenía noticias exactas y minuciosas del número de hombres, sus armas, cantidad de parque, etc., de que disponía el citado jefe. Un antiguo oficial del ejército, capitulado en Pue-

bla y prófugo en Ixtapa,[1] que se había radicado en Cosamaloápam como comerciante, al tener la noticia de la nueva y poderosa invasión, pidió su reingreso al ejército al lado del General García, para continuar prestando sus servicios; pero el General le exigió que permaneciera allí con él carácter que tenía, para poder contar con un hombre de confianza, patriota y entendido, que pudiera ponerlo diariamente al corriente de las operaciones y movimientos del enemigo. El oficial resistió al principio, pero al fin tuvo que acceder á las exigencias de su superior.

Entretanto, la tercera columna avanzaba rumbo á Tuxtepec. Déjase entender que la combinación era rodear completamente á los republicanos, sin dejarles salida al Norte de la costa, para obligarlos á pasar la margen derecha del río; y una vez en la izquierda perfeccionar el cerco haciendo avanzar fuerzas desde Tlacotálpam á "San Nicolás" ó "La Cerca," y completar su movimiento de circunvalación, ocupando definitivamente los Tuxtlas, Acayúcam y Minatitlán.

El conflicto era inminente, pero los días de prueba no habían pasado aún, y un nuevo incidente vino á poner todo de peor condición. Como si no fuera bastante ya para aquellos pobres soldados el estado de desmoralización en que se encontraban, porqne preveían un desenlace funesto, vino á aumentar la crisis por que atravesaban el peligro de no tener ni aun recursos pecuniarios con qué subsistir.

Alguien hubo de apercibirse, no obstante que los ánimos y la atención pública estaban preocupados con el enjuiciamiento del Coronel Vázquez Aldana, de que el Jefe de Hacienda había desaparecido del territorio ocupado por los republicanos y con él algunos empleados subalternos: las más funestas á la vez que afrentosas versiones corrieron en seguida de boca en boca, no en secreto, sino á voz pública, y entonces el referido Vázquez Aldana se apersonó con el Gene-

1 El ex-Teniente Coronel D. Luis Echagara, hoy Administrador de Correos de Orizaba.

ral en Jefe, á quien hizo las más fuertes reconvenciones sin obtener respuesta satisfactoria. Con su carácter de Mayor General expidió correos violentos á las Comandancias militares de Acayúcam y Minatitlán, que lo eran respectivamente el Coronel D. Tiburcio Montiel y el Mayor D. José A. Rodríguez Ayala, con órdenes para perseguir y aprehender al fugitivo Jefe de Hacienda y cuantos lo acompañaran, haciéndoles saber que había presunciones para creer que se llevaba consigo los fondos de la Jefatura, que se estimaban en más de $ 60,000. Como por desgracia la tropa llegó á traslucir algo de este escandaloso suceso, al que no se le guardó la reserva debida, ya puede figurarse el lector las consecuencias de esta desaparición que nada podía justificar.

Afortunadamente, tanto Montiel como Rodríguez se movieron con tanta oportunidad como violencia, en pos del fugitivo, luego que recibieron el aviso de Vázquez Aldana; y de sus movimientos combinados, y de las noticias que recogieron entre algunos campesinos que aseguraban haber visto pasar uno ó dos días antes, en la madrugada, un grupo de ginetes que conducían "cajas de parque," resultó la aprehensión de los prófugos en la hacienda de "San José del Carmen," propiedad de un señor Maldonado, en el Cantón de Huimanguillo, en los límites de los Estados de Veracruz y de Tabasco.[1]

Aprehendido el Jefe de Hacienda y el cargamento de "parque" que conducía, y que no era otra cosa sino los fondos para el socorro de las tropas, fué reconducido al Cuartel general y encausado por orden del Mayor Vázquez Aldana. El resul-

1 Entre los que acompañaban al Sr. Bárcena, Jefe de Hacienda, iban el entonces Capitán D. Teodoro V. Ehlers y un tal Córdoba, ambos empleados en la misma Jefatura: como escolta iban dos ó tres celadores del resguardo terrestre de Cosamaloápam. Este ruidoso asunto sirvió más tarde al Sr. Lic. D. José Blas Gutiérrez para estamparlo como caso de prueba en su excelente obra de consulta "Códigos de la Reforma," que publicó en el año de 1870 ó 71, si mal no recuerdo.

tado, moralmente, no fué satisfactorio para el referido funcionario, aun cuando por las pruebas que rindió y por las comunicaciones del General en Jefe se pretendía establecer *que aquel había marchado por orden superior, llevándose los dineros para ponerlos en salvo, dada la situación de los republicanos, que hacía presentir la necesidad de pasar el río y abandonar el territorio costeño para dirigirse á Tabasco, con el fin de continuar la defensa nacional.*

Naturalmente, nadie se dió por satisfecho, y menos aún Vázquez Aldana; y como á su vez se le seguía causa por el malhadado negocio del "Callejón del Fraile," el resultado fué que, sin renunciar el puesto que ocupaba, se marchó para Oaxaca con su Ayudante Romero, para dar cuenta al General Díaz, llevándose consigo la causa iniciada contra el Jefe de Hacienda, copia de la que á él se le mandó abrir, y original la orden que recibiera del General García cuando se le encomendó la defensa del punto tantas veces repetido, así como copia certificada de las instrucciones reservadas que también le fueron dadas.[1] Hizo, además, sacar dos copias de la causa contra Bárcena, las cuales remitió antes de su marcha una á Montiel y otra á Rodríguez para que hubiera constancias de ella y en todo tiempo pudieran hacer fe. El resultado de todo esto se hizo sentir más tarde.

V

Las causas sagradas que defienden los pueblos, son las causas que protege Dios.

Un suceso inesperado, incomprensible de momento, vino á dar distinto giro á los negocios de la guerra y á crear una nueva situación, puede decirse, diametralmente opuesta á la que existía.

La columna austriaca que había llegado sin tropiezo hasta

1 Entre las instrucciones había una que le ordenaba "que si el enemigo era en número superior, *se defendiera sin exponer la vida de los soldados.*"

cerca de su final destino, al tratar de proseguir sus operaciones, fué detenida primero y derrotada completamente en seguida, como ya se ha dicho, en Soyaltepec, por el Coronel D. Luis Pérez Figueroa; y sus restos, despavoridos y acobardados, retrocedieron violentamente hacia el punto de su partida. Pérez Figueroa extendió sus operaciones hasta los límites de la línea de Sotavento, y esto hizo recobrar brío y confianza á nuestros soldados; y como por esa época comenzaban á activarse las operaciones en la costa de Sotavento, en donde tenían el mando superior de los republicanos los Generales D. Juan Foster y D. Ignacio Alatorre, la columna que ocupaba á Cosamaloápam contramarchó repentinamente, dejando limpio el terreno comprendido hasta Omealca, y desde ahí hasta el camino de Veracruz.

García reocupó á Cosamaloápam, concentrando todas las infanterías, á excepción de la del Capitán Ortiz, desde ese punto hasta San Jerónimo, á tres leguas de distancia de Tlacotálpam, ordenando á aquél que acampara definitivamente frente á esta ciudad, y al Teniente Coronel Zamudio, que con una fuerza de la misma arma y otra de caballería la hostilizara constantemente por tierra, á la vez que Ortiz inquietaba por su parte á la guarnicion; y como ambos cumplían satisfactoriamente, dió por resultado inmediato que el hospital militar del enemigo estuviera siempre lleno de enfermos á causa de las continuas desveladas que tenían que soportar, y del rigor de la estación y de las enfermedades consiguientes, á gentes para cuya mayoría el clima era mortal.

Entonces se pensó seriamente en abrir una campaña formal.

La derrota de la columna austriaca, y la retirada intempestiva de la que había ocupado á Cosamaloápam y la concentración de nuestras fuerzas, apoyadas por las del Coronel Pérez Figueroa, que venían á ser el centro de las de la costa y las que mandaba el General Díaz en Oaxaca, no sólo hizo imposible la ocupación del territorio costeño, sino que puso

en grave conflicto á la guarnición de Tlacotálpam. El General García quiso dificultar más aún esa situación y dictó una medida encaminada á ello; pero tan impolítica como contraproducente, pues si es cierto que cerraba en absoluto toda comunicación, á fin de que el enemigo no tuviera la más leve noticia de sus operaciones, también lo es que cegó en parte nuestra única fuente de riqueza, prohibiendo al comercio la introducción de efectos procedentes de aquella ciudad, que en último análisis para nada necesitaba de nosotros, toda vez que tenía á su disposición centros mercantiles como Veracruz. Esta poco meditada disposición exasperó el ánimo del jefe militar que mandaba en Tlacotálpam y disgustó al comercio en general, siguiéndose de ahí, como consecuencia precisa, que el Coronel Camacho, á su vez, hiciera igual prohibición dentro de la línea de su mando: el General García careció desde entonces de noticias diarias respecto del enemigo, no obstante que contaba dentro de la plaza con buenos y leales amigos, porque aquél extremó la vigilancia, y era difícil que nadie saliera sin ser aprehendido.

Por entonces llegó al Cuartel general republicano un enviado del Coronel D. Luis Mier y Terán, quien desde Veracruz comenzaba á ocuparse nuevamente de los asuntos públicos; y á la vez que participaba su próxima llegada para ponerse de acuerdo con García, daba noticias de que un tal Nicolás Echagaray, que se decía Mayor de uno de los cuerpos que guarnecían á Tlacotálpam, se hallaba dispuesto á reconocer á la República con toda la guarnición, mediante ciertas condiciones, y si se le ministraban recursos para comprar á los cabos y sargentos de sus cuerpos. Era el antiguo sistema de los conservadores: venderse al que mejor pagaba.

Al efecto, el General García debía enviar un comisionado á aquella plaza con instrucciones precisas y dinero suficiente para el cohecho de las clases citadas; y además un anillo que remitió Terán igual á otro que poseía Echagaray, y que de-

bía servir de signo de reconocimiento entre éste y el comisionado.

El Jefe de Hacienda proporcionó unos setecientos pesos, cantidad suficiente, según se creyó, y García encontró al hombre que se necesitaba, dadas sus condiciones de valor, lealtad y conocimientos militares, y provisto de libranzas y del anillo penetró á Tlacotálpam, como comerciante que burlaba la vigilancia de los centinelas republicanos, yendo á alojarse en el hotel donde lo estaban el Comandante principal y el mismo Mayor Echagaray.

Quince minutos después de su llegada, se le presentó un ayudante de la plaza intimándole la orden de seguirlo ante la presencia del Coronel Camacho. No dejó de sobresaltarse el ánimo del comisionado con tan intempestiva como inesperada orden; pero hombre de resolución y de sangre fría, se presentó á la autoridad que lo llamaba. Por fortuna, ambos eran antiguos conocidos, y mediante las explicaciones dadas por el fingido comerciante pareció quedar satisfecho, remitiéndolo á la presencia del Mayor de plaza.

No podía venir más á propósito la entrevista del Comisionado con aquel á quien precisamente le interesaba ver; pero el resultado fué lo más contrario á la comisión que iba á desempeñar. En vano fué que disimuladamente mostrara el anillo que llevaba puesto en el dedo indicado. Echagaray no se daba por entendido, ni menos sacaba á lucir el que él debía poseer, exactamente igual, según el aviso del Coronel Terán. Tras un momento de vacilación, y después de las formalidades del recibimiento, Echagaray invitó al Comisionado para dar un paseo, y una vez fuera del alojamiento y alejados de las gentes, tuvieron ambos una franca explicación. Aquél manifestó que nada podía hacerse ya de lo convenido, en virtud de que hacía muy pocos días que en cumplimiento de una orden superior había entregado la Mayoría del cuerpo á otro jefe que llegó de Veracruz, quedando él sin mando alguno en el batallón que debía iniciar la contrarevolución, y por úl-

timo, que habían sido relevados también algunos oficiales subalternos comprometidos en el asunto, no presentando, por consiguiente, buen éxito el movimiento antes combinado.

El Comisionado republicano, después de permanecer veinticuatro horas en Tlacotálpam, tanto para no hacerse sospechoso, cuanto para tomar otra clase de informes de los amigos que allí había, regresó al campo de Amatlán, habiendo encontrado á medio camino al General García, quien, alarmado por su prolongada ausencia, se había adelantado para obtener noticias de los vecinos que transitaban por aquella vía.

Por su parte, también los imperialistas trataban de atraerse á sus filas á algunos jefes y oficiales republicanos sin obtener nunca el resultado que deseaban. El Comisario Imperial, que tenía noticia de que alguno de los primeros penetraba en la plaza durante la noche, burlando la vigilancia de los centinelas, debido al conocimiento que tenía del terreno, hizo de modo que le llegara nna invitación amigable y fraternal para que lo viera en su propio alojamiento: el Jefe republicano no la rehusó, pues á su vez trataba de atraerse al Comisario, antiguo guerrillero liberal, que al principio de la campaña prestó muy buenos servicios. La entrevista tuvo lugar, pero sin resultado: ni promesas, ni consejos: todo fué infructuoso, y el Jefe republicano tornó á su campamento, no sin haber corrido un peligro que no esperaba, y del que escapó porque tuvo por contrario á un caballero. [1]

1 El oficial superior de que se trata penetraba efectivamente á Tlacotálpam algunas noches, con el objeto de ir á ver á su prometida. Cuando recibió la invitación del Comisario Imperial, de quien era antiguo amigo, se dirigió al hotel y entró precipitadamente en uno de los cuartos, creyendo que era el que se le habia indicado: no era así, había equivocado el número y entró en el de Figuerero. Este, al ver á un desconocido entrar violentamente, se puso de pie y echó mano á la pistola: aquél, aunque sorprendido, como no le quedaba otro recurso, amartilló también la que llevaba bajo la blusa. Por fortuna Figuerero, que aparte sus ideas políticas era todo un caballero, reconoció al recién llegado; y como estaba en el secreto, le pidió mil perdones y lo acompañó al

VI

Así las cosas, comenzaron los preparativos en el campo republicano para abrir definitivamente la campaña sobre Tlacotálpam.

Haré algunas explicaciones que juzgo necesarias, aun á trueque de repetir algo de lo ya dicho.

El inexplicable abandono del "Callejón del Fraile" fué causa de que nuestras fuerzas se desanimaran de una manera lamentable, yendo unas á Tesechoacam, y otras, pasando el río, á la hacienda del "Huracán;" y que las que mandaba el Teniente Coronel Zamudio quedaran cortadas del resto de las demás fuerzas. Algún tiempo después de permanecer en Acula se reunieron al General García; y reocupado Cosamaloápam y concentradas todas las fuerzas, se establecieron en Amatlán. Fué entonces cuando Zamudio, haciéndose cargo de las que tenía á sus órdenes D. Zeferino Dakin, comenzó sus operaciones sobre Tlacotálpam, en combinación con las del Capitán Ortiz, operaciones reducidas, como se ha dicho, á hostilizar á aquella guarnición, sobre todo durante la noche, teniendo algunos pequeños encuentros con el enemigo, que no se aventuraba demasiado lejos de su base de operaciones. Los imperialistas comenzaron á dudar á su vez del éxito de la campaña y la desmoralizacion se introdujo en sus filas, hasta que fueron reforzados con unos doscientos misantecos, que llegaron en momentos difíciles, pero con oportunidad.

Al campo republicano había llegado ya el Coronel D. Luis Mier y Terán para entrar de nuevo en campaña; y traslada-

alojamiento del Comisario Imperial, permaneciendo en el corredor hasta que terminó la conferencia. Al salir, tomándolo amigablemente del brazo, y acompañándolo á la puerta que conduce al río:

—No vuelva vd. más—le dijo—porque corre vd. peligro. Ya he mandado su caballo á..... y vd. se va á marchar en esta canoa que he dispuesto hasta ese lugar, pues no conviene que se vaya por tierra. Aquí tiene vd. enemigos particulares.

do aquél á "San Jerónimo," comenzaron á reunirse todos los elementos necesarios para un asalto, fijándose de antemano el día 8 de Agosto para hacer un reconocimiento general á la plaza, y el día 10 para emprender el ataque.

Estudióse con todo detenimiento el plan propuesto por el General Benavides, aprobándose después de discutido en una Junta de oficiales superiores, y quedaron nombradas las columnas al mando de los jefes Larrañaga, Ariza, Díaz Lagos y Alvarez Markoe, teniendo por segundos á otros jefes de buena y bien sentada reputación militar. La de caballería compuesta de las compañías de Dakin, Lili, Vela y Jiménez quedó al mando de Gómez. No se disponía de un solo cañón que valiera la pena, y esto ya era una desgracia, pues el enemigo contaba con dos excelentes obuses de bronce. Los pequeños vapores de río "Alejandro" y "Aurora," fueron equipados y armados en guerra, formándoles con pacas de algodón una especie de mura para resguardar á los tiradores de infantería que debían embarcarse en ellos, y montando á proa los dos pedreros que poseíamos desde el principio de la campaña. Nuestra escuadrilla—como ampulosamente se le llamaba—quedó á las órdenes del Teniente Coronel Zamudio, entendido marino, como ya he dicho, y competente para el efecto á que se dispusieron ambas pequeñas embarcaciones.

El enemigo, por su parte, no dormía. Presintiendo y previendo un ataque, concentró su línea de defensa en un perímetro comprendído entre la Plaza de armas, como centro, y una calle inmediata á cada viento. En el Palacio Municipal acumuló todo el parque, una gran cantidad de granadas de mano y el armamento sobrante, que no era escaso, dado el número de bajas que había tenido de tiempo atrás: los enfermos que no podían ir á las trincheras, pero que estaban útiles para hacer fuego, cubrieron este punto. A espaldas de las casas que dan frente al río y terminan las construcciones, situó la caballería, y las torres de la Parroquia y de la iglesia en obra fueron cubiertas con tiradores franceses y parte del

8º de infantería. Los misantecos eran la reserva, y el hospital de sangre quedó constituído en el mismo Palacio Municipal. Los dos obuses se establecieron bajo el cobertizo que servía de astillero, frente al río.

La población estaba como suspensa, y algunas familias se habían marchado á Veracruz en los buques de guerra, por invitación del mismo jefe de la plaza y de acuerdo con los Comandantes de aquellos, que habían recibido orden para retirarse, á fin de transportar la segunda columna del ejército francés de ocupación, que regresaba á su país en virtud de la felonía que Napoleon III hizo á su víctima Maximiliano de Hapsburgo, y de la actitud asumida y reclamaciones hechas por el Gabinete de la Casa Blanca.

Se presentía un desenlace próximo y una catástrofe á la vez; y desde cuatro ó cinco días antes, apenas se obscurecía, no se veía un solo transeunte en las calles: no había un solo farol que las alumbrara, y aquella obscuridad, de suyo tenebrosa, hacía más lúgubre el aspecto que en las noches tomaba. Unicamente se oían el acompasado paso de las patrullas. ya de infantería, ya de caballería, el ¡centinela, alerta! de los que cubrían las trincheras, torres y cuarteles, y algún tiro que se disparaba, muchas veces por equívoco. Se temía que los republicanos se aproximaran cuando menos se esperase.

Durante el día se formaban aquí y allá pequeños corrillos, donde se hablaba y se comentaba hasta lo más insignificante que pareciera tener relación con los acontecimientos que se esperaban, ó se esparcían las más absurdas y ridículas noticias, pero siempre en voz baja, porque aquella autoridad se había vuelto recelosa y desconfiada, y por temor de ser escuchados por los malos mexicanos, que eran los más encarnizados enemigos de los republicanos, y se constituían en denunciantes de sus mismos coterráneos.

El Capitán Ortiz continuaba manteniendo la alarma en la población, no obstante que en una vez tuvo un herido por casco de granada dirigida desde la plaza.

Al fin llegó el día 8 de Agosto, y con él el reconocimiento de la plaza.

VII

Página brillante para la historia militar de aquel pequeño cuerpo de ejército republicano habría sido el reconocimiento verificado sobre la plaza de Tlacotálpam en la noche del 8 de Agosto de 1866, si un acto tan impremeditado é imprudente, como inconcebible y atentatorio, no sólo al derecho de gentes sino al fuero de la guerra y á la disciplina militar, no hubiera echado un borrón y preparado un desenlace desastroso y fatal para las operaciones ulteriores.

En efecto: ciento cincuenta hombres escogidos de entre las tropas, con la dotación de oficiales correspondientes y con los jefes de columna que debían estudiar sobre el terreno, el camino que seguirían en el asalto, penetraron á la ciudad sitiada, atravesando "el Cabezo" por distintos puntos á la vez. El General en Jefe, con su escolta, su segundo y el Estado Mayor, penetraron también; y todos, con el mayor sigilo y el silencio más absoluto, fueron formando una extensa línea que circundó la población, desde la calle de la Sabana, apoyándose en la tenería "de Troncoso," hasta rebasar la plazoleta que está en la prolongación de la misma calle, al Norte, donde se hallaba establecida la última trinchera del enemigo. Luego, oficiales y tropa, marchando á su frente, reconocieron los referidos parapetos, tocando algunos con sus propias manos, pues había suficiente número de defensores para cubrirlas todas; y cuando esta operación se hubo llevado á cabo, con tan feliz éxito, debido al valor y á la resolución de unos y otros, los republicanos volvieron á sus puestos para continuar el reconocimiento. Los jefes principales, los de columna y los oficiales ayudantes, reconocieron á su vez el terreno, y después, concentrando la línea, se formó una menos extensa, pero más compacta, cuyo frente abrazaba las bocacalles de las manzanas céntricas de la ciudad.

El reconocimiento había terminado con toda felicidad, y el enemigo no había sentido nada: centinelas, patrullas, avanzadas, todos ignoraban el importante movimiento que en aquellos momentos venían efectuando los republicanos. La retirada debía efectuarse en el mismo orden que se había verificado la entrada.

No fué así.

Repentinamente, un nutrido fuego de fusilería parte de las filas republicanas, dirigido hacia las torres y trincheras, sin orden ni fijeza, puesto que la obscuridad era por demás densa, y muchos proyectiles fueron á introducir el espanto en las familias, penetrando á través de las maderas, por puertas y ventanas, en el interior de las habitaciones.

Esta fué la señal dada al enemigo, y los defensores de la plaza respondieron desde luego, aunque con el mismo mal éxito: una fuerza de caballería se aprestó á salir para hacer un reconocimiento á su vez; pero ni á esta fuerza, ni á los tiradores franceses que desde luego coronaron las alturas, hubiera sido fácil atacar á los republicanos, si en tales momentos no se hubieran denunciado á sí mismos.

Una llama, débil al principio, creciente luego, y terrible en seguida, apareció en el techo de una casa inmediata al puesto que ocupaba la escolta del General en Jefe, haciendo terrible presa en sus muros de madera y techo de palmas. Quién ordenó acto tan bárbaro é inicuo, y quién lo llevó á efecto, en medio de la obscuridad de la noche; cómo se produjo aquel incendio, cuestión es que no se pudo ó no se quiso averiguar, ni entonces ni después. Quiénes lo achacaban á una orden del mismo General García, dizque para *alumbrar* el camino á la tropa; quiénes, que fué un acto de la espontánea voluntad de uno de los soldados de la escolta, quien arrojó encendida una cajilla de fósforos sobre el techo de la casa; quiénes, por último, y esto es lo que debe creerse en obsequio del buen nombre de aquellos bravos soldados, que el incendio se produjo por haber caído sobre el techo el taco en-

cendido de uno de los disparos. Como quiera que sea, el resultado fué que el enemigo tuvo ya luz y claridad suficientes para tirotear con ventaja á los republicanos, los cuales huían á la desbandada para salir de aquella especie de hornalla en que se había convertido la manzana entera. El viento Sur, que en esos momentos comenzó á soplar con bastante fuerza, propagó el incendio rápidamente á lo largo del viento, y en menos de un cuarto de hora eran presa de las llamas más de setenta casas.

Era imponente, á la vez que terrible, el espectáculo. Inmensos trozos de zacate incendiado cruzaban el espacio en alas del Sur, á largas distancias, propagando el voraz elemento; y entre la negra y espesa humareda, y lo rojizo de las llamas, veíanse discurrir hombres, mujeres y niños que habían sido sorprendidos dentro de sus tranquilos hogares, y que huían despavoridos sin darse cuenta de lo que pasaba. Había algo de terriblemente fantástico, que se acentuaba más por el rojizo tinte que le daba el color de las llamas.

Era la una de la madrugada y el incendio no se sofocaba, pues no había nadie que acudiera á intentar siquiera apagarlo, debido á que los feroces sicarios del Imperio, particularmente los franceses reenganchados, disparaban desde las alturas donde quiera que divisaban el bulto de cualquiera que atravesaba la zona incendiada.

Los republicanos, esparcidos y cubriéndose con las mismas casas incendiadas, pudieron ponerse en salvo, pereciendo desgraciadamente dos sargentos y un oficial: un sargento de granaderos del batallón "Zaragoza" fué lazado y arrastrado á cabeza de silla hasta la plaza principal, hecho una masa informe, por un español, antiguo contraguerrillero de Dupin: esto basta para no detenerme en hacer su calificación. Sus mismos compañeros vieron con horror á aquel bandido, y sólo un Subteniente del 8º de infantería presenció impávido tan repugnante como nauseabundo espectáculo. Era uno de tantos aventureros extranjeros que vinieron al país bajo la bande-

ra regeneradora de Francia, en pos de fortuna, á costa de la vida, porvenir é intereses del pueblo mexicano: antiguo *tachero* en su patria, Basilicata en Italia, dejó cazos y sartenes para empuñar la espada del filibustero.

El otro sargento, fué víctima de su acendrado cariño al joven Capitán D. José María Iglesias. Francés de nacimiento, hacía dos años que se había incorporado á nuestras fuerzas, y dado de alta en el "2º Activo;" sirvió con tanta lealtad como inteligencia.

El Capitán Iglesias era un joven de 23 años de edad, que, siendo Subteniente del "2º Activo de México" cuando apenas contaba 16, fué uno de los héroes en el memorable sitio de Perote en 1859, siendo Gobernador de aquella fortaleza el General D. Anastasio Trejo. La historia ha consignado que este denodado jefe con una escasísima fuerza, macilenta, escuálida y hambrienta, después de más de tres meses de tenerlo rigurosamente cercado el General reaccionario D. Miguel Mª Echagaray, rompió valerosamente el sitio, forzando la línea para incorporarse á los defensores de Veracruz.

Al emprender la retirada el simpático Capitán un proyectil, partido de la torre de la Parroquia, lo hizo rodar en tierra, cayendo sin exhalar una queja: la bala le había partido el corazón. El sargento, que lo amaba cual si fuera su hijo, al verlo caer ensangrentado y espirante, lanza un rugido de dolor y de desesperación, abandona su puesto, de un salto se pone al lado del ya cadáver de Iglesias, se agacha, lo recoge, y al levantarse irguiendo su elevada estatura, con el pobre joven entre sus brazos, dos balas lo alcanzan en mitad del pecho, y cae también para no levantarse más. [1]

1 El Capitán D. José María Iglesias era sobrino del intransigente liberal y reformista, y sabio jurisconsulto de su mismo nombre y apellido, que fué Ministro durante las administraciones de los Sres. Juárez y Lerdo de Tejada. De carácter siempre alegre y decidor, y de aspecto jovial, franco y simpático, er muy querido no sólo de sus jefes y de sus compañeros, sino de cuantos lo conocían: sus soldados lo adoraban: Habíase notado que en las diversas veces qu

VIII

En la mañana del día 9 una nueva reunión de la Junta de Guerra acabó de hacer el último estudio del plan de ataque, dado que el reconocimiento había sido satisfactorio, y proporcionado el medio para perfeccionarlo. Durante el resto del día se dieron las órdenes conducentes, y á las seis de la tarde cada quien ocupaba el puesto que le fué señalado para emprender la marcha en las primeras horas del día siguiente. El "Alejandro" y la "Aurora" embarcaron la dotación de infantería que á cada uno se destinó, la de artilleros para los dos pedreros que montaban, y la tripulación correspondiente

La noche se pasó tranquila; con esa tranquilidad que precede á los grandes acontecimientos que se han preparado, en los que cada uno de los que deben tomar parte en ellos, se recoge en sí mismo para entregarse á la contemplación del pasado, la meditación del presente y el presentimiento del porvenir.

El plan adoptado era sencillo en su combinación y fácil en su desarrollo, toda vez que no se trataba de asaltar una gran ciudad, defendida en toda su extensión, ni resguardada por inexpugnables murallas. Oportunidad en las órdenes para evitar todo retardo que sería perjudicial, y precisión en el modo de observarlas para llegar al resultado con el éxito que se deseaba: esto era todo lo que se requería.

Y esto fué precisamente lo que faltó en cuanto á las primeras, siendo la principal falta que se cometió y que causó un disgusto general, la de haber entregado el mando, á úl-

entró en acción, en los momentos supremos, no sólo conservaba su sangre fría, sino que parecía más alegre y contento; pero en la tarde del día 8 de Agosto, contra lo que todos se esperaban, se le vió taciturno, retraído, preocupado y triste. El sargento francés le interrogó cariñosamente en su propio idioma, que "¿qué tenía?"

—Nada,—contestó Iglesias exhalando un profundo suspiro—pero es la última vez que mandaré mi compañía.

tima hora, el General en Jefe á su segundo, alejándose del teatro de las operaciones, y dando lugar á murmuraciones relativas á asuntos de la propia naturaleza, ya olvidados. El amor propio y la vanidad, ingénitos en el General Benavides quedaron altamente satisfechos, dándose anticipadamente la gloria de ceñirse los laureles del vencedor. El General García, preciso es decirlo, se rebajó demasiado, reservándose un puesto por demás secundario y sin importancia al trasladarse al vapor "Aurora," en compañía del Coronel Terán, y donde además no tenía mando alguno, pues sabido es que en un buque de guerra (y como tal se reputaban entonces los dos vaporcitos mercantes) no hay más voz de mando que la de su Comandante. Terán iba bien allí, y en su calidad de parlamentario llevaba al efecto los pliegos necesarios, sin que llegara entonces á cumplir su comisión por efecto de las emergencias que surgieron desde el principio del ataque.

IX

El ataque fué rudo, impetuoso y violento, pero se había retardado demasiado: eran más de las seis de la mañana cuando los vaporcitos aparecieron frente á Tlacotálpam, á media máquina porque iban á favor de la corriente, y ésta era impetuosa á causa de estar crecido el río.

El Coronel Camacho, defensor de la plaza, hombre perspicaz, sereno y valiente, hizo situar desde luego sus dos obuses sobre la ribera. El "Alejandro" desalojó con facilidad á algunos soldados del enemigo, que estaban apostados fuera de trincheras para hostilizar á los republicanos en su avance, y comenzó á recorrer el río haciendo fuego, y siguiéndolo el "Aurora," en el cual se encontraban García y Terán.

Los obuses abrieron sus fuegos contra los dos vapores, y por desgracia, y de pura casualidad, una de las granadas, cayendo sobre la cubierta del "Alejandro," destruyó el tubo conductor de la máquina, quedando en el acto flotante com

una boya. El proyectil mató al maquinista, é hirió á varios soldados y tripulantes, y fué tal el pánico que se introdujo á bordo de las dos embarcaciones, que no sólo gente de la primera, sino aun el mismo García, á riesgo de ahogarse y no obstante que se encontraba en la segunda, se arrojaron al agua, temerosos de una explosión.

Entre Zamudio y Terán sacaron á aquellos hombres, desembarcando á García en la ribera opuesta, donde el Capitán Ortiz le proporcionó un caballo para ir á incorporarse á las fuerzas que ya maniobraban dentro de la plaza. Empero esto demandó demasiado tiempo para realizarse, y dió lugar esta tardanza á los funestos resultados que tuvo el asalto. Los heridos fueron desembarcados también en "Santa Rita;" y aunque el "Aurora" quiso remolcar al "Alejandro," remontando el río, no le fué posible, pues tenía que ir contra la corriente. Zamudio se decidió entonces á bajar hasta "Conejo," afrontando el fuego de los obuses, cuyos disparos ningún daño volvieron á hacer á los vapores, y una vez allí, dió la vuelta por la laguna de "Las Puercas" hasta llegar á la hacienda de "San Isidoro," donde se pudo proporcionar lo muy necesario para medio componer el tubo roto. Al día siguiente regresó por "El Zapotal" á "Mata de Caña," pasando por frente á Tlacotálpam, con cuya guarnición se cambiaron algunos tiros sin resultado.

Tal fué el papel que desempeñaron en el asalto los dos vapores armados en guerra.

Veamos lo que entretanto pasaba en tierra.

X

Desalojadas las avanzadas del enemigo que habían tomado posiciones cerca del "Puente García," apareció la sección de caballería que mandaba Jiménez, sobre la cual rompieron los fuegos los tiradores apostados en la torre de la Parroquia. El arrogante caballo que montaba aquel jefe recibió una ba-

la en medio de la frente, y se desplomó pesadamente arrastrando consigo al ginete. Jiménez se desembaraza del espirante animal, pide otro caballo que embrida y ensilla personalmente, monta, da la voz de mando, y la sección atraviesa el puente, entre una granizada de balas: penetra en la avenida, y acaba de barrer el terreno, poniendo en fuga á algunos infantes del enemigo que intentaron detenerlo, situándose luego convenientemente para poder apoyar el avance de las columnas de infantería.

Aparece la primera en el acto, yendo á su frente el intrépido Pablo Díaz Lagos, y algo más á retaguardia el Capitán que mandaba la primera mitad. La columna avanza al paso veloz, y súbitamente oscila y se detiene un momento: era que otro proyectil acababa de hacer caer en tierra mortalmente herido al Capitán. La columna vacila porque el fuego es terrible, mortífero; pero Díaz Lagos, trémulo de soberbia y de emoción, ardiente la mirada y firme la voz, ¡adelante!—grita alzando la espada—y la columna pasa á su vez el puente, dejando tras sí algunos heridos y muertos que son recogidos inmediatamente por la Ambulancia.

En estos momentos acaecía el fracaso del "Alejandro," sin que nadie se apercibiera de ello.

La segunda y tercera columnas se descubren para franquear á su vez el puente; y en tanto que tiradores destacados de la primera, comienzan á contener los fuegos de la torre, el denodado Coronel Manuel Larrañaga, al frente de la tercera, y el bravo, el indómito Teniente Coronel Manuel Ariza que comandaba la segunda, atraviesan el peligroso puente, no sin dejar tendidos en tierra á algunos de sus compañeros, que no debían ver el término de la jornada.

Comienza el desfile de las columnas para tomar posiciones alrededor de la plaza, y mientras, la heroica compañía de granaderos de "Zaragoza," la mitad de su fuerza con el fusil á la espalda y la herramienta de zapa en la mano, y la otra mitad con el arma embrazada, franquea el terrible paso y co

mienza las horadaciones en la línea que se le ha señalado: el resto del batallón, con el impasible Emilio Alvarez Markoe á la cabeza, logra también situarse como reserva tras el caserío que da frente al río; y por último, el mismo General Benavides, sereno y tranquilo, con dos oficiales de su Estado Mayor, establece su Cuartel general á pocos pasos del funesto puente.

Ya en estas operaciones, puramente preliminares, teníamos una baja de más de cuarenta hombres.

El Jefe enemigo no ha perdido el tiempo. Sagaz y conocedor del arte de la guerra le ha bastado observar los movimientos de nuestros soldados para comprender sus designios, y afirmarse en la idea que se había formado desde la noche del reconocimiento; y aprovechando los momentos que las columnas han perdido antes de penetrar á la ciudad, hizo que la mitad de su caballería, que de momento le era inútil, pie á tierra, cubriera las pequeñas trincheras situadas al Norte; y que la otra mitad, saliendo sigilosamente por la poterna de la que enfilaba la calle de la Sabana, se situara en ésta, y avanzara hasta encontrar á los republicanos para tratar de dispersar las columnas antes de entrar en el punto preciso de ataque. Los obuses, del todo inútiles ya frente al río, fueron á aumentar la defensa de las trincheras que cerraban las calles del Relox y de la Candelaria, desde donde, además, podían ocurrir á cualquier otro punto si era necesario.

Eran cerca de las ocho de la mañana cuando las medias columnas de la derecha, lanzando sus tiradores al frente, comenzaron á avanzar resueltamente para simular un falso ataque, en tanto que las de la izquierda, convenientemente escalonadas y con un oficial de Estado Mayor al lado de sus jefes respectivos, se dirigían á ocupar la calle de la Sabana para voltear la posición según estaba ordenado.

Benavides, desprendiéndose de sus ayudantes, los envía con diversas órdenes para los jefes de la caballería que debía proteger el movimiento envolvente de las columnas en

marcha; y en estos momentos, al alzar la mano derecha armada del catalejo para observar los trabajos de zapa de los granaderos, una bala de fusil lo hiere, destrozándole la mano y parte del antebrazo. Solo, y sin poder montar á caballo, avanza algunos pasos para ponerse al abrigo de un casucho que estaba cerca de allí.

La caballería enemiga divisaba entonces á las columnas en marcha, y temerariamente da una carga sable en mano. Los infantes, sorprendidos un momento por lo rudo y violento de la inesperada carga, retroceden hasta casi volver al punto de partida; pero sus jefes, comprendiendo las ventajas que pueden obtener de aquella imprudente carga, así como el peligro que corren de ser dispersados si no aprovechan el tiempo, ordenan la ocupación del caserío, á lo largo de la calle; y desde los patios, cercados y ventanas, rompen á su vez un mortífero fuego contra los dragones enemigos.

Estos huyen aturdidos, tomando distintas direcciones pues es penosa la retirada, por lo mismo que habían avanzado demasiado; y mientras unos penetraban á las trincheras, protegidos por los fuegos de sus defensores y los de las torres, otros, no encontrando quien los hostilizara en su retirada, intentan efectuarla regresándose por la calle del Relox, divididos en dos grupos, de los cuales uno contramarchó á la de la Candelaria, y el otro, prosiguiendo el camino tomado, fué á encontrar á Benavides á quien intentaron hacer prisionero los cuatro hombres que lo componían. Rodeáronlo al instante, aunque á distancia, porque aquél tenía su pistola amartillada en la mano izquierda.

En tan angustiosas como críticas circunstancias, aparece repentinamente el terrible y hercúleo Díaz Lagos, quien, á la vista del peligro que corría el General, se lanza fiero y desatinado contra el dragón más inmediato, y de una tremenda bofetada lo derriba del caballo, aturdido y ensangrentad- huyendo en seguida la cabalgadura: otro pone pies en polv r osa, herido por Benavides, y el tercero, en fin, es desarz

nado por Díaz Lagos, quien le hace dar una voltereta al sacarlo de la silla por la pierna derecha: el dragón trata de defenderse, pero cae agonizante; el Jefe de la primera columna lo ha tendido de un pistoletazo; y levantando por el cuello al primero, que aún estaba aturdido, lo hace su prisionero, salvando así á Benavides, á quien acompañó hasta fuera del puente, poniéndolo en seguridad. [1]

El Capitán Rosso vigilaba los trabajos de sus granaderos desde el corredor de una casa situada frente á aquella cuyos muros horadaban.

Apenas había penetrado el último soldado tras la horadación hecha, cuando el galope de varios caballos le hizo saltar al medio de la calle, pistola en mano. Era el otro grupo de dragones que se retiraba en dirección á la trinchera inmediata. Al verlo solo, cargaron sobre él, y el más avanzado cayó muerto horriblemente destrozado el cráneo de un pistoletazo. Con la serenidad y sangre fría que lo caracterizaban, habíale hecho puntería, y el proyectil hirió allí mismo donde había apuntado. Uno de sus compañeros, avanzando de un salto de su caballo, le asestó tan terrible sablazo, que hiriéndolo en medio de la frente, lo cegó al caerle sobre los ojos

1 D. Pablo Díaz Lagos, natural de Tlacotálpam, era el encargado del Hotel de Porragas en aquella ciudad, al iniciarse la "Guerra de Tres años." Incorporado como sargento 1º á las compañías de Guardia Nacional cuando la costa envió su contingente de fuerza á Veracruz, pasó á pocos días como Subteniente al "2º Mixto," que se formó para guarnecer la fortaleza de Ulúa. Al terminar esta campaña ascendió á Teniente, y con tal carácter concurrió á la batalla de Calpulálpam, y después á la restauración del orden cuando Figuerero se pronunció en Perote, en la época de la Intervención. Capitán en el memorable sitio de Puebla en 1863, al término de éste obtuvo el grado de Comandante de batallón, según el decreto relativo del General en Jefe de aquel ejército, C. Jesús González Ortega. Prófugo en Orizaba, pasó á su tierra natal para continuar prestando sus servicios á las órdenes del General García, quien le dió el empleo de Teniente Coronel, después de la acción de Cosoleacaque. Ascendido por el Supremo Gobierno á Coronel, á la caída del Imperio, fué de los que concurrieron á la acción del cerro de la Bufa, donde murió valientemente, cumpliendo como leal servidor del Gobierno légitimo de la Nación.

una parte de la piel toda ensangrentada. Rosso vaciló cual si fuera á caer; pero fiero y airado, mientras con la mano izquierda se sujetaba, alzándola, la piel que le servía de venda, con la derecha repitió el disparo, y su heridor cayó á sus pies. Fué el último esfuerzo de aquel heroico oficial: un tercer enemigo le abrasó los riñones de un tiro de mosquetón.

El Teniente de la compañía, seguido de unos cuantos soldados, salió en estos momentos de la casa que ocupaban, atraído por las detonaciones de los disparos; y al ver caído á su Capitán, cayeron desatentados sobre los que quedaban en pie de sus matadores, y en pocos instantes quedaron hechos añicos, llevándose en seguida el cuerpo del desgraciado Rosso hasta entregarlo á la ambulancia.

Rosso sobrevivió aún dos horas, á cuyo tiempo espiró sin exhalar una queja, terminando á los veintisiete años de edad su carrera militar, toda llena de gloria. De una talla bien exigua por cierto, fué nombrado Capitán de granaderos, porque en la acción de Cosoleacaque probó que en aquel pequeño cuerpo todo era corazón.[1]

El resto de la caballería enemiga reentró á su línea de defensa, dejando sembradas de cadáveres las calles que tuvo que recorrer, é indudablemente fué la que más bajas tuvo duran-

1 D. Manuel Rosso era originario de Veracruz: sus padres, naturales de New-Orleans, se dedicaban al humilde comercio de bizcochos, en cuyo negocio hicieron un pequeño capital. Habiendo terminado su instrucción primaria en una escuela municipal, se dedicó al oficio de sus padres, y cuando se inició la guerra de "Tres Años," perteneció á la compañía de cazadores del batallón Guardia Nacional, en clase de cabo, asistiendo á la defensa de la plaza de Veracruz hasta la última retirada de Miramón. Trasladada su familia á Minatitlán para establecer un hotel y restaurant, el joven Rosso marchó con ella, y se alistó en la Guardia Nacional de este pueblo, como tal cabo. Hizo toda la campaña de la costa hasta el asalto de Tlacotálpam, donde murió como queda dicho, y fué uno de los que cada ascenso lo debió á su valor. De una seriedad que rayaba en la exageración, poseía un valor que llegaba á temeridad, pero siempre silencioso y serio, pues era hombre de muy pocas palabras, á quien rara vez se le vió reir.

te todo el ataque: y si el Jefe de la plaza no consiguió el objeto que se propuso al ordenar la carga, en cambio obtuvo otro de mayores consecuencias para la causa que defendía: la desorganización completa de nuestras columnas de ataque, que además quedaron encerradas en las casas donde se habían parapetado los soldados para contener al enemigo, inutilizando el concurso de nuestros ginetes que allá, bien á lo lejos, quedaron esperando la llegada de ellas para proteger la circunvalación de la ciudad.

XI

La separación forzosa de Benavides, dejó acéfalo el mando superior de las tropas; y cuando dos horas después llegó García para hacerse cargo de él, podía asegurarse que el asalto había fracasado: se había perdido tiempo, y más que todo, oportunidad: además, el Mayor de órdenes, que lo era el Coronel Terán, se encontraba muy lejos del teatro de las operaciones, pues habiéndose embarcado en el "Aurora," en aquellos momentos se hallaba por el rumbo de "Conejo." García intentó reanudar el combate; pero al hacerlo, no sólo se olvidó del plan primitivo, sino que tampoco tuvo presentes las críticas circunstancias por las que pasaban los asaltantes, á causa de las emergencias ocurridas, ni las ventajas que estas mismas circunstancias habían dado al enemigo.

Envió á sus ayudantes con órdenes terminantes para continuar el avance, ocupando casa por casa hasta rebasar las trincheras y combatir dentro del terreno mismo que ocupaba el enemigo; y á la caballería que se replegara hacia el centro de operaciones: ordenó también á los granaderos de Zaragoza que prosiguieran las horadaciones, y á la reserva, que se acercara al centro para tenerla á la mano. El Cuartel general lo instaló en la "Tenería de Troncoso."

Todo esto era un disparate que sólo podía atribuirse al estado de excitación en que se encontraba: disparate que debía

tener por consecuencia precisa é inmediata, la pérdida de gente de una manera lastimosa é inútil.

Encerrados, confundidos, mezclados los soldados de las tres columnas, y aturdidos con el rudo golpe que acababan de sufrir, era de todo punto imposible reformarlas violentamente, porque no tenían un campo propio para hacerlo, y menos una fuerza que les sirviera de apoyo: la reserva, única que estaba organizada, contenía los fuegos de la trinchera que hostilizaba á los granaderos en sus trabajos de horadación. Intentar reformar las columnas sobre las mismas calles que debían recorrer, equivalía á que las destruyeran totalmente ántes de conseguirlo para recomenzar el ataque. Pero aun dado que esto hubiera sido factible, no pudiendo penetrar dentro del recinto enemigo, habrían sido fusiladas de frente, de flanco y por retaguardia: es decir, que habrían sido ejecutadas en masa sin poderse defender. Era más bien el momento oportuno para una retirada honrosa, á la vista del enemigo, que no la que se efectuó cuatro horas después, llenos de desaliento y desmoralizados, y quejosos del General en Jefe, así soldados como oficiales; al ver que sus esfuerzos y sus sacrificios habían sido estériles al bien de la causa que defendían.

Pero se trató de ejecutar valientemente las órdenes del superior.

A las once de la mañana se recomenzó el ataque. Las caballerías comenzaron á amagar constantemente á los soldados que cubrían las trincheras de las bocacalles, y los infantes, horadando muros aquí, salvando cercas y atravesando patios allá, se acercaron á los parapetos del Sur: los granaderos de "Zaragoza" habían llegado ya á más de la mitad del trayecto que debían recorrer, y la reserva misma, avanzando paso á paso, seguía amagando la trinchera principal.

La caballería enemiga intentó una segunda carga contra la reserva, bajo los fuegos de los dos obuses, que arrojaban granadas alternativamente, ya sobre nuestros dragones, ya sobre la reserva, pero no tuvo mejor éxito que la anterior, si no fué

el dejar en nuestro poder un alférez y seis hombres prisioneros, quienes al ser conducidos al campamento custodiados por un piquete de la Guardia Nacional de Tlacotálpam, y ya sobre el camino de los "Amates," se arrojaron violentamente al río, entre cuya impetuosa corriente fueron arrebatados: al tratar de respirar sacando la cabeza fuera del agua, fueron muertos á balazos por la misma escolta que los conducía.

El Teniente Coronel Ariza fué el primero en llegar á la casa que daba frente á la trinchera al Poniente de la Plaza de armas, y allí permaneció encerrado en espera de órdenes, tratando de abrir aspilleras en el muro para abrir sus fuegos sobre el enemigo: intenta reconocer el terreno saliendo al patio con dos ó tres soldados, y él y sus compañeros caen mortalmente heridos. Estaban dominados por los tiradores que, situados en la torre de la iglesia en construcción, apenas distaban medio tiro de pistola de sus adversarios. Herido Ariza en medio del pecho, sus soldados lo recogieron, regresando con él al interior de la casa, de donde no volvieron á salir sino para emprender la retirada.[1]

1 D. Manuel Ariza, miembro de una respetable familia de Orizaba, era carpintero de oficio, y sentó plaza de soldado en la última época del General Santa-Anna. A la caída de éste, y siendo ya oficial, militó en las filas reaccionarias, alcanzando sucesivamente los grados hasta Comandante de batallón. A consecuencia de la hecatombe de Atlixco se separó de la reacción, presentándose luego á la autoridad política del Cantón de Veracruz, residente en Jamapa, la cual lo envió al Coronel Lazcano. Este lo hizo marchar á San Andrés Tuxtla, en Cuartel, y como allí se hizo apreciar del Comandante militar, lo recomendó al Jefe principal, por disposición del cual marchó á incorporarse á la Sección Ligera que pernoctaba en el Cocuite. A la disolución de esta Sección pasó á Tlacotálpam, ingresando luego á la que mandaba el Teniente Coronel Carrión sobre Acayúcam. Después de la acción de Cosoleacaque ascendió á Teniente Coronel, y durante la administración de Vázquez Aldana desempeñó las funciones de Mayor de Ordenes de la línea de Sotavento, siendo nuevamente ascendido al grado de Coronel, después del asalto de Tlacotálpam. Al terminar la campaña contra el Imperio, fué llamado á la Capital de la República por el Ministerio de la Guerra para confiarle una importante comisión del servicio, la cual no llegó á cumplir por haber fallecido repentinamente horas antes de emprender la marcha á su destino.

Díaz Lagos y Larrañaga, con sus fuerzas, quedan también encerrados y reducidos á la impotencia: para batir al enemigo, tienen que salir por una sola puerta, dominada completamente por los defensores de la derecha de la misma trinchera, y por los tiradores que ocupan las bóvedas y torre de la Parroquia. Su valor se subleva, y lágrimas de rabia y de dolor se desprenden de sus ojos: sus soldados los ven con pena, y comprenden que están perdidos.[1]

XII

Los granaderos de Zaragoza eran los mejor librados en sus operaciones: habían horadado el muro Norte de la Administración de Correos y salido á la calle para comenzar la del muro Sur de la casa de D. Ramón Carlín. Allí la calle hace una ligera curva que determina una pequeña entrante algo oblicua hacia el río. Los granaderos, con sus oficiales á la cabeza, comienzan su ruda faena, pues están cerca de terminar su obra, cuando una lluvia de balas, que partía de la acera opuesta, cae sobre ellos y los diezma.

1 D. Manuel Larrañaga, natural de la Capital de la República, perteneció en calidad de subalterno al ejército de Santa-Anna, en el Cuerpo que mandaba Zuloaga. Al ingresar este Jefe con sus fuerzas á las que mandaba el General Comonfort, durante la revolución de Ayutla, Larrañaga abrazó la causa del pueblo; y habiéndose quedado rezagado y solo en una marcha, fué alcanzado por las tropas de Márquez y fusilado en el acto. Las heridas que recibió no eran mortales, y como tuvieron que huir los asesinos porque ya en esos momentos se oía llegar la caballería del General Alvarez. Larrañaga pudo arrastrarse hasta un casucho lejano, cuyos moradores lo recogieron y cuidaron con tanto esmero, que escapó á la muerte: de ahí le vino el mote de "el resucitado." Más de una vez, en el baño, en Tlacotálpam, sus amigos pudieron verle las cicatrices de las cinco heridas que recibió en el pecho. Ingresó á las tropas que defendían la Costa, y se hizo querer de cuantos le conocían por su trato afable, caballeroso y cortés; y al terminar la campaña fué agraciado por el Gobierno Nacional con el grado de General de brigada. Tomó participio luego en los acontecimientos que terminaron con la acción del cerro de la Bufa, y se supone que allí murió pues desde entonces no ha vuelto á parecer.

El Jefe enemigo, atento á todo, había comprendido desde el principio el movimiento que se trataba de llevar á cabo, y al ordenar la suspensión de fuegos en toda la línea había hecho que penetrara una media compañía de misantecos, horadando también paredes, desde el fondo de la iglesia en construcción, para ocupar una casa de material á unos cincuenta metros frente de la bocacalle que forzosamente habían de ocupar los granaderos.

Los fuegos eran un tanto oblicuos, y caían de lleno sobre los asaltantes, de los cuales en vano acuden algunos al frente para proteger los trabajos de sus compañeros, contestando valerosamente los fuegos de sus contrarios: éstos permanecían cubiertos tras los muros, disparando á través de puertas y ventanas, que han aspillerado preventivamente, miéntras que aquellos tenían por muralla sus propios pechos, y tiraban sin punto objetivo á que hacer puntería. En un momento quedaron muertos ó fuera de combate los tres oficiales que quedaban de la compañía, tres sargentos, cinco cabos y diez y siete hombres de la clase de tropa; y habrían perecido irremisiblemente los demás, si el Teniente Coronel Alvarez, con una compañía de la reserva, no hubiera corrido velozmente en su auxilio.

Como una exhalación, el arma al brazo y baja la cabeza, los soldados de esta compañía, con Alvarez y sus oficiales al frente, llegaron á la casa ocupada por los misantecos; y á fuerza de culatazos con los fusiles, y de empujones con pies y manos, en breves instantes derribaron las puertas, y sin disparar un tiro, á bayonetazos, hicieron desalojar aquel lugar de exterminio á los pocos de sus defensores que escaparon con vida.

Se posesionaron de la casa, y los granaderos recomenzaron sus obras de horadación.

Todo fué cuestión de un momento.

El obús que estaba en la trinchera inmediata á menos de cincuenta metros, auxiliado del otro que se hizo venir al mis-

mo lugar, rompió sus fuegos, disparando granadas sobre el techo para romperlo, en tanto que el otro, con proyectiles sólidos abría brecha en las paredes, llevando la muerte á los que dentro estaban. Bastaron unos cuantos minutos para que los techos se hundieran, cubriendo con sus ruinas á los soldados de "Zaragoza," y para que la metralla, penetrando por las brechas abiertas acabara aquella obra de destrucción.

Tan valientes soldados tuvieron que ceder y huir de aquella casa donde se moría con honor, pero sin gloria, dejando á muchísimos de sus compañeros, ya cadáveres, entre los cadáveres de sus enemigos, que antes alentaban odio y furor, y ahora compartían fraternalmente aquel suelo ensangrentado, como último lecho que la muerte había concedido á todos.

La compañía de granaderos, diezmada, reducida, desesperada y enfurecida sin embargo, cede á su vez y se retira, porque al penetrar dentro de la casa cuya ocupación tanta sangre costó, siente la rodada de los obuses que llegaban por la orilla del río para batirlos, y las pisadas de los dragones enemigos que ocupaban los patios de las casas contiguas. Era inútil proseguir la obra comenzada, máxime cuando apenas se oían tiros en toda la línea de los republicanos. Un sargento segundo que la mandaba ordenó la retirada.

Eran entonces las doce del día.

A esta hora, el General García, más que para pedir la entrega de la plaza, como lo solicitaron sus comisionados, para dar algún descanso á la tropa, pidió parlamento; y como no estaban menos fatigadas las del enemigo, el parlamento fué concedido, ajustándose una tregua de dos horas, durante cuyo tiempo, sin avanzar de los límites del terreno que cada una de las partes beligerantes ocupaba, podían andarlas libremente. Igual concesión se hizo á los habitantes comprendidos dentro de dichos límites.

Los soldados imperialistas tomaron rancho, pero los republicanos no pudieron hacer otro tanto, porque no se ha-

bía preparado, en la convicción de que lo tomarían dentro de la plaza; y era de verse la solicitud y afán con que el vecindario, sin distinción de sexos ni clases, compartían con estos valientes, que apenas habían tomado alimento antes de las cinco de la mañana, las pobres y escasas viandas de que podían disponer.

Durante este intervalo de tiempo, fueron también retirados nuestros muertos y heridos, conduciéndolos al campamento de los "Amates," donde estaba establecido el hospital de sangre, y donde reinaba la mayor desolación por el mál éxito obtenido, después de tantas y tan halagadoras esperanzas como se habían abrigado, y por la necesaria retirada que se presentía.

Las compañías de Guardia Nacional, del todo decepcionadas, y menos familiarizadas con la disciplina militar, comenzaron á abandonar sus puestos, y sus gentes tomaban paulatinamente el camino de salida, dirigiéndose hacia el "Puente García."

A las dos de la tarde se rompieron de nuevo los fuegos, pero flojos, de mala gana, por una y otra parte: los republicanos, como los imperialistas, comprendieron que la jornada había terminado durante la tregua, y que aquellos fuegos eran sólo el medio de cubrir el honor de sus banderas.

Los primeros no volvieron á intentar el asalto, es cierto; pero tampoco los segundos emprendieron un ataque sobre la línea; tanto porque eran inferiores en número para aventurar una acción en campo abierto, cuanto porque nuestra caballería, superior en calidad, estaba intacta y deseosa de combatir.

A las cinco se apagaron del todo los fuegos en ambas líneas, y comenzó la retirada de los repubicanos sin ser hostilizados por parte del enemigo, cuyo Jefe, antiguo defensor de la bandera que ahora combatía, conocía el respeto que se debe á un enemigo valiente y desgraciado.

Las destrozadas columnas llegaron sucesivamente al cam-

po de los "Amates," prosiguiendo luego hasta "San Jerónimo," donde ya se les había preparado un buen rancho; y después de descansar toda la noche, marcharon al siguiente día para Amatlán, declarado por tercera vez Cuartel general de los republicanos.

XIII

Tal fué el memorable asalto á Tlacotálpam el día 10 de Agosto de 1866 por los defensores de la República. Costó á la Nación tres oficiales superiores heridos, y cinco subalternos muertos, y más de ciento cincuenta hombres de la clase de tropa entre muertos y heridos, la mayor parte de los primeros, siendo muy inferior el número de bajas que tuvo el enemigo, en su mayor parte de la caballería.

Y era natural.

Reducido á un corto perímetro de defensa, contando con más y mejores elementos para batir á nuestras tropas, si el número de éstas era superior, los defensores de la plaza estaban al abrigo de trincheras demasiado fuertes, contra las cuales no se disponía de un solo cañón para batirlas. Nuestro tiro era incierto porque se disparaba sobre un plano que hacía accidentado la altura de las trincheras, en tanto que el enemigo, bien cubierto, tiraba sobre soldados cuyo muro era su propio pecho: nada tenían que los amparara, ni alturas para contrarrestar los fuegos de los tiradores imperialistas, cuyo campo de defensa, rodeado de torres y bóvedas, á la vez que los protegían hacían más eficaz el tiro.

No hay que extrañar, pues, el mal éxito obtenido, dadas las condiciones materiales de cada una de las fuerzas beligerantes, y las emergencias que surgieron desde el principio del ataque; pero esto en nada rebajó la bravura y decisión, bien experimentadas, de los asaltantes.

XIV

Cuatro días después el Coronel Camacho, comprendiendo lo crítico de su situación toda vez que ya no podía contar con las cañoneras que le guardaran el río, ni le condujeran víveres y refuerzos, ó quizás por órdenes que le llevarían la "Tempette," la "Foudre" y la "Tonnerre," llegadas en la tarde del día 12, propuso la entrega de la plaza. García aceptó, como era natural, la proposición, y tres comisionados ajustaron las bases para la entrega, que se verificó sin accidente alguno, veinticuatro horas después. Las bases se redujeron á que la plaza la recibirían los mismos comisionados,[1] y que las tropas republicanas no la ocuparían hasta haberse reembarcado los imperialistas. El enemigo quiso llevarse sus heridos en los buques de guerra, y entonces surgió una dificultad que no había podido preverse.

El antiguo campamento de "Conejo," aunque en muy distintas condiciones, permanecía ocupado por un pequeño destacamento, al mando del valiente Capitán D. J. Ramos, conocido vulgarmente por "el mocho Ramos," no porque jamás hubiera militado en las filas de la reacción, sino á causa de faltarle un pedazo pequeño de la oreja izquierda. Este oficial, tenaz y constante, no perdía ocasión de hostilizar á las cañoneras siempre que pasaban al alcance de los tiros de sus compañeros, pero había permanecido ajeno á las operaciones sobre la plaza el día 10, y á los convenios que se celebraban para entregarla. Al remontar el río el día 12 los buques de guerra, los molestó bastante, hiriendo al timonel, y por esta razón el Comandante de la escuadrilla manifestó en la Junta sus temores, bien fundados, de que Ramos hiciera lo mismo

1 Fueron estos comisionados el Coronel D. Luis Mier y Terán, el que esto escribe y D. Albino Carballo Ortegat, y por parte de la plaza, el mismo Coronel Camacho y el Dr. D. J. Jofre, que funcionaba como Jefe del Cuerpo Médico Militar.

al regresar, lo cual era un peligro para los heridos y enfermos, que irían sobre cubierta. El Coronel Camacho propuso que se le hiciera saber lo pactado, y así lo hizo el Coronel Terán, enviándole inmediatamente un correo; pero aquél contestó: "que él no había entrado en transacciones con el enemigo, pero que por respeto á los enfermos, si el Comandante de los buques ponía bandera de parlamento al pasar, aquellos serían respetados y no los hostilizaría, dejándolos pasar libremente."

El Comandante francés rehusó al principio, pero apremiado por las circunstancias, y urgido por el tiempo que ya era corto para llegar en el día á Veracruz, sucumbió al fin; y cuando las cañoneras enfrentaron á "Conejo," todas izaron en el tope del palo mayor, la bandera blanca de parlamento.

La ocupación de la plaza por los republicanos se hizo sin ostentación alguna, y las tropas, dentro de los justos límites, de la más completa alegría, celebraron su entrada, sin dar el más leve motivo de queja.

En esta vez no hubo ejecuciones sangrientas que opacaran el contento de las familias. Dos horas después de la ocupación todo marchaba con la regularidad debida, señalando su triunfo el General García con la orden que dió para que se pagara, previa justificación, el valor de las casas incendiadas durante el reconocimiento del día 8.

Dos días después partió para el rumbo Norte de Veracruz el Coronel Terán, á fin de abrir la campaña contra la guarnición del puerto luego que la emprendiera por su parte el General García, y algún tiempo más adelante llegó el General Alatorre para ponerse de acuerdo con éste en lo relativo á la que él había emprendido en la costa de Barlovento.

Por este tiempo llegó á Minatitlán un buque conduciendo armamento para el General Díaz, y al Lic. D. Justo Benítez, que llegaba par reunírsele: el Coronel D. Lorenzo Pérez Castro, comisionado para recibirlo lo hizo conducir hasta Tux

tepec, siendo testigos de la entrega los Generales D. Pedro Baranda, D. Rafael Benavides y D. Rafael Junguito.

También llegaron por entonces á Tlacotálpam los Sres. D. Ramón Vicente Vela, D. Cayetano Buzón, D. Rafael de Zayas, y D. José María Melgar, quienes siendo tenidos por sospechosos en Veracruz, fueron enviados en calidad de presos políticos á Yucatán, en un pailebot mercante al mando del segundo Teniente de la armada imperial D. Juan Díaz, y escoltados por diez soldados de infantería que mandaba el Capitán D. Antonio Pérez Ucha. Luego que estuvieron fuera de la vista del puerto, los prisioneros, de acuerdo con el patrón del pailebot, y con la tripulación, se echaron sobre la escolta y oficiales, reduciéndolos á prisión en la bodega, y el patrón, recobrando el mando, hizo rumbo á Alvarado para llegar á Tlacotálpam y ponerse á las órdenes del Gobierno legal de la Nación. En Alvarado, que acababa de ser desocupodo por el enemigo, quedaron Díaz y sus compañeros, habiéndose fugado D. Manuel Díaz Mirón, que también iba entre los prisioneros, quien al saltar en tierra, fué reducido á prisión por pesar sobre él una ley expedida en 1863 á causa de los acontecimientos que promovió dando lugar á que Jalapa fuera ocupado por el invasor.

El Teniente Coronel Zamudio, de regreso de una expedición que hizo á Acayúcam, donde había asomado la cabeza la hidra de la revolución, marchó á hacerse cargo de la Comandancia militar de Alvarado, para preparar lo necesario á fin de que se estableciera allí el Cuartel general de las tropas que en breve deberían reunirse para abrir la campaña sobre Veracruz.

Con él marchó también el Jefe de Hacienda Bárcena, á quien por orden superior se hizo salir desterrado de la costa de Sotavento, concediéndosele que permaneciera en Alvarado por resistirse á vivir en país ocupado por el enemigo.

El Coronel Gómez, nombrado Jefe de las caballerías, y teniendo como segundo al Teniente Coronel Jiménez, salió

con sus fuerzas para Tlalixcóyam, á fin de estar listo á primera orden para incorporarse al cuerpo expedicionario.[1]

El General García fué relevado del mando, habiéndolo sustituído el General Benavides, quien desde luego comenzó á hacer la guerra á los amigos de aquél. García marchó á Oaxaca, y con él D. Albino Carballo Ortegat, que también fué relevado por el Coronel retirado D. Miguel Arechavaleta,

1 D. Manuel Gómez era natural de España y vino al país de muy corta edad, radicándose en Orizaba bajo la protección de otro español, acaudalado comerciante de esa ciudad. Era dependiente de una tienda de ropa cuando estalló allí un pronunciamiento llamado "del Tabaco," y el joven comerciante tomó parte en el motín. Siguió la carrera militar en el arma de caballería, y durante la última administración del General Santa-Anna obtuvo ascensos debido á su valor. A la caída de esa administración, y por espíritu de compañerismo, sirvió en las filas de la reacción á las órdenes de Cobos. Como Ariza, horrorizado con los asesinatos proditorios de Atlixco, abandonó á sus antiguos correligionarios políticos, no sin tener un serio disgusto con el mismo Cobos. Tenía ya el grado de Coronel, y se presentó en Jamapa al Jefe político D. Albino Carballo Ortegat, quien como á aquél lo envió al Coronel Lazcano. La casualidad hizo que dos horas después de haber llegado á Medellín y estando en el hotel de "San Pablo" fuera invadida esa población por los bandidos del suizo Steicklin. Gómez reune á los dependientes del hotel, y arremete allí mismo contra aquellos facinerosos, dejando muertos á cuatro de ellos. El guerrillero Domínguez llega con su guerrilla y Gómez toma el mando de todos, y juntos emprenden la persecución de los peligrosos visitantes, quienes, dejando á muchos de sus camaradas tendidos en tierra, emprendieron la más vergonzosa fuga. A causa de este hecho le dió órdenes el Coronel Lazcano para que pasara á Tlalixcóyam y formara la "Sección Ligera," sirviendo á las órdenes de García y de Vázquez Aldana cuando aquella se disolvió. Al terminar la campaña contra el Imperio, el Supremo Gobierno le dió el grado de General de brigada, enviándolo á Monterrey como Jefe de las armas. Poco tiempo después repentinamente fué víctima de una congestión cerebral.

D. Joaquín Jiménez Carrillo es natural de Orizaba: en su juventud se dedicó al estudio de la albeitería y luego entró al servicio de la "Renta del Tabaco," siendo el contratista el Sr. D. José Mª Bringas: desde entonces demostró una serenidad, un valor y una sangre fría extraordinarias. Abolida esa alcabala, pasó á formar parte de la Seguridad Pública que custodiaba los caminos de Orizaba á la Cañada de Ixtapa. Iniciada la guerra de "Reforma," á causa de la ocupación de su tierra natal por los reaccionarios, pasó á Veracruz, muy recomendado por el General Llave, habiendo llegado á ser uno de

quien se hizo cargo de la Jefatura de Hacienda. Carballo Ortegat fué á desempeñar las mismas funciones hacendarias en la división que preparaba el General Díaz para invadir y limpiar de traidores el Estado de Puebla, donde ya comenzaban á hacerse sentir los deseos del pueblo para restaurar el imperio de la Constitución.

XV

La campaña de la costa de Sotavento, abierta en Marzo de 1862 en Tlacotálpam, por unos cuantos patriotas á quienes exhortaba D. Francisco Medina, contra Sánchez Facio, había terminado, pues, en Marzo de 1867, en cuyo mes sus constantes defensores comenzaron á marchar para Alvarado á fin de disponerse á abrir la campaña sobre Veracruz.

los oficiales de más confianza del Gobernador Gutiérrez Zamora. Terminada esta campaña, volvió á formar el cuerpo de Seguridad Pública (una compañía) hasta la llegada de la Escuadra tripartita, que con su fuerza comenzó á hacer la guerra á los intervencionistas. Los Tratados de la Soledad hicieron que por poco tiempo estuviera sin servicio activo, pero los acontecimientos posteriores lo llevaron nuevamente á la campaña, siendo el primero que en "Tres Encinos," y con un puñado de hombres, entre los que estaban sus hermanos D. Anastasio y D. Rafael, derrotara una fuerza de Cazadores de Africa que escoltaba un convoy, quedándoles éste y ocho ó diez caballos normandos. Pasó á la costa con el Coronel Milán, siendo este Jefe Comandante militar del Estado, y desde entonces permaneció allí, desempeñando la Comandancia militar de Amatlán hasta el asalto de Tlacotálpam, á cuyo final quedó definitivamente al frente de la caballería, teniendo á Gómez por Jefe superior inmediato. Ascendido á Coronel por el Supremo Gobierno, volvió á formar el cuerpo de Seguridad Pública "Rifleros de Zamora;" y como su lema fué siempre ser fiel al Gobierno constituído, no quiso tomar participio en los movimientos políticos que tuvieron lugar en el país, á partir del "Plan de la Noria" hasta el de "Tuxtepec." Triunfante éste se retiró á la vida privada, pero el General Díaz, justo apreciador de la lealtad de Jiménez, le reconoció su empleo y está en el Depósito de Jefes y Oficiales. El y su hermano D. Rafael son los únicos que viven actualmente, de todos aquellos oficiales y jefes que mandaron las caballerías durante la campaña de la costa de Sotavento. De edad bastante avanzada, su mejor placer es referir á sus amigos los hechos de aquella época, no mencionando para nada aquello que le es del todo personal.

Tanto García, que había vuelto á recibirse del mando, como Benavides y los oficiales de Estado Mayor, y otros jefes y oficiales de la guarnición, fueron obsequiados con un suntuoso banquete de despedida, que tuvo lugar en el Palacio Municipal, la víspera de marchar para Alvarado, reinando en él la más perfecta armonía y pronunciándose los más entusiastas brindis por el triunfo completo de la República contra las armas imperiales.

Fueron cinco años de peligros, pero también cinco años de gloria, que pusieron muy alto el nombre de los costeños todos, á cuya constancia, firmeza y valor se debió en parte el brillante éxito de las operaciones emprendidas en favor de la integridad del territorio nacional.

---

entre éstos—y recalcó el pronombre con marcado gesto de desprecio—no puedo llevar por hoy.

Cuando llegaron al muelle, el mismo Sandiel ayudó al pasajero á saltar á tierra, y luego de entre los muchos individuos que allí se encontraban, no pocos de ellos se le acercaron, abrazándolo con efusión unos, y otros preguntándole con cariñosa solicitud por su salud, á cuyas demostraciones contestaba con abrazos y palabras de buena amistad. Dos de los presentes, parientes inmediatos del llamado Comandante, lo tomaron por los brazos para que pudiera caminar, y todos juntos se dirigieron á la ciudad.

III

Expliquémonos:

El pasajero en cuestión era efectivamente un oficial superior de las tropas republicanas que defendían la autonomía nacional en la costa de Sotavento: era el Comandante X....., quien tras una penosa y larga enfermedad, contraída en el servicio militar, regresaba por mandato de los facultativos que lo asistían, á su ciudad natal, para respirar los aires del mar. A través de su mirada podía leerse el disgusto con que pisaba la tierra en que había nacido, y su demacrado semblante, y la lentitud y dificultad con que caminaba, eran indicios ciertos de la enfermedad que acababa de pasar y que había puesto en peligro su vida.

Al principio se resistió á obsequiar el ordenamiento médico; pero un acontecimiento inesperado exigió de él un nuevo servicio á la patria, aun en el estado, ó mejor dicho, precisamente por el estado en que se encontraba.

Una carta anónima que recibió el General en Jefe en Tlacotálpam, le anunciaba que la tercera columna francesa que regresaba á su país, debería llegar á Paso del Macho dentro de breves días; que allí venderían todo cuanto fuera inútil conducir á Francia, y que era muy posible que también se deshicieran de algún armamento, parque y municiones so-

brantes, y quizás de alguna artillería. Esto último, sobre todo, fué lo que decidió al General á tratar de enviar un comisionado á Paso del Macho, pues se preparaba ya lo conducente á poner sitio á Veracruz, y era necesarísimo poseer artillería, aun cuando fuera en corto número de piezas.

X..... fué designado para el desempeño de esta comisión, invitado además por el Jefe de Hacienda Carballo Ortegat, quien ejercía sobre él cierto influjo; y por medio del Capitán Parés, del vapor mercante "Veracruz," que hacía viajes periódicos entre la ciudad de su nombre, Alvarado, Tlacotálpam y Cosamaloápam, se hizo saber allá que el Comandante X ..... había pedido su baja, y decidídose á regresar á su país natal para reponer su salud quebrantada de tiempo atrás.

Confióse al referido Comandante la misión, no sólo de ir hasta Paso del Macho para lo relativo á la compra de armamento, etc., sino también la de tomar todas las noticias que juzgara oportunas respecto á la fortificación de la plaza de Veracruz, número de sus defensores, elementos y demás circunstancias relativas al caso, y la de enviar operarios inteligentes para la imprenta del Gobierno, y comprar el material que faltaba para completar la que él mismo había montado por disposición del General García.

Prevalido del estado que guardaba su salud, y en tanto que recibiera noticias de D. Angel Arnaud, avecindado por entonces en Paso del Macho, respecto de la llegada de la columna francesa,[1] salía, con el pretexto de hacer ejercicio, á extramuros todas las mañanas, acompañado de dos leales amigos; y una vez hechas sus observaciones y tomadas sus notas, las enviaba por conducto del mismo Parés al Jefe de Hacienda.

1 D. Angel M. Arnaud prestó buenos servicios á la causa republicana desde el lugar de su residencia, y auxilió mucho al Comisionado del Gobierno para la compra que hizo en ese punto. Bajó á Veracruz el día de la manifestación en honor de la Sra. Peralta, para tomar parte en ella con los autores de la idea.

Su viaje á Paso del Macho no dió todo el resultado que se deseaba. Los franceses vendieron, á muy bajo precio, caballos, mulas, guarniciones, arneses, carros, etc., etc., pero no armamento de ninguna clase; y sólo pudo comprar, por conducto del proveedor del ejército francés, algún parque, municiones y cápsules, que aquél se comprometió á entregar á bordo de los barcos costeños que se le indicaran. Libranzas que X..... llevaba, giradas por los Sres. D. Mauricio Shelenki y D. Francisco Tejeda, bastaron para cubrir esos gastos.

IV

En la última semana del mes de Diciembre, llegó á Veracruz, procedente de México, la inolvidable cantatriz Angela Peralta, honra y orgullo de su patria, la cual, habiendo dado á la Europa sus primicias de artista lírica, valiéndole el título de "El Ruiseñor Mexicano," quiso dar á su patria muestras de gratitud y de cariño por la grande estima en que justamente se la tenía.

Regresaba acompañada de una excelente compañía de ópera, de la que era la joya más valiosa, y los *diletanti* veracruzanos no quisieron perder la oportunidad ni de gozar con su armónica, extensa y melodiosa voz, ni menos dejar de rendirle los homenajes de admiración que en todas partes se le habían tributado; ni los merecidos aplausos á que por su talento como artista se había hecho acreedora. Abrióse un abono de tres funciones para los tres únicos días que la compañía debía permanecer allí, y el éxito en todos sentidos fué brillante, sobre todo en la última noche, víspera de la partida de la compañía; pero como un viento norte hizo que el Paquete Inglés no pudiera llegar á tiempo, hubo de demorarse dos días más.

Entonces varios jóvenes de la antigua raza veracruzana

concibieron y llevaron á cabo un proyecto netamente patriótico.[1]

Eran todos jóvenes entusiastas, en cuyo pecho ardía el amor por la santa causa de la libertad y de la República, y aun algunos de ellos habían servido en otros tiempos en las filas del ejército liberal. Se acercaron á la inteligente artista para exponerle el motivo de su comisión, y ella, recordando que también era mexicana, aceptó desde luego la idea: "que diera un beneficio, ostensiblemente á su favor, pero cuyos productos los cediera para el auxilio de las tropas que defendían en la costa de Sotavento la causa nacional."

Apenas dió su consentimiento la egregia artista, toda aquella ardiente juventud se lanzó á realizarla. Tiráronse y repartiéronse con profusión elegantes programas, y adornóse el teatro lo más espléndidamente que se pudo, consistiendo el principal adorno la bandera nacional con esta inscripción impresa en gruesos caracteres: "¡Viva México!" Todo el mundo se apresuró á tomar localidades, y las señoras y señoritas prepararon sus mejores galas: antes del medio día no había un asiento disponible en ninguna de las localidades.

Aún no anochecía por completo, y ya el gentío era inmenso en el pórtico, en las localidades y en la misma calle: todos querían ver á Angela, y los que no pudieron obtener entrada, la esperaban fuera del teatro para saludarla. Como que se temía algo extraordinario que nadie se podía explicar, pero que todos presentían, tanto más, cuanto que á las siete de la noche una fuerte guardia de zuavos ocupó el peristilo, estableciendo centinelas dobles en cada una de las tres amplias puertas del edificio.

Cuando la laureada artista llegó al teatro, en carretela abierta, y llevando á cada lado una señorita de la mejor so-

1 Los señores D. Javier del Paso, D. Angel M. Arnaud, D. Manuel Rodríguez Berea, D. Joaquín M. de Aguilar, D. Salvador Santamaría, D. José Mª Migoni Frías, D. José Reynaud, D. Ramón Villajeliú, hijo, D. Manuel Landero Marín, D. Mariano Gasós, D. Alejandro Blanco y D. Rafael Hoffman.

ciedad de Veracruz, que la acompañaban,[1] los aplausos fueron por demás estrepitosos, y no hubo quien no se hubiera descubierto la cabeza al descender del carruaje.

Su presentación en el palco escénico fué el principio de una ovación no interrumpida, que llegó á su colmo cuando en la última parte del programa, el duo de las banderas de la ópera "I Puritani," Angela, arrancando de las manos del artista que la acompañaba, la bandera mexicana que al efecto se había colocado en el escenario, la tremoló ardientemente, lanzando la última frase: "gridando libertá," con tan poderosa voz, con acento tal de patriotismo y de entusiasmo, que los gritos de "¡Viva México!" con que la respondieron, llegaron al frenesí.

Entonces tuvo lugar lo inesperado. Un grito sonoro, formidable; un grito de dolor, de rabia, un grito que sobrepujó á los demás, que se hizo oir sobre todos, partiendo de la galería se impuso y provocó la tempestad.

—¡No!—rugió el valiente y desconocido espectador[2]—¡No! ¡Abajo el Imperio! ¡Viva Juárez! ¡Viva la República!

Y aquel grito, contaminando, electrizando á la concurrencia, se repitió por centenares de bocas, que tenían sed de vitorear á la patria y saludarla con su verdadero nombre.

La autoridad imperial quiso suspender la función sin notar que había terminado con arreglo al programa; y al salir la beneficiada, plaids, capas, ricos sarapes ó humildes frazadas, tapizaron el pavimento en todo el pórtico, hasta la calle, hasta el pie de la carretela, para que le sirvieran de alfombra. La gente salía lanzando ¡vivas! á México y á la República, uniéndose á los que salían los que permanecían en la calle: la guardia francesa se replegó al centro del patio con las carabinas embrazadas, y la policía se abstuvo de toda orden en contra-

1 Las señoritas Dª Manuela Hoffman y Dª Matilde Rodríguez Berea.

2 Nunca se supo con certeza quién fué el que lanzó esos vítores; y aunque se decía de varias personas muy conocidas, la opinión general fué que lo lanzó un carrero que hacía tres días que había llegado á la ciudad.

rio de lo que se gritaba. Cuando la valiente artista se colocó en el carruaje, siempre llevando á su lado á sus dos acompañantes, el pueblo desunció el tronco y tiró de la carroza, haciéndola recorrer las calles de Nava, las Damas, la Condesa y Principal, hasta llegar al Hotel de Diligencias, donde estaba alojada, sin cesar de repetir los ¡vivas! á México y á la República.

Fué una cosa imposible de explicar. Nadie estaba preparado para esta manifestación, y sin embargo, casi todos los balcones de la carrera seguida se hallaban iluminados, cual si fuera cosa convenida, y todos pudieron juzgar entonces lo que sucedería en Veracruz al titulado Imperio, si los buques de guerra franceses no hubieran tenido en jaque la población. Hombres graves y de buena posición social, como D. Jorge de la Serna y Barros y D. Pablo Campos, acompañados de otros, iban al frente del numeroso vítor, llevando la bandera qne había provocado la manifestación.

V

El Comisario Imperial, recientente llegado de Yucatán, había concurrido á la función, y pudo observar las tendencias del pueblo veracruzano. Hombre astuto y sagaz, cuando la carretela en que iba Angela Peralta pasó por frente de su casa, ya los balcones estaban iluminados también. Hombre perspizaz y de cálculo, movió la policía secreta, y sabedor por ella de que el embarque de la *diva* debía efectuarse á las siete de la mañana, y que se preparaba una nueva manifestación, á las cuatro de la madrugada se hizo anunciar en su alojamiento, y galantemente la invitó á pasar á bordo á esa hora sirviéndola de acompañante.

Así evitó quizá, un conflicto que hubiera costado la vida infructuosamente á republicanos é imperialistas, porqué la ciudad estaba bajo los fuegos de Ulúa y de los buques de guerra que amenazaban á la ciudad.

VI

Quince días después de los acontecimientos enarrados, la policía recibió orden de aprehender al Comandante X.....: el Jefe de ella, antiguo amigo y camarada suyo en las tropas anti-intervencionistas, dado de alta como intransigente defensor de la corona imperial, había concebido sospechas de él, y dado aviso al Comisario, quien por su parte, desde que regresó de Yucatán y tuvo noticias de su presencia en la ciudad, no cesaba de vigilarlo: eran también viejos conocidos y mutuamente se conocían sus ideas en política. Por fortuna, como en el referido cuerpo se habían colocado adrede agentes que vigilaban los intereses de los republicanos, uno de éstos le dió aviso oportuno, y así pudo burlar la orden de prisión contra él dada.

Como por otra parte, ya había cumplido la comisión que se le había confiado, y aunque no del todo repuesto de su salud podía, sin embargo, decirse que estaba bien, luego que tuvo el aviso se embarcó furtivamente en el "Veracruz," que se hacía á la vela al siguiente día, y veinticuatro horas después desembarcaba en Tlacotálpam, donde fué recibido con calurosas muestras de cariño por parte de sus antiguos jefes y demás compañeros de armas.

VII

La burlada autoridad, toda despechada, y como una innoble venganza por no haber podido aprehender al Comandante X..... se ensañó de una manera encarnizada contra dos miembros de su familia: contra un hermano suyo, el cual tuvo que fugarse de la ciudad, y luego contra su padre, á quien no habiéndolo podido fusilar, se le hizo salir fuera del territorio nacional. Acusado de conspirador, no hubo uno que depusiera en su contra.

El primero, luego que desapareció el Comandante, recibió

un pliego cerrado en el cual se le acompañaba el nombramiento de Regidor de la Corporación Municipal. Contestó, devolviendo el pliego cerrado, que no podía servir á un Gobierno que no reconocía, puesto que sus ideas eran diametralmente opuestas á las que caracterizaban á los demás miembros de aquella corporación. Fué llamado á la presencia del Prefecto Político, para que explicara sus palabras, y una vez que las ratificó, se le redujo á prisión, encerrándolo, incomunicado, en una bartolina en la cárcel publica.

A las siete de la noche pidió y obtuvo audiencia de la misma autoridad, y entonces manifestó que puesto que sus intereses lo exigían, aceptaba el nombramiento y ocuparía el puesto para que había sido designado. En el acto se le puso en libertad, con orden de presentarse al siguiente día en la Comisaría para prestar el juramento de fidelidad al Imperio. Llegó á su casa, y una señorita de toda confianza sacó dentro de un canasto de ropa, la silla de montar y demás arneses de su caballo, llevando un recado para uno de sus amigos que vivía en extramuros. A las diez de la noche saltó la muralla por la "Noria," y á la hora que se le esperaba al siguiente día en el Palacio, ya él se encontraba en el "Puente Nacional," dado de alta como Ayudante del Coronel Milán.

Como consecuencia de esta nueva burla, pero queriendo disimular el despecho, el señor su padre fué requerido para que se presentara ante la autoridad imperial, á fin de que—se le notificó—explicara su conducta, pues se le acusaba de conspirador.

Presentóse con toda exactitud y puntualidad, encontrándose con que para interrogarlo se habían reunido el mismo Comisario y el Prefecto Político, además de otros prohombres de la farsa imperial que, adrede ó casualmente, se hallaban allí también. El Sr. X....., con la serenidad y sangre fría que le eran características, saludó á los que allí estaban, poniéndose á las órdenes de sus presuntos jueces.

—¿Dónde está su hijo de vd?—le preguntó el Comisario, con tono brusco, desapacible y altanero.

—El mayor—respondió tranquilamente el Sr X.....—se ha marchado á incorporarse á sus fuerzas: en cuanto al otro, no lo sé.....

—Es extraño—le interrumpió el Prefecto con tono irónico.

—Repito que no lo sé:—replicó el interrogado sin dirigirse al Prefecto—es mayor de edad, vive independiente y no tiene necesidad de consultarme sus acciones. Además,—prosiguió con corta altivez—supongo que no me tomarán vdes. por un denunciante de mi hijo para que dijera dónde está, aun cuando lo supiera.

Esta respuesta dejó cortado al Comisario imperial.

—Aparte eso, y es lo esencial,—prosiguió mordiéndose los labios—se dice que en la casa de vd. se conspira, y que vd. permite que los que allí se reunen se ocupen de eso y de hablar mal de las autoridades.

—El "Café del Alba,"—contestó el Sr. X..... con firme acento—es un establecimiento público: ignoro si los que á él concurren se ocupan de conspirar, cosa que no es de mi incumbencia, como tampoco puedo impedir que hablen de lo qne les dé la gana. Ademas,—prosiguió comenzando á dejarse llevar de la cólera,—no soy policía ni empleado del Imperio, ni acostumbro escuchar lo que otros hablan.

El Comisario se puso pálido de ira, y á su vez el Prefecto tomó la palabra.

—Señor X.....,—le dijo, mal disimulando el enojo,—está vd. ante la autoridad, y ésta no permite que nadie le falte al respeto; lo conozco á vd. bastante para poder apreciar sus opiniones, y saber á qué atenernos. Veamos, ¿qué es lo que allí, en su establecimiento, se conversa, se dice, se habla?

El interpelado, irguiéndose en su elevada estatura, y fijando una mirada severa y fría sobre su interrogante, le contestó con claro y firme acento, y en voz bastante alta para que

todos cuantos allí se encontraban pudieran escuchar sus palabras:

—Conoce vd. mis ideas porque por mucho tiempo ha ocupado vd. un puesto en mi mesa y una cama en mi casa, allí, en Medellín, cuando sólo era un escribientillo de la Jefatura Política del Cantón, al servicio del Gobierno legal de la Nación; y créame vd.,—prosiguió alzando más la voz—lo que hoy se dice, lo que hoy se conversa, lo que hoy se habla en el "Café del Alba," es menos duro y con palabras menos soeces que las que vd. escogía, allá en el hotel de "San Pablo," en Medellín, para acriminar á los intervencionistas, á quienes designaba con los epítetos de *sinvergüenzas, vendidos y traidores.* Está vd. servido.

Luego le volvió la espalda con el aire del más soberano desprecio.

Como se comprenderá, esta respuesta tan enérgica como criminosa para el Prefecto, dió término á la audiencia. El Sr. X..... fué encerrado é incomunicado inmediatamente en la misma bartolina en que antes lo estuvo su hijo, y tras días de angustia para su esposa, pues se trataba de encontrar pruebas que lo comprometieran como conspirador, fué embarcado á bordo del Paquete Inglés y desterrado para la Habana, en unión de D. Hermenegildo Rodríguez y D. Francisco del Toro, acusados del mismo delito, por ser de los principales concurrentes al "Café del Alba."

Los tres regresaron á su ciudad natal cuando los últimos defensores del improvisado Imperio huyeron despavoridos, abandonando la heroica ciudad, acobardados por el poder irresistible de las balas republicanas.

FIN DE LOS "RECUERDOS HISTÓRICOS."

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	Pág.
Dedicatoria	3
Contestación del Sr. General Díaz	5
Prólogo	7
Al lector	13
Documentos oficiales	17
Correspondencia particular	23

PRIMERA PARTE.

GUERRA DE "TRES AÑOS."

VERACRUZ.—La ciudad se dispone á recibir al Presidente Constitucional.—El Coronel Vicario.—Llegada del C. Benito Juárez en el vapor "Mississippi."—Entusiasmo y demostraciones públicas	31
VERACRUZ.—Permanencia del C. Benito Juárez.—Primero y segundo sitio de Miramón.—Llegada del batallón "Guarda Costa" de Tampico.—Aproximación del vapor "México" á la ciudad.—Estado de defensa de la plaza.—Incendio de la sala de mixtos.—Captura de la escuadrillla al mando de D. Tomás Marín.—Reconocimiento y ataques del enemigo.—Retirada del ejército reaccionario	39
VERACRUZ.—Ocupación de las líneas militares.—Aspecto de la ciudad	75
VERACRUZ.—La Gola	
VERACRUZ.—Mirada retrospectiva.—Llegada de los Obispos reaccionarios desterrados del país.—Enfermedad del Gobernador Gutiérrez Zamora.—Rasgos característicos de este Gobernante.—Su muerte.—Impresión que produjo.—Funerales.—Aspecto de la ciudad	91

SEGUNDA PARTE.

LA INTERVENCIÓN.

Pág.

VERACRUZ.—Llegada inesperada de la escuadra española.—Aspecto de la población.—Incendio de la "María Concepción." —Traición de un Español.—Arribo á la plaza, de los comisionados.—Obsequio del comercio á la oficialidad de la guarnición.—Entusiasmo y alistamientos para salir á campaña.—Desocupación y abandono de la plaza y de la fortaleza de Ulúa.—Ocupación de las mismas por las tropas españolas.—Los primeros traidores. 107

DOS RÍOS Y CORRAL FIRME.—Permanencia de la 1ª división en los campamentos de "Dos Ríos" y "Corral Firme."—Llegan Refuerzos de México.—El General en Jefe del ejército de Oriente les hace una visita.—Falsa alarma.—Su objeto.—Entusiasmo de las tropas.—Fusilamiento de dos cornetas de artillería.—Disgusto que produce.—Conatos de rebelión.—Deserción.—Efectos que produce la noticia de los "Convenios de la Soledad."—Licencias.—El Gobernador español Menduiña.—Sus pronósticos..... 128

ALVARADO.—Formación y permanencia de un cuerpo de tropas. —Llegada de oficiales de la 1ª y 2ª divisiones.—Trátase de establecer un campo de observación en Medellín.—Dificultades.—Acepta la idea el Coronel Larragoiti.—Trabajos para llevarla á cabo.—Se realiza y hace traición uno de los encargados de llevarla á cabo.—Acontecimientos posteriores.—Traición del Capitán Aldana.—Sublevaciones.—Arribo y fallecimiento del Comandante Carrau.—Situación difícil de las tropas.—Deserciones en masa.—Es relevado Larragoiti por el Coronel Lazcano.—Noticias alarmantes.—Defección de la guardia nacional de Alvarado.—Desocupación de la plaza por las tropas del Gobierno.—La ocupan los intervencionistas..... 145

ACAYÚCAM Y MINATITLÁN.—Disturbios locales en ambos Cantones.—Motín capitaneado por Sagredo.—Aprisionamento del Comandante militar Guerrero.—Operaciones mititares para restablecer el orden.—La procesión de Animas.—El Cura Sandoval..... 194

TLACOTÁLPAM.—Primera ocupación de esta ciudad por el Suizo Sleicken.—Terror que infunden los bandidos que comanda.—Retirada del Comandante Enríquez.—Fusilamiento de un ladrón.—Lo conduce y cuelga á la vista del enemigo.—Acción del "Mediadero."—Triunfo de los Republicanos.—Entusiasmo general.—Fundación del campamento de "Conejo."—Ejemplar castigo impuesto á un traidor.—Inauguración del campamento..... 205

CAMPAMENTO DE CONEJO.—Naufragio del bergantín español "El

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.